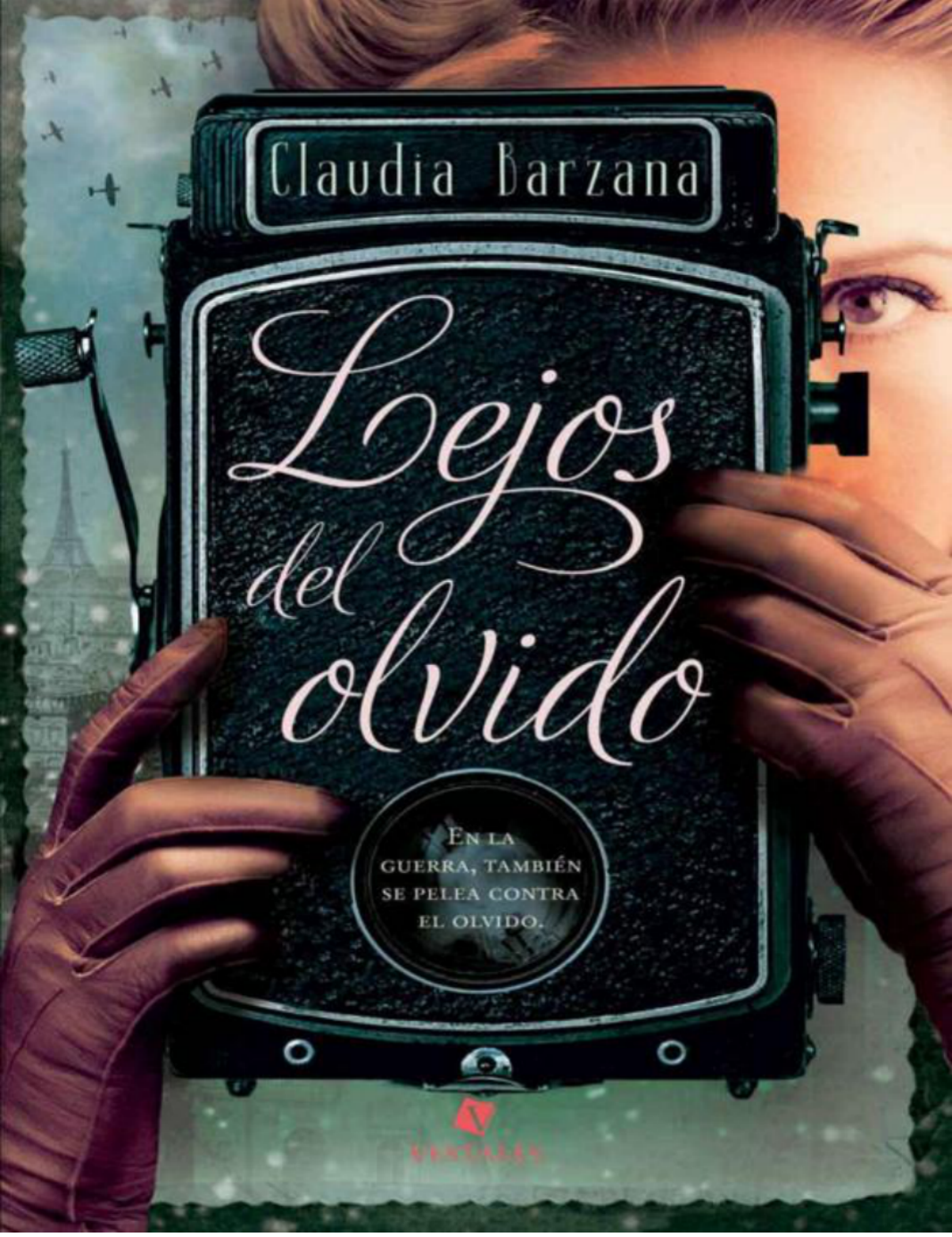
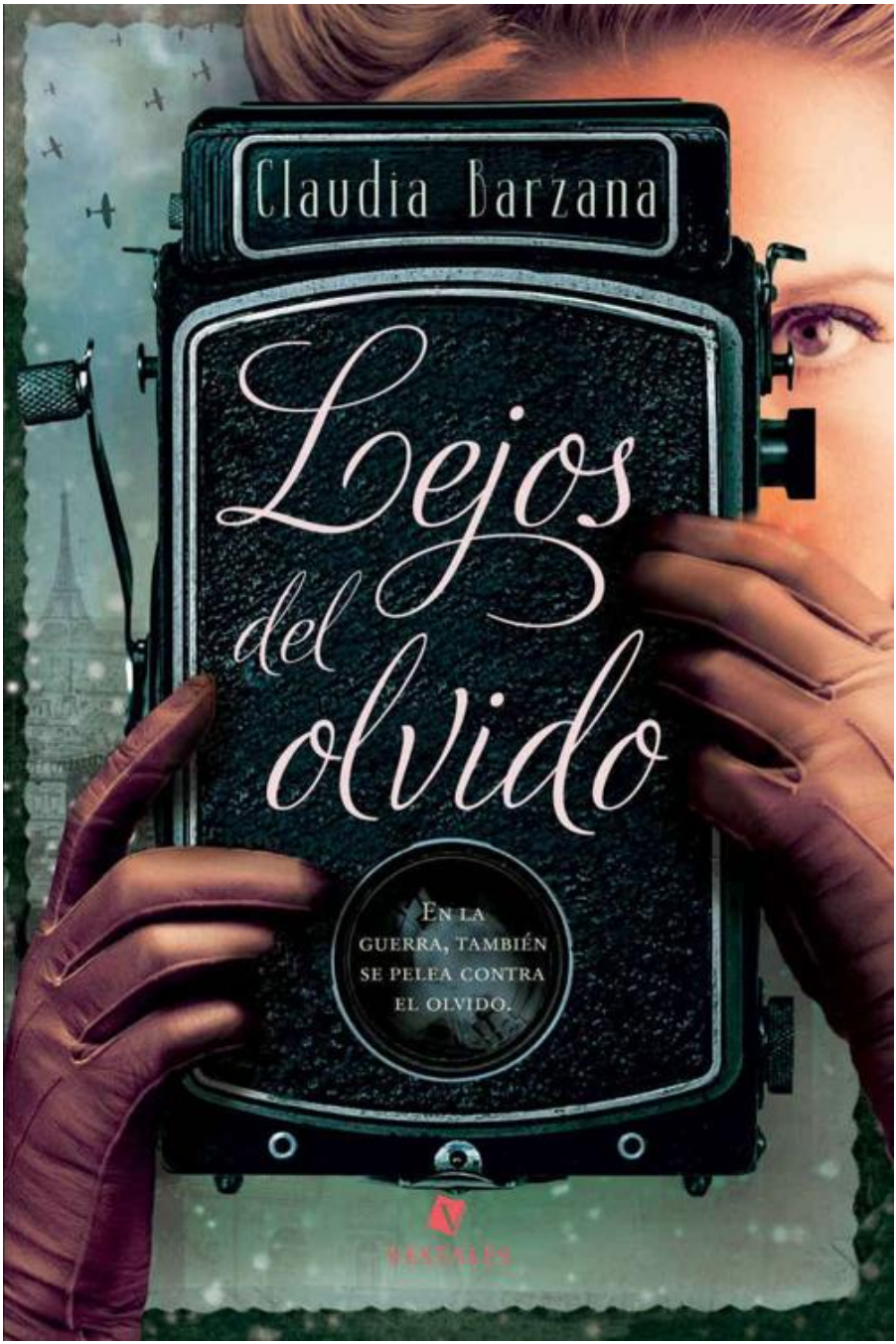

Claudia Barzana
Lejos del olvido
En la guerra, también se pelea contra el olvido.



No puedo creer que la guerra sea la mejor solución.

Nadie ganó la última, y nadie va a ganar la próxima.

Eleanor Roosevelt

PRÓLOGO

París, 1947

París volvía a cubrirse de un manto níveo; los copos de nieve, de manera antojadiza, se escabullían por los distintos recodos y recovecos de la ciudad. El frío invernal que nos venía azotando a lo largo de los meses quedó atrás cuando ingresé al Instituto de Fotografía. Una cálida brisa me envolvió junto al recuerdo de las largas horas dedicadas al estudio de las técnicas fotográficas. Cada minuto que pasé allí alimentó la pasión que vibraba dentro de mí para capturar las mejores imágenes en el momento preciso. Era eso lo que me habían enseñado y en lo que me había especializado durante el tiempo que habían durado mis estudios.

La emoción que sentía ese día me embargaba por completo. El juego de luces del salón de exposición se extendía por encima de cada fotografía dispuesta en el recinto. No se celebraba una muestra más, sino una dedicada a los años más largos y aciagos que debimos atravesar en un conflicto armado que nunca debió suceder.

Una guerra que dejó heridas profundas e imborrables dentro de nuestros corazones. A pesar de haber finalizado y de que la ciudad volviese a levantarse para ser lo que alguna vez fue, quienes participamos de aquella guerra nunca volveremos a ser lo que fuimos. El dolor, la pérdida y el

desamparo que vivimos fueron desgarradores. Las imágenes expuestas daban cuenta del horror que ninguno de nosotros necesitaba recordar, porque llevábamos impresas las huellas del dolor y el espanto dentro de nuestras retinas ahora expuestas en las blancas paredes del salón para darle vida a lo acontecido tiempo atrás. Era importante dejar testimonio para que nunca más nadie volviese a vivir semejante acontecimiento.

Cada una de las fotografías contaba con un epígrafe que sintetizaba el instante capturado. En medio de aquellas imágenes, estaba la historia de mi vida, mejor dicho, del amor de mi vida. Luego de haber recorrido el salón y visto otras imágenes, estaba parada frente a un retrato que resumía un momento clave por el significado que había tenido para nosotros y que atesoraba por siempre. El lago Tête d'Or

enmarcaba la imagen. Él nunca había sido afecto a las fotos que yo le robaba cuando podía, y esa había sido una de las tantas oportunidades en que lo había hecho. Él contemplaba las calmas aguas mientras había apoyado la barbilla sobre mi cabeza para grabar en su memoria aquel instante que yo buscaba capturar.

—Me quedaría aquí por siempre —me había dicho.

—Lo sé, y hay un modo de retratarlo.

Tomé mi Baby, la cámara que me acompañaba desde hacía un tiempo, para hacerlo.

—Mírame —le pedí.

—Es lo que siempre hago.

Intentó quitarme la cámara y, en ese preciso instante, apareció una sonrisa en aquel rostro que quitaba el aliento; los cabellos alborotados daban el marco perfecto a la mirada grisácea con la que siempre me contemplaba.

—Te dije que no —lanzó sonriendo para tomarme por la cintura y recostarme en el césped.

—¡Con ella somos imbatibles! —exclamé con una carcajada—. Nadie me detiene, ni siquiera tú.

Él me había estampado un beso en medio de la felicidad que nos rodeaba. Había sido solo un instante que marcaría lo que él era para mí. Estaba tan ensimismada en esa imagen y en los recuerdos que aquello conllevaba que no percibí nada más, salvo cuando un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo.

—Gabrielle.

Escuché esa voz y, otra vez, todo cobraba vida en mi mente para recordar cada instante recorrido en aquella época en que creía que todo estaba perdido.

CAPÍTULO 1

París, 1939

La duermevela en la que Gabrielle estaba sumida la había llevado a recordar un pasado que debía dejar atrás. Una y otra vez se lo repetía para afianzar la idea de que lo vivido en otro tiempo debía quedar allí; sin embargo y a esa altura de los acontecimientos, desconocía si el esfuerzo que hacía por olvidar era suficiente, o en verdad no quería reconocer que no buscaba ni pretendía dejar atrás lo vivido, porque su corazón aún le pertenecía a él. Envuelta en la frazada que la cobijaba, caminó hasta la ventana de la habitación. Ese lugar se había transformado en el predilecto de la casa que ahora solo ella la habitaba. De familia pequeña, y a pesar de la negativa de sus padres de dejarla sola para instalarse en las afueras de la ciudad, ella supo ser lo suficientemente tenaz para convencerlos de que se fuesen, siempre y cuando se visitasen lo necesario como para no sentir la ausencia que implicaba vivir separados.

Miró a través del cristal de la ventana y contempló que la oscuridad de la noche centelleaba en los copos de nieve que revoloteaban al compás del viento. Las calles, que comenzaban a tapizarse de blanco, brindaban una imagen fantasmagórica. Solo restaban unas pocas horas para que

un día nuevo comenzara. Aunque le pesara reconocerlo, ese día era especial; más allá de que ese recuerdo latiese dentro de ella, no pretendía compartirlo con nadie.

Dejó que las horas corriesen al ritmo del reloj que tenía en la mesa de luz sin poder conciliar el sueño. Poco después y luego de arroparse con una bufanda de lana, colocarse un sombrero y un par de guantes de cuero, salió de la casa rumbo al periódico en el que trabajaba desde hacía dos años. Había buscado hacer las prácticas como becaria en Le Figaro, a pesar de que la posibilidad de que pudiera ingresar al diario era muy incierta. Gabrielle se había esforzado en los estudios para lograrlo, pero no tenía ni conocidos ni referencias, solo contaba con el empeño que siempre le ponía a todo aquello que hacía. Con temor y expectativa, había concurrido hasta las instalaciones del diario. Los nervios se habían intensificado con el correr de los días al ver el modo en que el jefe de sección la trataba. Sin embargo, lo había logrado. Y allí estaba caminando las cuadras que la separaban de su lugar de

trabajo.

Los pensamientos se arremolinaban a la par de la nieve que se escabullía en los recodos de la acera. Movió la cabeza como si de ese modo pudiera expulsar los recuerdos de aquella época, aunque solo logró quitarse unos cuántos copos de nieve alojados en el sombrero que llevaba puesto.

Ese mismo recorrido lo había hecho cada mañana en el último tiempo. Con el frío instalado en ese crudo invierno, alcanzó la esquina en la que se erigía el edificio del periódico. No bien ingresó a la amplia recepción, el cálido ambiente la arropó. Mientras enfilaba hacia la sección de redacción, fue quitándose los guantes y el sombrero, que no dejaba de gotear. Apenas tuvo tiempo de colgar las pertenencias en el perchero ubicado junto al escritorio cuando un compañero le advirtió que el jefe quería hablar con ella. En ese mismo instante, repasó en su mente si

había dejado algún recado, informe o nota incompleta o por hacer. Creía que toda la tarea de la jornada anterior estaba en condiciones, pero nunca estaba segura cuando se trataba las exigencias de monsieur Orson.

—Buen día, Gabrielle, cierre la puerta.

Sin dudas, ese saludo y la orden de que cerrase la puerta se traía algo más. Sin embargo, la tibia sonrisa que se dibujó en el rostro del jefe la desconcertó.

—Gabrielle, debería cambiar ese gesto en el día de su cumpleaños.

—Oh.

Le sorprendió que el jefe se hubiera acordado de esa fecha. Solo unos pocos estaban al tanto de su cumpleaños, ya que nunca había sido muy afecta a festejarlo, por ese motivo, solo las personas muy cercanas lo sabían.

—Bien, aunque no lo crea, tenerla en las filas de la redacción ha sido un hallazgo y una buena incorporación. —

Se inclinó hacia un costado y sacó un paquete—. Por eso, aquí tiene.

Orson contempló la incertidumbre de la joven que se había quedado sin saber qué hacer ni qué decir. Esto último era algo extraño en ella.

—Vamos, ábralo.

Las manos de Gabrielle temblaban ante la sorpresa de que ese hombre de edad y de mal carácter le entregase un obsequio en una fecha tan especial para ella. Sin embargo, no dio crédito a lo que veía cuando supo qué era lo que guardaba la caja que tenía entre las manos.

—¡Oh, Dios, no puede ser!

Un suspiro junto a una fuerte exclamación le emergió del pecho cuando sacó del paquete una cámara Rolleiflex de origen alemán que contaba con dos lentes: el superior se utilizaba para apuntar al objetivo y el inferior realmente tomaba la fotografía.

—Monsieur Orson, no puedo aceptarla. Es demasiado.

No escapaba a su conocimiento el valor de esa máquina.

Había salido al mercado hacía unos pocos años y se había transformado en el anhelo de cualquier fotógrafo que buscase retratar con fidelidad la imagen que quisiese. No hacía tanto que se estaba comercializando por distintos mercados, aunque ya había ganado fama y prestigio.

—Claro que puede, porque yo lo digo —replicó al observar la congoja de la joven—. Supongo que, en algún momento, este aparato le será de utilidad aquí adentro. Y ahora, debo cumplir con unas diligencias. Cuando salga, cierre la puerta.

Se quedó aún sentada sosteniendo la máquina con un cuidado extremo, como si se tratase de un gran tesoro, sin entender cómo se le había ocurrido a monsieur Orson entregarle ese obsequio sin tener la certeza de que ella estaba preparándose en un curso de fotografía que tomaba desde hacía tiempo. Esa decisión también tenía que ver con Brandon. Aunque Gabrielle buscase ahuyentar de su memoria cada palabra dicha por él, no podía, porque había sido el joven Dubois quien, en algún momento compartido, le había dicho que debería continuar con todo aquello que le gustase, como la fotografía. En busca de salir de la tristeza que la embargaba por no verlo, había decidido embarcarse en un curso que ya se había transformado en algo más importante que un pasatiempo.

Hacía meses que venía pergeñando la adquisición de una cámara profesional como la que tenía arropada en las manos. Nunca se había imaginado que esa mañana, que según ella sería para el olvido, podría cambiar de un instante a otro. Se levantó de la silla de inmediato, no

quería perturbar a su jefe con el sollozo producto de la emoción y la alegría de ese regalo, y salió del despacho sin más.

—Si no me dices qué llevas en las manos, les diré a todos que hoy es tu cumpleaños.

Marie era su compañera de trabajo y habían estrechado el vínculo de amistad luego de que Brandon ya no estuviera en las filas del diario. Con el tiempo había sabido ganar su corazón y en ese momento estaba husmeando dentro de la caja que Gabrielle conservaba en las manos.

—¿Nuestro jefe te ha hecho este obsequio?

—Sí, aunque desde que me lo entregó no dejo de pensar que se equivocó.

Ante su ocurrencia, Marie largó una carcajada contagiosa a la que Gabrielle se sumó.

—Me alegro de que al fin reconozca el trabajo que haces aquí.

—¿Lo crees?

—Por supuesto. ¿Cómo va a continuar tu día?

—Regresaré a mí casa, no pienso hacer mucho más.

Marie asintió; no pensaba complicarla diciéndole que creía lindo tomar un café cuando salieran del periódico. Lo dejaría para otro momento.

—Continuemos con lo que nos queda, que el día recién empieza; no sea cuestión de que el jefe regrese y te la quite.

Gabrielle escondió el regalo dentro de uno de los cajones del escritorio e hizo caso a Marie. El resto de la jornada trabajó como si estuviese en una nube de ilusión de la que no se bajó hasta regresar a la calle para encaminarse a su casa.

—Gabrielle.

Ella giró hasta encontrarse con el rostro de Pierre, que aguardaba parado junto a la puerta de ingreso. Lo vio acercarse y de inmediato se sintió envuelta en los brazos del joven.

—Feliz cumpleaños —le dijo en un susurro—. Parece que no he sido el único que se ha acordado de esta fecha —

replicó al notar cómo ella arropaba el regalo recibido horas antes.

—Oh, tienes razón, aún no salgo de mi asombro por tener una Rolleiflex conmigo.

—Me imagino —dijo con cierta decepción.

Pierre desconocía el motivo por el que esa caja rectangular le traía tanta alegría a la joven de la que estaba enamorado. Estaba al tanto del curso de fotografía que estaba llevando a cabo, pero no imaginó que pudiera ser de semejante importancia. Le había dado vueltas en la cabeza qué obsequiarle y creyó que un perfume sería de su agrado, pero, por más que ella intentase agradecérselo, se daba cuenta de que había llegado tarde. Estaba cansado: parecía que todo el esfuerzo que hacía por alcanzar su corazón no bastaba, porque algo volvía a distanciarlos.

—No deberías haberte molestado. —Rompió el papel de seda y se acercó para sentir la fragancia a rosas que le inundó las fosas nasales —. Me encanta.

Agazapada en la puerta del periódico para evitar interrumpir, se encontraba Marie contemplando la manera en que Pierre se desvivía por complacer a Gabrielle.

—Sabes que lo único que no eres para mí es una molestia.

Ella lo miró con la ternura que le inspiraba que ese joven de tez blanca, alto, de cabellos oscuro y ojos color café intentase decirle con gestos lo que aún no se había animado a confesarle con palabras. A pesar del esfuerzo que Gabrielle hacía para que todo fuera distinto, sentía que aún no estaba lista para comenzar una relación con alguien, aunque ansiaba estarlo lo antes posible porque necesitaba pasar página y volver a experimentar lo que alguna vez había sentido. Sabía que Pierre era un buen muchacho y

que contaba con buenas intenciones para con ella. Sería una tonta si no pensara en él más allá de la estrecha amistad que ambos mantenían.

—Lo sé —replicó con las mejillas sonrojadas.

El tinte en su rostro no se debía al aire gélido que corría, sino al modo en que él la miraba. Gabrielle no dejaba de culparse por no poder responderle del mismo modo. Quizás ya fuera momento de que las cosas cambiaran y, para eso, debería poner todo de ella para que nada

perturbase el presente que se avecinaba junto al joven. Y un modo de hacerlo era dejar atrás sus pensamientos y centrarse en lo que el muchacho le ofrecía. Fue así que mantuvieron una cómoda y afable conversación en el trayecto hasta alcanzar la casa de la joven.

—Si quieres pasar, podemos tomar algo caliente; creo que nos hace falta.

No necesitó que él le contestase con un simple monosílabo, ya que la amplia sonrisa que asomó por el níveo rostro del joven daba la respuesta adecuada. Apenas ingresó la llave en la cerradura, la puerta se abrió de par en par; allí la estaban esperando Annette y, a un costado, su padre. Esa imagen se repetía una y otra vez desde que ella tenía memoria: sus padres siempre habían permanecido juntos a pesar de todo lo que habían atravesado. Y para no cambiar la costumbre, allí estaban, unidos por un lazo invisible que se mantenía inalterable, a pesar de que esa unión le había acarreado a la joven que su presente fuese ese y no otro, como el que añoraba junto a Brandon.

—¿Te piensas quedar ahí parada o vas a saludar a tus padres? —reclamó Annette con los brazos abiertos.

No pasó un segundo antes de que ella estuviera envuelta en los brazos de sus padres sintiendo que tan solo tenía cinco años y no los veintiuno que acababa de cumplir.

—Oh, disculpa, Pierre, no te quedes en la puerta, adelante, pasa, por favor —invitó Annette.

Él no se hizo esperar y enseguida degustaron un chocolate caliente y los dulces que la madre de Gabrielle se había encargado de hacer.

—Como no me dijeron que vendrían, suponía que sería yo quien los visitaría más adelante.

—¿En verdad creías que no vendríamos a saludarte? —

comentó su padre—. Hija mía, parece que no nos conocieras. Eres nuestra única hija como para dejar pasar esta celebración.

Los ojos de la joven estaban colmados con lágrimas. Ella conocía el carácter reservado de su padre y sabía que manifestar los sentimientos no era algo que le surgiera como si nada. Quizás que su padre hablara lo justo y añadiera la palabra indicada en el momento preciso la había acercado mucho a él.

—Aunque sabemos que no eres afecta a celebrar, no podíamos estar alejados de ti.

—Lo sé, papá.

—Pierre, no queremos aburrirte con nuestros saludos.

¿Por qué no nos cuentas un poco cómo van tus cosas?

Sin dudarlo, el joven relató su trabajo en una librería que tenía larga trayectoria en el mercado, ya que había sido fundada por su abuelo y se ubicaba en el centro de la ciudad. Aunque él no estaba muy convencido del trabajo que hacía, parecía que no había nada más que pudiera hacer que continuar con la tradición familiar. A pesar de eso, reconocía tener un motivo importante para agradecer el empleo: a raíz de estar detrás del mostrador del local familiar, había conocido a Gabrielle. Había sucedido hacía un tiempo ya, pero para él aquella mañana en que la joven había ingresado a consultar por unos libros de política había sido el inicio de todo. Se había quedado prendado de su

belleza. Con ojos vivaces color miel, ella buscaba en las mesas los libros que le importaban. La melena oscura se le deslizaba sobre los hombros a medida que rebuscaba el material que pretendía comprar. La concentración por lo que estaba haciendo le dibujaba una pequeña y simpática arruga en la frente. Poco después y al conocerla más, supo que ese gesto tan característico en ella surgía cuando estaba ensimismada en algo sin que nada ni nadie pudiera sacarla del estado de abstracción.

Pierre se mantuvo atento al avance de la amena conversación que se desarrollaba en torno a una mesa con dos bandejas de confituras realizadas por Annette. A pesar de los deseos por quedarse más tiempo, no quería opacar con su presencia el regreso de los padres de Gabrielle y el festejo familiar.

—Creo que es hora de irme —avisó sin mucho convencimiento.

—Nosotros estamos encantados de que estés y te quedes.

Las palabras de la madre se esfumaron ante el gesto de la joven de levantarse de la mesa para acudir con Pierre hasta la puerta de ingreso para despedirlo.

—Espero que hayas pasado un lindo día.

—Claro que sí y te agradezco el obsequio; es muy bonito.

Me gustó que estuvieras hoy acompañándome.

—No quiero que agradezcas que esté a tu lado. Sabes que es lo que deseo.

Sin más, se inclinó hacia ella para rozar con sus labios la boca de la joven.

—Hace tiempo que deseo besarte —susurró.

—Yo…

—Por favor —pidió al colocarle un dedo sobre la boca—, no necesito que me digas algo más. Si no estás preparada, puedo esperarte, pero no me hables de él, porque no quiero

ni puedo luchar contra un fantasma.

Gabrielle se quedó de una pieza al escuchar con crudeza los dichos de Pierre. No tuvo tiempo de reaccionar cuando el joven le rozó con el pulgar la mejilla, fijó la mirada unos segundos más y se alejó sin volver la vista atrás. Ella se mantuvo unos minutos observando la figura delgada al tiempo que las palabras lanzadas revoloteaban en su mente. Por mucha vuelta que le diera al asunto, él no podía haber descripto mejor la situación y los sentimientos que la atravesaban. El llamado de su madre la quitó del estado de ensoñación en el que había caído durante unos largos minutos sin siquiera sentir el frío gélido que se colaba desde la calle. En camino a la sala, se centró en disfrutar de la compañía familiar. Por mucho que lo negara y le costase reconocerlo, extrañaba a su familia más de lo que hubiera imaginado.

Se sentó en una de las sillas y se dejó envolver en la conversación con sus padres, que le relataban algunas de las anécdotas referidas a las refacciones pendientes en la casa del campo. Era tiempo ya de que ellos disfrutaran de la paz y el sosiego que les brindaba la campiña francesa. El estado en que habían adquirido la propiedad no era bueno, y esa circunstancia les había permitido comprarla sin necesidad de vender la casa en la que residía Gabrielle. Ese había sido un motivo de discusión, ya que la joven les había propuesto conseguir un apartamento pequeño en el centro de la ciudad para evitar mayores gastos. Aún era una cuestión pendiente, aunque ella no perdía las esperanzas de irse de allí y comenzar una nueva vida. Los escuchaba con atención sin dejar de contemplar esa unión que, a través del tiempo, los había hecho invencibles, aunque suponía que habrían mantenido desavenencias en el curso de la vida que llevaban juntos.

—Si no les molesta, me voy a acostar. Ha sido un día agotador.

—Por supuesto.

—Papá, me alegraste el día.

—Creo que fue al revés —completó al darle un beso de despedida a su hija.

Él le lanzó una mirada tierna a su esposa, antes de abandonar la sala.

—Gracias por venir.

—Hija, sabes que nada nos impediría venir hasta aquí.

—Lo sé. Ayer se comunicó la abuela para felicitarme.

—Ah…

—La edad que tiene hace que no recuerde la fecha con exactitud.

—Me imagino.

—No lo dije para que te sientas molesta por eso.

—Hija, sabes que nada me pondría más feliz que haber contado con su presencia a tu lado en cada cumpleaños. De nada sirve estar sumida en el rencor.

—Lo dices a pesar de la distancia que mantiene contigo.

—Eso ya no importa, porque yo decidí qué quería para mi vida, y estaba claro que mi decisión estuvo por encima de los deseos de mis padres. Ella nunca se amilanó ni cambió de actitud frente a mí. No la culpo, porque yo tampoco lo hice. Pero acá lo importante eres tú.

—Lo sé.

Habían transcurrido dos años de aquella revelación que explicaba una serie de interrogantes que Gabrielle tenía, y la inexistente relación con la familia materna Toussaint era uno de ellos. Las respuestas esquivas y las evasivas ante sus inquietudes no habían colaborado a aclarar la situación.

Con el tiempo, los cobijó un manto de silencio, bajo el que la joven creció hasta que, en el momento menos esperado, todo

cambió.

Gabrielle

nunca

creyó

que

aquel

descubrimiento del pasado familiar oculto le traería consecuencias para el presente que tanto anhelaba y que, según parecía, nunca lograría alcanzar.

—No quiero que te pongas mal por esto.

—No lo estoy.

—Quizás no lo estás por lo que dices, pero…

—Mamá, no tengo ganas de hablar.

Annette conocía a su hija como nadie. Si bien en más de una ocasión discutían, sabía que Gabrielle sangraba por dentro. Y más allá de todas las explicaciones dadas en su momento, en un lugar remoto de su corazón se sentía culpable por el presente de su hija. En un principio creía que lo que la joven había sentido por Brandon era algo pasajero y sin futuro. Pero se había equivocado y parecía que no había forma de remediarlo.

—Hija, debes seguir adelante. Él no te merece. Te ha dejado con promesas incumplidas.

—Basta, mamá.

—Nadie vale semejante sacrificio. Debes continuar con tu vida y permitir que haya alguien más.

—¿No ves que lo estoy intentando?

—Es lo que deseo. —Entrecruzó sus dedos con los de Gabrielle—. Te mereces ser feliz, y debes luchar por serlo.

La joven asintió al tiempo que su madre levantaba la mesa para dar por finalizado el festejo. Annette evitó mencionar el gesto un tanto indiferente de su hija hacia Pierre cuando, con educación y buen gusto, se había retirado de la reunión.

—Deja que te ayude.

—No es necesario, se te ve cansada, ve a descansar, que tenemos unos días para compartir en tu tiempo libre.

Gabrielle se despidió de su madre. Sin dudas, el cansancio se había

apoderado de su cuerpo, que había pasado en vela parte de la noche anterior. Ingresó a la

habitación y dejó sobre un mueble los regalos. Antes de sacar el camisón, revolvió el cajón hasta extraer lo que deseaba tener en las manos. Se cambió y enfiló hacia un butacón al lado de la ventana con esa libreta de tapas de cuero ajadas y curtidas por los años. Hacía tiempo que no volvía a leerla. Creía que, de ese modo, ahuyentaría lo vivido, pero estaba equivocada. La conversación con Annette había sido el preludio de los recuerdos que se hicieron presentes con el ímpetu de un vendaval, y regresó a aquel instante cuando todo comenzó.

*

A pesar de que el viento arrasaba y el frío calaba hasta los huesos, me senté a la vera del Sena para intentar que las tranquilas aguas calmasen mi espíritu, debido a la inquietud que me embargaba desde que había salido de la redacción de Le Figaro. Las manos aún me temblaban ante la advertencia que me había dado mi superior por el artículo que había presentado. El modo displicente con el que me trató había sido muy distinto del tono que había usado con mis otros dos compañeros. La gran ilusión que tenía por haber entrado meses atrás como becaria a uno de los periódicos más importantes de Francia me permitía soportar de modo estoico el destrato y la exigencia. Sabía que no podía desaprovechar la oportunidad que se me había presentado gracias a las altas calificaciones con las que había finalizado el curso de estudio. No había sido fácil ingresar, y solo los mejores habían accedido a cubrir las escasas vacantes disponibles. Los últimos meses los había dedicado a demostrar que no se habían equivocado conmigo, a pesar de que aquella mañana se había instalado un manto de duda sobre mí. Debía encontrar el material que

quería mi jefe, el que me iba a permitir continuar trabajando en aquello que amaba. En aquel momento estaba trabajando contrarreloj para poder presentar una crónica con la que pudiera ganarme el respeto de monsieur Orson.

De a poco me fui calmando. ¿Cuánto más podía permanecer allí regodeándome en la angustia y la desazón? Contemplé a mi alrededor las farolas que destellaban e iluminaban el sendero. No me había percatado del tiempo que había pasado ni de que muy pronto la noche se apoderaría de la ciudad. Me arrebujé en el abrigo y me dirigí hacia

mi hogar.

Sin embargo, mi estado de ánimo cambió poco después de ingresar a casa. Sabía que debía buscarle la solución, aunque había algo, a pesar de todo, que me mantenía feliz.

Justamente, gracias al ingreso al periódico, había conocido a Brandon. Desde el momento en que lo vi en Le Figaro, quedé prendada de él. Esa mirada grisácea que lanzaba era diferente a la que dirigía a otras personas. Él parecía inalcanzable, no porque fuera arrogante, sino porque entablaba relaciones amistosas solo con quien quería. Nunca había buscado congraciarse con alguien para conseguir algo. Quizás fuera su fuerte personalidad la que le permitía conseguir lo que quisiera alcanzar. Lo único que supe no bien ingresé al periódico fue que él pertenecía a una de las familias más influyentes de la ciudad. Supuse que eso lo distanciaba del resto de los compañeros y lo acercaba al pedante monsieur Orson. Poco después, me di cuenta de que mi percepción era errónea, porque Brandon solo se acercaba a quien le importaba, y yo había pasado a ser alguien muy especial para él. Nada me hacía más feliz que eso y, en medio de mi ensoñación por estar junto a él, buscábamos todos los momentos posibles para compartir.

Fue así como esa noche, y sin aviso, se presentó en mi casa.

La felicidad que sentí cuando lo vi en la puerta no cabía dentro de mí. Él sabía que yo estaba preocupada por esa crónica que no me dejaba dormir por las noches y ese día quería pasar a verme para desearme toda la suerte para cuando la presentase. Yo, por mi parte, creía que ese era el momento justo para que conociera a mis padres. En una cena improvisada con unos vol-au-vent rellenos preparados por mi madre, se sentó junto a nosotros. Sin embargo, la velada no transcurrió como yo me lo imaginaba. Las miradas cruzadas entre mis padres y los largos silencios de mi madre me inquietaron. No supe si Brandon se dio cuenta o actuó como si nada sucediera para darme la tranquilidad que yo necesitaba; cada vez que lo miraba, esos ojos grisáceos me decían que todo estaba bien. Así transcurrió la reunión hasta que la cena llegó a su fin. A pesar de cierto clima hostil de mi familia, él no se amilanó, muy por el contrario, se despidió de mí con un beso plagado de deseos y promesas. Cuando regresé a la sala, supe que mi percepción no era errónea.

—Deberías alejarte de ese muchacho, no creo que sea conveniente que mantengas una relación con alguien que trabaja en el periódico —había manifestado mi padre.

No se inmutaron ante mi cara de desconcierto al escucharlos y continuaron.

—Hija, te estás esforzando por hacerte un lugar en tu nuevo empleo y no quisiera que echaras a perder todo por este joven.

—¿Qué tiene que ver mi desempeño con haber conocido a Brandon? Parece que en esta casa nada de lo que haga los alegra —reclamé con lágrimas en los ojos, porque no podía contener la rabia y la desazón que me embargaban.

—Además, las diferencias sociales están a la vista. Por mucho que te empeñes en negarlas, surgirán en algún momento y no deseo que sufras.

Yo había notado que la mención del apellido de él había provocado un cambio en el modo en que se había dado la conversación.

—Pero ¿qué es lo que dicen?

—Gabrielle, compórtate y no seas ingrata en el modo en que te diriges a nosotros.

—Nunca lo he sido, como creo que ambos sí lo son conmigo en este preciso momento.

Sentía el pecho a punto de estallar y no podía permanecer un segundo más dentro de la sala. Me levanté de la silla como si una fuerza superior me expulsara de ella y enfilé hacia mi habitación, donde me encerré para no salir durante un tiempo. Necesitaba sosegarme y buscar la calma que no tenía. Me lancé sobre la cama para dormir, pero los pensamientos no dejaban de darme vueltas en la cabeza, hasta que abandoné la habitación. Me dirigí hacia el único lugar que podía sosegar mi espíritu y al que hacía tiempo no iba. Bajé la pequeña escalera que salía del techo y levanté la tapa de madera que daba acceso al desván. Me tropecé con algunos trastos desparramados por el piso hasta alcanzar el lugar de siempre. Allí, me senté sobre un almohadón tirado debajo de una desvencijada ventana que iluminaba el pequeño recinto. Desde hacía tiempo, me había apropiado de ese lugar; sin embargo, la actividad de los últimos meses no me había permitido ir tan frecuentemente como solía hacerlo.

Bajo el resplandor de la luna, intenté calmarme. Doblé las piernas y me las abracé; luego apoyé la barbilla sobre ellas.

La vista se me perdió en las sombras de la noche. Poco a poco fui

encontrando la quietud que necesitaba. Con cierta nostalgia, contemplé las muñecas que habían sido parte de mi infancia junto a otros juguetes que se apilaban sobre un estante. Recorrí con la mirada el resto de las cajas. Me acerqué al arcón que siempre había estado debajo de un

vetusto mueble coronado con un espejo ahumado. Quizás ver algunos de los recuerdos familiares me distrajera.

Levanté la tapa del cofre. Algunas motas de polvo me inundaron la nariz. Una serie de fotografías sepia asomaron desde un sobre de papel manila. Manojos de cartas atadas con un cordel formaban parte del inventario del baúl que yo ya conocía. Por debajo de una pila de papeles amarillentos, sobresalían recortes de periódicos. Nunca antes me había interesado verlos, pero ahora que trabajaba en un diario quizás mi perspectiva al leerlos fuera otra. Hurgué para sacarlos del interior. No supe si fue por la fuerza que hice, pero la parte inferior se movió y un dedo me quedó atrapado en lo que parecía ser un doble fondo. Me ayudé con la otra mano para sacar parte del contenido y poder liberar el dedo atorado. Ya no solo me inquietaba el texto periodístico. Después de unos largos minutos, extraje un paquete más grande que mi mano envuelto en papel de seda y acordonado. Imaginé que sería efectivamente un libro y que, por el modo en que se encontraba envuelto, nadie quería que fuese abierto. Tampoco sabía desde cuándo estaba allí dentro.

Por un momento abandoné la idea de saber de él y comencé a leer algunos recortes periodísticos. Las crónicas reflejaban el momento en que mis padres se habían conocido. La Gran Guerra había sido el escenario. Nunca supe los detalles de todo aquello, porque era doloroso remover esa etapa funesta. A pesar del paso del tiempo, siempre admiré el modo en que se amaban. Reflexioné que faltaba tan solo un mes para que se celebrase el aniversario del armisticio de aquel conflicto bélico. Hasta ese momento, no se me había ocurrido que podía tomar el testimonio de mis padres para hacer una nota; sin embargo, allí estaba, con la cabeza llena de ideas y convencida de que esa era la crónica que deseaba contar. Amontoné los objetos que

había sacado y desplacé el arcón hasta el lugar en que lo había encontrado. Salvo por un detalle: el paquete acordonado continuaba en mi mano, pensaba abrirlo cuando estuviese más espabilada y de mejor ánimo, porque no dejaba de pensar en la discusión suscitada en torno a Brandon y que no podía comprender. Luego de permanecer allí un tiempo, regresé a mi habitación munida con el paquete que aún no había abierto; era tanto el cansancio que tenía que ni siquiera la

intriga hizo que desempolvara el envoltorio.

La mañana siguiente, cuando arribé al periódico y vi a Brandon, todo cambió; parecía que él podía leer más allá de mis pensamientos, ya que, sin decirme nada, se acercó, me besó y me susurró que todo estaría bien. Luego me guiñó un ojo cuando nuestro jefe lo llamó para darle unas indicaciones sobre un trabajo que tenía pendiente. Fue así como transcurrió esa jornada que mejoraba hora a hora en compañía de él. Más tarde, en su coche, me llevó hasta mi casa; en el trayecto no dejamos de hablar de nuestros sueños, y claro que en el mío él estaba presente. Antes de despedirse, me dijo que debía cumplir con unos recados que su padre le había pedido, luego me besó como si el mundo fuese a acabarse y se fue. Me quedé embelesada viendo cómo el vehículo que conducía se alejaba hasta que se hacía pequeño y se perdía sin dejar vestigio de su presencia. En ese momento, estaba convencida de que nada ni nadie podría separarme de él. Bajo esa ensoñación ingresé a mi casa. Me dirigí a la cocina, y allí estaba mi madre.

—Te he estado esperando.

Yo asentí, pues había que aclarar varias cuestiones, pero de lo único que no deseaba hablar en ese preciso momento era de Brandon. Quería conservar ese halo de ilusión de que

lo nuestro era algo especial sin que alguien me dijese lo contrario.

—¿Deseas tomar un té?

—Es lo que me hace falta —dije al quitarme los guantes

—. Venía con la intención de hablar contigo sobre algo que estuve elaborando ayer.

Noté que la vajilla de porcelana comenzaba a repiquetear en las manos temblorosas de mi madre. Entonces le propuse hacer una entrevista para la confección de un relato sobre lo vivido por ella en la guerra. Esperaba que eso fuera suficiente para cumplir con el trabajo que tenía pendiente. Haber visto los periódicos de aquella época me había inspirado para hacer una crónica. No quería que este trabajo me quitara más tiempo para poder disfrutar con Brandon; necesitaba tener la cabeza libre de cualquier otra preocupación que me rondara por la mente.

Busqué las respuestas en boca de mi madre sobre aquella época. Yo sabía que mis padres se habían conocido en tiempos de guerra, e

imaginaba lo duro que había sido vivir una situación así, aunque no supuse que hubiera algo más.

Sin embargo, y para mi asombro, sí lo hubo. De las preguntas hechas a mi madre, y que serían objeto de la crónica que presentaría a mi jefe, confirmé que ella trabajaba como voluntaria en el Hospital Buffon, un instituto educativo que luego, por necesidad de atender a los soldados heridos, se transformó en un centro médico. Esa había sido una práctica habitual para contrarrestar las necesidades médicas. Había sido allí donde mi madre había conocido a un soldado maltrecho y malherido que luchaba por sobrevivir. En aquella larga estadía ambos se enamoraron. Nada de eso me produjo asombro, pero sí me sorprendí cuando mi madre me confesó que estaba prometida a otro hombre, uno que pertenecía a una clase social acomodada. Ambas familias se conocían y pugnaban

por que los jóvenes contrajeran matrimonio. Era casi un hecho que eso sucedería. Pero el amor que mi madre sentía por ese soldado malherido hizo que deshiciera el compromiso para ir contra lo establecido, contra su familia y contra la de su pretendiente. Sin apoyo familiar, ella se quedó al lado de ese joven que, tiempo después, se transformaría en mi padre. Por momentos, su testimonio fue desgarrador y el recuerdo de todo aquello no la doblegó.

Ella finalizó con un sordo sollozo y yo, con las lágrimas en los ojos, que me impedían continuar tomando notas. Luego nos abrazamos en un silencio que hablaba más que cualquier otra palabra que uno podría pronunciar, porque, en apariencia, ya estaba todo dicho.

Sin lugar a dudas, ese era un testimonio valioso para mi crónica, ya que hablaba no solo de los dolores de una guerra, sino del amor después de la guerra. Esa historia me había atrapado tanto que había dejado a un lado la libreta vetusta y ajada que había rescatado en el desván, para leerla cuando tuviera más tiempo. En ese momento necesitaba salir de esa habitación y pensar sobre todo lo escuchado, pero me detuve al llegar a la puerta de la sala porque mi madre me llamó. Cuando giré vi que tenía entre sus manos la libreta de cuero marrón que había encontrado en el desván.

—Estaba en tu cuarto.

—Así es, la encontré ayer. Aún no la abrí —confesé esperando que no hubiera motivo para que yo la tuviera.

—No es una libreta cualquiera, es un diario mío. Lo escribí en una

etapa muy especial, y creo que llegó el momento de que lo leas.

—Pero…

—Ábrelo solo cuando estés en tu habitación. Quizás entonces encuentres algunas respuestas que aún no te he dado y que me ha costado darte.

De inmediato, y más confundida que antes, salí de allí para encerrarme en mi cuarto y dar rienda suelta a la lectura del diario de mi madre. Me senté sobre la cama y comencé a hojear el cuaderno en el que comencé a encontrar pasajes sobre lo que mi madre ya me había relatado minutos antes. Pero hubo algo que hizo que me detuviera sin poder pasar las páginas siguientes. Volví a leer para saber si había comprendido mal o si había un error en la clara caligrafía de ella. Cuando confirmé que no era ninguna de esas dos posibilidades que creía, confirmé que el apellido Dubois estaba escrito en varios párrafos del relato. Él había sido el prometido de mi madre. El hombre que mi madre abandonó no era ni más ni menos que el padre de Brandon Dubois.

El torbellino emocional que significaba que mi madre hubiera estado unida a la familia del joven del que yo estaba enamorada me confundió más. En ese instante, pensé todas las posibilidades que había para que la relación que mantenía con Brandon continuase por el camino que habíamos iniciado. Estaba segura de que la humillación que habrá sentido esa familia al enterarse de la nueva relación de mi madre no podía ser impedimento para que, años después, yo tuviera algo con Brandon. Me quería convencer de que el tiempo podía curar cualquier herida del pasado.

Un poco más tranquila continué leyendo; creía que lo peor había pasado, pero me equivoqué. Aaron Dubois no había aceptado un no por respuesta, no había soportado ser abandonado por su prometida y se había empeñado en hacerle la vida imposible a mi madre, y fue lo que hizo. Se apersonó en el hospital para propiciar un escándalo diciendo que, si no regresaba con él, no sería de nadie más.

Y cumplió su palabra. Una noche se presentó en el apartamento que compartía con una compañera, una amiga médica argentina que estaba becada en el hospital Buffon.

Aaron ingresó a la sala por la fuerza sin que mi madre pudiera echarlo de allí. La golpeó una y otra vez, y, cuando creía que estaba reducida, abusó de ella. Ese hombre despreciable y aberrante que había

destrozado a mi madre era el padre de Brandon. De inmediato el aire comenzó a faltarme y el cuerpo me temblaba sin poder detener el escalofrío. Lo único que funcionaba como una locomotora era mi mente al repasar cada palabra y cada gesto durante el diálogo lanzado aquella noche cuando Brandon vino a mi casa. Los silencios y las palabras vagas ahora habían cobrado un sentido revelador.

Lloré y lloré, sin saber cuánto estuve encerrada en mi habitación. Solo la oscuridad del exterior me indicaba el tiempo que había transcurrido, aunque me había mantenido en la misma posición aferrada a ese diario como si pudiera regresar al pasado y cambiar las hojas escritas por el dolor y la angustia de mi madre. Me levanté de la cama y caminé hacia la ventana por la que ingresaba la tenue luz de las farolas de la calle. Con los ojos irritados por el llanto, traté de enfocar bien la vista, porque creía que la imaginación me jugaba una mala pasada al ver a Brandon bajar del automóvil para dirigirse hacia mi casa. Abrí la ventana y le indiqué que me esperara allí; no quería que esa noche se presentase frente a mi familia, no era el momento. Estaba convencida de que él no estaba al tanto de mi descubrimiento, al menos de la relación de nuestros padres.

Claro que lo que Aaron Dubois le había hecho a mi madre quedaría en la mente perturbada de él; aquel episodio no sería algo de lo que pudiese alardear, y menos aún con su hijo. Bajé como pude con la ayuda de la rama de un árbol que con su follaje cubría parte de la ventana de la habitación. Con un descenso torpe, trastabillé y, si no hubiera sido por los brazos de Brandon que me sostuvieron, yo habría terminado en medio de una gran caída.

—No creo que de niña hayas jugado en las alturas —dijo en un tono juguetón.

Me besó como solo él podía hacer y luego, cuando fijó su mirada en la mía, rojiza y llorosa, supo que algo me había sucedido.

—Ven, tengo el coche aquí, vayamos a dar una vuelta.

Me condujo hasta el vehículo, abrió la puerta y me desplomé en la butaca.

—Ahora quiero que me digas qué sucedió, por qué estás así. Sabes que puedes confiar en mí.

Cómo decirle lo que había descubierto. No tenía palabras para confesar lo que había leído horas antes. Me lancé sobre él, que me arropó en sus brazos, me brindó caricias y besos para intentar que mi

sollozo mermara y pudiera hablar.

—Es solo por la nota que debo entregar —contesté entrecortada.

Otra vez esa mirada me desnudaba, como siempre lo había hecho. Con el pulgar, me acarició la mejilla hasta descender por el contorno de mi boca. El estremecimiento que recorría todo mi cuerpo no me dejaba pensar en nada más que en sus caricias, y yo necesitaba dejarme llevar por ellas. Su boca buscó la mía y me entregué a un beso profundo y codicioso; creía que mi cuerpo iba a desfallecer.

Cuando imaginé que ese instante no podía mejorar más, dijo algo que me colmó el corazón.

—Gabrielle, te quiero.

Yo estaba aturdida y no podía siquiera pensar en las consecuencias que todo eso podía traer.

—Necesito que me digas qué sientes por mí —resopló sobre mis labios.

El silencio se intensificó a la par de su mirada, que no dejaba de examinarme.

—Di que no me quieres y me iré de aquí sin volver a molestarte —agregó.

No podía creer que él pensara que yo no sentía lo mismo que él, ¿cómo podía ser tan ciego como para no darse cuenta del modo en lo amaba?

—Te amo.

En ese mismo instante lanzó un suspiro con el que dejó atrás las dudas e incertidumbre que mi actitud pudiera traerle. Nos besamos sin apremio y disfrutando cada caricia para sellar el sentimiento que nos unía.

—Y ahora, ¿me dirás qué te ha sucedido? —Desplazó el pulgar por mi mejilla acariciándome con la mirada.

—En este momento no puedo. No quiero empañar este instante confesándote lo que me ocurrió.

—Está bien. Lo único importante es lo que nosotros sentimos. El mundo puede esperar —refirió con esa sonrisa que solo destinaba a mí

—. Cuando tengas necesidad y creas que llegó el momento, me lo dirás.

—Gracias.

Arrancó el vehículo. Sin abandonar mi mano, que seguía encima de la suya, me alejó de mi casa; yo estaba convencida de que nada ni nadie podría ir contra lo que estábamos construyendo juntos.

*

Hacía tiempo que no volvía a recordar con semejante intensidad lo vivido. Pareciera que aquel pasado regresaba y cobraba vida en mí. Quizás, intentar dejar todo atrás para comenzar una nueva vida hacía que no pudiera dejar de revivir lo sucedido, aunque mi mente aún no podía volver al momento en que todo había cambiado para nosotros.

CAPÍTULO 2

Las sombras del pasado

La mañana había despertado anodina. El cielo estaba encapotado de un gris ceniciento. Una leve ventisca barría las hojas de los árboles que estaban diseminadas en las aceras. Y como hacía otras tantas noches, esta última Gabrielle no había podido descansar. Mantenerse despierta por las noches se había vuelto una costumbre que debería cambiar si no quería que le trajera consecuencias en el trabajo. Sin lugar a dudas, debería exorcizar cuanto antes los recuerdos que le impedían continuar con su vida. Estaba convencida de que, hasta que no lo hiciera, su mente continuaría vagando por el sendero del pasado sin poder avanzar hacia un presente que le diera otra oportunidad para ser feliz. Dejó a un lado las elucubraciones, que lo único que hacían era complicarla más, y se alistó con premura para salir de la casa cuanto antes.

—Hija —la saludó Annette, que estaba preparando el desayuno.

—Mamá, no puedo detenerme para desayunar, llego tarde.

—Gabrielle, vas a tomar algo caliente antes de salir. Esta taza de chocolate está aguardándote.

Si había algo a lo que la joven no podía negarse, era a disfrutar su bebida preferida. Eso sí que no llevaría demasiado tiempo.

—Deberías quedarte con nosotros unas semanas en la campiña para que descanses y comas mejor. Estás más delgada.

—Sabes lo que disfruto estar con ustedes, pero también entiendes que no puedo dejar todo por estar en ese paraíso.

Por ahora me es imposible, pero, no bien tenga un poco de tiempo libre, lo haré.

—Está bien, hoy saldré a hacer unas compras para que tengas algo más de víveres.

—Y yo intentaré regresar antes, aunque debo concurrir al Instituto de Fotografía.

—Imagino que eso te tiene a mal traer.

—Es lo que me hace sentirme feliz. Mamá…

La joven no buscaba caer en una de las tantas conversaciones con su

madre, quien intentaba ayudarla, aunque en definitiva lo único que hacía era inmiscuirse en un tema de la muchacha.

—Lo sé, vete ya.

Gabrielle no había alcanzado la puerta de salida cuando se detuvo al escuchar que su madre volvía a llamarla.

—No puedo creer que te olvides de tu sombrero.

Annette sonrió cuando vio a su hija colocarse el sombrero gris a la vez que salía rauda para alcanzar el metro y llegar a tiempo al periódico; esa vez dejó la bicicleta a un lado.

Mientras la imagen de su hija se alejaba por la acera, no dejaba de recordar que Gabrielle, desde pequeña, andaba detrás de algún sombrero que pudiera usar. En aquella época, lo utilizaba para hacerse la payasa, más tarde pasó a formar parte de su vestimenta. Ese leve olvido de su hija al irse no le pasó desapercibido; Annette estaba convencida de que la joven se replanteaba volver a ser feliz de la mano de otro hombre, y esperaba que fuera Pierre quien lograra sacarla del encierro emocional en que estaba sumida, para que pudiera dejar atrás a Brandon Dubois.

Gabrielle se apresuró y subió al vagón para no retrasarse más de lo que estaba. Buscó un lugar dentro del tumulto que había alrededor. En medio de los pasajeros que subían y bajaban en las distintas estaciones, los que estaban sentados se hallaban ensimismados con la lectura de algún periódico. Los titulares destellaban sobre el papel impreso y, sin importar la tendencia política, había cierta unanimidad sobre lo que se vivía en ese momento.

Las crónicas no eran auspiciosas, aunque de un modo u otro se intentaba que la estabilidad y razonabilidad de algunos gobernantes primara sobre la locura por el poder de otros. El gobierno de Albert Lebrun no solo debía lidiar con las cuestiones políticas y económicas que había dejado la caída de la Bolsa estadounidense una década atrás –y que en Francia había surtido efectos tardíos–, sino que también debía contener y controlar la hondonada de refugiados republicanos españoles que, con la Guerra Civil y la asunción de Franco, huían para buscar en los países cercanos otra perspectiva de vida. En una primera etapa, se habían abierto las fronteras de Francia para el ingreso de mujeres, niños, ancianos y personas enfermas. Tiempo después, habían accedido al ingreso de soldados previo abono de las armas. Esto cambió la fisonomía de las carretas próximas a los puntos de frontera

que se veían habitados de personas hambrientas, aturdidas, que, con escasas pertenencias, trataban de alcanzar la frontera bajo la lluvia, el frío, la nieve y el viento. Ante la gran cantidad de refugiados que aumentaba a diario, las autoridades decidieron ubicarlos en algunos de los campos de internamiento que había en Argelés-sur-Mer, Saint Cyprien, entre otros, junto al de Gurs, en donde se alojaban los aviadores y las brigadas internacionales.

Los resabios de la Gran Guerra acaecida en territorio europeo no habían dejado de resonar en la mente de los gobernantes. Para evitar los desbordes en manos del Führer, que, acompañado de una constante y persistente campaña propagandista alemana difundida sin tregua, buscaba sumar más territorios por encima de sus fronteras, se había celebrado una conferencia en Múnich hacía unos meses. Ni Inglaterra ni Francia, que participaban en ella, buscaban verse involucradas en otra guerra contra el país teutón, y Hitler lo sabía. Se llegó a un acuerdo tras varios días de deliberaciones sobre cómo resolver los fuertes deseos alemanes de anexar el territorio de los Sudetes, que implicaba la zona más occidental de Checoslovaquia en la que residían una gran cantidad de alemanes y que contaba con el atractivo de una posición geográfica muy estratégica para los fines de conquista alemana. Un fuerte triunfo diplomático hizo que Alemania anexara ese territorio, sumado al de Austria –unida por los estrechos vínculos históricos entre ambas naciones–, con la promesa de que ni Francia ni el Reino Unido interferirían para garantizar la paz en la zona. Sin embargo, y muy a pesar de lo que se buscaba, el resto de los países había comenzado una campaña armamentista, porque aún no había certeza de que la paz se mantuviese por mucho más tiempo. Esta información

no

solo

corría

por

los

despachos

gubernamentales, sino que era parte de los editoriales en las distintas columnas de los diarios franceses.

—Gabrielle.

La joven recién acababa de arribar a la redacción y, sin poder dejar el abrigo ni quitarse el sombrero, escuchó la voz de monsieur Orson que la llamaba. Debía recordar que la buena acción del día anterior había sido una excepción en el trato que ambos tenían, y todo volvía a ser como antes. La jornada estuvo plagada de trabajo que, aunque cansador, le

permitía solo concentrarse en la actividad periodística y no pensar en nada más que en hacer lo mejor para evitar tener detrás de ella a su jefe, que no dejaba de quejarse de todo lo que no lo conformaba. Por suerte, ese día culminaba en el Instituto de Fotografía, donde acudía desde hacía mucho tiempo. Como le había indicado monsieur Orson, esperaba poder sumar esa nueva afición a la actividad que estaba desarrollando.

Al arribar al lugar, se dio cuenta de que, en vez de continuar con las prácticas fotográficas y los secretos del revelado, harían algo diferente: los alumnos fueron invitados hasta una sala donde se proyectaría una película sobre la ciudad de París. En la cinta se destacaban los distintos puntos más importantes de la ciudad, que contaban con ciertas peculiaridades y atractivo para ser fotografiados. En una de las clases, ya habían anticipado que lo más importante era captar con el lente el alma de lo que se quería mostrar; a veces un objeto o un lugar que en apariencia no tenía significado podría transformarse en algo majestuoso. Caminó hasta la sala de proyección, se ubicó en una de las tantas butacas y, de a poco, la luz del recinto se apagó para dar comienzo a la cinta.

*

Quizás fueron los lugares que se mostraban allí, esos mismos lugares que había recorrido con Brandon, que hicieron que mi mente regresara a aquel momento en que nos creímos dueños del mundo y de nuestro destino. Y a pesar de estar en una clase sobre algo que me apasionaba, como la fotografía, me dejé llevar por la hondonada de recuerdos que brotaron en mi mente. No me esforzaría por impedir

que saliesen. En algún momento creí que, si

expulsaba mis recuerdos, me quedaría vacía. Sin embargo, estaba equivocada, porque dejar atrás todo aquello me posibilitaría avanzar en un presente que aún no me permitía vivir.

Aquella noche en la que nos alejamos de mi casa, él condujo hasta detenerse sobre un recodo a la vera del Sena.

Solo unos pocos automóviles transitaban por allí. Bajo el tenue resplandor de una farola que alumbraba aquel rincón, me besó como solo él sabía hacerlo.

—Te deseo —susurró—. Dime que ansías lo mismo yo.

—Lo único que quiero es estar contigo.

En aquel preciso instante descendimos del vehículo y nos adentramos en un edificio ubicado a metros de donde estábamos.

—No te asustes. Aquí hay un pequeño departamento que usé en mi época de estudiante.

Y no exageró al describirme la dimensión del lugar, que era una buhardilla trasformada en un pequeño apartamento. La madera del piso contrastaba con el blanco de las paredes. La ventana, por donde ingresaban los reflejos de la noche, asomaba por entre el tejado gris.

Desde allí se podía vislumbrar el deambular de los parisinos a orillas del Sena.

—Parece el atelier de un pintor —dije sin dejar de observar a mi alrededor.

—Lo ha sido.

A un costado de la sala, había un diván con varios almohadones. Completaba el reducto una mesa con dos sillas junto a un baúl que guardaba lo necesario para vivir allí.

—En verdad, es hermoso.

—Tú lo eres —dijo al acariciarme la mejilla que incrementaba el color a medida que su pulgar se desplazaba por mi cuello.

Una serie de sensaciones desconocidas, hasta ese momento, invadieron mi cuerpo. Lo único que deseaba era que no dejara de acariciarme.

—¿Confías en mí?

En ese instante, le habría confiado mi vida. Nadie me había hecho sentir de ese modo y deseaba entregarme a él en cuerpo y alma. En medio de la penumbra como testigo, él me desvistió sin dejar de abrazarme con esa mirada grisácea. Las palabras sobraban en ese instante, junto a un silencio quebrado por los gemidos y los fuertes deseos por amarnos, al tiempo que su boca se fundió con la mía en un beso profundo e impetuoso. Mi cuerpo había cobrado vida y se encendía a medida que sus dedos recorrían cada pulgada de mi piel. Mis gemidos iban en consonancia con las caricias que me brindaba. Veneró y adoró cada rincón de mi cuerpo y, cuando creía que estallaría de placer, su boca descendió y hurgó en mi intimidad. Mis dedos se aferraron a sus cabellos para intensificar más el gozo que sentía. Poco después, un estallido de satisfacción me atravesó el cuerpo.

—Necesito estar dentro de ti.

—Te deseo.

De a poco, nuestros cuerpos se acoplaron y fueron ganando ritmo al tiempo que el placer y la desmesura nos envolvieron para culminar en un grito de placer.

—Te amo —confesó.

—Siempre te amaré —aseguré envuelta en lágrimas.

En ese momento advertí que nada de lo que nos rodeaba podría separarnos. Esa noche sellamos nuestro pacto de amor, aquel que creía que cumpliríamos por siempre.

El paso de los días transcurrió en una misteriosa calma.

La felicidad me brotaba por los poros; era notorio en cada gesto y palabra que pronunciaba. Las jornadas en el diario en compañía de Brandon se habían transformado en permanentes miradas cómplices y escapadas a algún rincón

de la redacción para besarnos. Todo era inmejorable. Atrás había quedado la angustia que me había rondado desde que había leído la confesión de mi madre. Y como aquel diario arrumbado en el baúl del desván, yo guardé bajo siete llaves ese secreto con el convencimiento de que era la mejor manera de continuar y olvidar.

A pesar de que las horas del día no me alcanzaban para cumplir con las exigencias que tenía, pude entregar a tiempo el trabajo y esperaba que la crónica escrita fuera del gusto de mi jefe. Antes de abandonar la redacción, monsieur Orson me llamó a su despacho. El temblor que me recorría el cuerpo no podía disimularlo. Al ingresar al despacho, atiné a sentarme y cruzar las manos para evitar que se moviesen, porque habían cobrado vida propia.

—He leído el material que me dejó y debo reconocer que me ha sorprendido. Después del despreciable artículo que escribió tiempo atrás, no creí que pudiera sacar algo digno, pero debo reconocer que lo ha hecho.

A la par que escuchaba lo que me iba diciendo, algunas lágrimas se me agolpaban en los ojos. Horas de trabajo y otras tantas sin dormir habían permitido que ese material que estaba ponderando mi jefe estuviese listo.

—Esta crónica ahonda más allá de los hechos históricos que todos conocemos sobre la Gran Guerra. Se adentra en las historias de las personas que vivieron todo aquello. Es eso lo que les gusta a nuestros lectores: saber que ellos también pudieron ser los protagonistas. Quiero comunicarle que saldrá el próximo mes con otros artículos en conmemoración al armisticio de la guerra.

Mis manos estaban húmedas y aferradas para evitar que se notara el constante temblequeo que se había apoderado de ellas.

—Supongo que habrán quedado historias por contar.

—Así es —contesté apenas pude modular las palabras—.

Tengo pensado ampliar el relato con la incorporación de más testimonios.

—Me alegro de que esta vez coincidamos con el material en que va a trabajar. Estaré atento a que me lo traiga.

—Le agradezco la oportunidad —dije al levantarme.

—Mademoiselle, no lo haga. Si piensa quedarse con nosotros, esto es solo el comienzo. Puede retirarse.

Lo saludé con la cabeza y, cuando tomé el picaporte, esbocé una sonrisa por haberlo logrado. Todo por cuanto había luchado estaba plasmado en esa pequeña conversación con mi jefe. Estaba convencida

de que iba por el camino correcto y, junto a Brandon, nada podía ser mejor.

La adrenalina que me corría a borbotones por el cuerpo no se detenía, a pesar de que las luces del atardecer se iban apagando. Esa vez, mi caminata había sido en absoluta soledad. Extrañaba la presencia de Brandon con quien, a veces en su vehículo, otras a pie, nos perdíamos por la ciudad para terminar en la buhardilla amándonos sin límites.

Él se había excusado porque debía realizar algunos recados familiares pendientes. Poco después, la caminata llegó a su fin y yo había arribado a mi casa. La satisfacción que sentía por haber acertado en la crónica me colmaba el corazón. No bien ingresé, noté que la casa estaba en penumbra. Cuando me dispuse a prender la lámpara, la voz de mi padre me sobresaltó.

—Has llegado —me saludó con la voz rasposa.

Me sorprendió que estuviera allí, esperándome.

—¿Cómo te ha ido?

Me acerqué al sillón ubicado frente a él, mientras jugaba con la copa de whisky que sostenía en una de sus manos.

—Bien, le ha gustado lo que he presentado. Por ahora sigo en camino.

—Te felicito.

—Gracias, y debo confesar que no creía que lo lograría.

—Hija, puedes alcanzar lo que deseas, y no dejes que algo o alguien te lo impida.

No escapaba a mí que mi padre mantenía una mirada diferente. Una mezcla de tristeza con algo más que aún no podía descubrir destellaba en sus ojos café. Me sorprendió verlo en absoluta soledad sin la compañía de mi madre, que siempre me recibía para que le contase lo que me había acontecido en el día.

—¿Y mamá?

Tomó de un sorbo de la bebida y dejó el vaso a un costado para comenzar a hablar.

—Está descansando.

—¿Le sucede algo?

—Tiene una fuerte jaqueca; le di un analgésico para que descanse. Ella estará bien.

—Algo sucede aquí, y espero que me lo cuentes.

Si bien mi padre tenía un carácter reservado, no era habitual verlo con semejante talante. Estaba segura de que no solo lo preocupaba el estado de salud de mi madre. Él no toleraba que nada le ocurriese, pero eso no era lo único que sucedía.

—Ambos creímos que el dolor de la guerra enterraría todo lo demás, pero parece que no es así cuando el pasado sale a flote.

—Papá, si te refieres a…

—Así es, me refiero a la familia Dubois, e hice lo que debía hacer. Hacía tiempo ya que debería haber actuado del modo en que lo hice, solo que tu madre me detuvo, por ella me comporté más mesurado, pero ahora estás tú en el medio de todo este fango, y no puedo tolerarlo.

—¿Qué quieres decir?—pregunté en un ahogo.

—Me aseguré de que a nadie se le ocurra molestarte.

—¿Qué has hecho?

—Hablar con quien me debía una larga charla. Esta vez, le recordé todo lo que sería capaz de hacer si te lastimaba.

No se necesita ni dinero ni poder, solo tener las ideas claras, y yo las tengo.

Rompí en llanto porque creía que mi padre acababa de quebrar la ilusión que aún conservaba.

—Brandon no es como él.

—No importa cómo sea él; esa familia está maldita. Y ni tu madre ni yo vamos a permitir que alguien te lastime.

Nosotros luchamos contra el fantasma de Dubois que la acechó en sueños durante mucho tiempo. La distancia impuesta por tus abuelos era un recordatorio permanente de que Aaron Dubois debería haber sido el esposo de tu madre. No nos fue fácil remontar tanto dolor; sin

embargo, lo hicimos. Nunca imaginamos que tú volverías a cerrar ese círculo de dolor con la aparición de otro Dubois en la familia.

Sé que se detuvo no solo por mí, sino porque revivir todo aquello le hacía el mismo daño. Sobre todo, cuando en aquel momento él no había podido hacer demasiado. Por las heridas de guerra, había debido permanecer en el hospital una larga temporada; lo cual le había impedido poner coto a Aaron Dubois. Aunque su hijo no tenía por qué estar involucrado en medio de todo esto.

—Cómo puedes condenar a Brandon si ni siquiera lo conoces —contesté hipando.

—¡Basta de lágrimas! —reclamó—. Si ese joven te ama, demostrará que está a tu altura, y espero que así sea.

Me levanté de golpe y salí disparada hacia mi habitación.

No bien cerré la puerta, me arrojé a la cama y continué llorando para liberar toda la angustia que llevaba dentro. No podía creer lo que me estaba sucediendo, no ahora cuando creía que todo se estaba encauzando. Sentía que mis padres eran absolutamente injustos al prejuzgar el daño que podía ocasionarme estar con un Dubois. No pensaba

rendirme, aunque me alejase de ellos. Entendía el sufrimiento que debieron atravesar con lo acontecido en aquel momento, pero habían logrado superarlo. Aquella historia había quedado atrás y yo debería seguir con mi vida, inclusive a pesar de mis padres.

En medio de la conmoción en la que estaba inmersa, ni el sonido de la ventana al abrirse ni la brisa congelada que ingresó me alertaron de que había alguien más en el cuarto.

Solo cuando unos fuertes brazos me rodearon por detrás, sin dejar de acariciarme, reviví. Se había hecho costumbre que Brandon estuviera en cada momento en que lo necesitaba, aunque nunca como esa vez. Me quemaba el pecho, casi no podía respirar.

—Shh, por favor, no llores —me dijo sin dejar de acariciarme—. No quiero que alguien entre y me encuentre aquí —susurró.

Brandon me tomó el rostro con las manos y me miró de un modo especial, como si pudiera saber cada pensamiento que ocupaba mi mente y descifrar el motivo de mi angustia.

—Lo lograste.

Con el pulgar barrió mis lágrimas y me besó con pasión y desenfreno. Estar con él me alejaba de toda la tristeza y de la posibilidad que lo nuestro pudiera romperse.

—¿Cómo lo supiste?

Él ya se había retirado del diario cuando monsieur Orson me llamó a su despacho. Pensaba darle la sorpresa y contarle cómo me había ido cuando lo viese el día siguiente.

—Me intereso por todo lo que te sucede.

—Pero no tuve tiempo de decírtelo —dije confundida, al no haberle entregado la crónica antes de dejarla en el despacho de mi jefe.

—No me mires así —pidió esbozando una tibia sonrisa—, no querrías enterarte de cómo entré a la oficina y lo leí.

Deberías saber a esta altura que nada de lo que haces está

fuera de mi alcance, ni lo estará.

Con esas palabras sentí que un puño me estrujaba el corazón. Intuía que no solo se refería a la nota del diario, sino a algo más. Y era eso lo que me importaba.

—Te refieres a…

Me rodeó el cuello con la mano sin dejar de mirarme. Allí en su mirada había algo diferente y por más duro que fuera debía saberlo.

—Me di cuenta de que parte de lo que contabas en la crónica se refería a una época en la que, aunque no dieras nombres ni especificaciones, mi padre había estado involucrado. Me cuesta creer que todo aquello haya sido cierto, porque, de ser así, mi padre ha sido un monstruo.

—¿Has hablado con alguien? —pregunté, ahogándome en la angustia que significaba cualquier cosa que me dijera.

—Sí, con mi padre.

Un frío helado me atravesó todo el cuerpo; ¿qué se podía esperar de un hombre capaz de hacer lo que le había hecho a mi madre?

—Los gritos que se escuchaban atrajeron mi atención. Tu padre y el mío estaban en el despacho de la casa. Conozco el mal genio de Aaron Dubois, y no es la primera vez que discute por negocios, pero esta vez fue diferente, porque aguantó una serie de improperios antes de replicar. Me quedé cerca de la puerta sin dejar de oír las acusaciones que se lanzaban. A medida que escuchaba, comencé a unir tu relato con lo que sucedía en mi casa.

La tristeza y la decepción que lanzaba en cada palabra que pronunciaba era tremenda.

—Nunca supe que había habido otra mujer en la vida de mi padre. Tampoco sé si mi madre lo sabe, aunque ahora entiendo el destrato al que la sometió en algunas oportunidades en las que yo he estado presente. Y no te imaginas el desprecio que siento por él. Cuando escuché el

golpe de la puerta al cerrase, entré para pedirle explicaciones. Nunca lo había visto en el estado en que lo encontré. Claro que me negó todo cuanto escuché y denostó a tu padre. Yo esperaba que tuviera un rapto de dignidad y que reconociera lo sucedido. Pero no fue así y nuestra discusión alcanzó límites insospechados.

Sabía que él no quería lastimarme al confesarme todo lo que habría vociferado Aaron Dubois sobre mi familia.

—Entonces…

—Te necesito y no quiero pensar más en lo que sucedió en mi casa.

—Yo tampoco, pero no he hecho más que darle vueltas a todo esto.

—No podemos volver atrás las cosas.

—Lo sé, y yo siempre estaré contigo.

Sin que me lo pidiera, me levanté. Ambos cruzamos la habitación y descendimos por la ventana para huir de todo aquello que nos trajera pesar. Condujo, como siempre lo hacía, con los dedos entrecruzados con los míos sobre la palanca de cambios, mientras el paisaje citadino pasaba como una película borroneada. En ese instante, nada estaba claro, una tenue oscuridad nos cubría, aunque nosotros no dejáramos que nos alcanzara. Evitamos hablar; yo estaba inmersa en los pensamientos en consonancia con los de él.

Poco después alcanzamos la buhardilla, nuestro lugar. No había

palabras que pudieran explicar la necesidad de acariciarnos, besarnos y amarnos para demostrar lo que nos unía.

—Te amo —susurró—, nunca lo olvides.

—¿Por qué podría olvidarme?

El miedo se había adueñado de mi cuerpo desde el mismo instante en que supe que había escuchado a mi padre enfrentarse al suyo.

—Prométeme que no me dejarás.

—No puedo hacerlo. No porque haya dejado de amarte, sino porque hay cuestiones que debo resolver.

—Podemos hacerlo juntos.

—Te equivocas, mi amor. Aún me cuesta mirarte sabiendo lo que ha sido capaz de hacer mi padre.

—Es una cuestión de ellos, y nosotros debemos seguir con nuestra vida juntos.

¿En verdad era solo de ellos? Más allá de saber que nos merecíamos un futuro juntos, desconocía cómo haría para darles la espalda a mis padres, no porque no fuera capaz, sino porque mi madre había sido una víctima de Dubois, y lo único que buscaban era protegerme sin entender que Brandon nunca me dañaría. Dejé a un lado mis elucubraciones y me entregué a él, que respondió amándome hasta que el amanecer se hizo presente a través de la ventana, por la que los primeros rayos del sol ingresaban.

—Aunque no quiera, debo llevarte.

Sabía que el modo en que me había amado había sido distinto a las otras veces en que habíamos estado juntos. El sabor a despedida estuvo presente en cada beso, caricia y gesto que me había brindado. Rogaba que no tomase alguna decisión precipitada, aunque sabía que no podía impedirle hacer lo que fuera para estar al fin juntos. El trayecto de regreso era el mismo; sin embargo, había tenido la sensación de que había sido más largo; quizás los fuertes deseos de que no finalizara junto al fuerte anhelo aún de permanecer en nuestro lugar hacía todo más distante. Y una vez más, estábamos frente a mi casa sin deseos de separarnos. Nada de lo que dijéramos e hiciéramos cambiaba la situación. No tardamos en regresar a mi habitación. Intentamos estar el mayor tiempo juntos porque ninguno quería la

despedida que, sin dudas, era inminente.

—Sé lo que quieres hacer y alejarte no es la solución. No te vayas —le supliqué.

—Debo hacerlo; no es por ti, sino por todo lo que me rodea. Necesito poner distancia para empezar de nuevo.

—Pero…

—En tu crónica ni siquiera la guerra pudo con ellos. Esta distancia no podrá con nosotros si en verdad me amas como dices.

—Claro que te amo, pero ¿por cuánto tiempo te irás?

—El necesario para poner en orden varias cuestiones, en especial, la de mi padre. Necesito alejarme de él y tener otra perspectiva de mi vida. Sabes que estaba en el negocio que él maneja. Soy su único hijo y pretende que todo pase a mis manos. Nunca lo escuché rogar o pedir algo a alguien, y conmigo lo hizo. Antes de que saliera del despacho, me pidió que recapacitara, porque todo lo que había hecho en la empresa era para dejarme su legado y no podía echarlo por la borda solo por una cuestión de un pasado borroso y lejano. A sus pedidos, se sumaron las súplicas de mi madre para que no abandone mi casa. Me conocen y saben hasta dónde puedo llegar cuando me propongo algo.

No bien lo conocí, supe que él llegaría al lugar que desease. Tenía con una gran tenacidad. Yo creía que haber nacido en una familia con cierto linaje le había tallado el temperamento. Brandon intentaba dejar su sello y actuar de acuerdo a sus convicciones. Quizás, intentaba mostrarle al resto que él podía actuar fuera de pertenecer a la familia influyente de la que formaba parte. Sin estridencias al moverse, él siempre estaba a la cabeza de los compañeros que lo escuchaban cuando daba su parecer. Por momentos, parecía no ser consciente de lo que provocaba en la gente que lo escuchaba cuando daba su opinión. Estaba convencida de que él llegaría adonde se propusiera. El problema estaba en si lo haría solo o en mi compañía.

—Mi amor, necesito que entiendas.

—Sé más claro.

—Nada de lo haga podré hacerlo si no entiendes que esta partida tiene que ver no solo con conmigo, sino con nosotros, ¿puedes comprenderlo?

Sellaba con la mirada cada palabra que me decía. Él necesitaba que yo estuviera por encima de todo lo que por él sentía, que dejara el egoísmo de lado para pensar en nosotros, aunque en ese momento me costase hacerlo.

—Debes saber que no deseo dejarte y que, si lo hago, es solo por el inmenso amor que te tengo. Quizás ahora no te des cuenta, pero estoy convencido de que todo será para mejor. Por favor, ayúdame a dejarte. No podré hacerlo si no.

Nunca nadie me había hecho un pedido tan desgarrador.

La posibilidad de perderlo no estaba en dejarlo ir, sino en que se quedase, porque en algún momento todo lo que yo querría ocultar saldría a la luz, y las consecuencias serían peores. Sin embargo, mi corazón no estaba preparado para esta despedida.

—¿Cuándo te vas?, ¿qué vas a hacer con el periódico?

—Esto último es lo de menos, lo arreglaré antes de irme.

El peso de mi apellido va a servir para abandonar la redacción sin demasiados problemas.

La relación que Brandon mantenía con nuestro jefe era distinta. Quizás la carga de llamarse Dubois marcaba la diferencia con el resto, aunque en ese momento Brandon hubiera dado lo que fuera por no ser hijo del padre que le había tocado en suerte.

—Lo único que me preocupa es que entiendas mi decisión: si no pongo distancia de todo, no podré construir algo contigo, no como lo deseo.

Asentí sin saber de cuánto tiempo se trataba. Desconocía si podría soportar la distancia y la incertidumbre. Eso me estaba destruyendo. Entendía también la conmoción que él

sentía por lo que había descubierto y que la decisión tomada era para proyectar un futuro juntos.

—No sé cómo voy a soportar no saber de…

—Shh —me dijo acariciando mis labios—, nada me impedirá saber de ti.

Nuestras bocas se buscaron con frenesí, con la certeza de que en algún tiempo volverían a saborearse para amarnos sin límites. Cuando

Brandon se separó de mí, se me congeló el cuerpo. No me dijo ninguna otra palabra, porque, de haberlo hecho, no hubiera podido alejarse.

Una fría ventisca entró por la ventana que, minutos antes, Brandon había utilizado para escapar. Su silueta se fundió con las luces del amanecer y el silencio envolvió el sordo sollozo que convulsionó todo mi cuerpo. No sabía cuándo volvería a verlo. Solo me restaba esperar a que nuestra historia se escribiera sin las sombras de un pasado que pretendiera empañar nuestro amor. Mi vida quedó suspendida en el tiempo que vivimos juntos y en el amor que todavía corría por mi cuerpo. Al parecer, la espera no había servido de mucho, salvo para detener mi vida en el mismo instante en que Brandon se marchó. Nada supe de él. Estaba claro que él quería romper todo aquello que habíamos construido, y ahora me tocaba a mí decirle adiós a él y al amor que creía que me acompañaría el resto de mi vida.

Las luces de la sala se acababan de prender y las manos no alcanzaban a barrerme las lágrimas que aún me corrían por las mejillas. Esperaba que el llanto y el dolor lograran ahuyentar, de una vez por todas, esa sensación de que él rondaba y de que en algún momento aparecería y me diría que todo estaba como cuando la había dejado. Ya era hora de tener otra posibilidad y, aunque no creía estar del todo preparada, intentaría luchar por ser feliz a pesar de Brandon Dubois.

*

Gabrielle se quedó en la sala hasta recuperarse. Si algún compañero se había dado cuenta de su congoja, la dejó pasar. Se calzó el abrigo y el sombrero, tomó la cámara y bajó por la escalera para salir. El frío le golpeó el rostro; mientras se colocaba los guantes de cuero, escuchó que alguien la llamaba.

—Gabrielle.

Con nuevos bríos, giró para contestarle al dueño de esa voz familiar.

—Pierre, ¿qué haces aquí?

—¿Me creerías si te dijera que andaba por aquí y te vi?

—No lo sé.

—Sabes que la librería está al otro lado de la ciudad y que vine a buscarte para salir a tomar algo, ¿qué me dices?

—Que acepto y que gracias por venir.

Pierre notó que algo le sucedía a Gabrielle; había aprendido a no preguntar porque conocía el motivo de la angustia de la joven. Esperaba con ansias que ella le diera alguna oportunidad, para que pudiera demostrarle cuán importante era para él. La caminata los llevó a desembocar en Saint Germain-dés-Prés. Allí destellaba Les Deux Magots bajo esa aura cultural y bohemia que se había sabido ganar.

—Como no podía ser de otro modo, hemos venido aquí —

comentó Gabrielle con una tibia sonrisa.

—No podía ser de otro modo al trabajar en una librería; supongo que se respira la vida artística que aquí se vive, más desde que se instauró hace unos pocos años el Prix des Deux Magots.

—El otro día pasé por aquí, recordé eso que dices y pensé en ti.

—¿Sí? Me gusta que hayas pensado en mí.

—A los amigos uno los recuerda.

—Tienes razón.

Esta vez, Pierre no quiso insistir ni preguntar para no presionarla. Notaba que de a poco ella se iba soltando. Y lo que a él le sobraba era tiempo. Observó al mesero acercarse.

—¿Qué deseas beber?

—Un chocolate.

—Para mí con un café es suficiente.

Contra todos los pronósticos, la conversación se extendió más de la cuenta. Pierre se interesó por la fotografía y Gabrielle, que era una apasionada por lo que hacía, no dejó de explicarle lo que había aprendido. Escucharla le daba cierta envidia, ya que él aún no había encontrado algo por lo que luchar. Continuaba en la librería; no había otra posibilidad de que no lo hiciera. Sus abuelos la habían fundado; sus padres la continuaban y así seguiría él: cuando estuviera listo, se haría cargo del negocio familiar.

—Creo que es hora de regresar.

Gabrielle había notado que la noche había desplegado sus alas sobre la ciudad y lo que había sido una simple invitación a tomar un café se había transformado en una larga conversación.

—Tienes razón, supongo que querrás aprovechar la corta estadía de tus padres.

—Así es, aunque debo decirte que me hizo muy bien salir contigo.

—Gabrielle, deberías acostumbrarte a eso.

El joven rozó con sus dedos los de ella; cada vez que estaban juntos le surgía la necesidad de acercarse.

—Solo te pido tiempo.

—Ya dejaste claro que me consideras tu amigo. Pues bien, yo pretendo tenerlo todo contigo, y te daré el tiempo que necesites para que te des cuenta de que lo nuestro puede enterrar ese pasado que aún te hostiga y no te deja avanzar.

No había mucho más para decir, pero no era momento para insistir, ya que las cartas estaban lanzadas sobre la mesa. Solo había que esperar.

CAPÍTULO 3

Vientos de cambio

Buenos Aires

La noche caía sobre la ciudad bajo una cálida brisa de verano. Gran parte de los porteños habían emigrado a las estancias o a las casas de verano instaladas en la ciudad de Mar del Plata, balneario de moda para la elite porteña. Sin embargo, los encuentros políticos no dejaban de celebrarse.

El Círculo Militar, ubicado en la zona de Retiro, se erigía frente a la plaza San Martín. Allí se llevaría a cabo un ágape para la cúpula militar. Esa reunión contaba con un sabor especial, ya que no hacía más de un año que esa construcción palaciega, propiedad de José C. Paz, había sido adquirida por el Estado Nacional para ser la sede social del Ejército. El amplio portón de hierro y bronce estaba abierto para el ingreso de los convocados. Las reminiscencias francesas estaban presentes en cada uno de los salones de la propiedad: algunos revestidos con boiserie y adamascado de seda francesa; otros, con mármol, que le otorgaba mayor refinamiento al lugar. El vestíbulo comenzaba a plagarse de los invitados que enfilaban hacia el salón principal, donde estaban distribuidas las mesas plagadas de fina cristalería.

El murmullo comenzó a cobrar vida a medida que los asistentes, en diferentes grupos, no dejaban de admirar el lugar y comentar sobre lo sucedido en el último tiempo.

—Debemos brindar por esta nueva etapa —pidió uno de los recién llegados.

—Sin dudas, no debemos desaprovechar la brillante oportunidad que nos brinda la nueva organización del Ejército.

Tal aseveración provenía del general Guillermo Mohr, inspector general del Ejército. Nadie podía negar que la asunción del presidente Roberto Marcelino Ortiz, el año anterior, continuaba con la política de fortalecer la institución, en la misma línea de su antecesor. Los ecos del fraude eleccionario no habían hecho mella en la conducción política militar, la que proponía algunos cambios para enaltecer esa cúpula.

—Así es —confirmó el mayor Emilio Quevedo, que era uno de los beneficiados de esas reformas.

—Y no solo hablamos de un aumento en el presupuesto para el área, sino en la capacitación y formación para nuestro personal.

—Y la creación del Centro de Altos Mandos de Estudios Militares referido a la creación e instrucción del Colegio Nacional Militar —agregó el capitán Estrada.

—Junto a otras tantas reformas que veremos más adelante.

—Mayor, ¿cómo ha tomado su familia los cambios que se vienen?

—Aún no lo he hablado, hasta no tener todo listo con el teniente coronel Perón —replicó el mayor Emilio Quevedo.

El teniente coronel Perón había sido designado agregado militar en el exterior, e Italia había resultado el destino. Ya estaban establecidas las prácticas militares que se llevarían

a cabo en suelo italiano y el mayor lo acompañaría en esta misión.

—Nuestras familias deben estar al servicio de la actividad que llevamos a cabo. Seguirnos y cumplir con el mandato que se nos da es su obligación. No hay opción para algún reclamo.

—Por supuesto.

Poco después, y en medio de las novedades que les traía la gestión en el nuevo gobierno, se dispusieron en las distintas mesas para dar rienda suelta a la opípara cena.

Las conversaciones continuaron, aunque no solo del ámbito castrense, sino que aún resonaban los ecos de lo acontecido no hacía más de un mes. Algo que había dejado pasmada y dividida a la sociedad.

—Con el suicidio de don Lisandro de la Torre, espero que se callen las voces sobre la corrupción del gobierno que nos precedió.

—Es aún muy pronto, mi general, pero supongo que en poco tiempo ya nadie hablará sobre la muerte acaecida el mes pasado.

El calor reinante que azotaba a la ciudad de Buenos Aires no era lo único que encendía a sus habitantes en aquellos días del mes de enero. Los ánimos estaban caldeados debido a los titulares de los distintos diarios que anunciaban el suicidio de Lisandro de la Torre. La soledad lo encontró, luego de haber luchado contra la corrupción en la Década Infame. No hacía más de cinco años que, desde su banca del Senado en representación de la provincia de Santa Fe por el Partido Demócrata Progresista, había investigado las irregularidades en el comercio internacional de carnes referidas a la exportación con el

Reino Unido. Todo aquello había culminado con el asesinato en el Senado de la nación de su gran compañero y amigo, Enzo Bordabehere. Sin lugar a dudas, esa muerte junto a los años de lucha lo habían

devastado inclusive en el aspecto económico, lo cual colaboró a ese trágico desenlace. Atrás quedaba la estancia que había sido de su propiedad, y a la edad de setenta años se había dado un tiro certero al corazón. En una carta dirigida a sus amigos, expuso sus deseos de que sus cenizas fueran arrojadas al viento.

—Tiene razón, y los periódicos que no han hecho otra cosa que publicar sendas semblanzas de De la Torre, pero puedo asegurarle que muy pronto aquellas publicaciones serán ocupadas por otras noticias. Es así como funciona esto; estoy convencido de que esa muerte quedará en el olvido de la gente.

—Por supuesto, y espero que sea cuanto antes.

La llegada del café invitó a que varios de los comensales se trasladasen hacia el jardín de invierno, un lugar que ameritaba ser visitado por su belleza y esplendor. El paso de las horas fue apagando la velada y el retiro de la concurrencia dejó en silencio los elegantes salones junto a los vestigios de una deliciosa cena.

La mañana siguiente auguraba una esperada lluvia para calmar los calores que se vivían en esa época del año. Ese día, Isabel Quevedo había cambiado la rutina, luego de salir del instituto en que culminaba sus estudios de alemán. A su formación como traductora de inglés y francés, sumaba un nuevo idioma. La facilidad con la que contaba para otras lenguas había sido determinante para iniciarse en una nueva. Claro que no solo se refería a una cuestión de habilidad idiomática, sino que estar prometida con Hans Fischer había hecho lo propio. La insistencia de él para que ella conociera su lengua había propiciado que, a su actividad de enseñanza de francés e inglés en un colegio, añadiera horas de estudio en un instituto alemán. La finalización de ese curso sería motivo de festejo. Por esa razón, se había desviado en el trayecto hasta su casa para

acabar en la esquina de las calles Bartolomé Mitre y Reconquista. Allí mismo se erigía la sede del Banco Alemán Trasatlántico del que su prometido formaba parte.

No era la primera vez que ingresaba a ese edificio, pero cada vez que lo hacía, no dejaba de sentirse pequeña en medio de semejante

construcción. Los seis pisos que ocupaba la institución bancaria se elevaban con toda su magnificencia. Observó el reloj ubicado en una de las paredes, para constatar el horario. Ella no solía ser puntual; eso se había transformado en uno de los puntos de discusión con Hans, que no toleraba la impuntualidad. Ella creía que, pasado el tiempo, él modificaría el enojo cuando alguien no cumplía con lo estipulado, pero se había equivocado, aunque no abandonaría las esperanzas por cambiarlo. A pesar de haberse conocido tiempo atrás, no hacía tanto que habían oficializado la relación. La anuencia de sus familias, en especial de su padre, que veía con buenos ojos ese vínculo, había allanado el camino. No había sido fácil contentar a don Emilio en la elección de un muchacho digno para una de sus hijas. Sin embargo, las largas conversaciones entre ambos hombres, luego de las cenas celebradas en el apartamento de Emilio Quevedo, eran habituales y habían estrechado la relación. Que Hans continuase residiendo en la ciudad sin la compañía de sus padres, que habían regresado a su país natal, hacía que la rigidez de Quevedo se conjugara con la del pretendiente de su hija. Isabel parecía tenerlo todo: una familia que la quería y un joven, de buena familia y prestancia, que la presumía.

La timidez que la había acompañado en sus veintitrés años la había transformado en una estudiante modelo. Una manera de ocupar el tiempo y la cabeza, sin necesidad de socializar demasiado, había sido volcarse a los libros. La estricta educación que su padre dictaba había hecho el resto. Y era eso lo que la distanciaba de su hermana mayor.

El desenfado que Sonia poseía había provocado verdaderos estragos en la familia. Los fuertes esfuerzos de Isabel por mejorar y estrechar el vínculo con su hermana parecían en vano. Quizás, el empeño que la joven ponía en los estudios se contraponía con la conducta de la mayor de la familia.

—Al fin has llegado —reclamó por detrás Hans—, y eso que me entretuve con un cliente. Sabes que no me gusta esperar.

—Tienes razón, pero hay un motivo especial.

—¿Sí? Salgamos de aquí y me cuentas.

Poco después y en medio de la vorágine que implicaba el deambular de los porteños a esa hora del día junto a los vehículos que circulaban por las calles, ambos alcanzaron el automóvil del joven.

—Aún no me has preguntado, pero he aprobado el examen final y terminé mis estudios en el instituto.

—Te felicito —dijo con una tibia sonrisa al deslizar el pulgar sobre la mejilla de su prometida—, aunque debo confesarte que no esperaba menos. Estaba convencido de que sería así.

Ya dentro del habitáculo, Isabel se relajó luego de una jornada de muchos nervios y tensiones.

—Gracias, ahora volveré a mis clases habituales, aunque tengo la posibilidad de un nuevo trabajo y eso me tiene muy entusiasmada.

—No deberías sumar mayor actividad a la que tienes.

—Pero sabes que hago lo que me gusta.

—Deberías pensar en algo más, me refiero a hacer algo con mayor prestigio y que no sea solo dar clases en una institución educativa.

—Pero ¿qué tiene de malo hacer lo que a uno le gusta?

Puedo asegurarte que me esfuerzo mucho.

—Lo sé, amor.

La joven no compartía la opinión de su prometido, pero estaba segura de que él lo decía con buenas intenciones.

Quizás, la exigencia que él ponía en sus cuestiones laborales se extendía a las de ella. Hans era implacable en cada objetivo que se proponía; lo había demostrado con el cargo que ostentaba en la institución bancaria en que se desempeñaba. Aunque la exigencia no era para ella un problema, se había acostumbrado a padecerla desde siempre. Estaba claro que la actitud despreocupada de su hermana y el comportamiento displicente que tenía la habían forjado.

—Por ahora lo único que importa es haber finalizado mis estudios y con una buena calificación.

—Mi amor, era de esperar que así fuera.

La joven desvió la mirada para centrarla en el paisaje citadino que pasaba a la vera de la avenida 9 de Julio, inaugurada no hacía más de dos años; luego atravesaron otras arterias de la ciudad para llegar al barrio de Belgrano, lugar donde ella residía desde hacía un tiempo. A través del cristal de la ventana, ingresaba una brisa cálida que despeinaba la cabellera rubia y barría todas las preocupaciones que había tenido durante estos últimos días. Necesitaba distraerse y

descansar luego de haberse abocado a estudiar para rendir los exámenes finales.

—Esta noche cenaremos en tu casa, ya habrá tiempo para que lo festejemos nosotros.

—Gracias, pero hoy no sería una buena compañía. Estoy algo cansada.

—Lo sé, además quería hablar unas cuestiones con tu padre.

—Como siempre —agregó con una mirada cómplice hacia su prometido—, te distraes demasiado con él en esas eternas conversaciones que tienen.

—¿En verdad lo dices?

—Por supuesto.

—Isabel, no seas chiquilina, deberías saber que aprecio a tu familia, en especial a tu padre, y también que soy un hombre de negocios.

La joven lo miró y se calló para no entrar en una discusión sin sentido. Se sentía cansada y lo que menos quería era finalizar el día con otra controversia. No esa noche.

—¡Qué alegría verlos! —exclamó Luisa Quevedo al abrir la puerta—. Emilio, ven, que han llegado.

—Hans, qué alegría verte —saludó el dueño de casa—.

Hija, te esperábamos para celebrar.

—Pero si aún no saben cómo me ha ido.

—Eso no es una novedad. Supongo que habrás aprobado con excelentes notas, como siempre. Vamos, adelante.

La mesa del comedor estaba puesta con la vajilla de porcelana desplegada sobre un mantel de hilo. Como siempre, doña Luisa se preocupaba por que todo se encontrara en perfecto estado y nada fuera de lugar.

Tampoco ella lo estaba, ya que su aspecto era, a toda hora, impecable. Quizás acompañar a su esposo a los distintos destinos, interactuar con diferentes personas y participar de cuanta cena o reunión se celebrase en el ambiente castrense la habían transformado en la perfecta anfitriona.

De tradiciones religiosas muy arraigadas, no permitía que algún miembro de la familia faltase a los servicios dominicales celebrados en la Parroquia de la Inmaculada Concepción, situada a pocas cuadras de allí, cuyo párroco se había transformado en su confidente. Había sido en vano procurar ampliar la familia, ya que doña Luisa había buscado tener más hijos que ni la naturaleza ni Dios habían permitido. Y había buscado en Dios ese apoyo y sostén que necesitaba para continuar con la vida familiar sin resentimiento ni cuestionamientos.

—Pero qué recibimiento te han dado —dijo Sonia al ingresar a la sala —. ¿Qué se festeja hoy? ¿Cuál es la obra del día que has hecho, hermanita?

Sonia había aparecido y nadie podía obviar su presencia.

La cabellera oscura y larga se bamboleaba en cada uno de sus movimientos y, por más que su madre procurase que se vistiese más acorde a las reglas de protocolo y buen gusto, no lo lograba. No se parecía a su hermana menor. A simple vista poco las unía, más allá de los incansables esfuerzos maternos para que ello sucediera.

—Déjalo ya, Sonia. Estoy cansada.

—Buenas noches, Hans —saludó antes de ubicarse a la mesa.

—Ante todo, hija, te felicito por el desempeño que has tenido en tus estudios.

—Gracias, papá.

—Pueden comenzar a cenar —agregó la dueña de casa, que acababa de dejar dos bandejas de plata con la comida, pollo al horno y risotto.

La cena comenzó en una simple calma que cubrió los primeros bocados de los comensales, hasta que tomó la palabra don Emilio.

—Deben saber que ese no es el único motivo de festejo esta noche.

Isabel asintió; le sonaba raro que hubiera semejante reconocimiento para su desempeño, ya que era lo que se esperaba de ella. En otras oportunidades, en las que ella había recibido altas calificaciones, no había habido semejante ánimo festivo.

—Entonces, ¿qué se celebra? —se interesó Sonia, ubicada frente a Hans y a su hermana.

—Muy pronto deberemos viajar a Europa en una misión de la que soy parte.

—¿Y cuándo se van? —preguntó Isabel.

—Nos vamos, querrás decir.

—Pero yo no puedo viajar ahora.

—Claro que puedes y serás de la partida —dijo al mirar al prometido de su hija.

—Pero…

Isabel estaba acostumbrada a los viajes familiares, pero no en ese momento en que las perspectivas de trabajo serían otras para ella.

—Querida, no puedes rechazar este viaje. Es justo lo que necesitas, yo iré también; no ahora, pero muy pronto.

Isabel miró a su prometido, que no parecía ni sorprendido ni angustiado por la pronta partida.

—¿Estabas al tanto? —le susurró.

Hans asintió con una mirada tranquilizadora.

—Debes estar tranquila, que todo irá bien. Pregunta todo lo que quieras saber, para darte cuenta de que es lo mejor que puede sucederte —completó Hans.

—Ni siquiera han dicho a qué lugar irán.

—Una primera escala es Italia.

Roma era uno de los destinos a los que concurriría. No era él quien organizaba semejante viaje y los distintos lugares a los que arribaría cambiarían en función de las diferentes actividades militares. Un sinnúmero de operaciones militares se llevarían a cabo en tierra italiana de la mano del teniente coronel Perón, que iría como agregado militar.

—Quizás la estadía se extienda un año o más. Eso se verá según vayan las cosas.

—Pero ¿qué haré yo en Italia?

—De eso también quería hablarte.

Notó cómo su padre cruzaba una mirada con su prometido. Estaba claro que ambos habían pergeñado un futuro que ella desconocía.

—¿A qué te refieres?

—A la posibilidad de que puedas trabajar en la Embajada argentina en Alemania.

—¿Y por qué debería alejarme del lugar de destino?

—Porque tengo contactos para que estés allí —agregó Hans—, y siempre es bueno para proyectar nuevos negocios tener a alguien de confianza como tú —concluyó el joven.

—Pero ¿quiere decir que estabas al tanto de todo esto?

—Amor, debes convencerte de que este viaje te abrirá las oportunidades. No todos tienen la suerte de tener a una familia que pueda instalarse en Europa, y tú la tendrás.

Podrás desplegar tu actividad ni más ni menos que en una embajada en Berlín.

—Como verás, la familia siempre está pensando en ti,

¿verdad, hermanita?

—Hans, como siempre, ha colaborado contigo —agregó el dueño de casa—. Estoy convencido de que esta nueva actividad te reportará muchos logros.

—Parece que todos han decidido por mí.

—Hija, no seas impertinente ni desagradecida —dijo doña Luisa—. Si no fuera por la intervención de tu prometido y de tu padre, que han buscado que te forjes un porvenir, no estarías con esta conveniente oportunidad que no puedes ni debes desaprovechar.

Estaba claro que estaba todo decidido y que, como otras veces, Isabel nada podía hacer sino cumplir con lo que debía.

—Parece que todo está organizado, pero nadie ha pensado en mí —comentó Sonia.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Isabel, ya un tanto confundida por

cómo se estaba desarrollando todo.

—Aún me quedan algunas materias para terminar mi carrera, y no puedo dejar todo así por ir tras un viaje familiar.

Sonia nunca se había caracterizado por el avance en sus estudios, muy por el contrario, le faltaba dar por finalizada la carrera de medicina que hacía tiempo cursaba sin mayores logros. La familia aguardaba con esperanzas que, a sus veintiséis años, contara con el título de médica; inclusive se negaban a preguntar sobre el programa de estudios, porque dudaban de que fuese como la joven afirmaba.

—Eso no es tema de preocupación —añadió don Emilio—.

Creo que debes finalizar tus estudios, y podrás viajar más tarde.

—¡Eso es injusto! —exclamó Isabel.

—Basta ya. Mi nuevo destino no va a ser motivo de discusión en esta familia. Se hará lo que diga, y del modo en que lo estime.

—Sonia, si te preocupa viajar sola, podrás hacerlo conmigo. Yo aún debo arreglar algunas cuestiones hasta poder partir hacia Europa.

—Gracias, Hans, siempre colaborando con la familia.

Isabel no salía de su asombro y debió tolerar el gesto de suficiencia y desdén de su hermana cuando su prometido habló. Sin lugar a dudas, no había nada que ella pudiera hacer para calmar los vientos de cambios que soplaban dentro del hogar Quevedo.

El resto de la cena se dio en buenos términos y sin ningún otro altercado, ya que todo estaba dicho.

—Amor, descansa y quédate tranquila. Habrá tiempo para que te cuente de Berlín, de sus costumbres y su gente.

Además, hay algo que no has tenido en cuenta.

—¿Qué?

—Mis padres están allí, y serán de gran apoyo para ti cuando te sientas sola y yo no esté contigo.

—Gracias.

—Yo siempre estoy pensando en ti.

Sin más, se alejó de la joven para adentrarse en el escritorio de don Emilio y continuar con los proyectos familiares.

El día para Isabel había transcurrido bajo una vorágine de pensamientos y sensaciones que no había podido apartar a lo largo de las horas. Ella necesitaba pensar y aquietar su espíritu, por eso salió del apartamento con cualquier excusa y enfiló hacia la plaza ubicada en las barrancas de Belgrano, frente al edificio en que residían. Como solía hacer cuando necesitaba estar sola, se dirigió a la glorieta que se erigía en medio de aquel cuidado parque. En algunas oportunidades, ese lugar coronado con una cúpula del estilo pagoda gris plata que centelleaba en la oscuridad se completaba con alguna orquesta que brindaba un espectáculo musical. Ese día solo estaba ella sentada en uno de los escalones de la escalera de mármol que daba acceso al lugar. Luego de haber escuchado a su padre y los nuevos proyectos familiares que le cambiaban los suyos, necesitaba meditar qué hacer. Por momentos, se preguntaba hasta cuándo debía cumplir con las expectativas de sus padres e ir tras los deseos de ellos, y lo que era peor: se sumaba a dichos cambios su prometido.

Ella estaba acostumbrada a los diferentes destinos que a su padre le habían tocado en el curso de la carrera militar.

Seguirlo no había sido una elección, muy por el contrario, había sido una obligación incuestionable. Eso nunca había estado en duda. Ahora bien, a esta edad era algo muy distinto. Ella estaba forjando un futuro con sus alumnos y los proyectos que tenía, y lo menos que quería era trasladarse a Europa y afianzarse como traductora en una embajada. Ese sería su nuevo empleo en un lugar extraño y lejano. Hasta cuándo debería acatar lo que se le pedía. Lo que más le costaba entender era que Hans no solo avalara su partida, sino que la propiciara, con la excusa de que él

muy pronto viajaría hacia el Viejo Mundo. La actividad que el joven desarrollaba en un banco alemán hacía que viajase con cierta asiduidad hacia allá. La promesa de que él pronto partiría hacia Alemania para estar con ella, aunque fuese una corta temporada, en parte la aliviaba. Y si bien le había asegurado que ella no se sentiría sola, ya que los padres de Hans

habían

regresado

a

Berlín

para

instalarse

definitivamente allí, no le servía de consuelo. En verdad, no quería viajar a Europa.

Se preguntaba por qué no había hecho como su hermana, a quien nadie le pedía nada, quizás porque sabían que poco se podía esperar de ella. Sería por eso que le habían permitido quedarse un tiempo en la casa y ver luego qué hacer. Con lágrimas en los ojos, se dejó llevar por la desazón que sentía. Debería aguardar el futuro incierto que vislumbraba.

A pesar del paso de los días Isabel no había asimilado la idea del viaje y la posibilidad de abandonar todo por lo que había luchado. El clima familiar había cambiado, dada la proximidad de la partida, y la casa se encontraba en un permanente alboroto debido al equipaje que se proyectaba llevar. Isabel se preguntaba cuál sería su futuro si, por algún motivo, sus padres debieran regresar al país. Ella asumiría un compromiso laboral y desconocía hasta cuándo se extendería su estadía en Berlín. Con un nudo en el pecho, pensaba que muy pronto estaría allí, frente personas desconocidas, sin nadie que pudiera tenderle una mano. En el colegio en el que dictaba clases de idioma, se había hecho amiga de otras dos maestras. Valoraba mucho ese vínculo, ya que haberse mudado tantas veces no le había permitido consolidar demasiado las amistades. Una vez que creía haberlo logrado, debía abandonar todo.

—Hija, mira la hora que es y aún no te has ido.

Luisa acababa de ingresar a la cocina y se encontró con Isabel revolviendo la taza de café con leche con la mirada perdida.

—Ya me iba —dijo al desplazar la taza al centro de la mesa.

—Quiero hablarte de algo.

—Tú lo has dicho, debo irme.

—Sí, pero retrasarte unos minutos más no creo que te signifique algún problema.

—Dime, entonces.

—Quería pedirte que veas este viaje como una nueva posibilidad en tu vida. Conocerás lugares y también otra gente.

—No es lo que busco, justo ahora que creía que ya lo tenía todo.

—Lo tienes, porque a tu lado hay un hombre que te ama y una familia que vela por ti. Además de un nuevo trabajo que, estoy segura, te va a fascinar. Por otro lado…

—Mamá —la interrumpió—, no creo que me entiendas.

—No creas que no he pensado en ti. Por ese motivo, me he contactado con algunos amigos que tienen conocidos allá, para que no te sientas tan sola.

—Hans me dijo que podía contar con su familia en Berlín.

—Eso nos da mucha felicidad y tranquilidad, pero me refería a otros contactos.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que he podido saber, hasta que ingreses a la embajada, deberás cumplir con algunos requisitos que prolongarán un poco tu incorporación. A mí se me ocurrió que, si lo deseas, podrás viajar antes de hacer base en Berlín.

—¿Iremos juntas? —replicó animada.

—No creo que pueda, porque debo acompañar a tu padre.

Sabes que, además de la actividad militar que desempeñe, habrá reuniones sociales y ágapes a los que deberé concurrir con él.

—¿Entonces?

—Quizás París pueda ser un lindo destino hasta que tengas todo listo para ingresar a tu nuevo empleo.

—¿De verdad lo dices? Me encantaría conocer París.

—Es una ciudad hermosa, no puedes dejar de visitarla y este viaje es una buena posibilidad.

—Gracias.

—Margaret Quintana, ¿te acuerdas?

Isabel recordó a esa mujer que presidía la comisión benéfica de una entidad hospitalaria. La joven y su madre habían concurrido a varios

tés para recaudar fondos para la institución.

—Sabes que, si hay una persona que está vinculada, esa es Margaret. A raíz de su actividad, conoció a una mujer francesa que ha estado colaborando con la Cruz Roja. Según me contó, se había volcado a la enfermería en un hospital francés, tiempo atrás. Creo que no solo la vio en París, sino que ha estado con ella en la ciudad, ya que esta familia francesa es amiga de otra familia argentina; en fin, no quiero marearte, porque casi lo ha hecho conmigo. La cuestión es que no dudó en darme los datos y prometerme que se pondrá en comunicación con ellos. De esa manera, tú no te sentirás sola ni andarás deambulando por las calles de París sin saber a dónde ir, y yo me quedaré tranquila de que estarás acompañada por si necesitas algo.

—Muchas gracias, mamá, por preocuparte.

—Siempre lo he hecho por ti y por tu hermana.

Isabel no quería quebrar ese momento de intimidad desnudando lo que pensaba sobre el condescendiente trato que le brindaban a Sonia. Creía que la forma displicente en

que su hermana mayor se conducía tenía que ver con la manera en que la trataban.

—Quiero que cambies esa cara, que todo saldrá muy bien. Además, Hans se sumará una vez que te encuentres instalada allá. —Luisa levantó la mirada para observar el reloj que decoraba una de las paredes de la luminosa cocina

—. Ahora sí que llegarás muy tarde si no te vas a tu trabajo.

Isabel se despidió de su madre con un ánimo diferente.

Un atisbo de esperanza le entibió el alma. Quizás debería pensar que no sería tan malo comenzar una nueva vida lejos de todo.

Esa misma noche y al otro lado de la ciudad, Hans había ingresado a una distinguida casona de la zona de Recoleta en donde lo esperaban algunos de los empresarios alemanes más notables del país. Gran parte de esas empresas se habían instalado hacía tiempo.

—Embajador, un gusto verlo.

—Sabía que podía contar como siempre con su presencia.

El barón Edmund Von Thermann era el embajador alemán en el país. Antes de asumir el cargo, había estado vinculado con los empresarios alemanes que se habían radicado en la Argentina. La función que había ejercido como asesor de negocios, conectando ambos países, había cosechado sus frutos.

Afiliado al partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (el Partido Nazi) y a las SS, era un hombre implacable para llevar adelante los ideales y preceptos de Hitler. No se desconocía que la colonia alemana en el país tenía una gran importancia luego de la española y de la italiana. Por eso, la colaboración económica de varias empresas de origen teutón facilitaba la propaganda alemana. El Partido Nazi había crecido en el país; en su inicio solo contaba con gente de bajos recursos hasta que, con el tiempo, se transformó en uno de gran importancia fuera de Alemania.

—Fischer, qué gusto verlo.

Hans ocupó uno de los sillones que rodeaban una mesa en la que se habían servido aperitivos y vituallas para comenzar con la charla.

—Y dígame, ¿cómo anda su amigo Alfred Hermann?

—Lo he invitado a participar de esta reunión, pero se ha excusado por cuestiones personales.

—Que no creo y que debo tolerar, ¿verdad?

—Es eso lo que me ha hecho saber, puede quedarse tranquilo.

Hermann, el presidente del Banco Alemán Trasatlántico, era un hombre cuya inteligencia lo había llevado a no pertenecer al partido por el que abogaba el embajador. No era bien visto no colaborar o no prestarse a la voluntad del barón.

—Bien, creo que estamos todos.

Unos pasos distrajeron a los presentes, que vieron ingresar al último invitado que faltaba.

—Sepan disculpar mi tardanza —aclaró el mayor Emilio Quevedo.

—Me sorprendió no verlo aquí antes.

Hubiese sido llamativo que no concurriese a esa reunión.

El mayor mantenía, junto a parte de la cúpula del Ejército, un estrecho

vínculo con el diplomático. El año anterior y en el Jockey Club, el Ejército había celebrado un homenaje a Von Thermann. No había faltado nadie de la fuerza; era un modo de estrechar aún más lo vínculos con Alemania que se mantenían desde larga data.

—No faltaría a una reunión convocada por usted, solo que se me ha complicado con cuestiones de último momento.

—Bien, podemos comenzar —indicó el dueño de casa.

—Como saben —dijo el Von Thermann—, los presentes no han dejado de colaborar con la causa, y los pagos que a través de sus empresas efectúan se ven bien redituados por

los préstamos que el propio Gobierno les da a ustedes debido a esta colaboración.

—Por supuesto, y creo que de este modo nos beneficiamos todos, aunque la fidelidad al régimen está por encima de todo.

Un tiempo atrás, el propio embajador les había extendido un manifiesto de fidelidad a Hitler para que los empresarios más destacados lo firmasen.

—Así es y será —dijo el dueño de casa al levantar una copa—. Brindemos por el futuro de nuestra Alemania.

—Celebro que cada día seamos más y que sigan cumpliendo con los aportes para que el resto sepa lo que significa estar a favor del régimen.

—Con el Firmen Ring hemos logrado instalar en los medios periodísticos la propaganda alemana, y este fondo de provisión debe incrementarse para culminar con nuestra tarea.

Aquel fondo había sido creado a instancia de Willi Koehn, el comisario del Partido Nazi para América del Sur que se desempeñaba también como agregado de prensa en la Embajada alemana. Desde allí, había convocado a las empresas alemanas con filiales en el país para conformar este fondo y ayudar a difundir la propaganda alemana en esta tierra.

—Claro que lo haremos. Más ahora, cuando muy pronto podremos ver nuestros sueños hechos realidad.

El apoyo al Führer se había consolidado un año atrás, con un acto

realizado un domingo de abril en el estadio Luna Park con motivo de la anexión de Austria a Alemania. De carácter multitudinario, había traspasado las expectativas alemanas sobre la adhesión que había en el país.

—Por eso quiero decirles que el comercio alemán en el exterior debe ver como una cuestión de honor el reemplazar a quienes no compartan nuestra idiosincrasia ni principios

por otros alemanes o sus descendientes.

Un silencio recayó en la sala, aunque ninguno se atrevió a responder de modo automático, salvo Hans, quien evitó que la incomodidad se instalara en el recinto.

—Barón, ¿se refiere a que los empleados que no sean alemanes sean remplazados por otros, alemanes?

—Por supuesto.

—En mi empresa, los cargos gerenciales están en manos de compatriotas. Me deberé ocupar del resto para dar cumplimiento a esta sugerencia —intervino un amigo del dueño de casa.

—Yo comenzaré con la limpieza de los cargos de varios empleados que, además, son judíos.

—Pienso que es una excelente decisión, muy acertada.

Desde ya, sabe que cuenta con el apoyo del Ejército para cualquier otra cuestión que haya que tratar al respecto.

—Lo sé, mayor, y cuento con eso.

Habían bastado unos pocos minutos para obtener la anuencia de los presentes, bajo el convencimiento de que muy pronto todo se pondría en marcha.

—Esto merece otra ronda de alcohol, ¿verdad?

—A la salud de todos —manifestó el anfitrión al levantar su copa y brindar con el resto de los invitados.

El eje de la conversación fue llevado a cabo por el barón, quien aprovechó para poner al tanto a los asistentes sobre otras cuestiones vinculadas con negocios que se concretarían en un futuro próximo. La despedida de los invitados se hizo bajo la promesa de volver a

reunirse y constatar cómo habían dado cumplimiento a lo pedido.

—Hans, ¿me llevas a mi casa?

—Por supuesto.

Ambos se dirigieron hacia el automóvil rumbo al domicilio de la familia Quevedo.

—Emilio, estoy con varias complicaciones, y una de ellas es Isabel.

—¿A qué te refieres?

—La noto muy inquieta con este viaje.

—Tienes razón. Su madre está haciendo lo imposible por contentarla, aunque deberás ser tú quien logre convencerla de que es lo mejor.

—Lo haré. Además, ella ocupará un lugar que nos permitirá estar al tanto de varias cuestiones, y tendrá que tener la cabeza centrada en su actividad y no estar pensando que debería haberse quedado aquí.

—Supongo que, para esa época, tú podrás estar allá.

—Eso espero.

—Hans, debes darle la tranquilidad que ella necesita. Yo estaré cumpliendo una actividad importante y no podré ocuparme de otra cosa que no sea la misión de la que seré parte.

—No se preocupe, que yo me encargaré de Isabel.

—Gracias, hijo.

*

Isabel acababa de recoger unos libros del escritorio de la clase. Ya era hora de finalizar la jornada educativa. Saber que muy pronto todo aquello quedaría en el pasado la hacía disfrutar más de cada clase que daba; en el fondo, se estaba despidiendo de a poco. Esa tarde hablaría con los directivos para comunicarles que dejaría una vacante en la institución.

—Isabel, habíamos pensado con Julia que podríamos ir a cenar o a tomar algo uno de estos días.

—Me encantaría.

—Si quieres hoy, estamos dispuestas.

—Me retrasaré porque debo ir a comunicar a la dirección mi renuncia.

—Suerte, entonces. Nos vemos.

La directora no había dejado de ponderar la actuación que había llevado a cabo el tiempo que había dado clases en el claustro docente, y lamentaba su partida.

—Es una verdadera lástima, pero estoy convencida de que lo mejor está por venir y este viaje la potenciará en lo que sabe.

—Muchas gracias por sus palabras y por su apoyo.

Isabel alcanzó la calle con las últimas luces del día. Con la mente concentrada, no notó que alguien la aguardaba.

—Hans, ¿qué haces aquí?

—Sabía que hoy sería un día importante para ti y quería estar aquí.

Sin más, Isabel se lanzó a los brazos de su prometido.

Cuánto lo necesitaba. Él se había transformado en su sostén en ese último tiempo.

—Vamos, amor.

La besó y partieron de allí en el vehículo de Hans. Él la haría cambiar de opinión y de perspectiva acerca del viaje que se avecinaba.

CAPÍTULO 4

Un oculto deseo

Isabel se encontraba en la proa de la embarcación contemplando las cristalinas aguas del Mediterráneo. Hacía una veintena de días que había zarpado del puerto de Buenos Aires y su nuevo destino estaba próximo. El tiempo de travesía le había permitido a la joven reflexionar sobre el paso que daría y el cambio que significaría estar en un nuevo país. En los aciagos días a bordo, no había dejado de recordar las últimas palabras de Hans y sus promesas de que pronto viajaría para estar, al menos una corta temporada, con ella. Isabel se aferraba a aquellas pocas palabras para no sentir la desolación que la embargaba, cuando pensaba que se abriría camino sola en una nueva tierra.

Volvió a observar el horizonte y notó que atrás había quedado la isla de Cerdeña y que el trasatlántico Conte Grande navegaba hacia el puerto de Génova, ciudad enclavada al pie de los Apeninos, entre la zona de la Liguria y la isla de Córcega. Sin lugar a dudas, la belleza del norte de Italia se condecía con la cordialidad y educación de sus habitantes.

Parte del pasaje se paseaba por el exterior de la nave admirando el paisaje costero y expectante por arribar al puerto genovés. En el selecto salón comedor, habiendo finalizado el desayuno, se encontraba el mayor Quevedo en

compañía del teniente coronel Perón; proyectaban lo que harían una vez que arribasen a la península y fuesen destinados al Comando de la División Andina Tridentina en los cursos de adiestramiento y maniobras sobre las márgenes del río Po. Ese sería uno de los cursos que tomarían y que completarían en la División de Infantería de Montaña Pinerolo, junto a la capacitación de alpinismo y esquí como parte de la misión que cumplirían. Había sido el ministro de Guerra Carlos Vázquez quien le había dado secretas instrucciones para llevar a cabo en tierra italiana.

Una de ellas se refería a interiorizarse más sobre los movimientos fascistas de Mussolini y los planes que pretendía ejecutar.

A pesar de que las actividades militares que desarrollarían había sido tema de conversación, ciertas cuestiones personales se habían conversado durante ese viaje, y la muerte de Aurelia “Potota” Tizón, mujer del teniente coronel, había sido uno de ellas. Nadie esperaba que a la corta edad de treinta años ella falleciese, luego de estar juntos

doce años. Algunas de las confesiones habían sido llevadas a cabo frente a la inmensidad del mar, con la compañía de un cigarro en una mano y una copa de vino en la otra. Una de las primeras noches a bordo, don Emilio lo había encontrado en la cubierta del barco envuelto en el humo gris del cigarro.

—Dicen que la soledad no es buena consejera.

—Depende, si a eso le suma que detesto estar con un traje de gala para ser agasajado por el capitán, puedo asegurarle que este es el plan perfecto.

Invitarlos a algunas veladas de etiqueta había sido el modo en que el capitán del navío había pretendido agasajarlos, aunque dichas invitaciones no habían sido del agrado de Perón.

—Aunque no lo parezca, es una manera de distraernos mientras dure la travesía.

—¿Usted cree?

—Aún es joven para estar solo —aseguró Quevedo al encender un cigarro—, y me han dicho que las italianas tienen su encanto, quizás logre enamorarse otra vez.

—Es difícil.

Él tenía muy claro que no era lo mismo cumplir un destino en compañía, como cuando tiempo atrás había estado con su joven esposa en Chile ejecutando su actividad como militar y académico. Aún quedaban en su recuerdo las palabras de su difunta mujer en el lecho de muerte.

Agonizante debido a un cáncer, le había pedido que, cuando ella muriese, él se casase con su hermana María. Ese se había transformado en un pedido difícil de cumplir por parte de Perón.

—Teniente coronel, nunca diga de esta agua no he de beber.

—Tiene razón, aunque, de elegir, preferiría a una criolla, no a una mujer europea.

—En cuestión de gustos no me meto, pero el resto puedo asegurarle que tan solo es una cuestión de tiempo.

Además…

—Sé lo que va a decirme.

—En nuestra comunidad castrense, es visto de otro modo si uno está casado que si no lo está.

A la importancia de ostentar un uniforme con el grado respectivo, se le sumaba mantener o conservar una estructura familiar, un precepto difícil de incumplir.

—Así es, mal que nos pese —replicó con una tibia sonrisa.

También le había comentado que mantenía una excelente relación con la familia de su difunta esposa. Se había comprometido a mantenerse en contacto para contarles sus impresiones sobre las ciudades que conocería. No solo con

su cuñada mantenía un intercambio epistolar, sino con sus sobrinas, a las que conocía de pequeñas, ya que su matrimonio había coincidido con la muerte del padre de las niñas. Esa circunstancia, junto a la falta de hijos del teniente coronel, había estrechado el vínculo. Aquellas muchachas habían conquistado su corazón y las mantendría al tanto de su periplo mientras viajase por Europa.

Las largas conversaciones a bordo entre ambos habían amenizado la travesía que estaba llegando a su fin.

—¿Otro café?

—No, iré al camarote para alistar los últimos detalles para cuando arribemos.

—Tiene razón, yo buscaré a mi esposa, aunque supongo que debe haber dejado todo listo para desembarcar.

—Vamos, entonces.

Ambos salieron hacia sus camarotes a alistarse para arribar. La expectativa del pasaje se expresaba en la cubierta: munidos con parte del equipaje, todos intentaban abrirse camino para descender por la escalerilla y buscar un vehículo. A la familia Quevedo le faltaba un trecho hasta llegar el destino final.

Isabel estaba encantada con la ciudad de Roma, la primera escala de su padre y la única para ella, ya que le quedaban unos pocos días antes de partir a París, que transcurrirían sin que ella ni su madre pudieran recorrer todos los sitios que deseaban, debido a los

acontecimientos sociales a los que debían concurrir, y esa noche se celebraba uno en particular. Por más que la joven se había excusado para no asistir, su padre no había aceptado su ausencia. Parte de los invitados pertenecían a la Embajada italiana;

había

también

otras

personalidades.

Era

importante que la familia Quevedo se presentase en pleno.

—Hija, cambia esa cara y vístete con la ropa que te sugerí.

La joven acababa de maquillarse de un modo muy casual, ya que detestaba sentirse con mucho maquillaje en el rostro. Desconocía si esa aversión era natural o simplemente una reacción de fastidio por ver a su hermana pintada en exceso. La rubia cabellera se la había peinado y caía en ondas por debajo de los hombros. Por más que estuviese casi lista, no dejó de insistirle a su madre sobre la posibilidad de no ir.

—No queda otra opción, ¿verdad?

—No, y lo sabes.

Isabel salió del baño; se detuvo a contemplar el vestido color azul noche esparcido sobre la cama. Se lo colocó intentando no despeinarse, se calzó los zapatos de tacón y giró hacia el espejo que estaba por encima del chiffonnier que decoraba la habitación del hotel en el que se alojaba.

—Te ves magnífica —culminó doña Luisa, que había hecho una rápida vista al atuendo de su hija, del mismo modo en que solía hacer con el uniforme de su esposo, para fiscalizar que nada estuviera fuera de lugar.

—Si tú lo dices.

Se contempló y notó que el vestido de corte al bies le destacaba la figura. El escote era cruzado y un fino cinturón le ajustaba aún más la cintura. El brillo del satén destellaba sobre la blancura de su piel.

—Ponte esto, al menos hasta que ingresemos al lugar.

Luisa le entregó un chal de gasa de la tonalidad de la prenda para cubrirse los hombros.

—Bajemos, que nos esperan en el vestíbulo.

Allí se unieron a don Emilio y se dirigieron hacia el automóvil que los llevaría a la residencia palaciega donde se celebraba la recepción.

Las luces alumbraban la fachada del palacio. La elegancia, el buen

gusto y la distinción que descollaban en el interior del lugar no desentonaban con el exterior de la

edificación. Las arañas colgaban desde los altos techos y alumbraban los cuadros que tapizaban las paredes enteladas. El brillo del mosaico que cubría el suelo se veía salpicado con alfombras de arabescos de tonalidades dorado, ocre y colorado. El mármol veteado de color rosa envolvía varias de las columnas que asomaban por los distintos ambientes. La concurrencia estaba vestida de gala para la ocasión y se desplazaba por el lugar con una copa de champaña. Por momentos, se oía alguna conversación acompañada por los bocaditos de salmón y caviar servidos por el personal de servicio.

—Supongo que no ha tenido tiempo de visitar todo lo que tiene a su alcance en esta ciudad —intervino uno de los invitados.

—Así es. Son pocos los días que me tomo para disfrutar de la ciudad, muy pronto estaremos en los Alpes —replicó Quevedo.

—Mientras, disfrute de esta velada.

Sin más comenzaron las presentaciones de algunos invitados que se habían acercado al anfitrión. A pesar de los pocos días que llevaban en la ciudad, la familia Quevedo se había familiarizado con el idioma que reverberaba en el ambiente. A medida que le presentaban a algunos invitados, don Emilio respondía con cortesía. Algunos de los presentes eran empresarios y diplomáticos italianos junto a miembros de la embajada argentina.

—Un gusto, embajador —saludó Quevedo.

—Espero que tenga todo a su disposición para la misión que viene a cumplir.

—Por supuesto, así será, y gracias por la bienvenida.

—Teniente coronel, ¿cómo se siente aquí?

—Debo confesar que mis impresiones están por encima de las expectativas que tenía, y puedo asegurarle que eran muy altas.

—Me alegro de que así sea —replicó con una sonrisa—.

Amerita un brindis de bienvenida.

El sonido de las copas al chocarse interrumpió la conversación unos

breves minutos.

—Hemos estado recorriendo varios lugares, aunque aún no pude conocer el Vaticano y la basílica de San Pedro —

agregó el teniente coronel Perón.

Él no perdía la esperanza de entrevistarse con Pío XII.

Hacía un mes que había sido proclamado papa, luego de un cónclave que se había extendido tan solo dos días; había sido elegido en la tercera votación. En honor a su predecesor, el santo padre había elegido el mismo nombre.

Unos días después, había sido coronado sumo pontífice y se esperaba saber cómo conduciría a la feligresía sedienta de paz y deseos de concordia.

—Tiempo es lo que sobra, ¿verdad?

—Teniente coronel, le presento al marqués Luigi María Incisa Di Camerana —indicó el anfitrión—. Es un buen amigo y estoy seguro de que puede servirle de guía para los pocos días que le quedan antes de incorporarse a la misión junto al mayor.

—Gracias.

Ambos entablaron un diálogo, al tiempo que el embajador giró para incorporar a la conversación a un joven que formaba parte de la plana diplomática italiana y que acababa de ingresar al salón.

—De Luca, venga, que le presento a quienes han arribado como agregados militares, ambos son de nacionalidad argentina.

—Un gusto —saludó el joven al acercarse al círculo conformado por los recién llegados.

—Si me disculpan, debo atender algunos asuntos. Los dejo en buenas manos —agregó el anfitrión y se retiró al tiempo que su amigo Lucio Maggiora se acercaba para

incorporarse a la charla.

Quevedo acababa de inspeccionar al joven que se acercaba junto al otro invitado que se sumaba al selecto grupo del que formaba parte.

—Se lo ve joven para trabajar en el cuerpo diplomático de aquí—

intervino don Emilio en un básico italiano.

Aunque no pareciera, el mayor se había esforzado por aprender el idioma para no desentonar en nada con la misión que tenía por delante.

—No lo crea —agregó De Luca sin dejar de contemplar a la joven que estaba cerca de él.

Quevedo le había solicitado a Isabel que estuviera cerca por si necesitaba expresarse y no sabía cómo hacerlo. Si bien su hija no se había especializado en la lengua italiana, la facilidad que tenía con los idiomas la hacía una pieza clave para cualquier conversación que él mantuviese con alguien de allí o que contase con otra nacionalidad.

—Trabajo en un departamento de la diplomacia italiana en la ciudad de Milán.

—Imagino que debe venir de una familia que se dedica a esto.

—No es así. Yo provengo del sur y mi padre trabaja la tierra allí mismo.

Una mirada cómplice del mayor con otro de los presentes fue lo que antecedió al comentario sarcástico y en español que lanzó don Emilio minutos después.

—Qué curioso que alguien pobre y bruto pueda ascender al norte y a este puesto.

Esas palabras dirigidas hacia otro argentino de menor rango en la misión provocó una sorda sonrisa a los participantes de la conversación, salvo a Isabel, que se atragantó con la bebida. Una oleada de rubor le cubrió el rostro; sin embargo, dudaba de si había sido por el comentario de su padre o por la intensa mirada lanzada por

el joven del que don Emilio se mofaba. Isabel no pudo borrar la expresión de incomodidad, a pesar de que Mateo De Luca se había mantenido impertérrito. Envalentonado con los comentarios lanzados, y ante la necesidad de ahondar más en la cuestión política, el mayor continuó:

—No puedo tener una idea tan certera como ustedes que viven aquí, pero sin dudas la imagen del Duce es enigmática y cuenta con una personalidad descollante,

¿verdad?

Los presentes asintieron ante semejante semblanza de alguien que acababa de arribar al país. Nadie agregó que Mussolini tenía una gran fascinación por Hitler –sus actos así lo demostraban–, tampoco nadie se animó a relatar la persecución que en varios ámbitos se vivía en la tierra del Führer, que era avalada por parte de los italianos.

—Con

las

leyes

que

le

otorgaron

facultades

extraordinarias desde hace más de una década, Mussolini nos gobierna bajo su…

—De Luca —intercedió otro de los asistentes, intentando distraerlo.

Lucio Maggiora, otro de los participantes del ágape, conocía al joven que se había abierto camino solo en medio de una situación familiar hostil. Salir de la pobreza para llegar a ocupar el puesto actual no había sido tarea fácil.

Solo después de años de estudios, había logrado posicionarse en la carrera diplomática, y los contactos los había sabido cosechar en el tiempo en que estaba cursando su carrera. Había permanecido en Londres como parte de la comitiva del embajador y hacía un tiempo que había regresado al país. Por más que tuviese un futuro promisorio, había algunas cuestiones que debería ajustar si pretendía continuar por el sendero de la diplomacia que había comenzado. Del mismo modo que su temperamento le había permitido ir más allá de los obstáculos que debió

sortear hasta llegar a donde estaba, por momentos, ese carácter indómito le jugaba en contra. Su pasión por lo que creía justo estaba por encima de cualquier otra cosa; precisamente con eso debería lidiar si pretendía seguir en carrera. De convicciones firmes, siempre daba a conocer sus pensamientos ante quien fuera. En esa instancia callar y continuar con el trabajo era lo mejor para evitar alguna represalia.

—Como decía usted, mayor —agregó Maggiora—, la política es un tema apasionante; puedo asegurárselo. Si me disculpa —dijo al dirigirse a De Luca—, me acompañas, que quiero que conozcas a alguien más.

Mateo sabía cuáles eran las intenciones de Maggiora: no quería que diera un mal paso al contestar todo lo que se cruzaba por la cabeza.

—Por supuesto.

Y cuando vio que Lucio se alejaba para que él lo siguiera, se detuvo y se inclinó para decirle algo más a Quevedo:

—Puedo asegurarle que me honra venir del pueblo al que pertenezco. Si está con tiempo, podría llevarlo a conocer para que note la dignidad con la que mi gente trabaja la tierra, quizás pueda aprender de eso.

Hasta pronto.

Dejó de una pieza al mayor no solo por el significado de lo dicho, sino porque lo expresó en un perfecto español. En ese mismo instante y luego de escucharlo, Isabel se alejó de su padre lanzándose a caminar por entre los invitados.

Nadie la conocía, no tenía obligación alguna de permanecer allí. Necesitaba alejarse cuanto antes. Atravesó los amplios ventanales abiertos que conectaban con el exterior de la finca. Una escalera de mármol junto a dos estatuas esculpidas en el mismo material con forma de león la custodiaban y descendían hasta al cuidado jardín decorado con flores que se extendía a lo largo de la propiedad.

Algunos invitados habían salido para disfrutar de aquella noche acompañada por una brisa primaveral. En el camino había tomado una copa de alcohol para beberla en soledad y de golpe. No sabía qué era lo que la estaba hartando, quizás acompañar a su padre en esta nueva misión o haberse alejado de Buenos Aires y de las obligaciones que disfrutaba, o quizás ambas la tenían a mal traer. Ansiaba que llegara el día de abandonar Roma, visitar París y estar sola.

—Daría lo que fuera por ser dueño de esos pensamientos.

Un fuerte estremecimiento la sobrecogió. Los dedos de Isabel se aferraron a la copa para evitar lanzarla al césped.

No esperaba la compañía de alguien, menos aún de De Luca.

—No me acerqué para que se asustara.

—Oh, sucede que estaba distraída con otras cuestiones.

—Buscando ocultarse de toda esta gente, ¿verdad? No se preocupe —dijo al lanzar una sonrisa que iluminaba el rostro masculino. El cabello negro peinado hacia atrás le despejaba los ojos miel que no la habían abandonado en toda la velada—, conmigo no es necesario que actúe de otro modo.

—Gracias, aunque…

—Dígame.

—Quisiera pedirle disculpas en nombre de mi padre. Creo que su comentario ha sido desafortunado y fuera de lugar.

Él no dejó de contemplarla al tiempo que un intenso rubor trepaba por las mejillas de la joven.

—No debe preocuparse por eso, no es usted quien debería disculparse. Aunque debo confesarle que gracias a él la he conocido.

Isabel se encontraba atrapada por el encanto y la desfachatez de ese joven. No dejaba de sorprenderse con las respuestas, ninguna era lo que ella esperaba. También la

asombraba que lo hiciera en español mezclado con esa entonación italiana que la había empezado a seducir.

—Podría haberla cruzado cuando estuve en Buenos Aires, pero me habría asegurado de conocerla.

—No me diga que ha estado allá.

—Así es. Mi tío por parte de madre y mis primas emigraron hacia allá. La situación aquí era muy complicada, sin visos de mejorar. La única opción ha sido dejar en mano de mi padre lo poco que tenían e irse a instalar en su tierra.

—¿Hace tiempo que ellos están en Argentina?

—Sí, no les fue fácil tomar la decisión, pero en verdad no tenían nada que perder aquí. Allá estuvieron un tiempo sin lograr un empleo que valiese la pena; sin embargo, se han instalado en la zona sur de la ciudad y están trabajando en una cantina de otros compatriotas. Sé por lo que nos han contado en las cartas, y también por lo que he visto, que hay mucha cooperación entre los inmigrantes. Eso nos ha dejado tranquilos.

—Y, ¿cuándo viajó usted?

—Hace dos años. No me resultó sencillo proyectar ese viaje, por estar muy ocupado con mi actividad; tiempo era lo que me faltaba, pero quería regalarle a mi padre el viaje.

Sin dudas, él extrañaba a la familia y haberse quedado en el pueblo solo no ha sido fácil porque el trabajo que tenía en sus espaldas era mayor y sabía que yo no podía colaborar con él.

—Me imagino.

—Supongo que se quedará una larga temporada en la ciudad.

Él descontaba que la misión de Quevedo se extendería un año. Aún no lo había averiguado, pero eso no sería una dificultad.

—No, me iré en unos días.

—¿Regresa a Buenos Aires?

—No, ha sido un viaje largo para regresar tan pronto.

—¿Entonces?

—Aprovecho para conocer París, me da mucha ilusión estar allí. Es tanto lo que he leído y me han contado.

—Comprobará que todo lo que le han dicho es poco cuando recorra sus calles.

—Y me iré en unos pocos días para luego instalarme en Berlín, que será mi nuevo destino.

—¿Qué va a hacer en Alemania?

—Mi padre me consiguió un trabajo en la Embajada argentina en Berlín, yo soy traductora y manejo otros idiomas; eso me habilita a trabajar allí.

Otra vez, la figura paterna se colaba en la conversación.

Había notado cómo ella había estado pendiente de los dichos de su padre, y la severidad que dominaba Quevedo.

No sería raro que ese nuevo trabajo fuese impuesto por don Emilio.

—¿Y usted buscaba eso? —preguntó para salir de la duda.

—No, yo me dedicaba a enseñar idiomas. Puedo asegurarle que no estaba en mis deseos dejar todo para instalarme en una nueva tierra y con otro empleo.

Él se quedó contemplando a la joven. Podía leer un poco más de lo que Isabel mostraba y no se había equivocado en el análisis que había hecho.

—Entonces, no tenemos demasiado tiempo.

—Perdón, ¿a qué se refiere?

—Quiero mostrarle la ciudad, yo también debo abandonar mi estada aquí. En dos días viajaré a Milán.

—Yo no sé si deba…

—No se preocupe, que seré discreto —replicó al ver que la joven observaba a una mujer—. Creo que su madre la busca.

Luisa había salido de la recepción enfundada en un vestido gris que decoraba con un collar de perlas al tono. El cabello rubio y recogido enaltecía más la elegancia que ostentaba.

—Sí, tengo que irme.

Él la tomó por el brazo para retenerla antes de que la joven saliera huyendo de su lado. Supo que no era una joven propensa a relacionarse con cualquiera. La timidez que la rodeaba la hacía más atractiva, más allá de la belleza que poseía. Había notado que no se había paseado por el salón en busca de la compañía de algún hombre, muy por el contrario, se había retraído en la compañía familiar para luego buscar la soledad en el lugar más apartado de la finca.

—¿Le parece bien encontrarnos a las diez en la esquina del hotel en que se aloja?

—Pero no le he dicho dónde estoy.

—Eso es lo de menos, lo averiguo enseguida. ¿Qué le parece? ¿Nos vemos mañana?

Isabel seguía embelesada viendo el desenfado con que se desenvolvía De Luca sin dejarle tiempo para reflexionar qué contestarle, aunque estaba segura de que hacerlo podría ser un error. Sin embargo, de su boca salió la respuesta que él esperaba.

—No la entretengo más. Hasta mañana —dijo al deslizar los dedos sobre su delicada mano y desaparecer con la misma rapidez con la que lo había visto a su lado minutos antes.

Ella no supo explicar su comportamiento, menos cuando su madre acababa de localizarla y enfilaba hacia ella.

—Hija, ¿por qué te has ausentado de la recepción? Este no es un lugar para estar sola, ¿o me equivoco?

—¿A qué te refieres?

—¿Me pareció o estabas con un muchacho?

—Te equivocas, solo al pasar chocó conmigo y me pidió disculpas.

Isabel no recordaba cuándo había sido la última vez que le había mentido a su madre. Su hermana era la encargada de engañarlos a todos, quizás eso había hecho que ella dijera siempre la verdad. Este no era el caso, y tampoco entendía qué la llevaba a hacerlo.

—Querida, no es conveniente que estés alejada de todo con gente que no conoces. Ven, que quiero presentarte a unas señoras a las que les he hablado de ti.

Ambas volvieron atravesar el parque hasta adentrarse en el salón para departir con varias invitadas. Isabel volvió a ser el sostén en la mala pronunciación de doña Luisa.

Las luces del amanecer alumbraban la habitación de la joven que se había mantenido en vela sin poder pegar un ojo. Sabía el motivo y la culpa por lo que iba a hacer la carcomía por dentro. No entendía el modo en que se estaba comportando frente a un desconocido. Nunca antes había salido con otro hombre que no fuera su prometido. No importaba que Hans no pudiera hacerlo las veces que ella quisiera porque algunos compromisos lo retenían hasta altas horas de la noche. En la duermevela había pensado en negarse a asistir al encuentro y retomar su vida como antes de conocer a De Luca.

El salón del hotel contaba con varias mesas y la mayoría se encontraban ocupadas por los huéspedes. Isabel enfiló hacia la mesa en la que estaba su madre.

—Hija, al menos estás tú. Tu padre se fue hace un rato y durante el día estará ocupado. Justamente quería avisarte que una de las señoras que conocimos anoche me invitó a almorzar y, por supuesto, eres de la partida.

—Mamá, no podrá ser.

—¿Por qué lo dices?

—Tengo pensado recorrer algunos lugares donde aún no he ido.

—Querida, esas visitas puedes hacerlas mañana. Si no tengo una jornada complicada con tu padre, puedo acompañarte.

—Mamá, te olvidas de que muy pronto me iré y no cuento con tanto

tiempo como tú para recorrer los lugares históricos.

—Ese es el motivo por el que quiero que estemos juntas, ya que pronto te irás.

—Tienes razón, pero me iré sola, estaré sin ustedes mucho tiempo y tendré que acostumbrarme a eso. Un modo de hacerlo es comenzar desde ahora y recorrer la ciudad sola.

Doña Luisa notó algo especial en su hija, y no sabía a qué se debía. Entendía que la joven estaba sometida a grandes cambios y creyó que ese era el motivo de ese humor particular.

—Está bien, pero mañana me aseguras que haremos algo juntas.

—Trato hecho.

—Prueba esto, que está exquisito.

Isabel estaba dando vueltas a la torta de ricota que su madre disfrutaba en cada bocado.

—¿Estás inapetente?

—No, quizás algo que comí ayer hace que no tenga ganas de desayunar.

—Pero, si no te sientes bien, deja a un lado la salida y hazla por la tarde.

—Mamá, estoy bien —replicó al mirar por encima de su madre el reloj que pendía sobre una de las columnas del salón, que marcaba que faltaban unos pocos minutos para la diez—. Es mejor que me vaya.

—Disfruta de este paseo.

—Y tú, del almuerzo. Nos vemos más tarde.

Doña Luisa vio alejarse a Isabel enfundada en un vestido color verde que ella le había comprado y un saco de hilo para acompañar la brisa fresca de la mañana. Admiraba que la simpleza y el buen gusto la hubieran transformado en una joven bella.

Isabel se apresuró a caminar la cuadra que la distanciaba del punto de encuentro. Parecía que iría a cometer un delito y debía aquietarse; estaba claro que la mentira no le sentaba bien. Al arribar a la esquina, encontró a De Luca apoyado sobre el capó del automóvil. No bien la

vio, abandonó el vehículo y se acercó a ella.

—Buen día.

—Llegué a tiempo, ¿verdad?

—Claro que sí —dijo con una amplia sonrisa—, sucede que quería venir antes para comprobar que usted no se había arrepentido. No me mire así; estoy seguro de que lo pensó, pero por suerte no lo hizo.

Isabel no supo si ese comentario había sido adrede, pero había logrado aflojarla. Sintió la mano de él en la parte baja de la espalda que la conducía hasta el automóvil. Luego de abrirle la puerta, él dio la vuelta para sentarse en la otra butaca y arrancar el vehículo.

Isabel se aferró a la cartera como una forma de soltar la tensión que le provocaba estar con alguien que apenas conocía dirigiéndose hacia no sabía dónde. Ella creía que caminarían por el centro histórico de la ciudad para contemplar las reliquias y lugares que formaban parte del patrimonio histórico.

—Isabel, mi idea no es secuestrarla.

Quizás fueron los nervios contenidos o que ese comentario no desentonase con algún alocado pensamiento de ella, pero soltó una sonrisa que alivianó el ambiente.

—Claro que no.

—Entonces aflójese. Ayer me quedé pensando en usted.

—¿Sí?

—Y supuse que había recorrido los lugares característicos que visitan los turistas.

—Es lo que he hecho. Estar alojada cerca de estos lugares y monumentos me ha permitido recorrerlos sin mayores complicaciones.

—Por eso quiero llevarla a un sitio que, si bien se encuentra en las afueras, no deja de ser de interés para quien lo visita por primera vez. —Se inclinó hacia ella—. Eso dependerá de usted.

Isabel dejó que la brisa matinal le refrescara el rostro; sentía que le ardía, descontaba que las mejillas estaban encendidas y no podía controlar qué le sucedía en el resto del cuerpo.

En el trayecto pudo apreciar el resto de las distintas y pintorescas edificaciones levantadas a la vera del camino.

La elegancia de los habitantes era notoria y el trato que les dispensaban a los turistas en los negocios a los que ella había ido o las consultas que les había hecho al pasar era de destacar. Isabel quería atesorar en su mente cada lugar nuevo que recorría. No tenía una cámara de fotos para captar esos momentos, aunque estaba convencida de que no la necesitaba. Había algo en su interior que le decía que ese viaje le cambiaría la vida. Desconocía si sería para bien o no, lo único que no podía era negar esa sensación que la embargaba con más intensidad a medida que el vehículo avanzaba.

—Estamos por llegar.

Isabel miró por el cristal de la ventana y contempló cercana la ribera del Tíber. El vehículo se detuvo y De Luca se bajó para abrirle la puerta. Le apoyó la mano en la parte baja de la espalda para guiarla hacia donde se erigía el monumento.

—La traje a que conozca el Ara Pacis, es algo que ha nos ha conmocionado, ya que ha sido recuperado hace muy poco.

—¿De dónde?

—Este es un altar dedicado a la paz y en el que año tras año se realizaban sacrificios de carneros y bueyes. Debido a la crecida del río, quedó sumergido en el lodo en el Campo de Marte, donde estaba ubicado.

—¿Y cómo fue que lo restauraron? No parece que hubiera sufrido ese daño.

—Justamente hace un año se cumplió un aniversario muy especial para todos nosotros, ya que se conmemoró el bimilenario del nacimiento del emperador Augusto y nuestro dictador Mussolini —comentó con desdén— decidió restaurarlo para celebrar aquel festejo. Hace varios años comenzaron los preparativos para llegar a la fecha con este monumento en honor al emperador Augusto.

—¿Qué le parece?

—Magnífico.

—Venga, que vamos a recorrer bien el lugar.

De Luca no dejó de observar a la joven que lo miraba y lo escuchaba con sorpresa y detenimiento en cada detalle que él decía. Poco después Isabel se desplazó para tener una visión más acabada del río Tíber. En ese mismo instante, los pensamientos navegaron turbulentos por su mente sin entender cómo estar junto a otro hombre y tan lejos de casa le daba tanto placer.

—No sé a usted, pero a mí me ha dado apetito.

Isabel no podía negar que no haber desayunado por la mañana le estaba pasando factura.

—No quisiera que se moleste.

—Isabel, puedo asegurarle que lo único que usted no representa para mí es justamente una molestia. La invito a almorzar a un lugar que espero que no conozca.

—De eso estoy segura.

—Adelante, entonces.

No bien llegaron al vehículo, la detuvo e ingresó al habitáculo para sacar algo.

—No puede negarme una foto, ¿verdad?

—Claro que no.

Caminaron hasta ubicarse en un lugar cercano al río y bajo ese paisaje De Luca capturó la imagen de la joven con los cabellos rubios alborotados por la brisa. Esa era la imagen que él pretendía de ella: conservar el preciso instante en que Isabel clavara su vista en él.

En el corto trayecto hasta el restaurante elegido por Mateo, habían hablado de las impresiones sobre la visita.

Apeó el vehículo y bajaron para ingresar a Nino. El camarero que estaba en la entrada saludó a De Luca y le indicó la mesa que él solía usar cada vez que iba.

—Veo que viene seguido por aquí.

—No tanto como quisiera, pero, cuando estoy en Roma, me gusta venir. Puedo asegurarle que se come muy bien.

No hacía más de cinco años que había abierto y en poco tiempo se

había hecho de una muy buena reputación. El lugar era apacible y la atención, excelente, motivos sobrados para hacerse cliente del local.

—No lo pongo en duda.

—Del vino me encargo yo —dijo anticipándose para solicitar al camarero qué beber—. Ahora dígame qué desea almorzar.

—Pida por mí, supongo que sabe lo que es bueno.

—Eso no lo ponga en duda —comentó sin dejar de mirarla como si solo ella fuera quien estuviera allí y el resto de las personas no existiesen a su alrededor.

—Vamos a probar una ribollita y filete t-bone —dijo mientras veía alejarse al mozo—. Le va a gustar la sopa toscana de pan y verdura, y el filete es estilo florentino.

—Me gustaría conocer la Toscana, pero no tengo tiempo.

—Es una bella zona, aunque yo poseo mi corazón por la zona sur, y puedo asegurarle que, si anduviera sin obligaciones, la llevaría allí.

—Mateo, si tuviera tiempo, no creo que pudiera ir.

—¿Por qué lo dice?

—Yo… No sé cómo decirle que estoy comprometida.

Él apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante para asegurarse de que lo escuchara.

—Eso lo daba por sentado; es una joven bella e inteligente. Solo me pregunto una cosa.

—¿Cuál? —replicó en un susurro.

—¿Cómo un hombre que esta prometido a usted la ha dejado sola? Puedo asegurarle que, si estuviera en su lugar, no la dejaría sola ni un segundo.

—Yo no creo que…

—Isabel, no quiero que esté molesta por lo que acabo de decirle, pero no soy un hombre que ande con vueltas ni tapando lo que siento. —Depositó su mano sobre la de la joven—. A veces eso puede incomodar, pero no lo he podido ocultar. Y quiero decirle que ayer no

ha sido la primera vez que la he visto.

—¿Cómo?

—Hace dos días estaba haciendo unos trámites con unos colegas y la vi cruzar acompañada. Ahora que la conozco, sé que era su madre quien estaba con usted. Cuando pude liberarme, quise buscarla, pero no la encontré. Imagínese mi sorpresa cuando la vi ayer por la noche.

—Esto no tiene ningún sentido para mí, porque estoy comprometida, ya se lo he dicho.

—Y podrá decírmelo más veces, que eso no cambia lo que me sucede cada vez que la veo.

—Creo que será mejor que regrese al hotel.

—Lo que dije es para que sepa lo que sucede, pero por ahora seremos amigos, ¿le gusta eso?

—Quizás sea lo mejor.

—Bien, quiero que sepa que nunca haría algo que pudiera incomodarla, pero no puede negarme que estos últimos dos días lo hemos pasado muy bien.

—Por supuesto.

—Entonces sigamos del mismo modo; nada deberá cambiar.

—Además, yo me iré de aquí en pocos días.

—Yo lo haré mañana, porque me adelantaron el viaje a Milán.

—Oh.

—No me pregunte el motivo, pero estoy convencido de que vamos a volver a encontrarnos, tengo ese pálpito, y se lo dice alguien que siempre se guio por su instinto.

Isabel estaba absorta sin saber muy bien cómo conducirse; nunca antes un hombre le había hablado de manera tan descarada y sincera como De Luca. Por momentos la culpa la asaltaba, pero, al escuchar la manera natural en que exponía lo que le sucedía, se aquietaba.

—Necesito que me dé la opinión de la comida.

Ella asintió y un gemido salió luego de probar la sopa.

—Los sabores de la Toscana.

—Eso parece.

La conversación acompañó el almuerzo, pero sin volver a mencionar lo manifestado por De Luca. A pesar de cierta incomodidad que había sentido al comienzo, Isabel estaba hablando de manera libre sobre lo que él le decía. Hacía tiempo que no se sentía de ese modo.

—Antes de llevarla a su hotel, me gustaría que hiciéramos lo que tantos turistas hacen.

—¿A qué se refiere?

—Confía en mí, ¿verdad?

—De Luca, yo…

—La voy a llevar a un sitio donde seguro ya estuvo, pero no conmigo.

Isabel supo que de nada servía insistir para saber adónde iría. Poco después se encontraban frente a la Fontana di Trevi.

—Ya estuvo, ¿verdad?

—El primer día.

—Tome.

Mateo había sacado dos monedas. Se acercó para entregarle una y susurró antes de arrojarla de espaldas a la fuente:

—Deseo con toda mi fuerza que mi deseo se cumpla.

Isabel arrojó la moneda después de él. Daba lo que fuera por saber qué era lo que De Luca había pedido, pero claro que nunca se lo preguntaría. Estaba convencida de que las probabilidades de que volviesen a encontrarse sería uno de sus deseos. Poco después, ambos enfilaron hacia el hotel que estaba ubicado a una corta distancia de donde estaban.

—Acá está bien.

Ella regresaba a la esquina en la que horas antes se habían encontrado.

—Muchas gracias, Mateo.

—Le dije que no me agradezca.

—Pasé un hermoso día.

—Yo también.

Él se acercó, le tomó el cuello y la besó en la mejilla.

—Adiós —se despidió Isabel.

Él no le contestó solo volvió a clavar esa mirada que la desnudaba y se quedó contemplándola hasta que llegó a la puerta del hotel. Recién en ese instante emprendió la retirada.

CAPÍTULO 5

Lejos del olvido

Gabrielle ya extrañaba a sus padres, aunque debería acostumbrarse a esa ausencia atento al viaje que estaba en ciernes, un viaje programado hacía tiempo y que los tenía muy felices a todos. Gabrielle estaba convencida de que esa travesía era lo que ellos se merecían luego de una vida de sacrificio y trabajo. Sin embargo, ese día en particular todo se le había complicado. Su jefe, Orson, parecía haberse empecinado con un artículo que no había salido de acuerdo a lo convenido. Eso, sumado a la clase que debía asistir en el curso de fotografía que tomaba, la había retrasado más de la cuenta. Una vez que estuvo fuera del instituto, una leve llovizna se lanzó, lo único que le faltaba para completar un día que era para olvidar.

Debía estar a tiempo en su casa. Haría un esfuerzo para lograrlo. En cuanto alcanzó la esquina, observó que una joven de cabello rubio mojado apoyada sobre una maleta aguardaba en la puerta de la casa. Se apresuró, aunque ya había llegado tarde para darle la bienvenida a la muchacha que su madre le había recomendado que atendiese mientras estuviese en la ciudad. Menuda ocupación le había dejado Annette; Gabrielle no había podido negarse por más que no contase con el tiempo suficiente para atender a su nuevo huésped.

—¿Isabel?

—¿Gabrielle?

—Disculpa la tardanza, juro que intenté llegar a tiempo, pero he tenido una jornada compleja.

—No te preocupes, lo que menos deseo es complicarte —

replicó al tiempo que Gabrielle abría la puerta para que ambas ingresaran a la propiedad.

—Bienvenida a París, deja por aquí el equipaje.

A un costado de la puerta, Isabel apoyó sus cosas y siguió a la anfitriona hasta la cocina.

—¿Qué te gusta beber, café o chocolate?

—Lo que elijas estará bien. ¿Quieres que te ayude?

Gabrielle tenía predilección por el chocolate y lo tomaba en cualquier

época del año. No dudó en preparar dos tazones.

—No te preocupes, debes estar cansada por el viaje.

—No tanto como tú, que estás trabajando a diario.

—Uy, ha sido un día duro, pero veo que estás al tanto sobre lo que hago.

—Por supuesto. Gracias —comentó al tomar la taza con chocolate que Gabrielle acababa de depositar sobre la mesa junto a unos bocados de hojaldre que parecían muy tentadores—. Si conocieras a mi madre, no te sorprendería que estuviera al tanto de tus ocupaciones.

—Me imagino y, por lo que dices, no debe ser muy diferente a la mía.

—Una amiga de ella hizo la gestión ante la tuya. Puedo asegurarte de que me negué a molestarte con mi presencia aquí.

—De ningún modo me molestas, y te anticipo que has venido en un momento oportuno. Mis padres han regresado a la campiña, porque están terminando de arreglar un viaje añorado por ellos. Esta es una buena manera de hacerme a la idea de su ausencia cuando partan hacia los Estados

Unidos. Aunque no lo quiera reconocer, los voy a extrañar.

Que me hagas compañía estos días es una buena idea.

¿Cuántos te quedarás?

—No más de diez días, hasta que me incorpore a mi nuevo trabajo. Este viaje y visitar la ciudad fue una sorpresa para mí. Ansiaba conocer París, en medio de la locura que fue trasladarnos hasta Europa.

—¿No esperabas instalarte aquí?

—No. Si hubiera podido negarme, lo habría hecho.

—¿Y qué fue lo que te impidió hacerlo?

—Quizás las expectativas de mi familia sobre mí no ayudaron. Por momentos pienso que haber sostenido mi posición y haberme quedado en Buenos Aires habría sido lo más honesto, pero no he podido.

—Entonces será mi obligación que lo pases lo mejor posible hasta que

te instales en Berlín, ¿verdad?

—Sí, eso me tiene un tanto nerviosa.

—No es para menos.

—¿Por qué lo dices?

El trabajo de Gabrielle le permitía estar al tanto de todo cuanto sucedía en la política del territorio europeo y, en especial, de la política del Führer. Desde que había asumido como canciller de Alemania seis años atrás, había sumido al país en una dictadura unipartidista. En poco tiempo había organizado el poder policial, primero con la Schutzstaffel, cuyos hombres habían surgido como fuerza o escuadrón de protección, y con la SA, las fuerzas de choque del Partido Nazi; ambas formaban parte de la policía nazi. Vivir en Alemania no era fácil; el paso de los años había barrido las libertades individuales en especial de aquellos que fueran judíos o tuvieran conexión con ellos.

De lo que Gabrielle tenía constancia era de la falta de libertad de expresión que se ejercía en tierra teutona. El control sobre los libros, las películas, las radios y los

periódicos era absoluto; y las consecuencias del incumplimiento, fatales. Se manipulaba la prensa de manera categórica. Los periódicos a favor del régimen habían incrementado sus ventas, en especial el que estaba a cargo de Julius Streicher, que en la primera plana publicaba los desfalcos financieros realizados por los judíos, en concordancia con la estrategia difamatoria y antisemita que propiciaba el Estado. La respuesta no tardaba en llegar, ya que los judíos estaban excluidos de los ámbitos culturales e intelectuales, y las publicaciones que estaban a cargo de ellos comenzaron a cerrar. Algunos habían empezaron a emigrar del país y aquellos que no lo habían logrado estaban retenidos en los lugares de detención creados tiempo atrás. La campaña propagandista ejercida por Joseph Goebbels mantenía al país en una constante unidad de pensamiento: en cada una de las tantas frases se escondía la ideología nazi que daba vueltas por todos los rincones de Alemania y retumbaba en las mentes de los alemanes. Sin embargo, había algo que a Gabrielle le daba escalofríos: “Será mi ambición no tener descanso ni reposo hasta que el último judío haya salido de Berlín”. Sin lugar a dudas, la difusión masiva de los mensajes ideológicos a través de altavoces, radio y cualquier otro medio de comunicación estaba dando sus frutos.

Estaba convencida de que Isabel no sabía que se metería en la boca del lobo. Tampoco entendía a quién se le había ocurrido la loca idea de enviarla a Berlín en los tiempos tumultuosos en los que se vivía.

—Me refiero a que la política alemana está a cargo de un dictador y sus manejos son controversiales.

—Yo desconozco eso, aunque cuento con el apoyo de la familia de mi prometido que reside en Berlín.

—Oh, desconocía que tuvieras allegados allí.

—Hans nació allí y se instaló en mi país. En Buenos Aires se afincaron; eso permitió que hiciera su carrera en un banco de origen alemán, pero sus padres extrañaban su tierra y hace tiempo que regresaron.

—Si es así, supongo que estarás cuidada.

—No te preocupes que lo estaré, además tendré a mi familia cerca y tú estarás aquí, ¿verdad?

—Por supuesto.

Gabrielle supo que la joven no tenía idea del lugar al que iría, y no sería ella quien le advirtiera lo que su propia familia y su prometido no le habían contado. Estaba claro que la familia política de la joven estaría de acuerdo con políticas del Führer. De ser así, su seguridad estaría garantizada.

—Trabajar en la embajada me tiene un poco nerviosa, porque no conozco a nadie. Aunque mi padre me ha dicho que no debo preocuparme, ya que han sido muy cordiales al saber que me incorporaría allí.

—Un nuevo empleo genera muchas expectativas, más en el comienzo, cuando todo es nuevo y se abre un nuevo horizonte frente a uno.

Gabrielle, sin desearlo, regresó al punto de inicio en el que Brandon había sido parte fundamental de su vida.

Debía hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar volver a esa etapa. Se había jurado dejar a un lado el tiempo compartido con él. A pesar del afán que ponía en lograrlo, ese pasado se filtraba como gotas de agua que, de modo insistente, intentaban bañarla con recuerdos, que nunca se le habían ido del corazón, y que resurgían una y otra vez.

—¿Qué te parece si nos organizamos para ver qué haremos mañana?

Gabrielle necesitaba cambiar el foco de la conversación para centrarse en otra cosa; frente a ella tenía a su invitada, a quien debía atender.

—Pero tienes que trabajar.

—Sí, pero arreglé ir temprano para tener desde el mediodía libre y acompañarte a recorrer la ciudad.

—Gabrielle, muchas gracias por lo que haces por mí.

—Nada que agradecer.

En ese instante, Isabel recordó a alguien que, con una cadencia especial al hablar, le repetía que no debía darle las gracias. Por más que quisiese ocultarlo, la imagen de De Luca se le colaba en los pensamientos desde que había abandonado Roma.

—Si lo deseas, puedes moverte sola también, pero espera a mañana que te daré algunas indicaciones para que no te desorientes en esta ciudad.

—No te preocupes, así lo haré.

El cansancio había hecho mella en ambas y, luego de comer algo rápido, el sueño las alcanzó.

Al despuntar el día, Gabrielle se levantó para cumplir con sus obligaciones en Le Figaro. Parecía que su jefe se había despertado con buen ánimo, porque no le había hecho sentir ni su mal humor ni la exigencia permanente a la que la joven estaba acostumbrada. Ella desconocía si sucedía porque su invitada aguardaba en la casa o por el calor reinante debido a que el verano se había instalado, pero solo buscaba finalizar la jornada para regresar a la casa y salir de paseo. Eso le serviría para liberar la mente de las obligaciones, y disfrutar con Isabel era una buena opción.

Al arribar a la casa, Gabrielle notó un orden nada habitual, se sorprendió al encontrar todo en perfecto estado. El equipaje de Isabel ya no estaba en la entrada; los platos usados en la cena anterior habían desaparecido del fregadero y, cuando ingresó en la habitación que le había adjudicado a la invitada, estaba en un orden absoluto.

—Qué suerte que has llegado.

—Isabel, gracias, pero no era necesario que te pusieras a limpiar todo esto.

—Es lo menos que puedo hacer. Te aseguro que es una deformación familiar.

—¿Por qué lo dices?

—Si tuvieras la madre que yo tengo, que está detrás del orden y la limpieza, no te quedaría otra alternativa. Cuando sales, te hace una revisión en la vestimenta para controlar que está todo perfecto, y lamentablemente algo de eso lo heredé.

—Dicen que, cuando hay características tan marcadas que uno detesta, uno puede imitarlas o actuar de manera exactamente opuesta. Yo podría ser este último caso —

concluyó sonriendo.

—Tienes razón: mi hermana es un claro ejemplo de eso. A veces me pregunto por qué no habré actuado con el desdén y desenfado de ella. Estoy convencida de que lleva mejor las cosas que yo.

—Por lo que veo, no tienes un buen vínculo con tu hermana.

—Sí, podría decirte que nos toleramos, más allá del esfuerzo que he hecho por cambiar esa situación, pero no siempre la sangre arregla todo.

—¿Y ella tuvo la suerte de quedarse en Buenos Aires?

—Así es, al menos hasta que resuelva unas cuestiones de estudio. Luego vendrá para estar con mis padres. La idea es que pueda combinar con Hans y sumarse al viaje cuando él lo haga.

—Entonces tendrás que demostrarte que la elección de venir aquí ha sido acertada, ¿no te parece? Salgamos a recorrer la ciudad.

La dueña de casa alcanzó la puerta de entrada, pero se detuvo al escuchar que la invitada volvía a llamarla.

—Gabrielle, he encontrado esta fotografía debajo de un mueble, supongo que se debe haber caído.

Isabel se había detenido, en medio de la limpieza, a observar al joven protagonista de esa imagen. La mirada grisácea completaba la estampa, y lo más llamativo era que parecía que esos ojos estaban

devorando el lente que lo apuntaba, mejor dicho, a quien lo estaba enfocando. La dueña de casa se quedó absorta contemplando la foto.

—Es alguien especial.

Isabel no ponía en duda que ese joven lo fuera. A veces los gestos y el silencio eran más elocuentes que cualquier otra confesión que pudiera decirse.

—Lo fue.

—Entonces…

—Déjala sobre ese mueble, no es importante.

Isabel recién estaba conociendo a su anfitriona, pero acababa de descubrir algo de ella que las unía, porque parecía que a ninguna de las dos se les daba bien mentir. A pesar de que Isabel lo había puesto en práctica con su madre en Roma, al conocer a De Luca.

—No estuve hurgando, solo la encontré al correr ese mueble.

—Lo sé, no te preocupes. Mejor que la hayas encontrado, para que al fin quede arrumbada en ese cajón; es ahí donde debe quedarse.

Isabel guardó esa fotografía en el primer cajón del mueble. Luego levantó la vista y notó que Gabrielle se mantenía observando aquel cajón, como si lo que acababa de guardar fuese el bien más preciado que ella pudiera tener. Quizás sí lo era.

—¿Estás lista para salir?

—Por supuesto.

Isabel siguió a la dueña de casa por un pasillo hasta llegar a un cuarto con varios trastos.

—¿Te animas?

—Por supuesto. Yo tenía una en la ciudad, aunque ahora está arrumbada en el garaje del edificio. Cada vez que deseaba usarla y Sonia se enteraba, me desinflaba las cubiertas.

—Me haces reír.

—Puedo asegurarte que eso no ha hecho mella en mí —

replicó sonriendo.

—Como yo soy hija única, ese tema no lo he tenido que padecer. Esta es la bicicleta de mi madre; está en mejor estado que la mía. De este modo vamos a recorrer más detenidamente las calles de París.

—Me encanta. Además, el día está precioso.

Bajo los rayos del sol, ambas salieron a pasear por los distintos lugares de París. Anduvieron por los senderos que se abrían paso por el Bois de Boulogne. El verdor destellaba entre los rayos del sol que caían en toda su extensión. Los visitantes se reunían a orillas del lago para disfrutar de esa jornada soleada; otros tantos deambulaban a bordo de las bicicletas cruzando el gran parque rumbo a sus actividades.

El movimiento que se veía era constante.

—Espero que no prefieras tener las cubiertas bajas para no seguir con el trayecto.

Isabel explotó con una carcajada que resonó en medio del sonido de los pájaros.

A poco de salir de allí, se adentraron por el boulevard Pasteur. Hubo algo que le llamó la atención a Isabel y le hizo señas para detenerse frente a una ampulosa construcción.

En el número dieciséis del distrito xv, se erigía el Lycée Buffon. Desde el exterior, se podían contemplar las ocho torres que coronaban la construcción tapizadas con techos grises. Un gran número de galerías desembocaban en un amplio patio que era el corazón del edificio.

—¿Es un instituto?

—Lo fue y sigue siéndolo, aunque en tiempos de la Gran Guerra se transformó en un hospital.

El griterío sostenido del alumnado en aquel patio se había reemplazado por los gemidos de los enfermos atendidos allí durante aquella época. Muchos de ellos, agonizantes, habían pasado sus últimas horas de vida en las aulas devenidas sala de atención.

—Imagino que, con la capacidad que ostenta, debe haber alojado a muchos heridos.

—Así es. Uno de ellos fue mi padre.

—Oh, debe haber sido duro.

—En aquella época, mi madre trabajaba como enfermera, de la mano de una doctora argentina que también hizo su carrera aquí.

—Te refieres a Martina Wood.

—Así es. Ambas trabaron una fuerte amistad. Aunque no lo creas, parte del español que hablo se lo debo a esta situación y al vínculo que entre ellas se construyó. A través de ella, tu madre se puso en contacto con la mía.

—Algo de lo que me cuentas me refirió mi madre. Este lugar debe tener un gran significado para ustedes.

—No para todos, y no suelo pasar por aquí. Una extraña coincidencia hizo que dobláramos por aquí.

—He sido yo, disculpa, no quiero traerte malos recuerdos.

—No es por eso, porque la historia de amor de mis padres nació aquí. De solo pensar lo que tuvieron que vivir, me estremezco. No ha sido fácil escuchar su historia.

Los ecos de aquella guerra reverberaban en su familia, y sin dudas los había marcado a cada uno de ellos, pero de manera diferente.

—Entonces…

—Ha sido complicado lo que han debido vivir para que ellos terminaran juntos. Mi madre estaba comprometida con el hijo de una familia reconocida de aquí. Sus padres y los

del él estaban convencidos de que se casarían; no había opción para que no ocurriera. Pero el amor que mi madre sintió estuvo por encima de las expectativas familiares y rompió con su prometido.

En ese instante, Isabel imaginó el escándalo que podía ocasionar desentenderse de un compromiso, porque eso implicaba una cuestión familiar difícil de sobrellevar. No concebía que pudiera sucederle algo así.

—Aunque no todo se dio según los deseos de mi madre.

—¿Por qué? Hasta donde me cuentas, no hubo mayores consecuencias. Supongo que al principio debe haber sido muy complicado.

—Te equivocas —dijo con una sorda sonrisa—, las consecuencias de aquella decisión me afectan. Te aseguro que aún las estoy pagando.

Otra vez, Brandon regresaba y, sin desearlo, su imagen bañaba los pensamientos de Gabrielle.

—Aun así, debo reconocer que para ellos ha valido la pena, por el amor que se tienen, y en definitiva eso es lo más importante.

—Disculpa, no quiero ser entrometida, pero no comprendo en qué te ha afectado su decisión.

—Es una historia larga y no quiero quitarte tiempo para recorrer la ciudad con algo que no tiene solución.

Isabel supo que había allí un dolor latente que estaba lejos del olvido. No pensaba insistir; lo que menos deseaba era incomodar a su anfitriona. Si ella no se hubiera detenido frente a ese edificio, nada de eso habría salido a la luz.

—Isabel, no he querido ser descortés.

—No lo has sido y no te preocupes. Si en algún momento quieres hablar, sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Ahora, ¿hacia dónde vamos?

—A la torre Eiffel. No me perdonaría si no te saco una foto allí.

—Contigo, estoy segura de que saldré bien.

—Sin dudas.

Ambas emprendieron el camino a través de los vehículos que transitaban por las calles de París hasta alcanzar el monumento que caracterizaba a la Ciudad Luz. Dejaron a un lado las bicicletas y se centraron en la grandiosa estructura metálica que ostentaba más de trescientos metros de altura.

—Vamos.

Isabel se detuvo sin saber hacia dónde la llevaría Gabrielle.

—No será lo mismo cuando subamos y puedas contemplar la ciudad desde arriba.

Ambas enfilaron hacia uno de los ascensores que llevaba a los visitantes a una de las plataformas en las que se podía tener una vista privilegiada de París. En ese instante, Isabel recordó los dichos de De Luca: todo lo que podía haber leído o imaginado empequeñecería al tiempo de poder contemplar la ciudad. Eso le había sucedido; se sentía empequeñecida frente a semejante espectáculo.

—Supongo que vendrás seguido por aquí.

—No, quizás en algún recorrido que debo hacer casualmente pase, pero no suelo venir a visitarla.

—¿De verdad? A ver, dime cuándo fue la última vez.

Gabrielle se detuvo y otra vez notó esa opresión en el pecho, pero una manera de quitársela era hablar con naturalidad de aquella vez.

—Hace dos años se hizo la Exposición Internacional, fue una de las tantas celebradas en la ciudad. Había sido un gran festejo; las calles estaban atiborradas de parisinos y extranjeros que venían a disfrutar de todo lo se exponía.

Varios países habían enviado sus delegaciones para

representarlos con los avances industriales y todo tipo de productos con los que contaban. Recuerdo haber estado aquí y no te imaginas lo que fue la iluminación de esta torre.

Los haces de luz salían por entre los pilotes y alumbraban todas las caras de la torre. Fue hermoso estar allí. Todo era una fiesta. Me refiero a que eran otros tiempos y de los buenos, al menos para mí —dijo con los ojos húmedos.

—Esa fotografía que encontré el día que llegué fue tomada aquí, ¿verdad?

Aquella imagen retrataba el rostro de ese joven de un modo muy particular. Con luces y sombras, se podía vislumbrar más allá de las facciones armoniosas que él poseía; la iluminación había tenido un papel importante en aquel retrato. En esa oportunidad, mientras el atardecer languidecía, los haces de luz de la torre centelleaban en derredor del muchacho de un modo que solo Gabrielle podía capturar.

—Así es.

A ojos de Isabel, el esfuerzo de Gabrielle por intentar no demostrar lo

que sentía era evidente, pero no sería ella quien se lo hiciera notar.

—Entonces lo mejor que podemos hacer es irnos de aquí,

¿qué te parece?

—Me parece muy bien.

Gabrielle se sintió liberada de abandonar aquel lugar para buscar refugio en cualquier otro de la ciudad. Aunque, si de recuerdos se tratase, debería salir de París para evitar recordar.

—Supongo que habrás decidido a qué lugar llevarme para comer algo. La verdad es que nos vendría bien detenernos para descansar y alimentarnos.

—Tienes razón. Vamos, salgamos de aquí.

El atardecer caía sobre París cuando ambas arribaron a una confitería para disfrutar de una cena anticipada. Se adentraron por Saint Germain-dés-Prés para arribar al café Les Deux Magots. En ese lugar, Gabrielle comenzaba a tejer ciertas vivencias con Pierre. Ambos lo habían tomado como un lugar de encuentro en medio de las largas jornadas de trabajo cuando buscaban un momento para compartir.

—Qué bonito lugar.

—¡Verdad que lo es!

Gabrielle se encargó de pedir al mesero algo consistente para cenar.

—Si este es tu primer viaje sola, supongo que debes extrañar. No me refiero a tus padres, sino a tu prometido.

—Así es. Sucede que con él me siento segura, sé cómo será nuestra vida juntos. Todo estaba prácticamente planeado hasta que surgió este viaje.

—Quizás sea lo mejor que te haya pasado, así puedes hacer todo aquello que deseas antes de encauzarte en esa vida juntos.

—Hubiese preferido que nada de esto hubiera sucedido.

No me refiero a estar aquí visitándote, no quiero ser desagradecida.

—Isabel, deja de disculparte, pero no entiendo a qué te refieres. En definitiva, un viaje no debe resultar tan complicado, salvo por el

cambio de rumbo que conlleva en tu vida. Pero me has dicho que Hans vendrá a visitarte y que todo seguirá igual. Solo es una cuestión de tiempo.

—Sí, y ansío que sea cuanto antes.

—Eso revela lo enamorada que estás de él.

La joven se quedó pensando la respuesta, porque, a pesar de conocerse hacía poco con Gabrielle, se había dado cuenta de que podía confiar en ella y pretendía serle honesta.

—Significa que, si él estuviera conmigo, todo volvería a ser como siempre, sin ningún tipo de interferencia.

Gabrielle observó detenidamente a Isabel y supo que había algo detrás del sonrojo de las mejillas y de un silencio sostenido hasta que ella decidió quebrarlo.

—Por lo que veo, en Roma tuviste alguna interferencia,

¿verdad?

—Prefiero no pensar en eso, porque, de solo recordarlo, me siento culpable.

—Isabel, no creo que sea para tanto. Lo único que puedo asegurarte es que la culpa no te llevará a un buen puerto.

—No lo ha sido, porque no volveré a cruzarme con Mateo De Luca. Lo que sí me preocupa es cómo me sentí con él.

Eso me oprime el pecho.

—¿A qué te refieres?

—A que actué con él de un modo desconocido, y no me gustó porque yo no soy así.

—¿Así cómo?

—Actué sin que mis padres me importaran mucho. Les mentí para verlo y, lo que es peor, salí con él por más que supiera que Mateo buscaba algo más. No sé cómo explicarlo, pero el poco tiempo que compartimos me sentí distinta y descubrí que podía actuar de un modo desenfrenado. Eso me asustó.

—Quizás porque te diste cuenta de que hay una Isabel diferente y descubrirla te dé miedo.

—Creo que fue solo un momento de locura, no más que eso.

—Yo pienso que…

En ese instante y antes de que Gabrielle se lanzara a hablar, vio a alguien acercarse hacia ellas. Una tibia sonrisa asomó por el rostro de la joven. Isabel se centró en su

nueva amiga y desvió la mirada hacia el joven que se aproximaba hacia ellas mirando a Gabrielle desde que había ingresado al lugar.

—Pierre, acá estamos. —Levantó la mano para indicarle, de manera innecesaria, el lugar donde se encontraban.

El muchacho se acercó y saludó a ambas antes de ubicarse a la mesa.

—Creía que iba a desocuparme antes, pero se me complicó.

—Isabel, él es un amigo, y me había sugerido que te trajera aquí. Solemos venir cuando nos liberamos de nuestras obligaciones.

—Así es, yo trabajo en una librería que queda a pocas cuadras. Aunque no todo se trata de ocupaciones, ¿verdad?

Pierre estaba convencido de que el tiempo transcurrido era beneficioso en la relación con Gabrielle.

—La redacción en la que trabajo no está muy cerca, pero lo suficiente para que sea nuestro punto de encuentro.

—¿Qué te parece todo lo que has conocido hasta ahora?

—Pierre, no ha sido mucho —replicó sonriendo Gabrielle

—, pero le estamos sacando provecho desde que ha llegado.

—Puedo asegurarte que me he maravillado con todo lo que he visto.

—Me alegro de que así sea. Bebamos una copa por este reencuentro. —Le pidió al camarero para que trajera vino.

Pierre no perdía oportunidad de estar con Gabrielle y acompañarla en todo lo que hiciera o emprendiera. La conversación se amenizó con una serie de anécdotas que ambos contaban sobre los distintos

momentos desde que se habían conocido. Pierre atesoraba cada instante vivido con Gabrielle, y se le notaba cada vez que los mencionaba.

—Si les parece, el fin de semana podemos irnos a las afueras de la ciudad. Supongo que en bicicleta no van a llegar.

—Me encantaría.

—¿Gabrielle?

—Por supuesto. Esta semana, Orson no me tendrá a maltraer.

—Ya te lo he dicho: deberías cambiar de empleo.

—En algún momento lo pensé, pero ahora todo se ha encaminado.

—Ya has demostrado lo que vales en ese lugar. No hay nada que te ate allí, deberías replantearte dejar atrás Le Figaro y comenzar tu carrera en otro periódico. Cualquier otra publicación estaría deseosa de contarte en sus filas.

—Lo dices porque me quieres; aunque no sé si aún estoy preparada para hacerlo.

—Claro que te quiero, y creo que sí estás preparada para dejar atrás esa etapa en el diario.

Isabel supo que detrás de esas palabras y del pedido hecho, había mucho más. Todo aquello de lo que Gabrielle no deseaba hablar.

—Entonces brindemos por los nuevos horizontes —agregó Isabel para cambiar el rumbo de la conversación.

—Me sumo. Todo lo mejor está por venir.

Pierre dirigió su mirada y las últimas palabras a Gabrielle.

El último brindis antecedió a la despedida de ese encuentro.

La noche había caído y una cálida brisa soplaba cuando los jóvenes salieron del local para emprender el regreso a la casa.

—Me alegro de haberte conocido, Isabel. Gabrielle, pasaré por tu casa el sábado, si no nos vemos antes.

Los labios del joven rozaron los de Gabrielle y luego se perdió por las

callejuelas parisinas. Sin más ambas jóvenes emprendieron el regreso a casa. No bien llegaron, dejaron las bicicletas y se fueron hacia la cocina, un lugar que se había transformado en el predilecto de ambas.

—Esta noche te acepto un poco de chocolate.

—Es más rico y tentador que un vaso caliente de leche antes de dormir.

—Por supuesto; pasará a ser una nueva costumbre para mí.

—¿Cómo lo has pasado?

—Muy bien. Aunque no lo creas, voy a extrañar irme de aquí.

—Aún te quedan unos cuantos días acá.

—Sí, tendré que comunicarme con mis padres para decirles que todo va muy bien.

—Toma. —Depositó el tazón sobre la mesa.

—Pierre es un gran muchacho, ¿verdad?

—Lo es. Hace un tiempo que nos conocemos.

—Gabrielle, él está enamorado de ti —afirmó Isabel luego de dar un sorbo a la bebida.

—Yo…

—Lo intentas, pero no sé si eso será suficiente.

—Juro que me esfuerzo por sentir algo especial por él.

—Gabrielle, no sé si decirte algo que creo porque no quiero lastimarte.

—Me gusta que me hablen con la verdad.

—Yo creo que luchas más por olvidar al hombre al que amas que por enamorarte de Pierre. Y no sé si es justo para ti.

—Isabel, no puedo continuar esperando a Brandon. Por más que me haya jurado que siempre sabría de mí, yo no puedo continuar persiguiendo a un fantasma, porque en eso se ha convertido. Estoy convencida de que él ha comenzado a hacer su vida porque, si no, me habría buscado. Brandon tiene todas las posibilidades para

comunicarse conmigo.

—Quizás tema tu respuesta.

—Eso a él no lo amilanaría. No lo conoces; cuando algo se le pone en la cabeza, va por ello y no hay nada ni nadie que se interponga en el camino.

—Quizás el tiempo juegue a tu favor.

—Isabel, el tiempo se acabó para mí. No quiero, no puedo, ni debo continuar sufriendo por su ausencia. Ya no.

—Te entiendo. ¿Pierre lo sabe?

—Sí. Lucho por quererlo y por darme una oportunidad para comenzar una nueva historia con él.

—A pesar de Brandon.

—Sí, a pesar del amor que tengo por él. Sé que no volveré a sentir algo tan especial por nadie como lo que sentí y siento por él. Lo único que deseo es continuar con mi nueva vida, alejarme de los recuerdos de Brandon y acercarme a quien me quiere. Este es el único camino que veo para seguir viviendo.

—Te entiendo y creo que vale la pena intentarlo con Pierre, que te ama de verdad.

—Gracias, Isabel, por escucharme. Hace tiempo que no hablo de un modo tan sincero con alguien. Con mi madre no puedo hacerlo, a Pierre no quiero lastimarlo y en el diario no pretendo incomodarlos con el tema de Brandon, porque él también se ha hecho querer en el grupo de trabajo. Con Marie he hablado en algunas oportunidades, pero no sé qué es lo que le incomoda cuando le cuento sobre mi situación personal y menciono a Pierre.

—Cuando quieras hablar, siempre estaré para escucharte.

Isabel no necesitaba conocer en detalle la historia de Gabrielle, con lo poco que sabía bastaba para comprender que los esfuerzos de la joven no serían suficientes para olvidar.

—De Marie me has hablado en varias oportunidades y aún no la he conocido.

—Tienes razón, mañana pensaba que puedes pasar por el periódico y,

mientras yo voy al curso de fotografía, ustedes pueden salir de paseo.

—¿Ella querrá?

—Por supuesto, yo creo que a veces no se suma a nuestros programas porque es muy medida a la hora de salir, como si creyera que está de más.

—Entonces…

—Mañana la conocerás y estoy segura de que vas a preferir que sea ella tu guía en la ciudad.

El día siguiente había transcurrido en una vorágine de actividad y trabajo del que Gabrielle no había logrado desentenderse. Creía que concurrir al curso de fotografía le daría la tranquilidad que necesitaba en esa jornada; sin embargo, no había estado muy lúcida al escuchar las nuevas técnicas fotográficas que le acababan de enseñar.

Una vez que acabó la clase, aguardó en la puerta sin ver a Marie ni a Isabel por allí. Debió esperar casi media horas hasta verlas asomar por la esquina sin dejar de conversar ni reírse.

—Parece que se han entretenido bastante.

—Imposible no hacerlo con la conversación de Marie —

comentó Isabel.

—Conmigo eso está asegurado.

—¿Qué les parece si vamos a casa y preparamos algo para cenar?

—Adelante.

Gabrielle las observó y notó que la llegada de Isabel la había sorprendido, porque se había amoldado y había disfrutado cada momento con su grupo de amigos. Sin lugar a dudas, la joven Quevedo era una más de ellos.

*

El fin de semana las cálidas temperaturas los acompañaron; las jóvenes y Pierre habían aprovechado para visitar los distintos lugares que quedaban por conocer.

Todos habían formado un lindo grupo, a pesar de que Marie se hubiera excusado para no ir. Isabel se había negado a que Pierre incorporase un amigo en las visitas; no quería sumar mayor confusión a la que tenía entre su prometido y el italiano. El domingo, luego de una jornada que había comenzado temprano, ambas llegaron a la casa cansadas.

En el mismo instante en que ingresaron a la casa, Gabrielle vio algo que le llamó la atención. Recogió del piso un telegrama. Enseguida comprobó que no era para ella, sino para la invitada.

—Es para ti.

Isabel se asustó, ya que lo primero que pensó fue en sus padres, que tenían ese contacto, aunque se había comunicado con ellos pocos días atrás y todo se encontraba bien.

—¿Qué sucedió?

—Me informan que debo presentarme en la embajada lo antes posible.

—¿A qué se debe la modificación de la fecha?

—Según dice —mencionó al mover el escueto telegrama

—, hay cambios con el embajador y debo presentarme antes de que mi incorporación se dé de baja por una nueva gestión.

—Vamos, no te angusties.

—Es que no sé si todo saldrá cómo lo esperaba.

—Escucha, irás a cumplir con tu trabajo y, si no estás conforme con algo allí, sabes que puedes venir a verme o quedarte conmigo.

—Lo sé. No te imaginas lo que significa para mí, porque me siento muy sola.

—Isabel, no lo estás. Y quiero que entiendas algo.

—Dime.

—Si por alguna cuestión no te sientes conforme allí, no dudes en avisarme. Sabes dónde vivo y el lugar en el que trabajo.

—Gabrielle, me estás asustando.

—No lo digo para abrumarte, sino para que sepas que estaré aquí si lo necesitas.

—Gracias.

Ambas se fundieron en un fuerte abrazo. Hacía poco que se conocían; sin embargo, era más lo que las unía que lo que las distanciaba.

—Iré a mi cuarto a organizar mi maleta para viajar mañana mismo.

—Te acompañaré a la estación de tren.

—No puedes, debes cumplir con tu trabajo.

—Voy a acompañarte, no te dejaré sola. Mi jefe deberá entenderlo.

—Gracias —contestó Isabel con los ojos húmedos.

En la noche, ninguna de ellas había podido descansar. Los preparativos no habían sido tantos, pero las expectativas eran muchas. Ni siquiera el chocolate que habían bebido las había calmado. En las primeras horas de la mañana, ambas emprendieron el viaje hacia la estación del Norte, que se erigía con la construcción de piedra que la caracterizaba. Un importante reloj resaltaba en la fachada, junto a una serie de estatuas que decoraban el frente, en conmemoración a cada una de las ciudades a las que llegaba la compañía. Al ingresar la luz del día, se filtraba por las ventanas forjadas con hierro ubicadas en la parte alta de la construcción. El ir y venir del pasaje era constante. Algunos pasajeros arribaban a la Ciudad Luz munidos de sus maletas y eran recibidos con algarabía por quienes los aguardaban. Otros esperaban en los andenes respectivos hasta ingresar al convoy que los llevaría a diferentes destinos, y la ciudad de Berlín era uno de ellos.

—Gracias, Gabrielle, por todo lo que has hecho por mí.

—Te confieso que, cuando supe por mi madre que una joven se alojaría en la casa, dudé de que fuera una buena idea, pero debo reconocer que me equivoqué.

El vínculo que ambas habían generado había sido mejor de lo esperado.

—Despídeme de Pierre.

—Lo haré.

Isabel se sentía acongojada frente la despedida. Tenía las manos

aferradas a la maleta por el nerviosismo que le generaba lo desconocido.

—Sabes cómo comunicarte por cualquier eventualidad,

¿verdad?

—Así es. Supongo que trabajar en una embajada aminorará cualquier riesgo en la comunicación.

—Por supuesto, hazme saber cómo has llegado.

Sin más, Isabel subió a la formación y se ubicó en el asiento que tenía asignado. A su lado se había sentado una señora grande con un niño más pequeño. Esperaba tener un buen viaje hacia su nuevo destino. Una mezcla de desazón, tristeza, desconcierto y algo más que aún no lograba descifrar se fundía en su interior. Solo restaba aguardar que el tiempo borrara aquel malestar ante la expectativa de una nueva vida.

CAPÍTULO 6

En la distancia

A primera hora de la mañana, Isabel arribó a su nuevo destino. El convoy aminoró la marcha y el pasaje comenzó a tomar el equipaje para bajar una vez que la formación se detuviera. Ella hizo lo propio, en medio del tumulto de pasajeros que la circundaban. Se detuvo en el recibidor central a la espera de que alguien fuese a buscarla. Esas habían sido las indicaciones dadas. Volvió a observar el reloj que pendía de una de las columnas y constató que no habían pasado ni diez minutos desde que había llegado cuando escuchó que la llamaban.

—Señorita Quevedo, buenos días, disculpe la demora; he hecho lo posible para arribar a horario.

—No se preocupe. Imagino que deben estar con mucho trabajo. Desde ya le agradezco que hayan dispuesto venir a buscarme.

—Créame que es lo más seguro. Soy Santiago Mayol, empleado de la embajada. —Extendió la mano para saludarla.

—Un placer.

—Vamos.

Atravesaron la estación munidos con el equipaje hasta alcanzar el automóvil estacionado fuera. Una vez en camino, Isabel intentó contemplar por el cristal de la

ventana las grandes construcciones que se divisaban. Sin embargo, la conversación la distrajo y todo a su alrededor quedó a un lado.

—Ha llegado en el momento preciso.

—¿Por qué lo dice?

—Porque dudo de que lo hubiera podido hacer luego, ya que corren fuertes rumores de que nuestro embajador cambiaría de destino.

—Entonces…

Casi no había pisado tierra alemana; las noticias ya la estaban abrumando y todo parecía incierto.

—Es importante que se presente al cargo y que comience antes de que todo cambie y llegue un nuevo embajador.

—Disculpe mi pregunta, pero ¿hay un motivo de peso para que haya un cambio de autoridad?

—Señorita Quevedo, sepa que, en este tipo de decisiones, siempre hay cuestiones políticas detrás, aunque no hablaré sobre algo que no me compete.

—Por supuesto; sucede que todo esto es nuevo para mí.

—Comprendo, por ese motivo le informo lo que sé. —

Guardaba el resto de la información que tenía; no pensaba compartirla con una novata—. Entiendo también que usted, al estar fuera de aquí, desconoce lo que sucede.

—Así es, he estado unos días en París y allí recibí el aviso de presentarme lo antes posible.

—Tendrá que ponerse a tiro con todo. Muchas personas reclaman la atención de la Embajada. Deberá estar atenta a todo lo que sucede.

—He venido a eso.

—Este trabajo no solo se trata de contar con una buena disposición en la labor que tiene asignada, sino también de ser efectiva en lo que haga.

—Así es, y lo verá cuando comience a trabajar.

—Señorita Quevedo, en el ambiente diplomático circula una máxima que creo que podrá ayudarla: “La diplomacia es el arte de administrar los silencios”. Cúmplala y me agradecerá más adelante, puedo asegurarle.

—Gracias.

—Algo más, estoy sin tiempo para llevarla al apartamento que le adjudicaron.

—No hay problema. Supongo que alguien me podrá indicar dónde queda.

—Por lo que sé, es un apartamento a pocas cuadras de la embajada. Luego alguien le mostrará bien cómo llegar. Creo que es conveniente que conozca algunas de las tareas que va a cubrir, antes de que se instale en su nueva casa.

—Por supuesto.

En el trayecto hasta llegar al distrito de Tiergarten, lugar donde se erigía la embajada, Isabel no dejó de considerar el ritmo vertiginoso que había tomado su vida desde que había arribado a la estación de París con destino a Berlín. Se detuvo al contemplar la construcción frente a la que se había detenido el vehículo. El impacto que le produjo se condecía con el torbellino de interrogantes que se le agolpaban en la cabeza sin obtener respuestas.

—Hemos llegado.

Mayol ingresó por la puerta principal y le indicó a un joven que llevara el equipaje; Isabel lo siguió.

—No se preocupe por la maleta, quedará en custodia de la seguridad hasta tanto usted se vaya al apartamento.

Ella asintió sin dejar de observar todo cuanto había alrededor. El personal se movía de manera sigilosa de un lado al otro. En el fondo del edificio, se encontraba una amplia escalera y hasta allí se dirigieron para alcanzar el piso en que ella debería desempeñar las funciones.

—Acá la dejo con Úrsula; ella le explicará todo lo que deba saber.

—Muchas gracias.

Le fueron presentando a algunas de las personas con las trabajaría. Un rápido saludo fue suficiente en aquel lugar que le era ajeno. Conoció el despacho que compartiría con otro funcionario de la institución, pero que no se encontraba en el lugar. Quizás los nervios que se le habían apoderado del cuerpo desde el mismo instante en que había recibido la noticia de que debía apersonarse lo antes posible allí, o el cansancio acumulado en las últimas horas, fueran la razón de que tuviera la mente abotargada, sin la lucidez habitual.

Estaba claro que lo único que necesitaba era una cama para dormir y esperar que a la mañana siguiente estuviera bien espabilada. En ese instante, ingresó la empleada que le había dado las instrucciones de qué hacer y cómo conducirse allí dentro.

—Mañana podrás completar el resto de la información que necesites. De momento no hay mucho más. Creo que será mejor que te ubiques en el apartamento y estés lista para comenzar una nueva jornada a primera hora de mañana.

—Muchas gracias, me vendría bien descansar un poco.

—Esta es la dirección. No estamos con el personal suficiente para que te acompañe, pero está a solo dos cuadras de aquí. Te vas a encontrar con todo lo que necesites y, si requieres algo más, yo vivo dos pisos debajo del tuyo.

—Qué alegría me da saber que puedo contar con alguien en mi nueva casa.

—Todo irá muy bien. Ahora, si me disculpas, mi jornada aún no ha finalizado.

—Por supuesto, no quiero interrumpirte más, y vuelvo a agradecerte.

Sin mayor rodeo, Úrsula la dejó allí con la palabra en la boca mientras continuaba con la actividad del día.

*

Poco faltaba para el inicio del otoño; los árboles perderían el follaje y el viento arrasaría las hojas diseminadas por doquier. París se cubriría de un ocre otoñal y las bajas temperaturas se instalarían para dar lugar a un crudo invierno. No obstante, Gabrielle no dejaba de aprovechar los trayectos en bicicleta para viajar hasta su trabajo. Ya vendría el tiempo en que ni con toda la ropa de abrigo haría frente a las nevadas que le impedirían conducirse en bicicleta. Aquel día, no bien ingresó a Le Figaro, el deambular del personal era mayor que el resto de las jornadas; la noticia era el eje del ritmo diario. Se apresuró hasta alcanzar el escritorio donde tenía una serie de papeles diseminados que había dejado la tarde pasada.

Cuando apoyó la cartera sobre la silla, giró para hablar con su querida amiga que trabajaba en la mesa contigua.

—Marie, ¿qué sucede?

—Es todo muy confuso, pero según he escuchado han tomado una radio de Gleiwitz, en la zona alta de Silesia.

Un frío helado se deslizó por la espalda de Gabrielle, porque esa zona alemana estaba cercana a la frontera polaca, territorio que los alemanes buscaban anexar.

—¿Quién?

—Parece que un grupo de saboteadores tomaron la emisora y lanzaron mensajes patrióticos y violentas proclamas en contra del Führer y el Tercer Reich.

Aparentemente, ha sido un nacionalista polaco quien encabezó este acto.

—¿Lo han detenido?

—No, lo encontraron muerto en la puerta de la emisora con un tiro en la cabeza.

—¿Qué dice Orson?

—Está reunido con la plana mayor, lo que marca la gravedad de lo que está sucediendo.

—Si en verdad es eso lo que ocurre…

—Nunca se sabe. Roguemos que solo sea la obra de un loco que busca notoriedad en una emisora radial y que las autoridades logren dar claridad al hecho cuanto antes.

—Ojalá así sea.

Ese día marcó el inicio de una serie de jornadas enloquecedoras en el diario, ya que los cables no dejaban de llegar y las elucubraciones sobre el hecho iban cambiando hacia una realidad muy oscura y distante de lo que se había informado al inicio. Hasta el momento se había podido determinar que el aparente mentor de la toma radial había sido obligado para actuar de ese modo. Es más, se pudo determinar que aquellos alborotadores pertenecían a la SS, fuerza de seguridad del Tercer Reich, y que habían pergeñado semejante acto para cubrir la perfecta excusa de Hitler para invadir y atacar Polonia, suceso que aconteció poco después.

A partir de la invasión, todo cambió. Esa ocupación respondía a los fuertes deseos de poder y conquista que tenía el Führer, y nadie podía desconocerlos. En los últimos dos años, había anexado a Austria y a Checoslovaquia, sin alguna intervención por parte del resto de los países europeos, debido a los acuerdos pactados oportunamente.

Ninguna nación quería enfrentarse al poderío alemán. En ese sentido, Hitler estaba convencido de que franceses e ingleses no se

entrometerían en los planes de conquista que aún tenía y no responderían al avance en tierras polacas.

Las fuerzas alemanas atacaron la frontera polaca aplicando el Blitzkrieg. Esa técnica de ataque masivo –por aire como por tierra con tanques, vehículos blindados y artillería–

había dado sus frutos. Fue así como continuaron hacia

Varsovia en un embate certero y efectivo. El Führer estaba seguro del triunfo alemán, también de que los otros países se mantendrían al margen de su actitud bélica. Poco después, supo que estaba equivocado, ya que la injerencia de Gran Bretaña y de Francia no se hizo esperar. Al poco tiempo, ambos países le declaraban la guerra a Alemania.

En las primeras planas de los periódicos se daba anuncio de la contienda bélica.

Gabrielle mantenía en las manos temblorosas el ejemplar de Le Figaro, cuyo título principal, escrito por Maurois, afirmaba: “La invasión a Polonia motiva la segunda guerra”.

Ya no había marcha atrás para todo lo que se avecinaba.

El pueblo no podía creer que el eco de la Gran Guerra acaecida tiempo atrás regresara, para reverberar esta vez con mayor virulencia. El recuerdo de aquellos hombres que habían estado en el frente se veía reflejado en sus hijos, que buscaban emularlos. Miles de ellos habían perecido en combate y ahora sus descendientes buscarían cargar las armas para defender a la patria y a los suyos.

La imagen de París había cambiado de una manera drástica. Los hombres se alistaban para estar en el frente del combate. Las estaciones de trenes se poblaron con familias enteras que enviaban a sus niños a lugares seguros, mientras los hombres partían sin saber cuándo volverían a reencontrarse con los suyos. Las despedidas y los llantos desgarradores por lo que podría venir acallaban el sonido de las formaciones que estaban a punto de salir.

Toda la población estaba movilizaba. Cada uno buscaba luchar desde el lugar que pudiese. Las mujeres que habían sabido ser cabezas de familia cuando sus hombres las habían abandonado para ir a combatir en la Gran Guerra ahora ingresaban en actividades que quedarían vacantes ante la ausencia de los hombres que estarían en el frente.

Nadie se aventuraba a decir cuánto duraría esta guerra, y menos aún el efecto devastador que podría tener. Solo el tiempo sería testigo de lo que fuera a suceder.

*

Esa noche, luego de recibir las noticias nada esperanzadoras, Gabrielle decidió irse a dormir, aunque estaba segura de que con la conmoción que tenía le sería muy difícil. Sabía que sus padres habían llegado bien a su nuevo destino, los Estados Unidos. Les había llevado tiempo y dinero planificar ese viaje, y en ese momento estarían lamentándose de haberlo hecho. La cabeza no dejaba de darle vueltas sin llegar a ninguna conclusión certera. Se apoyó en el alféizar de la ventana con un tazón de chocolate entre las manos. Estaba convencida de que ni todo el chocolate del mundo le brindaría la tranquilidad que necesitaba para descansar. En la oscuridad de la noche, centellearon los faros de un automóvil. Se mantuvo alerta para ver quién sería. No bien vio asomar una figura alta y delgada que fijaba los ojos hacia su casa, supo que era Pierre quien iba a visitarla a esa hora de la noche. Enfiló rauda hacia la salida para recibirlo.

Apenas le abrió la puerta, se lanzó en los brazos del joven. Esperaba esa visita y suponía el motivo. En los últimos días, cada cual tomaba decisiones en función de los hechos acaecidos. Y estaba convencida de que Pierre no sería la excepción.

—Vengo a despedirme.

Un frío le corrió por la espalda, porque no sabía si era lo mejor para el joven.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana a primera hora debo presentarme.

—Pierre…

—No, Gabrielle, aunque te cueste creerlo, es la primera vez que mi vida tiene un sentido.

—¿Qué dices?

—Siempre estuve bajo el ala familiar y el trabajo que he tenido hasta ahora también lo ha estado. Nada me motivaba demasiado, salvo estar

contigo. Y sabes que te lo digo no porque venga a despedirme, sino que ha sido de este modo desde que te he conocido. Ahora sé que puedo hacer algo por mí mismo y me da orgullo ir a la guerra. Es más —replicó con los ojos húmedos—, es la única vez que he visto una mirada de orgullo de mi padre y no te imaginas lo que significó eso para mí.

—Puedo entenderte, pero me duele no saber de ti.

—Claro que sabrás de mí. Habrá cartas en las que te contaré cómo va todo.

—Yo…

—Solo te pido que me esperes, porque volveré.

—Claro que sí.

—Debes cuidarte, quizás deberías dejar el trabajo que haces.

Gabrielle vio la sincera preocupación en el rostro del joven y no pensaba cargarlo con mayor intranquilidad. Le dolía verlo así, pero entendía la importancia que tenía el paso que él daría. Ella iba a apoyarlo más allá del dolor que le causaría saberlo en el frente. Las despedidas se habían transformado en una constante rutina en la vida de Gabrielle, y ver cómo los hogares se desmembraban era algo de todos los días. El joven estuvo expectante ante el silencio de la dueña de casa.

—No me prometiste que lo harías.

—Sabes que nunca te he mentido, y que esta vez no será la oportunidad de que lo haga. Abandonar el periódico es lo último que tengo pensado.

—Confío en ti y sé que estos momentos son muy difíciles.

A pesar de estar lejos, voy a pensar en ti en todo momento.

—Yo también. Prométeme que te cuidarás.

—Lo haré tanto como tú.

El abrazo que se dieron hablaba del sentimiento que se tenían, aunque todavía no estuviese equiparado para ambos. Gabrielle se estaba apoyando en el joven para encontrarle un nuevo sentido a su vida y encarrilarla. Para Pierre, ese era un momento fundamental, ya que

había obtenido el reconocimiento paterno, algo que había perseguido desde siempre. La joven lo apoyaría, a pesar del dolor de esa despedida, no estaba segura de que él estuviese listo para semejante desafío, aunque nadie lo estaba para lo que vendría.

—No quiero despedirme, pero no puedo quedarme más tiempo, porque mi padre quiere estar conmigo —dijo Pierre con la mirada húmeda al girar la cabeza hacia el vehículo que estaba estacionado a la vera de la calle.

—Está bien, ve con él.

—No te imaginas lo que significa para mí que me diga que desea hablar conmigo para darme algunos consejos.

Eso lo he esperado por mucho tiempo. Desde que supo mi decisión, no ha dejado de acompañarme a donde vaya, parece que no quiere dejar pasar el poco tiempo que podamos compartir.

—Entonces, no lo hagas esperar.

Sin más y con un nudo en el pecho, Gabrielle lo vio alejarse sin voltearse; sabía que, si lo hacía, la encontraría con el rostro bañado en lágrimas. No entendía por qué en su vida siempre debía entender el alejamiento de las personas que quería bajo distintos pretextos. Nunca había sido ella la protagonista de la distancia impuesta por los otros.

Con el cambio de los sucesos bélicos, ya nadie podía quedar indiferente; cada uno buscaba encontrar su lugar para combatir desde donde fuera. Gabrielle había encontrado el momento, aunque nunca creía que fuera el oportuno, para tomarse un minuto y hablar con el jefe.

Marie lo había intentado días pasados sin demasiado éxito.

Los golpes a la puerta del despacho no hicieron mella en Orson que, al ver por el vidrio la presencia de la joven, continuó como si nada. Gabrielle volvió a insistir y observó cómo el jefe de redacción salía eyectado del sillón para enfilar hacia la puerta.

—¿Es necesario que le advierta que estoy ocupado? Por el tiempo que hace que está aquí, ya debería saberlo.

—Debo hablar con usted.

—Pero yo no tengo tiempo, estoy con cuestiones importantes.

—Lo que tengo para decirle también lo es.

—Pero mire, mademoiselle, que será presumida.

El hombre dejó la puerta entornada para que la joven entrara. Ni siquiera la invitó a sentarse. Se encontraba inmerso en una serie de artículos que debían salir; él debía constatar que se publicaran en perfecto estado. Una noticia dada en malos términos o fuera de contexto podría acarrear un gran problema, y nadie buscaba agregar alguno más de los que había.

—Tiene cinco minutos para decirme eso tan importante que la motivó a interrumpirme.

—Gracias, monsieur Orson.

—Cuando empezó a trabajar aquí, me agradeció que tomase en cuenta su artículo. Yo le contesté que no me agradeciera porque era solo el comienzo. La aptitud para el trabajo hace que esté aquí, aunque también una cuota de

paciencia, al menos de mi parte para con usted. —Desvió la mirada hacia el reloj de pulsera—. Perdió ya unos tres minutos de los que le di.

—Quiero cubrir esta guerra como reportera y fotógrafa.

Una carcajada sonora emergió de la garganta de Orson e interrumpió el constante sonido de las máquinas de escribir que trabajan sin pausa.

—Debo reconocerle que por las mañanas tiene sentido de humor, y en un día como el de hoy se agradece.

Esa reacción estaba dentro de las tantas esperadas por la muchacha. Por ese motivo, continuó con su alocución como si el jefe estuviera atento e interesado en sus dichos.

—Cuento con el curso de fotografía que hice durante este tiempo en un instituto importante de París. Además, tengo una de las mejores máquinas de fotografía para hacer bien el trabajo.

—Eso ya lo sé o se olvida de quién…

—Por supuesto que lo recordaré por siempre, y quiero ser útil haciendo lo que sé.

A pesar de haber transcurrido meses desde su cumpleaños, Gabrielle

no podía olvidarse del regalo de Orson, un gesto que la había sorprendido.

—¿Usted tiene idea de lo que me está pidiendo?

—Quizás ahora le resulte extraño mi pedido, pero muy pronto los fotógrafos idóneos ingresarán a las filas de las fuerzas y quedará menos personal para hacer ese trabajo.

—¿Usted qué sabe de eso? —replicó son sorna.

—Sé también que a los fotógrafos que queden se los alistará para estar detrás de las líneas enemigas, y desde allí hacer el trabajo. Yo podría ser parte de alguna compañía militar. No seremos nosotros quienes estaremos en el foco del conflicto. Seremos ni más ni menos que los ojos de la guerra. Creo que puedo formar parte del entrenamiento que se da a quienes vayan al frente.

—¿Usted cree que me voy a arriesgar a que usted forme parte de eso?

—El riesgo está en todos lados con una guerra desatada.

Hay algo más.

—Le queda solo un minuto.

—Podemos acompañar la campaña de esta guerra desacreditando un poco la propaganda alemana.

—¿A qué se refiere?

—Las fotografías publicadas sobre algunos militares ingleses marchando en la plaza de la República han sido importantes, y han ido en desmedro de la propaganda alemana que se esfuerza por desairar la unión franco-inglesa.

Esa fotografía había sido importante, al menos para combatir el indestructible frente alemán desde los medios, porque el de batalla era otra cosa: la vida y la muerte se desgranaban a cada instante.

La mente de Orson miraba como en un prisma las diferentes aristas de aquella propuesta. Y había algunas que deberían quedar ocultas en su cabeza, porque suponía que develarlas le traería algunos problemas. Entendía que la joven tenía razón al menos en una sola cuestión. Con la guerra declarada ya nada era igual y todo estaba permitido.

Cada quien debía sacar provecho de lo que convenía, y él haría lo

propio.

—No está fácil conseguir la acreditación; es mujer.

—Lo sé, pero quizás logre facilitar todo una vez que esté en el curso de entrenamiento.

—No sé si cuenta con alguna otra preparación que no sea la fotografía.

—Monsieu Orson, puedo asegurarle que me arreglaré del mejor modo, tampoco creo que sea apropiado decirle que he hecho algunas prácticas de tiro con mi padre en la campiña. Mire, si recibe alguna queja o cometo algún error,

me lo harán saber de inmediato y no van a dudar en ponerse en contacto con usted. Además de mi posible falta o error, soy mujer, ¿verdad? De eso no me olvido.

Orson contempló a esa joven que hacía más de dos años había ingresado a la editorial. ¿Dónde había quedado aquella tímida e inexperta muchacha de la que él buscaba deshacerse cuando la vio trabajar? De lo único de lo que no se podía dudar era de los fuertes deseos que tenía para abrirse camino en el mundo editorial, aunque eso solo, según su parecer, no bastaba. Alguien le había hablado sobre la aptitud de ella y le había pedido que le tuviera algo de paciencia, aunque ese no fuera uno de sus atributos. Sin embargo, debía reconocer que el tiempo había jugado a favor de la joven. No podía negar que Gabrielle tenía agallas y las estaba mostrando en el momento justo.

—Está bien, deje que arregle algunas cuestiones y, en cuanto tenga toda la información, me pondré en contacto con usted. Lo único que le pido es que esté disponible para cuando deba solicitar sus nuevos servicios.

—Así será. —Se detuvo frente a la puerta entornada antes de salir del despacho—. Monsieu Orson, espero no haberle restado mucho tiempo.

—Salga de aquí ya y ni se le ocurra golpear la puerta al irse.

Enfiló hacia el escritorio con una amplia sonrisa dibujada en el rostro al tiempo que su mirada se cruzaba con la de Marie.

—Lo lograste.

—Sí, no fue fácil, pero creo que no tuvo demasiada alternativa.

Además, siempre tendrá tiempo de sacarme de allí si se entera de que mi desempeño no es bueno.

—Eso no sucederá. Lo sabes.

—Me tienes confianza.

—Yo no podría estar en tu lugar, por eso no me planteo seguirte.

—Pero estarás aquí, contando lo que acontece.

—No lo sé, mejor dicho, lo he estado pensando y no estoy convencida de continuar aquí.

—¿Qué es lo que tienes en mente?

—Me desespera lo que está sucediendo en el frente, y creo que ayudaré más si me sumo a la Cruz Roja. Sabes que mi hermano se alistó en el ejército, como en su momento lo hizo nuestro padre, que ya no está

.

—Lo sé.

Ambas habían hablado en algún momento sobre las consecuencias de la Gran Guerra. Marie le había confesado el sufrimiento de crecer sin un padre, ya que ella tenía unos pocos meses de vida cuando unas cuantas balas lo acribillaron sin darle siquiera la posibilidad de una lenta agonía. Por su lado, Gabrielle le había confesado la herida de guerra que a su padre lo había mantenido meses en recuperación en el hospital Buffon, bajo la asistencia de su madre, Annette. Esa historia de amor podía resultar romántica y atractiva para quien la escuchase sin saber sobre lo acaecido tiempo después con esa unión. Claro que lo más doloroso de aquella guerra y que la afectaba profundamente no se lo había confesado a Marie. Si bien habían existido momentos en los que ella flaqueaba y deseaba abrirse y confesarle a su compañera lo sucedido, entendía que no era solo su historia, sino también la de Brandon. No quería que se viese involucrado más de lo que estaba, porque el descrédito de la familia Dubois sería inmediato. Solo por él, Gabrielle no detallaba lo sucedido ni el motivo de la separación.

—Marie, ese será un gran aporte.

—Eso espero. Mañana me tocará hablarlo con Orson porque, cuando lo intenté, días pasados, no pude hacerlo. Él no estaba de humor y me

echó sin más.

—Orson nunca está de humor, pero no te preocupes, que conmigo saldó la cuota de mal genio.

Ambas continuaron trabajando con un sabor diferente ante los aires de cambio que muy pronto las envolvería. La tarde caía cuando ambas salieron a la calle; el otoño se hacía sentir en las calles de la ciudad.

—¿Qué me dices si vamos al café más cercano y tomamos algo fuerte?

—Tienes razón, además…

—Además, no sabemos cuándo volveremos a hacerlo,

¿verdad?

—Eso mismo iba a decirte.

Una vez que ambas se adentraron por Saint Germain-dés-Prés, enfilaron hacia Les Deux Magots, un lugar con cierta familiaridad para las jóvenes.

—Ayer por la noche estuvo Pierre en mi casa.

Ese local le recordaba a él y las largas conversaciones que habían mantenido durante este último tiempo. Ir hasta allí era un modo de recordarlo.

—¿Fue a despedirse?

—Sí.

—Lo siento, no debe haber sido fácil para él alejarse de ti.

Nadie que estuviera cerca de ambos podría negar el verdadero amor que por ti siente.

—Durante mucho tiempo, eso me hizo sentir culpable, lo sabes.

Marie había sido testigo silenciosa de varios de los encuentros entre ambos. Ansiaba que alguien sintiera por ella lo que Pierre parecía sentir por su querida amiga. Por momentos llegó a cuestionarla, porque no comprendía cómo Gabrielle podía hacer sufrir al joven por el que Marie sentía

una fuerte corriente de afecto. Eso hizo que, en varias oportunidades,

ella desestimara las invitaciones que Gabrielle le hacía para que la acompañase con Pierre; detestaba ser la cómplice de los escarceos fallidos de su amiga.

—Sí, aunque…

—Gracias —dijo Gabrielle cuando el mesero depositó las infusiones en la mesa—. Perdón, ¿qué me estabas diciendo?

—Nada de importancia —replicó Marie al beber el humeante café.

—Parece que últimamente estoy destinada a despedir a las personas que quiero. No solo me refiero a Pierre, Isabel también ha debido irse y aún no se ha comunicado conmigo.

—Sabes tanto como yo que las comunicaciones allá no deben ser fáciles. Todo está complicado, además debe estar instalándose y eso le va a llevar tiempo.

—No me causó mucha gracia cuando supe que vendría, pero todo cambió al verla. El poco tiempo que estuvo en casa supo ser una buena compañía; se transformó en alguien valioso.

—A mí me sucedió lo mismo. En este momento no queda otra que mantener todos nuestros afectos a la distancia; sabes que esto se repite a diario.

—Tienes razón; lo mismo sucederá con nosotras.

—Puedo asegurarte que nosotras, del modo que sea, estaremos en contacto.

—Claro que sí.

Ambas continuaron hablando mientras las luces del día se apagaban y comenzaban a refulgir las farolas en las esquinas de las calles de la ciudad, más desiertas a esa hora del día.

Quizás había sido el fuerte deseo de Gabrielle de que la comunicación que aguardaba llegase, pero aquella mañana no bien se presentó en el periódico, el jefe la llamó a su despacho. Sabía que lo había logrado. Aunque el rostro de Orson no era muy elocuente, la invitó a sentarse.

—Gabrielle, sé de su dedicación y en este tiempo la ha demostrado. No puedo negar que tiene un gran potencial.

En ese preciso instante de ponderación sobre los logros que había

obtenido, la joven supo que algo no estaba bien.

—Tampoco escapa a usted que gran parte de los fotoperiodistas son asimilados a la milicia. Eso favorece la tarea no solo de ellos, sino también de los militares y de los medios periodísticos. Cubrir entre las filas no es fácil y uno debe estar preparado para hacerlo.

—¿Entonces?

—Si lo que busca es cumplir esa función, debo decirle que aquí no será. No puedo garantizarle ese trabajo ni tampoco asumir ese riesgo, más allá de que usted crea que es competente. Yo le recomiendo que piense bien su futuro, porque aquí lo tiene en la actividad que desarrolla.

—Pensé que iba a cambiar de opinión; ayer cuando vine a hablarle, creí que me daría una oportunidad.

—Nunca le dije que le abriría esa puerta, pero sí le garanticé que lo pensaría, y es lo que hice. Soy profesional y sé cuándo debo tomar un riesgo, y no será con esta nueva actividad que usted quiere emprender.

—Muchas gracias por su franqueza.

Sin lugar a dudas había habido un cambio en el temperamento de Orson, y la joven no sabía a qué adjudicarlo. Aunque, si se detenía a pensar lo que le decía, comprendía que contaba con una cuota de sensatez, algo de lo que ella carecía en ese momento.

—No me agradezca por eso, sé por qué se lo digo.

Un silencio incómodo sobrevoló el despacho y la joven comprendió que había llegado el momento de retirarse de allí.

—Quiero que sepa que tiene las puertas abiertas para trabajar aquí si quiere hacer lo que ha estado haciendo hasta el momento.

—Lo tendré en cuenta.

Gabrielle alcanzó la puerta para retirarse de allí de modo definitivo, pero se detuvo cuando el jefe la llamó. Orson no creía que llegaría el momento de hacerlo, pero sacó una tarjeta que había en el cajón de su escritorio para entregársela.

—Aquí tiene. Es una agencia en la que puede conseguir el trabajo que

busca. Es independiente y no está detrás de los grandes medios. Me parece una buena opción, a no ser que recapacite y sepa que su lugar está aquí. Si es así, la espero mañana para cumplir con la tarea de siempre.

—Gracias. —Gabrielle tomó la tarjeta que quien había sido su jefe hasta ese momento le entregaba—. Es bueno saber que tengo un lugar donde regresar si las cosas no salen como deseo.

—Estamos en tiempos en que nada sale como uno lo espera y, Gabrielle, deberá tener en cuenta esto último que le dije. Le deseo suerte, aunque supongo que volveremos a vernos en cualquier otra oportunidad.

—Así será.

Tras cerrar la puerta, Gabrielle se percató de que acababa de sellar una nueva etapa en su corta vida. Ansiaba que la nueva puerta que se abriera le diera la satisfacción de hacer lo que en realidad deseaba.

*

Gabrielle se levantó a primera hora del día envuelta en la ilusión que significaba comenzar una nueva etapa en su trabajo. Luego de haber mantenido la conversación con Orson, entendía que nada sería fácil, pero no dejaría de intentarlo. Dirigirse hacia la nueva dirección que tenía en ese escueto papel era su primera opción. Se vistió con una falda verde y un abrigo beige, se colocó uno de los sombreros que pendían de un perchero próximo a la puerta de salida. Con la vestimenta esperaba causar una buena impresión, ya que, en el planteo que pensaba hacer, ser mujer no era algo que le jugase a su favor. Desconocía a lo que iba a enfrentarse y eso le daba más energía. Sin desearlo, parecía haber regresado a aquel día en que con expectación, nervios y algarabía había ingresado al periódico.

—Mademoiselle, ¿en qué puedo ayudarla? —Salió a abrirle una empleada.

—He venido a buscar trabajo.

—No tiene cita, ¿verdad?

—No.

—No creo que hoy la puedan atender.

—Le pido que me haga un hueco en la agenda; necesito trabajar.

Un gesto de duda se reflejó en la joven empleada, que no sabía muy bien qué hacer.

—Por favor, vengo recomendada por…

La empleada no la dejó continuar y le abrió paso para que entrara. Gabrielle se quedó aguardando en una pequeña sala con algunas sillas que rodeaban una mesa; sobre ella, había una cantidad importante de revistas con unas magníficas ilustraciones. Notó que las paredes estaban tapizadas con una serie de fotografías en sepia en las que se destacaban unas imágenes pocas veces vistas. Sin dudas, el trabajo que se llevaba a cabo en esa agencia era

de gran calidad. Se levantó para contemplar una en particular. Le llamó la atención no solo la imagen, sino la austeridad de esa foto: un anciano deambulando con su ropa raída por los alrededores del Sena. Sin dudas, habían capturado el alma del retratado. Un solo segundo era lo que se tenía para enfocar y dar con la toma justa, si se quería contar algo más con la fotografía, y quien la había hecho había logrado darle vida.

De a poco comenzó a notar el movimiento de los empleados que asomaban por una puerta y se dirigían hacia otra sala. Otros salían de allí no sin antes despedirse del resto. Parecía a simple vista que el clima era distendido, a pesar del trabajo. La cantidad de revistas que había visto y que había apilado a un lado de la mesa marcaba el tiempo trascurrido en la misma silla de la sala.

—Le dije que era un día complicado, pero logré que mi jefe la vea.

—Muchas gracias.

—Acompáñeme.

Atravesó la sala para adentrarse por un pasillo que daba a varias puertas, y enfiló hacia una de ellas.

—Adelante, monsieur Bernard la espera.

Se encontró con un hombre sentado detrás del escritorio.

Su aspecto no condecía con lo que ella se imaginaba.

—Mademoiselle Gabrielle Durand.

—Buenos días. Le agradezco que me atienda sin cita previa.

—No me lo agradezca, pero no crea que en este momento puedo hacer mucho por usted.

—¿Por qué lo dice?

—No estamos tomando personal, estamos muy complicados y no debo explicarle el motivo. Por más que tenga la buena voluntad de hacer algo por usted, ya

contamos con asistentes que trabajan aquí. Los cargos están cubiertos.

—Lo noté, pero no ese el puesto que busco.

—¿Ah, no?

—He trabajado como periodista en otro periódico importante de la ciudad. —No quiso mencionar cuál para evitar jactarse y causar una peor impresión—. Lo que busco es trabajar como fotoperiodista. En estos últimos dos años me he especializado en fotografía. Creo que llegó el momento oportuno de poner en práctica lo que aprendí.

Bernard no dejaba de contemplar a la joven. El cabello oscuro le caía sobre los hombros y se contraponía con la tez blanca en la que destellaban un par de ojos vivaces de tonalidad miel con vetas verdes. Aunque lo más llamativo de la belleza que poseía era la pasión que ponía al hablar de lo que en verdad deseaba.

—Entiendo que tengo pocas posibilidades para el puesto, pero solo le estoy pidiendo que me dé una chance de demostrarle que soy buena en lo que hago. Si nota que no soy lo que busca, me iré de inmediato.

Bernard se inclinó en el respaldo del sillón, parecía estar reflexionando sobre los dichos de la joven. Siempre había habido una primera vez y, en ese instante, recordó la suya.

Dejó de darle vueltas al asunto porque hacía minutos que había tomado la decisión correcta sobre el destino de la joven que estaba sentada frente a él.

—Bienvenida a la agencia.

—¡Oh! —exclamó en un ahogo—. Puedo asegurarle que haré que no se arrepienta de haberme dado el trabajo.

—Eso espero, aunque primero debemos ver cómo se maneja con la cámara y, si demuestra las aptitudes que dice tener, la enviaremos donde sea necesario. De momento, vaya a ver a mi asistente, que deberá llenar el papeleo para comenzar.

—Por supuesto.

—Bien. Cuando finalice, ella le dirá qué hacer.

Tras el chasquido de la puerta al cerrarse, Bernard negó con la cabeza y volvió a centrarse en unas imágenes que acababan de aterrizar en su mesa de trabajo. No era común que se salteara las reglas y acababa de hacerlo con la joven a la que le había ofrecido el puesto. En la agencia habían acordado que no sumarían mayor personal al que tenían; esperaba que la joven demostrase que valía la pena sin que su pellejo se viera comprometido.

CAPÍTULO 7

Ayúdame a dejarte

Los días transcurrían en medio de una vorágine difícil de explicar. Cada jornada que pasaba había nuevas noticias sobre el conflicto bélico que se estaba desatando, ya que, con el paso del tiempo, el resto de Europa se sumaba a la contienda y quedaban delimitadas las potencias que estaban a favor del Eje y las que apoyaban a los Aliados. Sin lugar a dudas, la vida de todos había cambiado, y la de Gabrielle no era la excepción. Su rutina se había modificado; el trabajo la absorbía. Hasta ese momento, había estado ocupada en la agencia en una serie de pedidos de fotografías y parte de las horas las pasaba en el cuarto de revelado. Debía aguardar el momento indicado para volver a hablar e insistir en el pedido hecho anteriormente.

Esa mañana había llegado a primera hora y acababa de finalizar su tarea cuando la asistente de Bernard le avisó que él la esperaba en otro despacho. Sin más, enfiló hacia allí, según las indicaciones. En el camino se cruzó con algunos compañeros de trabajo que, a pesar de las circunstancias que se vivían, se conducían en un ambiente afable y de cordialidad, necesario para que el trabajo saliera del mejor modo. El tenue murmullo que traspasaba la puerta del despacho del fondo, cercano al del jefe, era notable. Las veces que había mantenido reuniones con Bernard, había notado que esa puerta permanecía cerrada

como lo estaba en ese preciso momento. Ese susurro se fue incrementando a medida que ella se acercaba. Si no hubiera sido

porque se adelantó para no hacer esperar a su jefe, hubiese jurado que dentro se estaba librando una discusión.

—Te dije que deberíamos mantenernos cómo estábamos.

No podemos darnos el lujo de incorporar más personal. No es eso lo que acordamos cuando me fui.

—Ya lo sé; no debes repetirme lo que me has dicho hace tiempo.

—Entonces deberás resolverlo cuanto antes.

—No antes de que veas que ha valido la pena la decisión tomada.

Tras dar unos tímidos golpes a la puerta, Gabrielle aguardó ser llamada. No quería resultar entrometida.

—Adelante —dijo Bernard—. Ya verás —replicó a su interlocutor.

Gabrielle avanzó unos pocos pasos dentro de la oficina cuando un par de ojos grises se clavaron sobre ella. Y una vez más, como lo había hecho durante el tiempo que habían estado juntos, esa mirada volvía a desnudarla. La joven creyó que el cansancio podía jugarle una mala pasada y que los fuertes deseos por saber de él la habían hecho caer en una ensoñación de la que muy pronto se despertaría. Sin embargo, a medida que los segundos pasaban, se dio cuenta de que no era un sueño: el intenso anhelo de saber de él se hacía realidad.

—Gabrielle, no se ponga así. Debo reconocer que mi socio suele parecer un tanto intimidante, pero no es más que eso.

Le presento a Brandon Dubois.

Siempre había soñado con la posibilidad de volver a verlo e imaginaba lo que sentiría cuando llegase ese momento, pero nunca creyó que se le detendría el corazón con solo tenerlo frente a sí.

—¿Qué hace ella aquí?

Sus ojos no se habían apartado de la joven al tiempo que intentaba recomponer todas las piezas de un pasado que no había dejado de latir hasta ese maldito día.

—Brandon, es la empleada que te mencioné y por la que me he jugado en contra de la decisión de la agencia.

—No puede ser —repetía ella una y otra vez, consternada en medio de

la sala sin siquiera poder moverse.

—Gabrielle, por favor, ponte cómoda, parece que has visto a un fantasma. Brandon solo es el creador de esta agencia. Justamente, esperé que llegara de un viaje para decidir si accedemos a incorporarte a la actividad que querías.

—De ninguna manera —replicó Brandon, sin siquiera mirar a su socio, pues no desviaba la mirada de ella.

—¿Qué dices?

Bernard continuaba perplejo ante la actitud de Dubois.

—No puedes hablar así de alguien que acabas de conocer y de la que, hasta el momento, tengo excelentes referencias. Tiene el potencial que necesitamos y puedo asegurarte que no la dejaré pasar, aunque me cueste una nueva discusión contigo.

Gabrielle intentaba ver si algo en su apariencia había cambiado. El cabello castaño le caía hacia atrás y, a pesar de que el rostro estuviese endurecido, su aspecto quitaba el aliento con solo mirarlo. Él se había mantenido apoyado sobre el borde del escritorio sin dejar de contemplarla. Pudo comprobar que la tensión se había apoderado de su contundente cuerpo cuando la vio. Ese mismo cuerpo que ella había recorrido con besos y caricias.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —inquirió Brandon.

Esa simple pregunta fue el primer golpe asestado al corazón de Gabrielle, porque con todo lo que tenían para decir lo único que no habría esperado escuchar era justamente eso.

—¿Es eso lo primero que te surge después de verme? —

reclamó ella en medio de un ahogo.

—No puedo creer que se conozcan; sin dudas, eso facilita las cosas.

Nunca hubiera imaginado que la joven de la que él le había hablado a Brandon durante los últimos cuarenta minutos fuera conocida de su socio. Lo que sí le importaba resaltar era cómo la había visto trabajar y las aptitudes que parecía tener Gabrielle. No obstante, debía reconocer que no le había gustado ni el modo en que se había dirigido a ella ni la manera en que Brandon la miraba. Lo conocía, en especial durante los dos últimos años, y más allá del tiempo compartido, poco

se sabía de él. Era un hombre reservado y abocado al trabajo. Parecía haber levantado un muro infranqueable a su alrededor que era imposible atravesar.

—Bernard, déjanos solos.

—Lo haré si tratas como corresponde a Gabrielle.

Le habría encantado saber el motivo por el que Brandon le lanzó una mirada asesina, nunca antes lo había visto así.

Era una persona que parecía tener todo bajo control, aunque estaba claro que acababa de perderlo.

—Te pedí que te retires y nos dejes solos.

Inmediatamente, se dirigió a la joven, cuya palidez se había incrementado desde que había visto a su socio:

—Si necesita algo, estaré en mi despacho que está aquí al lado. Lo conoce —agregó como un modo de brindarle confianza cuando parecía haberla perdido.

Sin más, se retiró, no sin antes lanzar una mirada de advertencia a Brandon, que evitó darse por aludido ante la velada amenaza. Tampoco se había movido del lugar ni había dejado de mirar a Gabrielle.

—No puedo creer que estés aquí.

—¿Cómo llegaste hasta acá?

—En verdad, ¿es lo único que te importa?

De su interior, una fuerza incontrolable comenzó a emerger y cada instante dedicado a él, cada segundo destinado a pensar en las diferentes situaciones por las que él podría estar atravesando para estar lejos de ella, se le acumulaban en la mente con la fuerza de una tempestad a punto de desencadenarse. La visión se le nubló y una furia desconocida se adueñó de su ser.

—¡Más de dos años viví en las sombras por el desconsuelo que me generaba tu ausencia! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas y sin sentirse dueña de su cuerpo

—. Dos malditos años me dediqué a imaginar los distintos motivos por los que no regresabas. Cada día encontraba una excusa diferente para

entender tu partida, inclusive, por momentos, me sentía culpable por tu huida, ¿entiendes a lo que me refiero?

Saber que Aaron Dubois había sido el causante del conflicto familiar que había arrasado primero a su madre y luego a ella no dejaba de atormentarla. Tal situación no hacía más que cargar las tintas sobre los hombros de Brandon. Esa sensación le pesaba a Gabrielle, porque nunca quiso que él se sintiera culpable del pasado que los había arrasado y les impedía tener un presente. Sin embargo, nunca habría imaginado que las circunstancias en las que se verían serían esas, menos aún, el trato que le estaba dispensando. En medio de la vorágine de pensamientos y recuerdos, Gabrielle no podía detenerse y la angustia de aquel tiempo, cuando creía que sin él la vida no tenía sentido, afloró sin que pudiera controlarla. Los sentimientos acumulados en ese último período habían cobrado vida y no podía refrenarse, ya no, porque había logrado abrir el muro de contención que había creado cuando Brandon la había abandonado.

—No dejaba de retumbarme en la cabeza una de las tantas cosas que me dijiste aquella noche —dijo en un sollozo—. ¿Dónde quedó lo que me le lanzaste antes de irte?

En la penumbra de su cuarto, él había aparecido para confesarle la decisión tomada. Aquel momento había sido el más duro que le había tocado vivir, porque ella no pudo tener injerencia alguna en la resolución tomada por él.

Brandon había resuelto a pesar de lo que ella desease. A Gabrielle le había quedado el consuelo de saber que lo que él hacía era para regresar y al fin estar juntos. Y en ese instante le estallaron en la memoria aquellas palabras llenas de promesas que él le había lanzado. Gabrielle no podía controlar el fuerte estremecimiento que le corría por todo el cuerpo.

—“Debes saber que no deseo dejarte y que, si lo hago, es solo por el inmenso amor que te tengo. Quizás ahora no te des cuenta, pero estoy convencido de que todo será para mejor. Por favor, ayúdame a dejarte. No podré hacerlo si no”. ¿Lo recuerdas? Porque yo no he hecho otra cosa que repetirlo en mi mente cada noche que me quedaba en vela pensando, una y otra vez, cuándo volverías. Nunca creí que podrías pedirme algo semejante, pero me convenciste, porque te am…, te amaba —se rectificó, antes de cometer otro error al decir algo inconveniente—. Y aunque yo no soportaba que me dejaras, no quería ponerte más piedras en el camino, porque lo único que ansiaba era que volviéramos a estar juntos. Juro que, en aquel momento, te

creí, habría caminado sobre brasas si me lo hubieras pedido, y fue lo que hice.

—Gabrielle.

Le erizaba la piel volver a escuchar su nombre en los labios de él.

—Cuando te pregunté cómo sabría de ti, recuerdo que me dijiste que no debía preocuparme y me juraste que nada te impediría saber de mí. Quizás tampoco lo recuerdas —lanzó con ironía.

Cada frase pronunciada por Gabrielle era una profunda estocada para Brandon, que se mantenía incólume dejando que ella liberara todos los demonios que había mantenido guardados dentro desde que él se había alejado.

—Pues bien, acá me tienes en la misma ciudad donde me abandonaste y donde manejas un próspero negocio. Como no podía ser de otro modo al llevar como emblema el apellido Dubois.

—Basta, Gabrielle.

Ella creía que, al exponer parte de los sentimientos que afloraban sin poder refrenarlos, se sentiría mejor, pero estaba equivocada, porque se encontraba inmersa en un gran vacío. Un frío helado se había apoderado de su ser y no encontraba forma de calmarse.

—¿En verdad quieres que me detenga?

Él ya no soportaba más escucharla, ya no solo por las acusaciones vertidas, sino por saber el daño que le había causado.

—Daría lo que fuera por que me negaras una a una las acusaciones que he esgrimido y lo único que dices es que me detenga.

—No comprendes nada.

—Si existe alguna razón posible que explique este comportamiento, hazlo, habla.

—Es mejor dejar todo así.

—Por favor, dime algo —gimió con las pocas fueras que aún le quedaban—. Te juro que me cuesta reconocerte.

Parece que no eres el mismo.

—Gabrielle, nada de lo que sucede es cómo crees.

—Entonces, ¿no vas a decirme nada más? Pues bien, querías saber cómo logré llegar hasta aquí. Fue Orson quien me dio la tarjeta de esta agencia.

—Mierda.

—Eso significa que siempre ha sabido que tú estabas detrás de esto, ¿verdad?

Ella no necesitó que él afirmara con palabras lo que le confirmaba con la mirada. Y una nueva traición, en este caso de Orson, se levantaba en su horizonte. No entendía el motivo de tantas mentiras. Según él todo estaba terminado,

¿entonces? Ansiaba que le hubiera quedado un resquicio de remordimiento o tal vez pena por ella, o culpa por haber obrado de ese modo. Le habría gustado que hubiera experimentado alguno de estos sentimientos.

—¿Por qué?

—Porque es lo mejor, aunque sé que no lo entiendes.

—Haz la prueba e intenta explicarme cómo son las cosas.

De repente la puerta se abrió de golpe y Bernard se quedó observando a su socio, que había perdido el temple que solía tener. Le bastó observar un instante a Gabrielle para darse cuenta de que se encontraba devastada.

—No sé qué sucede acá, pero creo que lo mejor es que en los próximos días solucionen lo que ocurre. De momento, no sigan discutiendo.

Él había escuchado la discusión mantenida; la voz de la joven traspasaba los muros del despacho, pero no le había encontrado sentido a los dichos.

—Gabrielle, es mejor que te vayas con él —Brandon le señaló al socio —. Contigo hablaré más tarde.

Ella creía que ni los pies le responderían para abandonar el despacho ni los pulmones se le llenarían del aire suficiente para respirar normalmente y salir de allí con la mayor dignidad posible. Aunque sabía que la acababa de perder, después de los reclamos y los ruegos

que le había

lanzado sin obtener respuesta alguna. Sin dudarlo, siguió los pasos de Bernard, que la invitó a su oficina. Él había procurado pedirle un té a su asistente para caldear el destemplado cuerpo de Gabrielle.

Al otro lado del muro, todo era confusión, caos y desasosiego. El fuerte deseo de Brandon por arrojar todo cuanto hubiera en su camino se calmó cuando un rapto de razón le atravesó la mente. No podía tirar todo por la borda, aún no. Caminó hasta la salida de su despacho sin poder refrenar el impulso de golpear la puerta antes de abandonar la oficina. El constante trajinar de los empleados junto al murmullo de las conversaciones circundantes se acalló al ver pasar a Brandon Dubois fuera de sí. Si bien las complicaciones de trabajo hacían que las tensiones de último momento surgieran, era la primera vez que a él se lo notaba tan desbordado. Como una ráfaga, desapareció de allí.

En la oficina de al lado, se encontraba Gabrielle intentando beber el té sin volcárselo encima de la falda; aún las manos no dejaban de temblarle. Necesitaba salir del estado en que se encontraba, no quería mostrase así, al menos en su lugar de trabajo. Debía esperar a llegar a su casa, aunque no sabía si irse de allí y dejar todo sería lo más inteligente que pudiera hacer.

—Gabrielle, no sé el motivo por el que está así, pero puedo asegurarle que todo se arreglará. Yo me encargaré de que esto suceda.

—Gracias, Bernard, pero creo que lo más sensato es que me vaya de aquí.

—Ni se te ocurra. Espero que no te moleste que te quite el usted, ¿verdad?

—Por supuesto que no, además siempre ha estado preocupado por mí.

—Te pido entonces que me trates del mismo modo.

—No puedo porque es mi jefe, no me sentiría cómoda.

—Pero con Brandon…

—Con Brandon es distinto, aunque desconocía que estaba detrás de esto y que es dueño de esta agencia. Si es así, debo pensar cómo sigo.

—Del mismo modo que antes.

—No es tan fácil.

—Me cuesta entenderlo porque no sé de qué se trata lo que ha ocurrido entre ustedes, pero no puedes tirar por la borda lo que deseas y todo lo que has luchado por alguien, aunque ese alguien sea mi socio.

—Tampoco deseo que eso les acarree problemas entre ustedes.

—Eso no sucederá.

—Yo puedo regresar a mi antiguo trabajo. Es más, creo que será lo mejor.

—No, si puedo impedirlo. De momento debemos ponernos a trabajar; si no te sientes con deseos de hacerlo, te puedes tomar el día.

Bernard continuaba salteándose las reglas impuestas en la agencia. No era su costumbre ser tan contemplativo con los empleados recién llegados. Desconocía por qué actuaba de ese modo. Sin dudas, ver a Gabrielle quebrada y sin la pasión desbordante que ponía al hacer las cosas lo había conmovido. Quizás había algo más, pero no era un momento adecuado para analizarlo.

—Gracias, pero debo trabajar al menos hasta culminar la jornada.

Si por ella hubiera sido, habría dejado todo atrás y se habría ido en ese preciso instante, pero no podía hacerlo por respeto a quien tenía enfrente. Luego tendría tiempo de pensar qué hacer, aunque se estaba convenciendo de que lo mejor era no regresar más a ese lugar.

—Quisiera que veas unas fotografías que necesitamos enviar urgente, pero antes habría que realizarles algunos retoques.

—Por supuesto, yo me hago cargo.

No sabía si el trabajo lograría sacarla del estado en que se encontraba, pero lo intentaría. El discurrir de las horas había templado el ánimo de todos, en especial, el de Gabrielle, que se conducía como si caminara en una densa nube de recuerdos que afloraban sin tregua. Por suerte, la templanza puesta en el trabajo logró sosegarla.

—Gabrielle, ya es hora de que des por finalizada la jornada de hoy.

—Ni cuenta me he dado de la hora.

—Vamos, que te alcanzo hasta tu domicilio.

—No, gracias, prefiero caminar hasta mi casa —respondió al ver la duda de Bernard—, en verdad lo digo.

—¿A pesar del frío?

—Así es. Le aseguro que eso es lo de menos.

Él se quedó observándola sin poder hacer demasiado.

Aún tenía una conversación pendiente con Brandon.

Los primeros rayos del amanecer atravesaban la habitación de Gabrielle, que se encontraba con la barbilla apoyada en las rodillas encogidas sobre el butacón ubicado al lado de la ventana. Otra noche de desvelo; no sabía cómo seguir, lo único que tenía claro era que no deseaba regresar el tiempo atrás ni volver al comportamiento taciturno que la había acompañado durante la ausencia de Brandon. Lo que desconocía era qué hacer para evitar sentirse así y consideraba que dejar de ir a la agencia resultaba una buena oportunidad para abandonar todo. Al fin, la verdad se había revelado y todo aquello que le había dicho su madre sobre Brandon parecía hacerse realidad. De nada servía insistir en alguien que no la quería. El dolor la abrazaba por dentro, ya que en ese tiempo había guardado la esperanza

de que todo fuera distinto, de que él apareciera y le dijera todo lo que ella deseaba escuchar. No podía darle más vueltas al asunto. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se levantó y fue al baño para higienizarse e intentar sacarse el aspecto que tenía, aunque el color de los ojos se mantuviese enrojecido debido al llanto que la había acompañado toda la noche. Se vistió e intentó beber un tazón de chocolate, aunque solo alcanzó a darle dos sorbos.

Tenía el estómago cerrado. Antes de alcanzar la puerta, tomó del perchero un sombrero negro; los otros, los de colores vivaces, aguardarían allí hasta que contase con humor para colocárselos.

La mañana grisácea y aletargada se fundía con su ánimo, y con el del resto de la población a la que le costaba ver un mañana ante la tamaña desolación que significaba estar envueltos en una guerra con esas características. En medio de la ensoñación en que se encontraba, arribó a la agencia.

En apariencia, todo estaba bajo control. La asistente la saludó como solía hacerlo y enfiló hacia su mesa de trabajo.

Logró sacarse el abrigo y acomodar el bolso, pero no pudo continuar,

porque notó que alguien estaba detrás de ella.

—Gabrielle.

Cada vez que la nombraba lo hacía bajo una cadencia muy especial. Solo Brandon le provocaba eso al llamarla.

Ella giró con el pequeño sombrero en las manos; lo estrujó para evitar que él notase el temblor que comenzaba a adueñarse de su cuerpo.

—No es necesario que te quites el abrigo.

Con o sin el abrigo, él no dejaba de desnudarla con la mirada. Eso no había cambiado.

—No hace falta que me digas que debo irme, ya te entendí. Parece que has perdido la sutileza.

Con el ímpetu que podía darle la rabia que comenzó a bullir en su interior, tomó el abrigo de un tirón y volvió a colocárselo para huir de allí lo antes posible. Nada de lo que había imaginado, y menos aún de lo que recordaba de él, podía asimilarse a la manera que veía en Brandon.

—Espera. —La tomó por el brazo.

—Suéltame —siseó.

—No es lo que piensas.

—Es algo que vienes repitiendo desde ayer, pero no te quiero hacer perder más tiempo ni quiero perderlo yo. Ya me voy.

—No te vas a ir. Gabrielle, escúchame.

—Si me sueltas.

No podía soportar el roce de esas manos en su cuerpo, ya no. Por mucho que lo deseara, no podía evitar un tumulto de sensaciones provocadas por la cercanía de él.

—Escúchame.

—Habla rápido porque no tengo tiempo.

Brandon se contuvo de hacer algún otro gesto, ya que no deseaba que ella se ofuscase más. Sabía que lo que estaba a punto de decirle

cambiaría de manera drástica los deseos de ella de abandonar la agencia.

—Hace tiempo que comenzó el proceso de reclutamiento para los camarógrafos de combate. Además del entrenamiento militar, no todos saben manejar una cámara de fotos.

La convocatoria no solo incluía al personal militar, sino también a civiles avezados en la materia. Por otro lado, y con el paso del tiempo, se hacía más difícil conservar ese personal que perecía en el frente. Sin lugar a dudas, la guerra se llevaba a cabo también en los medios, y la propaganda propiciada por los alemanes era un gran ejemplo. Los fuertes deseos expansionistas del Führer debían matizarse con las mentiras de los oponentes

políticos para justificar la guerra y contar con el apoyo del resto de las potencias. Para eso, se hacía uso de técnicas sofisticadas de publicidad junto a la propaganda que estaba bajo un ministerio nazi que se encargaba de llevarla a cabo.

Nadie quería quedar fuera de lo que se contara.

—Es por eso que estoy aquí, ya que quiero que me acompañes a dar unas charlas instructivas. No será ni el lugar donde tomaste tus clases de fotografía, ni con la gente con la que debes haber estado. Esto es distinto, pero no menos importante.

Gabrielle se quedó estupefacta ante la declaración de él.

No entendía su comportamiento, lograba confundirla a cada minuto. Y parte de la actividad que le estaba ofreciendo era lo que ella buscaba. Sabía que, si lo hacía bien, podía aspirar a algo más. Para emprender esa actividad, necesitaba aclarar ciertas dudas.

—¿Por qué yo?

—Porque eres buena en esto y estás capacitada para hacerlo.

—¿Es por eso o lo haces para liberarte de la culpa que te ronda?

Una tenue sonrisa asomó por el rostro de Brandon. La conocía como nadie y sabía que sería muy difícil poder congeniar con ella, aunque más no fuera algunas horas en el trabajo. El pasado vivido, el recuerdo latente y un olvido incierto estaban presentes en cada segundo que pasaban juntos.

—No te imaginas cuánto te equivocas.

Gabrielle volvía a caer en la confusión. Necesitaba claridad para continuar.

—Sé que quieres este trabajo y sé también que estás preparada para hacerlo. Entonces, lo haremos juntos.

—¿Juntos?

—Así es. ¿Tienes algún problema?

—No, porque es solo trabajo.

Deseó no haberlo dicho, pero confirmar que la actividad de esos días sería lo único que los uniría le daba mayor tranquilidad.

—¿Bernard está al tanto de esto?

—No debes preocuparte por él —replicó tajante.

La noche anterior había mantenido una escueta conversación con su socio. No iba a entrar en detalles que solo le competían a él, pero fue lo necesariamente claro respecto de Gabrielle, y de que sería él quien se ocupara en lo que respetaba al trabajo. Al menos, mientras estuviera en la ciudad. En su ausencia, Bernard se encargaría.

—Lo digo porque aún no lo vi.

—Él vendrá como todos los días, aunque dudo de que hoy lo veas.

—Entonces no debo avisarle que me ausentaré. No quisiera que pensara que ya no vendré.

La sensación de que ella no volvería a trabajar allí había quedado flotando en el despacho de Bernard la jornada anterior, a pesar del pedido para que recapacitara y no se fuera.

—No debería preocuparte lo que mi socio piense, porque he dejado todo muy claro.

Ella no quiso preguntar más, porque cada vez que lo hacía no obtenía la respuesta deseada. Estaba segura de que esa oportunidad no sería la excepción.

—Vamos, Gabrielle. Estas charlas instructivas son una manera de estar cerca de quienes estarán en el frente y es lo que has estado buscando,

¿verdad? Ahora tienes una posibilidad.

En medio de la confusión, ella lo siguió hasta la puerta del despacho, pero se detuvo cuando él giró de golpe; quedó a una corta distancia de él.

—¿Llevas tu Baby?

—Siempre.

Ella había colocado la cámara fotográfica en la amplia cartera; no se separaba ni un minuto de ella, menos cuando iba al trabajo. Al salir de la agencia, se topó con el automóvil que, tiempo atrás, habían compartido. Aquel habitáculo había sido testigo silencioso de las confesiones, los miedos y las promesas lanzados por ambos. Desconocía sí él lo recordaba, pero una sensación muy extraña se apoderó de Gabrielle. Debía lograr poner distancia y ser profesional; para lograrlo, debía centrarse en su trabajo, aunque una idea le cruzó por la mente.

—¿Cómo sabes que tengo una Baby?

—Trabajas en mi agencia —dijo, al tiempo que los dedos tamborileaban sobre el volante—. No deja de ser un buen regalo de cumpleaños.

Él se mantenía absorto en la conducción y ella solo le observó el perfil. Notó que le asomó una mueca en la boca, luego de lanzar el último comentario. Su mente voló hacia una alocada idea de que quizás…, pero al instante notó que estaba equivocada. No sería de extrañar que él supiera cómo se habían desarrollado los hechos: que había sido su anterior jefe el autor de ese regalo tan sentido y significativo para ella. Estaba claro que entre Orson y Brandon todo seguía como desde un principio.

—Si Orson buscaba sorprenderme, lo hizo con este regalo.

—A pesar del trato que ofrece a sus empleados, es un buen hombre.

Ella lo contemplaba y notó cómo deslizó la mano para introducir la marcha. En ese instante, él desvió la vista del frente para centrarla en ella. Gabrielle recordaba cómo cubría esa mano con la suya, durante el trayecto que solían recorrer en ese mismo vehículo. No era ese el camino que sus pensamientos debían recorrer. Cualquier gesto, comentario o palabra la remitía a aquel pasado que él había

sabido borrar. Debía saber controlar la mente y tener la sabiduría para dejar lejos esos recuerdos, porque no eran más que eso. De inmediato, fijó la mirada en el cristal de la ventana para contemplar la desolación y el desasosiego que cubrían las calles parisinas, una postal que deberían acostumbrarse a ver durante el tiempo que durase la guerra. El silencio instalado en el vehículo permitió que el trayecto se hiciera llevadero, sin palabras ni confesiones entre ambos; no obstante, la atmósfera de complicidad y confianza sobrevolaba sobre ellos. Gabrielle no le preguntó hacia dónde se dirigían, a pesar de haber tomado un camino desconocido para ella, tampoco cuánto faltaría para llegar a destino. Solo lo supo cuando el vehículo se detuvo frente a un vetusto edificio y ambos descendieron para adentrase por un largo y desencantado pasillo. En el camino se cruzaron con algunos uniformados que brindaron un escueto saludo a Brandon. Luego subieron una escalera hasta alcanzar el primer piso. Allí había un amplio salón donde se encontraban varios hombres con algún cigarro en la mano mientras hacían comentarios que ella no alcanzó a escuchar.

—Buenos días —saludó Brandon de modo cordial y relajado.

Según parecía, ya había estado allí en otras oportunidades por el modo en que se saludaba con el resto de los congregados.

—Les presento a Gabrielle Durand —dijo sin dejar de mirarla—. No es mi asistente, sino que, como yo, viene a instruirlos en todo lo referente a la fotografía.

Allí estaban para formar a quienes iban a integrar el Cuerpo de Fotografía y Filmación que se encargaba de la documentación y propaganda. No era fácil congeniar el conocimiento que se requería para capturar ese instante único con a la formación que varios de allí tenían. Se debía

contar con los aspectos prácticos sobre fotografía fija, cinematográfica y el laboratorio de revelado. Todo esto se debía completar en un tiempo récord, porque tiempo era lo que faltaba.

—Ya me conocen y me han escuchado. Ahora quiero que le presten atención a Gabrielle. Ella se ha formado en una de las mejores escuelas de arte de la ciudad. Me gustaría que la escuchen como introducción a las técnicas que vamos a practicar. Necesito aclararles que esta charla no es un paso hacia atrás sobre lo que hemos estado viendo y practicando. La idea es que, con los conocimientos que han adquirido, puedan reforzar lo fundamental para accionar la cámara.

Gabrielle no podía quitar la vista de él, siempre había pensado que era innato en Brandon liderar lo que fuera.

Lograba captar la atención de quien estuviera enfrente.

Aunque hubiera preferido que se hubiera dirigido hacia ella sin el respeto ni la admiración que pareció demostrar dentro de las mustias paredes del aula. Sería más fácil para ella lograr el olvido.

—Gabrielle.

Él asintió con la cabeza y le brindó un halo de seguridad que no tenía. Se corrió del lugar en que estaba para colocarse a un costado del aula y que ella fuera el centro de la charla. Sabía que se encontraba nerviosa, pero también que la fotografía era una de sus pasiones y que, una vez que se lanzara a hablar, todo pasaría.

—Calculo que varios de ustedes tienen experiencia en el frente y la urgencia de la situación que vivimos no da para que intente dar una clase magistral.

El comienzo de su discurso hizo que varios de los presentes centrasen la atención en esa joven, que no inspiraba ningún tipo de confianza en los conocimientos que podía brindar.

—Supongo que más allá de las técnicas empleadas, lo que a uno le preocupa es captar ese instante mágico que lo cambia todo. Como dijo Brandon, cursé en la escuela de arte de la persona que yo admiro, Henri Cartier-Bresson.

Quizás algunos de ustedes hayan visto sus trabajos publicados en revistas importantes.

Ella notó que alguien ubicado en el fondo del salón asentía con la cabeza.

—Y justamente él habla del instante decisivo, que no es más que encontrar ese momento indicado, ni antes ni después, para retratar esa imagen que será única e irrepetible. Lo que buscamos es lograr captar la eternidad de un instante, el segundo que cuente una historia. Y

cuando hablo de captar ese instante preciso, me refiero a una secuencia de movimiento que transmite lo que está sucediendo a nuestro alrededor. Uno debe intentar retratarla con la mayor honestidad posible, digamos sin demasiados artilugios, por ejemplo, en un retrato callejero un gesto o una mirada habla de lo que atraviesa

a esa persona anónima que nos llama la atención para retratarla, sin importar demasiado el contexto o lo que la rodee.

Nuestra cámara se transforma en la extensión de nuestro ojo, y debe ser así cómo retratemos lo que percibimos.

Desconocía si se debía a su apasionamiento por la fotografía o si en verdad los presentes estaban atentos a todo lo que ella explicaba porque les interesaba. Esperaba que así fuera porque, en definitiva, no quería defraudar a Brandon. Quizás buscaba que él entendiera la equivocación que había cometido al alejarse de ella. Gabrielle contaba con su olvido, lo único que le quedaba por rescatar era el respeto profesional con que hacía su trabajo.

—Recuerdo que, apenas inicié mis estudios en la escuela de arte, Cartier-Bresson había hecho un fotorreportaje sobre la coronación de Jorge VI que se llevó a cabo en la abadía de

Westminster en la ciudad de Londres. Uno intenta creer que lo primero y fundamental sería hacerle fotos al futuro rey y retratarlo en todas sus posiciones y gestos grandilocuentes.

Sin embargo, él creyó que la multitud que lo rodeaba hablaba más que cualquier otro retrato que como fotógrafo pudiera hacer. Aquella foto que él decidió sacar demostraba el cariño, la felicidad y exaltación de la gente frente a la coronación de su nuevo rey. Ese instante que él supo captar decía más que cualquier otro reporte que se pudiera escribir. Nadie necesitaba leer una crónica para saber lo que ocurría en aquel momento histórico y fundamental para el pueblo inglés. Solo contamos con una cámara en nuestras manos y aquel hecho, rostro, lugar o situación de importancia que debemos retratar. La cuestión es hacerlo de manera efectiva. En ese momento debemos tener el instinto de saber hacia dónde disparar para inmortalizar la imagen. Eso será lo que distinga una buena fotografía de una mala. Varios de ustedes abrazan la carrera militar,

¿verdad?

Gabrielle hizo contacto visual con los ºque asentían desde las sillas. Aún no habían interactuado y ella se había olvidado de que Brandon seguía allí a un costado del salón.

—Cada uno de ustedes espera el momento indicado para disparar, ese instante que los separa de la vida o la muerte.

Con una cámara sucede algo parecido, es encontrar ese instante que lo

define y lo cambia todo.

Uno de los presentes le hizo una pregunta acerca de la cámara con la que contaba. Ella se explayó en las cualidades de ese aparato fotográfico.

—Supongo que la comparación que hice es para algunos de ustedes pueril por la importancia de una imagen y una vida. Pero entiendo que el trabajo que hacen en el frente será de gran valor para la logística militar.

—No es tan fácil movernos con las cámaras y los fusiles en el frente.

Uno de los presentes estaba allí para sumarse al equipo, pero no tenía la instrucción militar necesaria. Debería aprender.

Había

que

saber

de

fotografía

fija,

cinematográfica y revelado, sumado a los aspectos prácticos de cargar un equipo en el campo de batalla.

—Hasta ahora hemos hablado de teoría, pero supongo que buscaran ampliar las técnicas que Brandon les ha indicado. Pues en el campo de batalla todo es diferente.

—Es así y nos gustaría que nos acompañara —dijo uno de los asistentes que estaba a un lado de la amplia sala—.

Supongo que no debe tener la instrucción de armas; algunos de nosotros podemos ayudarla.

—Se sorprendería —dijo con una tibia sonrisa—, mi padre participó de la Gran Guerra. Y el hecho de que fuera su única hija hizo que me enseñara algunas cosas reservadas para hombres. Aunque, de participar con ustedes, debería tomar un instructivo.

Quiso dejar en claro que eso era lo que ella buscaba, aunque sabía que era imposible que alguna mujer pusiera un pie en el frente. No pudo continuar, porque Brandon tomó la palabra de inmediato.

—Hasta acá hemos llegado con la participación de Gabrielle —acotó al ingresar al centro de la escena—. Si lo desean, podemos ocuparnos de algunas técnicas de revelado.

Ella no lo escuchaba, solo estaba ofuscada por la brusca intromisión que había tenido minutos antes. ¿Por qué había sido tan tajante en lo que se refería a la participación que ella buscaba tener? Le hubiese gustado responder e inclusive pedir unirse al cuerpo de infantería, aunque sabía lo dificultoso que era, a pesar de la buena voluntad de algunos de los muchachos presentes. Sin darle más vueltas

al asunto, se incorporó a uno de los grupos formados que analizaban algunas fotografías que se habían tomado tiempo atrás. En varias oportunidades, el trabajo fotográfico se veía distorsionado si la luz no era la que correspondía. Se dedicó a disipar dudas respecto a eso y a otras cuestiones.

En el camino de regreso, el silencio se había quebrado y la conversación versaba sobre la experiencia vivida en el curso.

—Has logrado interés en el grupo y puedo asegurarte que no es fácil.

—Gracias, los noté concentrados y con deseos de aprender cuando estuvimos viendo algunas fotografías.

—Así es.

—En la agencia cuentas con un gran grupo de trabajo.

—Es lo que buscamos; quiero que quienes estén allí sepan lo que hacen.

—Cuando entré al lugar, me sorprendió la calidad de las fotografías que tapizan las paredes.

—Es un buen material. Buscamos las mejores para que sean la antesala de quien busca nuestros servicios.

—Me atrapó el retrato de un anciano que está no bien uno ingresa a la sala. Sin dudas, para mí es el mejor. Las arrugas que surcaban el rostro, el cansancio en los ojos y la posición corva al caminar hablaba de las pocas ganas de vivir de ese hombre.

—Esa foto la saqué hace tiempo, cuando deambulaba por las calles de la ciudad sin un rumbo definido. Lo vi y me sentí identificado con aquel hombre. Antes de irme, le dejé dinero para que hiciera lo que quisiera. Pocos días después pasé para saber de él, porque sabía que merodeaba por las orillas del Sena en busca de algo de comida. Aquella tarde, no lo encontré, luego me enteré de que había muerto. Al menos había cumplido su sueño.

Gabrielle estaba conmovida por la triste historia que acababa de escuchar y se consoló sabiendo que esa sensación de que todo estaba perdido él también la hubiera experimentado. También le habría gustado que hubiera sido ella la causa de ese sentimiento. Sin embargo, atento a cómo se daban los acontecimientos, dudaba de que así fuera.

CAPÍTULO 8

Una silueta en la oscuridad

Isabel se había instalado en el apartamento de dimensiones pequeñas y estilo austero que la Embajada le había adjudicado. Las características de la propiedad le permitieron tenerlo listo y habitable a las pocas horas de arribar. Lo más destacado era que contaba con un ventanal que daba a la calle y, desde ahí, podía observar los tumultuosos días en Berlín. Aún no se había animado a recorrer la ciudad, le daba temor hacerlo sola y la cercanía del apartamento a su lugar de trabajo tampoco colaboraba.

Las dos primeras semanas habían sido un verdadero torbellino. Ante todo, se había comunicado con sus padres para informarles que ya se había establecido en su nuevo destino. Esperaba recibir noticias de ellos, aunque sabía que, de acuerdo al itinerario de la gira, ya habrían abandonado Roma para instalarse en la División Andina Tridentina. Desde aquel lugar se complicarían aún más las comunicaciones telegráficas y telefónicas. La única noticia alentadora que había recibido había sido de Hans, quien le prometía que muy pronto estaría visitándola, pero antes de eso le informaba que su familia aguardaba conocerla. Esa situación le provocaba nervios; esperaba causarles una buena impresión. Lo poco que sabía de ellos era a través de los escuetos relatos de su prometido. Quizás haberse independizado antes de tiempo y decidir continuar la

carrera en la Argentina, mientras los suyos regresaban al país natal, hacía que mantuviese cierta distancia no solo física, sino afectiva. Igual, el temperamento de Hans no era muy demostrativo; eso ya había dejado de molestarla porque estaba acostumbrada a él.

Y el día tan esperado había llegado. Luego de finalizar la jornada de trabajo, estaba invitada a la casa de la familia Fischer. Creía que podía salir del trabajo para cambiarse y llegar a horario hasta la casa. Según Úrsula, su compañera en la embajada y vecina en el edificio, la propiedad se encontraba en la zona este de la ciudad. Ese día intentó concentrarse en el nuevo trabajo, pero tenía la cabeza centrada en la visita a la familia de su prometido. A pesar de los deseos por ir a cambiarse, no pudo por falta de tiempo, por lo que se arregló el cabello y se acomodó el pañuelo de seda en el cuello antes de ponerse el abrigo y pedir un coche para salir de allí cuanto antes.

—Mucha suerte —le deseó Úrsula al verla pasar.

—Gracias, luego te cuento.

—Si no regresas tarde y estás con ganas, te espero en mi casa y me cuentas.

—No quiero molestarte, pero gracias por la invitación. Si llego temprano, paso a verte.

Sin más, Isabel abordó el vehículo que la aguardaba. En el trayecto revisó que llevara el obsequio que había destinado para la madre de Hans. Creía que un foulard de seda color azul sería el regalo apropiado para alguien que no conocía y a quien pretendía causarle una buena impresión.

—Bienvenida —saludó la dueña de casa en un alemán cerrado.

Suponía que podían hablar algo en español, aunque hubiesen sido pocos los años que habían residido en Argentina. La apariencia de la madre de Hans no resultó

como Isabel la imaginaba. De amplia contextura y cabello cano, los ojos azules destellaban en el blanco cutis surcado por unas pocas arrugas.

—Espero que sea de su agrado.

En el mismo instante en que le hacía entrega del obsequio, apareció el padre de Hans. Al verlo, comprobó el parecido físico con su hijo. Luego de intercambiar saludos, la invitaron a pasar a la sala. A diferencia de su madre, Isabel no era de fisgonear cuando iba a una casa que no conocía.

Sin embargo, se sorprendió de la decoración al buscar algún retrato de Hans. En un lugar de privilegio, se alzaba una imagen de Hitler en un marco dorado. Entendía que ese había pasado a ser un detalle obligado para los alemanes que adoraban a su Führer. Había otros portarretratos de la familia rodeada de una multitud que ovacionaba la figura de Hitler. En uno de ellos, había una joven con los mismos rasgos que la dueña de casa. Calculaba que tendría la misma edad de Isabel.

—Ella es mi sobrina —dijo al acercársele por detrás—, casi una hija para mí, más desde que hemos regresado a Berlín y mi cuñado ha muerto.

El cabello de la joven era rubio y caía en ondas hasta los hombros. La palidez del rostro se contraponía con destellos de los ojos azules. En ellos no había una pizca de calidez, solo una frialdad imposible de

ocultar.

—Oh, lo lamento.

—Ha sido una gran pérdida y lo que ha definido que no volvamos a tu país, aunque esté nuestro hijo allá. Ahora que tú estás aquí, espero que todo cambie y él se instale junto a la familia. Sin dudas, has sido el motivo por el que se quedó en tus tierras.

El impacto de aquellas palabras la sobrecogieron.

Discrepaba de lo manifestado. Estaba convencida de que Hans se había instalado en la Argentina porque su carrera

iba en ascenso y no dejaba de realizar prósperos negocios.

El convencimiento de la dueña de casa era tal que no valía la pena aclararle que estaba equivocada.

—Él es todo un hombre —enfatizó el padre de Hans con dureza—, pronto lo tendremos por aquí.

—Sí, espero que sea cuanto antes —agregó Isabel.

No bien se sentó a la mesa, notó que había otro cubierto puesto a su lado. En ese momento, llegó la misma joven que había visto retratada en una fotografía junto a la familia Fischer.

—Te presento a mi sobrina Heidi.

—Un placer conocerte.

La joven asintió con la cabeza de un modo amistoso. De inmediato se sentó y comenzaron a hablar sobre sus cosas.

Si no fuera porque Isabel conocía el idioma a la perfección, hubiese estado fuera de todo lo que se decía en esa velada.

La conversación menguó cuando la dueña de casa trajo a la mesa una sopera de la que emanaba un intenso y sabroso sabor.

—¿Has probado el Eintopf?

—No.

—Espero que te guste.

Isabel comería cualquier plato que le sirviesen, porque así la habían educado y buscaba agradar esa noche que no le era favorable, ya que no le estaba resultando amena la velada. Quizás los nervios le estaban jugando una mala pasada, pero notaba cierta resistencia en la familia Fischer.

Cuando vio a la joven Heidi ingresar a la sala, creyó que haría más afable la cena, pero no fue así. Hablaban entre sí como si ella no estuviera presente; inclusive cuando se hacía mención a Hans, todos opinaban con mucha familiaridad, como si Isabel no fuera la prometida.

—Muy rico —interrumpió en la charla.

El guiso con vegetales, legumbres y carne de cerdo estaba sabroso, aunque ella estaba con el estómago cerrado. Los nervios, la incomodidad y esa sensación de que algo sobrevolaba allí dentro sin poder determinar qué la incordiaba con el paso de los minutos.

—¿Cómo te sientes en la embajada?

—Me estoy aclimatando, aunque no es nada fácil. El cambio de trabajo en una nueva tierra y la separación de mi familia lo complica más de la cuenta.

—Te falta mencionar a nuestro querido Hans —agregó Heidi.

—Por supuesto, sucede que muy pronto estará por aquí.

—Es algo que todos deseamos.

—En el momento en que vivimos, debes ser muy cuidadosa con lo que haces y con el cumplimiento de las disposiciones que aquí rigen.

—Heidi tiene razón.

—Les puedo asegurar que me estoy conduciendo con todas las precauciones y cuidados.

—Cuánto me alegro, querida —sintetizó la dueña de casa.

La velada transcurrió por el mismo carril y poco después del postre se dio por finalizada la cena.

—Un gusto conocerlos —dijo al despedirse de la familia Fischer, que aguardaba en la puerta que ella se fuera.

—No siempre estoy en la ciudad, pero, si necesitas algo, puedes contar conmigo.

—Gracias, Heidi.

—Ella es lo mejor de la familia —agregó la madre de Hans.

—Hasta pronto.

En el trayecto que la llevaba hasta el apartamento, repasó cómo había salido el encuentro y, en verdad, nada de lo que había imaginado había sucedido. Solo sería una

cuestión de tiempo para que la primera impresión de esa visita cambiase y estimaba que, con la presencia de Hans a su lado, todo se calmaría.

La mañana siguiente amaneció cenicienta. El clima destemplado que se vivía no solo se debía a la tormenta que de un momento a otro se desataría, sino a la cuestión política. El desfile de militares por las calles formaba parte de la estampa de la ciudad. La orden emitida por Joseph Goebbels, ministro de la propaganda de Hitler, de incluir desde jóvenes de dieciséis años hasta hombres de sesenta a las filas militares hacía que nadie estuviera fuera del alcance militar. No había alguna posibilidad de disenso; los negocios que habían pertenecido a familias judías habían sido confiscados o destruidos. Quienes no habían podido emigrar oportunamente estaban en un campo de concentración. Y los que mantenían cierta simpatía con los judíos eran desterrados de todo y tratados como apátridas.

En medio de semejante situación política, los aires de renovación en la embajada eran todo un hecho. De acuerdo con lo que le habían informado, el embajador Eduardo Labougle había dejado su puesto. Según decían, había cumplido con una carrera diplomática impecable, solo que había debido lidiar con varios frentes durante los casi diez años de permanencia en el cargo. Por otro lado, y según algunas de las consideraciones que hacían quienes lo conocían, no se lo podía considerar pronazi. En esos años, había contemplado el ascenso de Hitler al poder, por aquel entonces canciller. Sin embargo, eso no implicaba que no hubiera participado de los más encumbrados encuentros con hombres de la industria, diplomáticos y políticos de las más altas esferas junto al círculo estrecho del poder. Hacía unos pocos meses el cuerpo diplomático había sido invitado a la nueva sede de la Cancillería en la Vosstrasse junto a al ministro Von Ribbentrop; el embajador Attolico, de Italia, y

el secretario de Estado Obergruppenführer Hans Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería. Allí el embajador había estado hablando a solas con el Führer. A pesar de la labor realizada durante esos largos años, la gestión había llegado a su fin. La despedida ya se había realizado con el personal jerárquico de la embajada y se aguardaba al nuevo embajador que cubriría la vacante.

Isabel acababa de ubicarse frente al escritorio para ponerse a trabajar con algunos documentos que debía traducir cuando fue interrumpida por Santiago Mayol, quien se había transformado en su mentor allí dentro. Si bien sus actividades no le permitían estar tras cada trabajo que ella hacía, cada tanto se daba una vuelta para controlar cómo iba todo.

—¿Tiene un momento?

—Por supuesto, dígame qué necesita.

—Hablar con usted a solas. Ahora debo pasar a verificar unos documentos, pero la espero en mi oficina en diez minutos.

—Ahí estaré.

Al verlo salir, le ganó el desasosiego. Comenzó a pensar cuáles eran los documentos en los que había trabajado y si habría cometido algún error. Un frío helado comenzó a correrle por la espalda; le transpiraban las manos ante la posibilidad de que su futuro allí terminase antes de comenzar. Se levantó de la silla y enfiló hacia el despacho de Mayol. Era la primera vez que ingresaba allí. La oficina era elegante; las dobles cortinas de color marfil rozaban el piso y opacaban el ambiente. Algunos cuadros decoraban la boiserie de las paredes. El escritorio de madera oscura y lustrosa estaba colmado de documentos. Al verla entrar, Santiago desvió la vista hacia ella.

—Señorita Quevedo, adelante y siéntese.

Isabel se ubicó en una silla frente a la de él con las manos cruzadas, para evitar que se notase el temblequeo que se había apoderado de ellas.

—Ante todo, me gustaría saber cómo se siente con esta nueva actividad.

—Muy bien, he intentado no incurrir en errores y supongo que sabrá disculparme si los he cometido.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Mayol.

—Cree que la cité para eso —afirmó.

—Sí, y he estado pensado en qué pude haberme equivocado.

—No es por eso que necesito hablar con usted, pero podría decirse que no me gustaría que cometa algún error que en un futuro podría tornarse irreparable.

La tensión había llegado al punto máximo, al menos para Isabel, que temía que su interlocutor escuchase los latidos de su corazón.

—Mire, como le he dicho cuando arribó a la embajada, usted ha llegado en un momento de cambio. La autoridad máxima se fue con otro destino y lo reemplazará un funcionario distinto.

—Así es.

—Entiende también que los embajadores representan al Estado y se encargan de las directivas que da la Cancillería.

Isabel asentía.

—Sin embargo, hay ciertas cuestiones que se deben cumplir más allá de los funcionarios que comanden este organismo.

A la joven le costaba saber el motivo por el que estaba ahí sentada. Sería algo de importancia por el tono en que su interlocutor le hablaba.

—Y esas cuestiones que le comento son de pleno conocimiento de quienes ocupan los cargos jerárquicos.

Además, debemos cumplir con las directivas emanadas de

nuestro Gobierno.

—Entiendo.

—Respecto a esto último, debo informarle que el ministro de Relaciones Exteriores de nuestro país ha firmado un documento conocido como la Circular 11. El contenido de tal documento se ha comunicado a los diplomáticos argentinos de todo el mundo y es de carácter confidencial. En este instante se preguntará por qué la pongo sobre aviso de algo que es reservado. Bien, el cumplimiento de esta resolución llegó poco después de que Alemania anexara Austria a su

territorio.

Evitó informarle que tal decisión se había tomado y firmado cuando se estaba celebrando la Conferencia internacional de Evian, en la que participó la Argentina, que intentaba encontrar un lugar para aquellos judíos que eran diezmados por el régimen nazi.

—Se buscaba que aquellos judíos alemanes o austríacos que huyen del régimen no lleguen a nuestro país. Y el modo de lograrlo es restringiendo el acceso de esos judíos a la Argentina. Si tiene alguna duda, es momento de que la manifieste.

Eran muchos los interrogantes que pasaban por la mente de Isabel y lanzó el primero que se le cruzó.

—Una embajada debe servir a aquellos nacionales que tienen problemas, ¿verdad? Podría decirse que es un refugio en medio de un conflicto, para solucionarlo. Entiendo que lo mismo sucede con los consulados, para entregar los visados correspondientes a turistas o pasajeros de tránsito.

—Señorita Quevedo, esta circular restringe la posibilidad de que un judío huya de esta tierra para refugiarse en la nuestra. Y el cumplimiento de tal resolución debe hacerse en la sombra sin que se sepa que se cumple. No sé si no soy muy claro, pero debo manifestarle que esto dependerá de la autoridad que comande esta Embajada y del modo de

conducirse en estas aguas tumultuosas. Quien estuvo a cargo hasta no hace tanto se manejaba con cierta distancia respecto a esta disposición, pero tengo entendido que quien lo sucede sería estricto en que eso se cumpla.

No era necesario contarle los hilos secretos que se movían en torno a las decisiones desafortunadas que tomaban algunos funcionarios y que se pagaban con la interrupción en el cargo, aunque todo se manejaba con absoluta discreción. Tampoco le dijo que, cuando en la comunidad judía se conoció esta decisión, habían llovido una serie indiscriminada de solicitudes en los distintos consulados para ingresar al país antes del cierre total. Y

esto incluía a los judíos en Argentina, que completaban los pedidos de desembarco para que sus parientes, perseguidos en Europa, ingresaran a Buenos Aires. Todo se había transformado en un verdadero caos y desde las distintas

embajadas

intentaban

detener

semejante

desbarajuste.

—Entiendo, solo tengo una duda y es el motivo por el que se me participa de una información confidencial que se maneja en las altas esferas.

—Debería haber empezado por ahí —completó con una sonrisa—. La desesperación de la gente no tiene límites, más cuando no se logra lo que uno quiere y busca distintos canales para alcanzarlo. Usted no tiene un rango jerárquico, pero está al alcance de cualquier ciudadano que, por distintos motivos, esté aquí y que busque refugiarse en nuestro país.

—Entiendo.

—Me alegro de que así sea y espero que, de ahora en más, tome los recaudos necesarios para cumplir con lo pedido.

—Así será.

—Señorita Quevedo, no dispongo de más tiempo, ya que en breve tengo una reunión. De más está decirle que cuento con su absoluta discreción.

—Por supuesto —dijo al levantarse y saludar antes de retirarse de allí envuelta en una bruma de confusión.

A pesar de que las horas de trabajo la habían mantenido ocupada, no había logrado sacarse de la mente todo lo hablado con Santiago Mayol. No necesitaba ser una experta en política internacional para comprender lo que estaba sucediendo. Aún debía culminar con unos documentos para dar por finalizado el día. Cuando lo hizo, la tarde había caído y la lluvia había menguado.

—Me retiro —avisó a Úrsula que aún continuaba con las tareas administrativas.

—Esta vez no te acompaño, aunque me debes contar cómo te ha ido ayer en la casa de tus futuros suegros.

—Después lo haré, aunque puedo adelantarte que no ha sido una cena muy alentadora.

—No me digas.

—Si mañana estás más desocupada, paso por tu apartamento y te cuento.

Isabel salió de la embajada y, antes de enfilar hacia su casa, se acordó de que le faltaban algunos alimentos. Se dirigió a una despensa para comprar lo que hubiera; cualquier alimento era valorado en tiempos de escasez.

Desde que había llegado a Berlín, se arreglaba con cualquier cosa que consiguiera, sumado a que no era muy adepta a la cocina. El tiempo que llevaba allí le permitió acostumbrarse al sabor de la comida. Luego de hacer la fila frente al negocio para obtener unos pocos productos, se dirigió hacia el apartamento. Con la bolsa entre los brazos, caminó hasta allí. Sin embargo, no había logrado quitarse el sabor amargo

de la conversación de la mañana en el despacho de Mayol.

Su mente no había dejado de darle vueltas y una sensación extraña la recorría.

Aún no había llegado a destino cuando se detuvo para observar por detrás porque creyó escuchar algo, tal vez unos pasos o quizás era solo el silbido del viento. Podía ser que el cansancio y los problemas que se presentaban la estuvieran volviendo paranoica. Caminó una cuadra más y buscó algo de luz para sacar la llave del edificio y entrar cuanto antes a su apartamento. Ahí se sentía segura. En ese instante un leve movimiento hizo que levantase la cabeza y vislumbró entre las sombras una silueta que salía del aro de oscuridad.

—Isabel.

Allí mismo, todo lo que llevaba se le cayó y se desparramó sobre la acera.

—No he querido asustarte.

Ella se quedó enmudecida al ver frente a ella a De Luca.

El cabello oscuro lo llevaba hacia atrás y los ojos miel le destellaban en el rostro. Muchos pensamientos le cubrieron la mente, pero no podía emitir algún sonido ante la inesperada presencia de Mateo.

—Parece que te asusto cada vez que te veo.

Recordaba que esa situación se había repetido las pocas veces que se

habían visto.

—¿Qué haces aquí?

—Debí viajar por unas cuestiones de trabajo.

No entendía si estaba allí solo por casualidad o si se encontraba al tanto de donde vivía. Si así era, le sorprendía cómo se había enterado.

—Yo… Esta es mi casa, ¿quieres pasar?

—Creía que nunca lo dirías —replicó al esbozar una sonrisa—. Deja al menos que yo lleve todo esto.

Ella se sintió envuelta en los brazos de él mientras le daba las provisiones y rebuscaba las llaves para ingresar al edificio. Un sinnúmero de interrogantes giraba alrededor, a la vez que el elevador ascendía hasta el piso en que residía.

—Por aquí —dijo, al probar sin suerte insertar la llave en la cerradura.

Tras unos fallidos intentos, lograron entrar al apartamento. La luz de la sala interrumpió el halo de intimidad y cercanía que los rodeaba.

—Aún no me has dicho cómo has sabido que estaría aquí.

—No me ha sido complicado: tengo contactos en la embajada y en este edificio alojan a algunos empleados que allí trabajan. Solo era cuestión de intentarlo.

—Ah.

Él se dio cuenta de que la duda atravesaba el rostro de Isabel y entendía que así fuera, porque no la había puesto sobre aviso de su llegada. Temía que, si lo hacía, ella buscase alguna excusa para evitar verlo.

—La última vez te dije que volveríamos a vernos, pues he cumplido.

Isabel lo miraba absorta sin saber muy bien qué contestarle. Recordaba a la perfección el paseo que ambos habían dado por la ciudad de Roma y en especial el recorrido a la Fontana di Trevi. Como correspondía a la tradición, cada uno había arrojado una moneda con el pedido de los deseos. También evocaba cómo Mateo le había susurrado que quería con todas sus fuerzas que se cumpliera su deseo. No había sido casual que él no se despidiera con un adiós. Aún recordaba la imagen de él contemplándola antes que ella se alejara

rumbo al hotel.

—Isabel, creí que sería una buena idea verte.

—Por supuesto.

—Entonces deja de mirarme como si fuese un extraño. Yo no puedo olvidarme de tu visita a Roma.

—Ha pasado tiempo ya.

—Y veo que ya te has instalado muy bien.

—No he tenido otra alternativa, apenas llegué debí cumplir con una serie de obligaciones e hice lo que pude.

—Por lo que veo, no has cenado.

—No.

—A ver qué trajiste, ¿qué pensabas cocinar?

—Aún no lo había pensado —replicó dudosa frente a los pocos y variados alimentos que tenía frente a sí.

Una sonora carcajada irrumpió en la sala. Cuánto hacía que Isabel no escuchaba una risa que la contagiase. Desde la partida de Buenos Aires, un aura de angustia, tristeza y preocupación

la

había

acompañado

y

se

había

incrementado esos últimos días. Agradecía que, en esa jornada que había sido para el olvido, Mateo la abstrajera de la realidad que vivía.

—A ver qué se puede hacer con todo esto.

En su casa, ella se transformó en la ayudante de él, que le hizo cortar los vegetales que había e improvisó un guiso con unos pocos fideos que encontró. El aroma que manaba de la única cacerola que tenía parecía delicioso.

—Cuando era pequeño, mi madre se arreglaba con lo que hubiera para que a nosotros no nos faltara qué comer. Ella solía alimentarse como un pajarito. Con el tiempo me di cuenta del motivo. En un principio, creía que no comía lo suficiente debido al cansancio, luego de las largas jornadas de trabajo en el campo con mi padre. Sin embargo, con el tiempo descubrí que lo hacía para que los hombres de la casa, como solía decirnos, comiésemos por demás y estuviésemos fuertes.

Isabel notaba que, a pesar de no conocer lo suficiente a De Luca, cuando hablaba lo hacía desde el sentimiento que lo embargaba. Poco le importaba qué era lo que ella podía pensar al verlo emocionarse o reírse como un niño.

—Y ahora debe sentirse orgullosa de ti, de ver adónde llegaste.

—Me gustaría que así fuera.

Isabel sirvió con un cucharón en dos tazones descoloridos el guiso que él acababa de hacer. Los llevó hasta la pequeña sala en la que había dos sillones alrededor de una mesa baja.

—No sé si esto sirve —dijo al mostrarle una botella de vino que había encontrado en un estante de la alacena—.

Debe ser del anterior inquilino.

—A ver. —Miró la etiqueta—. Hemos tenido suerte de que le gustase beber buen vino.

—¿De verdad?

—Sí.

De inmediato, sirvió las dos copas que ella le había acercado y bebió un trago largo y pausado. Beber un buen vino era uno de los placeres que él disfrutaba.

—Hace tiempo que mi madre enfermó y, más allá de que hice todo lo posible para que contara con una buena asistencia, no resistió.

—Lo siento.

—Ha sido duro. No solo para mí, sino para mi padre.

—Por lo que cuentas, ustedes son muy unidos.

—Así es. Lo éramos los tres durante la época en que vivíamos en el campo. Luego yo debí abandonar el pueblo para hacer mi carrera. Irme de allí no me fue fácil. Parte de la familia de mi madre, junto a algunos primos, también campesinos, residían allí. Si no hubiera sido por la insistencia de que partiese para hacer mi camino, desconozco si lo habría hecho. Solo pude abandonar el lugar que me vio crecer cuando me aseguré de que ellos estarían bien.

—Es grato saber que te sientes agradecido por el apoyo de tu familia.

—¿Por qué no sería así?

—No sé, tal vez por pudor o porque ya estás en otra etapa de tu vida y has dejado atrás todo aquello.

—Isabel, soy un hombre que no reniega lo que ha sido ni se regodea de sus logros, y que valora lo que tiene delante.

Ella se sonrojó no por la copa de vino que acababa de beber, sino por cómo esos ojos miel se posaron sobre ella.

Sentía que se había transformado en el centro de Mateo y, para ella, era una sensación nueva, ya que Hans nunca la había hecho sentir de ese modo.

—Por eso he querido venir a verte. No me mires así, también he venido por una cuestión de trabajo y he aprovechado a ver a algunos parientes.

La visita le había permitido reunirse con Bernardo Attolico, el embajador italiano instalado en esa ciudad.

—¿Tienes familia aquí?

—Mi primo y su familia están aquí.

—¿Viven desde siempre acá?

—No, poco después de la muerte de mi madre y luego de que yo abandonara el pueblo, pensaron que emigrar aquí era una buena posibilidad. Los De Luca cada vez éramos menos, sin contar con los hermanos de mi padre que habían emigrado hacia tu país. Recuerdo cuando le sugerí a mi primo que tu tierra era una buena opción para que se instalara, pero no lo convencí. Al final decidió que venir aquí con su esposa e hijo pequeño era una mejor elección. Hace un tiempo largo que están acá.

—¿Y cómo están ahora con todo lo que sucede?

—¿Cómo crees?

—Desde que llegué, no dejo de sorprenderme por lo que ocurre y temo por lo que no veo, porque estoy convencida de que lo que subyace es peor.

—Es como dices. No obstante, pertenecer a una embajada te da cierta protección y debes sacar provecho de eso. En el lugar que ocupas, no debes temer por nada. El resto de la población no puede pensar lo mismo.

—¿Te refieres a tu familia?

—Así es. Estoy haciendo lo posible para sacarlos de Alemania.

Isabel se aferró a la copa porque de inmediato le sobrevino lo hablado esa mañana. Como si hubiera interpretado la duda que le atravesaba el rostro, él se lanzó a hablar.

—Mi madre pertenecía a una familia con un próspero negocio. Cuando conoció a mi padre, debió abandonar los sueños de mis abuelos, que creían que se casaría con un joven perteneciente a su círculo en vez de con un campesino. Pero a ella poco le importó, más allá de que le haya costado años poder recomponer la relación familiar, aunque cuando yo nací el vínculo estaba recompuesto. Fue así como pude criarme con mis primos, y uno de ellos fue quien se quedó en el pueblo. Cuando conoció a quien sería su esposa, decidió instalarse en Berlín y trabajar en una panadería.

—¿Cómo les ha ido?

—Bien hasta que la persecución judía comenzó. La familia de mi madre lo era y ese fue el principio del fin. Primero, debieron soportar los letreros insultantes en el escaparate del negocio, luego vinieron los cristales rotos junto a la falta de público para comprar. Lo que sobrevino fue sobrevivir en un lugar en donde no se los conociera. Desde hace tiempo, los estoy obligando a que dejen todo. Si no lo hacen ahora, luego será muy tarde. Su gente, sus amigos han sido arrestados y llevados a los campos de concentración. Ahora

mi primo está en un lugar medianamente seguro, pero la verdadera seguridad la tendrán cuando logre sacarlos de aquí.

—Aunque corras un riesgo muy grande para lograrlo.

—Nada parecido al que ellos viven a diario, escondidos y buscando subsistir como puedan.

—Esto puede acabar con tu carrera.

—Puede suceder si alguien se entera, pero confío en ti.

Isabel no dio crédito a la seguridad con que le había contestado a un hombre que apenas conocía, y que descontaba que podía complicarla en todo lo que ella había conseguido. Sin embargo, en ese instante valoró la confianza depositada en ella.

—En breve te enterarás de que las embajadas y los consulados son parte de todo esto.

—¿A qué te refieres?

—Conseguir un salvoconducto en una embajada a través de un visado en algún consulado es algo que sucede a diario y que se paga muy bien. Es más, para muchos es un negocio sumamente redituable.

—No se puede creer que haya gente tan vil como para lucrar con la necesidad ajena. Eso no sucede en donde trabajo.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Mateo. La inocencia y candidez de la joven lo atraía aún más. Ella recién comenzaba a trabajar y era normal que se enalteciera de los valores en los que creía.

—Isabel, no todo es lo que parece y el tiempo me dará la razón. Si quisieras acompañarme a Milán, verías cómo tu consulado vende las visas al mejor postor. Los judíos que buscan refugiarse fuera del

territorio europeo dejan todo lo que tienen en pos de abandonar estas tierras. Yo hago lo que puedo para colaborar con ellos, evitando ser parte de este engranaje burocrático.

Desde que se había declarado la guerra e Italia formaba parte de Eje, las persecuciones contra los judíos se habían agravado. Il Duce quería estar en consonancia con lo que marcaba el Führer y el rigor en el cumplimiento en las sanciones antisemitas se acataba a rajatabla. Por ese motivo, se inició la persecución a los judíos extranjeros de países enemigos y los que habían escapado de Alemania.

—No lo puedo creer, ¿por qué lo haces?

—Quizás porque sea el legado de mi madre. Por ella y por sus raíces, que también me pertenecen y que han estado ocultas por el apellido de mi padre. Mi primo tuvo esa suerte.

—Cuesta creer que todo esto suceda.

—Te entiendo, porque recién te estás familiarizando con todo esto. Y haces bien en confiar en lo que te digan tus superiores, pero debes entender que no todo lo que se proclama en nuestro ámbito es lo que parece.

—Yo…

—Isabel, no necesitas contarme algo que piensas que puede comprometerte. Hace años yo estuve en tu lugar, pero eso ya pasó. En una guerra cada uno debe tomar partido, cada cual hace su propio negocio y elige a qué bando pertenecer.

—No entiendo cómo no se han tomado represalias contra los funcionarios que acceden a esto.

—Si lo permiten, es porque se esconde otro interés. Cada uno hace lo que puede, aunque no todo sale como uno lo espera.

—¿A qué te refieres?

—Hace tiempo ayudé a un contingente judío a abordar el barco Conte Grande que salió de Génova con destino a Buenos Aires. Lo hicieron en pésimas condiciones, en las únicas en que podían viajar, pero con la ilusión y convicción de que en otra tierra encontrarían cobijo luego de haber

sido arrancados de la propia. Cuando llegaron a destino, las

autoridades argentinas no permitieron su ingreso; eso provocó una locura en los pasajeros convencidos de que salvarían su vida en esa nueva tierra. En aquel momento, muchos creyeron que serían arrestados para ser deportados y, ante la desesperación, se arrojaron a las aguas del río.

Fue un verdadero caos. La funesta travesía concluyó cuando fueron aceptados por Chile, que les abrió las puertas. Como ves, el apoyo a las directivas alemanas por parte de tu país es importante, aunque no se diga o se intente ocultar.

Admitirlo sería desnudar una postura política que se busca esconder. Sin embargo, nadie quiere quedar fuera de algún negocio, aunque ese sea quitarles el poco dinero a los judíos que empeñan sus ilusiones con lo poco que les queda. Y

puedo asegurarte que el de las visas lo es.

—Me siento más confundida que antes.

De Luca se inclinó para envolver sus manos sobre las de ella.

—Isabel —dijo y parecía clavarle los ojos—, te he contado esto para que estés más alerta y sepas que no siempre la verdad corre por un solo sentido.

La confusión en la mente de Isabel se disparaba en varios sentidos. El roce de esos dedos sobre los suyos la sobrecogió. El fuerte impacto de lo dicho sobre lo que sucedía se sumaba la cercanía de Mateo.

—Ayer estuve visitando a la familia de mi prometido.

Ella necesitaba ser clara para evitar alentar algo que entre ellos no podía ser. Él continuó deslizando sus caricias en las finas manos de la joven sin inmutarse por lo que ella había manifestado.

—Y por lo que veo, él no está a tu lado.

—No, pero vendrá en cualquier momento.

Era imperioso para Isabel detener un avance de Mateo que complicaría todo.

—Isabel, nada de lo que me digas respecto a él hará que cambie lo que siento ni lo que me sucede contigo. Y vuelvo a decirte que yo jamás dejaría que mi mujer estuviera sola en otro país, o que conociera a mi

familia sin mí. Tu visita a su familia no me cambia la alegría que tengo por estar ahora contigo, porque he pensado en ti cada día desde que te fuiste.

De Luca la abrumaba con la manera en que le confesaba lo que sentía. Le sería más fácil convencerse de que él le mentía, pero él no ocultaba jamás lo que sentía, y sus palabras se oían sinceras.

—Será mejor que me vaya.

Isabel se incorporó de inmediato. Creía que al dar por finalizada la velada, le evitaría a ella cometer un error del que podría arrepentirse más adelante. Acompañó a Mateo hasta la puerta. Quería que se fuera, pero sentía un vacío al saber que lo haría.

—Quiero volver a verte —le resopló él sobre los labios.

Poco después, la besó sin poder controlar los fuertes deseos que tenía. Lamió esos labios y se adentró en la boca para saborearla y bucear en ella. La conmoción de Isabel fue absoluta. Nunca antes se había sentido ni deseada ni querida como en ese instante. Nada de lo vivido con Hans se comparaba a él. Cuando finalizó ese beso codicioso y lleno de promesas, deslizó el pulgar por los labios que acababa de saborear.

—Yo espero que, la próxima vez que nos veamos, desees tanto como yo volver a besarnos y estar juntos.

Le hubiera encantado contestarle que eso no sucedería, que estaba enamorada de otro hombre y que no deseaba volver a verlo, pero no podía siquiera comenzar a esgrimir el primer argumento.

—Pasaré a verte no bien pueda desocuparme de mis cosas.

—Ten cuidado.

—A partir de ahora—dijo al acercársele—, seré más cuidadoso.

Lo acompañó en silencio hasta la puerta. Él le lanzó una última mirada antes de salir por la puerta principal y alejarse fundiéndose en la oscuridad de la noche. Envuelta en una maraña de sensaciones, giró para regresar al apartamento sin darse cuenta de que Úrsula era una de las que ingresaba por la puerta principal. Se detuvo como si le debiera explicaciones a su compañera de trabajo. Temía que en el rostro se le trasluciera lo vivido minutos antes con Mateo, sin dudas, la culpa la rondaba y desconocía cómo detenerla.

—Veo que hoy has tenido un día ocupado.

La mirada de Úrsula se había desviado por donde Mateo había salido. No se le escapó a Isabel el gesto de suspicacia de su amiga.

—Es solo un amigo que vino a verme.

—Me imagino.

—Mañana hablamos.

—Que descanses.

Bajo la atenta mirada de su vecina, Isabel se fue al apartamento. Se sirvió lo poco que quedaba de la botella de vino y lo bebió de golpe. Necesitaba anestesiar el alboroto que albergaba en su interior.

CAPÍTULO 9

Las semanas discurrían con un ritmo furioso. Gabrielle se había adaptado al trabajo y se encontraba a las corridas para cumplir con la nueva actividad. Su situación en la agencia había cobrado cotidianidad con el personal que allí trabajaba. En ese tiempo se había trasformado en una más; quizás no estar en permanente contacto con Brandon ayudaba a la situación. Sabía que él dejaba indicaciones; por más que no se lo dijera, había instrucciones sobre lo que ella debía hacer. Eran notorias las largas y asiduas ausencias de él. Gabrielle desconocía el motivo y creía que lo mejor era que no insistiese en averiguar más sobre su vida, porque estaba convencida de que él ya la había recompuesto.

En medio del trajinar cotidiano, había logrado contactarse con Marie, que formaba parte de la Cruz Roja. Las nuevas ocupaciones de ambas les habían complicado la posibilidad de verse; no obstante, el deseo por acompañarse pudo más.

Marie le comentó que estaría en una misión en el centro de la ciudad y que, una vez que terminase, la esperaba en la confitería que se encontraba cercana a donde estaría.

Gabrielle no dudó en arreglar los horarios de su agenda para estar libre a la hora acordada. No veía la hora de poder hablar con alguien; estaba inmersa en una soledad muy grande y la situación que se vivía era angustiante.

Gabrielle se había presentado en el despacho de Bernard para avisarle que se iría, más allá de que el horario no hubiese finalizado.

—Por supuesto que puedes, has estado cumpliendo por demás con todas las actividades de la agencia.

—Esa es mi obligación, pero le agradezco porque tengo una cita y no quisiera llegar tarde.

—Si es así, no me gustaría importunar.

—Es una amiga que quiero ver hace tiempo, cuyo trabajo en la Cruz Roja la tiene a mal traer.

Sin saber por qué, le aclaró lo que haría en su tiempo libre; su compromiso solo era con el trabajo en la agencia; el resto pertenecía a su ámbito privado, aunque en el último tiempo, en su vida todo estaba

muy mezclado.

—Gabrielle, ve. Yo me quedaré hasta tarde, ya que tengo cuestiones que resolver.

—Si necesita…

—De ningún modo. Desde que has ingresado, no has hecho otra cosa que dedicarte como pocos al trabajo.

—Hasta mañana.

—Nos vemos.

Salió rauda de la agencia, no quería que algo más la distrajera y, como solía hacer últimamente, tuviera que quedarse más de lo que correspondía allí.

A poco de llegar a la cercanía del lugar indicado, vislumbró la estación de tren, el punto de referencia para el encuentro. Al observar los alrededores, contempló un movimiento mayor al de otras veces y no imaginó cuál sería el motivo. Sin dudarlo, hizo caso a su instinto y se desvió del camino; enfiló hacia allí para cerciorarse de lo que sucedía.

No bien alcanzó la gran edificación ferroviaria, levantó la vista para controlar el horario en el amplio reloj que pendía de la pared central. Vio que había llegado antes de la hora indicada para el encuentro que se celebraría en la esquina,

y se adentró en el recinto. Desde el majestuoso y abovedado techo construido con vidrio y hierro, ingresaban resabios de un atardecer que se apagaba poco a poco.

Caminó hacia un sector más tranquilo para evitar la conglomeración de personas que transitaban alrededor.

Desde allí podía ver con claridad lo atestados que estaban los andenes. Las formaciones que llevarían al pasaje a distintos destinos aún no habían partido. Los inspectores ferroviarios se fundían con el personal de la Cruz Roja, que ordenaban a los pasajeros allí presentes. Gabrielle no dudó en tomar la cámara de fotos que la acompañaba adonde fuera. Con precisión midió la luz para obtener una buena iluminación y buscó el encuadre que permitiese registrar las tomas que quería. De inmediato, comenzó a captar una serie de imágenes que la conmovieron hasta los más profundo de su ser. Intentó mantener

firmes los dedos para no dejarse llevar por la emoción que significaba contemplar esas imágenes que cobraban sentido a medida que tomaba las fotografías y entendía lo qué sucedía a metros de ella.

Una gran cantidad de mujeres desfilaban por allí llevando de las manos a sus pequeños. Otras tantas arropaban a sus bebés en sus brazos envueltos en mantitas y gorros de lana para cubrirlos y protegerlos del frío. En los rostros femeninos no había algarabía ni alegría ante el inminente viaje. No disfrutarían de pasar un tiempo libre con ellos ni conocerían nuevos lugares. A pesar de que la esperanza les coloreara el espíritu al saber que era la mejor y más dolorosa decisión que podían tomar, la tristeza las enlutaba a todas ellas. El rostro de esas madres estaba enmudecido y acongojado ante la partida de sus hijos. Sin embargo, no dejaban de contarles a los niños la aventura que sería viajar en ese tren sin ellas, las andadas que compartirían con los nuevos amigos que, como ellos, abordarían la formación.

Cada una de ellas les aseguraba que durante el trayecto no

dejarían de participar en juegos y que se contarían otras historias tan atrapantes como las que les relataban antes de dormirse. Mientras les aseguraban las bondades de compartir con el resto de los niños aquel viaje, esas madres no dejaban de ocultar las lágrimas que pugnaban por salir.

Solo debían esperar unos minutos a que el ferrocarril partiese para dar rienda suelta al llanto contenido, que les estrujaba la garganta y les comprimía el corazón. El convoy sería comandado por parte del personal de la Cruz Roja, bajo la misión de evacuar a los niños de la ciudad y llevarlos a un lugar seguro y menos riesgoso. En la mayoría de los casos, ellas debían quedarse para hacer frente a la guerra que se estaba librando. Lo único importante era sacar a sus hijos de la tierra en conflicto y llevarlos a un mejor lugar.

Algunos voluntarios de la Cruz Roja se encontraban allí para ordenar y brindar la tranquilidad a esas madres que dejaban en sus manos la partida de sus hijos. La orden por megáfono anunció que el tren saldría en minutos. En segundos sonó el silbido que anunciaba la partida. Los niños, desde el interior de los vagones y pegados al cristal de las ventanas, saludaban con confusión y desconcierto a sus madres, que aguardaban en los andenes que el convoy partiese, para saber que al fin ellos estarían a salvo. El sonido del traqueteo de la formación que se alejaba se confundió con el llanto desgarrador de las madres que acababan de despedirse de sus hijos con la esperanza de que algún

día volvieran a reencontrarse.

Gabrielle no tuvo fuerzas ni valor para acercarse a alguna de ellas para brindarle una palabra de aliento. La conmoción era absoluta; no había consuelo posible ante semejante situación. Aguardó allí, unos instantes, mientras el lugar se iba desalojando y los andenes aguardaban ser poblados por los nuevos pasajeros que buscaban abordar el ferrocarril hacia un nuevo destino. En medio de la conmoción, atisbó a

Marie que, como ella, se había quedado allí esperando salir del estado de estupor en el que se encontraba. No bien se localizaron, caminaron hacia la puerta de salida y se estrecharon en un fuerte abrazo.

—Necesito tomar lo que sea, pero algo fuerte y caliente.

—Yo también.

A pesar de la situación política que se vivía, los bares y reductos nocturnos funcionaban como habitualmente. Claro que no siempre se conseguía lo que se deseaba tomar y los costos era altos, debido al mercado negro que había comenzado a funcionar con algunos productos y, en especial, con las bebidas que se consumían dentro. La merma se debía a que la prioridad estaba centrada en cubrir las necesidades de alimentos de las tropas. En definitiva, una de las pocas industrias que estaba en su punto máximo de apogeo era la de armas, que se comercializaban al mejor postor.

—Nunca imaginé que íbamos a vivir esto.

—Parece una pesadilla de la que espero que nos despertemos cuanto antes.

—Al menos me siento útil en la Cruz Roja.

—Lo que he visto hoy ha sido grandioso. Ningún otro trabajo puede ser tan importante como la colaboración que prestas.

—De eso me di cuenta a poco de ingresar. No te imaginas todo el esfuerzo que tenemos pendiente.

—Y supongo que se irá acrecentando a medida que las necesidades aumenten.

—Así es, aunque no siempre nos dan lo que pedimos. Si bien se está organizando un nuevo servicio de ambulancia, Hélène, una de las más

activas y entusiastas en la organización, nos explicó que éramos más que simples enfermeras. Por eso, solicitó ante el Ministerio de Guerra servir al país, pero con el uniforme francés.

—Y se lo negaron.

—Así es. Del mejor modo, le contestaron que en esta guerra ninguna mujer pondrá un pie en el frente.

—Es lo que he estado escuchando desde que el conflicto armado estalló. Sin embargo, y a pesar de estas limitaciones, creo que irnos del diario fue lo mejor que pudimos hacer.

—Coincido, y dime cómo te va en la agencia.

En ese momento, no se encontraba con ánimo para confesarle la aparición de Brandon. Tampoco para decirle cómo se sentía al respecto, porque vivía en una eterna contradicción respecto a los sentimientos que tenía.

—Bien, de a poco me estoy acercando a lo que deseo, aunque sabes que me será muy difícil estar con las tropas por lo que acabaste de decir.

—Sí, aunque, si la necesidad es grande, levantar la restricción.

—Por otro lado, no dejo de pensar en mis padres.

Ellos no habían dejado de arbitrar los medios para lograr que Gabrielle viajase hasta donde estaban. Hacía poco ella había recibido un telegrama en el que le rogaban que dejara todo, aunque eso no estaba en sus planes.

—No creo que soporten quedarse lejos de ti.

—Allí están más seguros, y estoy convencida, por lo que me manifestó mi madre, de que la idea de permanecer en los Estados Unidos es solo para evitar que mi padre, de algún modo u otro, se una a las fuerzas. Esta vez su cuerpo no lo soportaría, y mi madre lo sabe. La herida de guerra, que lo hizo permanecer hospitalizado meses en la Gran Guerra, le ha dejado algunas secuelas. Y entiendo lo difícil que debe ser para ella sosegarlo, inclusive debe ser complejo para mi madre, que como tú se había unido como voluntaria. Nada es fácil en este momento. Solo el tiempo determinará cómo sigue todo.

Marie bajó la vista hacia el café tibio, al que contemplaba en medio de

los pensamientos que no dejaban de dar volteretas en su mente.

—¿Has tenido noticias de Pierre?

—No he recibido noticias. Aunque lo intento, no puedo evitar angustiarme al pensar que está en el frente. Supongo que debe estar aclimatándose a semejante cambio.

—Seguro que debe ser así.

—Cuando sepa algo de él, te avisaré. Sé que lo tenía muy feliz complacer a su padre. Sin dudas fue por él por quien asumió la responsabilidad de presentarse ante la milicia.

—Tampoco le quedaba otra alternativa con la familia que tiene.

Las veces que Marie había estado con él notaba que había dos cuestiones que a Pierre lo desvelaban: una era estar en consonancia con lo que su familia esperaba de él y la otra era ganarse el amor de Gabrielle, parecía que no se detendría hasta conseguirlo sin importar lo que sucediera a su alrededor.

—En eso tienes razón.

La conversación que mantuvieron poco se parecía a la sostenida tiempo atrás. A pesar de las penurias del dolor y la inquietante situación que vivían, ambas intentaron poblar de anécdotas pasadas la charla para evitar el sabor amargo de lo que habían visto horas antes.

Si bien haberse encontrado y conversar con Marie le había aliviado la angustia y tristeza que la embargaba, desde el mismo instante en que pisó la estación de tren, había tenido una sensación que aún conservaba. Sabía que no se la podría quitar de encima y que irse a su casa no la aliviaría. Por ese motivo, consideró que regresar a la agencia sería lo mejor para trabajar sobre el material obtenido y tenerlo listo a primera hora. Necesitaba poner mano

sobre

aquellas

fotografías

que

la

habían

conmocionado tanto para darlas luego a publicidad.

Entonces regresó por el mismo camino. La diferencia era que la noche había caído y, seguramente, pasaría un buen rato trabajando sin saber a qué hora regresaría a su casa.

No sería la primera vez ni tampoco la última. A veces los pedidos venían a última hora de la tarde y se debía tener listo el material en la mañana siguiente. Estaba acostumbrada a trabajar contra reloj; su actividad en el periódico había sido una prueba de fuego.

El ritmo en la agencia a esa hora del día era otro. Al ingresar, vio que el escritorio de la asistente estaba vacío.

Unas pocas luces se encontraban encendidas. Caminó por el pasillo que la llevaba hasta el cuarto de revelado, donde pasaría la mayor parte de su tiempo. Antes, saludó a dos compañeros que recién acababan con sus tareas y abandonaban el lugar.

—¿Tienes para mucho?

—Yo creo que sí.

—Entonces nos vemos en unas horas.

Una vez dentro del cuarto de revelado, se entregó a mejorar las imágenes tomadas y a encontrar el espíritu y sentimiento de quienes había retratado en aquella estación de tren. Centró la mente en aquellas historias que cobraban vida con el revelado y logró abstraerse de todo lo que la rodeaba hasta que unas voces del exterior comenzaron a distraerla. A medida que los minutos pasaban, el sonido se incrementaba. No podía identificar quiénes eran, pero se sorprendió de que ese intercambio se diera a esa hora de la noche. Ordenó lo que estaba haciendo, para no echar a perder el trabajo realizado hasta ese momento, y abandonó el cuarto para saber qué ocurría. Cuando salió al pasillo, comprobó de cuál despacho provenían las voces e identificó con precisión a quién pertenecía una de ellas. Esa voz que le erizaba todo el cuerpo. Se acercó hasta la oficina de

Brandon, cuya puerta se encontraba entornada. Nunca había fisgoneado en otro despacho, pero no pudo evitarlo, porque aún

continuaba intrigada sobre la vida que él llevaba. Todo lo que ella creía de Brandon estaba en las elucubraciones que había hecho, pero nada parecía ajustarse a la realidad, menos cuando se detuvo frente al quicio de la puerta y escuchó a través de la hendija lo que se decía allí dentro.

—Hijo, sabes la importancia de este encargo.

—Hago lo que puedo.

—Pues debes poder más. Si lo hicieras, no estarías al frente de todo esto.

—Eso ya lo hemos hablado, y no deberías estar aquí. Todo lo que quieras hablar lo haremos en la empresa.

Aaron Dubois asintió no muy convencido de los dichos de Brandon. Él era un hombre que no aceptaba que le dijeran qué hacer ni cómo conducirse, menos aún que las instrucciones partieran de su hijo. Solo había un motivo para tolerar ciertas impertinencias: Brandon se estaba comportando como él había soñado desde hacía tiempo.

Atrás había quedado el capricho de continuar con el trabajo en aquel diario. Desvincularse de Le Figaro había implicado dar por finalizada la relación con aquella joven que solo le había traído problemas a él y, por supuesto, a su hijo. Al fin todo volvía a ser como tanto lo había deseado; había sabido conducir su próspera empresa para darle un cambio de timón gracias a los contactos necesarios. En ese momento, cuando el mundo parecía desfallecer, él y sus negocios renacían. No podía pedir más si a eso le sumaba la participación de su hijo.

—Y lo que aún no te he comentado es que viene hacia aquí alguien muy especial para ti.

—La vez pasada he estado con ella.

—Pues bien. Sabes lo beneficiosa que es para mi negocio, bah, nuestro negocio, esa joven. Además, ella acaba de…

—Lo sé.

Un fuerte vahído convulsionó el cuerpo de Gabrielle, que no dejaba de atar cabos en el poco intercambio que había escuchado. No necesitaba oír más para darse cuenta de cómo había cambiado todo. Por el temblor que se le había apoderado del cuerpo, dejó caer un carrete que llevaba en la mano que aún estaba en su envoltorio plateado.

Necesitaba salir de ahí cuanto antes y permanecer en un lugar seguro, así que, como una saeta, enfiló por el mismo camino hasta encerrarse en el cuarto de revelado.

La penumbra era absoluta; solo un pequeño foco de color púrpura permitiría revelar las imágenes con absoluta fidelidad. De no tener sumo cuidado, el material dañado sería irrecuperable. Creyó que podía concentrarse en lo que hacía, pero no dejaban de temblarle las manos y le retumbaba en la mente el diálogo de Brandon con su padre.

Las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas sin poder controlarlas. En medio del ensimismamiento, no advirtió que alguien había ingresado. No había escuchado el chasquido de la puerta al abrirse, tampoco notó ningún resquicio de luz proveniente del pasillo. No obstante, supo que Brandon estaba a pocos metros de ella. Podía sentirlo y olerlo; siempre había sido así.

—Gabrielle, necesito que hablemos.

A pesar de la opacidad del recinto, atisbó la figura de él recortada en la oscuridad. Ninguno de los dos podía vislumbrar los gestos del rostro del otro; solo las inflexiones de las voces marcaban la necesidad, la urgencia y el reclamo de lo que ambos necesitaban decirse.

—No quiero hablar contigo. Está todo muy claro —

contestó en un susurro.

—No lo creo.

Y otra vez, él asomaba con esa seguridad que siempre había tenido y de la que ella carecía. Desde que había estado con él, Gabrielle sentía que caminaba en un terreno fangoso y al parecer aún no había logrado salir de allí, porque se enterraba, cada vez más, en un lodazal.

—¿Qué vas a decirme?

Hacía tiempo se había jurado no regresar a lo vivido la última noche en que ambos se habían despedido. El único aliciente que ella había tenido para calmar la angustia que significaba distanciarse de Brandon había sido el motivo por el que él se alejaba. Y una vez más, regresaba a aquella habitación a la que él había ingresado por la ventana para despedirse y aclararle el motivo. A pesar de que ella le había suplicado que no se fuera, él le había recalcado que nada tenía que ver el profundo amor que por ella sentía.

Aquel diálogo cobró vida en su mente: “Sé lo que quieres hacer y alejarte no es la solución. No te vayas”. “Debo hacerlo; no es por ti, sino por todo lo que me rodea.

Necesito poner distancia para empezar de nuevo”. “El daño que mi padre ha hecho es incalculable; vuelvo a decirte debo alejarme de él y de todo lo que fui alguna vez”.

—Si mal no recuerdo, te fuiste de mi lado para poner distancia de los tuyos, en especial de tu padre, que había sido el causante de lo ocurrido con mi familia. Pero el tiempo cambia la perspectiva de las cosas, ¿verdad? Al menos era así como pensabas cuando te despediste de mí.

—No te imaginas lo que he hecho durante estos dos años.

—Retomar una vida y dejar atrás lo que vivimos juntos.

No me cabe duda de que eso es lo que has hecho.

—Gabrielle —susurró.

—Vete, por favor.

En medio de la oscuridad, esa mirada grisácea refulgía cada vez que se centraba en ella. En el tiempo en que él se había alejado de Gabrielle, no había dejado de tomar

decisiones que guardaba bajo siete llaves. Varias cuestiones habían cambiado para él y, cuando creyó que había llegado el momento de dar un paso más, todo volvió a complicarse y le impidió avanzar. Lo único que tenía claro era que el tiempo aclararía ciertas cosas, pero tiempo era lo que ella no estaba dispuesta a dar. Ya no. Él no necesitaba que las luces la alumbraran para saber cómo se sentía ni lo que estaba pensando. En medio de la penumbra del recinto, podía descifrar los gestos que le atravesaban el rostro, sentir la tensión que se le había apoderado del cuerpo y notar las lágrimas que derramaba por su culpa.

—No sé si me duele más haberte visto con tu padre del modo en que te encontré o saber que estás con otra mujer.

De un modo u otro, ya elegiste, y me quedó muy claro que yo nunca fui una elección posible para ti.

Un silencio ominoso flotó entre la tiniebla del lugar. Solo unos

segundos restaron para que él echara luz a la situación.

—Quizás tengas razón.

Eso era lo mejor que él podía decirle si en verdad quería seguir adelante. Estaba convencido de que ese no era el momento de hablar, más allá de los fuertes deseos que tenía. Alguna vez, le había dicho a Gabrielle que él era paciente y lo estaba poniendo a prueba, sabía que debería armarse del temple necesario para continuar. En ese instante, él retrocedió hasta la puerta para salir de allí, sin que ella pudiese ver la mirada atormentada que cruzaba por esos ojos grises.

Al escuchar que la puerta se cerró de golpe, ella se derrumbó; se quedó acuclillada en un rincón del cuarto oscuro. No era dueña de su cuerpo que convulsionaba sin tregua. Rogaba poder exorcizar el profundo sentimiento que aún sentía por Brandon. Necesitaba recomponer su vida, y

quizás lo que él acababa de decirle sería el comienzo del fin al saber que de nada valía luchar porque estaba todo terminado. Ese sería un buen comienzo para el olvido.

Las primeras luces del amanecer encontraron a Gabrielle con el trabajo terminado y sin que le quedase alguna lágrima por derramar. Acababa de dejar en el despacho de Bernard las fotografías listas cuando él asomó por la puerta.

—Parece que esta mañana todos nos hemos caído de la cama.

—Bernard, aquí le dejo este material que quizás le interese.

—Siéntate, que traeré café para despejarnos.

—Yo me iba.

—Gabrielle, no vas a rechazar un café que te ofrece tu jefe.

Ella supo que no podía contradecirlo y se sentó a esperarlo. Algo caliente y fuerte era lo que necesitaba en ese instante. Poco después, Bernard, trajo sendas tazas y se ubicó detrás del escritorio. Con una mano sostenía la taza de café y con la otra deslizaba las fotos que estaban sobre la mesa. Las observó con detenimiento y luego levantó la mirada para observar a la joven que estaba frente a él. Sin dudas ella estaba devastada; las aureolas rojizas debajo de los ojos hinchados junto a la expresión de cansancio y agotamiento en el rostro denotaban el agotamiento que tenía.

—Es un trabajo magnífico.

—Gracias.

—¿Cómo supiste que allí sucedía esto?

—Me enteré por casualidad, aunque supe que algo sucedía no bien lo vi. Quizás el instinto hizo que me presentara allí en el momento indicado.

—Sucedió cuando ibas a encontrarte con tu amiga,

¿verdad?

—Así es, a una cuadra del lugar en que iba a verme con Marie.

—Nunca dudé de que tenías el talento necesario y no me equivoqué en aceptar que estuvieras en esta agencia.

—Justamente de eso quería hablarle.

—Escucho todo lo que tengas para decirme en la medida que no sea pretender abandonar el trabajo.

—Creo que eso sería lo mejor que podría hacer.

—Te equivocas.

—No, y le pido que me entienda. Hay cuestiones personales que me hacen pensar que esa es la mejor decisión que puedo tomar.

—Gabrielle, supongo que tiene que ver con mi socio. No me interesa involucrarme en lo que haya sucedido entre ustedes, pero, si se debe a él, puedo asegurarte que durante un tiempo se ausentará. No deberás verlo ni cruzarte con él.

—Yo…

—Escúchame, soy responsable de lo que te digo, ¿lo pones en duda?

—Por supuesto que no, pero dudo de que para mí sea lo mejor quedarme aquí.

—Ya te lo he dicho en una oportunidad y te lo confirmo ahora. En este trabajo, me reportarás solo a mí, igual que parte del personal que trabaja aquí. En cuanto a Brandon, será tan solo un fantasma.

Sin quererlo, él había definido a la perfección en lo que Brandon se había transformado para ella.

—Necesito descansar y pensarlo.

—Gabrielle, necesitas descansar porque estás agotada, pero no quiero que pienses más lo que es una decisión ya tomada. Esta agencia te necesita y haré lo que sea para convencerte de que debes estar aquí.

En medio de una madrugada para el olvido, Gabrielle agradecía que alguien le hablara de ese modo. Sentirse reconocida por el trabajo era el único aliciente que tenía para continuar.

—Hazme caso y vete a descansar, que ya verás todo bajo un cariz diferente.

En los oídos de Bernard sonaba la conversación que había mantenido con Brandon entrada la madrugada, cuando se había apersonado en su apartamento. Bernard acababa de levantarse de la cama ante el insistente sonido de la puerta del apartamento. Los golpes retumbaban con mayor intensidad en mitad de la noche. A los trompicones alcanzó la puerta; cuando la abrió, asomó Brandon con una expresión como si lo llevara el diablo. El aspecto pulcro que solía tener había desaparecido; unas cuantas copas de alcohol marcaban el surco de sus ojos. Ni siquiera esperó a que le abriera la puerta: entró bruscamente.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué te pasa? Últimamente, estás cambiado. No lo niegues.

El dueño de casa no salía del estupor al verlo en el estado en que se encontraba. En el poco tiempo que había transcurrido, habían mantenido conversaciones, todas en un tono elevado. No era habitual que ambos mantuviesen discusiones, menos sobre el trabajo. En verdad era sobre lo único que hablaban. Brandon se había cerrado y no había modo de acceder a él, aunque todo había cambiado desde el ingreso de Gabrielle a la agencia.

—Quiero pedirte un favor.

Su socio volvía a sorprenderlo, porque Brandon no era un hombre de pedir favores, jamás lo había escuchado hacerlo.

Si cometía errores, los resolvía solo, parecía no necesitar de nadie para solucionar los embrollos en los que se metía. Sin embargo, eso había cambiado, y estaba seguro de que se hablaría de la fotógrafa.

—Quiero que hagas lo imposible por retener a Gabrielle en la agencia.

—¿Qué le hiciste?

—Bernard, lo que dije o hice no está en discusión; solo te estoy pidiendo que hagas lo necesario para que ella se quede.

—¿Por qué ella?

—Sabes que es una muy buena fotorreportera y está comenzando una nueva carrera con nosotros.

—Si crees que me vas a despertar a mitad de la madrugada, luego de haber bebido unas cuantas copas de alcohol, para hablarme del talento de ella, es que consideras que tienes un socio imbécil, y no creo serlo.

—Nunca diría que lo eres, pero tampoco debo darte mis razones de este pedido. Cuando nos unimos para fundar esta agencia, confié en ti, luego de que lleváramos un largo tiempo sin vernos, ¿verdad?

—Así es, y me diste una oportunidad. Yo no contaba con el dinero suficiente para el emprendimiento.

—Pero sí con el deseo suficiente para armar la agencia que buscabas.

—No sé por qué traes a colación nuestros comienzos.

—Porque en aquel momento me dijiste que estabas en deuda conmigo, ¿lo recuerdas?

—Claro que sí.

—Pues bien, llegó el momento de cobrarme esa deuda que tienes.

—Y lo haces por Gabrielle.

—Te pido que hagas lo necesario para que ella se quede.

—¿El pedido no incluye contarme el motivo por el que quieres tenerla en la agencia?

—No. Si mal no recuerdo, cuando me pediste aquel favor, no te pregunté mucho más. Solo confié en ti. Ahora deberás hacerlo conmigo.

Un silencio significativo los sobrevoló. Bernard sabía que no obtendría

mayor información y que de nada servía insistir.

—Cuenta con eso. Haré lo que me pides.

—Bien, ahora puedo irme tranquilo.

El dueño de casa vio cómo Brandon ponía fin a la conversación sin demasiadas explicaciones.

—Me has dicho que haga lo que sea, ¿verdad?

Él se detuvo frente a la puerta antes de abrirla y giró para hacerle un último comentario.

—Lo que sea para que se quede sin dañarla, porque para eso estoy yo. Eso sí, mantente fuera de su alcance, porque, si no, seré yo quien deba recordarte cómo son las cosas.

—Según parece, lo debo tomar como una velada amenaza, por si intento algo con ella.

—Bernard, hace un rato me preguntaste si yo creía eras un imbécil y te dije que no. No me hagas cambiar de opinión.

Abandonó la sala y el dueño de casa se quedó con mayores dudas e incertidumbres que certezas sobre Brandon Dubois.

*

—Pienso que otro café va a espabilarme y no creo que pueda descansar si voy a mi casa. Lo único que me aliviaría sería dedicarme a trabajar.

Gabrielle necesitaba anestesiar la mente de los pensamientos que no habían dejado de atormentarla durante toda la noche. Abocarse a trabajar y ocupar su cabeza en fotografías ajenas, nada que tuviera que ver con su pasado, le aliviaría el alma. Por lo demás, sabía que aún no estaba preparada para abandonar ese lugar. Odiaba

comprender que, más allá de haber descubierto ciertas cuestiones muy dolorosas para ella, había un lazo invisible que aún no se había cortado y la mantenía unida a él.

Rogaba cuanto antes lograr darle el corte definitivo y salir indemne. Eso sería cuando pudiera saber toda la verdad que la rodeaba y la

mentira que había abrazado a Brandon Dubois durante todo ese tiempo.

—En vez de tomarlo aquí, hagámoslo afuera. Tengo que cumplir con un compromiso laboral, e ir a ver a un cliente para llevarle en persona un material. En el camino podemos desayunar. No sé a ti, pero a mí me hace falta ingerir algo para comenzar mejor el día.

—Gracias, no sé si podré comer algo, pero el fresco de la mañana seguro me va a espabilar.

—No se hable más. Voy a darle algunas indicaciones a mi asistente para dejar todo listo para cuando nos vayamos, aguarda aquí.

Bernard se fue del despacho con el convencimiento de que cumpliría en parte con la deuda que tenía con Brandon.

No podía olvidarse de cuando la había visto ingresar a su oficina. En aquel momento hubo algo que lo atrapó. No sabía si los fuertes deseos de conseguir el trabajo, la pasión desbordante que emanaba al hablar sobre lo que deseaba hacer o la simple belleza de esa joven muy atractiva.

Desconocía si todo aquello había hecho que Brandon actuase del modo en que lo hacía, inclusive obligándolo a cumplir una deuda solo por ella. Sin lugar a dudas, él no necesitaba saber la importancia que la joven había tenido o tendría en la vida de Brandon. Entendía que nada sería fácil entre ellos, si no, su socio no habría recurrido a él en medio de la madrugada para que retuviese a Gabrielle del modo que fuera. Pues bien, él haría lo imposible no solo por retenerla, sino para ser alguien necesario para ella, y luego

transformarse en un ser importante en la vida de la joven. El tiempo de descuento había comenzado para cumplir con su cometido, y la ausencia de Brandon aportaría lo suyo.

CAPÍTULO 10

La situación política se complicaba día a día, y la ciudad había dejado de ser lo que era para transformarse en un lugar en donde los alimentos comenzaban a faltar. No era fácil conseguir los productos de primera necesidad y la gran demanda provocó el auge del mercado negro. Conseguir ciertas provisiones se había transformado en un lujo para unos pocos. Los largos meses transcurridos habían servido solo para acrecentar el conflicto bélico de los distintos frentes. Y a pesar de los fuertes deseos de triunfo del pueblo francés, sucedió algo inesperado. La invasión alemana en el norte de Francia, más precisamente en Dunkerque, hizo que todo cambiase. Nadie habría esperado una derrota gala. Se contaba con el poderío de las fuerzas por tierra, mar y aire, pero bastaron solo seis semanas para dar por acabado todo y dejar al pueblo francés bajo el yugo alemán. La humillación cubría a los franceses, que sabían que en breve deberían soportar una invasión.

Poco después, de manera precipitada el Gobierno de París debió refugiarse en Burdeos ante el avance de las tropas alemanas. Tras varias reuniones de las autoridades, se creyó conveniente recurrir a un armisticio. En él se había convenido que el Ejército alemán ocuparía la mitad norte de Francia y toda la costa atlántica hasta España. Allí no se

permitiría que patrullase ninguna fuerza paramilitar francesa y las armas debieron ser entregadas bajo amenaza de muerte.

A raíz de eso, en pocas semanas el Parlamento francés se había convocado en Vichy, una ciudad ubicada en el centro del país, no ocupada, y desde allí gobernaría. Con una nueva constitución y nuevos poderes, el mariscal Pétáin se erigió en cabeza de ese nuevo gobierno, que abolió la República. Una República que parte del pueblo francés consideraba que había sido demasiado condescendiente con los judíos, comunistas y franco-masones. La población francesa creyó que ese acuerdo significaba que la guerra finalizaba, al menos para ellos, y evitaría las tremendas pérdidas acarreadas por un conflicto bélico. No importaba la reparación económica de Francia para Alemania, como consecuencia de haberle declarado la guerra junto a Gran Bretaña. A las consecuencias políticas y económicas de ese acuerdo, se debía sumar la militar, ya que el Ejército había quedado reducido a una fracción muy pequeña; el resto quedó comandado por los alemanes. Sin embargo, parte del pueblo francés estaba convencido de que ese acuerdo era muy beneficioso, ya que traería la paz por la

que venían bregando desde que se había iniciado la guerra.

Había otro sector que no estaba de acuerdo con lo firmado y veía que la llegada alemana al territorio galo traería penuria, descontrol y muerte. Ese grupo encontró su canal de expresión, para defender los principios en lo que creían, en la llamada Resistencia. El general De Gaulle, que se encontraba en la ciudad de Londres, invitó a los soldados y oficiales franceses que se encontraran en territorio inglés, varios de ellos arribados luego de haber sido derrotados en Dunkerque, para que se unieran a la Resistencia, de la que él se erigía como líder de la Francia Libre. Lo importante era que, desde el lugar en que estuviesen, se unieran en la

defensa de la causa aliada. El discurso que De Gaulle había dado por radio a la población francesa había calado profundo en aquellos que buscaban refugiarse fuera de los límites de las ciudades tomadas por los alemanes. La ciudad de Vichy tampoco era una buena opción porque, a pesar de que estaba comandada por autoridades francesas, que no dejaban de responder al poderío alemán. Se podía decir que era más contemplativa en cuanto a las represalias ante el incumplimiento de las nuevas leyes que regían en el territorio, pero, en cuanto a la persecución a los judíos que había comenzado tiempo atrás, se había vuelto despiadada.

Cualquier ayuda que se les pudiese dar para que se escapasen a otro territorio se pagaba con sangre o con la vida misma.

Gabrielle se preparaba para salir de su casa, pero sonaron unos golpes a la puerta. Se sorprendió porque las visitas no abundaban desde hacía tiempo. Con inquietud se acercó a la puerta de entrada para saber quién era. Se encontró con un telegrama. De inmediato, se aferró a él porque suponía que traería noticias y esperaba que no fueran desalentadoras. Apenas observó el remitente, supo que provenía de Berlín y el corazón se le estrujó porque hacía tiempo que necesitaba saber de Isabel. Había tenido pocas noticias de ella. Imaginaba que, más allá del lugar en el que trabajaba, la ocupación alemana en París facilitaba los correos, a pesar de los severos controles a los que eran sometidos los intercambios epistolares.

“Querida amiga, tengo muchos deseos de verte. Espero que sea cuanto antes, y estés bien. Aquí muchos cambios.

M d L ha llegado. Imagínate. Cuídate mucho. Addio”.

Gabrielle leyó una y otra vez ese escueto papel, que a simple vista era

absolutamente insignificante, pero que tenía un gran valor para ella porque en dos líneas le avisaba que algo había cambiado, y no se refería solo al trabajo,

sino a la existencia del italiano otra vez en su vida. Se alegraba de que así fuera, aunque desconocía en qué términos había sido el encuentro. Una tenue sonrisa asomó por el rostro de Gabrielle, que estaba segura de que, detrás del noviazgo que Isabel mantenía con aquel alemán que le había mencionado, algo importante había sucedido en Roma. Ansiaba que al menos ella estuviera feliz, en momentos en donde todo se derrumbaba poco a poco.

Buscó un abrigo y dejó la nota sobre un mueble, se colocó el sombrero y volvió a salir rumbo a la agencia.

—Bernard, ¿qué hace aquí?

—Vine a buscarte, como otras veces, solo que hoy es para que me acompañes a un lugar.

Ella se acercó para saludarlo y enseguida se subieron al automóvil. Viajar de ese modo era un lujo, ya que la gasolina escaseaba, como la mayoría de los productos.

—Te noto de mejor talante.

—Así es. Recibir noticias de una amiga querida me alegra el día.

—Eso sí que es algo bueno. ¿Te refieres a esa amiga que está en Berlín?

—Sí.

—Ojalá me suceda eso con Brandon. Parece que se ha olvidado de la agencia y de todos nosotros. —Miró de reojo a Gabrielle, que tensó el cuerpo con solo escuchar ese nombre—. Disculpa, sabes que lo que menos deseo es molestarte.

—No se preocupe. Ha pasado cierto tiempo para que las cosas cambien, y cambiaron, puedo asegurárselo.

—Si es así, me gustaría que el trato hacia mí fuese distinto y dejaras de marcar tanta diferencia con el usted. Si te preocupa eso, debes saber que no me olvido de que soy tu jefe.

—Gracias, solo que…

—Gabrielle, en este último tiempo hemos compartido varias cosas, no es momento de ponernos tan solemnes.

—En eso tienes razón.

—Así me gusta.

El automóvil se detuvo a cierta distancia de donde un tumulto de estudiantes comenzaba a congregarse. Ambos bajaron del vehículo y, sin que él le dijese nada, con la cámara en mano, Gabrielle comenzó a retratar lo que sucedía frente al Arco de Triunfo. Allí intentaban colocar una corona en el monumento del soldado desconocido para conmemorar a los soldados caídos en la guerra, mientras otros tantos desfilaban por los Campos Elíseos con unos palos llevados sobre los hombros que, provocativamente, llamaban gaules. Gabrielle se separó de Bernard y se adentró en el grupo de personas que no dejaban de cantar La Marsellesa. Poco después, en medio de la algarabía que se vivía se apersonó la policía alemana para disuadir el tumulto. Gabrielle no dejaba de tomar fotos sobre lo acontecido a medida que los estudiantes eran arrestados.

Los gritos y apretujones no se condecían con los golpes que daba la autoridad policial con el fin de poner fin a semejante revuelta.

—¡Gabrielle! —gritó en medio de la manifestación.

Bernard había intentado mantenerse a un costado de la protesta y había pretendido el mismo comportamiento de la joven, pero cuando quiso detenerla era tarde; ella estaba en el centro del alboroto. A medida que intentaba aproximarse, otros manifestantes lo apartaban de ella. No bien logró su cometido, la tomó por el codo para sacarla de allí.

—¡Vámonos! —exclamó Bernard.

Sin embargo, no había sido lo suficientemente diligente, porque en ese preciso instante era retenida por un oficial alemán. Bernard se presentó.

—Disculpe, pero ha habido una confusión; somos periodistas.

Por si quedaba alguna duda sobre lo que le había dicho, le enseñó ambas credenciales. Cruzó con Gabrielle la mirada de desconcierto por lo que fuera a ocurrir, aunque estaba convencido de que podría salir del atolladero al que los había llevado la impetuosa actitud de ella. Los minutos se hacían eternos en la espera para que todo se

solucionara, mientras subían a gran parte de los manifestantes a carros, cuyo destino era desconocido. Poco se sabía de las consecuencias que implicaba manifestarse en contra de las disposiciones establecidas por los alemanes. Una de esas disposiciones era prohibir toda manifestación patriótica o cualquier gesto que significase pertenecer a la Resistencia.

Sin embargo, esos actos no solo se hacían en París, sino en otras ciudades a lo largo de las zonas ocupadas. Nantes había sido otro foco de exhibición en contra del dominio germano, y en aquella oportunidad colocaron la bandera tricolor francesa en la torre de la catedral de la ciudad. Esas expresiones se iban multiplicando y, con el paso del tiempo, la manera de acallarlas se endurecía más. La propaganda alemana era fundamental y no permitirían que unos pocos –

según los alemanes– brindasen una estampa diferente a la que ellos necesitaban mostrar.

Revisaron las credenciales de ambos, se cercioraron de los datos ofrecidos y tomaron las señas de los dos. Cuando Gabrielle creyó que esa pesadilla había terminado, le exigieron entregar la cámara, algo que ella no haría ni siquiera si su libertad estuviera en vilo. Bernard se dio cuenta de que, si no intervenía, la situación se le iría de las manos. De inmediato le exigió a Gabrielle que le diera el material fotográfico al oficial; al menos salvaría la cámara que tanto quería.

—Disculpe, oficial, no hemos querido entorpecer todo esto.

Con mal genio, el oficial los dejó, ya que tenía trabajo por hacer con el resto de los manifestantes que aún esperaban ser trasladados. Solo en ese momento pudieron abandonar la zona.

—Ya podemos irnos —susurró Bernard, al tomarla del brazo para salir de allí lo antes posible.

Gabrielle llegó al vehículo tiritando, no de frío. No podía comprender lo que ocurría a diario en las calles de la ciudad. Se sentía ultrajada con lo que habían hecho con las fotografías. Nada de eso podía salir a luz, aunque esas manifestaciones sucedieran con mayor asiduidad. Esos actos de la Resistencia tenían como objetivo llamar la atención de aquellos que estaban anestesiados frente al dominio alemán. En las calles de Montmartre, decenas de estudiantes y personas afines a la Resistencia no dejaban de manifestarse para sumar adeptos a la causa. El sonido del motor aplacó cualquier diálogo que pudiera existir en el

habitáculo. Se mantuvieron en silencio hasta salir de la zona de congestión y Bernard detuvo el automóvil frente a una confitería que había a un costado de la acera.

—Vayamos por café, que lo necesitamos.

En cuanto un camarero les sirvió el café, Bernard se lanzó con una retahíla que había acumulado durante el trayecto ante la actitud irresponsable de la joven.

—Gabrielle, si te pido que vayas conmigo, es para que no te separes de mí, no para que hagas lo que se te antoje.

—No puedo hacer bien mi trabajo si no logro las tomas necesarias y, para hacerlo, debo acercarme al centro del conflicto.

—Pues estás equivocada, debes arreglarte con lo que hay.

No es momento para hacer actos heroicos.

—¿En verdad crees que tomar unas pocas fotos es un acto heroico? A diario hay hombres que se juegan la vida por lo que creen y nosotros estamos aquí solo para registrarlo. ¿En algún momento te has puesto a imaginar las penurias de nuestros soldados, o las pérdidas de las familias que no saben si su gente está muerta o retenida en algún campo de concentración?

—Cállate si no quieres que nos encierren —esgrimió con rabia.

—Discúlpame si te he hecho pasar un mal momento, pero es que no entiendo cómo puedes estar de acuerdo con este régimen.

—Vivimos aquí; estas son las reglas y pretendo que todo siga así.

El desconcierto y la desolación de Gabrielle eran absolutos. Quería entender los dichos de Bernard, pero cada vez se le hacía más difícil. Había debido dejar a un lado los fuertes deseos de registrar lo que sucedía en el frente de combate, por las circunstancias y por su condición femenina, aunque cada día se le hacía más difícil convivir bajo el dominio alemán. Le aterraba saber lo que sucedía con las familias judías que ella conocía, cómo las arrastraban de sus casas para ser llevadas a los campos de concentración. Lo que sucedía dentro era la mayor crueldad a la que un ser humano podía enfrentarse. Ni siquiera se apiadaban de los niños.

—No quiero traerte problemas.

Bernard apoyó sus manos sobre las de ella; comenzó a acariciarlas. No quería angustiarla más de lo que estaba, pero debía saber cómo eran las cosas.

—No he querido ser cruel, aunque sí claro. Esto no lo hago por mí, sino por ti. Quiero que te quede claro que no soportaría que te suceda algo. No me lo perdonaría.

En ese instante evitó pensar en lo que sucedería si alguien más se enteraba de lo acontecido.

—Piensa que estabas conmigo, pero, si no hubiera sido así, ¿cómo habría salido todo? Mejor no imaginarlo,

¿verdad?

En medio de la conmoción, Gabrielle notó que la inflexión de voz y el modo en que la trataba era diferente. No quería estropear aún más el vínculo que los unía. Para ella, él se había transformado en alguien valioso. En momentos en que se sentía sola, él estaba para acompañarla, hablarle o distraerla con trabajo. De su mano había aprendido a confiar en su instinto, que le decía que era mejor poner cierta distancia para evitar futuros problemas. Deslizó su mano por debajo de la él para no propiciar un mayor acercamiento.

—Te prometo que tendré mayor cuidado.

—Te tomo la palabra.

Bernard no demostró la molestia que le había ocasionado el rechazo de ella. Desde hacía meses que buscaba una aproximación; cada vez que creía que la había obtenido, todo volvía para atrás. Quizás debiera ser más claro y evitar confusiones.

—Está rico este café.

—Es el alcohol que tiene lo que lo hace sabroso.

—Con razón.

Hacía tiempo que ella había dejado de disfrutar de sus tazones de chocolate; todo aquello había quedado como un lujo difícil de alcanzar. Bernard se perdió en ella mientras la contemplaba beber como si lo que tomara fuera el mismísimo elixir mágico.

—¿No crees que se hará tarde?

Es ese instante, él salió del estado de ensoñación en que se encontraba. Al principio había buscado alguna excusa para evitar complotar contra Brandon, pero fue imposible

porque ella le resultaba absolutamente hipnótica.

—Tienes razón —agregó con disimulo.

Luego de abonar, regresaron hacia la agencia. Trabajo era lo que sobraba y había cumplido con el objetivo no solo de compartir la mañana con Gabrielle, sino de cambiarle el talante y el estado de nerviosismo en que se encontraba.

A pesar de no haber anochecido, ella sentía que ya no podía responder en el trabajo. El cansancio se le había apoderado del cuerpo y temía cometer algún error si continuaba allí. Bernard permanecía en su despacho, así que pasó a despedirse, luego saludó a los compañeros que se quedaban en el lugar y se retiró junto a la asistente.

Atrás quedaba el recorrido de las calles plagadas de transeúntes, vehículos y bicicletas, ahora colmadas por tropas alemanas que desfilaban habitualmente por allí. La imagen de los Campos Elíseos con los soldados demostraba el dominio y la superioridad que tenían sobre la zona.

Algunos colegios habían sido tomados por las autoridades alemanas para albergar a parte de la plana militar germana; otros soldados residían en los cuarteles del ejército francés.

Los chateaux que formaban parte de la fisonomía de la ciudad habían sido cooptados para el hospedaje de otros tantos oficiales. Dentro, sus dueños debían servirles y atenderlos del mejor modo. Lo mismo se trasladaba a los poblados y ciudades aledañas. Sin embargo, las zonas rurales aún se encontraban libres de esa situación, ya que el ejército alemán no se sentía seguro en aquellas tierras que le eran desconocidas. Todo era un verdadero caos. La Wehrmacht se encargaba de que se diera cumplimiento a las disposiciones emanadas del Gobierno germano. También se encargaba de reclutar la mano de obra para llevarla a los países conquistados. Eso hacía que no hubiera falta de

trabajo para los franceses, que buscaban no perecer de hambre. Las calles habían dejado de ser seguras debido al control de la Wehrmacht, que patrullaba día y noche.

En cuanto llegó a la casa, subió para darse un baño que le quitara la

tensión que aún persistía. Desconocía el motivo, creía que relajarse era lo que tanto necesitaba. Poco después, tomó una sopa que había quedado de la cena anterior y enfiló hacia la habitación. Necesitaba descansar; ese día había vivido muchas emociones. Una vez más, una pesadilla volvía a arroparla. No quería recordarlo ni soñar con él. Pero, como aquella noche de despedida, la fría brisa nocturna ingresaba por ventana. El frío se había apoderado de su cuerpo, al tiempo que unas manos la agarraban para que despertara. Esos dedos que la rozaban no habían acariciado ni recorrido antes su piel. La voz que la llamaba de manera insistente e intentaba que se despertara no le erizaba la piel.

—Gabrielle, despierta por favor.

De inmediato, abrió los ojos para ver frente a sí a Bernard con gesto desesperado. No entendía qué hacía en su casa y menos aún la urgencia que tenía por que ella saliera del estado de ensoñación en que se encontraba. Según parecía, había ingresado por la ventana.

—No tenemos tiempo, debemos irnos de inmediato.

—¿Qué sucede?

—Toma lo más importante que tienes y vámonos.

Gabrielle se espabiló. De inmediato, buscó su cámara, sacó unas mudas del cajón, controló que su documentación estuviera en la cartera, se vistió con lo primero que vio y tomó el abrigo para salir de allí sin saber el motivo ni la premura de la huida. En unos pocos minutos estaba dispuesta a descender por la ventana, aunque trepar no era algo que hiciera con suficiencia. A trompicones alcanzaron el vehículo que estaba estacionado en la esquina.

—Cuando lleguemos, te explicaré —comentó al ver el gesto de desconcierto de la joven.

Sin hacer preguntas, se adentraron por las oscuras calles de la ciudad. El denso silencio que flotaba dentro del habitáculo se fundía con las elucubraciones de Gabrielle, que no dejaba de imaginar cuál era el motivo de semejante huida de su propia casa. A pesar de la opacidad reinante en el exterior, ella pudo vislumbrar el recorrido por el que transitaban a esa hora de la noche. Con premura dejó el vehículo en una esquina y salieron de allí para caminar unos pasos y adentrarse en un edificio.

—Si no me dices qué hago aquí, no pienso ingresar al ascensor.

—Lo harás porque no tienes alternativa. Hablaremos cuando lleguemos y luego me dirás todo lo que quieras.

Nunca antes lo había visto a Bernard dirigirse a ella de un modo tan tosco y hostil como lo había hecho minutos antes.

La angustia, la desesperación y la incertidumbre crecían a medida que los pisos avanzaban. Ella no quiso salir del montacargas, al ver dónde se había detenido.

—No tenemos tiempo de discutir aquí dentro, vamos, por favor.

Ella lo siguió y, con lágrimas en los ojos, entró al pequeño departamento que ella había bautizado como buhardilla.

Ese mismo apartamento en donde Gabrielle había vivido los mejores momentos de su vida junto a Brandon, el hombre que le había roto el corazón. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Como si Bernard hubiera adivinado su actitud, la tomó del brazo para evitar que escapara.

—Gabrielle, siéntate, por favor. Es momento de que sepas el motivo por el que obré así.

Gabrielle, munida de sus pertenencias, se sentó. Un frío helado corría por su cuerpo y un temblor se había apoderado de ella.

—Lo que sucedió esta mañana no ha pasado inadvertido para las autoridades policiales.

—¿A qué te refieres?

—Todos los manifestantes se encuentran detenidos y prestos a ser llevados a algún campo de concentración.

Nosotros también estuvimos allí y, según ellos, podemos pertenecer a la Resistencia. Están tomando represalias con todos para evitar que esto vuelva a suceder.

—¿Cómo te enteraste?

—No importa cómo, pero es muy probable que a esta hora la fuerza esté en tu casa.

—¿Cómo dices?

—No te asustes, trabajas en la agencia y esa es la garantía que tienes

para evitar tu arresto, pero…

—¿Qué es lo que ocurre?

—Vives en una casa grande y estás sola. Es muy probable que ahora estén registrándola y quedándose allí.

—¿Ellos en mi casa?

—Así es, Gabrielle, no es un lugar seguro.

Ella trataba de asimilar lo que Bernard le decía. En su mente una serie de imágenes pasaban como una película desenfrenada con un final precipitado. Su vida estaba resumida dentro de los muros de aquella propiedad que la había visto nacer; los años compartidos con sus padres se diluían poco a poco. Los recuerdos sintetizados en las fotografías que atesoraba en diferentes lugares de la casa, las risas que había sabido compartir con los suyos y las lágrimas derramadas ante las penas pasadas se derrumbaban en manos de los alemanes.

—Gabrielle, hoy estamos bajo su potestad y, mal que te pese, ellos hacen lo que quieren. Sabes que no será ni la primera ni la última casa que tomen para su beneficio.

Ese accionar se había transformado en una práctica habitual, un modo de demostrar el poder que ostentaban y la sumisión del pueblo francés.

—Aún no me has dicho qué hago aquí.

—Lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí, puedo asegurártelo.

El ruido de la puerta precipitó una tregua a la tensa conversación. Brandon ingresó y de inmediato Gabrielle se levantó del sillón como si una fuerza superior tirara de ella para expulsarla no solo de la silla, sino del apartamento.

—Bernard, por favor, déjanos solos.

—No pienso quedarme un minuto más acá, y menos contigo.

Brandon le hizo un gesto a su socio para que se retirara.

Al irse, cerró la puerta con llave para evitar que Gabrielle saliera de allí y complicara aún más las cosas.

—No tengo nada que hacer contigo y menos en este lugar.

—Siéntate, por favor. Luego harás lo que quieras, pero necesito que me escuches.

Gabrielle dudó en volver a sentarse, pero hizo caso porque sabía que él no se detendría hasta que hiciera lo que le pedía. Se volvió a sentar en la misma silla y él hizo lo propio en una frente a ella.

—Supe lo que sucedió esta mañana e imaginé que tomarían alguna represalia.

—Evita echarme la retahíla que soporté de Bernard esta mañana.

Una leve mueca, una tenue sonrisa, asomó en la boca de Brandon ante el impetuoso temperamento de la joven, pero se contuvo porque no quería alterarla más de lo que estaba.

Él la había visto trabajar en el periódico y, a pesar de no

serle favorables las condiciones, había luchado por mantenerse allí y demostrarle a monsieur Orson que ella era digna de trabajar dentro de Le Figaro.

—Entiendo lo que hiciste. Además, es ese el modo de trabajar y obtener el mejor material para publicar, pero debes saber también que no están dadas las condiciones para que lo hagas.

—¿Entonces?

—En este día me he estado moviendo con algunos contactos que tengo, supe que irían tras de ti. Si bien en la agencia podemos negociar con ellos para evitar que tengas algún problema, no podré si van a tu casa y se instalan allí.

—Eso significa que tus contactos están con este régimen.

—Eso no importa; lo único importante es que estás a salvo aquí.

—¿Y por qué te importa que esté salvo? Hasta dónde sé, estoy fuera de tu vida, como tú lo estás de la mía.

Ella evitó perderse en esa mirada grisácea que la envolvía con más interrogantes que certezas y la confundía una vez más. Desde que había vuelto a verlo, todo se había transformado en un torbellino de emociones y decepciones.

Y cuando creía que había logrado poner en orden su cabeza, él volvía a alterarla dejándola más confundida de lo que estaba.

—Trabajas en mi agencia y eres mi responsabilidad, como el resto de quienes trabajan allí.

—No imagino la reacción de mis padres si supieran lo que sucede con su casa.

—Y contigo. Estoy convencido de que aprobarían lo que acabo de hacer.

—No puedo creer todo esto. Me siento tan sola…

—No lo estás.

Ella negaba con la cabeza como si ese simple gesto pudiera expulsar cada pensamiento que tenía sobre Brandon.

—Ni se ocurra sugerir lo contrario.

—Como quieras.

—Me cuesta creer que avales lo que ocurre aquí. No puedes ignorar todo lo que sucede y tampoco necesitas que te lo recuerde. Quizás al principio pudiste creer que esto sería distinto, pero todo empeora a medida que ellos avanzan con las crueldades que cometen. Hubiese sido más digno continuar con la guerra sin firmar algún armisticio que permanecer bajo el yugo alemán.

Gabrielle levantó la vista para perderse en los ojos de él, aunque esta vez no pudo descifrar qué le pasaba por la mente. Antes su mirada se veía tan clara como sus pensamientos, y esa conexión entre ambos era absoluta; sin embargo, desde que lo había vuelto a ver eso parecía haberse evaporado.

—Si estás en París, debes adaptarte a lo que sucede.

—Por lo que me dices y los contactos que tienes, apoyas este régimen.

Un ominoso silencio recayó entre ambos. Él no contaría más de lo que había dicho ni ella volvería a exigirle alguna explicación sobre el modo de actuar a Brandon.

—La última vez que hablamos me dijiste que yo no sabía qué era lo que tú habías hecho durante los dos años que pasaron. Tienes razón, porque te desconozco. No quedó nada de la persona que luchaba por sus ideales. Aquel no estaría apañando lo que aquí sucede en esta ciudad ni en el resto de los lugares ocupados por los alemanes.

—Quizás tengas razón y varias cuestiones hayan cambiado.

En ese instante la desolación le ganó a la cordura; la angustia, al sosiego, y el sollozo se apoderó de su ser. Y se dejó llevar por la aflicción que la atravesaba. Sentía que el muro de contención que había sabido construir acababa de derrumbarse sobre sí. En medio de la pesadumbre que la atravesaba, sintió unos fuertes brazos que la rodeaban. No tuvo fuerzas para rechazar ese abrazo que brindaba el consuelo que necesitaba y le templaba el cuerpo. Su soledad era tan grande que se dejó calmar por la persona menos indicada.

—Gabrielle, todo va a estar bien —le susurró al oído.

No importaba que él volviese a mentirle ni que le pronunciase promesas que nunca cumpliría. Necesitaba sentir que no estaba sola e imaginar, por un momento, que nada de lo sucedido había sido real y que no acababa de ser despojada de lo poco que tenía. El tiempo había quedado suspendido; no sabía cuánto se había mantenido abrazada a él. Recobró la compostura y entendió que no podía seguir así. Se separó de Brandon y barrió con las manos las lágrimas que le surcaban el rostro bajo la atenta mirada grisácea de él.

—No quise…

—Ni se te ocurra disculparte. Has pasado un día muy difícil. —Deslizó el pulgar sobre una de las mejillas.

Ella se separó de inmediato para evitar ese nuevo contacto, se levantó y buscó sus pertenencias. Necesitaba salir, aún no podía creer que estuviera allí dentro.

—¿Qué haces?

—Irme de aquí, no sé por qué Bernard me trajo hasta aquí.

—No vas a irte a ningún otro lado y estás aquí porque así se lo ordené.

—¿Vas a prohibírmelo?

—Haré lo que sea para evitar que salgas por esa puerta y cometas una locura. Si no lo haces por mí, hazlo por tus padres, imagina cómo se pondrían si supieran que estás en esta situación.

—¿Por qué?

Esa pregunta era muy amplia y traía varias implicancias, aunque sabía

que él le contestaría de un modo simple.

—Porque este es un lugar seguro.

—Quiere decir que debo quedarme encerrada aquí.

¿Hasta cuándo?

—No te estoy pidiendo eso. Solo que residas aquí hasta que las aguas se calmen. Seguirás en la agencia y eso es lo que te dará cierta cobertura. De momento, evitaremos tener enfrentamientos con las autoridades y un modo será realizar cierto trabajo fotográfico sin hacer mención de los enfrentamientos que hay aquí.

—¿Pretendes que me fotografíe con ellos haciendo el saludo nazi? —comentó con sorna.

—Pretendo —dijo al acercársele demasiado para soplarle sobre los labios— que de momento hagas lo que te digo.

—¿Y si no lo hiciera?

Para ella todo estaba perdido y lo único que la mantenía cuerda era saber que el trabajo que hacía era el correcto, que por ese sendero podía resaltar los hechos con los que no estaba de acuerdo. La lucha para los que no estaban en el frente se podía hacer desde distintos ámbitos; Marie era un caso. Lo único que ella no avalaba era ser condescendiente con el nuevo régimen. Sentía que, si lo hacía, todo por cuanto había luchado se iba al garete.

—Gabrielle, no me pongas a prueba. Me conoces y sabes que no me detengo hasta lograr lo que deseo.

—Vuelves a equivocarte.

—¿A qué te refieres?

—A que no te conozco. No sé quién eres ni en quién te has convertido.

Y por más que ella buscase encontrar alguna señal de él, no la halló.

—Mejor así. Aquí tienes lo que necesitas para comer algo.

—Señaló un pequeño mueble que ella conocía muy bien y del cual se había servido cuando había estado con él.

—No será necesario porque no pienso quedarme tanto aquí.

—El tiempo que sea. Quiero que estés cómoda.

—¿En verdad lo dices?

—Por supuesto. Mañana te buscará Bernard para llevarte a la agencia.

—Si esta es tu casa, ¿dónde te alojarás? —Meditó unos segundos y agregó—: Me olvidaba de que tienes la casa de tus padres. Para tu padre contar contigo en el trabajo y para tu madre tenerte en su casa debe ser lo mejor que les puede pasar.

—Mi madre falleció hace un tiempo.

Gabrielle se sorprendió de semejante noticia. Entendía que debió haber sido duro para él. Cuando iba a darle algún consuelo, se dio cuenta de que no correspondía. Ya no.

—No lo sabía.

—Entiendo.

Ya no quedaba nada por decirse.

—No fue fácil aceptar su muerte no solo por la ausencia, sino por lo que ella significaba en la familia Dubois.

Más allá de las diferencias, ella había sabido mediar entre los conflictos de los hombres de la casa.

—Igual, no me alojo en la casa de mis padres y sé por qué me lo dices.

Entendía que la reunión entre él y su padre en la agencia, presenciada por Gabrielle, había sido determinante para el proceder de la joven, sin contar el comportamiento de

Brandon el último tiempo.

—También me gusta la independencia —continuó—, y no soportaría vivir bajo el mismo techo.

Gabrielle asintió sin decir palabra. No quería saber más de él, porque cada vez que le hablaba más la confundía.

—Te dejo tranquila, y no te preocupes, que me mantendré cerca.

Sin mayores explicaciones, Brandon se marchó luego de echarle una profunda mirada que hablaba de aquello que no se atrevía a decirle.

Luego de cerrar la puerta, Dubois ingresó a la sala del apartamento, se sirvió una copa de whisky. Esa noche no podría dormir, una más en una serie en donde descansar se había transformado en un lujo que no recuperaría en un largo tiempo. Se acercó a la ventana y se perdió en la inmensidad de la noche teñida de oscuridad y misterio. Los pensamientos se le agolpaban sin poder refrenarlos. Y

aunque supiera que necesitaba sosegar su espíritu, no podía y debía esperar. Poco después escuchó unos golpes a la puerta. No se sorprendió porque sabía quién era.

—Hola, Brandon, disculpa el horario, pero algunas cuestiones se me han complicado.

—Adelante, Heidi. Imaginaba que vendrías.

—¿Y eso es bueno o malo? —ronroneó cerca del dueño de casa.

—Eso depende de ti. ¿Una copa?

—Me vendría muy bien; he tenido una jornada complicada.

—Toma —dijo al entregarle la bebida—. Me imagino.

—Gran parte del día, he estado reunido con tu padre. No quieras creer el mal talante que tenía cuando vio que no te presentabas en la reunión.

—Debe saber que, si no asistí, fue porque tenía un problema mayor que resolver.

—Nada que no sea lo referido a sus negocios es tan importante como para que lo dejes de lado. Deberías saberlo.

—Heidi, conozco a mi padre más que tú.

—Eso espero, porque es difícil tratar con alguien que no está de humor. He tenido que justificarlo ante mi superior.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez.

—No creo que esta noche sea una buena compañía.

—Ve a descansar.

—¿Y tú?

—Lo haré cuando termine unas cuestiones pendientes.

—Como quieras.

Heidi se levantó y se perdió por el pasillo hasta entrar a una de las habitaciones. Allí se dedicó a recuperar el sueño perdido.

Los rayos del amanecer atravesaban y coloreaban la buhardilla en la que se encontraba Gabrielle. Con un tazón de té caliente en la mano intentaba poner en orden la cabeza, sin mayor éxito. Poco después, ella ya estaba lista y escuchó que llamaban a la puerta.

—Bernard.

—¿Cómo has estado?

—He tenido mejores momentos. Lo único que quiero es irme de aquí.

—A eso vine, vamos.

Ambos abandonaron el apartamento y caminaron por el pasillo rumbo al elevador. Antes de cerrar la puerta, apareció Brandon junto a una joven. Su aspecto poco se parecía al de Gabrielle, muy por el contrario, se podría decir que era la antítesis de ella, con un cabello rubio que traspasaba los hombros y un par de ojos azules y fríos como el témpano que destellaban sobre el níveo cutis.

—Buenos días —saludó Brandon con cierta indiferencia.

—Tú eres Bernard, ¿verdad? Yo soy Heidi.

—Así es.

—Un placer, ¿y tú eres? —preguntó al dirigirse a Gabrielle.

—Ella es…

Gabrielle no dejó que Brandon finalizara la presentación y explicó que era una empleada de la agencia. A la confusión de haberlo visto minutos antes, se sumaba la mujer que lo acompañaba. Estaba convencida de que esa joven sería la mujer de la que hablaban Brandon y su padre. También tenía claro que esa mujer había pasado la noche con él.

—Parece que somos vecinas —acotó—; solo nos distancia la puerta de al lado.

—No será por mucho tiempo —completó Gabrielle con la poca cordura que le quedaba.

A pesar de la compañía de Heidi, durante el viaje en el ascensor sintió cómo esa mirada grisácea le atravesaba el cuerpo. Cuando la puerta se abrió, bajo la persistente mirada de él, Gabrielle salió de ahí porque no soportaba un minuto más bajo el escrutinio de Brandon Dubois.

CAPÍTULO 11

El gran simulador

Las revueltas y veladas aguas del Río de la Plata se mecían al compás de los bravíos vientos que anticipaban una sudestada. La fuerte marejada que se avecinaba complicaría las operaciones comerciales. Las embarcaciones ancladas a lo largo de las dársenas que poblaban el puerto resistían incólumes las inclemencias del tiempo. El personal portuario no se detenía ante esta situación; los operarios y los changadores llevaban la mercadería a los distintos depósitos que había en los docks levantados a la vera del río.

Uno de ellos se encontraba cerrado; no hacía tanto que la empresa que operaba allí se había ido. Ese lugar se encontraba vacío, y en apariencia abandonado, a la espera de que otra firma lo ocupase. Sin embargo, los amplios portones de metal que se mantenían cerrados al público se abrieron ante la visita de alguien. La penumbra del lugar se condecía con los trastos diseminados dentro del recinto. El sujeto debió esquivar varios charcos de agua que tapizaban el piso. El sonido de los pasos retumbaba y quebraba el silencio sostenido dentro del perímetro. Una tenue luz destellante al final del depósito alumbraba una escalera que llevaba a una oficina. Allí se celebraría una de las tantas reuniones que mantenían desde hacía tiempo. El humo del cigarro en manos de Franz Kluge espesaba la atmósfera en

la estancia. Sobre la mesa había un dossier cubierto por las manos del anfitrión de la reunión. Allí se acumulaba la información que se venía recabando en los últimos dos meses: nombres de enemigos, de aliados, de colaboradores del régimen, cifras que representaban los aportes a la causa nazi en el país, fechas de importancia.

—Adelante, siéntese.

El invitado hizo caso y se ubicó frente al austero escritorio que ocupaba la sala.

—¿Algo de beber?

Con la mirada señaló una botella de vodka junto a unas vetustas copas apoyadas sobre uno de los pocos muebles que decoraban el lugar.

—No, gracias.

—Hasta ahora hemos cumplido con parte de lo establecido. Hemos recibido el material criptográfico junto con las joyas que nos servirán para comprar voluntades.

Los barcos mercantes franquistas salían desde algún puerto español con destino a Buenos Aires con documentación de la inteligencia alemana. Ese era uno de los sistemas de mensajería que usaba la red de espías alemanes diseminados en el país para intentar neutralizar a los británicos, que buscaban en estas tierras, tan afines a las germanas, alguna información sensible y de importancia para los aliados.

—Según hablé con uno de nuestros contactos, esta vez han traído un lote de medicinas, que será muy bien recibido.

En varios casos esos envíos eran vendidos al mejor postor y, con el dinero obtenido, se lograba realizar el soborno a cambio de información.

—La gente de aquí recibe con los brazos abiertos cualquier dádiva.

—Así es, aunque lo importante es lo que ha sucedido en nuestros bancos.

—Dime.

—Hemos logrado triangular la suma más importante de dinero hasta la fecha. —Sacó un sobre del bolsillo y se lo dio a Franz—. Aquí tiene el monto aproximado.

Ese papel mostraba la cantidad de dinero que había sido triangulada desde Alemania para que desde Buenos Aires se enviara a Ginebra. La operatoria había nacido bajo los fines en apariencia lícitos de ayudar a los empresarios alemanes radicados en el país con dinero proveniente de las arcas germanas. Sin embargo, gran parte de ese dinero había sido enviado a Suiza, al banco Schweizerische Kreditanstalt, a una cuenta madre para luego ser distribuido en distintos y ocultos depósitos, disponibles para ser utilizados por las autoridades alemanas cuando así lo requirieran. Claro que esta operatoria solo se podía realizar a través del Banco Trasatlántico o del Banco Germánico de América del Sur, las únicas dos entidades bancarias alemanas que operaban en el país.

—La amplia lista de empresarios se encuentra en las distintas organizaciones que tenemos, inclusive en la Unión Alemana de Gremios.

Él había tenido acceso al largo listado de apellidos germanos residentes en el país que colaboraban con el régimen nazi.

—Bien, vamos cumpliendo nuestros objetivos.

—Así es.

—Hay algo más.

—Dígame.

—Los tiempos han cambiado ya no estamos solos, sino que son varios los que andan deambulando por la ciudad y en las embajadas en busca de información. Debemos cuidarnos de que los datos encriptados no se filtren a los ingleses.

El puerto era uno de sitios en donde la información circulaba en los oscuros depósitos a la vera del río. Hasta ese momento y desde hacía unos años, Dietrich Niebuhr era el agregado naval de la Embajada alemana transformado en miembro de la contrainteligencia del servicio secreto alemán en Buenos Aires. La lucha con los ingleses no solo se daba en el espionaje, sino también en las aguas rioplatenses. No hacía tanto que la embarcación de origen alemán Graf Spee se había visto envuelta en un enfrentamiento con otras tres naves inglesas a orillas del Río de la Plata. El estado de alerta era permanente, por la aparente neutralidad de la que se ufanaba la Argentina, ocultando la amplia simpatía que se tenía hacia Alemania.

La neutralidad de un país habilitaba a operar con mayor tranquilidad y provocaba una lucha silenciosa entre los bandos contrarios, a los que había que sumar a los nacionales que buscaban sacar tajada de alguna facción o de ambas.

—Uno de los nuestros que se dedica a operar con nuestros equipos cree que la información obtenida puede estar en peligro por la existencia de los radiogoniómetros que interfieren la información.

—Eso también está complicando todo envío de información.

—Una de las alternativas es que se encuentre algún lugar más desolado y agreste donde se imposibilite el tráfico de nuestra información.

Nadie quería que la red de espionaje instalada a lo largo de Brasil hasta Argentina, establecida con motivo del número de alemanes radicados en ambos países, se viera vulnerada por los ingleses. Los datos sobre los temas militares e industriales eran recabados por los agentes, y nadie quería que el otro bando estuviera al tanto de lo que

se obtenía. En tiempos de guerra, cualquier información era de vital importancia, y evitar su filtración era tan relevante como la obtención

de dichos datos.

—Exactamente. Creo que encontrar algún campo con esas características sería lo ideal, inclusive para trasladar los equipos de comunicación sin despertar sospechas.

—Veré que puedo hacer.

—Eres uno de los pocos que mantiene excelentes contactos con empresarios como con funcionarios de las embajadas, sin contar a los de la cúpula militar. —Desplegó una sonrisa en ese rostro adusto y rígido—. Sabrás encontrar el lugar ideal para trasladar a algunos de los nuestros.

—Lo haré.

—Esta vez cuentas con tiempo para hacerlo.

—Es una gran noticia. Me pondré en contacto a ver qué puedo hacer.

—Tienes unas cuantas cosas por delante.

—Así es —dijo antes de levantarse—, debo concurrir a una de las reuniones con algunos empresarios hoy por la noche. Cada tanto se hace para controlar la recaudación de los fondos alemanes para la causa.

—Espero que continúen así y que la recaudación se incremente. Sabemos lo importante que es no solo para el régimen, sino para nosotros, que cumplimos del mejor modo con las instrucciones dadas.

—No obstante, esas obligaciones debo cumplirlas antes de emprender el viaje a Berlín.

—También he tenido en cuenta eso —dijo al dejar a un lado la colilla del cigarro consumido en sus dedos—. Algo más: hay que andar con sumo cuidado, aún no sabemos hasta cuándo Niebuhr seguirá con nosotros; por lo que he escuchado, se vienen cambios.

—Hasta el momento, Dietrich se ha encargado de abastecer a nuestra Armada con barcos en los distintos puertos extranjeros.

—Así es, pero parece que se ha confiado demasiado y se ha dejado ver en lugares y con personas inconvenientes.

Quien se ufane de esto corre el riesgo de ser descubierto.

—Exactamente, por eso debemos ser más cuidadosos que antes.

—Por mí no debe preocuparse. Me alegra saber que, si se produce algún cambio, no se dará cuando yo esté aquí —

dijo al levantarse y poner fin a la conversación.

Franz asintió desde la silla al tiempo que tomaba el dossier entre sus manos.

—Hasta pronto, Hans.

El joven asintió con la cabeza y se retiró del lugar con una misión debajo del brazo. La postal portuaria era de un gris ceniciento. Contempló que la lluvia se había desatado y el viento no amainaba. Las embarcaciones se balanceaban al compás de la ventisca y el personal se había guarecido dando por finalizada la jornada. Se levantó las solapas del gabán y se alejó del lugar del modo sigiloso en que había arribado. Por momentos, parecía olvidarse de quién era.

Aunque sabía que él mostraba lo que la gente deseaba ver de él. Algunos lo consideraban un joven con una prolífica carrera por delante, que trabajaba en uno de los dos bancos alemanes de importancia radicados en el país; otros lo veían como el devoto prometido de una joven a la que llevaría al altar bajo la anuencia de la familia política que veía con buenos ojos esa unión. Sin embargo, no era más que un gran simulador que llevaría a cabo lo que debiera hacer más allá de las personas que quedasen en el camino, y sería implacable.

El Hospital Alemán se erigía sobre la avenida Pueyrredón.

Levantado por los aportes de los conciudadanos alemanes, se había logrado construir una institución con un alto nivel médico. A un costado de la edificación, se había creado un pabellón para alojar a las enfermeras que viniesen del interior, y en ese momento estaba a cargo de la Cruz Roja.

Dejó el automóvil y enfiló hacia allí. La constante lluvia brindaba una capa brillosa y resbaladiza en la acera a los peatones que buscaban guarecerse ante la inclemencia del tiempo. El viento arreciaba las copas de los árboles nacidos a la vera de la avenida transitada por colectivos y vehículos particulares. Se apresuró para evitar mojarse aún más. Su presencia allí no solo se debía a algunos estudios de rutina, sino que existía un atractivo adicional para esa hora del día.

Atravesó la puerta de entrada y enfiló hacia la mesa principal, allí se dio a conocer para cumplir con la rutina administrativa. Cada tanto el personal de la institución bancaria debía realizarse una revisación médica que se agregaba al legajo laboral.

—¿Fischer?

—Así es.

—Adelante, siga por ese pasillo y encontrará la Sala de Enfermería, donde le harán el estudio de sangre.

—Gracias.

Recorrió el largo corredor hasta alcanzar la sala de espera en la que había unos pocos pacientes. Se anunció y aguardó. Fueron unos pocos minutos hasta que una joven lo llamó ante la sorpresa del resto de los pacientes que habían llegado antes.

—Por aquí.

La indicación provino de una joven de cabellos oscuros sostenidos por un moño. Detrás del austero y blanco uniforme, se escondía una voluptuosa y atractiva figura. Lo

condujo hasta un box resguardado por dos separadores de tela que diferenciaba los lugares de atención para cada paciente.

—Esperaba que vinieras más temprano.

—No pude, tuve un compromiso antes de salir.

—No has bebido ni comido nada, ¿verdad?

Él negó la cabeza ante el profesionalismo que intentaba demostrar la joven que lo atendía antes de hacerle el análisis clínico.

—Supongo que no temes a las agujas.

Él sonrió ante el descaro de la muchacha. Justo en el momento en que se acercó para tomarle el brazo e insertar la aguja para sacarle sangre, la agarró por la cintura, la colocó encima de sus piernas y la besó con pasión y frenesí.

Poco le importó a la joven el lugar ni la ocupación que ejercía desde hacía un tiempo.

—Vamos —dijo Hans al golpearle las nalgas—, es mejor que nos detengamos a tiempo.

—Tienes razón, aunque detesto estar aquí dentro. Solo he cumplido con el trato ante la posibilidad de quedarme aquí contigo y no irme de viaje con mi familia.

—Lo sé; es lo único que se me ocurrió para que te quedes en la ciudad.

—Aunque esta estadía se me está haciendo eterna. Solo hay una razón de peso para que hoy haya venido con deseos de estar aquí. —Le pasó un trozo de algodón con alcohol, antes de introducir la jeringa—. La causa eres tú. —

Resopló sobre los labios de él, antes de pincharle el brazo.

—Tienes buena mano.

—Yo no diría que tengo buena mano solo para aplicar inyecciones.

—Serás descarada —dijo con una sonrisa ladeada.

—Señorita Quevedo —la llamó la jefa de la sala al asomarse por el box—, ¿tiene para mucho?

—No. He tardado porque no he podido encontrar una vena conveniente para la extracción.

—Bien. Cuando finalice, tiene otros pacientes que atender.

—Gracias.

Cuando vio que su superiora se había marchado, volvió a hablar con él.

—Hans, ¿has recibido noticias de mi hermana? Porque ya te he dicho que no me ha escrito ni contado nada.

—Sonia, hasta hoy no hay nada nuevo.

Él había recibido noticias de que Isabel estaba ya instalada en Berlín. Por otra parte, personal de la embajada le había comunicado que la joven se estaba poniendo a tiro con el trabajo. Eso era lo que él necesitaba, que su prometida estuviera enfocada en el trabajo. No era fácil contar con alguien tan directo dentro de un organismo en donde sucedían cuestiones de importancia, y un lugar en el que se transmitía la información vital que involucraba a los países en conflicto. Muy

pronto, él lo vería por sus propios ojos.

—Debo irme —susurró al oído.

—Te veo esta noche.

—Hoy no va a poder ser; tengo un compromiso ineludible.

—¿Tengo que preocuparme?

El gesto de la joven le causaba gracia; ¿cuándo ella había creído que él debía darle explicaciones de lo que hacía o con quién se veía? A pesar de concurrir a muchas reuniones para entrevistarse con diferentes contactos, él se consideraba un lobo solitario.

—No lo creo, sabes que soy un hombre de palabra —

añadió con una sonrisa ladeada.

—Eso se lo preguntaré a mi hermanita —replicó con una mueca mordaz.

Desde que había conocido a Hans por intermedio de su hermana, había querido estar en su lugar. No entendía el motivo por el que las buenas cosas solo le sucedían a Isabel. Día tras días esperaba que la situación se revirtiera.

Supo, al conocer a Fischer, que solo era una cuestión de tiempo que todo cambiase. Sonia estaba convencida de que su hermana no contaba ni con su aspecto físico, ni con su simpatía, ni con su osadía para atrapar a un hombre como Hans Fischer, y no se había equivocado. Claro que a ella le costaba comprender la abnegación de Isabel para abandonar todo y seguir a sus padres para terminar trabajando fuera del país, y dejar a su prometido a su merced. Abandonarlo, aunque fuese temporalmente, en la ciudad de Buenos Aires había sido un completo error que ella intentaba salvar.

—¿Mañana a la noche? —resopló sobre los labios de Hans.

—Pasaré por tu casa.

Sonia esperaba despedirse como le hubiera gustado, pero sus deseos se frustraron al escuchar el resonante llamado de su superiora. Cuánto odiaba ese lugar y la actividad que hacía. Solo había una razón para inmolarse, y la tenía frente a ella.

—¡Quevedo!

—La detesto.

Si no hubiera sido por los contactos de Hans y el poder de convencimiento que tenía sobre don Quevedo, vaya a saber dónde estaría Sonia, y lo que era peor, sin él.

—Queda poco para que abandones todo esto.

—No te imaginas cuánto lo deseo.

—Hasta pronto.

Con cara de pocos amigos, Hans se retiró del lugar, aún tenía varias cuestiones que cumplir y el banco era una de ellas. De camino a la salida, creyó escuchar que alguien mencionaba su nombre. Él se detuvo al ver quién era la

persona que lo llamaba. Se sorprendió, porque intentaba que nada a su alrededor se le escapase, aunque estando con Sonia todo era distinto. Ella era capaz de sacar de las casillas a cualquier persona, él incluido. El hombre que tenía enfrente era una persona de mediana edad con el rostro cursado por la preocupación y la angustia. Hans era bueno analizando los perfiles de las personas, eso era necesario para anticipar alguna jugada.

—No sé si se acuerda, pero hemos compartido algunas reuniones en la embajada.

En esos pocos y largos minutos, la mente de Hans recorrió los distintos eventos y los rostros pasaban como una película hasta que se detuvo en uno en particular, en ese mismo rostro parado frente a él.

—Tiene razón —dijo al recordar al sujeto que estaba enfrente—. Enrique Kusters, ¿verdad?

—Así es.

—No esperaba verlo por aquí. Si mal no recuerdo, viene cada tanto a la ciudad.

—Pero, hombre, qué memoria tiene.

Kusters lo recordaba a Fischer no solo por ser un compatriota, sino por ser un joven que se movía entre personas importantes. No era su caso, que cada tanto venía a la ciudad de Buenos Aires y aprovechaba la estadía para asistir a los eventos a los que concurría la comunidad

alemana en la ciudad.

—Así es, en la provincia de Santa Fe tengo mi refugio.

—Este no es un lugar donde esperase encontrarlo.

—Yo tampoco, pero he tenido que venir no por mí, sino por mi esposa.

—¿Ella está enferma?

—Mi señora no está bien y ando muy preocupado. Los médicos de mis pagos no dan con un diagnóstico certero, por eso he decidido traerla hasta aquí. Sé que aquí se

cuenta con todo lo mejor.

—Por supuesto, y por eso debe quedarse tranquilo.

—Aún no me han dicho cómo seguirá el tratamiento, pero según parece los viajes a la capital se harán cada vez más frecuentes.

—Deberá tener paciencia.

Hans quería dejar atrás a este sujeto que le contaba un drama familiar que a él no le competía, hasta que escuchó algo muy interesante antes de despedirse.

—No solo paciencia, sino dinero suficiente para solventar los gastos que se me vienen.

—Lo imagino.

—No creo. Usted no sabe lo que es contar con tierras para trabajar cuando no ando ni con tiempo ni con ánimo para hacerlo.

—No debe ser fácil. Supongo que tendrá ganas de tomar un café.

—La verdad es que no salí de aquí. Estuve esperando que los médicos vieran a mi esposa y me dijeran qué hacer.

—¿Qué le parece si hablamos un poco más tranquilos?

Estoy seguro de que eso le vendrá muy bien.

—Yo le agradezco, aunque no deseo distraerlo de sus obligaciones.

—Claro que no. Tal vez encontremos la solución a sus problemas.

Kusters se quedó de una pieza al escuchar lo que le decía Fischer. Sin lugar a dudas, no todas podían ser malas noticias.

—Claro que acepto, he pasado una mala noche acompañando a mi esposa.

—Vamos, entonces.

En la esquina del centro médico había un pequeño bar. Su apariencia no era muy acogedora, pero, para beber un simple café y mantener una charla que le reportara a Hans

beneficios, era suficiente.

—Le agradezco —dijo luego de beber un sorbo de café y comer dos bocados de una tentadora medialuna—. Me vino el alma al cuerpo luego de pasar una noche sin pegar un ojo.

—Me alegro de que las preocupaciones se le vayan pasando.

—No todas.

—¿Se refiere a sus tierras?

—A El Simbol.

—¿Así se llama su campo?

—Sí.

—Y se encuentra…

—Cercano a Las Avispas.

—Si necesita dinero, quizás pueda resolver su problema.

—Sabe, Hans, a pesar de necesitarlo, no estoy dispuesto a vender.

—Si no desea vender, quizás pueda arrendarlo.

—Seré curioso, pero ¿para qué quisiera usted arrendar unas tierras que están en un poblado lejano como Las Avispas?

—Debería saber que nuestra comunidad siempre está preocupada por nuestros conciudadanos y buscamos dar una solución a sus problemas.

Aunque solo era una alternativa que se me ocurrió al verlo así. Enrique, olvídese de lo que le dije. —Le restó importancia a lo que decía—.

Cuénteme, ¿cuándo piensa abandonar la ciudad?

—Aún no lo sé, pero yo espero que cuanto antes. No me siento cómodo aquí en medio de médicos y enfermeras.

—Me imagino. —Levantó la mano para abonar la cuenta e irse de allí.

—Fischer, no he querido ser descortés, pero la verdad es que me vendría bien encontrar la solución al ahogo financiero que tengo.

—Ya le dije que se olvide de lo que le dije. Lo que menos deseo es que piense que yo busco aprovecharme de alguien necesitado como usted.

—Se equivoca en algo; no creo que quiera aprovecharse de alguien como yo, aunque debo confesarle que mi situación no es holgada y me vendría muy bien su propuesta.

—Enrique, no necesita desprenderse de sus tierras si en verdad no lo quiere. Podría conseguir un préstamo o una suma de dinero por arrendarlas. Así, seguiría teniendo sus tierras y recibiría una suma de dinero acorde a sus necesidades. En este sentido, se quedaría tranquilo con el problema de salud de su mujer, sabiendo que puede solventar los gastos sin mayor preocupación.

—Creo que sería una gran solución a mi problema, ¿sería mucho pedirle que sea usted quien se encargue de todo esto?

—Veré qué puedo hacer. Imagínese que mi actividad en el banco me demanda mucho tiempo, pero nunca me haría a un costado en el caso de que alguien esté en una situación apremiante, y usted lo está.

—No sé cómo agradecerle.

—No se preocupe, en estos días y antes de que se vaya, le traeré la solución a su problema.

—Muchas gracias, Hans. Si le parece, puedo ir a verlo al banco.

—No será necesario; yo pasaré por aquí antes de que usted se vaya. Espero que su esposa esté mejor —dijo al levantarse.

—Muchas gracias, Hans. No sé cómo le pagaré lo que hace por mí.

—No debe agradecerme por actuar de modo desinteresado ante la necesidad de un conocido.

Kusters vio alejarse del bar a Fischer en una mañana para el olvido con la tranquilidad de que su panorama comenzaba a despejarse, sin notar que en el rostro de Hans se dibujaba un gesto de satisfacción por haber sido lo suficientemente convincente con Enrique. No creyó que con un café y una medialuna solucionaría la futura instalación de los equipos alemanes de transmisión. Solo era una cuestión de tiempo hacerlo.

La noche había desplegado sus alas en medio de las profusas sombras que se proyectaban en Buenos Aires. El deambular de los porteños había mermado y las calles se iban despoblando de los vehículos. A pesar de que Hans había finalizado con la actividad en el Banco Alemán Trasatlántico, aún debía concurrir a una reunión de carácter privado y reservado. Condujo el automóvil por las desiertas arterias de la ciudad hasta llegar a destino. La fachada de la propiedad resaltaba en esa cuadra. Pertenecía a un empresario de origen alemán, y desde hacía un tiempo se había vuelto el centro de reunión de unos pocos.

—Adelante, Hans, lo estábamos esperando.

Él se adentró siguiendo al anfitrión que lo condujo hasta la amplia sala con tan solo cuatro invitados.

—Buenas noches.

—Fischer, ¿bebe un whisky?

—Por supuesto.

—¿Cómo está su prometida?

—Muy bien. Muy pronto podré estar con ella.

—En verdad es muy conveniente que ella esté ahí.

De los presentes, nadie estaba al tanto de que existía cierta desconfianza sobre los diplomáticos argentinos en Berlín. La comunicación que se mantenía con ellos era a través de radioenlace utilizando el código diplomático alemán para informar a Buenos Aires de los resultados de sus conversaciones. El uso de las claves secretas alemanas

se había aceptado porque los argentinos no querían usar el

radioservicio de su embajada en Berlín, ya que desconfiaban de sus propios funcionarios. Por eso era vital contar con alguien de su absoluta confianza como su querida Isabel.

—Yo he insistido en que ella aproveche esta oportunidad, porque se agrega al resto de los contactos que tenemos.

Todo lo que hacemos es en función de la causa.

—Nadie podrá negar que la comunidad alemana, al menos gran parte de ella y que está radicada aquí, hace un gran esfuerzo para solventar los gastos y las necesidades de nuestros conciudadanos.

—En eso tienes razón, aunque nosotros sabemos que el aporte de los empresarios y el de la comunidad alemana, dirigido a cubrir todos los gastos que insume participar en una guerra, no son suficientes.

—Lo recaudado para el fondo de invierno y para el de esfuerzo de guerra es destinado no a la milicia, como se proclamaba, sino solo a la propaganda que nos hará invencibles.

—Es mejor que esa información se mantenga a la sombra y no se esparza dentro de nuestra comunidad para evitar fisuras entre nosotros.

—Por supuesto, basta con que los colaboradores estrechos sepan esto y el resto esté convencido de que sin su ayuda nuestros soldados perecerán.

Una segunda vuelta de alcohol evitó que la rueda de comentarios continuase. Luego el dueño de casa bebió un largo trago antes de centrar su atención en los invitados y lanzarse a hablar.

—Quizás les llame la atención la convocatoria, ya que la última reunión la hemos celebrado hace unas pocas semanas.

—Esa pregunta me la he hecho desde que llamó a mi casa.

—A mí también me sorprendió —aseguró el otro.

—No sé si recuerdan uno de los motivos por los que nos reunimos la última vez.

—El cumplimiento de las instrucciones alemanas para que dejemos al personal judío fuera de funciones de nuestras empresas.

—Así es, pero es muy difícil de cumplir y no estoy dispuesto a

soportar las consecuencias económicas que pretenden aplicar las autoridades alemanas.

Hans se inclinó sobre el respaldo del sillón para escuchar lo que el dueño de casa tenía para decir.

—Gran parte de mis clientes son de origen judío; eso complica aún más poder dejar vacante al personal jerárquico de la empresa.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—En tiempos de guerra, la relación con la casa matriz se complica. Voy a sacar provecho de eso para conducirme cómo me plazca. No estoy dispuesto a seguir a rajatabla las órdenes de allí si me ocasionan un perjuicio aquí.

El silencio ocupó la estancia, ya que cada uno de los concurrentes analizaba la situación y barajaba las distintas alternativas para vislumbrar una solución.

—A veces pienso que nuestro apoyo no siempre puede ser ciego —completó uno de los asistentes—. Nosotros estamos en guerra, pero a la distancia y eso marca la diferencia.

—En eso tienes razón.

—Fischer, aún no has dado tu opinión.

—Mi actuación es distinta, ya que trabajo en un banco y no debo lidiar con los impedimentos que tienen ustedes.

—Tu situación es diferente, aunque no dejas de comprender lo que nos sucede.

—Por supuesto.

Hans tomó un sorbo de la copa que tenía al lado perdiéndose en las disquisiciones de quienes estaban en esa reunión. Un encuentro que sería muy provechoso, ya que saber con quién se podía contar y conocer quiénes eran los que incumplían lo establecido era de vital importancia.

Sin dudas, la noche estaba resultando más interesante de lo que creía.

—¿Te importaría dar otra ronda? —dijo uno de los invitados al levantar la copa.

—De ningún modo —agregó el dueño de casa—, ahora que cuento con el apoyo de ustedes, me siento más tranquilo.

—A tu salud —agregó Hans.

El resto de la velada versó sobre los aportes futuros que seguirían haciendo para ocultar las decisiones que se tomaban en contra de las autoridades nazis. Fischer supo que no tenía nada más que hacer allí dentro. Acababa de completar la lista de aquellos alemanes indeseables. A partir de ahora deberían soportar las consecuencias a las que serían sometidos. Poco después, abandonó la casa sabiendo que había cerrado un tema más para sus superiores. Solo le restaba disfrutar de la compañía de Sonia hasta que volviese a encontrarse con Isabel, y así volver a empezar.

CAPÍTULO 12

Los días subsiguientes se mantuvieron bajo la misma cotidianidad. Sin embargo, a Gabrielle esa rutina diaria la estaba destruyendo de a poco. No era dueña de sus sentimientos y su obrar no era consecuente con lo que pensaba. En medio de las jornadas en la agencia, Bernard no dejaba que ella tuviera un minuto para descansar. Tal vez era esa la orden, porque de ese modo no tenía tiempo para reflexionar ni considerar que estaba viviendo en el apartamento de Brandon, a quien no había visto desde aquel encuentro en el elevador. Aún conservaba en la memoria la imagen de aquella joven alemana que parecía centrar su atención en Dubois. Miró a través del cristal de la ventana cómo la tarde caía y el anochecer se pintaba en el horizonte.

—Gabrielle.

—Dime.

Ella estaba concentrada en una serie de fotografías desplegadas sobre el escritorio. El día anterior las había revelado y estaba evaluando cuál de todas ellas valía la pena.

—Hay alguien que te busca y quiere hablar contigo —le informó una asistente.

La joven se levantó de inmediato, desconocía quién podría buscarla allí. Solo Marie e Isabel estaban al tanto de su vida.

—¿Quién es?

—Gérard Leroy.

Salió del despacho en busca del padre de Pierre. En el corto trayecto, no dejó de pensar en las razones que llevarían al padre de su querido amigo hasta allí. Lo saludó y lo invitó a seguirla para hablar tranquilos en el escritorio.

—Gracias por recibirme.

—No tiene nada que agradecerme.

—No crea que me ha sido fácil saber de usted. Estuve en Le Figaro, sabía que quedaba cerca de nuestra librería, y allí monsieur Orson me dijo dónde podía encontrarla.

—¿Ha sucedido algo?

—Aún no lo sé. No se puede imaginar la angustia de la familia por no tener noticias. Hace bastante que no sabemos nada.

En ese preciso instante sacó un sobre ajado para extendérselo a Gabrielle. Los dedos de ella acariciaron ese papel esperado durante tanto tiempo.

—Esta carta dirigida a usted la envió con otras para la familia; supongo que debe haber sido más fácil mandarlas todas a una misma dirección. En una de ellas nos dice que se la entreguemos. Sabrá disculparme, pero la situación ha cambiado día a día, y esta carta fue quedando a un lado hasta el día de hoy, cuando escudriñando entre mis papeles, la encontré.

Gabrielle no le podía decir lo que sentía ante la ausencia de noticias de Pierre. Suponía que Gérard estaría pasando un infierno al desconocer el destino de su hijo, pero su actitud no hacía más que aseverar que monsieur Leroy era

un egoísta y que solo pensaba en sí mismo. Por otro lado, Leroy sabía dónde ella vivía, ya que lo había llevado a Pierre el último día para despedirse.

—Este tiempo he esperado noticias, pero ha sido en vano.

Por eso le pido que, si mi hijo vuelve a comunicarse con usted, me avise.

—Por supuesto.

Ahora Gabrielle comprendía el motivo por el que el ese hombre estaba allí y, repentinamente, se había acordado de llevarle la carta. Tampoco podía culparlo; la familia Leroy y otras tantas vivían un infierno ante la incertidumbre de no saber de sus familiares queridos o, lo que era peor, lo que imaginaban que podía estar sucediéndoles.

—No quiero restarle más tiempo.

—No lo ha hecho. Le agradezco que haya venido hasta aquí.

Ambos se levantaron y enfilaron hacia la salida. Lo único que Gabrielle quería era poner fin a esa visita para poder leer en tranquilidad las líneas enviadas por Pierre. No bien ingresó a la oficina, rasgó el sobre para extraer la carta.

Querida Gabrielle:

No te imaginas lo que extraño estar a tu lado o recogerte a la salida de la escuela de fotografía. En las pocas horas de sueño que tengo, pienso que iré a buscarte al periódico y que todo será como antes. Es una manera de engañarme y creer que nada ha cambiado. Siempre supe que cumplir con lo que mi padre deseaba era una asignatura pendiente y estar aquí solucionaría todo, pero me equivoqué. No soy el hombre valiente que él quiere que yo sea; a pesar de eso, estoy cumpliendo con creces lo se me ordena. El único aliciente que tengo es saber el orgullo que tú y él sienten por mí. Es por eso que, cada día, busco luchar como puedo

y olvidar la muerte de mis compañeros, el sonido de las armas al descargarse y las noches en que el cielo está iluminado no de relámpagos, sino del permanente fuego cruzado.

Mi querida Gabrielle, espero que ninguna sombra del pasado te aqueje y puedas vislumbrar un futuro, y que yo esté en él. Esa es y será la ilusión que mantengo, al menos mientras siga aquí…

Quiero que le envíes mis saludos a Marie, supongo que ambas estarán juntas. Recordar las idas a Les Deux Magots me permite transitar las jornadas sin pensar en todo lo que me rodea.

Sabes lo que siento por ti, no necesitas que lo estampe en este papel. Espero regresar con el anhelo de que tengamos una posibilidad de estar juntos.

Tuyo, Pierre.

Gabrielle había leído más de una vez esa desgarradora carta, no tanto por lo que decía, sino por aquello que dejaba entrever en las líneas estampadas en el papel. La angustia la colmó y las lágrimas comenzaron a salir sin que pudiera detenerlas. Por qué todo no podía ser diferente, inclusive el pasado. Ella no dejaba de cuestionarse no haberse entregado al amor de él. ¿Por qué había dejado que el pasado la arrasase sin darle la oportunidad certera a Pierre de un futuro? En esas escuetas frases, no hablaba de miedo, pero podía intuirlo en cada letra, y un frío helado le corrió por el cuerpo al suponer cómo se sentiría. En medio de la congoja que la envolvía, no notó que alguien más estaba cerca; sin embargo, hubo algo que hizo que se voltease.

—¿Malas noticias?

Brandon se encontraba allí con gesto de preocupación y le preguntaba algo que a la distancia le competía, porque había sido por él por quien ella no le había dado una posibilidad a Pierre. El sentimiento por

Brandon la había cegado sin permitirle darse cuenta de que se había entregado al hombre equivocado.

—No, son noticias de alguien que quiero mucho.

—Es por eso que Leroy ha venido a verte.

Sin dudas la asistente le había dado la información sobre lo que acababa de acontecer minutos antes en la oficina. No había algo que sucediera dentro de la agencia que Brandon no lo supiera.

—No es de tu incumbencia que el padre de Pierre haya venido a verme.

—¿Pierre? —preguntó con asombro.

—Sí.

—Por cómo te encuentras, ha sido algo más que un amigo.

—Si así hubiera sido, ¿qué importancia tiene para ti?

—Tus dichos —mencionó acercándose—. Desde que hemos vuelto a vernos, no has hecho otra cosa que recordarme lo que tuvimos. Al parecer, ese sentimiento no ha sido tan profundo como me has confesado.

—De verdad, ¿te crees con derecho a hablarme así?

Gabrielle acababa de achicar la distancia con él para que entendiera cada palabra que deseaba decirle y que las recordase por siempre. El halo de proximidad entre ambos se respiraba en cada exhalación que hacían. No importaba lo que se dijeran ni la distancia que cada uno, por distintas razones, intentase imponer. Entre ellos flotaba una atmósfera que los envolvía, y así había sido desde el momento en que se habían cruzado en las oficinas de Le Figaro.

—El profundo amor que por ti sentí evitó que yo tuviera una posibilidad con Pierre. Él estuvo a mi lado cuando creía desfallecer ante tu ausencia y la falta de noticias. Todo ese tiempo él respetó mi dolor. Cada día que transcurría, me buscaba con la ilusión de que lo viera de otro modo, no solo como un amigo. Supo escucharme cuando yo no sabía cómo seguir. Le robé la ilusión de que algo entre nosotros podía suceder y, cuando él creía que la posibilidad estaba cerca, había algún recuerdo tuyo que salía a flote para empañar el momento que compartíamos. Cada vez que le confesaba lo que sentía por ti, era una

herida profunda que le infligía a él.

El rostro de Brandon parecía inescrutable, aunque todo su ser estaba centrado en ella, en sus gestos y en su voz con cada palabra que le brotaba de la boca con rabia. Estaba desnudando el corazón y lanzándole en la cara los sentimientos por él.

—Cada maldito día luché para olvidarte, para así poderle brindar una oportunidad a alguien que no me dañaría ni me rompería el corazón como tú. Por eso, no te atrevas a cuestionar lo que hago o lo que digo, porque tú te has conducido reafirmando una y otra vez que yo nunca he sido importante para ti. Basta con recordar el último encuentro en el elevador. Haces muy bien en volver a tu vida, porque yo haré lo mismo, solo debo esperar que él regrese.

—Te equivocas —resopló sobre el rostro de la joven. Con el pulgar rozó la mejilla encendida de Gabrielle.

Un torbellino arrasaba con la cordura de él. Nunca nadie lograba sacarlo de quicio ni de eje como ella. Brandon sabía el motivo, pero debía callarlo. Aunque no podía verla así. Ya no.

—Nunca quise dañarte así. Yo…

—No sigas, no hables más. —Dio un paso atrás y se alejó un poco para evitar el suave contacto—. Todo lo que te dije no es por el amor que te tuve, sino por todo aquello que no me permití tener con él —culminó con los ojos húmedos.

Con la carta estrujada, no había dejado de sollozar en silencio, un silencio que acababa de romperse cuando estalló en la catarata de sentimientos que aún la embargaban por él. La misma rabia por no poder contenerse y por la que volvió a refrescarle cuánto lo había amado, sin confesarle que aún ese sentimiento seguía latente y vivo, la hizo salir de ese despacho y enfilar hacia el único lugar donde nadie se atrevería a molestarla. El cuarto de revelado, en plena oscuridad y soledad, le permitiría liberar lo que bullía en su interior.

Brandon dejó que se fuera, la conocía como nadie y sabía que necesitaba estar sola. Eso no significaba que él no se mantuviera, a pesar de la distancia impuesta, cerca de ella.

No permitiría que algo le sucediera, amén de que quien le había roto el corazón había sido él.

*

Las oficinas Dubois se encontraban ubicadas en una zona privilegiada de París. En el interior, los cuadros decoraban las paredes revestidas con boiserie. La suntuosidad y elegancia eran dos elementos que marcaban la decoración del lugar. Sin embargo, esto no había sido así desde el comienzo. En la sala de espera, sobre una mesa de arrimo alumbrada por una lámpara, se ubicaba el retrato de Jack Brandon Dubois, fundador de la firma. De origen inglés por parte de madre y francés por la rama paterna, había decidido abandonar Londres y buscar un futuro en la ciudad que le provocaba fascinación. Luego de una gran disputa

familiar ante la negativa de que se fuera y sin el apoyo de los suyos, abandonó todo para comenzar una nueva vida en la Ciudad Luz.

Sin dinero para subsistir, Dubois trabajó en un mercado bajo las órdenes de un vendedor que ofrecía los más variados productos, que a veces llegaban a la tienda por medios ilícitos. Durante las largas jornadas en aquel mercado, el dueño notó que ese joven con deseos de ganar dinero contaba con una excelente actitud para negociar.

Luego de un tiempo, le brindó un aumento para no perderlo, ya que, gracias a ese muchacho, las ventas del negocio se habían acrecentado. Sin embargo, sabía que, cuando el joven se diera cuenta del potencial con que contaba, lo abandonaría. Dubois tardó un año en dejar a ese tendero y poner su propio negocio. El deseo de triunfar, la necesidad de hacerse un futuro y el anhelo por demostrar que podía salir adelante sin la ayuda familiar hicieron el resto.

La empresa que llevaba el apellido de la familia había crecido a través de los años bajo el arduo trabajo que su fundador le había impreso a través del tiempo. El prestigio se lo había ganado por medio de la calidad de los productos que importaba y exportada. La riqueza que fue adquiriendo le permitió diversificar las ramas del negocio que había iniciado. Su muerte había dejado el legado, un legado que había deseado que su nieto comandara para que el sello Dubois continuase de la mano de Brandon. Pero el viejo Dubois siempre supo reconocer en Brandon los aires de independencia que él había tenido de joven y valoraba que quisiera abrirse camino por sus propios medios. No sería él quien le pusiera trabas ni obstáculos, porque no repetiría la historia de sus padres para con su nieto.

Por ese motivo, los hilos de la firma estaban comandados por Aaron Dubois, quien en ese momento estaba encerrado en el despacho

aguardando que Brandon llegase. Acababa

de beber una copa de whisky para atemperar el ánimo; la rabia lo corroía por dentro. Volvió a mirar el reloj de pulsera para asegurarse de que su hijo ya debía haber llegado.

—Monsieur Dubois, su hijo acaba de llegar.

—Hágalo pasar y déjenos solos. No estoy para nadie.

—No se preocupe.

Segundos después, Brandon ingresó al despacho paterno.

—Me puedes explicar qué mierda pasó con el cargamento que se debía entregar esta madrugada.

No fue el reclamo, sino el golpe de puño que estalló sobre la superficie del escritorio lo que permitió que Aaron lanzara la furia que tenía contenida desde el mismo instante en que supo que el envío de armas que iba a entregar a los alemanes había sido capturado por los rebeldes.

—Si quieres hablar conmigo, primero te calmas.

A pesar del mal humor, Brandon le exigió que se aquietara. Él era el único que refrenaba a Dubois, porque la gente que lo rodeaba sabía que lo que el dueño de la firma decía era palabra santa. Nunca se discutían las órdenes que daba ni las decisiones que tomaba. Sin embargo, allí estaba Brandon sofocando y deteniendo las ínfulas del padre, quien sabía que, si no cambiaba el talante, Brandon se iría del mismo modo en que había ingresado.

—Tú a mí no me das órdenes.

Brandon giró para salir del despacho, pero se detuvo.

—Brandon, me cuesta controlarme con todo esto que sucede. Sabes que el honor de nuestro apellido puede quedar manchado por esto.

El honor para Aaron Dubois tenía un significado muy particular. Él estaba convencido de que continuar con la tradición familiar era comerciar mercadería al costo que fuera.

—Lo que ocurrió está dentro de las posibilidades y eso no puedes desconocerlo.

—No para un Dubois. ¿Quieres que te recuerde lo que contenía este cargamento de armas?

No era necesario que recalcara lo que ambos sabían. El envío contaba con un número importante de fusiles Berthier de uso intensivo en las fuerzas francesas y ametralladoras Mas-38. Conseguir esas últimas armas había sido un logro, porque recién estaban saliendo al mercado junto al resto de ametralladoras automáticas Mac 24/29.

—Lo que sucedió puede volver a ocurrir.

—Brandon, ¿qué dices? A veces te veo, y no te reconozco.

—No siempre se puede ganar. Sabes que el comercio de armas poco se parece a lo que el abuelo hizo en la Gran Guerra.

Según el fundador de la firma, en tiempos de guerra se podían hacer grandes negocios. Él siempre había estado dentro del mercado de las telas, y la confección de uniformes había abierto una gran veta para la empresa en tiempos en donde lo necesario escaseaba, salvo todo lo referente a la guerra.

—No me vas a enseñar lo que ocurrió en aquella época, cuando yo ya estaba aquí, junto a tu abuelo, ¿o quieres que te cuente?

—Tienes razón.

Aaron Dubois se quedó sorprendido ante la respuesta del hijo. No era común que le diera la razón en algo, muy por el contrario, las disputas entre ambos eran habituales debido a la distinta perspectiva que tenían sobre un mismo tema. Sin embargo, ese gesto en el rostro le duró muy poco al continuar escuchándolo.

—Es mejor cubrir lo vivido en esa época con “de aquello no se habla”, ¿verdad?

La lapidaria frase lanzada por Brandon y el tono tenían una connotación particular para ambos. Ninguno de los dos necesitaba aclarar o referirse al tema que los había

separado. Y como si el tiempo volviese atrás, el conflicto suscitado con la madre de Gabrielle volvía a salir, junto a la consecuente separación de Brandon y la joven.

—Aquello es un tema terminado; eso es lo que convinimos desde que has regresado a trabajar conmigo en esta empresa.

Un ominoso silencio recayó sobre la estancia. Brandon se mantuvo incólume sin mencionar alguna otra palabra. No había ido allí a tratar ese tema. Tiempo atrás había tomado una decisión de cómo abordaría lo sucedido, y no era momento de hacer cambios sobre la marcha.

—Hijo… —Pocas veces lo nombraba de ese modo; sabía cuándo le convenía hacerlo—. Quiero que te centres en lo sucedido; esto no puede volver a pasar. No sé qué explicación daré para justificar lo ocurrido.

—Ellos lo saben a la perfección. La fuerza que ostentan en las ciudades tomadas no son las mismas que en la zona rural. No conocen esas tierras, y es allí donde la Resistencia tiene su oportunidad de hacerse valer.

—Hay que destruirlos a todos. Si ese grupo de rebeldes comandado por De Gaulle desde Londres, haciendo foco en unas pocas ciudades de Francia, está convencido de que van a ganar la batalla, pues se han equivocado, ya que solo muestran ignorancia.

En Toulouse y en Lyon la Resistencia se había fortalecido, debido a que los refugiados y los lugareños estaban persuadidos de que había que resistir y combatir el régimen alemán, ese mismo régimen que no había logrado asentarse en la Francia Libre. Allí mismo, los pueblos no caerían rendidos al yugo alemán, más allá del armisticio firmado que había humillado a varios franceses. Con mayor frecuencia, actuaba la Resistencia en lugares estratégicos; uno de los hechos más notorio había ocurrido en Ostricourt, ubicada al norte de Francia, en una mina de carbón. En un

momento en que el control y la vigilancia alemana mermó, la Resistencia organizó un ataque con explosivos, que impidió que los alemanes consiguieran cientos de toneladas de carbón, con la implicancia que eso conllevaba en tiempos de guerra.

—Conmigo no debes hacer un discurso enarbolado en tus principios. Para ti solo es cuestión de dinero: lo que has buscado cuando decidiste ingresar en el comercio de armas.

—Quizás lo sea para mí. Y tú, ¿qué me dices?

Aaron Dubois debió hacer frente al silencio de Brandon, que no dejaba de mirarlo sin mover ningún músculo del rostro. Por momentos le costaba descifrar a su propio hijo, detestaba que se pareciera tanto a su padre, con quien nunca había logrado llevarse bien.

—Veo que no estás muy comunicativo, como siempre.

Solo quiero aclararte que esto no puede volver a suceder.

Ambos sabemos que no es la primera vez que ocurre, pero sí la última. Lo peor que puede acontecer es no ser confiable en este mercado. He luchado mucho por hacer que esta firma sea redituable.

—Te advertí el riesgo que se corría, pero nunca quisiste reconocerlo.

—Ya basta con eso, bastante soporté tus reclamos con respecto a tu madre en aquella época.

—A ella déjala a un costado.

Ese había sido un tema álgido entre ambos. En aquel tiempo, Brandon comprendió cómo su madre se había humillado frente al dinero y el poder que acarreaba el apellido Dubois. Mirar hacia un costado y dejar que la vida pasase a través del cristal de Aaron había sido la decisión materna, aunque en su etapa final había logrado liberar el alma hablando con Brandon sobre todo. Aquella

conversación le había brindado la paz que necesitaba en los últimos momentos de su vida y le había otorgado a Brandon un nuevo motivo para delinear su futuro.

—No creas que su muerte no ha sido dolorosa para mí también.

—Te dije que dejarás el tema a un lado; no creo que te guste lo que tengo para decirte.

—No te he llamado para tratar cuestiones familiares que han quedado en el pasado. Nos ocupan varios temas como para regresar a una cuestión ya zanjada. Esta tarde mantendré una reunión con gente del partido e intentaré convencerlos de que lo sucedido ha sido una excepción y de que aún somos fiables. Si quieres, puedes estar conmigo.

—No puedo. Tengo otras obligaciones que cumplir.

—Esa agencia lo único que hace es restarte tiempo para la empresa.

—Eso ya lo hemos hablado y ha sido al revés, que yo mantenga la agencia hace que me tome tiempo para estar aquí.

Dubois no estaba de ánimo para entrar en otra discusión, ya que tenía bastante con los problemas que lo aquejaban.

—Me voy.

—Algo más. Respecto de Heidi, ¿qué sabes? He intentado hallarla, pero se ha ido y no me lo ha dicho adónde.

—La he visto estos últimos días.

—Me alegra que así sea. Es una joven muy atractiva y, lo que es fundamental, con ciertos contactos y deseos de colaborar en todo, ¿qué me dices?

—Que estoy sin tiempo y debo irme.

—Brandon…

—Déjalo ya. Ella hace su trabajo y yo, el mío; solo eso.

Dubois se calló y observó cómo su hijo abandonaba la oficina sin demasiadas explicaciones, explicaciones que él necesitaba para comprender qué había sucedido con la

mercadería, en manos de los rebeldes.

Brandon salió de la empresa familiar con la pesadez que significaba permanecer allí. Había momentos en que deseaba tirar todo por la borda, pero no podía, porque entonces nada de lo hecho tendría sentido.

*

Gabrielle no podía sosegar su espíritu. A pesar de que había intentado regresar al trabajo y concentrarse en la actividad, no lo había logrado. Además de sentirse muy movilizada por las últimas noticias, debía ir a ver a Marie. Se había comprometido a hacerlo cuando tuviera noticias de Pierre, y no quería perder más tiempo. Avisó a la asistente que se iba y que hasta la mañana siguiente no regresaría, y partió en busca de su amiga.

Marie, como el resto de la gente, ya no era la misma.

Atrás había quedado la joven alegre y despreocupada que trabajaba en el periódico. Estaba sumida en la colaboración con la Cruz Roja, que se había fusionado a otras tres organizaciones francesas con fines humanitarios. Allí había demasiado trabajo no solo con la labor hospitalaria, sino con la obtención de material médico necesario en

combate.

—Gabrielle, qué alegría verte —exclamó la joven que estaba en plena tarea.

—Debí haberte avisado, pero se me complicó.

—No importa, justo estaba pensando en visitarte cuando termine.

—Algunas cosas cambiaron, y ahora me alojo en otro lado.

El gesto de asombro de la joven se sosegó ante la llamada de una compañera.

—No he llegado en buen momento, pero me gustaría hablar contigo.

—Si te parece, cuando finalizo, paso a verte. Dame tu nueva dirección.

Gabrielle la anotó en un papel y se lo entregó a la espera de poder conversar tranquilas. Luego de saludarla se perdió por las calles de París, esas calles que ella conocía tanto y por las que ya no solían transitar como antes los parisinos.

Ya no las recorrían ni a pie ni en bicicleta para disfrutar de los diferentes rincones, sino que eran patrulladas por la Wehrmacht a cualquier hora del día.

Poco después de haber llegado a su casa, se puso a preparar una sopa que acompañaría con unas galletas que había conseguido. Debido al bloqueo comercial impuesto por Inglaterra, la falta de alimentos se había incrementado.

El precio de los productos era exorbitante; algunos solo se obtenían en el mercado negro, que crecía a pasos agigantados. Las largas filas en los comercios pintaban la clara imagen de la escasez que se vivía. Cada cual comía cuándo y cómo podía. Unos golpes a la puerta la sacaron de los pensamientos que bullían en su interior.

—Antes de empezar, quiero que me cuentes qué haces aquí.

A Gabrielle no le llevó tanto tiempo contarle a su amiga el motivo por el que estaba allí, aunque el relato se había cobrado unas cuántas lágrimas.

—No puedo creerlo.

—Por más que busque alejarme, siempre hay algo que termina

acercándome a Brandon.

—Quizás, a pesar de todo, deban estar juntos.

—De ningún modo, pero no deseo hablar más de él, sino de Pierre.

—¿Qué sabes?

—Mira. —Le mostró la carta—. Me la trajo su padre. Si te fijas la fecha, está datada hace tiempo.

En ese mismo instante le hizo entrega del sobre para que su amiga leyera la escueta misiva. Notó que la leyó más de una vez. Tristeza y dolor atravesaron el semblante de la joven.

—A veces lo que nos sucede es injusto, y esta carta así lo demuestra.

—Gérard Leroy ha sido injusto con Pierre.

—No lo digo por él.

—¿Por quién lo dices?

—Nunca me animé a confesarte lo que ha significado Pierre para mí. En silencio y con el correr del tiempo, mi sentimiento por él fue creciendo.

Gabrielle no podía creer la confesión de su amiga. Varias veces habían compartido encuentros los tres. Aún más, la presencia de Marie le permitía no estar a solas con Pierre, para evitar lastimarlo ante algún rechazo. Nunca imaginó que, con esa actitud, lastimaría a su amiga.

—Marie, ¿cómo no me lo dijiste?

—Porque sabía que él te estaba apoyando en el momento más duro que atravesaste. Yo no quería traerte mayores problemas ni confundirlo a él. Por otra parte, sabía que Pierre tenía ojos solo para ti.

—Disculpa, yo no he querido lastimarte con esta carta.

—No lo has hecho, porque, a pesar de lo te dice, se ha acordado de mí. Eso para mí cobra relevancia, aunque lo haya hecho en un tono de amistad. Que me recuerde en un momento tan complicado me aliviana el corazón.

Las mejillas de Marie estaban plagadas de lágrimas que no dejaban de

correr. Gabrielle la abrazó para consolarla, le costaba entender que en ese tiempo Marie también había resultado herida.

—Qué vergüenza me da todo esto —esgrimió Marie mientras se secaba el rostro con las manos.

—No tienes nada de que avergonzarte; entiendo cómo te sientes.

Gabrielle comprendía lo que significaba no ser correspondida.

—No lo creo, porque Brandon te ha querido siempre. Los motivos por los que se alejó no te dejaron avanzar con alguien más, pero, mientras estuvo a tu lado, te amó.

Gabrielle asintió en silencio. No quería regresar a aquella etapa en la que creía que todo podía ser posible con Brandon.

—Yo me abriré de la vida de Pierre.

—Gabrielle, ¿qué dices?

—Lo que haré. Cuando tenga una oportunidad, se lo diré.

—Por favor, no lo hagas, no puedes lastimarlo más.

—Sin saberlo ni desearlo, los lastimé a ambos. Por mucho que lo desee, nunca llegaré a amarlo a él, porque no dejaré de amar a Brandon.

A Marie no le sorprendió el contenido de la confesión; estaba claro el profundo sentimiento que la unía a Brandon, no era necesario que se lo dijera. Notaba que Gabrielle hacía un gran esfuerzo por distanciarse de él sin demasiados resultados.

—Quizás he actuado de manera egoísta contigo.

—Nada de eso. En un punto, me veía reflejada en ti.

—¿Por qué?

—Porque me costaba avanzar y centrarme en otra persona, porque Pierre robaba mis pensamientos del mismo modo que lo hacía, y lo hace, Brandon contigo.

—Marie —dijo tras un largo suspiro—, tienes razón.

La confesión de ambas les había alivianado el espíritu.

—Luego de estas sentidas confesiones, me gustaría comer algo. Dime que has hecho algo.

—Por supuesto, mira si quieres comprobarlo. —Destapó la olla para mostrarle—. Aquí tengo unas galletas que aguardaban una ocasión especial.

—Parece una delicia.

—Eso espero.

Llevó los tazones y una panera, y los dejó frente a los dos sillones ubicados al lado de la ventana que brindaba luz y claridad al pequeño apartamento.

—De verdad, está exquisita.

—Y tú estás con mucha hambre.

—Puede ser, trabajo bastante y no me alimento del modo que debería.

—¿Cómo está todo?

—Está muy complicado. No es lo que parece.

—¿A qué te refieres?

—Aquí cuentan cómo se combate a la Resistencia, pero nadie dice lo que ellos hacen. Muchos hombres que defendían esos ideales han sido capturados y llevados a campos de concentración antes de ser trasladados a Alemania. Sus mujeres, junto a otros colaboradores, planean rescatarlos. Es fácil lograrlo cuando han sido heridos y llevados a la enfermería. Desde allí planear la huida es más sencillo.

—¿Cuánto tiempo permanecen allí hasta ser trasladados?

—Eso no lo sé; depende. Algunos mueren antes de ser trasladados. La labor de rescate es intensa, pero sin los recursos necesarios. No es fácil combatir contra el poderío alemán, aunque en la zona libre es distinto.

—¿Has estado allí?

—He logrado estar allí debido al lugar en el que colaboro.

No es fácil atravesar los controles en la frontera de la zona ocupada y la libre. Todo es más complicado de lo que se

cree. No te imaginas lo que he tenido que ver desde que estoy aquí. Y eso que estoy amparada bajo esta organización.

Gabrielle sabía lo que estaba sucediendo, pero no había estado en aquellas zonas, por más que lo había solicitado en la agencia. Ir hasta allá y registrar lo que sucedía era su manera de colaborar, pero no lo había logrado y estaba convencida de que en un futuro tampoco lo lograría.

Existían fotorreporteros que estaban cubriendo desde las filas de la milicia, pero esa posibilidad también le había sido vedada.

—Luego de la derrota en Dunkerque, los soldados varados y los pilotos derribados por los alemanes han alcanzado salir fuera del país por rutas clandestinas de la mano de la Resistencia. Los que no lo lograron han quedado refugiados en las casas de aquellos que colaboran con la Resistencia hasta que puedan escapar. Sé de una enfermera que pertenece a la organización y que se ha arriesgado a salvar a algunos heridos. Los protegió en un domicilio hasta que lograron huir del país.

—Marie, en la agencia me siento atada de pies y manos.

—Pero estás haciendo lo que deseas. Aunque no lo admitas, colaboras con la actividad que desarrollas.

—Te equivocas, eso era antes de que todo se fuera al garete. Antes, hacía mi trabajo convencida de que podía dar a conocer a aquellos a quienes no se veía o contrarrestar la constante propaganda alemana, pero me he equivocado.

—Gabrielle, entiendo lo que me dices. Estás trabajando en un lugar que te ampara. No puedes quejarte de eso.

—Marie, siento que no soy útil, tampoco tengo mucho por qué luchar.

—Te refieres a Brandon.

—Así es, pero no tengo deseos de hablar de él.

—Está bien.

—Te aseguro que no puedo borrar de mi mente aquel tren que trasladaba niños arrancados de los brazos de sus madres para estar a salvo. El desgarro que aquellas mujeres deben haber sentido, no puedo imaginarlo.

—A pesar de los horrores que he visto, aquella imagen tampoco me la puedo borrar.

Ambas se sumieron en un significativo silencio; no había palabras que pudieran resumir aquel momento.

—Marie, me gustaría ser parte de alguna de esas organizaciones humanitarias para poder colaborar.

—Gabrielle, ¿qué dices?

—Necesito sentirme útil, y en la agencia no lo logro.

—Claro que sí, cumples con tu trabajo.

—Un trabajo que dejó de ser lo que yo deseaba. Ahora se debe ser cuidadoso con las publicaciones. Ya no tengo una razón para permanecer aquí, y estoy convencida de que puedo ayudar en otro lugar. Yo puedo prestar servicio en el puesto que sea, aunque nunca dejaré de hacerlo como fotorreportera.

—No lo sé, Gabrielle.

—¿Por qué? A algunas mujeres se les permite ir con la cámara a lugares más combativos.

—Si deseas hacer eso, deberías hablarlo con la agencia.

Estoy segura de que ellos deben saber cómo infiltrarte allí.

—Claro que lo saben, y lo hacen con otros empleados, pero no conmigo. No bien surge una posibilidad de ir a algún lugar de riesgo, se me aparta. No te imaginas lo que detesto eso. El único responsable es…

—Brandon —completó Marie—. Aunque no te guste, no te imaginas lo que le agradezco que lo haga.

—Marie, debes entenderme. Ya no tiene sentido permanecer aquí.

—Esa es una decisión importante que debes meditar, no la puedes tomar de buenas a primeras. Cuando lo hayas hecho, ven y veremos qué se puede hacer.

—Gracias.

Ambas se estrecharon en un sincero abrazo que hablaba de la

verdadera amistad que las unía.

—Debo irme.

—No creo que sea conveniente que te vayas; puedes quedarte aquí.

—Gracias, pero debo estar muy temprano en el trabajo.

—Como quieras; te acompaño.

Poco después, Gabrielle se hallaba en el apartamento sin poder conciliar el sueño.

*

La calle estaba sumida en una profusa oscuridad y la quietud de aquel momento se quebró cuando escuchó que alguien la llamaba.

—Marie.

—Brandon, tanto tiempo sin verte.

—Tienes razón, ¿has estado con Gabrielle?

—Así es, ya cenamos y me iba a mi casa.

—Te acompaño.

—No es necesario.

—Prefiero hacerlo. A esta hora, las calles dejan de ser seguras.

—Gracias.

El recuerdo sobre lo vivido en Le Figaro se impuso en la charla junto a algunas anécdotas que habían protagonizado en el tiempo que habían trabajado juntos en el periódico.

—¿Has estado en contacto con Orson?

—Sí.

—Yo no lo he visto desde que decidí abandonar el diario para ingresar en la Cruz Roja.

—¿Cómo te sientes allí?

—Me siento útil, y para mí es lo más importante en este momento.

—Te entiendo.

La mente de Brandon no dejaba de dar vueltas durante el trayecto. De pronto, desvió la vista del camino para centrarla en ella.

—Marie, ¿conoces a Pierre?

Escuchar ese nombre la cubría de pesar y angustia.

—Sí. Ruego a Dios que esté bien donde quiera que se encuentre.

—Estaba muy unido a Gabrielle, ¿verdad?

—Así es, pero nunca como ella lo ha estado contigo.

—Ah.

—Brandon, no sé qué te traes respecto a ella, pero no puede sufrir más. Es más, ella…

Marie se detuvo porque no quería desnudar los sentimientos de su amiga ni las dudas que tenía.

—¿Qué ibas a decirme?

—Nada. Si ella te preocupa, deberás averiguarlo. Lo único que te pido es que la cuides si en verdad ella fue importante en algún momento de tu vida. Gabrielle no sabe cómo seguir y eso incluye dónde está y con quién trabaja.

—Gracias por decírmelo.

—No lo hice por ti, sino porque me preocupa qué puede hacer ella.

Él detuvo el vehículo para que ella descendiera.

—No importa el motivo por el que me lo dices. Cualquier cosa que necesites, sabes dónde buscarme.

—Gracias por traerme.

Ella le había agradecido el gesto, aunque estaba segura de que el único motivo había sido saber del vínculo de Gabrielle con Pierre.

CAPÍTULO 13

El endeble escondrijo

El devenir de los días en Berlín incrementaba la incertidumbre de Isabel. La desolación se debía a que aún no había tenido noticias de Mateo. Quizás, podía ser bueno, ya que su ausencia la ayudaría a olvidarlo y a creer que la conducta de él había sido solo un juego; entre ellos solo quedaría un lindo recuerdo nacido en Roma. Por más que intentase convencerse de que estaba equivocada con respecto a los sentimientos de él, Isabel no había podido quitárselo de la cabeza. Ni siquiera el trajinar de las jornadas en la embajada sosegaba la inquietud que la embargaba.

El nuevo embajador se había hecho cargo del puesto y cada uno de los empleados se esforzaba por hacer valer el lugar que ocupaba. Ella parecía ser la excepción, pues tenía la cabeza en otro sitio.

La jornada terminó e Isabel se refugiaría en el apartamento a esperar que las horas pasaran y un nuevo día comenzara. Salió del edificio bajo la tenue penumbra del anochecer. Caminó hasta la esquina ensimismada en sus pensamientos, por eso no escuchó los pasos de la persona que, segundos después, la abordó.

—Disculpe que me aparezca de este modo, pero necesito hablar con usted.

A pesar del susto, Isabel no reconoció a la mujer que estaba a su lado. No eran muchas las personas que ella había conocido desde que había arribado a Berlín. Estaba convencida de que no se había cruzado antes con esa mujer de mediana edad con el rostro marcado por la angustia y la preocupación.

—¿Nos conocemos? —preguntó confundida.

—No. Me llamo Sara. Lo único que le pido es que me escuche.

—Si es una cuestión de la embajada, puede presentarse mañana a primera hora. Si no soy yo, habrá alguien más que pueda atender sus necesidades. —Quiso poner fin a la escueta conversación.

—Juro que lo he intentado antes, pero no han querido atenderme.

Sabía que no debía hacerlo, pero había algo en esa mujer que le hizo desistir de los deseos de irse de ahí y se dispuso a escucharla hablar en un buen español, algo a lo que se había desacostumbrado.

—¿Qué es lo que necesita?

—He venido en varias oportunidades a la embajada para conseguir un permiso para abandonar este país, pero me lo han negado.

—Sara, si es así, yo no puedo hacer mucho.

En la gestión del anterior embajador, no se había permitido que los cónsules se aprovechasen de los judíos al cobrarles para obtener las visas; se había evitado lucrar con la desesperación ajena. Sin embargo, eso se había transformado en un redituable negocio: varios diplomáticos de diferentes embajadas se habían llenado los bolsillos con las tarifas que cobraban. La cadena de favores hasta conseguir el sellado era onerosa. El rechazo de la visa no se debía al cumplimiento de la Circular 11, sino a la

imposibilidad de pago del arancel fijado adrede por las mismas autoridades diplomáticas para otorgar el ansiado documento.

—Este pedido no es para mí, sino para mi hija. Tengo familia en la Argentina y por distintas circunstancias hemos recalado aquí. Ya no me importa qué suceda conmigo, pero necesito conseguir un salvoconducto para ella. Mi Ana tiene una vida por delante, y no puede estar condenada a morir solo por la sangre que lleva ni por el credo que profesa.

—La entiendo, pero no soy la persona indicada para ayudarla.

En la mente le retumbó la conversación con Mayol, en la que le había advertido que no accediera a cualquier pedido que pudieran hacerle por fuera de la embajada. Isabel no podía continuar un minuto más allí, aunque había algo que le impedía irse y abandonar a esa mujer.

—Disculpe mi atrevimiento, pero no lo entiende. No tiene idea de lo que es sobrevivir en estos días. Hemos quedado solas; mi esposo murió. Desde que se desató la guerra, no he hecho otra cosa que peregrinar por distintos lugares para evitar que nos lleven. He venido una vez más, desde lejos, para lograr la visa para mi hija. No me iré hasta obtenerla.

—Yo…

—La familia que tengo en la ciudad de Buenos Aires ha hecho las gestiones pertinentes, pero me dicen que las autoridades se niegan a darle cualquier permiso para poder viajar.

Isabel entendía que todo lo que Sara le decía era verdad; serían infructuosos los reclamos de la familia. Nada haría cambiar de opinión a los funcionarios argentinos.

—No la conozco, pero intuyo que usted no es como el resto. Sé también que no hace mucho que usted trabaja aquí.

A esa altura de los reclamos, Sara estaba al tanto sobre el personal diplomático y sobre los cambios que se venían dando desde hacía tiempo.

—Así es.

—Ya le dije que haré lo impensado por sacar a mi hija de este infierno.

Isabel desvió la vista para ver cómo las manos marcadas por el trabajo y los años descosían el dobladillo del abrigo raído que llevaba para sacar algo que brillaba en la oscuridad.

—No sé si sea suficiente, pero es lo único que tengo. Esta joya perteneció a mi madre y tiene un valor importante. Las esmeraldas son muy costosas y se venden muy bien en el mercado.

—Sara, ¿qué sugiere?

—Si no es para usted, que lo sea para quien pida una recompensa por la gestión que habilite a mi hija a abandonar Alemania.

Isabel rodeó las manos frías y temblorosas de Sara en un esfuerzo de aquietar la angustia y la desesperación.

—Guarde eso. Si hay alguien que puede necesitarlo, no soy yo, sino usted.

—Estoy desesperada y no sé qué hacer. No se ofenda, pero téngalo para cualquier cosa.

—No lo necesito. Veré qué puedo hacer, pero no le aseguro nada. Hoy las puertas para gestionar algo así están cerradas.

—No sabe lo que le agradezco que me haya escuchado e intente ayudarme.

—Deberá darme los papeles.

Del bolsillo interno del tapado, retiró un sobre manila con la

documentación necesaria.

—Es la primera persona que en mucho tiempo me escucha. Le estaré eternamente agradecida por intentarlo.

—Vernos en la salida de la embajada es muy peligroso; es mejor hacerlo en el parque que está a dos cuadras de aquí.

En la entrada hay un kiosco de bebidas. Allí estaré.

—¿Cuándo?

Isabel comprendía que, cuanto antes lo hiciera, mejor para ambas. No le había prometido que la gestión fuera favorable, solo que lo intentaría.

—Cuando tenga alguna información, veremos el modo de comunicarnos.

En verdad, Isabel no podía decirle más que esa escueta respuesta. No prometería algo que no sabía si podía cumplir.

—Tenga mi eterno agradecimiento por intentarlo.

Sara se despidió con los ojos llenos de lágrimas, pero con esperanza. Se aferraría a eso hasta que volviera a ver a la joven Quevedo. Isabel supo que había cometido un gran error mientras veía que Sara se alejaba. Ella había actuado bajo un impulso que no había podido refrenar. Con pasos apresurados y con la documentación que le quemaba aferrada al pecho, alcanzó el edificio. Necesitaba deshacerse de eso cuanto antes.

—Isabel, ¿qué sucede?

¿Por qué motivo aparecía Úrsula en los momentos menos oportunos? Parecía que debía darle explicaciones de su proceder.

—No sé si estoy por enfermarme, pero tengo mucho frío.

Salí de la oficina a los trompicones para llegar a casa y tomar algo caliente.

La espalda corva con los brazos alrededor del pecho daba muestras de que estaba desaclimatada, y no escondiendo algo que podría complicar su futuro.

—Ven a casa, así tomamos algo.

—Gracias, pero prefiero ir al apartamento y cambiarme para entrar en calor.

—Como quieras.

Isabel se lanzó a caminar sin voltearse, sabía que la mirada de Úrsula la alcanzaría hasta que abriese la puerta del elevador. No bien llegó al piso, Isabel se quitó el abrigo y buscó un lugar para esconder los papeles que la comprometían. El apartamento era pequeño; no había muchos lugares para ocultarlos; sin embargo, fue la primera vez que agradeció el estado vetusto de la construcción. Dos azulejos blancos que tapizaban la pared del baño estaban flojos; ahí guardaría los papeles hasta que pudiera desentenderse de ellos. Aprovechó para desvestirse, darse un baño rápido, colocarse el pijama y un abrigo de lana. Los golpes a la puerta no le dieron tiempo a calentarse algo para beber. Estaba convencida de que sería Úrsula para ver cómo estaba; sin embargo, en cuanto abrió la puerta, se dio cuenta de su equivocación.

—¿Qué haces aquí?

—Esta sí que no era la bienvenida que esperaba luego del tiempo que estuvimos separados.

—Hans, disculpa, es que creía que me avisarías que vendrías.

—No necesito hacerlo, ¿o sí?

—No, pero, de haberlo sabido, te habría esperado de otro modo —replicó aturdida—. Pasa, por favor.

Él la tomó por los hombros y le dio un beso hambriento. A pesar del tiempo de ausencia, la notó remilga y distante.

Isabel nunca perdía los estribos cuando estaban juntos y era eso lo que a él le gustaba, porque ella era un desafío. A él, las mujeres nunca se le negaban. Siempre era él quien marcaba el ritmo en la relación. De repente se le coló en la mente la imagen de Sonia. En varias oportunidades, se había preguntado cómo dos hermanas podrían ser tan distintas: una apasionada sin límites y la otra mojigata y poco afectiva. Si existía alguien que pudiera encenderla para quitarla de las casillas, sería él.

—¿Cuándo llegaste?

—Hoy a la mañana.

—¿Y dónde has estado todo el día?

—Mi amor, he tenido que atender varias cuestiones.

—Seguro que no has cenado. Voy a prepararte algo; debes estar con apetito si has pasado todo el día haciendo trámites.

Isabel se acercó a la cocina para cocinar algo rápido con las verduras que había y la pasta que aún quedaba en un paquete.

—Te equivocas, he cenado en la casa de mis padres. No te imaginas la alegría que les di.

Isabel recibió un fuerte impacto al escucharlo. Ese simple gesto parecía alejarla más de la familia Fischer.

—Me imaginaba que iríamos juntos a verlos —dijo al darse vuelta con la olla llena de agua para colocarla al fuego.

—Habrá otras oportunidades. Además, esta era una reunión familiar —agregó al pasar por lado de ella—. Está por aquí el baño, ¿verdad?

El fuerte golpe de la cacerola sobre la pileta hizo rebasar el agua por todos lados.

—Isabel, ¿qué te pasa?

La mirada inquisidora de Hans la traspasaba. Esos ojos celestes fríos y penetrantes asustaban. Ella tuvo dominio de la situación, para no empeorar todo. No querría pensar en lo que podría suceder si su prometido tomaba conocimiento de la documentación que acababa de ocultar en el baño. Le habían bastado unas pocas horas en la casa familiar para notar la fidelidad al régimen y lo que serían capaces de hacer si alguien lo contradecía.

—Disculpa, pero no me he sentido bien en todo el día. Me he dado un baño para entrar en calor.

—Bien —agregó antes de cerrar la puerta.

Durante los largos minutos en que él estuvo ausente, Isabel pensó en la serie de excusas que daría si la interrogaba, aunque estaba segura de que ninguna lo complacería. Minutos después sintió la presencia de él a su lado y comprendió que aún todo seguía en su lugar.

—Si lo deseas, puedo buscarte algún remedio —resopló en el cuello.

—Gracias, pero creo que cenar será lo mejor.

—Bien, debo salir un momento. Mientras, come, que yo ya vengo.

El alivio que Isabel sintió cuando Hans traspasó la puerta fue indescriptible. No comprendía qué le sucedía. Actuaba como si no pudiese confiarle a su prometido lo que había hecho. Había pasado el último tiempo en medio de citas y salidas, confesiones sobre el futuro que deseaban y conversaciones familiares que demostraban el compromiso de esa relación, pero nada de eso había salido a la luz, solo restaba el recuerdo de aquella época vivida en Buenos Aires. Desde que había abandonado la ciudad, parecía haber pasado una eternidad, y transitado otra vida. Nunca habría imaginado aquellos mágicos momentos en Roma de la mano de Mateo. Tampoco habría imaginado haber recorrido París sin la compañía de su familia y, gracias a ello, conocer a Gabrielle, a quien la unía una amistad. No dejaba de preguntarse en qué lugar de la senda transitada se había perdido Hans. Tal vez, a partir de la aparición de Mateo, porque el único pensamiento que la rondaba el último tiempo era De Luca. Estaba convencida de que la única persona que podía darle una solución para salir del atolladero en que estaba metida era él. Reconocerlo implicaba alejar a Hans de su vida y era injusto, por cómo él se había preocupado por ella. Su prometido no se merecía ese comportamiento desleal. En medio de la maraña de cuestionamientos, probó unos bocados de la comida que

acababa de prepararse. La soledad la abrumaba y la confusión la acechaba. Miró el reloj y notó que el tiempo había pasado; Hans aún no había llegado. Un dolor punzante en la cabeza hizo que dejara atrás los pensamientos que la atormentaban y enfiló hacia el cuarto para dejarse alcanzar por el sueño. Creía que de ese modo aquietaría la angustia y el nerviosismo que se habían apoderado de todo su cuerpo.

No pudo saber el tiempo que había pasado desde que se había acostado, pero reconoció los dedos de Hans que le recorrían la espalda. Como si estuviera inmersa en un sueño profundo, Isabel no se movió ni su cuerpo reaccionó a él.

—Scheisse —susurró Hans, antes de voltearse de lado y dormir.

Escucharlo decir ‘mierda’ en su idioma era signo de lo enojado que estaba. Desde ese instante, Isabel se mantuvo con los ojos abiertos, pero con el cuerpo inerte para evitar encolerizarlo más. Lo peor era que se sentía culpable por no actuar de otro modo. En su interior

rogaba que los minutos pasaran y la noche diera paso al amanecer, para que ella pudiese comenzar con las tareas pendientes. Quizás lograra sentirse diferente con respecto a Hans, ansiaba que así fuera. En las horas en vela, pergeñó cómo cumpliría con el pedido de Sara. Sin lugar a dudas, la llegada de Hans apresuraba los tiempos que Isabel tenía para actuar. Debía tener mucho cuidado de que se filtrase alguna mala información sobre ella en la embajada. Lo que menos deseaba era hacer quedar mal a su prometido, ya que, si no hubiera sido por la recomendación de él, ella no estaría trabajando en ese organismo. Una serie de maquiavélicos pensamientos cobraron vida en esa maldita noche. Cuando vislumbró por el quicio de la ventana los primeros vestigios del amanecer, creyó renacer. Se levantó sin hacer ruido para evitar que él se despertara y se dirigió a preparar el

desayuno. Lo esperaría en la cocina antes de salir rumbo al trabajo. Supuso que el aroma a café había provocado que Hans se levantase somnoliento, pero no dejaba de observarla.

—¿Cómo estás hoy?

—Mejor. Haber dormido toda la noche me ha hecho muy bien.

—Me alegro de que así sea.

Ella se acercó para darle un beso. Iba a intentar dejar atrás los malos pensamientos y pondría lo mejor de su parte para que todo fuera distinto.

—Buen día.

Él le recorrió con el pulgar la mejilla hasta alcanzar el cuello, sin dejar de analizar las reacciones que ella tenía.

—Noté que no me sentiste cuando regresé.

—Disculpa, pero no he estado bien, por eso me fui temprano a la cama. Imagino que descansar era lo que necesitabas luego del día que tuviste.

Hans escrutaba con detenimiento cada palabra y gesto de ella.

—Necesitaba un café —dijo al beber.

—Puedes regresar a la cama y ponerte al día con el descanso.

—No puedo. Debo atender una serie de cuestiones, no tengo mucho

tiempo que perder, así que cámbiate, que te acompaño a la embajada.

Un fuerte estremecimiento atravesó el cuerpo de Isabel: no esperaba que él la acompañase al trabajo. No pudo continuar con el desayuno que había preparado y se levantó para acicalarse lo antes posible. No contaba con el tiempo suficiente para hacer lo que tenía pensado. No bien entró al baño, dejó correr el agua de la ducha para impedir que se escuchase el ruido que haría para sacar los azulejos y tomar la documentación. Se miró al espejo y vio que tenía la frente

perlada, no debido a la humedad que emanaba el vapor del agua, sino por los nervios. Tomó por el borde uno de los azulejos para sacarlo, luego hizo lo mismo con el otro.

—¿Otra vez te estás bañando?

El temblor de los dedos al escucharlo hizo que uno de los azulejos se le deslizara de lleno contra el lavabo. Un segundo tuvo para extraer la documentación. Esta vez, Hans no preguntó qué sucedía, sino que ingresó de inmediato. Enseguida inspeccionó con la mirada el lugar.

—¿Qué pasó?

Ni el calor ni la humedad colorearon las mejillas de Isabel, que estaban níveas como los azulejos rotos.

—No es la primera vez que se caen. Debí arreglarlos, pero no he tenido tiempo.

Él continuaba inspeccionando la pared hasta que giró para mirarla de arriba abajo.

—Veo que ni siquiera te has bañado.

—Iba hacerlo luego de lavarme la cara, pero se desprendieron los azulejos de repente y me asusté.

—Está bien, no hay tiempo. Ve a cambiarte.

Ella se aferró a la toalla que no había usado, pero en la que había escondido los papeles. Si Hans la hubiera descubierto, se habría desatado un infierno allí dentro.

Desconocía si él notaba que ella procedía de un modo distinto, pero era evidente que Hans había llegado con una actitud distinta, más controladora que de costumbre. Sin dudas, la culpa que sentía le hacía

ver cosas de una manera distorsionada. Se cambió en un tiempo récord. Escogió ropa holgada, que no delatara nada de lo que llevaría dentro.

—Veo que no te sienta bien el frío de Berlín —acotó al verla salir de la habitación.

—Me parece que me estoy aclimatando mejor de lo que crees —respondió con una tímida y escueta sonrisa.

—Dame cinco minutos, que estaré listo para irnos.

Isabel utilizó esa corta espera para ver qué haría en las próximas horas en la embajada. Le daba escozor pensar en que la descubrieran. Tenía la posibilidad de decirle a Sara que no había podido hacer demasiado y devolverle la documentación para que continuara insistiendo en vano.

Ambas sabían que esa era la última oportunidad para intentarlo. Desconocía si en la conciencia le pesaría más no obrar de acuerdo a las normas del trabajo o mantenerse indiferente a lo que sucedía con los judíos.

—Vamos.

Isabel salió de la mano con Hans. Ambos caminaron en silencio abstraídos en sus pensamientos y a kilómetros de distancia uno del otro. Ella había llegado allí por la insistencia de él y había creído que, una vez que Hans arribara, la completaría y le daría la seguridad que le faltaba para permanecer en una ciudad que le era completamente ajena. Sin embargo, nada de eso le había ocurrido, sino que se sentía observada por la atenta mirada de su prometido.

—Será mejor que vayas a tu oficina —dijo al llegar a la puerta principal de la embajada—. Yo iré a reunirme con algunos de mis contactos.

—Nos vemos más tarde.

—Yo te buscaré.

Ella se alejó sintiendo cómo él la observaba, quizás lo hacía porque Isabel no había actuado de un modo normal.

Por más que intentase ocultarlo, su comportamiento no se debía solo a la aparición de Sara. Caminó hasta la oficina en medio del alboroto

que significaba que un nuevo embajador ocupase el cargo. Todo parecía estar patas para arriba. El movimiento del personal era permanente y la pila de carpetas y documentos crecía con el paso de las horas. Todo parecía haberse trasformado en un perfecto caos.

—¿Te enteraste?

Como era costumbre, Úrsula se había asomado por la oficina sin previo aviso y cuando menos la esperaba.

—Buen día. No sé a qué te refieres.

—En medio del alboroto que hay en la embajada, se está preparando una fiesta de bienvenida con todo el personal de aquí.

—¿Y eso te pone contenta?

—Por supuesto. Una no puede vivir solo del trabajo —

replicó con una pícara sonrisa—. Venía a avisarte que Santiago Mayol está reunido con el secretario del cónsul y necesita que le lleves la documentación traducida que te pidió ayer.

—La busco y se la llevo.

Mientras retiraba lo pedido del cajón del escritorio, creyó que estaba frente a la posibilidad de hacer algo por Sara. En ese momento asomaba la oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

Con

manos

sudorosas,

tomó

la

documentación requerida y partió hacia el despacho de su mentor. Tocó la puerta de la oficina y escuchó la voz de Mayol que la invitaba a pasar.

—Le traje lo que me pidió.

—Gracias, Isabel.

En ese instante, la secretaria de Santiago le informó que un cable acababa de llegar. Esa información podía ser sensible y no quería que nadie más tomara conocimiento.

—Isabel, entretenga al secretario del cónsul hasta que yo regrese. No creo que tarde en los sanitarios.

—No se preocupe.

Isabel hizo una rápida inspección del escritorio de Mayol.

Frente a la silla del invitado, había una carpeta de cuero marrón con el nombre Estrada grabado en dorado, sin duda era de propiedad del funcionario, la persona a la que ella debía entretener hasta que Mayol se hiciera presente. Era en ese instante o nunca. Entonces se deshizo del formulario

que llevaba, abrió el cartapacio y lo introdujo entre los papeles que había allí dentro. Apenas logró colocarlos cuando escuchó una voz desconocida. Con el dedo corrió la carpeta hacia el lugar en que la había encontrado y se dio vuelta con una sonrisa, aunque tenía la boca seca y las manos le temblaban. Si ese hombre se hubiera retrasado un poco, ella no estaría en ese estado: pensaba ausentarse con la excusa de que no se sentía bien. Mayol estaba demasiado ocupado como para recriminarle que se hubiera ido, pero nada de eso había ocurrido. Y allí estaba, frente a un funcionario que no conocía, habiéndole puesto una documentación que lo comprometía. Hasta el momento nada podía estar peor.

—¿Usted es…?

—Isabel Quevedo, un gusto conocerlo.

No se había cruzado con ese hombre que parecía joven para el cargo que ocupaba.

—Federico Estrada. Un placer. ¿Cómo lleva el trabajo aquí dentro?

—Muy contenta de estar aquí —replicó ruborizada y en un tono bajo, apenas podía emitir sonido.

El ingreso de Mayol la salvó de continuar hablando con Estrada.

—Veo que no has notado mi ausencia —acotó Santiago al entrar al despacho.

—Claro que no.

—Siéntate —invitó a Federico—. Isabel, ¿aquí está todo lo que necesito?

—Así es.

La joven desvió la mirada hacia el secretario, que acababa de abrir el cartapacio para ahondar en la lectura de las hojas que asomaban allí. Durante unos largos segundos,

ella dejó de respirar. No esperaba que todo se diese así, y entendía que restaban unos pocos minutos para quedar en evidencia.

—Aquí tienes una copia —dijo Mayol, al hacerle entrega de un juego documentos que la misma Isabel había hecho.

Sin embargo, Estrada se encontraba abstraído en otros papeles que había dentro de la carpeta de cuero que llevaba consigo.

—¿Hay algo importante que deba saber? —esgrimió Mayol, al ver que Estrada estaba concentrado.

La frente de Isabel estaba perlada por gotas de sudor que no dejaban de brotar. Debió tomarse las manos por delante para evitar el temblor que se le había apoderado del cuerpo.

—Todo a su tiempo —contestó Estrada al clavar la mirada en la joven Quevedo.

—Gracias, Isabel, se puede retirar.

Ella no supo cómo pudo avanzar hasta alcanzar el picaporte de la puerta ante el temblequeo que le sacudía el cuerpo. Debió detenerse al escuchar que Mayol le hablaba.

—Muy pronto los corrillos comenzarán por el edificio, pero le aviso

que en estos días se llevará a cabo un banquete para todo el personal. Espero que usted sea de la partida.

—Por supuesto.

—Vendrá con su prometido, ¿verdad?

—¿Está comprometida? —se interesó el secretario del cónsul.

—El señor Hans Fischer es un gran colaborador nuestro y trabaja en la banca alemana de Buenos Aires.

—Interesante —lanzó suspicaz.

Isabel se quedó de una pieza. Si no hubiera sido por el pedido de Mayol de que se retirara, se habría quedado allí parada esperando que el secretario la denunciara. Ante la desesperación por ingresar el formulario para que a la postre fuera firmado y autorizado por el personal respectivo,

no se detuvo a pensar si con esos mismos datos que había entregado habilitaba a que las autoridades fuesen por Sara y su hija para arrestarlas. Esa sería una posibilidad que la misma Sara habría manejado, pero Isabel no deseaba ser la responsable de semejante hecho. La maraña de oscuros pensamientos no la dejó concentrarse en toda la jornada laboral. Estuvo a la espera de que alguien se presentase para comunicarle que quedaba a disposición por lo que había hecho, pero fue en vano. A pesar de los fuertes deseos por salir de allí, debió aguardar a que Hans la buscase para irse al fin.

—Querida, ¿estás lista?

Hans acababa de asomarse por la puerta de la oficina.

—No veía la hora de irme.

Salió de allí del brazo de su prometido augurando que los próximos días le dieran la calma que precisaba. En esos momentos necesitaba a alguien a quien confesarle lo que le sucedía, pero Gabrielle no estaba en situación de escucharla. Necesitaba que le dijera cómo seguir y qué hacer. Hacía un tiempo que le había enviado una carta, pero no había recibido noticias, estimaba que estaría tan complicada como ella para no responderle. A pesar de la falta de consejos, Isabel creyó conveniente apostar al presente que tenía, y Hans lo era. Lo miró mientras caminaban hacia el apartamento. Más allá de todo, él estaba ahí por ella. Isabel creía que debería poner más de sí para que la

relación funcionara.

—Me alegra que estés aquí.

Él la miró, le lanzó una sonrisa y la besó.

—Ya era hora de que te alegraras.

En el apartamento Isabel dispuso de lo que tenía en la heladera para hacer una rica cena de bienvenida.

—Querida, me han invitado al ágape que harán en la embajada.

—Me imaginaba. Casi todo el personal está invitado.

—Yo les dije que no era necesario que te invitaran, ya que eres mi acompañante.

—Están invitando a toda la plana de la embajada; es para confraternizar con las nuevas autoridades.

—Me gusta tu inocencia —dijo al acercarse y deslizarle el dedo por el cuello—. Eso te han dicho, pero he sido yo quien pidió que no dejaran de invitarte. No debes olvidarte de que estás aquí no hace tanto y gracias a mí —resopló sobre los labios de la joven.

El modo en que él le hablaba le erizaba la piel, pero no en el sentido que debía hacerlo un enamorado. Estaba convencida de que era ella quien estaba rara y que el problema en el que se había metido la estaba sacando de las casillas.

—Te agradezco la gestión.

—¿Qué me dices de Mayol?

—Él se ha encargado de que me sienta cómoda y de brindarme las primeras herramientas para comenzar a trabajar.

—Me alegra que así sea. A él lo conocí hace un tiempo.

—Quizás por eso me ha tratado así.

—Estoy seguro de que sí.

—Espero que, para la reunión, te pongas algo más llamativo y elegante de que lo que te has puesto hoy.

Isabel dejó a un lado los cubiertos que tenía en la mano para mirarse, aún llevaba la vestimenta de la mañana. No había elegido las mejores prendas, pero sí las más cómodas para lo que debía hacer ese día.

—Querida, ahora no estás sola, sino conmigo —dijo al tomarle la barbilla—. Debes estar acorde, ya sabes que la presencia es importante para continuar haciendo conexiones.

—No te preocupes.

—Dime ahora qué estás preparando.

—Un guiso. No será como el que comí en tu casa, pero intentaré que se parezca. Hablando de familia, no me has contado de Sonia. Yo le envié una carta que no me contestó.

—Sabes cómo es. Por más que creas que la ausencia de ustedes iba a cambiarla para darle mayor responsabilidad, no lo ha hecho, sigue igual. Creo que le vendrá bien encontrarse con los tuyos.

—Yo creía que vendría contigo hasta aquí. Pienso que unos días juntas nos harían bien.

—Tú debes trabajar y no puedes disponer del tiempo suficiente para ella; además, las circunstancias no son las mejores. Por otro lado, tu madre no me lo perdonaría, fue por ese motivo que se quedó unos días en Italia. No sé cuándo podrá venir hasta aquí.

—Lo entiendo.

Él rozó sus labios con los de ella. Luego, la dejó cocinado mientras se fue al cuarto. Durante el tiempo que le llevó preparar la cena, recordó las desavenencias con su hermana, pero a la distancia todo se minimizaba. Las circunstancias políticas que vivían atravesaban cualquier conflicto familiar que pudieran tener. La soledad que llevaba desde que estaba instalada le había incrementado los fuertes deseos de estar con los suyos. Con sus padres había mantenido un intercambio epistolar y sabía que ellos estaban bien, en especial su madre, que era la que estaba mayor tiempo sola. Rogaba que pronto todo acabase para tener el ansiado reencuentro familiar. Dejó a un lado los pensamientos para cerciorarse de que la cena estuviera a punto. El aroma que salía de olla auguraba una sabrosa comida. Bajó el fuego y buscó a Hans en el dormitorio.

—Ya está todo listo.

Con asombro, notó que él acababa de cambiarse no para cenar cómodo con ella, sino para salir.

—Creí que te quedarías conmigo para cenar.

—Lo sé, querida, pero me olvidé de que debía reunirme con una persona que viaja mañana. Es impostergable que lo vea esta noche.

—Pero…

Él se acercó para abrazarla y la condujo hasta la cocina para ver lo que había preparado.

—Parece que te has perfeccionado en la cocina; se ve una comida sabrosa.

—Una comida que no vas a probar.

—Lo haré cuando regrese.

—Te espero.

—No quiero que lo hagas. Yo vendré en cuanto pueda desocuparme. No creas que me gusta ausentarme a esta hora de la noche, yo también estoy cansado luego de una jornada larga de reuniones.

—Está bien.

Ella lo vio tomar el abrigo y alejarse de allí en otra noche que sería para el olvido. Se sentó en la soledad del apartamento sin saber el motivo por el que en el último tiempo todo le salía mal. Los nervios por lo ocurrido esa mañana persistían y la incertidumbre por lo que sucedería la estaba matando. Se sentó en uno de los sillones de la sala frente a la ventana. La oscuridad de la noche se condecía con la tristeza que la arropaba. Con el tenedor daba vueltas la comida que seguía en el plato. A pesar de la presencia de Hans, las noches eran una seguidilla de sinsabores. Cuánto hacía que no disfrutaba de una comida y una vez más asomaba la imagen de De Luca con ella en ese pequeño apartamento, las confesiones, las caricias y los deseos de estar con ella; la mejor noche que había tenido.

Negó con la cabeza en silencio, como si pudiera expulsar aquellos recuerdos. Ese simple gesto no hizo más que

incrementar la culpa que la embargaba por lo que en realidad sentía y no podía gritar ni siquiera en la soledad de ese apartamento.

CAPÍTULO 14

Los golpes a la puerta distrajeron la mente de Gabrielle, que estaba enmarañada en sus pensamientos. Se sorprendió cuando abrió y vio a Heidi fuera.

—Debo confesar que toqué la puerta por simple curiosidad, porque no imaginaba que todavía estuvieras aquí.

Gabrielle observaba a la joven alemana que tenía enfrente con desconfianza. Desde la primera vez que se habían cruzado en el elevador, la tensión entre ambas había sido importante, y sabía quién era el culpable de esa situación.

—¿Perdón?

—Hasta dónde sé, estarías aquí unos pocos días, y por lo que veo no es así. Hace un tiempo que estás acá.

—Disculpa, pero no entiendo en qué te altera que yo siga aquí.

—Lo sabes. Si necesitas que te lo recuerde, hablo de Brandon.

La soberbia y la imagen distante de la joven se desdibujaba cuando se trataba de Brandon. Entonces, su fría presencia se caldeaba y las mejillas se le coloreaban de rabia e irritación.

—Si te parece que estoy a gusto aquí, te equivocas. Me estoy quedando porque no tengo otro lugar para ir.

—No te creo.

—En ese caso, no es mi problema.

—Intuyo que no me entiendes. Seré más clara: no te quiero cerca de él y, si necesitas irte de aquí, yo puedo hacer algo al respecto. Te conviene hacerme caso, si no quieres que todo se complique.

La velada amenaza de la joven había dejado de una pieza a Gabrielle. Ni el sonido de la puerta del elevador ni los sigilosos pasos de Brandon que se deslizaron hasta allí interrumpió la tensa conversación que se daba en la puerta del departamento de Gabrielle.

—¿Qué sucede aquí?

Dubois miraba a Heidi para que le diera una certera explicación del

motivo por el que estaba molestando a Gabrielle.

—Solo quería saber qué hace ella aquí. Creía que ya se había ido.

—Eso no es de tu incumbencia —contestó cortante Brandon.

—Si ella tiene algo contigo, sí lo es.

—Heidi, te equivocas.

—No sabía que ese era tu problema, pero quédate tranquila, que entre Brandon y yo no pudo ni puede haber algo más que no sea la relación laboral —retrucó Gabrielle clavando la mirada en él.

—Si es así, espero que pronto consigas otro apartamento.

—Eso no es tu problema y están demás estos reclamos.

Creía que había sido claro contigo. Te pido que te vayas y dejes tranquila a Gabrielle.

—Es mejor que se vayan los dos y resuelvan sus cuestiones lejos de este apartamento, al menos hasta que yo siga aquí.

Gabrielle les cerró la puerta en la cara. No toleraba tenerlos enfrente ni tampoco permanecer allí dentro.

No todo estaba calmo en el apartamento vecino. Heidi había ingresado hecha un basilisco. Lo que más le molestaba era perder los estribos, nunca le había sucedido, pero debía reconocer que tampoco había sentido algo tan profundo por otro hombre como por Brandon.

—Lo que acabas de hacer estuvo fuera de lugar.

—¿Por qué lo dices? ¿Desde cuándo te preocupas por lo que piensan los demás? Está claro que hay otro motivo de peso que te une a ella.

—Heidi, todo lo que dices no tiene sentido. Deberías saber que entre nosotros no hay más que una amistad que disfrutamos cuando estamos juntos.

—Es ella, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

—Todos tenemos un pasado. Estoy segura de que ella es la joven que te cambió y por la que tuviste el problema con tu padre.

—Y sigues hablando sin saber.

—¿De qué crees que hablo con tu padre cuando se pone bastante receptivo conmigo? Siempre intento averiguar algo más cuando alguien me interesa. Y sabes que en eso soy muy buena.

—Creía que lo eras, pero en esto te equivocas.

—¿Ves cómo te pones cuando se trata de ella? ¿Crees que no me doy cuenta de cómo la miras y el modo en que intentas cuidarla? No tengo la inocencia de esa joven y eso me hace más audaz al momento de actuar.

Brandon se acercó con una aparente sonrisa en el rostro.

—No pierdas tiempo en alguien que no vale para mí. Si así fuera, estaría en este momento con ella y no intentando hablar contigo.

—Aléjate.

Ella no quería caer rendida a los pies con él. Ansiaba transformarse en alguien importante para Brandon y dejar de ser el mero contacto que le permitía abrirse espacio con otros camaradas. Estaba harta de ser el enlace para continuar haciendo negocios, ya era hora de pensar en ella.

—Deberías ser más cuidadoso si no quieres que nada le suceda.

Él la tomó del codo para hablar más cerca de la joven y que le quedase bien claro lo que pensaba decirle.

—Aquí nadie va hacer nada, ¿me entiendes? La amistad que tenemos no cambiará, no te puedo ofrecer algo más; lo sabes. Y saca a Gabrielle del medio porque ella no tiene que ver con la relación que tenemos.

Una de las cuestiones que más detestaba de él era que le hablaba con la verdad, y en ese momento le dolía lo que le decía, porque le robaba la ilusión que conservaba de ser importante para Brandon.

—Negar que tuviste algo con ella, y que aún existe algo entre ustedes, no hace más que afirmar lo importante que es. Lo que no me explico es por qué lo niegas.

Heidi sabía que no obtendría una repuesta de él y no pensaba quedarse un minuto más allí dentro humillándose frente a Brandon. Se

aferró a la cartera y salió dando un golpazo a la puerta.

—¡Mierda!

*

Las horas de la mañana habían discurrido en medio de una vorágine de actividades. Los empleados de la agencia trabajaban para cumplir las tareas pendientes. Sin embargo, Bernard estaba inquieto, desconocía qué le sucedía a Gabrielle, pero hacía unos días que la notaba diferente.

Aunque debía entender que todo estaba convulsionado con lo que sucedía en esa Francia dividida. Atrás había quedado la euforia de varios franceses ante la creencia de que el armisticio con Alemania les traería paz y una solución al conflicto armado con el resto de Europa. Poco a poco se dieron cuenta de que los enfrentamientos internos crecían a pasos agigantados debido a la acción de la Resistencia, que combatía contra el dominio alemán en parte del territorio francés. Eso hacía que el ánimo de los franceses estuviera en permanente ebullición. Por eso no podía culparla de que estuviese así. En ese mismo instante, escuchó la voz de Gabrielle proveniente del pasillo. Se levantó para salir a su encuentro.

—Bernard, pensaba pasar por tu despacho.

—Qué bien, adelante.

Ambos entraron a la oficina; él con las manos en los bolsillos y ella munida de un sobre manilla. Allí dentro y aprisionado contra el pecho, llevaba el material fotográfico.

Y esa imagen era el perfecto reflejo de su trabajo: cada fotografía que entregaba estaba hecha con el corazón.

—Aquí tienes. —Le entregó el sobre marrón.

—Gracias.

Él repasaba, con una sonrisa, una a una las imágenes obtenidas por la joven, en especial, una de un niño que, al ver pasar a la Wehrmacht, levantó el brazo para hacer el saludo nazi. No era el saludo lo llamativo, sino que el niño había mirado a su madre y había imitado ese gesto con ternura y sumisión. Sin lugar a dudas, la fusión de

Gabrielle con el objeto retratado era perfecta. Había sabido captar ese instante justo en que el niño, quien no superaba los cinco años, emulaba a su mamá.

—Eres perfecta —anunció al levantar la vista y contemplar a la joven.

—Hago lo que puedo.

—No es así, tienes algo especial que hace que estas fotografías cobren vida desde tu lente.

—Gracias, aunque sabes que no es lo que me gustaría fotografiar.

—Lo sé, pero las imágenes urbanas también hablan.

Varios fotorreporteros habían encontrado un modo de contar la historia de lo que le sucedía a un pueblo sometido.

Algunos lo podían hacer desde el campo de batalla; otros, desde las ciudades tomadas o libres en donde se vivían situaciones diferentes, pero siempre importantes.

—Sí, aunque me gustaría dejar testimonio desde otros lugares, no aquí. Es muy poco lo que se puede hacer en París.

—Gabrielle, sabes que no puedes hacer más de lo que haces. Debes conformarte con estar aquí y cumplir con el trabajo asignado, que, vuelvo a repetirte, realizas de modo magistral.

Él notaba que el gesto de Gabrielle no era el mismo y entendía que ella nunca se había conformado con las tareas que le habían asignado porque había quedado una promesa por parte de la agencia de que, más adelante, ella podría estar en otro lugar fuera de la Ciudad Luz. No se podía negar que cumplir con la actividad periodística no era fácil; los largos editoriales que se publicaban en los distintos medios gráficos para sentar una postura política en contra del Eje habían desaparecido. Todo había cambiado; ella lo sabía.

—Conoces las presiones y la censura que se ejerce sobre Le Figaro.

Cualquier excusa era válida para hacerla entrar en razón y que se quitase de la cabeza la posibilidad de estar en otro lado que no fuese la agencia. Refrescarle la situación del periódico era un modo de que comprendiera que no había otro lugar posible para ella.

—Yo no sigo allí y estoy convencida de que, de no poder continuar

como

ellos

desean,

suspenderán

las

publicaciones. Si algo aprendí allí dentro, es que son fieles a los suscriptores y a los lectores que los siguen. Ellos continuarán el camino que tienen trazado, en caso contrario, tomarán una drástica decisión.

—Y tú sientes que no continúas con el plan que tenías diagramado.

—Algo así.

—Gabrielle, es solo cuestión de tiempo. Deberás esperar el momento oportuno para tener la oportunidad que tanto sueñas.

—Puede ser.

—Claro que sí.

La impotencia por no poder darle lo que ella quería lo enloquecía. Cuánto daría por brindarle lo que necesitaba, pero sabía que no estaba dentro de sus posibilidades.

—Bernard, valoro lo que has hecho y lo que haces conmigo. Has luchado para que esté aquí, también me has apoyado en todo momento.

—Lo haré cada vez que lo requieras, no me gusta que hables en pasado.

Ella sonrió y se levantó de la silla.

—Debes saber cuánto he valorado lo que has hecho por mí.

—¿Otra vez en pasado?

—Gracias, Bernard. Sin ti, no sé cómo me habría manejado aquí dentro. Hablando de eso, no quiero retrasarte más aún. La jornada recién comienza y tenemos todo el día por delante.

—Buen trabajo —retrucó al señalar una de las fotografías, antes de verla salir de su despacho—. Además, desde que estás aquí, has cambiado mi manera de ver lo que hacemos, porque tú eres diferente a todo.

Bernard estaba harto de actuar en función del resto y en las sombras; ya era momento de obrar en consecuencia.

Ella lo contempló debajo del dintel de la puerta.

—Yo…

—Gabrielle, es importante que sepas lo especial que eres para mí. Esto no tiene que cambiar el vínculo laboral que mantenemos; es necesario para mí que lo entiendas.

—Lo comprendo.

—Bien, el tiempo dirá el resto.

Ella lo miró de un modo que él no pudo descifrar. Cuánto daría por comprender aquello que ella buscaba ocultar. Se había enterado de que la visita de Leroy la había convulsionado. Había tratado de averiguar de quién se trataba y el motivo de la escueta conversación, pero fue en vano. A pesar de los celos iniciales, un atisbo de esperanza lo envolvió. Saber que había existido alguien más en la vida de ella quitaba la exclusividad que Brandon creía tener en el corazón de la joven. Eso mismo lo habilitaba a pensar en un futuro más promisorio.

*

Brandon había tenido un día para el olvido, luego de una reunión que había mantenido con su padre. La situación estaba complicándose y todo comenzaba a tambalearse. El dolor de cabeza y el cansancio estaban haciendo estragos en su cuerpo y quería sosegarse. En vez de regresar al apartamento, se había dirigido hacia la agencia. Allí encontraría la calma que necesitaba. En su despacho se sirvió una copa de alcohol y caminó hasta la ventana. A través del cristal, contemplaba cómo la noche se escurría en una profusa oscuridad. La gente no deambulaba por las veredas ni los automóviles transitaban las calles, salvo la

autoridad alemana que patrullaba, cada tanto, la ciudad.

Bebió un largo trago de whisky intentando disipar los problemas que lo acuciaban. A pesar de buscar estar en soledad, unos golpes interrumpieron la paz que intentaba recobrar. Giró y vio a su socio bajo el quicio de la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Hasta donde sé, trabajo contigo. Quizás en tus largas ausencias lo

olvidaste.

—Entra, siéntate; no te vi cuando ingresé aquí.

—No estaba. Debí hacer una diligencia y preferí pasar por aquí y dejar los papeles en mi despacho.

No le dijo que se había ido hacía rato y había buscado refugio en un bar de la esquina, desde allí había controlado si su socio regresaba. Estaba convencido de que Brandon debía volver a la oficina y buscaba hablar con él fuera del horario de trabajo. La espera había valido la pena.

—¿Tomas una copa?

—Sí, gracias.

En silencio, Brandon le sirvió un whisky y regresó al sillón.

No dejó de observar a su socio y suponía que no era casual ese encuentro. Lo notaba tenso, con un gesto de preocupación en el rostro, buscando a esa hora de la noche mantener una conversación con él. Atrás quedaban los deseos de encontrar sosiego en la oficina.

—¿Qué sucede?

—He venido a hablar de Gabrielle.

El ambiente se cubrió de tensión y ambos se pusieron a la defensiva por lo que pudiera suceder. Varios eran los temas que ellos podían tratar y en la lista mental de Brandon no había asomado el nombre de Gabrielle.

—Dime.

—Estos últimos días la he notado diferente.

Brandon hacía memoria de los últimos encuentros, en especial el enfrentamiento con Heidi, y entendía que esa podía ser la causa. De igual modo no pensaba decirle a su socio lo que había sucedido en la puerta del apartamento en donde residía Gabrielle, en verdad su apartamento.

—No debes preocuparte; si fuera algo importante, lo sabría.

Una mueca irónica asomó en el rostro de Bernard.

—Es eso lo que crees.

—Sí, ¿por qué lo dudas?

—Porque te crees con derecho de saber todo lo que le ocurre a Gabrielle.

—¿Cómo?

—Ni tú ni ella me han contado el pasado que tuvieron; tampoco me interesa. Quizás en aquel pasado sabías todo de ella, pero ahora no es así.

—¿De verdad me lo dices? —Se inclinó en el respaldo del sillón para mirarlo con mayor detenimiento—. Creo que estás equivocando el camino de esta charla.

—No, y aún no he lanzado lo que quiero decirte.

—Te escucho.

—Desde que Gabrielle ingresó aquí, supe que era especial. La pasión que le pone al trabajo la distingue del resto y el resultado está a la vista. Las fotografías que logra definen lo competente que es.

—Bernard, no necesito que vengas a decirme las aptitudes de Gabrielle porque las conozco mejor que tú.

Como si Bernard no lo hubiese escuchado, continuó con el relato:

—Las largas jornadas aquí hicieron que pasara con ella más tiempo. Hemos mantenido largas conversaciones y compartido no solo horas aquí dentro. He cubierto tus ausencias estando con ella; si mal no recuerdo, es lo que me habías pedido.

—Bernard...

—Esta vez vas a escucharme.

—Creo haberte advertido sobre Gabrielle.

—No me olvido cuando aquella noche, en mitad de la madrugada, me despertaste para pedirme por ella.

—Te pedí que hicieras todo lo posible para retenerla.

En la mente de Brandon, vibraban las palabras de Gabrielle en la

habitación de revelado. Ni siquiera la penumbra del lugar había velado el dolor dibujado en el rostro de ella, luego de haberlo descubierto discutiendo con su padre, con el significado que para ella tenía ver a los Dubois juntos. Aún sentía la impotencia de no haber hablado como ella esperaba; no era el momento para hacerlo.

—A pesar de haber bebido, ¿recuerdas lo hablado aquella madrugada?

—Te advertí que no te involucraras con ella.

—Lo hiciste, pero no he podido evitarlo.

—Sé más claro.

—El tiempo que pasamos juntos debido al trabajo hizo que lo que creí sentir por ella se fuera afianzando con el correr de los meses. Hoy puedo decirte que me une a ella un profundo sentimiento que no puedo callar más.

El clima entre ambos estaba caldeado y sobrevoló un silencio lleno de reproches y traición.

—Te di una oportunidad cuando nadie lo hacía.

—Lo sé, y te agradezco por eso, pero ahora no estamos hablando de negocios.

Bernard recordó el momento en que había acudido a Brandon para pedirle ayuda financiera para comenzar con el proyecto del que deseaba formar parte. Así se transformó en socio de Dubois. Eso era el pasado y él buscaba algo más para su vida: quería que Gabrielle fuera parte de ella.

—¿Y ella?

El tono de Brandon, para desconcierto de Bernard, parecía dubitativo. Como si las dudas y los interrogantes que lo acuciaban, a fuerza de ocultarlos, saliesen de repente en ese momento.

—Estoy intentando que Gabrielle vea en mí lo que hasta ahora ha evitado ver.

—Te equivocas si intentas algo con ella. No solo por Gabrielle, sino por mí.

—Brandon, no sé ni me interesa saber lo que sucedió entre ustedes tiempo atrás. Sin dudas, ha sido importante, porque noto el modo en

que te mira o cómo se pone cuando estás cerca. Pero estoy convencido de que el tiempo obra maravillas y espero que así sea.

—Ella es…

—Lo que sea que haya sido ya pasó. Hay algo entre ustedes que no les permite estar juntos y, si en verdad ella ha significado algo en tu pasado, debes dejarla ir, porque te has transformado en un hombre egoísta que solo busca destruir lo poco que queda en ella.

—No te atrevas a juzgarme —reclamó—, no sabes nada y hablas como si me conocieras.

—¿Y crees que Gabrielle sí?

—Ella conoció lo mejor de mí.

Brandon intentaba calmar la catarata de recuerdos que le inundaban la mente. Momentos compartidos que nunca olvidaría, a pesar de no ser el mismo.

—No puedes atarla al pasado. No entiendo el motivo por el que la alejas y te mantienes al margen de ella, sin dejarla avanzar. Si Gabrielle te lo permite, es porque aún está confundida, pero yo no. Tengo muy claro lo que siento por ella y nadie me va impedir dar un paso más, aunque seas tú el que está en el medio.

—Bernard, aquella madrugada te dije que sabía que no eras ningún imbécil y que eso haría que te mantuvieras alejado de ella. Me doy cuenta de que estaba equivocado.

Haz lo que quieras, pero ten claro que, si de mí depende, no te acercarás a ella más de lo conveniente. Si es eso lo que venías a decirme, puedes dar por terminada esta conversación. Eso sí, no quiero volver a escucharte decir lo que sientes por ella. No será a mí a quien vuelvas a decírselo.

—Si así lo prefieres, esta conversación no ha existido.

Bernard se levantó del despacho con mayor zozobra con la que había ingresado allí. Tantas vueltas y tiempo meditando cómo abordaría la cuestión con Gabrielle para terminar del peor modo. Buscó el abrigo y abandonó la agencia a la espera de que la mañana siguiente todo fuera distinto.

Brandon bebió de un golpe el resto de alcohol que tenía en la copa y

volvió a servirse otra medida. Nadie entendía lo que le sucedía y esperaba que no fuera tarde para que ella, cuando llegase el momento, lo comprendiera.

*

La jornada en la agencia había transcurrido bajo una supuesta calma. Bernard se había mantenido fuera cumpliendo con algunos recados pendientes, por otro lado, Brandon había evitado estar por la mañana; esperaba que su ausencia calmara las aguas. A pesar de eso, debió pasar a última hora del día para colocar unos documentos que tenía en la caja fuerte ubicada en la sala de revelado.

Suponía que a esa hora del día no estaría ocupada. No se

equivocó y salió de allí para ir a su apartamento. Esperaba tener una noche tranquila; Heidi ya se había ido; también los problemas que le ocasionaba.

—Brandon, quiero hablarte de algo, mejor dicho, de Gabrielle.

—¿De verdad me lo dices? —dijo al darse vuelta para enfrentarlo—. Creo haber sido claro en cuanto a ella la noche pasada.

—No me refiero a lo que hablamos, sino a su ausencia. No ha venido en todo el día ni se ha puesto en comunicación con ninguno de nosotros, ¿lo ha hecho contigo?

—No.

—Me preocupa, porque ella no es de actuar así. En las oportunidades en que ha debido ausentarse, ha dejado un recado a alguno de nosotros o ha pasado tarde por aquí para dejar el material fotográfico.

—¿Estás seguro de que no tenía un trabajo pendiente que quisiera adelantar?

—No.

—Voy a buscarla al apartamento.

—Voy contigo.

—No, quédate aquí. Tal vez aparece como en otras oportunidades, que vino por la noche.

Bernard asintió bajo el convencimiento de que se había preocupado por demás. Esta vez, Brandon tenía razón; en cualquier momento ella asomaría por la agencia.

Dubois salió de allí como una exhalación, necesitaba llegar al apartamento cuanto antes. Buscó el vehículo y pisó el acelerador para alcanzar el edificio. Apenas atisbó un lugar para dejar el coche, lo hizo y subió por el elevador hasta llegar al piso en que vivían. Los golpes de puño que dio a la puerta tras los llamados de voz no sirvieron porque la puerta no se abría. Temía encontrarla herida o tirada en una cama. Revolvió en su llavero e ingresó. La dimensión

del apartamento permitía revisarlo en una sola mirada; Gabrielle no estaba allí. Abrió el arcón de madera que contenía algunas pertenencias de la joven, pero no había ninguna. Revisó si había dejado alguna nota que explicase la decisión tomada, pero no la encontró. No había vestigios de la presencia de ella.

—¡Mierda! —exclamó estampando el puño contra la mesa de madera.

Más allá de las complicaciones que pudiera tener ese día, nada se comparaba a desconocer dónde estaría Gabrielle.

Estaba claro que no había confiado en nadie ni siquiera en su socio, que creía estar más cerca de ella. En su mente retumbaron las palabras dichas por Bernard en cuanto había entrado al despacho: le comentó que la notaba rara, que no actuaba del mismo modo. En ese instante se odió por pensar solo en él, en los conflictos con Heidi; se había preocupado por que no molestase a Gabrielle sin darse cuenta de que, tras aquella discusión, estaba escondida la férrea idea de desaparecer. La cuestión era saber dónde había ido y con quién. ¿Por qué había actuado de manera impulsiva, sin advertir el peligro que podía correr quedando al desamparo de él? Debía calmarse y comenzar a pensar hacia qué lugar podría haberse dirigido. Lo peor era que no tenía contactos en la ciudad, salvo Marie. Ahí estaba la primera certera posibilidad de conocer su paradero. Salió del apartamento con la esperanza de poder encontrarla en la vivienda de su amiga. Una vez que arribó, nadie le abría; era normal que sucediera a esa hora de la noche y frente a un desconocido. Debió identificarse y, luego de unos largos minutos, la puerta de ingreso se abrió. Una mujer con los cabellos grises enmarañados, envuelta en una bata que supo tener mejores épocas, asomó por la puerta.

—¿Se puede saber el motivo por el que nos despierta a esta hora de la noche? —preguntó la mujer.

Le bastaron unos pocos segundos para saber que se encontraba frente a la madre de Marie. A pesar de las arrugas que cursaban el rostro, la familiaridad en los gestos era elocuente.

—Discúlpeme, soy amigo de Marie y la estoy buscando.

—Si lo fuese, sabría dónde está ella —replicó al intentar cerrar la puerta trabada por el pie que él había puesto—. Si sigue molestando, le diré a mi vecino que venga por usted.

—No quiero molestarla, pero necesito saber dónde está Marie, tal vez de ese modo logre ubicar a Gabrielle, una amiga de ambos.

—Ella no está aquí y, si usted supiera de mi Marie, entendería que muchas veces surgen misiones en las que debe partir sin más.

—Entonces se ha ido, ¿sabe dónde?

En ese mismo instante, la mujer empujó con fuerza la puerta y él deslizó el pie; sabía que no podía forzar más a la mamá de Marie. Al menos contaba con la esperanza de que estuvieran juntas. Entendía también que, cuando algo se le metía en la cabeza a Gabrielle, nadie la haría cambiar, ni siquiera su amiga Marie.

*

A bordo de un camión de la Cruz Roja, Gabrielle había abandonado París. Atrás quedaba la vida que había llevado en la ciudad que la había visto crecer y ser feliz. Solo atesoraba los recuerdos que nunca olvidaría, que quedarían impresos en su memoria por siempre. La casa en la que había vivido seguía tomada, en manos de los alemanes. No quedaban vestigios de ella ni de sus padres, salvo las fotografías diseminadas por distintos rincones de la propiedad. Aún le resonaba el contenido de la escueta carta

que le habían enviado desde los Estados Unidos. Ellos nunca habían imaginado que aquel viaje planeado tiempo atrás los colocaría fuera de una guerra. Gabrielle se había alegrado de que así fuese porque, de estar en Francia, su padre se hubiera presentado a combatir, a pesar de la lesión que se había ganado en la Gran Guerra y que lo imposibilitaba de estar en óptimas condiciones para estar en el frente. Su madre había cuidado de esa lesión con esmero, aunque nunca se había logrado recuperar de la secuela. El pedido de ellos para que se cuidara y que se mantuviera al margen de todo no hacía más que

demostrar el temor que tenían por lo que le pudiera pasar. A su misma edad, Annette se había rebelado ante los preceptos familiares al romper su compromiso e ingresar a trabajar en el hospital Buffon, mientras su padre combatía en el frente hasta que fue dado de baja e internado meses para su curación. Rememorando aquello, estaba claro que ella no podía haber tomado otra decisión más acertada que la que había meditado en los últimos días. Y justamente, abandonar el apartamento de Brandon había sido la primera, ya que permanecer un día más allí se había tornado imposible. La última discusión que los había enfrentado a raíz de la aparición de Heidi había significado la ruptura del último eslabón del vínculo con Brandon. Tampoco podía quedarse en la agencia, porque permanecer allí implicaba estar de cerca de Brandon y lastimar a Bernard, de quien creía que sentía algo especial por ella. En la oscuridad del habitáculo, se había permitido derramar algunas lágrimas por lo que significaba dejar atrás lo vivido. Con la cámara apretada al pecho, se dejó llevar por la maraña de sentimientos que confluían en su interior.

A lo único que Gabrielle se aferraba para continuar adelante, era a su trabajo y a hacerlo como debía se había transformado en su prioridad. En París no lo lograba porque en algún momento aparecía Brandon para decirle qué hacer.

Las distintas noticias e informaciones que llegaban eran a todas luces escalofriantes. Estaba al tanto no solo por el lugar donde trabajaba, sino por Marie, que le había relatado algunas historias que se vivían fuera de la ciudad. Sin embargo, era mayor la angustia por aquello que se suponía que sucedía con los deportados a los campos de concentración y por la constante persecución a los judíos.

Las organizaciones humanitarias, algunas creadas hacía poco y otras de larga data, batallaban para dar solución a lo que sucedía, aunque no siempre pudieron llevar a cabo las acciones humanitarias a favor de civiles que habitaban las áreas ocupadas, o los deportados a los campos de exterminio.

El Comité Internacional de la Cruz Roja había tenido que organizar sus actividades humanitarias en distintos países para que hubiera delegaciones activas. En Alemania no pudo ser posible, ya que la Cruz Roja germana, con el tiempo, terminó administrada y conducida por los nazis, actuando bajo el control del área social del Ministerio del Interior. Otras organizaciones, como el cimade, se abocaban tanto al movimiento de los evacuados –en especial a ayudar a los refugiados de la zona de Alsacia y del valle del Mosela que huían a la zona libre– como a colaborar con los refugiados alemanes antinazis, internados

por los franceses como enemigos extranjeros para que, de acuerdo al armisticio celebrado, fuesen devueltos a los nazis. La ose, Oeuvre de Secours aux Enfants, dedicada a la infancia y a los niños víctimas de los arrestos, detenciones y refugiados, era una de las tantas organizaciones que también intentaban paliar las heridas de la guerra.

En los últimos días, Gabrielle se había puesto en contacto con todo esto y habló con Marie. Sabía lo que deseaba, pero entendía que no podría lograrlo sola, entonces recurrió a ella y, más allá de la negativa inicial, Marie sucumbió a su

pedido. Quizás la desesperación de Gabrielle por poner fin a la estada en París, sabiendo que estaba sola en la ciudad, determinó que la joven colaborase. Gabrielle se mantenía absorta en sus pensamientos con la mirada perdida en el camino que dejaban atrás. Las luces del amanecer comenzaban a titilar y contempló a su alrededor que era la única que se mantenía despierta. A los colaboradores que viajaban con ella los había conocido a expensas de Marie.

Intuía que cada uno de ellos tenía una historia muy especial para volcarse a la ayuda humanitaria y trabajar sin descanso. De repente el movimiento del vehículo se detuvo y escuchó varias voces que se acercaban. Intentó espiar por uno de los toldos qué sucedía. Observó que un control policial alemán los había detenido. Se movió inquieta y despertó a Marie, que estaba su lado dormida.

—¿Te encuentras bien? ¿Sucedió algo? —inquirió la joven incorporándose.

—No lo sé, ¿por qué nos hemos detenido?

—Porque debemos atravesar uno de los tantos controles que hay —susurró.

—¿Son muy exhaustivos?

—Sí. Por ahora no debes preocuparte porque continuamos en la zona ocupada. El problema es cuando intentas pasar a la zona liberada. Es ahí donde los permisos son muy reducidos y debes contar con un pase, el Ausweis, que solo se expide por buenos motivos.

—¿Y si lo intentas de igual modo?

—Varios han intentado cruzar la frontera con o sin ayuda de unos guías que cobran por el servicio, pero, en el caso de que te capturen por no cumplir con lo que solicitan, terminas en prisión. Las

autoridades son implacables en eso.

—Desconocía que se pudiese ser tan estricto.

—Con nosotros y con otras organizaciones, no lo son tanto, pero la posibilidad de que existan infiltrados aquí dentro los hace estar alerta con los controles. Hoy en día es muy difícil saber de qué lado estás, y tú lo sabes.

—¿Cómo te has enterado?

—No te imaginas las historias que uno escucha estando aquí dentro.

El sonido del motor, con el posterior movimiento del vehículo, provocó en Gabrielle una sensación de alivio infinita.

—Estoy segura de que no has pegado un ojo durante toda la noche.

—No.

—Es normal que suceda. En mi primer viaje, tampoco lo he hecho.

Después de un rato, el cansancio y los nervios habían causado efecto, así que Gabrielle logró dormirse.

La ciudad de Vichy se encontraba en el corazón de Francia y era reconocida por poseer uno de los balnearios más solicitados de la región. Repleta de hoteles, los turistas arribaban en busca de los beneficios de las aguas termales.

Sin embargo, había dejado de ser nombrada por tales características para pasar a ser el centro del Gobierno francés, luego del armisticio firmado con Alemania, bajo el gobierno del mariscal Pétain. En apariencia, los franceses tendrían un gobierno independiente del yugo alemán, pero era solo un espejismo. Con el tiempo, la policía y la autoridad interna habían quedado en manos de la Gestapo, dejando a un lado la supuesta autonomía consagrada en el acuerdo. Los judíos fueron segregados de la vida económica por el procedimiento de “arianización”, atento a las medidas antisemitas tomadas en las que incluía en internamiento de

judíos extranjeros. Hasta allí había llegado el convoy formado por tres camiones de la Cruz Roja, luego de un largo viaje.

—Gabrielle, despierta.

—¿Qué sucede?

—No te preocupes, hemos llegado.

No podía creer estar allí, lejos de su amada ciudad de París y, menos aún, lo que había dejado atrás.

CAPÍTULO 15

El incalculable valor de una imagen

El convoy de la Cruz Roja había arribado a la ciudad de Vichy en medio del alboroto por las actividades que debían cumplir y el poco tiempo con que contaban. La agenda era muy estrecha en función de los requerimientos que tenían en distintas zonas del país. Allí debían participar de algunos compromisos con el Gobierno regente. Se esperaba que el contingente pudiera asistir a la cena antes de que emprendieran el regreso, una vuelta que se haría en unos pocos días. Algunos de los colaboradores y voluntarios de la organización se alojarían en uno de los tantos hoteles que había en el lugar, varios de ellos ocupados por oficinas administrativas y diplomáticas desde que el Gobierno central de Francia se había traslado allí; otros pernoctarían en las casas de familias afines a la causa.

—Gabrielle, si lo deseas, te puedes quedar en este hotel, que cuenta con mayor comodidad. Conmigo no tienes compromiso. Aquí se quedarán algunos de nosotros.

—De ningún modo, estar en este lugar es lo que menos me importa, y tú lo sabes.

—Entonces vamos. —Levantó la bolsa de cuero y le hizo señas a otro de los voluntarios para indicarle que se iría—.

Vas a conocer a Simone y a Louis. No es la primera vez que vengo y me quedo con ellos.

—¿No tendrán problema en alojarme?

—Claro que no, cuando los conozcas, te darás cuenta de lo que te digo.

El vehículo arrancó rumbo a la casa de los Bonnet. A pocas cuadras de allí el automóvil se detuvo para dejar pasar a otros automóviles que circulaban por la vía.

—¿Ves ese hotel?

Gabrielle contempló el Hotel du Parc con toda su magnificencia.

—Allí está el despacho de Pétain.

—Es una belleza la construcción.

—Así es, y muchos franceses lo adoran a él por considerarlo un héroe de la Gran Guerra. En este momento no todos piensan eso con las medidas que toma a diario, podrás saberlo de boca de Simone y Louis.

En el trayecto desde el centro de la ciudad hasta la propiedad de los Bonnet, le llamó la atención que la policía alemana no recorría las calles de la ciudad como sucedía en París. Sin embargo, observó algunas patrullas que merodeaban Vichy.

—Estas son brigadas especiales —advirtió Marie al ver el gesto de asombro de Gabrielle—, no son fuerzas de ocupación ni de la policía alemana, pero debes estar con cuidado.

—Si es así, ¿por qué patrullan las calles?

—La vigilancia es un modo certero de controlar los actos de provocación de la Resistencia. Van detrás de la organización desenmascarando a sus integrantes y la vigilancia es la manera de tenerlos a tiro. No me mires así; se combate contra la Resistencia. La ciudad de Lyon se considera la capital de ese movimiento, hacia allí escaparon quienes están en contra del régimen nazi. Aquí las autoridades podrán ser más condescendientes que en París,

pero la injerencia alemana en las decisiones de este Gobierno es muy alta. Y los actos de conspiración contra Alemania se pagan muy alto.

Aún recordaba el llamamiento a la Resistencia hecho por De Gaulle, aunque él estuviese en Londres. Estaba claro que dirigir desde allí aquel movimiento era muy difícil, y en Francia se comandaba como se podía, siempre entre las sombras y en la oscuridad dentro de la cadena de mando.

Unos pocos que habían apoyado al mariscal Pétain en la asunción como jefe de Estado con asiento en Vichy notaron el carácter autoritario, colaboracionista y antisemita que los acercaba aún más a los mismos alemanes.

—Ya llegamos.

Una austera casa se erigía frente a ellas. La juventud de los anfitriones

fue lo primero que le llamó la atención al verlos cuando salieron a recibirlas.

—Eres Gabrielle, bienvenida.

La calidez con que las habían recibido se reflejaba en la sencillez del interior de la propiedad. La confianza que había con Marie la tranquilizó para no sentirse una intrusa allí dentro.

—Seguro que no han comido.

—Simone, estamos bien.

Sin hacer caso, acompañó unas tazas de café con unas galletas que había hecho el día anterior.

—Si no comen algo ahora, no podrán hacerlo luego con la actividad que tendrán.

—Tienes razón —asintió Marie al probar la galleta—, está exquisita.

—Aquí se hace lo que se puede.

—En París la escasez es cada vez mayor.

—Pues aquí las largas filas para conseguir lo básico comienzan a primera hora de la mañana.

Esa postal se estaba extendiendo por todo el país inclusive en la ciudad que se había erigido como centro del Gobierno francés.

—Gabrielle, por favor, cómela. Puedo asegurarte que nosotros estamos mejor que otros.

La mujer miró a su esposo y evitó contar lo que ambos habían pasado desde que se habían instalado allí, luego de huir de la zona ocupada. Ellos, como tantos, habían arribado a la ciudad buscando un refugio seguro. Sin embargo, el Gobierno francés instaurado en la ciudad era un fiel colaboracionista de Alemania. Por más que se intentase ocultar, los actos llevados a cabo por las brigadas especiales hablaban por sí solos.

—Yo las acompaño antes de irme al diario.

—¿Eres periodista? —preguntó animada Gabrielle.

—Sí, dirijo un pequeño diario.

—Yo soy fotógrafa y he trabajado en un diario en la ciudad de París.

Un cruce de miradas entre la pareja no le pasó inadvertido a Marie.

—Creí que eras enfermera o que te dedicabas desde hacía tiempo a actividades humanitarias.

—Ella está viendo qué hacer con su vida y colaborar con nosotros ha sido una de sus prioridades. Este viaje fue una oportunidad para salir de París.

Largas habían sido las conversaciones mantenidas entre ambas en las que Gabrielle le había pedido ayuda para abandonar la ciudad. Irse de la mano de ella se había transformado en la única escapatoria. Ese viaje había surgido de repente; no bien lo supo, se lo comunicó a Gabrielle. El último pedido fue que nadie se enterara de dónde estaba, ni siquiera en la casa de Marie. Entonces le

había encomendó a su madre que, si alguien iba a verla, sin importar quién fuese, le dijera que desconocía hacia dónde había ido y con quién.

—En verdad, sentía que no estaba en el lugar apropiado para dar batalla a todo lo que sucede en esta guerra.

—A pesar de ser fotógrafa.

—Podría decirte a costa de serlo. No me sentía conforme con lo que estaba haciendo, pienso que no es momento de permanecer con las manos atadas, y era así como me sentía.

El verdadero motivo por el que había decidido abandonar la agencia lo había enterrado en su corazón. No volvería a hablar de aquello que solo le traía dolor y pesar.

—Me gusta tu amiga —dijo el dueño de casa en anuencia con su esposa.

—Lo imaginaba, por eso se me ocurrió traerla aquí. Sabía que se llevarían muy bien.

—¿Y qué tipo de publicaciones haces?

—De todo un poco.

—Como yo —dijo al sacar del bolso su Baby—. Ella me acompaña a donde esté.

—Sin dudas, eres una de la buenas.

—Amor, ¿por qué lo dices?

Simone notaba la admiración de Louis al contemplar esa cámara.

—Es un lujo ese equipo fotográfico.

—Ha sido el mejor regalo de cumpleaños que he tenido.

—Le dio la cámara a Louis para que la mirara más de cerca.

—Supongo que te aprecia por demás la persona que te la obsequió.

—Hum, debería ser así, aunque por momentos lo he dudado. Marie, ¿tú qué piensas?

—Nuestro antiguo jefe se la regaló, un hombre adusto y con mal genio que padecimos el tiempo que trabajamos en Le Figaro.

—Ahora comprendo, eran compañeras en tu antiguo trabajo —replicó Simone.

—Así es, pero siempre nos hemos mantenido en contacto.

Con pocos días de diferencia, renunciamos al periódico.

—No le debe haber gustado demasiado que lo hicieran.

—No lo creo —sentenció Marie—. Luego yo me incorporé en la Cruz Roja y Gabrielle…

—He estado buscando un lugar acorde a lo que quería hacer —culminó mirando a su amiga.

Gabrielle intentaba poner distancia de Brandon y del significado que tenía en su vida. Obviar la última etapa vivida era una manera de lograrlo.

—Yo les agradezco la comida, pero debo irme.

—Por supuesto.

—Yo también debo irme —acotó el dueño de casa al levantarse de la silla y agregó—: Gabrielle, cuando lo desees, te invito a que conozcas mi pequeño diario.

—Me encantaría.

Sin lugar a dudas, esa era una pasión que ella no podría dejar a atrás. No importaba dónde estuviera, el fotoperiodismo estaba arraigado en su interior.

—Ahora debemos darnos prisa.

—Nos vemos a la noche.

—Gracias otra vez.

Durante los días siguientes, completaron una serie de actividades que las mantuvieron ocupadas gran parte del día. La recepción de medicamentos había sido una de ellas.

Gabrielle había acompañado a Marie en cada una de las diligencias. Cuando podía, ayudaba y tomaba nota. Otras

veces, con la cámara registraba todo cuanto sucedía a su alrededor. El cansancio y la falta de sueño les estaban pasando factura, que se veía en los rostros de las jóvenes.

La invitación que se había hecho a los miembros de la Cruz Roja no era algo que se pudiera eludir; debían asistir.

Ni Gabrielle ni Marie contaban con el ánimo suficiente para concurrir, tampoco tenían el vestuario adecuado. Sin embargo, eso era lo que menos les preocupaba. Un pañuelo de seda prestado por la dueña de casa y una simple falda podrían brindarles un aspecto acorde con ese evento, al que asistirían miembros del Gobierno y damas de la sociedad que colaboraban con la causa organizando distintos eventos para recaudar fondos.

—¿Cómo me veo? —indagó Gabrielle con parte de su atuendo prestado.

El detalle del sombrero junto a un pañuelo de seda atado al cuello le daba distinción a la simple vestimenta que lucía.

—Te ves magnífica, como siempre —agregó Marie al colocarse un saco oscuro.

—Disfruten del ágape —intercedió Simone.

—Estoy convencida de que allí no faltará nada para beber ni comer.

—Eso dalo por hecho. El que sufre es siempre el pueblo —

sentenció Simone.

—Bueno, basta de cháchara. Cuanto antes nos vayamos, más temprano regresaremos.

—Vamos, entonces.

Gabrielle tomó la mochila de cuero que formaba parte de su atuendo. Dentro llevaba la cámara de la que nunca se desprendía, no importaba si el lugar era adecuado o no para llevarla. Su Baby era parte suya.

El vehículo que las había pasado a buscar aguardaba fuera de la propiedad. Recorrieron parte de la ciudad hasta enfilar hacia el sector más selecto de Vichy. Sobre el recodo

del río se abría un lugar de ensueño que los residentes del lugar disfrutaban a pleno con los distintos acontecimientos sociales que se celebraban a su vera. Una serie de villas venecianas y flamencas asomaron por una calle para brindarle esplendor y elegancia a la zona. No se podía elegir cuál era la más bonita. Se asombró cuando el vehículo se detuvo frente a una de fachada blanca y brillante, con reminiscencia marroquí que comprobó al ingresar.

Ambas fueron recibidas por la anfitriona y enseguida les presentó a otros asistentes interesados en la encomiable actividad que desarrollaban. Gabrielle se encontraba fuera de lugar, ya que el viaje había sido una prueba para saber cómo seguir, por lo que dejó a su amiga continuar hablando sobre las actividades y necesidades que tenía la organización. Caminó por un pasillo hasta salir a un patio de tipo oriental, circundado por una serie de arcadas en forma de herradura sostenidas por columnas retorcidas por capiteles esculpidos y coronados por tejas. Por allí los invitados deambulaban con una copa de alcohol en sus manos. Unos bancos de madera ubicados en las galerías completaban la decoración del lugar. Los asistentes disfrutaban de la estancia a medida que el personal de servicio continuaba ofreciendo refrescos y bocaditos. El parque de la finca estaba delimitado por una serie de árboles a orillas de un canal que desembocaba en el río Aller. Sobre el espejo de agua, destellaban los colores del atardecer que muy pronto se apagarían. Gabrielle no dudó en sacar la cámara para inmortalizar esos bellos lugares.

Poco le importaba entablar conversaciones con personas que no conocía. Tomó distintas imágenes del atardecer, también fotografió a parte de los invitados que departían en el cuidado jardín. Su ojo hizo

que enfocara todo aquello que le llamaba la atención.

—No sabía que habíamos contratado a una fotógrafa.

Como acto reflejo, se desprendió la cámara y la deslizó por la mochila de cuero que llevaba al hombro. Para cualquiera ese movimiento hubiera sido complicado, pero ella estaba acostumbrada a hacerlo si creía que podía correr algún peligro mantenerla colgada.

—No lo han hecho, simplemente no he podido refrenarme con este paisaje.

—Imagino que no habrá fotografiado sin permiso a los invitados de mi padre.

—Desconocía que esta fuera la casa de sus padres. Lo felicito; es preciosa. Solo fotografío aquello que me interesa y este atardecer es lo que colmó mi interés.

—No me he presentado, soy Phillips Duval.

—Un placer, me llamo Gabrielle y vine con el contingente de la Cruz Roja.

—Me lo imaginaba —dijo con una sarcástica sonrisa al repasar la vestimenta que llevaba.

—Si me disculpa…

—No te vayas —replicó acercándose para tomarla por el codo—. Si te ha gustado la propiedad, puedo mostrarte el resto de la casa. Verás que puede resultar más interesante, hasta yo puedo serlo.

—Debo irme. —Se soltó de golpe y se alejó de allí de inmediato.

Marie estaba departiendo con otros asistentes, aunque no le pasó inadvertido que Gabrielle se había acercado con un gesto de tensión y preocupación en el rostro.

—Creo que es hora de retirarme.

—¿Tan pronto?

—Debemos hacer algunos recados antes de salir para París.

—Por supuesto.

En sigilo y sin continuar con los saludos de despedida, ambas se retiraron de la finca en busca de un coche que las llevara hasta la casa de los Bonnet.

—Vamos —dijo Gabrielle al lanzarse sobre el vehículo para salir de allí lo antes posible.

—Ahora me vas a contar qué sucedió para huir prácticamente de la reunión. Apenas pude saludar a mis compañeros, estoy segura de que me lo van a perdonar —

completó con una sonrisa; la camaradería que había en el grupo dispensaba cualquier gesto poco cordial que pudiera tenerse.

—El encuentro que tuve con el hijo de los dueños de la casa ha sido muy desagradable. Estaba bebido y no me gustó el modo en que me trató.

—Lo siento, debería haber estado más cerca de ti, aunque yo tampoco lo conocía a él ni a sus padres.

—No es nada, solo que…

—¿Sucedió algo más?

—No me gustó la manera en que inquirió sobre lo que estaba fotografiando.

Marie se quedó callada. Conocía a Gabrielle y destacaba el oficio con el que contaba.

—Disculpa, no quiero preocuparte más, quizás fue una desagradable sensación.

—Eso ya lo veremos.

En medio de la conversación, habían arribado a destino.

Luego de abonar, ingresaron a la casa que las alojaba.

—Quiero que me cuenten cómo lo han pasado —pidió Simone al asomarse por la sala.

Pocos minutos, después apareció el dueño de casa para sumarse a la charla.

—Como siempre, no disfruto mucho de estos eventos sociales. Me

incomodan porque la realidad que vivo es tan diferente a esta gente, a la cual no le falta nada y está de

celebración cada vez que puede.

—Te entiendo.

—La que está muy callada es Gabrielle.

—Estoy un poco cansada. Louis, me dijiste si quería conocer tu periódico.

—Por supuesto.

—Es que tengo unas fotografías que me gustaría revelar.

—Es una buena idea —sentenció Marie—, quizás en esas imágenes encuentres la respuesta a lo que sucedió hoy.

—¿A qué te refieres? —inquirió Simone.

—Mientras ellos se van, yo te cuento lo sucedido.

El trayecto hasta alcanzar el modesto periódico que dirigía Louis había sido corto y sin mediar interrupciones ingresaron a la propiedad. Él no había querido sacar conclusiones anticipadas hasta no ver el material de Gabrielle.

—Por aquí.

Él se mantuvo al margen de Gabrielle para que revelara las imágenes, no pretendía incordiarla. En su oficina aguardó a que ella finalizase con la tarea; mientras, se quedó controlando unos panfletos que había hecho a favor de la Resistencia y que serían distribuidos en la ciudad. Al escuchar que se acercaba, guardó en uno de los cajones los carteles y se incorporó para ver lo que la joven llevaba en sus manos.

—Estas son las fotos que hice esta tarde. Como verás, muchas retratan la finca; otras, el atardecer reflejado sobre las aguas del río y el resto, a los invitados.

El dedo de Louis pasaba una a una las fotografías con detenimiento observando la claridad de cada toma; sin embargo, se inclinó hacia adelante y se detuvo en dos de ellas. Las observó con minuciosidad para estar convencido de lo que veía.

—El valor de esta imagen es incalculable, al menos para nosotros.

—¿Cuál es el problema?

—Gabrielle…

—Necesito saber qué sucede y comprender la razón por la que se me trató así.

—Ante todo necesito que seas reservada en lo que voy a contarte. Con Simone no estamos de acuerdo con todo lo que sucede, ni con las decisiones que se están tomando aquí.

—Lo entiendo y lo comparto. Ese fue uno de los motivos por los que decidí salir de París.

—Pero estás en Vichy y, si buscabas estar bajo el amparo del Gobierno francés, te equivocas. Ellos continúan con las persecuciones que son cada vez más crueles, aunque lo oculten para evitar demostrar que es un Gobierno colaboracionista con Alemania. Todo lo que se hace cuenta con el consentimiento nazi.

Gabrielle notaba la manera apasionada y con desdén en que hablaba Louis sobre el régimen instaurado allí.

—El motivo por el que salí de París —agregó Gabrielle para sincerarse —, entre otros, fue porque no estaba de acuerdo con lo que se hacía ni con lo que sucedía allí. Venir aquí y cumplir con los ideales que tenemos junto a Marie es una forma de dejar todo atrás. Ella me advirtió que en Vichy las persecuciones y redadas existían, y que nada es lo que parece. Evidentemente, tiene razón.

—Así es.

—¿Por qué me has dicho todo esto?

Un silencio cubrió la pequeña oficina y Gabrielle esperó hasta que Louis lanzó lo que tenía para decir.

—Con Simone residíamos en el norte y con la ocupación alemana escapamos hacía aquí convencidos de que todo sería distinto, al menos es lo que nos parecía al principio,

pero como tantos otros nos equivocamos. De lo único de lo que estábamos convencidos era de que no íbamos a ser cómplices de todo lo que sucede acá.

»Por eso comenzamos a ayudar aquellos que escapaban del régimen:

contamos con una cadena de hogares en donde pueden refugiarse hasta que logramos sacarlos a una zona segura. Llegar a Lyon es la prioridad, allí la Resistencia, a la que pertenecemos, tiene su red. Desde allí los trasladamos a Marsella, en donde cuentan con la posibilidad de embarcarse hacia un lugar seguro.

—Esto que haces con Simone es muy loable; algo que yo no logré hacer en París.

—Corremos el riesgo de ser detenidos y llevados a un campo de internamiento o entregados a los nazis para ser llevados a Polonia, a un campo de exterminio.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Por las fotografías que lograste.

—¿A qué te refieres?

—Desde hace un tiempo hemos notado que algunas de las operaciones no salieron como estaban planificadas.

Supusimos que había algún infiltrado entre los nuestros.

Esto sucede en ambos bandos; te aseguro que es una caza de brujas. En nuestro caso es muy difícil poder identificarlos porque evitamos las fotos para no quedar registrados.

Él no le contó cómo funcionaba la cadena de mando ni que uno de los principios fundamentales que los unía era la confianza. A partir de allí, trabajaban de manera segmentada, divididos en pequeñas células en distintas zonas del país, para actuar de manera efectiva.

—Él es la persona que me permitió el acceso a la Resistencia y quien maneja mucha información. —Señalaba a un hombre de mediana edad que estaba conversando con otros tres hombres de apariencia militar.

—Pero, si nadie sabe a qué se dedica, no sería raro que haya ido allí y se mezcle con la gente para obtener información, para serle útil a la organización.

—Salvo que, durante todo este tiempo, te asegure que no tenía contacto con ningún funcionario de la plana gubernamental, y haya insistido en que uno no lo tuviera, porque actuaría en contra de la causa. En esta toma se lo ve muy relajado y divertido, no parece ser el primer encuentro que ha tenido. Conozco de vista a los hombres que

lo rodean y pertenecen al grupo más duro del Gobierno. No es fácil acceder a ellos, solo lo logras si estás bien conectado.

Está claro que la presencia de él —dijo al fijar la vista en el sujeto que lo había entrenado— no hace más que confirmar las dudas que tenía.

—Entonces…

—Esta situación no puede quedar así. Debo divulgar esta información para ver cómo continuamos, y tengo que procurar que él no sospeche que lo sé. Hay algo que me preocupa.

—¿Qué?

—Tú.

—¿Por qué?

—Porque, si se entera de que alguien anduvo sacando fotos, querrá saber quién es y el motivo por el que lo hizo.

—No te preocupes, que mañana nos iremos a París.

—Lo sé y estoy seguro de que pronto él lo sabrá. Es mejor que nos pongamos en movimiento; hay muchas cosas que hacer. De momento, quiero que desechemos el material que nos comprometa, salvo esta. —Marcó la fotografía más clara, en donde la toma del sujeto era nítida en consonancia con el atardecer que destellaba en el fondo de la imagen—.

Fíjate que no quede nada en la habitación de revelado.

Ambos pusieron manos a la obra, al tiempo que Louis pensaba cuál sería la alternativa para evitar que todo el trabajo que venía haciendo en la Resistencia se viniera abajo y que Gabrielle fuese la víctima de lo sucedido.

—¿Estás lista?

—Sí.

Luego de apagar las luces, en medio de la oscuridad de la noche, abordaron el vehículo que los conduciría de regreso.

Dentro del habitáculo vibraba el silencio; ambos estaban ensimismados en los pensamientos tratando de buscar claridad para lo que sucedía. La alarma sobre lo que podía suceder se reflejó en el

rostro de Simone con solo verlo.

—Louis, ¿qué ha sucedido?

La intranquilidad de Simone era notoria, debido a lo que le había relatado Marie.

—Lo que sospechábamos. Las fotos que sacó Gabrielle muestran lo que suponíamos sobre Didier.

—No entiendo —atisbó a decir Marie confundida con el curso de la conversación.

De manera somera, Louis le explicó el motivo de su preocupación, mientras en la cabeza trazaba los pasos por seguir.

—Lo conveniente sería sacar a Gabrielle de la ciudad lo antes posible.

—No te preocupes. Mañana saldremos hacía París.

—Esa no sería la solución —agregó Louis—. Lo mejor sería que partieras hacia Lyon, pero debo saber si estás de acuerdo. Allí estarás segura, hay gente que puede protegerte; lo hemos hecho con varias personas.

—¡Es una locura! —exclamó Marie—. Yo no pienso dejarla sola, más en esta situación.

—Ella no iría sola, yo la acompañaría —agregó Simone—.

Y, Marie, sería sensato hacerlo cuanto antes.

—Sería lo mejor —completó el dueño de casa—; yo me quedo aquí sin levantar sospechas. Si yo me viera amenazado, sería el primero en abandonar la ciudad, y no pienso hacerlo. Didier me conoce lo suficiente, sabe cómo actuaría; eso ahora juega en mi favor y debo sacarle provecho. No debes preocuparte, Marie, sabemos cómo hacerlo y puedo asegurarte que todo saldrá bien.

—Gabrielle, debes pensar que…

—Entiendo tu preocupación, pero yo ya decidí: estar en Lyon un tiempo será lo mejor. Sabes que no deseo regresar, que este viaje fue una manera de ver cómo me hallaba aquí y no imaginé que sucediera esto. Quizás sea lo mejor. Si quiero, puedo colaborar con otras organizaciones, el cimade es una de ellas.

—Sí, pero no podrás colaborar escapando.

—Es mejor así —intercedió Louis—. Si van a buscar a Gabrielle, lo harán en el convoy en que tú viajas. Solo bastará con decir que ella no va con ustedes ni que forma parte del grupo. Y sería mejor que tú regreses al hotel en donde están tus compañeros. Cuando todos amanezcan, luego de una noche de alcohol, nadie preguntará cuándo has regresado ni por qué.

—¿Me aseguras que todo estará bien?

—Lyon es el lugar más seguro por ahora, hasta que todo se calme y pueda regresar y decidir hacia dónde irá.

—Si estamos todos de acuerdo, debemos movernos.

Bajo una aparente calma y sin demostrar los nervios que podía ocasionar el paso que darían en breve, cada uno se puso en movimiento.

*

Las luces del amanecer daban comienzo a un nuevo día.

Gabrielle recordaba la sentida despedida de Marie, le había asegurado que se cuidaría y que se mantendría fuera de los problemas, al menos hasta que todo se calmara. También le había dado unos contactos en Lyon para que pudiera colaborar con otras organizaciones humanitarias.

Poco sabía de las personas con las que viajaba en el vehículo y creía que era lo mejor. Quien llevaba la voz cantante era Simone, que parecía conocer al matrimonio que las acompañaba. El primer control lo habían pasado sin problema, pero aún quedaba uno más según le acababan de informar. Lo único que deseaba Gabrielle era llegar a Lyon y encontrar la paz que necesitaba desde que había salido de París.

—Gabrielle, duérmete.

—¿Cómo?

La mirada de Gabrielle se dirigió hacia los tres uniformados que se encontraban en un pase controlando quienes salían e ingresaban a

Lyon. Cerró los ojos e inclinó la cabeza sobre Simone sin dejar de escuchar lo que sucedía en la requisa.

—La documentación de los cuatro —dijo un miembro de la Feldgendarmerie que patrullaba las carreteras.

El conductor presentó los Ausweis de cada uno de los integrantes del vehículo.

—Quiero verles las caras —pidió uno de los gendarmes.

—Gabrielle, despierta, por favor.

Ella se incorporó con temor por lo que ocurría allí dentro; le temblaba el cuerpo. Leían con detenimiento la tarjeta de identificación, miraban el rostro de cada uno de los miembros del vehículo; sin embargo, uno de ellos no dejaba de observarla. En ese instante, se alejaron para hablar con el tercer gendarme que salió de la casilla. A la distancia, se veía que discutían. Dentro del vehículo, no hubo comentario

ni gesto que explicara lo que sucedía, salvo la mano de Simone que rozó la de Gabrielle junto a un perceptible movimiento de cabeza para indicarle que todo estaba bien.

Ella dudaba de que fuese así, estaba convencida de que lo había hecho para tranquilizarla y evitar un escándalo allí dentro. Poco después, uno de los gendarmes se acercó para darles los documentos y decirles que podían pasar.

Entonces Gabrielle dejó escapar la angustia en un suspiro que conllevó algunas lágrimas que le rodaron por el rostro.

—Perdón.

—Es normal que te pongas así; es tu primera vez y lo has hecho muy bien.

—No creyeron que estuviera durmiendo.

—No —susurró con una sonrisa—. Que estés tirada o dormida es un modo de señalar a quién queremos trasladar y con quién podemos tener problemas para hacerlo. Uno de ellos está con nosotros. Eso no imposibilita que discuta y esté con mala cara para estar en anuencia con el resto.

—Oh, ¿y cuál de los tres era?

—Es mejor que no sepas. Lo importante es que ya estamos a pasos de Lyon.

Gabrielle cerró los ojos y se empapó de la calma que significaba haber pasado lo peor. Esperaba que esta nueva ciudad le abriese un mejor destino.

Desde que arribó a la ciudad de Lyon, Gabrielle estuvo inmersa en una vorágine de actividades. Lo que menos tiempo le había tomado había sido alojarse. Simone la había llevado a una pensión ubicada a una distancia prudencial del centro de Lyon. Coeur Brave era el lugar en el que ella y Louis se alojaban cuando arribaban a la ciudad. Los dueños formaban parte de la organización. Estar allí le brindaría a Gabrielle la seguridad necesaria en una ciudad extraña.

—Estás segura de que quedarte es lo mejor para ti,

¿verdad?

—Así es. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí.

—De eso no debes preocuparte.

—Aún no me saco la angustia por lo que pudo haberle sucedido a Marie.

—De eso quería hablarte.

Los días transcurridos desde que ambas habían llegado habían tenido una cuota de zozobra para Gabrielle ante la falta de noticias de Marie. Las palabras de aliento de Simone no habían causado el efecto deseado.

—Por favor, dime qué sucedió.

—Ella está bien y el grupo igual. Como te dije, no debías preocuparte.

La tardanza en tener novedades la había alterado más de la cuenta.

—No la detuvieron ni indagaron sobre mí —aseveró dudosa.

—Gabrielle, no voy a mentirte. Cuando los detuvieron, quisieron saber quiénes eran las personas que formaban el contingente y requisaron los tres camiones.

—¿Y?

—Para Marie y el resto no fue más que un control, aunque más exhaustivo que otras veces.

—¿Y para las autoridades?

—Cerciorarse qué era de ti.

—Entonces…

—No debes preocuparte. La palabra del joven Duval no se toma muy en cuenta por la vida disoluta que lleva, pero ese control que han hecho me da la certeza de que los dichos de él sembraron una duda suficiente. Por eso, vemos que lo ideal es que te quedes aquí.

—Por supuesto.

—Yo no puedo permanecer más tiempo, debo regresar para evitar levantar sospechas.

—Claro. Además, Louis debe estar preocupado por ti.

—No creo, porque sabe que nada me sucederá, pero me necesita en Vichy. Me confirmaron que podré salir al alba de aquí, pero no pasaré la noche acá. Debería irme ahora mismo.

—Entiendo.

—Es mejor de este modo, así evitamos que nos vinculen si algo sucede.

La organización se manejaba de esa manera y se evitaba saber mucho más sobre quiénes la formaban. La estructura estaba constituida por pequeñas células en donde poco se conocía del superior inmediato para evitar filtraciones y que una redada implicara la caída del grupo en general.

—Voy a extrañarte.

—Yo también, pero estate segura de que pronto nos volveremos a ver.

—Algo más.

—Dime.

—En mi ausencia, debes confiar plenamente en los dueños de este lugar. Ellos nos han acogido todas las veces que hemos estado aquí, por eso me iré tranquila.

—Gracias y basta de despedidas, vete de una buena vez.

Gabrielle no quería ponerse sentimental ni hacerle más difícil la situación a Simone, que no había hecho más que preocuparse por ella.

—Solo te pido que, si sabes de Marie, le digas que yo estoy muy bien.

—De eso se ha encargado Louis.

Gabrielle la vio salir por la puerta de la habitación que habían compartido esos días. A partir de ese momento una nueva etapa de su vida comenzaba. Simone le había presentado algunos contactos que le permitirían colaborar con organizaciones humanitarias, que se encargaban de

concurrir a algunos campos de internamiento. Aún debía esperar unos días para saber cómo seguiría su estada allí.

Lo más importante era no regresar a París.

Ese día en especial se quedó en la habitación de la pensión a la espera de alguna novedad. Luego de limpiar y ordenar el cuarto, se bañó y se cambió para quitarse la modorra. No había probado bocado, ansiaba comer algo e intentar dormir, que buena falta le hacía. En el austero salón comedor se sentaban los mismos huéspedes desde que ella había llegado. El sostenido murmullo de las conversaciones allí dentro no traspasaba los muros de la sala; cada cual se mantenía en la mesa asignada sin vincularse con el resto.

Gabrielle acababa de dar el último bocado de comida cuando Ivo, el dueño del lugar, se acercó a la mesa.

—Gabrielle, quiero mantener unas palabras contigo,

¿puedes acompañarme?

Ella asintió en silencio dejando a un lado el plato vacío. Lo acompañó hasta la habitación ubicada detrás del mostrador en el que se atendía a aquellos que arribaban al lugar.

—Debemos salir de aquí porque Simone necesita verte.

—¿Qué le sucedió?

—Necesita darte algo antes de irse.

—¿Y por qué no lo trajo hasta aquí?

—Todas las preguntas te las responderá ella cuando la veas.

Salió envuelta en una rara sensación que se iba acrecentando a medida que se alejaba de Coeur Brave. La oscuridad de la noche no le permitía ver con claridad por dónde iban y menos aún hacía dónde se dirigían. Una serie de callejones y patios internos se abrían a medida que se desplazaban por allí. Temor e inseguridad invadieron el cuerpo de Gabrielle, pero su mente no hacía más que repetir las palabras de Simone respecto de que debía confiar en los dueños de la pensión. Estaba convencida de

que nada podía salir mal si se encontraba con ella. ¿Por qué deseaba verla a esa hora de la noche, cuando estaba a punto de partir de Lyon? Creía que ya se habían dicho todo.

Si, a pesar de todo Simone necesitaba verla a último momento, era porque la cuestión revestía visos de gravedad.

—Por aquí.

Una iglesia se erigía frente a ella. Caminaron por el costado de la antigua construcción por donde el pastizal crecía sin control hasta desembocar en una pesada puerta de madera.

—Es aquí.

Gabrielle no le confesó los nervios que la invadían ni la extraña sensación que la embargaba. Estaba segura de que algo andaba mal.

—¿No entras conmigo?

—Me quedaré por aquí, vigilando que nada suceda.

—Gracias.

Esa simple acotación le brindó el sosiego que necesitaba para abrir esa puerta e ingresar. La centelleante luz de los candelabros diseminados en la estancia alumbraba el recinto.

—¿Simone?

Un frío helado le recorrió todo el cuerpo y puso en duda los dichos de Simone. En ese instante creyó que, del mismo modo en que había habido un infiltrado en Vichy, otro podía haber en ese momento. Ella era el objetivo que buscaban y que acababan de encontrar. Allí estaba sola, no tenía a nadie a quien recurrir y se encontraba a merced de lo

que pudiera suceder.

—Simone —insistió antes de pretender abandonar el lugar.

Sin embargo, la llama flameante desde uno de los pabilos del candelabro más cercano a ella fluctuó casi hasta apagarse. De inmediato, una sombra se fundió en la penumbra y entonces La Sombra se irguió ante Gabrielle.

CAPÍTULO 16

Un golpe de traicion

Las últimas horas del día estaban dedicadas al ágape que se celebraría esa noche en la embajada. El hecho de que no se hicieran celebraciones o de que las que se realizasen fuesen de carácter íntimo hizo que el personal se encontrase alborotado ante el inminente festejo. A pesar del momento que se vivía, en el mundo diplomático los vínculos y las relaciones requerían ser alimentadas, y organizar estos encuentros era un modo de lograrlo.

Hacía mucho tiempo que Isabel no se dedicaba a arreglarse, no solo porque no había tenido oportunidad de salir fuera del ámbito de trabajo y de su apartamento, sino también porque no era afecta a acicalarse en demasía.

Suponía que eso no se lo debía a una cuestión de estética, sino a buscar diferenciarse de su hermana, quien utilizaba cualquier novedad que saliera en el mercado cosmético. Por ese motivo, ella se colocaba poco maquillaje, el necesario para que su piel luciera bien, ya que detestaba el empaste que generaba el exceso, además de endurecer las facciones. Ella podía perder el tiempo en cualquier otra cosa, pero no en estar frente al espejo junto a los maquillajes. Sin embargo, se había dedicado a acentuar las ondas del cabello rubio que le caía sobre los hombros, se había marcado con un tenue trazo los ojos y difuminó en los párpados una sombra verde claro, en consonancia con el

vestido verde que había elegido, de talle ceñido a la cintura rematado con un delgado cinturón. La vestimenta que llevaba consigo se la debía a la insistencia de su madre para que se comprara prendas elegantes y las llevase. Doña Quevedo no concebía participar de algún acontecimiento social sin estar a la altura con los vestidos adecuados. Se entendía en alguien que no había hecho otra cosa que acompañar a su esposo brillando en los distintos eventos a los que asistían; permanecía perfecta en todo momento y brindaba la imagen de una familia soñada. Rozó con la mano el vestido que acababa de colocarse como si de ese modo pudiera estar más cerca de su madre.

Volvió a mirarse en el espejo sin reconocer a quien veía.

En virtud de los acontecimientos, no sabía dónde había quedado la joven que había intentado cumplir con los preceptos marcados por una familia con altos valores religiosos y una educación, por demás, estricta. Continuó con la inspección del aspecto y se calzó unos tacones negros que le darían mayor altura sin llegar a alcanzar a Hans.

Sin dudas había cambiado la apariencia general que solía tener. Se pintó con un labial rojo sin olvidarse de unas gotas del perfume preferido, el Chanel No 5, que usaba en ocasiones especiales, ya que el contenido estaba llegando a su fin.

—¿Estás lista? —preguntó Hans desde la pequeña sala—.

No quiero llegar tarde; sabes que se debe cumplir con el horario estipulado.

Ella estaba acostumbrada a la rigidez horaria de su prometido. Tomó el tapado negro con estola de piel para paliar el frío de esa noche y fue al encuentro de Fischer, que aguardaba impaciente.

—Al fin. Te ves bien —comentó Hans al hacer una inspección en el atuendo de Isabel.

—¿Sí?

Ella se sorprendió gratamente por el cumplido; no solía tener con ella esos gestos ni expresiones cariñosas, entendía que eso formaba parte del carácter y ella no pretendía cambiarlo.

Al salir, la fuerte ráfaga de frío le golpeó el rostro. A pesar de la inclemencia del tiempo y de la destemplada noche, la cercanía a la embajada no justificaba utilizar un automóvil.

En medio de la vorágine de las actividades que Isabel llevaba a cabo, no había logrado dimensionar la belleza de la embajada a esa hora de la noche. Desde el exterior se escuchaba el murmullo de las conversaciones y el transitar de los invitados en la puerta de ingreso. Algunas luces alumbraban la blanca fachada y realzaban el aspecto arquitectónico. La familia Staudt, de origen germano, había sido propietaria del edificio palaciego y, a raíz de los buenos negocios llevados a cabo con la Argentina, donó la propiedad para transformarla en sede diplomática. Los amplios y majestuosos salones de la finca se reservaban para los eventos sociales. Esa noche las puertas se abrirían y los invitados podrían disfrutar de las suntuosas instalaciones.

—Querida, no me molestes —susurró al oído de la joven

—. He venido a contactar con algunos de los invitados.

—No te preocupes.

—¿Conoces a aquel hombre que está allá? Veo que te ha saludado.

—El cónsul y su secretario —replicó con la boca seca.

El cuerpo de Isabel se tensó al verlos. Las preocupaciones de los últimos días le impidieron vislumbrar la posibilidad de encontrarse con Federico Estrada esa precisa noche. Si había algo que lograba enturbiar esa velada, era aquel sujeto. Temía que largara en cualquier instante una acusación o la pusiera en evidencia. Todo empeoraría si sucedía frente a Hans.

—Vamos a saludarlos —dijo con una forzada sonrisa y agregó—: Cambia esa cara.

Si no hubiera sido por el brazo de Fischer que la condujo, ella no habría podido dar un simple paso hacia ellos.

—No lo tengo visto por aquí, ¿verdad? —comentó el cónsul.

—He llegado de Buenos Aires hace unas semanas.

—No debe haber sido fácil ese viaje.

—No lo fue, pero los fuertes contactos con mi nación —

replicó con sórdida sonrisa— hicieron que estuviera aquí.

—¿Piensa quedarse un tiempo? —preguntó Estrada observando a Isabel.

—El que sea necesario.

En ese mismo instante asomó el embajador junto a otros invitados.

—Si me disculpan… —dijo el cónsul para ir a saludar al anfitrión.

—Lo acompaño —agregó Fischer.

—Estrada, ¿viene?

—Adelántese, que yo ya voy.

Ese era el instante que tenía Isabel para huir de allí; sin embargo, no pudo al ver que ese sujeto se inclinaba hacia adelante para susurrarle algo más.

—La espero en la biblioteca de este piso. Sabe mejor que yo dónde

queda. —Miró por encima de Isabel y giró para irse de allí.

Ella dudó en reunirse con él, pero entendía que la había descubierto y agradecía que no la pusiera en evidencia delante de Hans. Miró a su alrededor para evitar que alguien más la viese salir de allí y enfiló hacia el lugar indicado. No era la primera vez que acudía a aquel recinto. Lo había conocido pocos días después de haber ingresado a la embajada. Las paredes estaban revestidas con boiserie y la amplia biblioteca, construida de nogal oscuro e integrada

por un sinfín de volúmenes, contaba con una escalera que se deslizaba a través de los paneles para poder tomar el ejemplar que se buscase. Unas lámparas empotradas en la pared alumbraban de modo tenue el lugar. Los nervios que tenía Isabel se vislumbraban en el temblequeo de las manos y en el fuerte latido del corazón. Pergeñaba cuál sería la excusa que le daría a Estrada. El golpe de la puerta al cerrase la sobrecogió y un escozor le recorrió toda la espalda.

—Isabel.

No fue el saludo, sino la voz que la llamaba lo que hizo que se voltease de inmediato.

—Estás hermosa. ¡Cuánto deseaba verte! Sin embargo, algunas cuestiones me complicaron para volver por ti.

Tenía el cabello oscuro peinado hacia atrás y los ojos miel destellaban al mirarla. El traje lo hacía ver más guapo, si en verdad eso podía ser. La contemplaba como si buscase grabar en la retina cada uno de los gestos de la joven.

—¿Has podido sacar a la familia de tu primo?

—Sí, aunque no ha sido nada fácil.

—Yo estaba preocupada por lo que podía sucederte.

—Prometí regresar —susurró al acercársele—, juro que lo intenté, pero una serie de circunstancias me lo impidieron.

El dedo de él se deslizó por el contorno de los labios, mientras ella se dejaba acariciar como si estuviesen apartados del mundo, como si detrás de la puerta no se celebrase una reunión con invitados, ni su prometido fuera uno de ellos, ni que ese recinto fuera el elegido para la cita con un sujeto que llevaba una acusación bajo el brazo que podía hacer tambalear el futuro de Isabel.

—Yo…

Cuánto era lo que ella deseaba decirle, pero no era el momento indicado, en cualquier segundo ambos serían sorprendidos.

—Detente. —Le tomó la mano—. Estoy esperando a alguien que vendrá de un momento a otro.

Un miedo aterrador teñía el hermoso y níveo rostro de la joven.

—Lo sé. Nadie nos molestará.

—¿Qué sabes?

—Isabel, supe cuando te conocí que eras diferente. Lo demuestra la manera en que te mueves y cómo eres. Quien no lo note no te conoce lo suficiente. La última noche que estuvimos juntos confié en ti porque sabía que me entenderías y estaba seguro de que, si en algún momento debieras actuar ante circunstancias similares, lo harías del mismo modo que yo.

La confusión de Isabel era absoluta, no podía dejar de sentirse embrujada por ese hombre que con tono dulce le decía palabras hermosas.

—No me sorprendió saber lo que hiciste.

—¿A qué te refieres? —replicó sonrojada.

—Con Federico nos conocemos hace tiempo. Ambos tenemos tareas semejantes, aunque para países distintos.

En esa instancia del conflicto, Italia formaba parte del Eje y cumplía a rajatabla los mandatos del Führer, muy a pesar de las convicciones de De Luca. Dentro de la política, y en especial de la diplomacia, se tejía un entramado complicado y difícil de descifrar. De acuerdo a los avances de la guerra, las conspiraciones eran moneda corriente.

—Cuando supe que vendría hacia Berlín, le advertí de ti.

Necesitaba saber cómo estabas, porque desconocía si podría volver. De ese modo sabría si algo te sucedía —

confesó con una tierna sonrisa—. No he podido apartarte de mi mente. Cuando me comentó la osadía que fuiste capaz de hacer, descubrí el motivo por el que me tienes así.

Colocar el formulario con los datos de aquella joven dentro de la carpeta para conseguir la visa de un funcionario que

no conocías debe haber sido muy complicado para ti. Te conozco más de lo piensas. No me mires así, es un gran amigo que ha colaborado con otros envíos de refugiados.

Puedo asegurarte que no dirá nada.

La expresión en el rostro de Isabel era una mezcla de alivio por lo que acababa de enterarse y de una admiración hacia él, que lo convertía en único, especial. Sin dudas aquella complicidad los unía por encima de todo.

—Dime, por favor, que no le sucederá nada a Ana.

—Ya me encargué de que se gestione todo para que ella pueda salir de aquí. Federico apaña lo que hago; por eso no debes preocuparte.

El cuerpo de Isabel se aflojó luego de todas las tensiones acumuladas desde que se había cruzado con Sara. Ella no salía de su asombro al comprender que Mateo se había preocupado tanto como para salvarle el cuello. Dio unos pasos hacia adelante y se aferró a él en un fuerte abrazo.

Quizás la vergüenza por lanzarse así hizo que escondiera la cabeza en el fuerte pecho de él.

—Shh, no debes agradecérmelo —le resopló en el oído—.

Por ti haría cualquier cosa.

En ese instante él se separó de ella para contemplarla.

Era la mujer más bonita que había visto y la fragilidad que mostraba al saber que no era merecedora de ser amada lo enloquecía. Comprendía que había un solo culpable para eso y estaba en la fiesta departiendo con personas que le pudiesen brindar algún beneficio sin dejar de pavonearse.

De Luca creía ver algo más en ese hombre, algo que escondía muy bien y que le impedía al resto adivinar quién era de verdad. Por otro lado, ella aún no había descubierto el tipo de calaña que era su prometido; esperaba que pronto lo hiciera.

—Mateo, ha llegado mi prometido a la ciudad y está conmigo.

Ella no pudo descifrar la mirada que él le lanzó, como si quisiera decirle algo más y se abstuviera de hacerlo.

—¿Qué sucede?

—Él no te merece.

De Luca la atrajo hacia sí y la besó como si el mundo se acabase en segundos. Le lamió los labios y se adentró en el interior de esa boca que se había transformado en su perdición. Con los dedos le recorrió toda la espalda. Sentía cómo el cuerpo de ella reaccionaba a sus caricias.

—La última vez que nos vimos te dije que esperaba que me desearas tanto como yo volver a verte y estar contigo,

¿qué me dices?

Ella se había entregado en un beso exigente y codicioso, mostrándose más receptiva que la otra vez que habían estado juntos.

—No sé qué me pasa. En este tiempo no he podido quitarte de mi cabeza, juro que lo intenté, pero no lo he logrado.

—Me gusta eso. —Sonrió—. No intentes negar lo que nos sucede.

—Es que estoy comprometida; esto no puede seguir.

—Tienes razón en decir que esto no puede seguir, pero no respecto a nosotros, sino a lo que mantienes con él. No luches contra esto que tenemos —susurró acariciándola con la mirada—. Te repito que él no te merece y espero que pronto lo compruebes.

Ella se quedó de una pieza ante la firme convicción en los dichos de Mateo. Un lejano murmullo se hizo más perceptible y la voz de Hans resaltó por encima de la íntima conversación que mantenían.

—¿No has visto a la señorita Quevedo? —Se escuchó desde el exterior.

—Es él —aseguró Isabel hecha un manojo de nervios.

—Tranquila, que nada va a sucederte. Ocúltate aquí hasta que él se vaya. Yo saldré y te dejaré tiempo para que lo hagas después.

—Temo por ti.

—No, Isabel —dijo con una amplia sonrisa—, yo no le tengo miedo y

menos a los de su calaña.

Otra vez, se hacía eco de lo dicho minutos antes con una certeza que abrumaba.

—No podré despedirme de ti esta noche.

—Me estoy quedando en el hotel Savoy. Si me necesitas para lo que sea, puedes encontrarme allí.

—Gracias.

Ella lo tendría en cuenta. Aunque esperaba que no surgieran problemas con Sara, estaba convencida de que él los solucionaría.

—¿Volveré a verte? —susurró angustiada.

Permanecer a su lado le nublaba la razón. Justamente, si hubiera actuado con juicio, habría huido de ese despacho para no volver a verlo, pero no estaba dispuesta a perderlo.

Le hablaba el corazón y desoía los preceptos familiares sin evaluar las consecuencias que le arrastraría estar junto a Mateo.

—¿Tú qué crees? Eres a lo único que a lo que no pienso renunciar. —Volvió a besarla—. Ve, ocúltate. —Señaló un sitio con la cabeza no sin antes darle otro beso.

El chasquido de la puerta resonó en el interior de la amplia y suntuosa biblioteca. Hans asomó con autoridad al recinto y vio a De Luca yendo hacia a él.

—Creía que podía estar mi prometida aquí.

—¿Con tanta facilidad suele perderla?

—¿Cómo dice? —comentó al ingresar al recinto.

—Lo que escuchó.

—¿Sabe quién soy yo?

—No, pero yo soy Mateo de Luca y debo atender unos asuntos. Si me acompaña… —Hizo un gesto con la mano—.

Aquí no va a encontrar lo que busca.

El eco de las pisadas se amortiguó con el sonido de la puerta al cerrarse. Detrás de un pesado y amplio cortinado, se encontraba Isabel sin dar crédito a lo que había escuchado, y menos aún a lo vivido con Mateo minutos antes.

Isabel ingresó al amplio salón en medio de los mozos y de los invitados. Intentó buscar a De Luca, pero parecía haber desaparecido.

—Al fin te veo.

—¡Úrsula! —Se sorprendió—. No sé cómo haces, pero siempre asomas de repente.

—Tu prometido estaba buscándote; mira, ahí lo tienes.

—¿Me puedes decir dónde estabas? —preguntó ignorando a Úrsula—. Debes quedarte donde pueda verte; lo que menos deseo es que te transformes en un nuevo problema.

—Estaba en el servicio.

—Yo estuve allí, pero no te he visto —respondió Úrsula, solícita con Hans.

—Luego me quedé conversando con otra invitada. Trabajo aquí, Hans, es normal que me encuentre con conocidos, no puedo hacerme la indiferente si debo verla al día siguiente.

No sabía cómo Hans se las arreglaba ni qué percepción tenía, pero observaba cada gesto que hacía para controlar y analizar su comportamiento de modo minucioso.

—Me pediste que te dejara para hacer los contactos que necesitabas —completó desconociendo de dónde había salido la impronta para contestarle de ese modo.

—Está bien, en un rato deberemos retirarnos. Pronto esta velada llegará a su fin.

Los acontecimientos sociales no solían extenderse más de dos

horas,

tiempo

suficiente

para

confraternizar,

relacionarse y estrechar vínculos. En ese preciso momento pasó el camarero con una bandeja de copas vacías, salvo una; Isabel se apuró a tomarla y la bebió de golpe.

—¿Qué sucede?

—Nada —replicó—, ¿por qué?

—Deberías estar tranquila, ya que te encuentras rodeada de tus compañeros y en tu ámbito.

—Lo estoy.

—Pues no parece. Voy por una copa.

La tranquilidad que ella sintió al ver a Hans irse de su lado se contrapuso con el comentario que le haría Úrsula minutos después.

—¿No será que te has encontrado con aquel amigo?

—¿De quién hablas?

—Isabel, que no quieras contarme no significa que yo sea tonta. Como sabes, ando atenta a lo que sucede alrededor y, desde que llegaste a la ciudad, te transformaste en una gran incógnita por cómo te mueves y por lo que haces.

Estaba convencida de que no lograrías amoldarte a esta ciudad ni al ritmo de la embajada.

—Creí que podía considerarte una amiga.

—Eso también, pero solo si lograras confiar en mí.

En ese preciso instante y en compañía del embajador, se acercaba Mateo hacia ella.

—No logré verlo aquella vez, pero diría que ese joven que se acerca hacia aquí es él.

Isabel estaba harta del permanente y acuciante parloteo de Úrsula. Detestaba las personas fisgonas, y su compañera era una fiel

exponente. Lo que menos deseaba era que con esos comentarios complicara más las cosas. Cuando sintió la mano de Hans desplazarse por su cintura para atraerla hacia él, Isabel bajó la mirada al piso sin poder conectar con

De Luca, que acababa de arribar al pequeño círculo que formaban con Úrsula y con Hans. Una mezcla de vergüenza y culpa se habían apoderado de su cuerpo.

—Señoritas —dijo el embajador—, espero que, a pesar de los momentos que nos toca vivir, estén a la altura de las circunstancias.

—Por supuesto —se adelantó Úrsula al responder siempre tan bien dispuesta.

—Fischer, lo veo muy bien acompañado.

La tensión en el rostro de De Luca era elocuente. No soportaba que alguien rozara a Isabel, peor aún si esas manos pertenecían a Hans Fischer. Un huracán de emociones y sentimientos estaban a punto de desatarse dentro de él.

—Sí, es mi prometida.

—Y ha venido a acompañarla.

—Lo habría hecho antes si mis actividades me lo hubieran permitido.

Fischer no dejaba de observar a De Luca ni el modo en que contemplaba a Isabel.

—¿Usted trabaja en esta embajada?

—No en esta, sino en la italiana —respondió De Luca.

—Pero está acá y nos unen estrechos vínculos con la tierra italiana —agregó el embajador, condescendiente.

De Luca no supo apreciar el cumplido del embajador porque estaba ensimismado con Isabel y con la mano Fischer que se desplazaba por los mismos lugares que la suya, minutos antes.

—Por supuesto.

—Si me permiten —agregó al retirarse—, debo saludar a otros invitados.

La tensión que se vivía era absoluta; el cruce de miradas y las palabras no dichas acrecentaban la pesadez del ambiente.

—¿Se quedará mucho tiempo? —preguntó Hans al besar en la cabeza a Isabel.

Fischer notaba su prometida estaba tiesa y buscaba confirmar el motivo.

—El suficiente hasta que finalice lo que he venido a hacer

—contestó sin dejar contemplar a Isabel.

—Espero que sea cuanto antes.

—Lo mismo digo, ansío que todo esto termine cuanto antes —replicó.

Ante el intercambio entre los hombres, Úrsula se mantuvo con la boca cerrada. Intuía que cada frase que se decía contaba con alguna connotación extra y creía que estaba en lo cierto: De Luca era el motivo de esa contienda verbal.

Isabel nunca había notado a Hans obrar de ese modo tan cariñoso y posesivo. Durante mucho tiempo había pretendido que él fuese más demostrativo; sin embargo, era su personalidad y lo aceptaba así. En ese momento detestaba que fuera la presencia de Mateo lo que lo hiciera obrar de ese modo. La culpa que experimentaba Isabel por sentir algo prohibido por De Luca le impedía enojarse con Hans a pesar de la actitud.

—Querida, es mejor que nos vayamos. Quiero tenerte caliente en mi cama.

—Hans, por favor —replicó intentado poner una distancia que la fuerza de Hans le impidió.

—Por favor, ¿qué? —La tomó de mal modo por el brazo.

—Suéltame.

—Te dijo que la sueltes —intervino De Luca—. No respondo si no lo haces ahora.

—¿Quién crees que eres para indicarme cómo tratar a mi prometida?

Unos pocos pasos los separaban para que se desatara una pelea feroz entre ambos. De Luca los acababa de dar y se detuvo al escuchar una

voz conocida.

—De Luca, al fin te encuentro. —Se acercó Federico Estrada—. Nos esperan allí unos invitados que quieren hablar contigo antes de que esto termine, y parece que será pronto.

Él clavó la mirada en Isabel, no necesitaba decirle nada más que lo dicho en la biblioteca. No quería ponerla más incómoda de lo que estaba ni armar un escándalo en el que la única perjudicada sería Isabel. Entendía que, por mucho que pudiera hacer, solo ella podía tomar una decisión correcta. Él estaría alerta si sucedía. Se fue de allí murmurando por lo bajo.

—Estás loco si piensas pelearte a las trompadas con su prometido, porque es eso lo que es, mal que te pese —

murmuró Estrada camino a la mesa de bebidas buscando alejarlo de Fischer.

—Cállate, si no quieres que regrese a romperle la cara a ese sujeto.

—Necesitas una copa.

—¡Mierda! La necesito a ella.

—Vamos.

El susurro de las conversaciones de los invitados se diluyó a medida que se retiraban. Las copas vacías y las bandejas de plata desiertas de comida eran el vestigio de la celebración en la sede diplomática. Para algunos ese encuentro había servido para reavivar vínculos, hacer negocios a pesar de la guerra, o mejor dicho a raíz del conflicto armado. Para otros se había transformado en una noche para el olvido. Isabel se había retirado de la mano de Hans en un absoluto silencio. Ni siquiera Úrsula se despidió de ella. El enojo y la frustración de Hans se notaba a cada paso que daba. Le apretaba los dedos a Isabel, quien desconocía qué sucedería cuando arribasen al apartamento.

—¿Quién crees que eres para dejarme mal frente a sujetos como ese De Luca?

—Hans, por favor, no lo tomes así.

—No te atrevas a contradecirme.

—Cálmate, por favor.

—Ni siquiera sirves para calentar la cama —le recriminó antes de llegar a la puerta de entrada al edificio. Antes de soltarla, le espetó—: No me esperes.

Una sensación de alivio la cubrió cuando lo vio alejarse de allí. Era tal el miedo que le corría por las venas que no había logrado derramar alguna lágrima. A pesar del estado en que se encontraba, pudo percibir algo más sin poder descifrar qué era. En ese instante giró para saber si había alguien más allí. Observó que Úrsula aparecía por la senda de ingreso al edificio.

—No es necesario que me digas nada, creo que nos vendría bien una copa. No tienes que revelar nada ni decir algo que te comprometa, solo te pido que bebamos sin confesiones. Emborracharnos quizás sea lo que necesitamos para comenzar a entendernos.

Isabel la miró sorprendida y, esta vez, le haría caso. No quería estar sola en su apartamento y comprendía que por unas horas Hans no volvería. Estaba segura de que él se habría ido a beber a algún bar de la zona. Atravesó la puerta arropada en esa extraña sensación que había tenido minutos antes. Ella no pudo ver cómo unos ojos miel la contemplaban, sabiendo que no la acompañaba su prometido, comprendiendo que lo que necesitaba era estar con alguien, pero él no sería la persona correcta. No quería abrumarla más de lo que estaba. Ahora podía irse tranquilo y hacer lo mismo que Isabel, pero en compañía de su amigo Federico Estrada.

La jornada en la embajada era tranquila y apacible. Cada uno de los funcionarios trabajaba en los puestos bajo una cadencia diferente. Sin dudas la noche anterior había causado estragos en varios de ellos. Isabel no era la

excepción. La primera imagen que vio no bien despertó era a Úrsula ebria, tirada en el incómodo sillón. A pesar de todo, agradecía que se hubiera quedado. Al menos esa noche, Hans no había aparecido. Estaba convencida de que él se había refugiado con sus padres y no quería saber la nefasta opinión que a estas alturas la familia Fischer tendría de ella.

Acababa de realizar una traducción y, cuando creyó que tendría un momento de quietud en el despacho, asomó Úrsula con su habitual desparpajo, aunque en el rostro se evidenciaban los rastros de una noche de embriaguez.

—Aquí tienes.

Isabel contempló un sobre blanco que acababa de depositar en el escritorio.

—Quizás sea de alguien especial.

—Úrsula, déjalo ya.

—Disculpa, lo acaban de traer de mesa de entradas.

—Gracias.

Había notado que estaba dirigido a ella y escrito en alemán. Al abrirlo y leer lo que contenía, sintió una ola de felicidad.

No sé cómo agradecer lo que ha hecho por nosotras.

Quisiera verla y despedirme antes de irme. La espero en el parque que está aquí cerca cuando usted salga del trabajo.

Mi eterno agradecimiento.

Sara

Isabel sintió alegría de haberle cumplido el deseo a Sara.

Quizás esas buenas noticias hicieron que el resto del día se le pasara volando. Saludó a unos pocos empleados que seguían allí y se encaminó hacia el lugar indicado.

La oscuridad de la noche se fundía en las largas sombras proyectadas por los árboles. El destello de la farola ubicada en la esquina resaltaba en medio de la penumbra. El kiosco ubicado al ingreso del parque acababa de cerrar. En medio de la oscuridad reinante, Isabel sabía que esa sería la última vez que vería a Sara. A esa altura, intuía que Ana estaba lejos de Berlín. Ana no se habría ido si no hubiera logrado la firme promesa de Sara de que viajaría con ella una vez que sus papeles estuvieran en regla. Suponía la desgarrada despedida que habrían tenido, aunque Ana desconocía que su madre nunca abandonaría el país, no porque no quisiera acompañarla y huir del calvario que implicaba vivir allí bajo el dominio del Reich, sino por saber que iba a ser más fácil obtener los papeles para una sola persona que para dos integrantes de la misma familia. Para ella nunca había estado en discusión esa posibilidad. De haberlo hecho tiempo

antes,

cuando

las

persecuciones

recién

comenzaban, la hubiera acompañado, pero desde que las restricciones eran mayores, las posibilidades habían disminuido. Restaba saber qué nuevo lugar encontraría Sara para esconderse y sobrevivir. A pesar del poco tiempo que hacía que se conocían, Sara había calado profundo en el corazón de Isabel. Quizás, porque ella se había transformado en el vivo testimonio de lo que sucedía a diario y que ni siquiera los propios alemanes intentaban justificar. A la distancia vislumbró la figura de una mujer que caminaba hacia ella. Notó que había levantado la mano como si Isabel no supiera quién se aproximaba. Ambas habían achicado la distancia; quedaban solo unos largos pasos para estrecharse en un fuerte y cálido abrazo que demostrara el afecto mutuo. La alegría que sintió antes de lanzarse a abrazarla disminuyó al ver que un carro de la policía alemana se apeaba contra el cordón y bajaban tres oficiales. Isabel notó cómo Sara se desviaba del camino y se

alejaba de Isabel; no había dudas de a quién iban a buscar.

Sin pensarlo, Isabel se apresuró para saber qué ocurría y se lanzó a correr hasta llegar a ella. Vio que le pedían la identificación y se intercambiaron algunas chanzas antes de arrestarla.

—¡No! —gritó Isabel; los oficiales giraron para verla.

En ese preciso instante observó que Sara hizo un tenue movimiento negativo de cabeza. No sabía si la habían descubierto o si era un mero control, pero una vez detenida acabarían con ella allí mismo o una vez que la trasladasen a algún campo de concentración.

—¿Qué hace aquí a esta hora del día?

Por el rostro de Sara, corrían lágrimas junto a la mímica de sus labios que le decía “gracias” a Isabel. Por más que quisiera, no podía hacer mucho, aunque se negaba a irse de allí. Si decía que la conocía, se sumaría al conflicto, la investigarían y quizás la ayuda brindada a Ana se echaba a perder. De suscitarse algún problema, Isabel podía hacer más fuerza desde fuera de la cárcel que si estaba detenida.

Comprendía que Sara pensaba lo mismo al ver la expresión en el rostro que le rogaba que se mantuviera fuera del entuerto.

—Voy a mi casa.

Con horror escuchó un intercambio entre los oficiales y el comentario de uno de ellos que ordenaba que la llevasen también. Isabel contaba con un minuto de gracia para accionar y hacer algo. En ese momento recordó las palabras de Mateo la noche que había estado en el apartamento, cuando le había explicado que trabajar en la embajada daba una protección que no había en otro lugar.

—Aquí tiene mi carnet de identificación diplomático; trabajo en la Embajada argentina.

Los oficiales cruzaron una mirada. Ninguno buscaba sumar conflictos con miembros de una embajada, menos con la Argentina, con la que los unían buenos lazos de cordialidad.

—Déjala, con Schwarz es suficiente —replicó mofándose uno de ellos.

Isabel no pudo moverse mientras Sara era conducida hasta el carro policial que la esperaba. Observó cómo, entre empujones y burlas, la ingresaban dentro del vehículo. Un llanto descontrolado la embargó ante la impotencia de no poder hacer más para sacarla de Berlín, y por el dolor que Ana tendría cuando supiese que su madre no se reuniría con ella. Estaba convencida de que el destino de Sara estaba sellado desde que había subido al vehículo policial. El único consuelo que le quedaba era saber que había cumplido el deseo de ella de poner a buen resguardo a Ana.

El camino de regreso lo hizo como pudo. Cada tanto se detenía porque no podía creer lo que acababa de suceder.

La culpa por no haber hecho algo más la estaba carcomiendo. Alcanzó la puerta de ingreso del edificio. Esa noche ni siquiera estaba Úrsula. Parecía raro que extrañara la molesta presencia de la joven compañera de trabajo. Sin ánimo, llegó a la puerta del apartamento. Necesitaba darse un baño para quitarse la angustia que llevaba encima.

Suponía que esta noche sería una de las tantas que pasaría en vela. Ante la oscuridad reinante, buscó el interruptor luego de cerrar la puerta.

—Te estaba esperando —dijo Hans con una copa de alcohol en la mano.

Quería creer que ese tono desapasionado al hablarle se debía a que había pensado lo sucedido la noche anterior y buscaba disculparse.

—Recién salgo del trabajo.

—¿Por qué me mientes?

—Estuve en la embajada.

—Fui a buscarte y no estabas. Dime dónde has estado.

Si había algo que no podía compartir con Hans, era con quién había estado. No se lo perdonaría, menos si se enteraba de que había estado a punto de ser arrestada.

—Mira el aspecto que llevas. No es el que tienes cuando trabajas, ¿o me equivoco?

—Ya te lo dije.

De repente, una ira incontrolable irrumpió en Fischer y lanzó la copa, que se hizo añicos contra la pared. Isabel no tuvo tiempo de prever la reacción de él. De haberla anticipado, hubiera huido de inmediato de allí.

—¡Eres una cualquiera! —exclamó antes de zamparle una bofetada que la hizo voltearse sin posibilidad de recuperase porque recibió otro golpe que le cruzó el rostro—. ¡Vamos, demuéstramelo!

Las manos de él deambularon por todo el cuerpo centrándose en los pechos para estrujarlos; la lastimaba.

Parecía que los gritos de Isabel eran afrodisiacos para el asqueroso avance de él. Esas manos fuertes descendieron de manera abrupta, igual que su miembro, que se adentró sin aviso y con violencia en su interior.

—¿Quién crees que eres para mentirme? —vociferaba con aliento a alcohol—. ¿Has estado con ese De Luca?

Isabel solo atinó a negarlo, aunque no sabía si eso era buena idea. Al ver la ira que le emanaba por el rostro y la tensión en los músculos del cuerpo, supo de inmediato que no había sido la contestación correcta. En realidad, no había alguna que pudiera satisfacerlo, ya que Hans quería quitarse de encima, y con ella, la inquina que le corría por las venas.

—¡No eres nadie sin mí! —gritó mientras la tomaba por el cuello para estamparla contra la pared una y otra vez—. No estarías aquí si no

fuera por mí.

Isabel buscaba por todos los medios zafar de las garras de él, pero era imposible debido a la determinación que mostraba Hans. En un segundo, Isabel se percató de que debía dejar de luchar con todas sus fuerzas, porque justamente la habían abandonado. El agarre que tenía en el cuello le estaba imposibilitando respirar. La imagen de él se le desdibujaba.

—Ni siquiera vales que te mate —se jactó—. ¿O crees que no soy capaz de hacerlo? ¿Necesitas que te diga las muertes que tengo en mi haber?

A Isabel le daba lo mismo, no soportaba un segundo más la falta de aire y caería a sus pies, se transformaría en una muerte más para él. Una bocanada de aire le ingresó por la lastimada garganta cuando él aflojó el agarre para estamparla por última vez contra la pared y salir de allí sin siquiera dar un golpazo a la puerta, como si toda la ira que tenía se hubiera ahuyentado en la golpiza a Isabel.

Ella se encontraba tirada en el piso en medio de una maraña de confusión, atontada por lo vivido, con las manos en el cuello intentando aflojar el dolor que sentía e intentando recuperar la respiración. A pesar del aturdimiento, sabía que debía huir de allí cuanto antes. No sabía dónde estaba Hans, pero estaba convencida de que volvería en cualquier momento y ya no dudaría en matarla.

Como pudo, se levantó del piso, notó que de la nariz manaba sangre, se limpió con la manga de la camisa desgarrada, o con lo que quedaba de ella. Se arropó con el abrigo como si pudiera entrar en calor, tomó la cartera que estaba tirada a un lado de la sala. El dolor y el miedo la atravesaban por completo. Poco le importaba lo que pudiera sucederle en la calle, necesitaba alejarse de allí de inmediato porque, si él regresaba, la buscaría por los distintos pisos hasta encontrarla para poner fin con lo que había comenzado. Cerca de la embajada había una parada

de taxis; esperaba que hubiera alguno para tomarlo y salir de allí. Cuando observó que había uno estacionado, creyó, por un instante, que la suerte no la había abandonado.

—¿Está bien?

Ella evitó mirarse en el espejo retrovisor, aunque la cara de espanto del conductor reflejaba el estado en que ella se encontraba.

—Sí, al Hotel Savoy.

—En el distrito de Charlottenburg —aseguró el conductor.

Ella hizo caso omiso a la indicación dada. Lo único que la mantenía cuerda era recordar a Mateo, la única persona en quien ella confiaba. Allí se alojaba. Necesitaba poner distancia cuanto antes de Fischer. En el trayecto no dejó de temblar, aún los fuertes golpes le retumbaban en la cabeza, le escocían y le rasgaban la piel como si él estuviera estampándola contra la pared una vez más. El toqueteo de esas manos que no dejaron de vagar por su cuerpo y la irrupción violenta en su interior le provocaban náuseas, asco y tormento. Era tanto el dolor y la vergüenza que llevaba encima que ni siquiera había derramado una lágrima. Todos sus sentidos estaban centrados en poner distancia de quien en algún momento se había transformado en su prometido. Con el ensimismamiento, perdió la dimensión del tiempo que llevaba a bordo de ese vehículo. El viaje había llegado a su fin; se dio cuenta al ver por el cristal de la ventana una amplia construcción edilicia.

Sacó un manojo de dinero y se lo entregó al conductor sin importar que se quedase con el resto. Lo único que necesitaba era alejarse del monstruo en quien se había convertido Fischer. Bajó y enfiló hasta la entrada del lugar.

En ese preciso instante, supo que se había vuelto a equivocar.

—Hans.

Alguien susurraba ese nombre, pero no era ella.

—Vamos a la habitación.

Isabel nunca imaginó que la sensación de asco y náuseas que la había embargado con lo sucedido con Hans en el apartamento podía incrementarse. Un fuerte vahído se le apoderó del cuerpo, que comenzó a temblar al tener enfrente, y a pocos metros de la entrada del hotel, a su prometido envuelto en las manos de una joven, una joven llamativa de cabellos oscuros que no dejaba de darle besos y jurarle su amor, una joven que podía ser cualquier otra –

que no le hubiera importado a Isabel–, salvo que se trababa de su propia hermana.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en cuanto la vio—. No tienes la dignidad de quedarte en el apartamento que ahora me has seguido. ¿Quieres que regrese para terminar con lo que empecé?

Isabel volvía a sentir el golpe asestado, en este caso, por la traición de Sonia. De él ya poco le importaba. Lo único que le provocaba era un miedo aterrador y no creía poder enfrentarlo en el estado en que se encontraba.

—¿Qué le pasó? —se interesó Sonia sin desprenderse de los brazos de Fischer.

—Se comportó como no debía y obtuvo su merecido.

—¿De verdad, hermanita?

Sonia no comprendía dónde había quedado su hermana menor, la perfecta, a la que todos le festejaban los logros.

Ahora se sentía poderosa al estar en los brazos de Hans observando el ocaso de Isabel. Según ella, se acababa de hacer justicia. En ese instante, Sonia creyó que había tomado la buena senda.

—Vete de aquí si no quieres que te recuerde el motivo por el que estás con esa cara.

Convulsionada por lo que veía, se quedó allí al ver cómo ambos desaparecían por el lobby del hotel y se perdían en el elevador que los llevaría a la habitación que compartían

desde que los dos habían arribado a Berlín. En medio de la consternación en la que estaba, unos brazos la tomaron por detrás. Apenas se sobresaltó al escuchar las palabras de la única persona que necesitaba en ese momento.

—Isabel.

De Luca se había apresurado y se había lanzado del vehículo que lo llevaba a su hotel al reconocer la imagen de Isabel frente a la puerta de ingreso. Intentó que se diera vuelta ante la tenue negativa de ella. Él buscaba decirle en la cara que debería estar tranquila y que él se ocuparía de todo, que lo que acababa de descubrir definía en cuerpo y alma la calaña de hombre que era Fischer. Cuando logró que se diera vuelta, se le heló la sangre. Nunca imaginó que se había equivocado en calificar solo como energúmeno a quien acababa de destrozar el rostro de Isabel. Debió frenar el fuerte impulso que estaba a punto de llevarlo a la habitación de Hans para molerlo a golpes hasta dejarlo reducido a una masa de huesos. Para eso debería esperar, no era el momento. Isabel necesitaba que la sacase de ese lugar cuanto antes. La envolvió en sus brazos y la condujo hasta el vehículo que lo acababa

de dejar en el Savoy para dirigirse a un lugar donde pudiera calmar las heridas de Isabel, aunque se le fuese la vida en lograrlo.

CAPÍTULO 17

Ni la opacidad del recinto ni la figura vestida de negro le impidieron saber a Gabrielle a quién tenía enfrente. El cabello castaño lo tenía enmarañado y una incipiente barba nacía sobre su masculina barbilla. No era el aspecto habitual que solía tener, aunque esa mirada grisácea que la desnudaba se mantenía intacta. A pesar de la conmoción que sentía por dentro, no le brotaba ninguna palabra que pudiera sintetizar lo que le sucedía en ese instante. Una serie de interrogantes colapsaron en su mente. Él habría venido a buscarla ¿para qué?, ¿entregarla quizás?, ¿por qué lo haría?, ¿qué hacía allí y cómo se había enterado?, ¿Marie había roto la promesa y había confesado dónde estaba?,

¿Simone lo había hecho? No podía considerar que algunos de esos interrogantes fuesen ciertos, entonces, ¿cómo Brandon había llegado a ella?

—Doy gracias a Dios de encontrarte con vida. Me cuesta creer que la hayas puesto en riesgo. —Intentaba contener los fuertes deseos por abrazarla—. Gabrielle, no dejé de buscarte, pero en los lugares equivocados. Me bastó con ver esa fotografía para saber quién estaba detrás de la cámara que había tomado esa imagen.

La confusión de Gabrielle era tal que le costaba comprender lo que decía Brandon.

—Nunca me haces caso, por más que haya intentado protegerte en París. —Flamas de fuego destellaban en la mirada de él—. Viví un infierno cuando decidiste abandonar la ciudad.

Debía frenar los fuertes deseos que tenía por devorarle la boca y confesarle lo que sentía por ella. Tenía que dejar a un lado las recriminaciones para aclarar las cosas, ya no podía dilatar más ese momento.

—Desde que volvimos a vernos, has querido saber qué sucedió entre nosotros y el motivo de mi comportamiento.

—No entiendo qué haces aquí, pero para eso ya es tarde.

En medio de la conmoción que significaba para ella tenerlo frente a sí y escucharlo, percibió que él estaba nervioso. Como si hubiera algo que pudiera calmarlo, extrajo del bolsillo del pantalón un pequeño cilindro plateado. Gabrielle desvió la vista a esa mano que no dejaba

de moverse con un carrete fotográfico.

—Es mi amuleto —concluyó él para disipar las dudas que asomaban por el rostro de ella—. Lo llevo conmigo desde el día en que se te cayó aquella tarde que me encontraste con mi padre en mi oficina.

Cómo olvidar aquel día que creyó que su mundo acababa de colapsar al ver a Brandon junto a su padre hablando de los negocios y, en especial, de una mujer. Recordaba haber salido de allí y en su huida haber perdido un rollo como el que Brandon tenía en la mano. Gabrielle evitó perderse en ese detalle que no haría más que confundirla y volvió a centrase en él.

—Llegó el momento de que sepas mi verdad. Si una vez que la oigas decides que es tarde, te ayudaré a escapar, pero no antes de que me escuches. Es lo único que te pido.

No fue el pedido, sino el tono lo que hizo que Gabrielle no dudara en escuchar todo lo que tenía él para decirle.

—Mi infierno comenzó cuando abandoné tu habitación aquella noche en que te aseguré que me alejaría de ti y de mi familia para poder comenzar de nuevo para tener una posibilidad estar juntos.

En medio de la tiniebla que flotaba en el ambiente, ella se dejó llevar por los recuerdos, aunque fuese la última vez que lo haría, y se centró en los dichos de él. El modo en que le hablaba y la manera en que la miraba la hicieron retroceder a aquel momento en que creía que con él todo sería posible.

—Lo único que tenía claro era que no podía estar al lado de mi padre. Nunca le perdonaría lo que le hizo a tu madre.

Tampoco fue capaz de reconocer el hecho. Fue duro para mí saber que ese padre al que yo admiraba se había transformado en un monstruo. Recuerdo la discusión en el despacho de la casa de mi familia con tu padre, que había venido a decirle que no permitiría que él te dañara como lo había hecho con Annette. En aquel instante, me cerraron las actitudes de tu familia conmigo y supe que debía hacer algo. Sin embargo, ese solo fue comienzo del fin.

»Abandoné la casa familiar para no volver nunca más, pretendía hacer mi propio camino para ser alguien y tener algo para ofrecerte. Pero no siempre las cosas suceden como uno desea. Al poco tiempo de haberme alejado y cuando creía que podía avizorar un nuevo comienzo, recibí la visita de mi madre. Solo a ella le había confesado

dónde estaría, por si necesitaba algo. No quería que mi decisión de abandonar todo la complicara más. Me equivoqué, porque desde que me fui él la hizo pasar por un tormento, aunque eso a ella ya no le importaba porque se estaba muriendo. Y

me dijo que la única manera de morir en paz era contándome un secreto. Me confesó que no dudó de que lo de tu madre fuese verdad porque con ella mi padre había actuado del mismo modo en varias oportunidades. No te

imaginas el odio que corría por mis venas. No solo por lo que fue capaz de hacer, sino por negarme la posibilidad de estar contigo, que era lo único que deseaba. Mi madre también dudaba de los negocios en los que él estaba involucrado. En los últimos momentos de vida, le juré que haría justicia con todo el daño que mi padre había hecho y que no cesaría hasta acabarlo, no solo por ella, sino por nosotros. Hasta que no lo hiciera, no podría estar contigo; debía ponerle fin a todo lo que estaba realizando.

»Investigué los turbios negocios en los que él estaba involucrado. El tráfico de armas era uno de ellos, pero el problema ya no era la actividad que desarrollaba, sino con quién comerciaba. Se vendió al mejor postor, y los alemanes pagaban muy bien. A partir de ese momento, me preocupé por destruirlo, por ti, por el dolor causado a los tuyos y por haber matado en vida a mi madre. Cada paso que yo daba lo hacía pensando en ti sabiendo que, cuando todo acabara, nosotros podríamos estar juntos.

La conmoción de Gabrielle era absoluta. Nunca habría imaginado que, tras los pasos de Brandon, se pudiera esconder semejante confesión, aunque había tantos espacios blancos por completar que solo pudo seguir escuchando para saber hasta dónde él había llegado.

—La creación de la agencia fue el único respiro que tuve para continuar con lo que tenía diagramado hacer. No podía hacerte partícipe de mis planes, porque no quería involucrarte más. Fue por eso que, cuando me acerqué a él para estar más próximo a sus negocios, le dejé en claro que nada tenía que ver contigo. Eso fue lo único que lo convenció de que estaba de su lado; él me conocía y sabía que estaba enamorado de ti. A pesar de asegurarle eso, nunca dejé de saber de ti, como te prometí aquella noche en que me despedí. Para lograrlo, me mantuve en contacto con Orson e hice valer mi apellido.

Brandon hizo una mueca que no le pasó desapercibida a Gabrielle. Él

siempre se había jactado de no alardear de la importancia que, para muchos, tenía llamarse Dubois. Su padre lo hacía de modo permanente. Cuando Gabrielle lo conoció, había valorado esa actitud. Sin embargo, por ella Brandon había hecho una excepción y había actuado de un modo que detestaba.

—Él me prometió que no te diría nada y que me mantendría al tanto de tus avances. Cada buena noticia que tenía de ti era un aliciente para seguir adelante y poder acabar con todo cuanto antes.

Cada confesión era una estocada en el centro del corazón de Gabrielle. Daba gracias a la penumbra de poder derramar las lágrimas por lo que había perdido.

—Cada tanto recordaba que te había sugerido que te especializaras en fotografía y entendí que había surtido efecto el consejo al saber que habías comenzado en la escuela de arte. Aunque había algo que te faltaba para comenzar aquel curso.

—¿Te refieres a…?

Gabrielle no pudo terminar la frase. Aquella loca idea de que él hubiera tenido algo que ver con la cámara la había rondado, pero la había desechado poco después.

—Tu cumpleaños era una buena fecha para que tuvieras una Baby, así que se la entregué a Orson y le pedí que te la diera. No solo lo hice por ti, no soy tan generoso como crees, lo hice porque soy un hombre egoísta. Ese regalo era una buena manera de que tuvieras algo mío que te acompañase por siempre, para que te aferraras a ella cuando te sintieras sola. Parece que no me equivoqué.

Gabrielle repasaba lo que había significado ese obsequio para ella. La felicidad que había sentido y el modo en que se había refugiado en su Baby para seguir adelante habían sido

determinantes en aquella etapa de gran soledad y desconcierto. La fotografía era parte de su vida y él lo sabía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No era el momento, aunque me moría por hacerlo.

Sabía que tenía que esperar porque todo se estaba complicando. Los negocios en la empresa tomaban un cariz más turbio a medida que los meses pasaban. La cuestión política se tornaba más acuciante. Mi

padre no dejaba de alardear de los vínculos nazis que tenía y con los que comerciaba para alimentar las arcas propias.

—Pero eres parte de eso.

—Busqué que pareciera eso, pero estoy muy lejos de compartir los principios ni los ideales de ellos.

Ella temía preguntar algo cuya respuesta podría no agradarle, pero hacía tiempo que necesitaba saberlo, y disparó:

—¿Y Heidi?

Una amplia sonrisa se dibujó en ese rostro que ella seguía amando. A él no le causaba gracia la pregunta, sino saber que a Gabrielle aún le preocupaba saber el vínculo que lo unía a otra mujer. Si era así, él vislumbraba una posibilidad con ella.

—Ella es un nexo con algunas autoridades nazis, se mueve como nadie en los círculos alemanes. Su familia está con el régimen y desde siempre adoran, respetan y son leales a la figura de Hitler. Tenerla de nuestro lado es un beneficio para la empresa. Eso es lo que piensa mi padre.

—Entonces…

—Ella no es nadie ni significa nada para mí.

—No lo parece.

Cada vez que se había cruzado con la joven, la mirada que lanzaba al verla y la actitud que tenía con Brandon hablaba de un interés de Heidi por encima de cualquier

conveniencia política o económica. Eso dejaba claro lo que sentía la joven, pero desconocía si Brandon era consciente de eso.

—Ella sabe cómo son las cosas y que entre nosotros hay una amistad basada en la conveniencia de ambos. Ella cree, igual que mi padre, que ese interés por la causa nazi nos unirá por siempre. Se equivocan ambos.

—No entiendo; si actúas como ellos y avalas el régimen nazi, está claro que eso los unirá por siempre y te alejará de otros.

Con el tiempo, ella se había dado cuenta de en qué lugar quería estar y, según los dichos de él, Gabrielle estaba ubicada al otro lado de

Brandon.

—¿Es eso lo que crees?

Brandon se había acercado sin dejar de clavar su mirada en ella. Una mirada que hablaba de varias verdades por revelar y de una furia contenida por saber que ella lo creía capaz de actuar como un simple colaboracionista.

—Siempre supe que eras la persona que mejor me conocía y sin dudas eres la única en quien confío.

—Eso ha sido en el pasado.

Gabrielle negaba con la cabeza porque no deseaba caer, una vez más, en las redes de él.

—Y por ese pasado del que tanto hablas, no puedes pensar que yo esté en consonancia con mi padre ni con los nazis.

—Entonces… —replicó ahogada pensando en una posibilidad que cambiaría todo.

—Me uní a la Resistencia poco después de que el conflicto armado se desatara y de que De Gaulle nos llamara a combatir contra los nazis. La cercanía con ellos, a través de los negocios familiares, me fue posicionando mejor en la

cadena de mando dentro de la organización. Aunque esto no estaba en mis planes y retrasó poder estar contigo antes.

—Entonces perteneces a la Resistencia —replicó como una autómata.

—Sí, es un modo de cumplir con lo que deseo. Por un lado, seguir con mis ideales y destruir lo poco que queda de mi padre. Solo así podremos estar juntos sin que nada ni nadie se interponga entre nosotros y que los fantasmas del pasado se vayan de una buena vez. Tener la agencia fue el remanso en medio de tanta locura.

Haber fundado la agencia había sido el modo para comenzar de cero y poder tener un futuro para ofrecerle a Gabrielle, pero nada había salido como él lo había soñado y, una vez más, su familia lo volvía a alejar de lo que tanto amaba.

—¿Y Bernard estaba al tanto de todo esto?

—No, en la única persona en que confío eres tú y no podía decírtelo,

aunque quisiera involucrarte. Todo se fue complicando y, cuando supe que te habías ido, me desesperé. No sabía qué hacer contigo. Yo me puedo enfrentar a lo que sea, pero, cuando algo te sucede a ti, me pierdo y no sé cómo continuar. Te busqué en la casa de Marie, pero su madre no estaba dispuesta a hablar. Averigüé hacia dónde había partido el contingente del que ella formaba parte. Saber que podías estar en Vichy me dio esperanza para encontrarte, porque no me detendría hasta hallarte. Puse a mis contactos a buscarte, hasta llegar a Simone.

—¿Cómo lograste convencer a Ivo de que me traiga hasta aquí?

—Gabrielle, soy uno de los que comanda la organización.

Estamos separados en células; no se conocen las identidades para resguardarnos unos de otros y evitar que

las redadas que hacen las autoridades involucren a toda la organización. Las cabezas de los grupos nos movemos con un alias, y así nos protegemos no solo nosotros, sino al resto de los compañeros, que, de todos modos, saben los alias de los jefes. La seguridad nos obliga a actuar en secreto.

A Gabrielle le costaba asimilar lo que él le decía, ya que cambiaba la perspectiva que tenía.

—¿Y a ti cómo te conocen?

—Te causaría gracia saber cuáles son los nombres elegidos; algunos refieren a personajes de fábula; otros, a poetas. En mi caso, dejé que el apodo siguiera siendo el mismo que los pocos que me conocen usaban para referirse a mí. La Sombra me decían, porque poco se sabe de mí y mis apariciones eran breves, fugaces y repentinas, ya que estoy muy poco en un lugar. Mis obligaciones con la empresa y la fachada que debo proteger hacen que no pueda permanecer demasiado tiempo. Estar allí, en contacto con los alemanes, me permite adelantarme a los hechos y, con la información obtenida, actuar en consecuencia.

Brandon no entraría en detalles respecto a las operaciones que la Resistencia hacía en función de la información brindada por él. Aún su padre se preguntaba qué era lo que había sucedido con aquel embarque de armas que había sido asaltado por los rebeldes. Eso lo había complicado a Aaron Dubois con sus clientes y no sabía por dónde se había filtrado la información de las armas. El resto de la actividad que la Resistencia llevaba a cabo era entregar datos de inteligencia a los Aliados o ayudar a escapar a los prisioneros de

guerra, mientras que, en la zona libre, se colaboraba con la propaganda y contra el colaboracionismo de Vichy.

—Supongo que habrá más preguntas que querrás hacerme, pero para eso habrá tiempo si aún crees que hay una posibilidad entre nosotros. —Rozó su pulgar por la acalorada mejilla y notó el temblor que le provocaba el mero roce—. Yo nunca dejé de amarte. Ver cómo te alejabas creyendo lo peor de mí me enloquecía. Saberte lejos me mantenía con la ilusión de verte y poder arreglar las cosas contigo, pero todo cambió cuando apareciste en la agencia.

En ese instante, supe que no podría dejarte ir, aunque hubiese sido lo más sensato para no involucrarte en esta etapa de mi vida. Debo terminar con lo que he empezado, pero no tengo vida sin ti. Tenerte ahora sería un riesgo que me quema por dentro, pero no aguanto más. Te necesito, Gabrielle.

La angustia por no tenerla en este tiempo, la espera durante los últimos años sostenida por la ilusión de que podrían estar juntos y los fuertes deseos por confesarle todo y abrirle el corazón se habían materializado en ese instante.

Ya nada quedaba de él, solo aguardar que ella siguiera sintiendo el mismo amor que a él le quemaba el pecho.

Necesitaba escuchar de su boca que lo amaba con la misma intensidad que antes. Que ningún otro hombre la hacía dudar del sentimiento por él. Si así fuera, si existiera alguien más, se marcharía, la dejaría para que fuese feliz. Al menos que Gabrielle lo fuera, porque su felicidad estaba condenada a la de ella.

—Hace tiempo que buscaba que me dijeras esto, aunque no hay nada que me digas que me imposibilite seguir amándote. Nunca dejé de hacerlo, a pesar de tu actitud, porque nunca logré sacarte de mi corazón, siempre estuviste aquí dentro —dijo y deslizó la mano hacia el pecho a la vez que las lágrimas no dejaban de rodarle por las mejillas—. Por más que haya intentado hacerlo por todos los medios posibles.

Con las manos, él la rodeó y le secó con la boca cada lágrima derramada, mientras ella se aferraba a él con la desesperación de que ese ansiado momento pudiera desaparecer. Brandon rozó con sus labios los trémulos de ella y los lamió embriagándose de su sabor. Necesitaba saborearla y volver a sentirla porque, desde que se había alejado de ella, él se encontraba anestesiado. Hurgó en esa boca y las

lenguas se trenzaron en una danza de pasión y lujuria. Él no fue cuidadoso al besarla, sino desenfrenado y lascivo en tanto intentaba despertar cada uno de los sentidos de ella. Los gemidos de Gabrielle comenzaron con las caricias que él había iniciado al recorrer ese cuerpo que conocía a la perfección. Cuánto había añorado tenerla de ese modo. Descendió con los labios por el cuello para beber cada pulgada de su piel y saborear cada rincón. Los pechos enhiestos rogaban ser lamidos y acariciados por esa boca que no dejaba de brindarle placer. Se quedó allí mientras besaba, mordía y succionaba hasta tomarla por la cintura y llevarla sobre la única mesa de madera ubicada en el centro de la estancia. El fulgor de las velas centelleaba sobre el cuerpo desnudo de Gabrielle que lo aguardaba a él. Sus dedos descendieron hacia su centro y una serie de espasmos cobraron vida dentro de ella. Sin dejar que se recuperase, la boca de Brandon descendió hasta alcanzar la humedad de ella y hurgar allí. Aferrada a los cabellos de él, Gabrielle se dejó llevar por las maravillas que él hacía con esa boca. Un profundo estremecimiento le cruzó todo el cuerpo, hasta que creyó que el cuerpo le estallaría en mil pedazos, porque él la estaba devorando con toda la pasión que lo consumía por dentro. Un fuerte gemido fue acompañado por la convulsión que le provocó ese orgasmo.

Él se incorporó para verla extasiada por aquello que le había brindado.

—Te amo, siempre ha sido así a pesar de todo —le susurró al oído—. Necesito estar dentro de ti.

Ella se fundió en un beso que hablaba del profundo sentimiento que siempre la había unido a él y que conservaría sin importar lo que pudiera ocurrir a partir de ese momento.

—Te amo —aseguró Gabrielle.

Con las manos tomadas por encima de la cabeza de ella y sin dejar de mirarse, en medio de la penumbra del lugar, comenzaron las estocadas cada vez más intensas. A medida que avanzaban, la mente se le nublaba porque tenía el cuerpo ensamblado al de él en una unión por encima de todo, fundido con el de Brandon que se convulsionaba en un espasmo. En esa última mirada, antes de explotar, encontró todas respuestas que ella había buscado. El amor estaba ahí sin importar lo que pudiera suceder más adelante.

—Por siempre —susurró antes de que su cuerpo quedase laxo.

—No puedo creer estar así, lo vengo imaginando desde hace tiempo, aunque no lo hubiera soñado de este modo.

—¿Por qué?

—Porque esperaba estar contigo en otro lugar. —Miró alrededor y volvió a besarla—. Supongo que este tiene su encanto.

El sentido sagrado que para él tenía ese momento era el mismo que el de esa iglesia con los símbolos religiosos y libros sacros que la habitaban. La tenue luz de las velas no permitía ver más allá de sus cuerpos; el resto, fuera de ellos dos, se esfumaba en una pesada oscuridad.

—Eso creo.

En ese instante, ella recordó que alguien la había llevado hasta ese lugar.

—¿Ivo continuará afuera?

—No, tenía orden de irse no bien lograra que entraras.

—¿Estabas seguro de que me quedaría contigo?

—No, pero lo único que tenía claro era que haría lo impensado para que te quedases y me escuchases.

Gabrielle lo miraba extasiada porque esa seguridad que siempre lo había acompañado estaba allí, a pesar del nerviosismo inicial que había notado al verlo. Entendía que él hubiera hecho lo que fuera para ser escuchado y, en tal caso, torcer su decisión.

—Debo regresar a la pensión.

—Tienes razón, debemos irnos, pero no irás al Coeur Brave. Mientras yo esté en la ciudad, estaremos juntos.

Dime que lo deseas tanto como yo.

—¿En verdad necesitas que lo diga?

—Eso me gusta.

Él no tardó en recoger la ropa de ella para que se cubriera, mientras él hizo lo propio. No quería que alguien más los encontrase allí dentro, aunque a esa hora de la noche la soledad del lugar era absoluta.

—¿Estás lista?

—Sí. ¿Adónde vamos?

—A un lugar seguro, donde solo La Sombra pueda alcanzarte.

Volvió a besarla, la tomó de la mano para salir de allí y camuflarse entre los pastizales de la propiedad. No era la primera vez que lo hacía, conocía esa ciudad casi como París, aunque era la única vez que contaba con el aliciente de que nada malo podía suceder de la mano de ella.

—Por acá.

Ambos recorrieron los primeros traboules que asomaban en el camino. Esos callejones, galerías y patios internos que unían las diversas calles formaban el laberinto perfecto para escapar. Ese era uno de los secretos con que contaba la ciudad y otro de los motivos de que se hubiera trasformado en el lugar ideal para escabullirse de alguna redada. Las

autoridades no incursionaban por esos callejones que los llevarían a la libertad. En los confines de la ciudad, siguiendo hacia el este se alcanzaba Suiza, y Marsella o Toulon si enfilaban hacia al sudeste, lugares anhelados para alcanzar la tan ansiada libertad. Esas vías de escape habían sido las más usadas cuando se desmanteló una de las redes de la Resistencia.

Gabrielle iba tomada de la mano de él en silencio e intentando comprender cómo su vida había cambiado en un segundo. La oscuridad en las calles se fundía con el silencio circundante. Ingresaron por un callejón habitado por basura y algún roedor que se hacía un festín con la mugre circundante, hasta alcanzar un portón negro que parecía ser la fachada de una antigua fábrica que había dejado de funcionar tiempo atrás. Sin embargo, no entraron por allí, sino por una puerta pequeña camuflada como parte de la fachada exterior.

—Hemos llegado —mencionó Brandon al girar para cerciorarse de que ella estuviese bien.

Durante el trayecto había estado pendiente de que alguien no los siguiese.

—Estamos a salvo.

Caminaron por un pasillo largo que desembocaba en una puerta y a un costado confluía una escalera caracol.

Ascendieron por allí hasta la estancia que se había transformado en el refugio de Brandon durante el tiempo que pernoctaba en la ciudad. Él encendió una de las lámparas que iluminó parte del lugar.

—¿Se puede alumbrar?

—Lo suficiente. —Deslizó los dedos por un mechón de cabellos de ella —. Acá tenemos todo lo que necesitamos para estos días, aunque yo solo te necesito a ti.

—Me cuesta creer que volvamos a estar juntos. Tanto tiempo lo deseé.

—Y creías que no sería posible por mi culpa.

—Algo así.

—Ahora debo demostrarte que nunca tuve intenciones de dejarte y que cada momento que estaba sin ti era una completa tortura.

La desvistió con delicadeza y sin apremio. Disfrutaba ver cómo el cuerpo de ella reaccionaba estremeciéndose frente a sus caricias. La piel se le erizaba a medida que sus dedos la recorrían. Las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatas marcaban el deseo por él, y eso lo enloquecía más. Ella desconocía el poder que ejercía sobre él. Sin ella, él no existía, por ella vivía, aunque Gabrielle no lo supiera y tuviera ciertas dudas sobre Brandon.

La madrugada los encontró con los cuerpos extasiados por haberse amado sin límites. Esa noche él no quería cerrar los ojos, sino verla dormir y saber que estaba con él, que todo aquello que los distanciaba había quedado fuera.

Ella se había quedado dormida con la cabeza apoyada sobre el pecho de él, aunque en ese preciso instante se había incorporado para observarlo con los ojos somnolientos.

—Supongo que te acuerdas de mí.

Cuánto hacía que no escuchaba el sonido de aquella sonrisa.

—Hum, ¿debería?

—Yo creo que sí —replicó al darle un beso.

A pesar de lo sucedido en las últimas horas y el modo en que se habían amado, ciertas inseguridades flotaban en la mente de él.

—¿Qué significa Pierre en tu vida?

Gabrielle se incorporó apoyándose sobre un codo, se colocó al costado de él para tenerlo más cerca y observar su gesto de preocupación.

—¿En verdad después de lo que vivimos me preguntas eso?

—Necesito escucharlo de tu boca, ahora que dejamos a un lado algunas diferencias.

—¿Algunas? Creí que las habíamos zanjado todas.

—Tienes razón.

Sin embargo, el recuerdo de aquella tarde cuando ingresó al despacho en que estaba Gabrielle desolada, luego de haber recibido la visita de Leroy, lo torturaba. La conocía y comprendía que, si aquel joven no fuera importante para ella, no la habría encontrado en el estado en que estaba.

—Pocas veces te había visto con aquella preocupación y angustia que tenías esa tarde. Cuando me hablaste de él, me dijiste todo lo que había hecho por ti, y me culpaste por no haber llegado a algo más con él por los recuerdos que tenías de nosotros.

—Así fue.

—Recuerdo también que me dijiste que lo esperarías.

—Eso fue antes de que confesaras por todo lo que habías pasado.

—¿Y qué pasaría si él regresara? Porque me dijiste que lo esperarías.

—Deseo fervientemente que regrese, porque sé que no estaba preparado para enfrentar la guerra. Él no es como tú.

—¿Y eso es bueno?

—Eso te hace distinto al resto y explica lo que significas para mí.

Brandon desconocía que nadie podía hacerle sombra en el sentimiento que ella tenía por él.

—Del mismo modo que debo confiar en que Heidi no es importante en

tu vida, debes creer que deseo lo mejor para Pierre porque lo quiero, pero no lo amo como a ti.

Un profundo alivio sintió Brandon al escuchar esas palabras.

—Además, Marie conserva un sentimiento muy especial por él.

La angustia por saber de Pierre y entender que ella no podía responderle como él deseaba, sumado al sentimiento que Marie había guardado bajo siete llaves, le había generado una compleja situación.

—¿Marie?

Eso no era algo que a él le cambiase, porque estaba convencido de que ese joven estaría enamorado de Gabrielle, aunque Brandon creía que su destino estaba marcado y engarzado a ella.

—Hay algo que debes asegurarme.

—Lo que quieras.

—Esa mujer… —No deseaba ni nombrar a Heidi, porque ese nombre ya le daba escozor—. No quiero que vuelva a pisar el apartamento para estar contigo.

Él entendía que era genuino ese reclamo, aunque sabía que eso complicaría las cosas con Heidi. El último tiempo la relación entre ambos naufragaba en aguas turbulentas. Él intentaba mantener el vínculo en pos de las conexiones con los nazis, y ella se aprovechaba de eso para sacar tajada y sentirse más cercana a él. Antes de que Brandon debiera abandonar la ciudad, había estado en el apartamento y había averiguado si Gabrielle continuaba residiendo en el edificio. Ella intuyó que el cambio de humor de él se debía a la desaparición de Gabrielle, pero Brandon intentó restarle importancia porque no deseaba generar más rispideces entre ambos. Desde la aparición de Gabrielle en escena, Heidi tenía una actitud errática y celosa, pero todo se había complicado cuando supo que el antiguo apartamento estaba vacío. En su mente tenía grabada aquella conversación poco después de la huida de la joven francesa:

—Sabes que tengo contactos y puedo dar los datos de ella para que la busquen, y estoy convencida de que las autoridades estarán encantadas en encontrarla.

—Escúchame bien, ni se te ocurra mover un dedo por ella. No te corresponde y al fin era lo que deseabas: que ella se alejara de aquí.

Pues ahí tienes.

—Lo que yo deseo es que te preocupes por mí como lo haces por ella y que dejes de buscarla, o piensas que no me doy cuenta de cómo estás desde el día en que esa mujer se fue. Lo peor de todo no es que te haya abandonado, sino que tú no puedas olvidarla para dejarla ir.

—Heidi, basta ya. Estás obsesionada con ella, y para tu tranquilidad ya está lejos de aquí.

—¿Cuán lejos está?

—Lo suficiente, aunque eso no cambiará esta relación. Ni ella ni nadie lo hará, porque entre nosotros no puede haber más que esto. El día que lo entiendas dejarás de ver fantasmas donde no los hay.

—Entonces, espero que esta noche me demuestres que lo nuestro sigue como antes. —Había dicho en un tono seductor y acercándose a él como si pudiera borrar de un plumazo la discusión mantenida minutos antes.

—Esta noche tengo cosas que hacer, pero, si deseas quedarte aquí, puedes hacerlo. No me esperes.

Ese había sido el tenor del último encuentro con Heidi. En aquellos días, la única preocupación de Brandon era saber de Gabrielle y no cesaría hasta encontrarla, tampoco se había preocupado de la velada amenaza de Heidi. La joven alemana se había trasformado en un latente riesgo que él debería controlar. De eso debería ocuparse más adelante, aunque nada de lo sucedido le diría a Gabrielle. No pensaba involucrarla en la podredumbre en que él se había movido para alcanzar su objetivo.

—Así será, no te preocupes.

Él estaba dispuesto a darle a la mujer que amaba lo que le pidiera. No quería pensar en lo que se avecinaba ni en el futuro incierto que se auguraba en el horizonte. Debían disfrutar de ese respiro que significaba estar juntos otra vez.

—Ahora quiero demostrarte lo que significas para mí.

Él dejó que ella lo amara con desmesura. Sus cuerpos hablaban en cada gesto y con cada caricia de todo aquello que aún no se habían confesado. Ninguna palabra podía definir lo que ambos sentían y expresaban cuando asomaron las primeras luces del día.

—Debemos comer algo —sugirió envuelto en las piernas de ella.

—Yo estoy hambrienta.

—No vuelvas a decirlo.

Él se levantó a buscar unas galletas y unos quesos que había conseguido la última vez. Preparó un café fuerte para ambos junto a unos huevos revueltos. Sin dudas, no era un desayuno lujoso, pero sí sustancioso. Gabrielle se sumergió en el plato que tenía enfrente, mientras él no dejaba de observarla. Tenerla en su guarida era lo mejor que le había sucedido en este tiempo.

—¿Y ahora cómo seguiremos? —preguntó ella, una vez que sació su apetito.

—Yo deseo continuar con lo que hice durante toda la noche.

Él adoró cómo las mejillas de ella se coloreaban a pesar de la intimidad compartida.

—Eso me encantaría, pero no sé cómo seguiremos.

—Estos días los quiero solo para nosotros.

—Yo también, ¿y luego?

—Yo deberé regresar a París y podrías volver conmigo.

Un pesado silencio recayó en aquel momento.

—No creo que sea lo mejor.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo crees que me comportaría estando cerca de ti?

—Encontraría la manera para que nadie notase que…

—Brandon, lo que más deseo es estar contigo, pero en este momento busco mi lugar para colaborar, y sabes que en la agencia no lo puedo hacer.

—Entiendes el motivo por el que tomé la decisión de recortar el tipo de material que damos a publicidad,

¿verdad?

—Ahora sí, aunque en su momento no podía creer que estuvieras tan cegado con los alemanes.

—Debo cubrirme las espaldas, a pesar de hacer algunos trabajos fotográficos que se filtran a los Aliados.

—Yo tengo un contacto con una persona de aquí que colabora con una organización que ayuda a los niños a…

—Te refieres a la ose y al cimade.

Ambas organizaciones habían sido creadas en épocas distintas. La primera, Oeuvre des Secours aux Enfants, existía hacía más de tres décadas y su sede se había trasladado a París hacía más de quince años. En su origen se había ocupado de los niños víctimas de los pogromos de la zona de asentamiento rusa. Luego su actuación internacional se centró en las penalidades a los niños judíos.

Gran cantidad de mujeres se habían sumado a sus filas trabajando en la primera línea de las labores de rescate y socorro de niños. La segunda, Comité Inter-mouvements Auprís des Évacués, había sido creada en París al iniciarse el conflicto con la ayuda a la población de Alsacia, ubicada en la frontera con Alemania, para colaborar con los desplazados a los campos. A partir de la ocupación alemana en Francia, esta organización se centró en colaborar con los refugiados e internados que el gobierno de Vichy disponía para ser trasladados a los campos de internamiento en el suroeste francés, ya que eran susceptibles de ser deportados a algún campo de exterminio. A ambas las unían

los fines solidarios. Cada cual buscaba cooperar desde el lugar que pudiese. Gabrielle sabía que había llegado el momento para hacerlo, y regresar a París no era una opción.

—Así es.

—Eso es muy riesgoso. Muchos de los colaboradores trabajan desde los campos de internados que hay aquí.

Los fines con los que habían sido creados tales organismos, con el tiempo, rozaban los límites legales. La persecución indiscriminada a los judíos no solo estaba en cabeza de los alemanes, sino en colaboración con las autoridades francesas. Ante ese panorama, varias organizaciones humanitarias, bajo la fachada de colaborar con los prisioneros y brindar mejores condiciones en los campos de internamiento, se abocaban a ayudar y pergeñar el escape desde

aquellos lugares. Fue cuestión de tiempo que actuasen en colaboración con la Resistencia, aunque esta última se encargaba de cuestiones más peligrosas, sumado a que no contaba con la fachada humanitaria de tales organizaciones. Eso implicaba que las consecuencias fuesen mayores si eran descubiertos.

—¿Tú me hablas de riesgos?

El fuerte impacto sufrido por ella al saber que Brandon pertenecía a la Resistencia no le había permitido analizar el peligro que eso significaba.

—Es distinto.

—¿Por qué? ¿Será por el mismo motivo por el que no puedo cubrir la guerra en las primeras filas?

—La única causa válida para mí es que te amo y no toleraría que estés en peligro.

—¿Y qué me queda a mí, sabiendo que estás actuando para ambos bandos?

En ese instante analizó la posibilidad de que Gabrielle se quedase allí, lejos de él y de París. Era algo que no le cabía en la mente, pero allí permanecería más segura que en

París.

—Aquí no conoces a nadie.

—Podría quedarme en la pensión.

—Eso lo veremos.

Él contaba con mayor colaboración ahí que en la Ciudad Luz y, quizás, no sería mala idea que ella se quedase un tiempo allí hasta que las aguas se calmasen.

—Mi amor, no puedo vivir a tu sombra.

Una sonrisa de costado apareció por el rostro de él, atento al juego de palabras que ella hacía con su apodo.

—Si deseas colaborar con alguna organización, ¿puedes hacerlo desde aquí?

—Eso lo sabré cuando me ponga en contacto con ellos.

—¿Me lo puedes prometer? —Le tomó la barbilla y se acercó a ella—. Por favor.

—¿Crees que puedes convencerme?

—Te prometo que voy a esmerarme para que, en estos días en que estemos juntos, puedas cambiar de opinión —

replicó antes de besarla.

Brandon sabía mejor que nadie que era muy complicado hacerla cambiar de idea cuando algo se le ponía en la cabeza. Eso mismo e intentar ir tras lo que deseaba era una de las tantas cosas que lo enamoraba de ella. Desde que se había alejado de Gabrielle, había intentado estar cerca y cuidarle las espaldas. Cuánto más podía hacer si ambos estuviesen en París, pero esa alternativa no era viable según se presentaban los hechos. No debía ser egoísta queriendo estar a su lado. Que Gabrielle permaneciese en Lyon sería una solución, siempre que no fuera a una zona de mayor conflicto.

—Me hablaron de Madeleine Fournier. Con ella debería entrevistarme para ver en dónde puedo serle útil.

—Está bien, sé que de quién me hablas y hace una tarea encomiable.

—Bien, deberé arreglar para verla.

—Esta vez será mejor que lo hagas sola.

—Quita esa cara de preocupación —dijo al deslizar el dedo sobre el pliegue en la frente de él. Esa arruga se le formaba solo cuando había algo que lo preocupaba genuinamente—. Ahora estamos juntos y nada nos volverá a separar.

—Por supuesto.

Él la tomó entre los brazos y la besó con desesperación sellando esa idea de que, a partir de ese momento, todo podría ser distinto. Ansiaba con todas sus fuerzas que así fuera.

CAPÍTULO 18

El sol y la luna

Los días transcurrían con una velocidad poco habitual. Ni Gabrielle ni Brandon querían que esa estadía llegase a su fin, pero ambos comprendían que la semana que llevaban juntos tendría un final, hasta que volvieran a verse. Ese último día lo habían vivido con cierta naturalidad para evitar acrecentar la angustia que les provocaría volver a separarse.

Esa mañana había amanecido cenicienta y ninguno de los dos estaba con deseos de salir del reducto que compartían, pero ambos tenían cuestiones que tratar.

—Debo salir para encontrarme con Madeleine Fournier.

—Si pudiese, te retendría, pero yo también debo cumplir con algunas cuestiones.

—No sé el tiempo que me llevará la reunión con ella. Se nota que está complicada porque recién hoy puede recibirme.

—Hoy en día, estas organizaciones están con mucha actividad. Me alegro de que te reúnas antes de que me vaya.

—Debo entender que no has tenido que ver en esta reunión.

—Por supuesto que no —replicó con un mohín antes de darle un beso en la nariz—, prometí que no me metería en esto.

—Así me gusta —replicó al besarlo antes de despedirse.

—Te veo al mediodía detrás de la catedral Saint Jean.

—De acuerdo.

—Te amo.

—Por siempre.

—Recuerdas que te expliqué cómo llegar.

Ella asintió risueña; él había puesto empeño en indicarle las mejores opciones para recorrer la ciudad sin perderse a través de los mejores atajos. Necesitaba aprender para conducirse sola sin depender de él, que debía abandonar Lyon.

Con las instrucciones, alcanzó la dirección. Allí se erigía una casona distinguida. Debió esperar unos pocos minutos para que la dueña de casa la atendiera.

—Un placer recibirla. Por aquí, por favor.

Ambas enfilaron hacia el escritorio que la dueña de casa utilizaba como lugar de trabajo. Una vasta biblioteca daba vida al recinto. La amplia mesa estaba atiborrada de carpetas, papeles y algunos mapas diseminados.

—Disculpa el desorden, pero, cuando trabajo, este lugar se encuentra en estas condiciones.

—Nada que disculpar; yo estoy agradecida de que me haya recibido.

—En otro momento de mi vida, me encargaba de que mi casa estuviese deslumbrante y ordenada con todos los salones listos para realizar una velada. Mi esposo era banquero y contábamos con una agenda de compromisos muy importante. No pudimos tener hijos y eso permitió que nos dedicáramos de lleno a las relaciones sociales. —Desvió la mirada hacia un retrato, donde posaba con él en uno de los tantos eventos a los que habían concurrido—. Su muerte fue una gran pérdida para mí. Creía que a esa altura de la vida no encontraría un motivo para seguir adelante. Sin embargo, todo cambió desde que comencé a colaborar con

la organización. La visión que tenía de la vida dio un vuelco absoluto; a veces pienso lo vacía que era llenándome con todo aquello. No te imaginas la satisfacción que sientes cuando auxilias o rescatas a los niños o a otros prisioneros que logramos sacar del lugar en que se encuentran.

Gabrielle notó la emoción en los dichos de la dueña de casa que había finalizado la alocución con los ojos húmedos.

—Como entenderás, la colaboración siempre es bien recibida, más en estas circunstancias.

—Lo imagino.

—¿Tomas algo?

—No, gracias.

—Hace poco que arribaste aquí.

—Así es.

Gabrielle tenía la instrucción de evitar dar demasiada información, eso le había pedido Brandon, aunque estaba convencida de que él se había cerciorado de que todo se moviera dentro de los carriles normales.

—Como sabrás, hoy se valora cualquier tipo de colaboración. Yo pertenezco a la ose (Oeuvre de Secours Enfants), cuya actividad fundamental es la ayuda a los niños. Muchas son las tareas que se pueden hacer. Aquí es bienvenida cualquier colaboración que se desee realizar.

Mientras la anfitriona hablaba, Gabrielle había centrado la vista en unas fotografías ubicadas a un lado del escritorio.

Unos niños vestidos con harapos y en un estado deplorable ocupaban el centro de la estampa. La delgadez era tal que los huesos parecían traspasar la piel que los cubría. Ellos caminaban descalzos junto a otras personas hasta alcanzar un convoy visible en el fondo de la imagen, que los sacaría del infierno. No siempre había sucedido así, pero esa vez, alguien había retratado ese momento.

—Así fue cómo los encontramos —dijo Madeleine al seguir la dirección de la mirada de Gabrielle—, y los ayudamos a tener otra vida, lejos de la miseria, soledad y muerte de sus familiares.

—¿Cuándo fue tomada esa fotografía?

—Hace un tiempo. La mantengo cerca de mi mesa de trabajo para recordarme a diario que debo esforzarme más.

Ningún niño merece ese destino y haré todo lo que esté a mi alcance en pos de lograrlo.

No escapaba a Madeleine el impacto que esa imagen provocaba en quien la viera. Eso abría las puertas a una cooperación asegurada y ella estaba dispuesta a todo para conseguir mayor asistencia para los necesitados.

—Lo entiendo y así debe ser. No debe haber sido fácil tomar esa imagen, no siempre se puede estar por encima de las circunstancias. A veces, el pulso puede fallar ante el impacto que genera la figura que tenemos en frente, pero no hay que olvidarse de que basta con apretar el botón de la cámara para que el lente reproduzca lo que vemos. Ese instante que capturamos es mágico a pesar de la dureza del retrato.

—Gabrielle, ¿a qué te dedicas? —preguntó para asegurarse lo que intuía.

—Soy fotógrafa.

—Ahora entiendo lo que me dices.

Ella había observado que sobre su falda había colocado una mochila de cuero de la que no se había desprendido en ningún instante. Estaba convencida de que allí dentro tendría la cámara.

—Trabajé en París como fotorreportera y decidí dejarlo para unirme y colaborar del modo que sea.

—Retratar lo que sucede dando testimonio de lo que ocurre es un modo de cooperación.

—Así es, pero, dadas las circunstancias, no tengo la libertad para hacerlo del modo en que me gustaría.

—Te entiendo y me alegra esta decisión. Todo lo que sucede es injusto; la persecución a los judíos lo es, pero más cuando se trata de niños, que es lo que está sucediendo ahora. Hasta no hace tanto, las autoridades alemanas se jactaban de no deportar niños para mantener la ilusión de que los deportados estaban siendo enviados a campos de trabajo y no de exterminio. Sin embargo, todo eso es una ilusión. A ellos les da lo mismo si son hombres, ancianos, mujeres o niños.

—Todo esto es terrible.

—Trabajamos en conjunto con otras organizaciones humanitarias sin distinción de credos. No importa la fe que se tenga; católicos, judíos y protestantes, todos estamos unidos bajo un mismo fin.

Se sabía que algunas de esas organizaciones estaban teñidas de un fuerte tinte religioso. Las mismas autoridades de las órdenes religiosas cooperaban también. Prevalecía la solidaridad para con los más necesitados.

—Nosotros les avisamos a ellos sobre las detenciones que el gobierno hace de los judíos extranjeros, e intentamos evitar que sean internados en los campos que hay a lo largo del país. En el caso de que hayan quedado internados allí, intentamos sacarlos, en especial si son niños. El cimade, otra de las organizaciones con las que trabajamos en conjunto, creó lo que en tiempos de la esclavitud en los Estados Unidos se llamaba el Tren Clandestino, una red de colaboradores para

que los esclavos alcanzaran la libertad.

En este caso, el objetivo es transportar a los judíos al otro lado de la frontera. Por nuestra parte, contamos con una red de hogares que alojan a esos niños, les buscan otra identidad y una nueva vida.

Gabrielle se hacía una idea de lo que le relataba y estaba convencida de que había dado el paso correcto al entrevistarse con madame Fournier.

—Sí —dijo con certeza ante la atenta mirada de la joven

—, antes de que me lo digas, sé el riesgo y el peligro que corremos, pero nada es comparable a la satisfacción de ver el destello de felicidad cuando ellos alcanzan la libertad, en medio de semejante dolor que les ha tocado vivir. Lo terrible es que no todos lo logran y, en ese caso, el destino asegurado es el camino hacia Polonia, más precisamente a Auschwitz. El fétido aliento de las cámaras de gas es el último respiro que les dan antes de matarlos. Lucho y lucharé para que esto no suceda.

Gabrielle sabía acerca de las atrocidades que se cometían, pero escucharlo de esa manera le daba escalofríos. Nadie podía ser indiferente.

—Vine a decirle que estoy a su entera disposición para trabajar en lo que sea.

—Gabrielle, tu ayuda será muy valiosa, pero no sé qué estás dispuesta a hacer.

—¿A qué se refiere?

—En Lyon hay algunos colaboradores, son aquellos a los que se les complica poder trasladarse a zonas de mayor conflicto y lo hacen desde la ciudad. Cooperan con la red de hogares que tenemos para dar alojamiento a los niños que rescatamos. Algunos de ellos residen en la montaña, lugares a los que no es muy accesible ingresar, salvo que pertenezcan a la zona. Eso complica a las autoridades alemanes cuando van detrás de alguna redada. El resto de los colaboradores viajan hacia donde necesitamos, más precisamente a la región de conflicto. Gurs es uno de los destinos, no sé hasta dónde estás dispuesta a llegar.

Madeleine se contuvo para no relatarle cómo era ese lugar que ella había visitado en otras oportunidades. No quería acobardarla antes de

que eligiera qué hacer y hacia dónde ir.

—Quiero colaborar desde dónde sea más útil y, por lo que veo, esta ciudad no sería la mejor opción.

La joven había dicho lo que tanto deseaba escuchar la dueña de casa. Se requería de esa colaboración; Fournier no tenía mucho que perder, ya que había quedado viuda tiempo atrás y la vida no le había dado la oportunidad de tener hijos. Quizás por ese motivo, la liberación de cada niño la colmaba de felicidad y se había impuesto continuar con esa cruzada traspasando los límites de la ley.

—¿Estás segura de lo que me dices?

—Así es.

—Entonces, será mejor que lo pienses y vengas con la decisión definitiva, porque una vez tomada no habrá marcha atrás.

—Usted habló de Gurs.

—Sí, es un campo de internamiento ubicado al sur del país, en la frontera con España. Allí hace un año se logró instalar un puesto médico para lograr asistir a los enfermos, pero debo confesarte que nada es lo que parece o lo que puedas imaginarte. Pero no quiero ahuyentarte con lo que te digo. Quiero que sepas que cualquier colaboración que hagas será muy bien recibida, quedará en tu conciencia qué quieres hacer.

—Muchas gracias, madame Madeleine, volveré.

—Te estaré esperando.

Gabrielle, en el fondo de su corazón, sabía dónde quería estar, pero antes necesitaba ver a Brandon. En camino los pensamientos no dejaron de danzarle en la mente. Mientras

se hacía la hora, recorrió los lugares aledaños. Caminó y caminó hasta alcanzar el lugar indicado en donde se encontraría con él.

La catedral Saint Jean se erigía frente a ella con aspecto gótico. Comprobó que había llegado temprano a la cita y entró para conocerla, necesitaba saber si la opulencia de la edificación destellaba en su interior y se podía comparar con la majestuosidad de la parisina. Una serie de columnas custodiaban el camino hasta el altar. Los vitreaux instalados en el frente y a los costados de la catedral

permitían que haces de luz ingresaran y se difuminaran en las piezas de colores que formaban imágenes religiosas. Era un espectáculo contemplar el juego de luces y sombras que confluían desde la cúpula. Se ubicó en unos de los bancos de madera para pedir que esta nueva etapa de su vida fuese diferente y le brindara la felicidad que le había sido esquiva este tiempo. Rezó por ella, por Brandon y por sus padres para que contasen con la paz suficiente para sobrellevar la separación a que los había llevado el conflicto armado. Las pocas cartas enviadas hablaban de la desesperación por regresar y acompañarla. Gabrielle podía leer en las escuetas líneas recibidas el pesar que significaba estar distanciados. Ellos sabían de primera mano lo que era atravesar una guerra y el profundo dolor que implicaba. Le habían implorado que abandonase todo y partiera hacia donde ellos estaban. Le habían dicho que estaban moviéndose con algunos contactos para que ella saliera de Francia. Pero nada de eso había convencido a Gabrielle para abandonar el país. Dejar todo atrás implicaba dejar a Brandon. Admiraba que él se quedase luchando por lo que creía, estaba convencida de que, de saber los deseos de sus padres, él habría organizado la ida de ella en busca de los suyos. Hoy se encontraba allí, orando para que muy pronto todo acabase y esa maldita guerra llegase a su fin. No

quería opacar el encuentro que tendría en breve con Brandon, pero unas lágrimas le rodaron por las mejillas.

Necesita creer que, esta vez y de la mano de él, sería la definitiva. Luego de rezar unas plegarias se levantó y caminó por la nave central, sin dejar de admirar lo que la rodeaba. Sin embargo, su mirada se desvió hacia el reloj astronómico ubicado en una de las salas altas de la capilla.

Se acercó para ver cómo en él se indicaba la posición de la luna, del sol y la Tierra junto a la posición de las constelaciones sobre Lyon. Era una absoluta belleza que la mantuvo absorta unos largos minutos. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y supo de inmediato cuál era el motivo.

—No importa dónde estés, siempre sabré de ti —le resopló sobre el oído—. Eso te dije antes de abandonar tu habitación y despedirme con la idea de regresar. Ahora y ante tu Dios, hago este juramento: no habrá nada que vuelva a separarnos.

Gabrielle pudo anticipar su presencia, podía sentirlo sin verlo, a pesar de la concentración que tenía, porque siempre había sido así. Los brazos de él la rodearon por detrás y la emoción se le había atorado

en la garganta sin poder siquiera contestarle.

—El sol y la luna —susurró al ver las imágenes diseñadas en metal dorado sobre la amplia circunferencia del reloj—, tan distintos y complementarios como nosotros. Sin ti no tengo vida, porque tú me la das cuando estamos juntos y me la quitas si no te tengo.

Esa había sido la definición perfecta de ambos. No había mucho más por decir. Ese hombre lo era todo para Gabrielle. Giró y clavó los ojos en él. Podía traspasar esa mirada grisácea y ver más allá de todo, entonces entendió que no había dobleces en lo que acababa de confesarle.

—Te amo —le susurró en al oído.

—Yo también, y creía que teníamos una cita fuera de esta iglesia.

—Tienes razón, ¿adónde vas a llevarme?

—Sorpresa —replicó antes de besarla.

El eco de las pisadas contra el frío mármol del piso fue el único sonido que se escuchó antes de que ellos alcanzaran la puerta de costado y salieran. El cielo nublado había dado lugar a uno más claro, mientras un sol tímido hacia esfuerzos por salir y brindar calidez al destemplado tiempo.

Ella se dejó llevar por él; recorrieron callejuelas y atajos hasta alcanzar un parque, enclavado a orillas del río Ródano, que se abría ante sus ojos. La magnificencia de la diversidad de árboles y plantas que nacían a la vera del camino era deslumbrante. Siete eran las entradas y desde allí confluían diferentes caminos que llevaban a los visitantes a conocer ese vergel. Brandon la condujo por allí hasta arribar a un sector a orillas del lago Tête d'Or que daba origen al nombre del parque. El trinar de los pájaros era el único sonido de fondo frente a la quietud de las aguas. Ese parecía ser un oasis secreto.

—¿Te gusta?

—No podrías haber elegido un mejor lugar para traerme.

¿Has estado otras veces?

—Así es. Este era el lugar al que me escapaba cuando necesitaba estar tranquilo y fingir que todo estaba bien.

No había sido fácil decidir qué hacer y tomar las decisiones que a la postre marcarían no solo su destino, sino también el de Gabrielle. Por momentos creía que había hallado el camino correcto; en otros dudaba si no se había equivocado por el riesgo que significaba estar en el lugar que ocupaba. En soledad, con el peso de su futuro y el de ella sobre las espaldas, se refugiaba en aquel sitio esperando alcanzar la certeza de haber resuelto del mejor

modo todo. Ahora que volvían a estar juntos, no quería dar algún paso en falso que pudiera echar atrás lo vivido y lo que les restaba por vivir.

—Y aquí nadie te molestaba.

—No. Podía pensar en ti con la esperanza de que todo lo que hacía me llevaría a estar contigo, pero no siempre era optimista para creer que eso podía suceder.

—Hasta que aparecí en la agencia.

—En ese momento supe que me costaría mucho alejarme de ti como tenía pensado hasta que finalizara lo que tenía planeado. Comprendí que sería complejo centrarme en todo lo que debía hacer antes de unirme contigo.

—A mí me ocurrió lo mismo.

—Pero huiste de mí.

La desolación que sintió cuando arribó al apartamento y notó que ella ya no estaba se fundía con la rabia ante la huida de Gabrielle. Lo que más lo había enloquecido era que ella aún no contaba con todas respuestas que explicarían el comportamiento de él. Ella había recibido silencios y evasivas ante los permanentes interrogantes que le había hecho. Lo único que él buscaba era que ella supiera su verdad, rogaba que al fin lo comprendiera.

—Sí, porque no podía continuar a tu lado si sabía que estabas con otra…

—Shh. —Rozó su dedo sobre los labios de ella—. No lo digas porque no era así, ya sabes la verdad.

Ella asintió antes que él le estampara en la boca un beso plagado de certeza y verdad.

—No quiero dejarte.

—Yo tampoco quiero que te vayas, pero sé que debes hacerlo.

—Surgieron algunas cuestiones que me obligan a no dilatar mi partida.

—Lo entiendo —replicó desanimada.

—Y me esperarás aquí —aseveró.

—Siempre te esperé. Ya lo sabes.

Esa mirada grisácea la contemplaba con fiereza y determinación escuchando cada palabra que decía.

—Aún no me constaste cómo resultó la entrevista con madame Fournier.

—Es una mujer encantadora.

—Tienes que tener cuidado porque suele ser muy persuasiva.

Gabrielle sabía el motivo por el que se lo decía, y ese no era el momento para contarle cuáles eran sus planes. En aquel lugar todo era calma y no pensaba alterarla, porque lo haría si detallaba el curso de la conversación con Fournier.

—Es magnífica la obra que hace ella y la organización de la que forma parte.

—Debes ser más cautelosa.

Brandon notaba que ella actuaba con audacia sin medir el peligro. Lo peor era que no se daba cuenta de su osadía.

—No me mires así. Lo digo por aquella foto que sacaste.

Todo se podría haber complicado aquel día con la gente que había, comenzando con el dueño de casa, en particular con su hijo.

—¿Lo conoces?

La tensión en el rostro de Gabrielle era notoria. Brandon tardó unos pocos segundos en hacer la deducción de lo que podría haber sucedido con ese sujeto. Sabía la calaña de hombre que era; enterarse de que había estado cerca de ella lo perturbó.

—¿Sucedió algo con él?

—No, estaba algo bebido y se molestó cuando me vio que estaba sacando fotografías.

—Mierda.

Él había tenido acceso a la información de esa fotografía, pero desconocía los detalles de cómo la había obtenido.

—¿Has estado con él?

—En alguna oportunidad. Es un sujeto detestable que cree que se puede llevar el mundo por delante atento a la posición económica que tiene y los lazos políticos que ostenta.

Eso era algo que Gabrielle valoraba de Brandon: nunca se había dejado llevar por los beneficios de contar con el apellido que llevaba.

—Me aterra saber que estás en contacto con ellos cuando en verdad perteneces a la Resistencia —lo dijo con pesar e inquietud.

Ella había notado un cambio en el accionar de él cuando había ingresado a la agencia. No solo con ella, sino con el resto de las personas que allí trabajaban. Se había transformado en un hombre taciturno y reservado, sin contar que con ella parecía mantenerse esquivo. Ahora comprendía que, si no obrase de ese modo, no podría llevar a cabo la misión que tenía sobre las espaldas.

—Espero que sea por poco tiempo y que esto se termine cuanto antes.

Él la tomó por detrás para que se recostara sobre su pecho. Sentirla de ese modo en ese lugar que le era propio le brindaba la fortaleza que necesitaba para marcharse y dejarla otra vez, aunque esta vez fuese diferente.

—Yo ansío lo mismo.

Los fuertes deseos de ambos les impedían hacer mención de algo más que pudiera enturbiar ese instante junto al anhelo que perseguían. Las manos de él rodearon el cuello de ella y la besó despacio saboreando esa boca de la que él se sentía esclavo.

—Te amo.

Brandon apoyó la barbilla sobre la cabeza de ella, sin dejar de contemplar las calmas aguas que los rodeaban, para grabar en su

memoria ese momento.

—Me quedaría aquí por siempre.

—Lo sé, y hay un modo de retratarlo.

Notó que Gabrielle se movía para buscar la mochila y sacar su Baby.

—Mírame.

—Es lo que siempre hago.

Intentó arrebatarle la cámara y, en ese preciso instante, apareció una sonrisa en aquel rostro que quitaba el aliento; los cabellos alborotados daban el marco perfecto a la mirada grisácea con la que siempre la contemplaba. Poder estamparlo con la felicidad que lo atravesaba, como cuando se habían conocido, una época en la que descreían que los desencuentros y las complicaciones pudiesen impedirles que estuviesen juntos, era lo que Gabrielle buscaba.

Enseguida movió la cabeza para sacar aquellos tristes pensamientos y disfrutar ese momento.

—Te dije que no —lanzó él al tomarla por la cintura para recostarla en el césped.

—¡Con ella somos imbatibles! —exclamó con una carcajada—. Nadie me detiene, ni siquiera tú. Las otras imágenes que tenía de ti quedaron en la casa.

—Eso quiere decir que en este tiempo no las arrojaste al cesto de basura.

—No, aunque estuve tentada de hacerlo. De lo único de lo que fui capaz fue de guardarlas dentro del cajón de una mesa de luz.

—No sé si estar arrumbado en un mueble es un mejor destino —replicó con una sonrisa.

—Cada tanto iba, te quitaba de allí para llorarte y, cuando me daba cuenta de que era una tonta, volvía a encerrarte allí dentro. Fue Isabel quien un día la encontró tirada.

—¿Isabel?

—Sí, ahora una amiga, pero la conocí cuando llegó a París antes de instalarse en Berlín.

—¿Qué hace allí? —esgrimió con el ceño fruncido.

—Ella es argentina y trabaja en la embajada de su país.

Me confesó que no estaba muy de acuerdo con dejar todo para trabajar allí. Pero lo hizo por la presión que ejercía su familia y el prometido que tiene, que es alemán.

—¿Has tenido noticias de ella?

—Unas pocas y lo que me ha contado es que nada ha sido como pensaba, en especial la familia de su prometido. En el tiempo que estuvo en París logramos iniciar una amistad, que a la distancia mantenemos.

—No pongo en duda el cariño que le tienes, pero debes andar con cuidado. Hoy nadie sabe de qué lado puedes estar.

—Eso no me preocupa, sí lo que le pueda suceder a ella en aquel país.

Estaba convencida de que la situación de la joven Quevedo estaría complicada por la aparición del italiano que haría tambalear el compromiso que tenía. En las líneas que intercambiaban, podía vislumbrar lo que le sucedía y la difícil situación que vivía. Dejó a un lado esos pensamientos, deseando que ellas pudieran reencontrarse en breve.

—La verdad es que tengo hambre.

—Con unas galletas con queso y algo de beber estaríamos perfectos, ¿verdad?

—Imaginémoslo.

—No es necesario.

Él acercó una mochila que llevaba y sacó algo de comida que había puesto antes de salir de la casa. Le hubiese encantado invitarla a cenar a un lugar en la ciudad, pero no era el momento indicado.

—Pero qué maravilla, esto es lo que faltaba para que este lugar sea de ensueño.

—Creía que conmigo era suficiente.

—No siempre —dijo antes de besarlo y tomar el bocadillo.

En aquel vergel, en medio de una ciudad que resistía ante el poderío alemán, ambos tuvieron el remanso que necesitaban sin que nada ni nadie los perturbara. Aquel momento estuvo plagado de confesiones susurradas y silencios compartidos, era como si el tiempo se hubiera suspendido. Sin embargo, y a pesar de no desearlo, el discurrir de las horas se plasmó en la caída del sol; la jornada se iba apagando de a poco.

—Mi amor, es hora de irnos.

Gabrielle asintió evitando pensar que la partida de él sería inminente y que muy pronto todo cambiaría. Con premura abandonaron el parque y se adentraron en los traboules, ese entramado de callejones, galerías y patios internos que formaban un laberinto perfecto para ocultarse en la ciudad. La opacidad del callejón por el que doblaron auguraba el arribo al refugio de Brandon. No bien ingresaron y tras el golpe de la puerta, ambos se fueron desvistiendo para amarse antes de la partida. Él adoró su cuerpo; le demostró lo que ella significaba. Con besos y caricias le confesó cuánto la amaba. Sin embargo, había algo más que ambos callaban y que a la vez los desesperaba. Gabrielle no había sido del todo sincera sobre los planes que tenía respecto al futuro. Estaba convencida de que colaborar con madame Fournier era el modo que había encontrado para seguir adelante, y confesarle eso a Brandon lo distraería de todo lo que tenía que hacer hasta volverse a ver.

—Aunque yo me vaya a París, tienes un modo de hacerme saber de ti. Lo digo por si sucede algo.

—Lo sé —dijo al desplazar su mano sobre el pecho de él

—, es la segunda vez que lo mencionas.

—Es importante que sepas que Ivo será tu contacto para lo que requieras, por eso es mejor que te alojes en el Coeur Brave. Permanecer allí no llamará la atención y estarás en

compañía. No obstante, sabes cómo llegar aquí si hay alguna situación por la que tengas que irte de allí.

—Eso no va a suceder.

En los pocos días que habían pasado juntos, Brandon la había instruido de todo lo que debía saber para moverse del mejor modo en la ciudad y cómo conducirse si había algo que se complicaba. Por más que Lyon se considerara dentro de la zona libre, y la Resistencia

tuviera una fuerte presencia, las autoridades alemanas no se amilanaban. El tiempo de dominación alemana conspiraba contra los actos de la Resistencia. Lyon esperaba continuar siendo el centro de la organización, aunque el avance de las autoridades ponía en peligro el cetro de rebeldía que ostentaba la ciudad.

—Respecto de madame Fournier… —Ella deslizó los dedos sobre los labios de él para sellar con silencio aquel instante.

—Ella es una buena mujer y nada me sucederá. Cuando volvimos a vernos en la capilla aquella noche, me repetiste que en la única persona en quien confiabas era en mí,

¿verdad?

—Absolutamente.

—Bien, hazlo ahora. Solo eso te pido, porque es lo que hago contigo. Me niego a pensar en los riesgos que corres porque, si lo hago, dejo de vivir. Luego de lo que me confesaste aquella noche, sé de lo que eres capaz para estar juntos. Yo tampoco pondré en riesgo lo que tenemos.

Esa mirada grisácea la estaba desnudando por dentro y entendía que podía leerla más allá de las palabras.

—Confía en mí —gimió.

Brandon volvió a besarla para sellar esa promesa, aunque sabía que ella no le era del todo sincera sobre los pasos que seguiría, a pesar de haberle dado la posibilidad de que lo hiciera. Sin embargo, no podía recriminarle nada. El

empecinamiento que tenía Gabrielle cuando deseaba hacer algo y el ímpetu que ponía para lograrlo eran una de las tantas cosas que lo enamoraban.

—Estamos en una guerra que esperamos termine cuanto antes, mientras debemos sobrevivir del modo en que podamos. Yo lo haré bajo la ilusión de volver a verte.

—Te equivocas —dijo al notar la tensión en el rostro de ella—, será bajo la certeza de que lo haremos.

Ella amaba a ese hombre por encima de todo, y cada comentario que hacía y gesto que le brindaba afirmaba ese profundo sentimiento.

La noche estaba en su esplendor y la oscuridad resplandecía con los destellos plata de una luna huidiza.

Con el silencio que los arropaba, caminaron por las calles dormidas de la ciudad hasta llegar a Coeur Brave. Se detuvieron en la esquina para despedirse. Todo lo que debían decirse lo habían manifestado horas antes. Él le rozó con el pulgar la mejilla recorriendo parte de ese rostro que tanto amaba. Fijó sus ojos en los húmedos de ella durante unos largos minutos. Poco después se fue sin voltearse; de haberlo hecho, no hubiese podido dejarla allí. Gabrielle se quedó contemplando cómo esa sombra se fundía en la opacidad y se esfumaba en los resquicios de la noche. Una vez que se secó las lágrimas que le caían por las mejillas, enfiló hacia el alojamiento.

Las luces de la pensión estaban apagadas, salvo por la lámpara que alumbraba el escritorio de la recepción.

Gabrielle se dirigió hacia el salón comedor para saber si quedaba algún huésped allí, pero parecía que todos se habían ido a dormir.

—Bienvenida.

Ella se volteó sorprendida al notar que Ivo estaba detrás de ella. Desconocía qué decirle o cómo actuar, suponía que estaba al tanto de con quién ella había estado esta última

semana, pero no sería Gabrielle quien le diera esa información. Sí tenía claro que debía confiar en él.

—Tienes la misma habitación donde estuviste antes.

Nadie ha estado allí; no la he tocado.

—Gracias.

—Está demás que te lo diga, pero cualquier cosa que necesites solo debes pedírmela.

—Gracias.

—Supongo que no habrás comido.

—No, pero no es necesario.

—Bien, yo aún no he cenado; si quieres, puedes hacerme compañía.

Una de las luces del austero salón se encendió e Ivo trajo unos cuencos

con sopa de verdura y fideos con unas rodajas de pan tostado.

—Perdí a mi padre en la Gran Guerra. El pueblo en el que vivíamos quedó prácticamente destruido. Poco después logramos asentarnos en las afueras de un poblado al norte de aquí. Creíamos que estaríamos a salvo, pero debimos abandonar todo con la invasión alemana. Mi madre había muerto hacía unos años y mi hermana escapó con su novio, quien me prometió que cuidaría de ella. Así logré llegar a trabajar en este lugar junto a Adrien, que me ayuda a manejar esto.

—¿Estás solo?

—No, tengo a mis compañeros por los que daría la vida si fuera necesaria. Nos une la causa que perseguimos, y estoy convencido de que lo lograremos.

—Ansío lo mismo.

—No sé quién eres ni a qué te dedicas, qué más da. Lo importante es que La Sombra pidió que sea tu enlace. Es un honor para mí cumplir la orden de él.

Gabrielle lo miró, asintió con la mirada, pero evitó agregar algún comentario.

—No me conoces, pero debes saber que no haré nada que te perjudique y que podrás confiar en mí. También lo ha hecho Simone.

—Lo sé y te lo agradezco.

—Entonces te dejo terminar de cenar tranquila. Sabes cuál es la hora del desayuno.

—Sí, hasta mañana.

Él asintió y se perdió por el largo pasillo que lo llevaba a la cocina. Otra vez, como hacía tiempo, se encontraba sola, algo a lo que debería acostumbrarse hasta que todo cambiara, y esperaba que esos fuertes deseos no se estampasen contra la realidad que les tocaba vivir.

CAPÍTULO 19

El muro de contención que Isabel había levantado desde que había huido del apartamento luego de la feroz golpiza dada por Hans acababa de romperse. Envuelta en los brazos de De Luca, había comenzado a llorar sin poder detenerse durante el trayecto que la conducía a un sitio seguro. Estar en los brazos de él era su refugio, su lugar. Bajó del vehículo del mismo modo; ni siquiera le importaba adónde la llevaba, sino estar con él y alcanzar cierta tranquilidad. Si repasaba las últimas horas, no daba crédito a lo vivido. Todo un pasado hecho añicos en las manos de Fischer, un hombre que creía conocer y con el que buscaba un futuro. Las náuseas regresaban al pensar en los momentos compartidos, las cenas celebradas en la casa familiar seguidas por prolongadas sobremesas en las que proyectaban, junto a la familia, una vida juntos. Entonces desconocía que era un monstruo. Sus pensamientos saltaban de recordarlo a pensar en Sonia. ¿Qué le había hecho a su hermana para recibir semejante traición? Ni siquiera se había compadecido al verla en el estado en que se encontraba en las puertas del Hotel Savoy. ¿Desde cuándo estaban juntos? Estaba convencida de que llevaban tiempo así. El roce de los dedos de De Luca la sobresaltó.

—No te asustes, solo quiero curarte.

Con un recipiente de agua tibia y unos apósitos, se había sentado al lado de Isabel.

—Va a doler, pero estarás mejor.

—Sé que nunca me provocarías dolor —susurró con los ojos inyectados de sangre ante el continuo llanto.

—Nunca.

Se dedicó a limpiar el golpeado rostro de la joven de los rastros de sangre; el agua que había en el recipiente se coloreó de púrpura. Los golpes habían causado efecto y marcaron con otra tonalidad la fiereza que había habido en el puño de Fischer. A medida que le recorría el rostro, imaginaba el momento que ella había vivido y una furia indescriptible se le apoderaba del cuerpo. Si había algo que la destacaba, era la inocencia, la falta de maldad y la vulnerabilidad que ella intentaba esconder. No podía creer cómo alguien que la conocía podía haber arremetido de ese modo contra ella.

—Ya está. Ahora quiero que tomes este calmante para evitar que te

duela más cuando pasen las horas.

Con las manos trémulas, tomó con dificultad un poco de té con el analgésico. De inmediato se llevó la mano al cuello como si de ese modo pudiera calmar el dolor persistente en el mismo lugar que horas antes Fischer había aprisionado con crueldad y sin piedad.

—Creía que me mataba —susurró.

Él la miraba del mismo modo que la noche de la embajada. No había lástima, sino un profundo sentimiento reflejado en sus ojos. Le costaba entender que, a pesar del poco tiempo que hacía que se conocían, De Luca actuase con tanta dedicación hacia ella.

—No lo logró. Ahora debes estar tranquila. Ni él ni nadie volverá a ponerte una mano encima.

La atrajo hacia el pecho y la abrazó ante la fuerte impotencia que sentía por no haberse imaginado semejante final. De Luca había tomado la previsión de saber que, la noche de la velada en la sede diplomática, Isabel se había retirado a su apartamento sin la compañía de él. Lo había comprobado al permanecer a metros del edificio. No podía quitarse de la cabeza que no había obrado con la suficiente diligencia y se culpaba por no haber sido más previsor con ese mal nacido. Sin dejar de contemplarla, observó que continuaba con un llanto silencioso y más desgarrador que si vociferara a viva voz lo que sentía y gritara el dolor que la envolvía. Aún Isabel no le había contado cómo habían sucedido los hechos y no pensaba presionarla para que lo hiciera.

—Yo escapé no bien él se fue porque creía que volvería para…

—Shh. —La interrumpió para no oír la fatal palabra

“matarme”—. Eso no pasará.

—Por eso fui a buscarte sin creer que él pudiera estar en el mismo lugar.

—Lo supe cuando lo crucé a poco de arribar allí. De ti lo sabía casi todo y de él, lo poco que pude averiguar. Creía que se hospedaba allí para no molestarte, pero descubrí que lo hacía en compañía de otra mujer. Y esperaba que lo develaras por ti misma, necesitaba que supieras lo que en verdad era capaz de hacer, pero desconocía la bestia que anida en él.

En medio de la maraña de pensamientos que la abrumaban, Isabel recordó los dichos de De Luca la noche pasada, cuando reafirmaba una y otra vez que Fischer no la merecía. Ahora sí comprendía su insistencia.

—Esa joven que lo acompañaba es mi hermana. No sabía que había viajado a Berlín y menos con quién estaba.

Lo que acababa de escuchar no hacía más que describir el abominable sujeto que era Fischer. No había palabras para recomponer el daño hecho; solo la abrazó aún más para darle calidez al destemplado cuerpo de ella, buscando que encontrara en él un poco de sosiego en medio de la tempestad que vivía. A pesar del dolor físico, de la vergüenza por estar en ese estado y de la culpa por creer que su actuación había colaborado para encrespar aún más el temperamento de Hans, Isabel se incorporó para mirarlo y contarle lo sucedido.

—Yo había salido de la embajada en busca de Sara. Ella me envió una nota de agradecimiento por lo que había hecho por su hija y quería verme. Ese encuentro sería el último, ya que ella vería cómo se arreglaría en un futuro aquí o donde fuera. Pero todo se precipitó porque arribó la policía y se la llevaron detenida.

—¿Lo intentaron contigo?

—Sí, y recordé que me habías dicho que trabajar en una sede diplomática tenía sus beneficios, y se los hice saber.

Mateo escuchaba con absoluta atención el relato a media voz, mientras evaluaba las consecuencias que podría tener lo que le contaba.

—El camino de regreso a casa fue el más largo y doloroso que tuve; necesitaba llegar al apartamento y calmarme.

Cuando entré, él estaba dentro esperándome y exigiéndome que le dijese dónde había estado. Me recriminaba que yo no me encontraba en el trabajo cuando había ido a buscarme.

—No le dijiste sobre encuentro con Sara.

—No lo habría entendido. Aunque con él yo estaba condenada, porque estaba convencido de que había estado contigo.

—¿Te culpó de eso? —replicó con el mayor dominio que podía tener para no asustar a Isabel.

—No hubo modo de que entendiera que no habíamos estado juntos. El resto ya lo sabes.

—Te juro que él no volverá a lastimarte, yo me encargaré de que eso suceda.

—No sé cómo agradecerte lo que haces por mí.

—Lo primero que debes hacer es no agradecerme, luego veremos —dijo al correrle hacia atrás un mechón rubio, pegoteado con sangre.

—No sé nada de Sara ni cómo seguirá.

—Y no es conveniente mover algún hilo para saberlo.

Todo se ha complicado. Lo que menos deseo es que te vinculen con ella ni que se tome alguna represalia luego de lo sucedido con él.

Él evitó decirle que pronto Fischer saldría a buscarla y enloquecería, más de lo que estaba, cuando se diera cuenta de que ella había dejado de pernoctar en el apartamento.

Isabel no podía regresar allí. Ya no.

—Lo entiendo.

—Hoy no debes pensar en ello, solo debes tranquilizarte y descansar un poco.

El calmante que le había dado estaba causando su efecto.

Él notaba que parpadeaba más de la cuenta y que, de un momento a otro, se quedaría dormida. Cuando lo hizo, la llevó a la cama de la habitación y se ubicó al lado de ella, aunque no pegaría un ojo. En las horas en vela buscaría encontrar la solución a todo. Sin embargo, en un momento de la noche cerró los ojos, aunque poco tiempo, porque los gritos de Isabel lo alertaron de inmediato.

—¡Suéltame! ¡No lo hagas! ¡No me toques! ¡Por favor, no!

Si había algo que acababa de sellar el funesto destino de Fischer, era descubrir el daño que le había hecho a Isabel.

No se le había ocurrido que hubiera avanzado de ese modo.

—Isabel —susurró al tomarla por los hombros—, es una pesadilla.

—¡No me toques!

El profundo y desgarrador grito de ella daba muestras de la herida punzante que él le había provocado.

—Estás conmigo; soy Mateo.

El cuerpo de ella dejó de convulsionar y retorcerse cuando pudo abrir los ojos y supo que no estaba en su apartamento y que las manos que la sostenían no eran las de Hans.

—Perdón —susurró avergonzada por lo ocurrido.

—¿Me dejas que te abrace?

Isabel asintió y su cuerpo cobró vida entre los brazos de Mateo. En ese instante dejó que el último muro construido ante la vergüenza por la intimidad vulnerada se derrumbase y pudo descargar sobre su pecho las pocas lágrimas que le quedaban.

De Luca le deslizaba la mano por el cabello y la nuca con cuidado, como si en algún momento pudiera partirse, aunque sabía que Fischer la había quebrado y esperaba con todas las fuerzas que ella lograse recomponerse. Él estaría a su lado y esperaría hasta que ese milagro sucediera.

—Yo…

—Lo sé —le susurró al oído.

Ninguno se movió ni habló más. Ambos se mantuvieron en silencio y abrazados, en medio de la respiración agitada de ella, que se fue calmando a medida que los minutos transcurrían. Lo que De Luca acababa de descubrir incrementaba los fuertes deseos de protegerla, pero para hacerlo debía sacarla cuanto antes del dominio de Hans Fischer. El amanecer los encontró abrazados. Isabel había logrado conciliar el sueño bajo una respiración acompasada alejada de las pesadillas. De Luca se había mantenido alerta y en vigilia pergeñando los pasos por seguir.

Una taza de café fuerte y caliente era lo que Mateo necesitaba a esa hora de la mañana. Se había levantado sin despertar a Isabel, esperaba que descansara, ya que aún era muy temprano.

—¿Puedo darme un baño?

Al otro lado de la sala estaba Isabel con los cabellos enmarañados y los vestigios de la ropa que conservaba toda arrugada y en mal estado.

—Por supuesto, es la puerta de la derecha.

—Gracias.

—Te espero con uno de estos —dijo al levantar la taza.

—Por favor.

Él bebió el resto de café sin dejar de mirar hacia donde ella estaba para estar atento si algo le sucedía. Los minutos pasaban e Isabel no salía del sanitario.

Verse en el espejo fue un fuerte golpe, aunque no de la magnitud de los recibidos la noche anterior. El rostro mostraba en algunas zonas un esfumado entre verdoso y violáceo. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre debido al llanto. Ya no le quedaban lágrimas que derramar.

El agua caliente impactó en el cuerpo y de manera frenética tomó el jabón y se refregó cada pulgada de piel para borrar los vestigios del manoseo y avance de él. Cerró el agua al ver que la piel estaba enrojecida y el calor le escocía. Al salir envuelta en una toalla, notó que en la cama había una camisa de una talla más grande; quería tirar la blusa que había llevado hasta ahora que estaba sucia y manchada.

—Te hice unos panes tostados.

—Muchas gracias por todo.

De Luca la contemplaba acercarse. El cabello húmedo y la amplitud de la ropa que vestía aumentaban la fragilidad de su aspecto.

—No tengo apetito.

—Pero debes hacer un esfuerzo por probar algo de lo que te preparé.

—Gracias.

—Hago de cuenta que no lo escuché —contestó con una sonrisa.

Isabel tardó más de lo habitual para ingerir un trozo de tostada mientras observaba el lugar que los rodeaba.

—Estabas alojado en el Savoy, ¿verdad?

—Sí, es habitual que pernocte allí, aunque tengo invitación garantizada en este apartamento, que es de Federico.

—¿Él sabe que estoy aquí?

—No porque debió viajar, pero en unos días estará de regreso.

—Yo no puedo continuar quedándome aquí.

—¿Aquí o conmigo?

Atento a las circunstancias que los rodeaban, De Luca debía tener muy clara la posición de Isabel, más allá de los fuertes deseos de él de no separarse de ella. Del mismo modo que había buscado que la joven descubriese la infidelidad de Fischer, esperaba que fuera ella quien tomase la decisión que Mateo había tomado hace tiempo.

—Aquí. No quiero involucrarlo más de lo que he hecho.

—Entiendo —replicó a la espera de que le contestase la segunda parte de la pregunta.

—Ahora sé que estoy completamente sola, porque no puedo recurrir a nadie de mi familia.

De Luca estaba convencido de que ella no podía recurrir a la familia, y sería peor si tomaban conocimiento de que estaba con él. Aún recordaba el incidente en la gala celebrada en Roma con don Quevedo. Poco le importaba lo que pensara de él, pero estaba seguro de que tomaría represalias con Isabel.

—Estoy convencida de que, de saber lo sucedido, buscarían en mí algún error o intentarían recomponer mi relación con él, a pesar de Sonia y de lo que yo sienta. Así es cómo actuaría mi familia. Tú eres la única persona con quien me siento segura y en quien confío plenamente. Estar contigo no es una elección porque esté sola, sino porque…

—Está bien. —La interrumpió y se acercó para rozar sus labios en los de ella—. Gracias. —Le guiñó el ojo.

—Lo que no sé es cómo seguir. Me preocupa no presentarme al trabajo y no lo digo por el aspecto que tengo, sino porque sé que será el primer lugar en que él me buscará.

—Coincido contigo. De momento, deberás mantenerte alejada de la

embajada. Podrás justificarte con una simple llamada para explicar que estás enferma.

—¿Y cómo crees que él actuará?

—Agradecerá que no te presentes, porque no hay una excusa válida que pueda justificar esa golpiza, salvo que te hubieran llevado detenida, algo que no sucedió. Eso nos permite contar con algunos días en los que él no se presentará allí, pero te buscará en las calles de Berlín.

—Pensar que, cuando se ausentaba por las noches bajo el pretexto de trabajo o por visitar a su familia, se encontraba con Sonia.

—No pienses más en eso. Me dijiste que su familia vive aquí.

—Así es.

—¿Recuerdas dónde?

Si había algo que Isabel no había borrado de la mente, había sido la inoportuna y nefasta visita a la familia Fischer.

De inmediato, recordó la dirección a la que había ido aquella noche para el olvido.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Para saber cuáles son los lugares vedados.

—Mateo, a pesar de lo que te dije, no quiero complicarte la vida, tienes un trabajo que cumplir, una familia, amigos.

—En mi vida me he jugado por lo que me importa y lucharé contigo por encima de todo, ¿entendido?

En ese instante Isabel tuvo un gesto que le entibió el corazón a él: le dio un beso. Necesitaba que fuera Isabel quien se acercara sin temores más allá de la confianza que depositaba en Mateo.

—De acá nos iremos. No quiero comprometer a Federico en esto, ya que hemos actuado juntos sacando personas de aquí. Además, es muy probable que sea a la persona a la que busquen si van tras de mí.

—¿Entonces?

—Ahora debo salir para resolver algunas cosas; solo me iré si sé que te

quedarás tranquila aquí.

El gesto de duda atravesaba el magullado rostro de la joven, aunque ni quisiera develara el miedo que tenía.

—No te dejaría si no supiera que nada va a sucederte.

Créeme, es importante que me mueva con rapidez, no quiero darle tiempo a él.

—Tienes razón.

—Haré todo lo más rápido posible para estar de regreso cuanto antes.

—Te estaré esperando.

La desolación y la angustia que ella sintió tras el chasquido de la puerta no las pudo paliar con otro café ni con cualquier otra cosa que pudiera hacer. Le restaba esperar, aunque esa espera se tornase insoportable y eterna.

*

De Luca sabía que no podría desairar el llamado del embajador argentino, con quien mantenía una buena y grata relación. Mateo lo había conocido a través de otros contactos y no podía desconocer la cita que tenía esa misma tarde. Intuía el tema que se debatiría y desconocía si, una vez concluida la charla, ese ameno vínculo subsistiría. Llegó a horario a la sede diplomática y se anunció. Minutos después se encontraba sentado en unos de los amplios sillones del despacho del funcionario.

—Como sabrá, tengo asuntos por tratar.

—Lo imagino.

—Mejor entonces que vayamos a los hechos.

—Adelante.

—A pesar de la justificación de salud esgrimida por la empleada Quevedo, que permitió que se haya ausentado unos días, su prometido Fischer dice desconocer el paradero de ella y está moviendo los hilos para encontrarla.

De Luca intentaba no perder el control al escuchar ese apellido.

—Veo que no le sorprende lo que le cuento.

—No, aunque yo supongo que usted sí se sorprendería si yo lo pusiera en conocimiento de lo que ese sujeto es capaz de hacer.

—De Luca, se equivoca en fisgonear en asuntos que no le competen.

—Isabel Quevedo es mi problema, y no voy a tolerar que alguien se acerque para dañarla más de lo que está, aunque el que lo haga apele a ser su prometido.

—Como sabrá, yo no estoy aquí para lidiar con cuestiones personales ni de faldas. No es este el lugar para dirimir esos problemas.

—Lo entiendo, ¿entonces?

—Por el conocimiento que nos tenemos, le digo que evite entrometerse en esta cuestión, porque yo he decidido a quien apoyar en este tema.

—Y no será a mí.

—No, ni tampoco a la señorita Quevedo.

—Que es argentina y debería estar bajo la protección de esta Embajada.

—Si no lo conociera, creería que sus dichos provienen de alguien que no está en sus cabales, porque, de lo contrario, no me daría órdenes de cómo hacer mi trabajo.

—Disculpe embajador, entiendo lo que dice, pero ella estaría desprotegida si acá no puede encontrar refugio.

—El señor Hans cuenta con cierto peso, y no quiero entorpecer los buenos vínculos existentes. Por otro lado, debe saber que el padre de la joven ha estado en una misión en su país junto al general Perón. Eso complica todo por la influencia y la presión que se puede ejercer sobre mis hombros, presión que no estoy dispuesto a soportar.

Nadie podía desconocer el estrecho vínculo y la fuerte admiración del general no solo por Il Duce, sino también por Hitler y sus políticas. El funcionario no deseaba verse implicado en un tema ajeno, que podía complicarlo recién llegado a la sede diplomática. Esa joven estaba en el medio de un conflicto del que no pensaba tomar parte más allá de

que le pesara a De Luca.

—Lo sé, porque lo he conocido en una recepción en Roma. Allí estaba Isabel junto a sus padres.

—¿Desde allí se conocen?

—Así es.

—De Luca, sepa que lo aprecio y es en nombre de esa estima que lo convoqué para advertirle que debe tomar ciertas precauciones. Permanecer en esta ciudad no es una buena idea.

De Luca escuchaba con respeto la deferencia del embajador, aunque no pensaba develar los planes que tenía ni lo que había ideado.

—Le agradezco.

—Espero que esta conversación le haya aclarado la mente para actuar en consecuencia.

—Puedo asegurarle que, si tenía alguna duda de cómo actuar, esta charla la ha resuelto.

Ya estaba todo dicho y De Luca tenía una serie de cosas que hacer. Se levantó de la silla para dar por finalizada la reunión.

—No lo molesto más. Muchas gracias.

Mateo caminó hasta tomar el picaporte de la puerta y se detuvo al escuchar lo que le decía el funcionario.

—De Luca, si va a tomar la decisión que creo, tenga cuidado. Le deseo suerte, porque va a necesitarla.

Él asintió antes de cerrar la puerta para salir de allí. Le había quedado clara la posición que había tomado el funcionario, pero no podía culparlo. Se dio cuenta del alcance de Fischer cuando recibió el llamado de la embajada, porque hasta la fecha nadie estaba al tanto de la relación que lo unía a Isabel y estaba convencido de que solo Hans lo habría puesto sobre aviso al embajador. Se dirigió hacia el automóvil para enfilar hacia el apartamento en donde se alojaba. Si había algo que había descubierto de Fischer, era que lo único que no lograba manejar era el tema de Isabel, y eso lo hacía cometer grandes errores.

Levantó la mirada hacia el espejo retrovisor para corregir la posición

que tenía. Allí observó cómo otro vehículo salía detrás para seguirlo. Una mueca sórdida se dibujó en el rostro de Mateo.

Condujo dando una vuelta más grande hasta llegar a destino, entendía que no podía jugar con eso porque Hans, que conducía detrás, conocía mejor que nadie las calles de

Berlín. También estaba claro que hasta ahora no había indicio alguno de que él cobijara a Isabel; de haber existido, la policía estaría interrogándolo. Eso era algo que él buscaba evitar porque hasta la fecha había cometido una serie de irregularidades que, de salir a la luz, lo pondrían en una situación difícil de la que ni su propio país salvaría, muy por el contrario. Se convenció de que Fischer menospreciaba al resto creyendo que podía estar por encima de las personas y de las circunstancias. Y otra vez se había equivocado, lo había hecho con Isabel y ahora con él. Apeó el automóvil esperando que Hans saliera del vehículo que estaba a unos metros para interrogarlo. Sin embargo, no lo hizo. Mateo subió y, dentro del apartamento, se calentó un café que no pudo beber debido a los fuertes golpes a la puerta. No bien la abrió, vio a dos oficiales que le pidieron la documentación e ingresaron para requisar el lugar.

—¿Qué buscan? —preguntó al dejarlos pasar sin ofrecer resistencia.

A un lado del pasillo, se encontraba Hans con una amplia sonrisa, convencido de que lo había atrapado. Tenerlo a pocos metros de él era una gran tentación para acercarse y hacer lo que tanto deseaba desde que había visto el rostro de Isabel destrozado, aunque lo que más le preocupaba eran las huellas invisibles que ella tenía. Por ella debía mantenerse inalterable, como si no supiera qué sucedía ni el motivo por el que la policía inspeccionaba la casa.

—Aquí no hay nadie más.

—¡No puede ser! —se sorprendió Fischer, una vez que había descubierto el escondrijo donde estaba De Luca apañando a Isabel. Eso lo daba por descartado.

—Podemos llevarlo a la central policial.

—Creía que esas medidas la tomaban con los otros, no con nosotros, que estamos en el mismo bando —dijo Mateo sin un ápice de duda en el tono de voz—. Si quieren que los acompañe, esperen, que debo hacer unos llamados antes —

agregó sin dejar a mirar a Fischer.

—No creo que logremos mucho si lo hacemos —sentenció uno de los oficiales que parecía tener más peso de decisión que el otro.

Fischer sabía que no podía exigirles más de lo que habían hecho, no podía tirar tanto de la cuerda del contacto que tenía con la fuerza militar.

—Está bien, vamos. Esto no queda así —sentenció—, ruega que no la encuentre porque no sabes lo que soy capaz de hacerle —rugió cuando los oficiales habían desaparecido por las escaleras.

—Ruego que no sea yo quien te encuentre solo sin el amparo de la fuerza, porque no tienes idea de lo que te haré.

En ese instante, cerró la puerta del apartamento, seguro de que la persecución a Isabel acababa de iniciarse, y esperaba haber actuado con el suficiente tino para sacarla del asedio de Hans Fischer.

En ese instante lo aquejaba calmar la furia contenida desde que se había cruzado con Fischer. Buscó una copa de alcohol para anestesiar la ira que le brotaba por los poros y se centró en recordar lo que había sucedido las horas previas, aquellas en las que pergeñó el modo en que Isabel estuviera fuera del alcance de su prometido. Volvió a beber otro trago y la evocó a ella y los momentos previos.

Aquel día, varías habían sido las cuestiones que debió atender y que lo mantuvieron fuera del apartamento.

Cuando regresó, la encontró a Isabel ansiosa por verlo,

entendía que haberla dejado sola no había sido su elección, sino la única posibilidad para cumplir con el plan que había diagramado horas antes.

—Al fin has llegado —dijo Isabel al levantarse del sillón.

—¿Cómo estuviste?

—Bien.

—Disculpa, no quise preocuparte, pero me gusta que me extrañes —dijo al acariciarle con el pulgar la mejilla—. Esto es lo que necesitas.

Ella miró sorprendida dos bolsas que él le entregó, contenían algunas prendas que ella iba a requerir.

—No sé si es tu talla o tu gusto, pero es lo único que conseguí.

—Está perfecto —replicó sorprendida por ese gesto.

En medio de la maraña de pensamientos y elucubraciones por lo sucedido la noche anterior, no recordaba que necesitaba ropa para vestirse. El vestuario que había en el apartamento quedaría allí.

—Ven.

Él la invitó a que se sentara en un sillón e hizo lo propio en la mesa baja que estaba frente a ella. Necesitaba tenerla así para contarle lo que había pensado durante la noche en vela. Apoyó las palmas de las manos sobre las rodillas de ella y, sin dejar de contemplarla, comenzó a hablar.

—Hoy será el último día que pasaremos juntos aquí.

—¿Nos iremos a otro lado?

—Sí, pero antes debo saber si en verdad confías en mí.

—Por supuesto. Si no, no estaría contigo.

—Bien, pero no basta con decirlo, sino que deberás ponerlo en práctica.

—No comprendo.

—Isabel, te dije que haría lo que fuera por ti, ¿verdad? —

Él notó la confusión en el rostro de la joven al asentir—.

Necesito que estés a salvo de él, pero en esta ciudad su

fantasma va a perseguirte y yo no podré quedarme mucho más aquí.

—¿Entonces?

—Esta vez debo pensar solo en ti y no en lo que yo quisiera. Busco estar contigo mi vida entera, pero para lograrlo debes irte de aquí.

—¿Sola?

—Nunca dejaría que huyeras de aquí sola; lo harás con cierta cobertura, pero no estaré contigo.

—¿Por qué? —preguntó aterrada.

—Porque él sabe que estás conmigo y sería más fácil que nos descubran si estamos juntos. Yo debo quedarme aquí y esperar que él haga su movimiento para demostrarle que no es tan astuto como cree. Creerá que te escondí en algún lugar de la ciudad y perderá el tiempo buscándote; ese es el tiempo que necesitamos para poner distancia de él y de todo lo que te lastima.

—Y si no es en Berlín, ¿dónde estaré?

—Camino a Suiza.

Isabel recibió un impacto al escucharlo, no concebía continuar sin él.

—¿Suiza?

—Sí.

Desde Alemania, Suiza era el mejor destino que podía elegir. La neutralidad que mantenía la nación helvética la transformaba en el lugar ideal para encontrar protección allí. Sin embargo, los deseos de transformar a ese país en una provincia más del Tercer Reich se mantenía en la cabeza de las máximas autoridades alemanas. Aunque existía algo que lo cambiaba todo: el refugio económico que ostentaba ese pequeño país. Cualquier intervención bélica significaría un bloqueo en las cuentas y fondos alemanes.

No obstante, el Gobierno suizo comerciaba con ambos

bandos, el Eje y los Aliados, y llevaba a cabo el comercio de la guerra. Alcanzar la frontera y traspasarla siempre era un desafío y un paso a la libertad.

—Es la posibilidad más certera para que llegues bien y nada te suceda.

—¿Cuánto tiempo me quedaré allá?

—No mucho. Yo te seguiré, pero antes debo despistar a Fischer y darle motivos para que mueva cielo y tierra aquí.

Él no le contaría que dentro de sus planes estaba salir de Berlín con otro destino, con el fin de despistar por si alguien lo seguía con el objetivo de encontrarla, hasta alcanzar Suiza. Sabía que esa sería la finalidad de Fischer no porque ella le importase, sino porque Isabel había dejado su nefasta hombría por el piso al haberlo abandonado. Para De Luca la misión de sacar con vida a Isabel se había transformado en el cometido más importante y complicado. Aunque lo

hubiera hecho otras veces con parte de su familia o con otros contingentes de refugiados, la joven lo era todo para él y no dudaría en dar su vida por la de ella.

—¿Es ese el único motivo para quedarte?

A

pesar

de

la

confusión

provocada

por

los

acontecimientos protagonizados con Fischer, Isabel podía notar el cambio en Mateo cada vez que se refería a él. Los músculos de su cuerpo parecían tensarse a punto de quebrarse. La mirada que ella buscaba para refugiarse y sentirse segura se tornaba gélida y letal con solo nombrarlo.

A ella le daban escalofríos los profundos y oscuros deseos que De Luca callaba y que ella percibía. A Isabel era eso lo que más le preocupaba.

—¿Por qué lo dices?

Por mucho empeño que él pusiera en callar los insondables pensamientos de acabar con Fischer, no era suficiente.

—No quiero que algo te suceda.

—Y crees que, si me enfrento a él, algo podría sucederme.

—Temo por ti —dijo al inclinarse para abrazarlo.

Ella no quería recordar lo sucedido en la fatídica noche, pero en la mente se le había alojado la imagen letal, fría y capaz de matar de quien había sido su prometido. Todo lo vivido con él había sido una vil mentira, pero pudo rescatar algo verdadero y certero de él: que llevaba varias muertes en su haber y que no le preocupaba sumar alguna más. Eso era lo que a ella le causaba pavor; temía por Mateo.

—No te preocupes, que nada me sucederá.

—¿Me lo prometes?

—Sabrás que habré cumplido cuando este contigo fuera de aquí.

Él le dio besos para curar con dulzura el magullado rostro de Isabel.

—Irás con alguien que cruzará contigo a Suiza.

—¿Lo conoces?

—Sí. De lo contrario, si no confiara en él, no permitiría que fueras.

Existía un motivo para que De Luca le confiara lo más importante que tenía. Mateo le había salvado la vida a una amiga muy especial y lo hizo operando desde Milán hacia Argentina. Lo más curioso era que

nadie podía imaginarse que ese sujeto alemán de una imagen impoluta, de una buena trayectoria en política e inmerso en los altos mandos alemanes, con una familia detrás, contaba con una amante judía por la que daría todo. Había recurrido a De Luca implorando que hiciera lo que fuera para sacar a su amor de la zona de conflicto. Le había quedado una deuda pendiente que Mateo creía que nunca se cobraría, porque no solía comportarse así, pero había llegado el momento de hacerlo, e Isabel se había vuelto la moneda de cambio. La única exigencia que De Luca había puesto era que este sujeto –

que Mateo supo conocer en los tiempos de estudiantes,

cuyas carreras y nacionalidades los habían llevado a ocupar distintos cargos– actuara de manera personal, que fuese él y no otro quien llevase a cabo el traslado de Isabel; únicamente de ese modo se quedaría tranquilo.

—Entonces solo me restará esperarte.

—Así es.

Esa espera sería la más dura que le tocaría soportar y contra la que debería lidiar mientras él se quedase en Berlín con la expectativa de cómo fueran a suceder los hechos. Era la primera vez que la tensión y la incertidumbre le ganaban a la razón. No quería que eso sucediera porque debía brindarle seguridad y templanza a Isabel, para que todo saliera de acuerdo a lo estipulado.

—Ahora deberíamos comer algo.

—Yo me encargo —anunció Isabel que necesitaba ocupar las manos en algo para evitar poner en evidencia el temblor que se le había apoderado del cuerpo.

—No sé qué pueda haber en la heladera, deberemos arreglarnos con lo que haya.

—No te preocupes.

No escapaba a él los nervios que ella tenía. Lo único bueno era que Isabel estaba preocupada por lo que sucedería las próximas horas y dejaría de recordar lo ocurrido horas antes. Por más que ambos buscasen encontrar durante la comida algún otro tema de conversación que los distrajera, sobrevolaba un ambiente de tensión imposible de esfumar.

—Tengo una duda —dijo Isabel al dejar el tenedor a un lado luego de hacerlo pasear, varias veces, por el plato.

—Dime.

—Me dijiste cuál sería mi destino, pero no me contaste dónde estarás tú, porque ambos abandonaremos este lugar para no involucrar a Federico Estrada.

—Así es —replicó con una sonrisa al comprobar la absoluta atención que ella había puesto cuando él le había relatado los pasos por seguir —. Conseguí un alojamiento en un edificio cerca de aquí.

—¿No te conviene un hotel?

—Lo pensé, pero estaría más controlado que en un domicilio particular. Hay varios apartamentos que han quedado vacíos y nadie se quiere perder la posibilidad ganar un dinero extra.

—Lo entiendo.

—Vamos, cambia esa cara, que todo saldrá bien. Además, tengo una promesa que cumplir.

—Eso es lo que me mantiene entera.

—¿Recuerdas cuando estuvimos en la Fontana di Trevi?

—Nunca la olvidaría.

—Tú fuiste mi deseo antes de arrojar la moneda en la fuente.

—¿Sí?

—Claro, aunque yo no soy muy afecto a la tradición —

contó al tomarle la mano—, y no iba a fiarme solo de eso.

No me detendría hasta encontrarte.

No sabía cómo lo hacía, pero Mateo lograba distraerla, incluso en los peores momentos, y la llevaba a recorrer las instancias más bonitas que había vivido con él.

—Ven.

Isabel abandonó la silla para sentarse sobre las piernas de él y se

fundió en un sentido abrazo. El sentimiento que crecía dentro de ella y que aún no podía confesar la llenaba de esperanza a pesar de todo. Hacía un gran esfuerzo en centrarse en eso y dejar de pensar en todos quienes la habían rodeado.

—Quiero que solo pienses en mí —susurró él.

—No tienes que pedírmelo.

—¿En serio?

El acababa de separarse de ella para observarla, algo que no se cansaría de hacer. No importaba lo que a Isabel le había tocado vivir, porque el candor y la ingenuidad estaban sellados en esos ojos que lo miraban atentos por lo que fuera a decirle.

—Sí.

La besó para estampar el profundo sentimiento que reprimía, porque no quería abrumarla más de lo que estaba.

Lo que vino después fue una seguidilla de preparativos para lo que se vendría.

El cansancio y los nervios vividos durante las últimas cuarenta y ocho horas habían permitido que Isabel se durmiera en sus brazos. Ninguno se había permitido confesar algo más porque no querían vivir ese momento como lo que era, una despedida. Ambos buscaban que esas horas se extendiesen en el tiempo dejando a un lado que, muy pronto, cada uno tomaría un camino diferente.

Desde el cristal de la ventana, Mateo contemplaba la noche cerrada; aún faltaban unas horas para que comenzara un nuevo día. De Luca se había mantenido en vela repasando en su cabeza cada uno de los pasos que había pergeñado para sacar a Isabel de Berlín. Aún no la había despertado, pero pronto lo haría, ya que deberían abandonar el apartamento. Quería que ella descansara y juntara fuerzas para lo que se avecinaba. Un leve sonido lo sacó del ensimismamiento en que estaba absorto. Al darse vuelta, vio a Isabel con los cabellos rubios enmarañados observarlo desde el marco de la puerta.

—Confío en ti y sé que todo saldrá bien.

Ella era única: le decía que todo saldría bien y debería viajar con un hombre que no conocía, salvo por los dichos de él. Permanecería en una tierra que le era ajena, dejaría a un lado a su familia, descreída de

aquellos en los que había confiado, salvo en él. En ese instante no necesitó llamarla,

como solía hacerlo, sino que Isabel cruzó la sala para lanzarse a los brazos de él. Entonces se fundieron en un beso desesperante que hablaba de una despedida y de la incertidumbre por el mañana.

—Creo que han venido por ti.

Aunque le hubiera encantado ser parte de la huida de ella y estar a su lado, sabía que ese era el modo más seguro.

Aún contaba con la buena estrella de no haber sido descubierto, no podía jugar con la suerte que hasta ahora a Isabel le había sido esquiva.

—Ya estoy lista.

—Ya sabes todo lo que hemos hablado. Te he explicado cómo sucederá todo, ¿verdad?

—Sí.

No había querido marearla con las posibilidades que podían darse y algunas de ellas él no quería ni pensarlas.

—Juro por el amor que te tengo que todo saldrá bien.

Él no admitía que fuese de otro modo. Notó que ella iba a agregar algo más, pero De Luca le colocó un dedo sobre los labios para evitar que dijese algo para lo que no estaba preparada.

—Habrá tiempo para que me lo digas. Solo debes esperarme.

Los ojos de Isabel estaban nublados de lágrimas que intentaba no derramar. Necesitaba ser fuerte y demostrarle a Mateo que valía el sacrificio que hacía por ella. Sin embargo, desconocía que era innecesario, porque De Luca daría lo que no tenía para liberarla del infierno que había vivido y permanecer a su lado. Poco después salieron del apartamento. Isabel se adentró en el vehículo que aguardaba en la calle. De Luca se mantuvo allí mirando cómo ella se alejaba, ahora le tocaba a él continuar con el plan.

CAPÍTULO 20

Sin escapatoria

La ciudad de París se encontraba bajo el dominio absoluto alemán con las consecuencias que ello acarreaba. Los censos realizados, no bien había sido ocupada la ciudad tiempo atrás, daban cuenta de los distritos en los que se habían afincado los judíos, aquellos que no habían huido.

Pasado el tiempo y con la dominación alemana avanzada sobre el país, les habían exigido que portasen una estrella amarilla como símbolo de identificación. La política de persecución hacia los judíos se había incrementado tanto en las zonas ocupadas por los alemanes como en las que no lo estaban. Vichy, que alardeaba de contar con un gobierno francés, nunca se había mantenido al margen de las políticas de arianización en las que habían confiscado las propiedades de judíos para dárselas al Estado francés. La Ciudad Luz no había sido la excepción y, debido a la estrecha colaboración con el régimen nazi y bajo el apoyo del gobierno de Vichy, la policía francesa había llevado a cabo la mayor redada de judíos: niños, mujeres y ancianos.

Ellos habían sido llevados hasta el velódromo de invierno, para luego ser deportados a Polonia, a Auschwitz. Las decisiones políticas se endurecían cada vez más y se perdía la esperanza de dar por finalizada la contienda bélica.

Para Brandon permanecer allí se hacía cada vez más asfixiante. No toleraba las atrocidades, menos que fuesen las autoridades francesas quienes, avaladas por las alemanas, actuasen con semejante crueldad. Sin embargo, debía estar allí para culminar con lo que había comenzado.

Concurrir a la agencia era el remanso ante la situación que se vivía. Quizás no era el trabajo lo que le daba sosiego, sino el permanente recuerdo de Gabrielle. Ingresar a la sala de revelado era conectar con su presencia en las largas jornadas que ella pasaba bajo el destello púrpura de la luz que utilizaba para darles vida a las fotografías tomadas.

—Brandon —lo llamó su socio.

—Dime.

—Quiero darte un material para que lo veas.

Ambos se dirigieron hacia el despacho de Bernard y cada uno se sentó

a un lado del escritorio para mantener una de las tantas conversaciones que tenían cuando Brandon estaba en la ciudad.

—¿Qué te parecen?

—Son de muy buena calidad.

—Sin dudas, Gabrielle marcaba la diferencia.

—Por supuesto.

—No puedo creer que nos haya abandonado.

—Quiso seguir su camino y es mejor así.

—Para ti, no para mí.

—Bernard, creo que no tienes una buena mañana, no entiendo de qué hablas.

Un silencio sobrevoló el despacho. Brandon sabía que su socio no se iba a quedar tranquilo con la partida de Gabrielle. Y allí estaba, insistiendo en saber más.

—Sabes de qué te hablo. Si crees que no te conozco lo suficiente, te equivocas. Si no supieras de ella, no podrías estar aquí sentado hablando sobre el nuevo camino que Gabrielle tomó.

—Bernard, déjalo ya.

—Claro que lo hice cuando me di cuenta de que ella no podía estar con alguien más que no fueras tú. Lo único que espero es que nada le suceda en el lugar donde esté.

—Yo también.

Brandon no agregó más porque hacerlo implicaba dar a conocer sus actividades clandestinas.

—Si esto es todo, será mejor que siga con algunas cuestiones pendientes que dejé en mi escritorio.

Apenas alcanzó el picaporte de la puerta, se detuvo ante el comentario de su socio.

—Hay algo que debo decirte.

—Te escucho.

—En tu ausencia, estuvo Heidi aquí.

—¿Qué quería saber? —replicó con hastío.

—De ti no mucho, pero me preguntó si estaba al tanto de hacia dónde había partido Gabrielle.

Otra vez ella estaba indagando y metiendo las narices donde no le correspondía. Él creía que había sido lo suficientemente claro la última vez, pero Heidi era una caja de sorpresas.

—En verdad, no sé qué les haces. Puedo asegurarte que Heidi mostraba un interés desmedido por Gabrielle y no creo que con ella la una amistad, muy por lo contrario.

—Entiendo. Gracias.

Brandon se encerró en el despacho con una gran frustración por no haber logrado que Heidi comprendiese en verdad cómo eran las cosas. De nada había servido la conversación mantenida en más de una ocasión; nunca se podía hablar de modo sensato, ya que la discusión le ganaba a la cordura y todo se desmadraba.

*

Marie no creía que fuera posible cumplir con todas las obligaciones que tenía por delante. A pesar del trabajo, no dejaba de extrañar a Gabrielle, se preocupaba por ella porque estaba convencida de que no estaba preparada para el camino que había elegido. No obstante, cuando la preocupación la embargaba, se daba cuenta de que no había habido otra elección posible en aquel momento: ella debía huir de la ciudad y la única alternativa había sido el escape pergeñado tiempo antes.

Aquella tarde creía que había culminado con la tarea, pero una llamada de urgencia la hizo dejar todo a un lado y concurrir a un centro hospitalario. Durante el trayecto hasta al lugar, no había dejado de rezar junto a una medalla de la Virgen en la creencia de que al fin la había escuchado y el fuerte deseo que venía persiguiendo se hacía realidad.

Apenas el vehículo se apeó al cordón, ella se lanzó para cruzar la

distancia hasta ingresar al hospital y enfilar hacia la sala indicada. Al entrar, dos hileras de camas con enfermos se extendían a lo largo del pabellón. Algunas enfermeras deambulaban por allí asistiendo a los pacientes que entre quejidos y lamentos se hacían entender. A medida que se adentraba, contaba el número de cama hasta que llegó a la indicada. Allí, bajo el número veinticuatro, se encontraba Pierre Leroy en grave estado. El roce de una asistente en el brazo la sorprendió ante el panorama que tenía frente a ella.

—Gracias por venir. No creemos que resista mucho más.

—¿A qué se refiere?

—Su estado es gravísimo, y debemos atender a otros que cuentan con la certera posibilidad de salvarse.

Marie no necesitaba que le explicasen sobre el triaje. La selección que se hacía de los pacientes, con el fin de atender a aquellos que contaban con una mayor sobrevida,

era algo que se venía ejerciendo en tiempos de guerra, más aún en el campo de combate cuando la asistencia médica estaba desbordada de enfermos. En ese caso, la falta de personal y a la gravedad del caso impedían que Pierre tuviera la atención requerida.

—Hemos hecho lo necesario desde que ha llegado a aquí

—explicó al ver el gesto de preocupación de la joven.

—Yo puedo asumir la asistencia del enfermo.

—No creo que…

—Colaboro con la Cruz Roja y estoy capacitada para hacerlo. De ese modo, les quito la preocupación a ustedes.

—Si se hace responsable, se lo agradezco. Aún debe arribar la familia que fue notificada igual que usted.

Desde que ella había ingresado a la organización, había buscado saber de Pierre. Marie no había perdido las esperanzas y no quería pensar en la única posibilidad que planteaban algunos. Considerarlo un soldado muerto no estaba en su cabeza; al menos no hasta que pudiera constatarlo. Ahí estaba, enfrente de él, que tenía los rasgos del rostro desdibujados. Las vendas que le cubrían parte del cuerpo permitían vislumbrar el mal estado en que se encontraba. Nadie podría creer que

aquel joven alto y delgado fuera quien estaba recostado en esa cama.

—Prefiero que no les digan quién soy. No quiero que me cuestionen en una instancia tan delicada para todos.

—Como quiera, ahora le traigo la planilla médica para que pueda constatar los índices que aún conserva.

Ella asintió y, en cuanto la asistente se fue, se acercó y le colocó la mano en la ardiente y perlada frente de Pierre. Las gotas de sudor vagaban por ese cuerpo con altas temperaturas. No necesitaba saber que cursaba una infección, aunque esa fuera una de las tantas afecciones.

—¿Dónde estuviste? —murmuró al besarle una parte de la cabeza que no estaba vendada—. ¿Qué te hicieron? —

completó al observarlo con detenimiento.

—Marie, aquí tiene. —Una enfermera le entregó la planilla con las indicaciones—. Cualquier cosa que necesite, solo debe avisarnos. Gracias por colaborar. En las rondas nocturnas, veremos cómo sigue.

Lo único que buscaba la asistente era darle tranquilidad a la joven que permanecía apesadumbrada y con la tez pálida en consonancia con las paredes del lugar.

—Me quedaré con él esta noche. Por lo que veo, necesita un cuidado extremo y quiero permanecer a su lado.

—Por supuesto, hoy me quedaré también. Mi nombre es Giselle.

—Gracias otra vez.

Ni los paños de agua en la frente ni la medicación habían hecho ceder el cuadro.

—¿Cómo está?

Allí, contemplando a su hijo se encontraba monsieur Gérard, sobrecogido por la imagen que tenía enfrente.

—De gran gravedad, pero haré todo lo que esté en mis manos para que salga de aquí con vida.

—Fue un error —murmuró sin quitar la vista de su hijo.

—¿Cómo dice?

—Haberle insistido en que se alistara. Muy en el fondo, me negaba a creer que él no estaba hecho de la madera de los Leroy.

Marie no daba crédito a los dichos de un padre frente a la cama de un hijo moribundo.

—De no haberlo hecho, él seguiría en la librería de la familia, de donde no debería haber salido.

—Si me disculpa, debo continuar asistiéndolo y no sé si quiera presenciarlo.

—Tiene razón, es mejor que me vaya y deje que lo atiendan. Vendré mañana para saber cómo sigue.

Sin más, se retiró por el largo pasillo, mientras Marie, indignada por la actitud de Leroy, atendía a Pierre. Ella estaba al tanto del trato dispensado al joven y la fuerte necesidad de él de complacer a su padre para que se sintiese orgulloso. Parecía que nada de lo que había hecho le bastaba a ese padre que, aun en esas circunstancias, continuaba castigándolo.

—Prometo que todo estará bien —susurró al quitar otro paño de agua.

En ese instante creyó escuchar un leve murmullo. Se acercó más a él, estaba convencida de que algo había dicho en medio del delirio en que se encontraba por el estado y la alta temperatura que no cesaba.

—Gabrielle.

No importaba en qué estado estuviese; el permanente recuerdo era para su amiga. Sin poder contenerse, comenzó a sollozar en silencio. Rogaba con fuerzas que él pudiera salir de la situación en que estaba para recordarle que ella había estado y estaría junto a él. Solo necesitaba tiempo, pero el destino parecía negárselo.

A pesar de los fuertes esfuerzos que ponía por atender a Pierre, había algo que debía hacer. Esa tarde se alejó del hospital y se perdió por las calles de la ciudad, necesitaba que el aire la espabilara y le permitiese refrescarle la mente, embotada desde hacía unos días, cuando se había enterado de que Leroy estaba con vida. Ingresó al edificio y buscó el apartamento. Recorrer los pasillos y subir por el elevador le trajo recuerdos y confirmó la soledad que la rodeaba. Cuánto necesitaba hablar con una amiga y contarle lo que le sucedía, estaba convencida

de que Gabrielle la entendería más que cualquier otra. Tras unos golpes a la puerta, vio a Brandon asomarse.

—Marie, adelante.

—¿Estás solo?

—Sí, ¿quieres tomar algo?

—No, estoy sin tiempo, pero debo saber de Gabrielle.

Notó en él cierto escozor al escuchar el nombre de su amiga.

—No sé si deba disculparme por pedirle a mi madre que no te informara hacia dónde habíamos partido, pero Gabrielle me lo imploró.

Brandon no olvidaba aquella noche de desesperación al darse cuenta de que Gabrielle había abandonado el apartamento sin ninguna nota o algo que dijera dónde estaba. La primera opción había sido ir a la casa de Marie, pero no había recibido ninguna respuesta.

—No importa.

—Quiero comunicarme con ella y algo me dice que es más fácil venir hasta aquí que hacer una serie de contactos para localizarla.

—Marie, no creo que pueda ayudarte, pero ¿qué es lo que debe saber?

—Que Pierre está con vida y hospitalizado.

—¿En qué estado?

—Su vida pende de un hilo.

De inmediato él se acercó y abrazó a su antigua compañera de Le Figaro. Pudo notar la angustia que tenía, no bien había abierto la puerta.

—Todo saldrá bien, quédate tranquila.

Ella se separó de él, para fijar su mirada y observarlo. A pesar del abombamiento mental, tuvo claridad ante el pensamiento que se le cruzó en ese mismo instante.

—Sé que el mensaje llegará a destino.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sabes lo que me une a Pierre, y solo Gabrielle lo sabía. De no ser así, tú estarías preguntándome una y otra vez sobre él, y cuál sería el motivo para que, en una instancia así, pregunte por ella.

El silencio de Brandon confirmó lo que ella acababa de afirmar, no necesitaba que le dijera nada más.

—Juro que, cuando abandoné Vichy sin ella, creí que había cometido un gran error, más cuando en un puesto de patrulla nos requisaron. Luego me llegaron noticias de que ella estaba bien.

—No te preocupes.

—Cuídala mucho.

—Más que a mi vida.

—Debo irme, no quisiera que sucediera algo y no estar allí.

—Marie, ya sabes que, cualquier cosa que necesites, solo debes decírmelo.

—Gracias.

Ella se perdió por el pasillo para tomar el elevador y regresar hacia el hospital a la espera de que hubiera alguna buena noticia. Ya no soportaba tanta pesadumbre, solo la esperanza que todo cambiase le daba fuerzas para continuar.

En el apartamento, Brandon se sirvió una copa de alcohol para aliviar la ausencia de Gabrielle. El tiempo que estaba en París buscaba abrumarse con las actividades para sofrenar la imagen de ella, aunque la visita de Marie había activado aún más su recuerdo. Le habría encantado quedarse allí, pero debía cumplir con su padre, que lo aguardaba para mantener una reunión. Ya no soportaba más la dualidad que vivía, a pesar de que tenía clara la causa que lo llevaba a obrar de esa manera. Se cambió sin ganas y enfiló hacia la casa que, en algún tiempo pasado, había sido el hogar en el que había crecido.

—Te estaba esperando —dijo monsieur Dubois con cara adusta al recibirlo.

Ambos enfilaron hacia el escritorio. Brandon creía que mantendría una reunión con su padre, pero se sorprendió de que hubiera un alto

contacto nazi sentado en el amplio recinto. Era eso lo que siempre había intentado evitar, y Dubois lo sabía. No quería mantener reuniones con otras personas que no fueran su padre, ni buscaba exponerse tanto, pero parecía que Aaron no lo había entendido.

—¿Se conocen?

—No —replicó Brandon con mala cara antes de las respectivas presentaciones.

Minutos después arribó Heidi para sumarse a la reunión.

—Nos hemos reunido todos porque debemos enfocarnos en lo que viene.

—¿A qué te refieres?

—Desde hace un tiempo los operativos no salen como antes —comentó el alemán—. No se puede soportar otra falla.

—Esos forajidos que continúan resistiendo en Lyon están complicando todo, echaron a perder aquel envío. Y quiero que sepa que ese fue un error que no estamos dispuestos a soportar.

—Mejor que así sea. Si no, ya sabe las consecuencias —

advirtió.

—Por supuesto.

Dubois no estaba dispuesto a perder un solo encargo más ni a descuidar el dinero de su negocio. Ubicarse del lado del vencedor en esta contienda que aún no había finalizado había sido, según su parecer, un gran acierto. No pensaba estropearlo por nada del mundo, menos aún por unos bandoleros que con aires de rebeldía e independencia proclamaban ir contra el régimen nazi.

—Hijo, te noto callado.

Brandon dudaba de que ese comentario fuese inocente y de que no se diera cuenta de que lo estaba poniendo en evidencia. La única respuesta a eso era que su padre tuviera dudas, y Brandon fuese el gran interrogante para monsieur Dubois.

—Creo que es una batalla complicada, ya que Lyon es el emblema de la Resistencia. No me parece que sea allí donde sea conveniente actuar. El próximo encargo se puede hacer mediante vías alternativas.

—No estoy de acuerdo con usted —afirmó el alemán—, pero todo va a cambiar con la llegada de Nikolaus Barbie a Lyon. Con Klaus al frente de la Gestapo, se acabará todo esto.

Brandon se mantuvo inalterable, pero lo que escuchaba no era una buena noticia. Conocía que Barbie se había unido a las SS de joven. Se especializaba como interrogador y era conocido por la crueldad que aplicaba en los interrogatorios. Si buscaba instalarse en Lyon, era porque aún no había logrado desmantelar a la Resistencia e intentaba hacerlo de un modo u otro.

—Por suerte, muy pronto todo terminará —completó con frialdad Heidi.

Sin lugar a dudas, la distancia que Brandon había puesto entre ellos, desde que había regresado de Lyon luego de sellar su amor con Gabrielle, había causado estragos en la joven. En uno de los raptos de ira ella había abandonado el apartamento ante la negativa de él de continuar con la especial amistad que tenían. Ella había jugado su última carta al irse, creyendo que él la buscaría, pero no había sido así. A pesar de la gélida actitud que Heidi mostraba, Brandon la conocía y sabía que dentro de ella bullía una furia contenida que explotaría en cualquier momento.

—Así será —agregó el anfitrión—. Cueste lo que cueste, acabaremos sin piedad con ellos.

Dubois miró a los asistentes y terminó la requisa con la mirada fija en su hijo.

—Así será —retrucó Brandon sin dejar de mirar a su padre.

En silencio y sin necesidad de palabras, ambos mostraron sus cartas y habían definido de qué lado estaban en esa contienda. Restaba saber quién llevaría el cetro de la victoria.

—Me retiro —agregó el alemán sin ningún saludo.

Dubois tardó unos pocos minutos para despedir a su invitado. No escapaba a él la actitud de su hijo con Heidi.

Parecía que todo lo que le había aconsejado a Brandon de estrechar el vínculo con la joven había sido en balde.

—¿Otra copa?

—No, yo también me voy —respondió Brandon.

—Creí que te quedarías a cenar.

—Tengo varias cuestiones pendientes en la agencia.

—Me imagino —comentó de mala gana el dueño de casa.

Estaba cansado de que su hijo distrajera la atención en ese trabajo que no le reportaba las ganancias que el negocio familiar le aseguraba.

—Yo tampoco seré de la partida, porque debo preparar todo para mi viaje.

—¿Adónde te irás?

—Iré a Berlín.

—¿Berlín? —inquirió Brandon.

—Allí está mi primo Hans y me gustaría volver a verlo.

Brandon sabía de la existencia de ese pariente que vivía en la Argentina y que cada tanto regresaba a Alemania.

También sabía lo apegada que era a su primo; sin embargo, percibió una rara sensación. Era preferible finalizar esa reunión, que no se había dado por los carriles que él esperaba.

—Nos veremos a la vuelta.

—Así es —replicó con una sonrisa.

El dueño de casa culminó la reunión con una copa en la mano, convencido de que nada ni nadie se interpondría en su camino.

*

Los días en la ciudad de Lyon avanzaban con una rapidez inusitada. Gabrielle ya se había habituado a cierta rutina en Coeur Brave. Ivo controlaba si ella necesitaba algo, quizás por demás. Ya se había hecho costumbre concurrir a la sala de la pensión para escuchar, en la voz de Pierre Bourdan, un micro de cinco minutos de la BBC. Oírlo era un delito: aquel programa inglés se había prohibido primero en la zona ocupada y luego en la zona libre. Quien desobedeciera y fuera

descubierto debería pagarlo no solo con una alta multa, sino también con su libertad. Antes de la cena, ayudaba a Ivo en algunas cuestiones del lugar y, al finalizar el día, caía rendida en la cama de la habitación hasta comenzar una nueva jornada.

Desde que Brandon había abandonado la ciudad, Gabrielle no había dejado de mantener reuniones con Madeleine Fournier. Y conservar esa actividad le permitía anestesiar el fuerte sentimiento que la unía a él y evitar extrañarlo más, si eso fuera posible. En esas jornadas, ambas habían logrado estrechar la relación unidas por la soledad que compartían y los fuertes deseos de colaborar.

Aquel día Madeleine la había citado antes de la hora que solían reunirse.

—Disculpa que te haya llamado fuera de nuestro horario habitual.

—No se preocupe, me encanta poder ayudar.

—Gabrielle, conozco tus buenos deseos con nuestra causa y recuerdo que me habías manifestado que querías colaborar más allá de los límites de Lyon.

—Así es.

—En dos días sale un contingente con algunos de nuestros colaboradores hacia Gurs.

Escuchar esa noticia le produjo una gran sorpresa; entendía que en cualquier momento se haría ese viaje, pero saberlo implicaba tomar la efectiva decisión de ir o no. Creía que sería más fácil abandonar la ciudad. Lyon era el reducto de Brandon y aguardaba que regresara sin saber a ciencia cierta cuándo lo haría. Participar del contingente implicaba afianzar sus convicciones, ya que desde que había comenzado la guerra había querido estar con su cámara registrando lo que sucedía en el campo de batalla. No lo había logrado y esta era una oportunidad de colaborar con la causa que también enarbolaba Brandon.

—Te lo dije una vez y te lo repito: no debes sentirte presionada. Solo te aviso de este viaje porque así habíamos quedado.

—Madeleine, muchas gracias.

—Quiero mostrarte y contarte un poco cómo es arribar allí.

El interés de Gabrielle se fue acrecentando a medida que la escuchaba, debido al entusiasmo que ponía al describir lo que harían en esa misión.

—Creo que será mejor que te vayas y pienses qué vas a hacer, porque, si vas a viajar, es mejor que pongas todo en orden para partir.

—Me iré entonces.

Gabrielle no había notado el tiempo que había pasado junto a Madeleine hasta que salió y observó que el atardecer caía y la noche se apoderaba del cielo. Emprendió el camino de regreso ensimismada en sus pensamientos,

rememorando lo hablado; quizás esa distracción la hizo tomar un recorrido distinto al habitual. Dio unos pocos pasos y una sensación diferente la envolvió. De inmediato se centró en su alrededor. La calle estaba desierta y lo que le daba vida era una construcción ubicada a mitad de la cuadra. La imponente y lujosa edificación pertenecía al Hotel Terminus. Era la primera vez que lo veía. En la entrada, unos hombres fumaban delante de la puerta giratoria. El escozor que recorría el cuerpo de Gabrielle se intensificó al observar con detenimiento a una mujer que estaba de costado hablando con uno de ellos. No necesitaba tenerla en frente para saber que esa rubia de esbelta figura era Heidi. Un fuerte temblor se apoderó de sus manos y caminó en sentido opuesto hasta perderse por aquella esquina; buscó el camino de regreso para alcanzar cuanto antes Coeur Brave. No sabía el motivo por el que estaba allí, pero entendía que debía evitar cruzarse con ella. Gabrielle la había visto perder los estribos por Brandon, habría hecho lo que fuera por él, y ahora se encontraba despechada. Eso la transformaba en una mujer peligrosa, más de lo que ya era. Llegó a la pensión con la respiración agitada.

—Gabrielle, ¿cómo estás? —la saludó Ivo siempre atento a lo que pudiera ocurrirle.

—Estoy bien.

—Yo no te veo bien. Ven.

En Lyon no había muchas personas en quienes pudiera confiar, con una de ellas había compartido la tarde y a la otra la tenía frente a sus ojos. Él la condujo hasta una sala pequeña y privada detrás de la mesa de ingreso al lugar.

—Es que he visto a una mujer que no esperaba encontrar aquí.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Antes de abandonar París. Y, ahora, en el camino de regreso, la vi en la puerta del Hotel Terminus.

—¡No debes pasar por allí! —exclamó desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué sucede ahí?

—Se acaba de trasladar la Gestapo a cargo de Klaus Barbie. Es un hombre de temer y debemos andar con mayor cuidado del que hemos tenido hasta la fecha.

—Entonces…

Un frío helado le corrió por la espalda a Gabrielle. Notó un gesto de preocupación en el encargado del lugar y no supo apreciar la gravedad de sus dichos.

—Es mejor que vayas a tu habitación y no salgas de ahí.

En un rato te llevaré la cena y hablaremos.

Ella asintió y enfiló rumbo al cuarto notando cómo todo se precipitaba. Tras cerrar la puerta, pensó las implicancias de lo sucedido y supo la decisión que debería tomar. Poco después resonaban los golpes de Ivo contra la puerta.

Cuando le abrió, se encontró con una bandeja con un plato de guiso y unos panes. Ella la tomó y la dejó sobre la cómoda de madera. Los cajones de ese mueble estaban abiertos y prácticamente vacíos.

—¿Qué haces?

La poca ropa que tenía estaba arrumbada sobre la cama junto a un amplio bolso en el que introducía las prendas de cualquier modo.

—Llegó el momento de que me vaya. Ya has hecho mucho por mí.

—No puedes irte, antes debo avisar.

—No vas a hacerlo.

—Gabrielle, debes ser razonable.

—Porque lo soy es que acabo de tomar la decisión correcta. Si no me voy, ella va a encontrarme y puedo jurarte que te pondrá en peligro.

Este lugar, tarde o temprano, será descubierto y tu fachada también. No creo que sea lo que deseas.

—Quizás tengas razón, pero tengo orden de mantenerte a salvo a costa de lo que sea.

—Si es así, déjame ir. Madeleine Fournier me ha ofrecido su colaboración para lo que necesite.

Ivo evaluó la situación y analizó que, más allá de las órdenes dadas, lo mejor para la organización era sacar a Gabrielle de allí. Estar junto a alguien que pertenecía a una causa humanitaria le daría a ella, al menos unos días, cierta protección hasta que viese cómo seguir.

—Será solo por poco tiempo —agregó Ivo—, hasta ver cómo sigue todo.

—Está bien, es lo mejor para todos.

—Esta será tu última noche con nosotros. En la madrugada nos iremos; te acompañaré a la casa de Fournier.

—¿Es seguro quedarme aquí esta noche?

—Sí. Es mejor que llevarte ahora.

—Está bien, te estaré esperando.

—La comida se debe haber enfriado; por favor, come.

—Lo haré.

Gabrielle completó lo que estaba haciendo. Las dudas que tenía acerca de cómo seguir se acababan de disipar. En medio de la maraña de pensamientos que le revoloteaban en la mente, buscó en su mochila una lapicera, tomó un papel y escribió una carta. Esperaba que se la diesen a Brandon cuando regresara a la ciudad. Entendía que lo haría, pero no sabía cuándo. Esperaba que el tiempo no le jugara una mala pasada y que él tuviera la oportunidad de leer esas líneas.

Mi amor:

En el instante en que leas esta carta, yo no estaré a tu lado. Durante estas semanas mi único pensamiento ha sido saber de ti rezando para que hayas resuelto los temas pendientes que tenías en París. Es lo que he hecho aquí.

Como sabes, me reuní con Madeleine para colaborar porque siempre supe que había otra alternativa que no fuera quedarme aquí. Sin embargo, no tuve la suficiente valentía de confesártelo porque no quería echar a perder nuestra última noche. Sabes que te confiaría mi vida y te pedí que confiarás en mí. Es lo que espero que hagas cuando recibas esta carta, porque yo estaré en Gurs. Allí voy a poder colaborar del modo que siempre quise. Solo te pido que no me juzgues y que entiendas el motivo por el que lo hice.

Sin embargo, hubo un hecho que precipitó mi decisión: saber que ella está aquí. Desconozco el motivo de su presencia, pero la consideré un mal augurio. Ivo ha hecho lo que correspondía creyendo que me quedaría unos días con madame Fournier. En la madrugada me acompañará hasta allí para asegurarse de que estaré bien; me ha cuidado como estoy segura tú le pediste que hiciera.

Te amaré, como el sol y la luna.

Tuya por siempre.

Gabrielle finalizó la sentida carta con lágrimas en los ojos.

Cada palabra vertida sobre el papel revelaba el profundo sentimiento que guardaba por Brandon y entendía que el paso que daría en breve la colmaba de inquietud, pero creía que era lo que debía hacer, que no tenía escapatoria. Junto al sobre, dejó su querido y gastado sombrero negro; esperaba regresar y volver a usarlo en compañía de Brandon.

Miró alrededor. Como ya tenía todo listo para la partida, se sentó sobre la cama, segura de que pasaría una noche en vela. Los interrogantes sobre la presencia de Heidi la hostigaban, más sabiendo la cercanía que había tenido con Brandon. Los pensamientos se alternaban con la proximidad de aquel viaje incierto.

La madrugada coloreaba de púrpura el cielo y el silencio en las calles de la ciudad era absoluto. Luego de indicarle a Ivo lo que había dejado en su cuarto para Brandon, salieron de Coeur Brave.

—Hemos llegado —anunció.

—Gracias por acompañarme.

—Sabes dónde encontrarme, no dudes en ponerte en contacto para lo que sea.

—Sí.

—No sé si él estará conforme con esto, pero de este modo estás protegiendo a la organización.

—Hasta pronto.

—Cuídate. Ha sido un placer conocerte.

Para Ivo había sido un honor cuidar de alguien importante para La Sombra. También esperaba haber protegido a la organización al permitir que se fuera para evitar poner en riesgo todo.

La dueña de casa no tardó en abrirle la puerta y recibirla con un fuerte abrazo.

—Te estaba esperando, sabía que vendrías.

—Quizás no es la hora más conveniente.

Madeleine observó un bolso de cuero con las prendas que Gabrielle pensaba llevar.

—No sé qué traes allí, pero estoy segura de que no es lo que vas a necesitar allá.

—Es lo que tengo.

—Yo te daré lo que necesitas. Para empezar, unas botas.

Calculo que seremos el mismo número, si no, con unas medias podrás solucionarlo. También, algo más de abrigo.

Ahora me iba a preparar algo para comer. Acompáñame.

Ambas atravesaron la sala e ingresaron a la amplia cocina.

—Gabrielle, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias.

—Verte me recuerda la joven que fui alguna vez, que iba tras sus convicciones. Mírame, no me ha ido tan mal.

—Eso creo.

—Y por eso mismo tomé una decisión que dependía de si te sumabas a la misión. Yo seré parte del viaje.

—¿Iremos juntas?

—Así será. Durante las largas charlas que tuvimos, has cuidado de no contarme demasiado de tu vida, y comprendo que debes tener tus razones. Vivimos una época en que callar nos mantiene vivos.

—Gracias, Madeleine.

—Comamos, que debemos ponernos al día para abandonar la ciudad.

—Por supuesto.

El resto de las horas sirvieron para ultimar los detalles para emprender el viaje rumbo a Gurs.

CAPÍTULO 21

Para Fischer la búsqueda había llegado a su fin. Durante los últimos días, no había hecho otra cosa que averiguar dónde podían estar. La ira y la sed de venganza eran tan grandes que en ese momento ansiaba encontrarse con De Luca y destrozar cada parte de su cuerpo, más tarde tomaría a Isabel y le haría lo que quisiera. Con ella todo sería más fácil. Estaba claro que se había equivocado en cómo la había tratado durante el tiempo que habían estado juntos. Él creía haber cometido el mismo grave error que el resto de la familia: diferenciar a las hermanas Quevedo; una, díscola, despreocupada e irresponsable; la otra, la joyita de la familia. Sin embargo, ese tesoro del que todos se enorgullecían se había fugado con otro hombre.

Desde la noche del incidente en el apartamento de la joven, no dejaba de reprocharse haber sido tan considerado de detenerse justo antes de acabar con Isabel. De haber seguido, se habría evitado la pérdida de tiempo buscándola, aunque la persecución había llegado al final. También se habría ahorrado los comentarios familiares de reproche en la elección de esa joven. No le perdonaría a ella que lo hubiera transformado en un hazmerreír dentro del círculo que se movía. Por más que esta noticia no se había expandido, algunos, en especial en la embajada, murmuraban por detrás. No toleraba estar en boca de los

demás por culpa de la zorra de Isabel, porque ella se había transformado en eso. A pesar de haber apelado a las autoridades policiales para que prestaran su colaboración para rastrearla, no había llegado a un resultado satisfactorio. Además, la policía estaba muy ocupada en arrestar y trasladar a los judíos a los campos construidos en Alemania y Polonia. No era tan fácil meterse con personal de una embajada de otro país, más si no había cometido algún acto de traición. Hasta el momento, tampoco había logrado averiguar mucho de De Luca, aunque estaba seguro de que no sería trigo limpio.

Estaba convencido de que con Heidi en la ciudad todo sería distinto, lamentaba que continuase en París y, según iban las cosas, no descartaba estar allí pronto, más pronto de lo que se hubiera imaginado. De haber estado en Berlín, ella se habría puesto sobre sus espaldas la pesquisa y no se habría detenido hasta tener alguna pista certera, porque así actuaba su prima. Haberse ausentado de Berlín tantos años tenía sus consecuencias y él las estaba sufriendo. Sin embargo, acababa de llegar al lugar indicado.

Buscaba sorprenderlos a esa hora de la madrugada cuando las luces

del amanecer aún no destellaban en el horizonte. Se palpó en la cintura el arma que llevaba, la sacó e ingresó al lugar por una ventana ubicada en la parte trasera. La habitación se mantenía oscura y en silencio. El imperceptible sonido al quitar el seguro del arma se fundió con los disparos dirigidos hacia las siluetas recostadas en la cama. Solo un tiro certero le bastó para darse cuenta de que ellos no estaban allí. No obstante, la furia que bullía en su interior le hizo vaciar el cargador mientras las plumas de las almohadas que simulaban sus cuerpos danzaban en el aire.

Era la segunda y última vez que fracasaba, no había posibilidad de fallar la próxima vez que los encontrase porque sería letal.

Si bien la obsesión por hallarlos se había trasformado en su prioridad, había otras cuestiones que también lo mantenían alerta. Esa noche se vería con un contacto que lo mantenía al tanto de las decisiones importantes que se tomaban dentro del Gobierno nazi. Creyó que mantener esa reunión le quitaría la inquina que lo embargaba y que no lograba controlar. Enfiló hacia el bar donde se encontraría con Karl Schütz, compañero de colegio con quien mantenía un vínculo a pesar de la distancia. Solían verse cuando Hans estaba en la ciudad. Durante los años de ausencia, su compañero había ascendido en el Partido Nazi y ese era uno de los motivos, quizás el más importante, para estrechar la relación. Hans no quería perder ciertos contactos que le convenían para su ocupación.

La atmósfera de humo que flotaba en el bar difuminaba la concurrencia que se encontraba allí con alguna cerveza acompañada con un cigarro mientras se comentaba en voz alta lo que sucedía en Berlín. A pesar de la opacidad, vislumbró a Schütz con la mano levantada, para indicarle la mesa que había reservado para ambos.

—Recién llego y creí que no encontraría lugar.

—Lo único que no cambia es este reducto. El tiempo pasa y todo sigue igual.

En ese instante, interrumpieron el diálogo para pedir al camarero dos cervezas.

—Para nosotros, es regresar a la mejor época que hemos vivido. Al menos lo ha sido para mí. Mira todo lo que te perdiste al haberte ido de acá.

—Así es.

Lo exacerbaba creer que el tiempo dedicado a Isabel había sido un tiempo perdido; había creído que, al tratarla de un modo especial, conseguiría lo que buscaba. No se perdonaba haberse equivocado tanto con una mujer como con ella.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—El suficiente para cumplir con algunas cuestiones pendientes.

—Y que no me contarás. Como siempre, tan reservado —

concluyó luego de dar un largo sorbo a la fría y espumante bebida.

—Solo cuestiones personales.

—Lo entiendo. ¿Cómo andas con la actividad en el banco?

—Imagínate, con todo lo que está sucediendo.

No pensaba contarle demasiado sobre la triangulación de los fondos alemanes, no estaba allí para narrarle sus cosas, sino para averiguar algo que le fuera de utilidad.

—Cuéntame tú en qué andas.

—Tenemos mucho trabajo en estos días.

—Parece que todo marcha sobre rieles.

—Sí, avanzando con las medidas necesarias para acabar con los indeseables judíos.

—Ojalá que se haga, porque son la misma peste.

Karl contemplaba a Fischer y no se había equivocado al juzgarlo respecto a la fidelidad que mantenía frente al Partido Nazi. En algún momento había creído que residir en otro país lo volvería más moderado. Volvió a mirarlo y supo que estaba frente a un alemán de buena cepa.

—Estamos en vías de hacerlo. Ayer, en los suburbios de Wannsee, se celebró una reunión con altos funcionarios del Gobierno y del Partido Nazi. Éramos unos cuantos.

—¿A qué conclusión arribaron?

—Que hay que encontrar una solución final.

“Solución final a la cuestión judía” era el código con el que los nazis buscaban exterminarlos. Si bien la matanza ya había comenzado, se buscaba que la mayoría de los judíos de la Europa ocupada por los alemanes fueran deportados hacia Polonia para ser asesinados.

—Reinchard Heydrich, segundo en el mando luego del jefe de las SS Heinrich Himmler, fue quien comandó la reunión. Sentenció que, para dar cumplimiento a la decisión de Hitler y acabarlos sin que quede un solo judío en la faz de la Tierra, hay un único modo: el asesinato masivo. Eso se logrará si se cuenta con la colaboración del personal del Ministerio de Asuntos Exteriores y Justicia para implementar las medidas de exterminio. Si bien logramos matar a una gran cantidad, aún quedan otros tantos. Puedo asegurarte que hay una determinación inquebrantable de que no quedará ni uno vivo.

—Brindo por eso, y por las acciones llevadas a cabo por los Einsatzgruppen —propuso Hans con una sonrisa en el rostro refiriéndose a los equipos móviles de matanza—. En la medida en que pueda colaborar, lo haré.

—¿Lo dices por alguien en particular?

Intuía que Fischer no decía las cosas al azar.

—Puede ser, aunque no tengo certeza al respecto.

—Cuéntame.

Hans no iba a desaprovechar esa oportunidad para poder desembarazarse de De Luca. Era tanto el afán por perseguir no solo a los judíos, sino a los que cooperaban con ellos que sembrar la duda podría ser el principio del fin del italiano. Y

encontrarlo le abría la llave para llegar a Isabel.

—Hay un tal Mateo de Luca que pertenece al área diplomática italiana. Parece que viene a la ciudad con cierta asiduidad, ¿lo conoces?

—No que lo recuerde. Los italianos son nuestros colaboradores y hacen lo que el Führer desea, a pesar de la incompetencia de Mussolini.

Desde que Italia se había sumado a las potencias del Eje, Il Duce había actuado en consonancia con lo que dictaba Hitler. Sin embargo, con el paso del tiempo se había transformado en un títere del Tercer Reich.

—Bastante paciencia le ha tenido Hitler al salvarlo de los errores cometidos. No creo que esto dure mucho más.

—Coincido con lo que dices.

—Pero no quiero irme de tema, te decía que este sujeto esconde algo raro. Sé detectarlo en las personas.

—¿A qué te refieres?

—Podría colaborar de algún modo con los judíos. Poco es lo que pude averiguar de él, pero tengo serias sospechas de que podría estar metido en algo así.

—Si es así, sería una doble traición. ¿De dónde lo conoces?

—Es alguien que se metió con la persona equivocada.

—Veré qué puedo hacer.

—Te lo agradezco.

Ese era el objetivo de Fischer: plantar dudas acerca de De Luca y que fuera motivo de búsqueda. Lo único que ansiaba era encontrarlo. Si las autoridades sacaban a relucir los trapos sucios de De Luca, sería un premio para Hans. En caso contrario, se haría cargo de finiquitarlo, algo que buscaba desde el momento en que se había involucrado con Isabel.

—No me has dicho cómo anda tu familia.

—Ni te imaginas lo bien qué están y cómo crecen mis hijos.

—Mándale saludos a tu mujer.

—Serán dados.

—Karl, debo irme —dijo Hans al levantarse, ya que había cumplido su cometido.

—Me tomo otra cerveza y me voy también.

—Cualquier novedad, sabes cómo localizarme.

—Por supuesto. Nos vemos pronto.

Schütz tomó un extenso trago de cerveza sin dejar de observar a Hans

que acababa de irse del bar. La tiniebla de humo se iba disipando a medida que la concurrencia

abandonaba el lugar y la atmósfera se tornaba más nítida.

Durante el tiempo que se quedó allí, reflexionó que el azar se colaba por distintos vericuetos de la vida, como la misma niebla.

*

La espesa bruma otorgaba una imagen fantasmagórica al sendero por el que se desplazaba el convoy humanitario.

Más allá del camino, atravesando el valle, se erigía con toda su magnificencia la cadena montañosa de los Pirineos envuelta en un manto blancuzco debido a la nieve que, en esa época del año, cubría cumbres y laderas. El constante repiqueteo del agua nieve contra el cristal se conjugaba con el aire gélido que se filtraba por el quicio de la ventana del vehículo que los transportaba. Restaba poco para arribar a Gurs, luego de algunos días de viaje desde Lyon. Enclavada en la zona de Aquitania, en el sur francés, se abría paso en una extensión de más de veinte hectáreas, un campo de internamiento. La cercanía con la frontera española lo había transformado, tiempo atrás, en un campo de refugiados para los españoles que habían huido de su tierra con motivo de la Guerra Civil y habían atravesado la frontera sin poder alcanzar otro destino que ese lugar. El Gobierno francés había alojado allí también a los antifascistas, los brigadistas internacionales junto a otros refugiados políticos. Sin embargo, ese destino se había modificado luego del armisticio firmado por Francia con Alemania en el cual el pueblo galo se había entregado a la potestad germana. A partir de ese momento, luego de los arrestos y redadas, hombres, ancianos, mujeres y niños judíos arribaban en atestados vagones de trenes para ser internados allí. A partir de ese año la perspectiva de los internados era aún

peor, ya que la gendarmería francesa los trasladaría hasta Drancy, en París, para desde allí ser deportados hasta Polonia. Sin lugar a dudas, Gurs era, para quienes lo sobrevivían, la antesala al exterminio en Auschwitz.

—Estamos llegando —afirmó Madeleine.

Recordaba que Gabrielle se había extrañado ante las prendas e implementos de abrigo que le había dado, porque no los creía tan

necesarios. El sombrero con el que solía verla lo había suplido por un gorro de lana y unos guantes de piel que habían tenido su época de esplendor años atrás.

Lo más valioso eran las botas que le había dado, que usaba con varios pares de calcetines para amoldarlas al número que calzaba. Fournier había observado que Gabrielle durante el viaje no se había amilanado ni se había quejado por las inclemencias del tiempo ni por los contratiempos que surgían en la travesía. Había colaborado en lo que se necesitaba sin dejar de registrar con su cámara, cuando las luces del día lo habían permitido, todo aquello que le llamase la atención.

—Ya era hora.

—Ingresaremos al pequeño pueblo y luego nos instalarnos; ya veremos cómo nos organizaremos para colaborar.

—Entiendo.

La desolación en aquel lugar era absoluta, solo la naturaleza parecía resurgir en todo su esplendor dando vida al lugar; “vida”, algo por lo que se luchaba y escaseaba en el barracón de madera en los que los reclusos eran alojados.

La ose había situado, desde hacía un año, un puesto sanitario en el campo para colaborar con las distintas enfermedades que padecían los internados. Sin embargo, la gran preocupación de esta organización era el cuidado, protección y rescate de los niños que quedaban sujetos y atados al destino de sus mayores al ser confinados en

aquellos lugares. De ese modo, se complementaba con otras organizaciones humanitarias como el cimade. Debido a las medidas extremas que tomaba el Gobierno, estas organizaciones habían comenzado a actuar de modo clandestino para ayudar a huir a los niños y brindarles un destino diferente al desahuciado y moribundo final que les auguraba. La labor de socorro y rescate había cambiado de cariz; a los colaboradores nada les importaba el tinte de ilegalidad que había adquirido. Algunos párrocos de la zona se sumaban en esa cadena de auxilio para brindarles alojamiento o un nuevo lugar a los niños que eran rescatados. Conseguir hospedaje era una tarea minuciosa y compleja: para evitar que las autoridades encontraran a los niños, se los cambiaba de casa en casa, en una red de evacuación, hasta llevarlos España o a Suiza.

Esa mañana Gabrielle ingresaría allí junto a otros colaboradores para tomar contacto con los internados y constatar el estado de los niños,

para saber si padecían de alguna enfermedad. Las infecciones crónicas era una afección muy común que se sumaba a la tuberculosis y a otras dolencias que ni siquiera llegaban a diagnosticarse, ya que los enfermos perecían antes. El empeño estaba puesto ahí: en mejorar esas falencias.

El lodazal tapizaba el extenso terreno en que estaba enclavado el campo de internamiento. Una serie de barracones de madera, cuya estructura había dejado de tener la solidez de antes, se levantaba a la vera de la amplia avenida que los separaba. Los fuertes vientos y el duro invierno hicieron que traspasara la humedad a través de los listones, que quedaron renegridos y agujereados.

Dentro se alojaban los internados en pésimas condiciones, que empeoraban con el paso del tiempo, debido a la falta de una correcta alimentación y a la escasez de medicinas.

Todo el panorama era sórdido, aunque nada parecido a lo que pudo imaginar Gabrielle cuando tomó contacto con ellos. Una veintena de personas estaban alojadas en una de las casetas. Junto a la enfermera, se dirigió al sector en donde se encontraban los enfermos, uno de ellos era una mujer de aspecto cadavérico. Gabrielle desconocía desde cuándo estaba así, pero suponía que llevaba tiempo en ese estado. El convoy del que ella había formado parte cargaba un botín de medicamentos que en ese momento eran administrados por Sophie. Mientras la asistía, sintió que alguien le tiraba del borde de la chaqueta. Giró y observó que unos niños la rodeaban.

—Llévatelos —susurró Sophie—, será mejor, por si ella no responde.

Gabrielle no dudó en hacerle caso, pero se detuvo porque alguien le llamó la atención. Desde un rincón, bajo un tablón de madera vencido y podrido, había una niña de ojos muy oscuros y brillantes que descollaban en medio del rostro sucio de barro. Permanecía allí tiesa contemplando lo que sucedía.

—Se pasa allí la mayor parte del tiempo —comentó uno de los niños.

—Aguarden fuera, que ya salgo con ustedes.

Desconocía qué motivo la llevaba a refugiarse en aquel lóbrego y aciago escondrijo. Avanzó para buscar a la niña y sacarla de ahí.

—¿Cómo te llamas?

—Lena —susurró.

—¿Vamos?

Calculaba que no tendría más de seis años, aunque la estrecha musculatura no ayudaba para determinar con precisión la edad. La falta de una adecuada nutrición hacía que la estructura ósea no indicase sus años. Gabrielle se quedó unos instantes sin reaccionar. La niña se le aferró a la

cintura con desesperación. Ella la rodeó con los brazos y pudo sentir la huesuda clavícula como si no hubiera piel que la recubriese. El abrigo que tenía no alcanzaba a cubrirla.

Enseguida se quitó la bufanda que llevaba y se acuclilló para enroscarla en el desnudo cuello de la niña.

—Así está mejor —comentó al colocarle el chal de modo que le tapara parte del pecho.

Observó el modo en que las manitos de la niña acariciaban la suavidad de la lana. Un nudo se formó en el estómago de Gabrielle. Cómo algo común y hasta entonces sin importancia para la joven cobraba significado en manos de Lena.

—Es mejor que salgamos de aquí.

Observó que la niña no le sacaba la mirada a aquella mujer tendida en el camastro. Debió tirarle de la mano para sacarla de allí. En el exterior, en un recodo de la estructura, habían instalado un puesto de campaña con una olla de guiso y caldo para darles a los niños. Más tarde, otro turno serviría al resto de los adultos que estaban en ese sector del campo. La expectativa por el tazón de comida era absoluta.

Con la ración en sus manos, cada cual se aprestó a ingerir el alimento, salvo Lena, que intentó regresar.

—Quédate aquí y come. Más tarde podrás ingresar.

—Es para mi mamá.

—Yo me encargaré más tarde de ella, dime dónde está.

Gabrielle esperaba que su intuición no fuera certera y que la mujer que yacía en el catre no fuera la madre de la niña.

—En la cama. Hace días que cuido de ella.

No podía creer el infierno que esa niña pequeña estaba viviendo.

Desconocía desde cuándo su madre estaba postrada en la cama, pero por su aspecto parecía haber llevado un tiempo largo enferma.

—Tómalo tú, que más tarde le llevaré a tu mamá la comida.

—No sé si pueda hacerlo después.

—Sophie se encargará. No te preocupes.

Sería Gabrielle quien no podría pasar por la garganta algún alimento porque la tenía cerrada, ahogada por un llanto que no podía lanzar. Se sentó sobre una tarima rodeada por algunos niños que no dejaban de comer para paliar el frío y el hambre que padecían allí.

—¿Qué llevas ahí?

En medio del cuadro de situación, Gabrielle ni recordaba llevar colgada su cámara. Estaba tan impactada y sobrecogida por lo que veía que no se le había ocurrido registrar una imagen de todo aquello que nunca borraría de su mente.

—Una cámara de fotos. ¿Quieren que les saque una?

La sonrisa de los niños fue la respuesta que obtuvo antes de desenfundar la máquina para registrar ese momento.

Algunos de ellos se reían; otros seguían centrados en el tazón de comida. Buscó con el lente a Lena, que había finalizado la comida y se había cubierto el rostro con un extremo de la bufanda; esos ojos negros miraban con asombro lo que sucedía en ese instante. Gabrielle se dejó llevar y registró todo cuanto ocurría alrededor. Los chicos no dejaron de reírse y sorprenderse con las tomas que ella registraba en el tiempo que duró la sesión. Parecía que aquel lugar funesto donde el hambre, la desolación y la muerte eran cuestiones de todos los días hubiese quedado suspendido en el tiempo e importase solo aquel instante.

—Gabrielle, ¿me acompañas? —le pidió una de las asistentes.

—Por supuesto.

—¿Volverás? —preguntaron a coro los niños que estaban allí.

—Aquí estaré mañana.

Al incorporarse para seguir a una colaboradora, vio a Lena acercarse. La niña se colocó en puntas de pie y poder alcanzar la cintura de

Gabrielle para que escuchase el tímido “gracias” que le daba con las manos envueltas en el chal.

—Volveré —le prometió.

La niña no le contestó, se quedó mirando cómo ella se alejaba en compañía de la asistente para concurrir a otra caseta. Lo que había visto Gabrielle ese día no era ni un ápice de la cantidad de internados que había allí. Sin embargo, había notado que gran número de los que habitaban aquel campo eran mujeres de todas las edades: ancianas, jóvenes, embarazadas o madres de niños. En uno o en otro caso, eran familias destrozadas. En el camino, parte de los familiares habían perecido luchando, escapando o por no haber soportado las condiciones del lugar. Algunos de los esposos de las internadas ni siquiera habían tenido la oportunidad de alcanzar Gurs, ya que habían sido trasladados directamente hacia Auschwitz.

La tarde caía y la actividad había llegado a su fin. Los colaboradores y asistentes sociales estaban reunidos frente a una mesa para beber un caldo caliente con un trozo de pan.

—Gabrielle, aquí tienes.

El hecho de que fuera ella la única novata que arribaba hacía que el resto estuviese más pendiente de que cubriese las necesidades básicas, y alimentarse era una de ellas.

Luego de la extensa visita que había realizado durante parte del día, no podía probar bocado.

—Si quieres colaborar con nosotros, debes mantenerte fuerte. Si no comes, no lo lograrás.

—Quisiera salir de aquí con esto para llevárselo a los niños que vimos.

Los asistentes que rodeaban la mesa intercambiaron una mirada cómplice.

—Supe de inmediato que Gabrielle tenía lo necesario para estar aquí —agregó Madeleine.

Fournier no dejaba de observar a la joven que le recordaba a ella en su juventud. La pasión que ponía en las cosas hablaba de su entrega, indispensable para estar en ese sitio. Podía reconocer el espanto que le había provocado visitar el campo, aunque evitaba manifestarlo entre ellos, por considerarse no apta para permanecer ahí.

—Gracias, pero es lo que siento.

—A todos nos ha sucedido la primera vez que nos tocó venir aquí, y es válido lo que dices. Sucede que debemos centrarnos en cómo hacer para sacarlos de aquí.

—¿Solo a ellos?

—Ojalá pudiéramos sacarlos con las familias enteras o con algún familiar, pero todo se complica día a día.

—Ahora todo será más complejo, a partir de lo resuelto ante la decisión de llevar a gran parte de los internados hacia Polonia.

Las autoridades alemanas así lo habían dispuesto y no habría marcha atrás, por el contrario, todas las medidas tomadas se redoblarían para dar cumplimiento al ferviente deseo de exterminio.

—¿No les basta con tenerlos aquí que deben llevarlos para exterminarlos? —expresó Gabrielle con la voz quebrada.

—Lo único que ellos buscan es acabar con todos los judíos que haya, y van tras ellos; el resto poco importa.

—Hoy, cuando estuve allí viendo las condiciones en que viven, pensaba en el esfuerzo que hacen para sobrevivir, lo cual importa poco, ya que luego varios de ellos acabarán en una cámara de gas.

En su primer día, Gabrielle había aprendido varias cuestiones y una de ellas era observar cómo los internados guardaban celosamente las lonjas de pan que les entregaban. No sabía que lo hacían para evitar que los roedores que merodeaban se las comieran.

—Y no podemos quedarnos con eso —agregó Madeleine

—, por eso estamos aquí. Nadie se merece terminar así, menos aún los niños.

—Del resto…

—Gabrielle, debemos centrarnos en lo que podemos hacer para no frustrar la actividad que hacemos aquí.

—Disculpa.

—No te disculpes. Te entendemos mejor que nadie, cada uno de nosotros ha pasado por lo mismo. Con el tiempo, lo verás diferente.

Ese pensamiento era vital para cada uno de los colaboradores: hacer todo lo que se pudiera, aunque en algunas oportunidades no fuera suficiente. Cada pequeño logro que se alcanzaba era un avance en medio de la situación que se vivía.

—Es mejor que nos vayamos a acostar, mañana comenzaremos muy temprano.

Gabrielle se retiró junto a Madeleine y otros dos colaboradores para acostarse en unos catres de campaña y pasar su primera noche, una de las tantas, en Gurs. A pesar del agotamiento que llevaba a cuestas, le fue muy difícil conciliar el sueño. Solo pudo hacerlo cuando la imagen de Brandon ocupó su mente. No sabía nada de él ni cómo se tomaría no encontrarla cuando efectivamente arribase a Lyon.

La mañana había amanecido fría, gris y destemplada. Sin embargo, ni el mal tiempo ni la nevada predispuso el ánimo de los asistentes, que estaban reunidos en torno a la mesa

con los informes que llevaban. La novedad que trajo uno de los colaboradores cuando ingresó de inmediato con unas hojas en su mano los preocupó.

—¿Qué sucede? —preguntó Madeleine sorprendida por el ímpetu con que entró.

—No son buenas noticias.

—¿A qué te refieres?

—He hablado con uno de los gendarmes y están a la espera de un convoy para llevar gente de aquí.

—¿Sacarlos? ¿Llevarlos hacia dónde?

Los presentes se miraron unos a otros ante la inocencia que acarreaba esa pregunta. Estaba claro que Gabrielle no había dimensionado la implicancia de sus dichos.

—Llegarán en estos días. Han armado la lista para sacarlos de aquí y llevarlos a Auschwitz.

Gabrielle no había tenido en cuenta que ese fuera el destino de una buena parte de los internados de allí.

—¿Cuál es el criterio de selección? —preguntó azorada.

—Ese es el punto. No se tiene en cuenta quién irá; no les importa separar hijos de madres ni de esposos.

—Como han hecho en otra oportunidades —agregó Madeleine.

—Sí, la diferencia es que esta vez será un número importante de internados.

—En el barracón comenzará a correrse la voz sobre la lista.

—Deberemos actuar cuanto antes para evitar que deporten a los niños hacia Polonia.

—A eso me refería —agregó quien había ingresado al lugar con la mala noticia—. Hay algo más.

—¿Peor que esto?

—Yo creo que sí. Habrá que actuar con sumo cuidado porque pude certificar, por uno de los gendarmes que se fue de boca, que están bien equipados porque hace un tiempo

reforzaron el botín de armas.

—¡Mierda! —exclamó un asistente golpeando con el tazón de metal sobre la mesa.

—Sabíamos que la situación sería cada vez peor. El Gobierno apoya las medidas de aniquilamiento, pero no piensa transformar este campo en uno de exterminio, por eso los trasladan hacia Auschwitz.

—Debemos planear cómo haremos y empezar por quienes están en la lista para evitar que los lleven.

—Y aprovechar el descontrol que va a generarse cuando arriben aquí y comiencen a alistarlos para llevarlos.

—A partir de hoy y hasta que esto suceda, aquí dentro se va a vivir un caos cuando los internados sepan quién será de la partida.

—Deberán poner al tanto a Gabrielle para que sepa cómo actuar llegado el momento.

—Yo me encargo. Una vez que lo haga, se sumará conmigo al barracón que nos toca visitar hoy.

—Gracias —dijo uno de los presentes, que se levantó con el resto para

comenzar la recorrida de ese día.

En ese momento los colaboradores tomaron sus cosas, salieron de la cabaña y cada uno enfiló hacia el lugar donde le tocaba ir.

—Madeleine, no me gustaría ser una carga para ustedes y quiero estar a la altura de la colaboración que debo prestar.

—Gabrielle querida, no eres una carga. Cada uno de nosotros ha pasado por esta etapa y es importante que sepas cómo operaremos. En principio debes saber que las listas son hechas sin importar quiénes la integren. Ellos vienen con un número para deportar y cumplir con eso es lo único que los moviliza.

—Si es así, ¿cómo logran sacar a algunos internados sin que ellos lo noten?

—No es fácil. Intentamos interceder cuando separan a parejas o hijos de sus padres. Las autoridades buscan cumplir la cantidad de internados que deben llevar; cada uno de ellos representa un número, no son más que eso. En varios casos, los niños quedan a la buena de Dios, sin saber si formarán parte de un nuevo envío. Nunca me olvidaré la vez que debí poner en brazos de un padre, deshecho en llanto, a su bebé porque sería esa la última oportunidad que tendría de tocarlo y acariciarlo antes de ser deportado a Polonia.

Gabrielle se había permitido dar rienda suelta a los sentimientos que la embargaban. Suponía que Madeleine la comprendería.

—Es mejor que te quites la angustia de encima, porque muy pronto las lágrimas y el desgarro pertenecerá solo a ellos.

La joven asintió e intentó recomponerse de la situación.

—A los niños que logramos sacar, les cambiamos los nombres y les buscamos alguno más acorde para que puedan deambular sin necesidad de que los señalen por ser judíos. Intentamos que se parezcan un poco al que tenían para que no se sientan más extraños y desolados de lo que estarán.

—¿Hacia dónde los llevan?

—Contamos con una cadena de hogares, hoteles o granjas en distintas localidades, en especial en las zonas rurales. Allí pasan un tiempo hasta ser reubicados y eso sucede cuando nos enteramos de que pueden ser descubiertos.

—Y ellos continúan sin saber el destino de sus familiares.

—Querida Gabrielle —dijo con una sórdida sonrisa en el rostro—, lo saben. Los chicos rescatados se unen mucho porque solo se tienen entre ellos y a quienes los cobijan en sus hogares.

—No quiero imaginar cuando llegan al lugar adjudicado.

—El regocijo por abandonar el campo se frustra ante la pérdida por los suyos. Le Chanbon-sur-Lignon ha sido una localidad que viene acogiendo a niños. Hay más de siete hogares listos para recibir a los chicos provenientes de aquí, y desde Lyon también, cuando ha habido redadas en esa ciudad o en lugares cercanos. No te imaginas la cadena humana de colaboración y auxilio que hay, incluidos los pastores y otros religiosos que se suman para refugiarlos tanto en los conventos como en las parroquias. El problema es que no estarán seguros en ningún lugar hasta que esta guerra acabe. Mientras tanto, hacemos lo que podemos.

—Entiendo.

—Si te parece, debemos poner manos a la obra y comenzar con la recorrida. Cuando todos regresemos aquí, veremos qué planes podemos idear. Toma nota de todo lo que te digan y veas.

—Vamos.

Ambas salieron para afrontar una mañana dura, que poco tenía que ver con el frío que les calaba hasta los huesos ni con la nieve que comenzaba a caer. El recorrido había comenzado y la aparición de enfermos con diferentes patologías crecía en proporción al alto número de internados allí.

—A veces intercedemos cuando están muy enfermos e intentamos trasladarlos de aquí a algún otro lado. No siempre se logra, aunque trasladarlos a una enfermería o estar allí unos cuantos días colabora para planear su huida.

—Deben llegar unos pocos a esa situación.

—Con que uno lo logre, es un triunfo. No debes olvidarte de que estar aquí dentro lesiona la esperanza para salir. No solo basta con huir, sino que ver morir a los tuyos talla un profundo dolor y mina, muchas veces, el deseo de continuar viviendo.

—Después de salir de aquí, quisiera pasar por la casilla donde estuve

ayer.

—Por supuesto.

Madeleine supo que la joven estaba transitando el camino equivocado al tomar personal cada caso. Allí dentro todos debían revestir la misma importancia, eso impedía encariñarse con una persona en particular, ya que llegado el momento alguien debía irse de allí, y no siempre eran los miembros de la organización. Soportar que una persona querida subiera al camión con cientos de otros internados para emprender un camino sin regreso era muy difícil de sobrellevar. A ella le había sucedido y, si en aquel momento se lo hubieran dicho, no habría hecho caso, por eso no le advertía a Gabrielle, quien debería darse cuenta sola de cómo eran las cosas.

El atardecer estaba en su punto máximo y las tareas finalizaban. Gabrielle había quedado en regresar con el resto de los asistentes para planificar la salida de los niños.

Sin embargo, se hizo tiempo para pasar por la caseta y visitar a esos niños, en especial a Lena. Cuando arribó, varios de ellos la estaban esperando y pretendían entretenerse con las fotos. Les explicó que no había luz suficiente para poder tomarlas y que lo harían en otra oportunidad. Uno de ellos le dijo que, si buscaba a Lena, seguía en su lugar. En cuanto pasó por la seguidilla de camastros, notó que uno de ellos estaba vacío, y supo de inmediato lo que habría sucedido. En su escondrijo y con ojos negros llenos de lágrimas, estaba Lena abrazada a la bufanda con las manos cerradas como si escondiera algo.

Caminó hasta allí y la envolvió en sus brazos. No supo el tiempo que la tuvo arropada entre los brazos hasta lograr sosegar tanta congoja. El leve y permanente sollozo de la

niña se fundía con las palabras de cariño de Gabrielle, que no podía creer lo que había pasado Lena a esa corta edad, y siempre en soledad.

—Toma —susurró al darle lo que guardaba en sus manitos como un tesoro—. Ella no lo pudo comer.

Una lonja de pan era el tesoro que Lena había escondido entre las manos. Gabrielle volvió a abrazarla y le dijo que era mejor que lo comiera ella, así podía estar más fuerte y tomarse varias fotos con el resto de los niños. Al fin pudo sacarle una tibia sonrisa en ese hermoso rostro.

Gabrielle no podía quedarse más allí, aunque deseaba pasar la noche

con esa niña que pedía en silencio amor y protección. No obstante, debió despedirse y, cuando el frío viento le golpeó el rostro, liberó la angustia que tenía. Lloró y lloró mientras regresaba a la cabaña. Lucharía con todas sus fuerzas para sacar a esos niños de allí, sin importar cómo.

CAPÍTULO 22

Un destello en la oscuridad

Los días en Gurs transcurrían bajo una aparente calma acompañada por una sensación de que algo se desmadraría en algún momento. Las visitas de los asistentes a los barracones eran continúas y la expectativa dentro de la numerosa población de internados había comenzado a incrementarse. La noticia de que pronto la gendarmería francesa trasladaría a miles de internados hacia Polonia había provocado estupor, desesperación y locura entre quienes contaban con fuerzas para pelear por sobrevivir.

Gabrielle compartía con el resto del equipo asistencial la inquietud por que lo planeado saliera bien. Sin embargo, el operativo de sacarlos de allí se había retrasado, aunque ya estaban listos para hacerlo ante algún imprevisto. Según el plan, se haría de noche para evitar los controles. Las inspecciones

realizadas

por

las

autoridades

que

comandaban el campo habían mermado ante la severidad del tiempo en medio del inhóspito terreno que albergaba a Gurs. Ese día, el equipo se había dividido como era costumbre, pero no daban abasto con las dolencias de los internados. Con el paso del tiempo, Gabrielle había comprendido las palabras de Madeleine respecto a lo que significaba colaborar allí dentro. Caminó junto a otros

colaboradores hacia el barracón designado, aunque antes de ingresar fueron abordados por una mujer que corría hacia ellos con la desesperación estampada en el rostro.

—Gabrielle, hazte cargo, por favor. Dentro hay mucho trabajo.

—Sí, por supuesto.

Los reclamos de los internados por saber lo que sucedería en los próximos días se habían incrementado. Ellos conocían a los miembros de la organización humanitaria que residían allí, aunque se aferraban a los asistentes del nuevo contingente, convencidos de que no los había alcanzado ni el letargo ni la pesadez que otorgaba permanecer en ese lugar un tiempo.

—Debe ayudarme.

—Lo estamos haciendo, por eso hemos venido.

—No me entiende. Supe que mi familia está en esa maldita lista, mejor dicho, el apellido de mi esposo y el de mi hijo están allí. Mi marido murió hace poco, pero mi pequeño de diez años está con vida y ansío que siga así.

Un escalofrío subió por la espalda de Gabrielle. Aún no se había acostumbrado a las distintas historias que surgían, y su capacidad de asombro no decrecía a medida que las escuchaba.

—No le pido que haga algo por mí —dijo con los ojos húmedos—, pero sí por mi hijo. Quiero cambiarle el lugar, pero necesito que él no esté a mi lado porque a ellos no les importará y nos llevarán a los dos.

La mujer había presenciado otros procedimientos y eran desgarradores. Muchos de los deportados se quitaban las alianzas y buscaban los relojes que tenían escondidos para entregárselos a quienes contaban con la gracia de quedarse allí. Las despedidas entre

esposos, hijos y padres eran terribles. Para las autoridades, los nombres que conformaban esa larga nómina no eran más que un

sinnúmero de apellidos que necesitaban acopiar hasta alcanzar la cantidad de judíos que debían subir como animales al transporte que los llevaría rumbo a Polonia.

—Yo…

—Sé que colaboran con muchos de los niños de aquí. El mío no tendrá oportunidad de vivir si no logro sacarlo de acá antes de que vengan a buscarnos.

—Veré qué se puede hacer, pero esté segura de que su caso será tenido en cuenta.

—No sé cómo agradecerle. —Le extendió las huesudas manos en un pacto de silencio y eterno agradecimiento—.

Deberé hablar con él para prometerle que en algún tiempo volveremos a vernos.

—Por supuesto.

—Ariel Levy se llama mi hijo; es lo mejor que me pasó en la vida. Deseo una buena vida para él, y no la tendrá si permanece aquí más tiempo.

—La entiendo.

—Gracias otra vez. No quiero retrasar sus ocupaciones.

Estoy segura de que algún día Dios se lo recompensará.

Gabrielle la vio alejarse de su lado ansiando aliviar el dolor de aquella mujer que con dignidad había implorado por la vida de su hijo entregando la suya a cambio.

El atardecer caía presuroso bajo las pesadas nubes grises que vagaban por el cielo. La comitiva de colaboradores había arribado a la caseta para completar algunos pocos preparativos que quedaban pendientes.

—Deberías agregar el nombre Alex a la lista —le comentó Gabrielle a Madeleine—. Me refiero a la mujer que nos abordó esta mañana. Su hijo se llama Ariel Levy.

—Está bien, ese nuevo nombre reúne letras de su apellido también.

—Creo que no se sentirá tan ajeno cuando lo comiencen a nombrar de esa manera.

Gabrielle veía cómo la mujer que la había llevado hasta allí ponía empeño en bordar en la parte interior y oculta de las prendas con claridad, precisión y de una manera simple los verdaderos nombres de los niños que sacarían de allí.

Ellos no solo deberían abandonar ese lugar, sino también el pasado que arrastraba su origen judío. Cualquier prenda que tuvieran estaba a tiro para estampar su identificación, que cambiaría por siempre una vez que estuvieran fuera. En el recorrido por los distintos hogares que los acogerían deberían contar con una identidad. Uno de los colaboradores que tiempo atrás se había dedicado al arte y al dibujo era el encargado de diseñar los documentos falsos que llevarían esos niños. De ese modo se llevaría un registro, para que fueran identificados si lograban reencontrarse en un futuro con algún familiar, aunque la mayoría había perdido a su familia.

Ninguno de los presentes quería ir a descansar. Había algo que flotaba en el ambiente, quizás la expectativa por que todo acabase de una buena vez los mantenía alertas, atentos a lo que pudiera suceder. Desde que habían pergeñado la evacuación, pasaban largas horas en vigilia, ansiando que llegase el momento de cumplir con la misión.

Aquella noche, el sonido del silencio se sostuvo durante un tiempo, hasta ser interrumpido por unos ruidos que no se condecían con ningún otro que Gabrielle hubiera escuchado en las horas de vigilia nocturna. Los presentes salieron de inmediato para ver qué sucedía. Los fogonazos que destellaban en la inmensa oscuridad eran acompañados por las detonaciones que estallaban de manera sincronizada.

Aquellos tiros lanzados en la distancia fueron el preludio del desconcierto que se desataría minutos después.

—¡Es ahora! —exclamó uno de ellos—. Tomen todo lo que necesitan y vayamos a buscarlos. Cada uno sabe dónde encontrar a los niños.

—¿Qué sucede?

Gabrielle no comprendía el alboroto. Podía palpar la alegría que todos sentían sin advertir el peligro por la balacera que se había desatado a cierta distancia de donde ellos estaban. Según estimaba, el centro de conflicto estaba más cerca de lo que creía. El fuerte impacto de las ametralladoras era prueba de eso.

—Están en el sector de armas —comentó alguien.

Sobre el lado este del terreno, se situaba la armería del campo. Ese sector era custodiado, pero en esos días habían hecho a un lado la tarea, ya que estaban centrados en el nuevo contingente que saldría de allí en breve. En algunas oportunidades habían tomado como mano de obra a los internados para que se abocasen a la reparación de los fusiles que habían dejado de funcionar, bajo estricto y absoluto control.

—¡Al fin! —gritó con vehemencia otra asistente—. Esto nos dará tiempo de distracción para sacar a los niños de aquí.

Gabrielle se movió con urgencia sin saber muy bien qué sucedía. La euforia que sentía se debía a que por fin cumpliría con lo que venían planificando. Madeleine se había acercado a ella con la mirada húmeda para ayudarla a tomar unas cosas antes de salir rumbo al barracón.

—Debes actuar con cuidado, aunque a partir de ahora será todo distinto porque ha venido la Resistencia.

Un leve vahído recorrió el cuerpo de Gabrielle. Nadie le había dicho que algo así podía suceder.

—Existía una lejana posibilidad de que viniera. La información sobre la deportación ha llegado a oídos de ellos también.

Por mucho que quisiera, no podía expresar el fuerte sentimiento que la invadía.

—Sacarles las armas o desarmarlos es una proeza. Dios quiera que nada suceda y que lo logremos. Tú sabes lo que debes hacer, ¿verdad?

Gabrielle asintió conmovida y consternada por lo que pudiera suceder. Daría lo que fuese por ir hacia aquel sector donde se había desatado el conflicto para saber si Brandon era parte de aquella comitiva de ataque.

—Querida, esta vez me quedaré.

—¿No vas a venir con nosotros?

—No, tú y otros colaboradores están más ágiles para operar con los niños y sacarlos de aquí.

Ese había sido uno de los puntos tratados. La evacuación la harían junto al personal de la organización. Algunos deberían quedarse y otros, dependiendo cómo saliera todo, deberían acompañarlos hasta la primera escala en la red de evacuación formada. Gabrielle se había ofrecido para ser parte de la comitiva que acompañaría a los niños.

Madeleine supo que la joven no solo lo había solicitado por el afán solidario, sino para no abandonar a Lena, con quien había estrechado el vínculo de afecto y cariño.

—Es mejor así. Yo debo permanecer aquí por si las cosas se complican.

—Regresaré.

—Ahora debes centrarte en tu deber. Nada debe distraerte, salvo sacar a los niños de aquí. Esta es tu misión.

No siempre se contaba con la posibilidad de hacerlo; ella había participado en varias ocasiones en que la fuga se había frustrado. Esa oportunidad era ideal, pues, en medio del conflicto y el caos, las autoridades estarían buscando repeler el ataque y encontrar a los autores. No les importaría el faltante de algunos niños sobre la cantidad de población que habitaba en Gurs.

—Lo sé.

—Te he visto actuar y supongo que estás preocupada por alguien más allá afuera.

—Yo…

—No necesito que digas nada —replicó con una tibia sonrisa—, vete ya y cuida de mis niños.

Ambas se estrecharon en un fuerte abrazo de despedida.

Volver a verse era un fuerte deseo que ambas compartían.

Aunque era preferible que eso no sucediera, ya que, si no volvían a verse, era porque la misión había salido de acuerdo a lo planeado y las autoridades no habrían dado con ellos. Sin dudas, Madeleine extrañaría a esa joven que le había hecho revivir momentos de su juventud.

Ni la penumbra del exterior ni los sordos sonidos de los disparos distraía a Gabrielle, aunque la acompañaba la viva imagen de Brandon

desde que había escuchado que la Resistencia estaba allí. La aterraba que él fuese parte de esa emboscada, cada noche se preguntaba qué sería de él y si había tomado a bien su fuga. Parecía que la partida de Lyon había sucedido hacía mucho tiempo, debido al impacto que había sido llegar a Gurs y la intensidad de lo vivido a diario. Le escocía el alma saber que algo podía sucederle a él. Sin embargo, debía desviar ese pensamiento para alcanzar el barracón asignado y sacar a los niños de allí.

Aún no lo había alcanzado cuando vislumbró algunas siluetas que estaban en el acceso a la caseta. Varios buscarían alcanzar la libertad en medio del caos que se vivía en el campo. Cuando ingresó, las mujeres que habitaban el lugar se pusieron en movimiento para despertar, alertar y vestir a los niños para sacarlos. La camaradería era absoluta, ninguna de ellas rompió en llanto, muy por contrario alentaban a los chicos a vivir esa aventura, aunque supieran que, en muchos casos, no volverían a verlos. No necesitó buscar a Lena en el escondrijo porque, no bien la vio, se pegó a ella para no

soltarle la mano. Gabrielle salió con cinco niños hasta el lugar indicado, donde se sumarían los otros llevados por sus compañeros.

—¿Estamos todos?

—Creo que sí.

Dos de los asistentes se encargaron de contar a los niños y se encaminaron hacia uno de los vehículos estacionado en un paraje no muy lejano. A medida que se acercaban, el sonido de los disparos era más fuerte y algunos de los niños comenzaron a sollozar.

—Shh, que nada va a pasarnos si nos mantenemos en silencio, ¿entendieron? —dijo quien comandaba la operación.

El llanto ahogado por lo que pudiera suceder lo guardaron en lo profundo de su corazón y continuaron escapando para llegar al transporte conducido por otro colaborador. Se encontraban a una corta distancia y enviaron a los niños a que subieran primero, mientras los adultos hacían una red de protección hasta que el último estuviera en el vehículo.

Luego le siguió el resto, solo quedaba Gabrielle allí mirando lo que sucedía alrededor.

—¿Qué sucede? —le preguntó quien comandaba la fuga al darse vuelta y verla parada sin avanzar.

Quizás el miedo inminente de que algo fuera a suceder la paralizó. Fue un instante, un minuto en que no pudo moverse de allí. Había algo que la hacía quedarse sin poder dar un paso más.

—Gabrielle, debes venir.

Ella sabía que debía cumplir con lo que le ordenaban, no podía desoír el sordo reclamo que le hacían. Había llegado allí con un fin y los destinatarios eran aquellos niños que estaban a bordo del vehículo aguardando salir de allí de una buena vez. Antes de avanzar para abandonar el lugar, se volteó como si una fuerza extraña y superior tirara de ella

hacia el campo. En medio de la oscuridad, buscó una señal que le explicara la sensación que le estrujaba el pecho, pero no la encontró. No podía quedarse allí sin tomar la decisión de recorrer el corto trayecto para alcanzar al grupo y huir de allí cuanto antes. Avanzó para sumarse con la comitiva que la aguardaba. Bajo esa espesa penumbra, sin que los faros del transporte alumbraran el camino, se fueron alejando del campo. Un fuerte estremecimiento le atravesó el cuerpo.

Lena se arrebujó a su lado. En ese instante no supo cuál de las dos consolaba a la otra, porque una gran angustia embargaba a Gabrielle y, por más que no quisiera reconocerlo, el nombre de Brandon palpitaba dentro de ella en cada latido.

La lobreguez del camino los acompañó un largo trayecto.

Salir en medio de la noche había permitido que los niños cayesen en un sueño profundo, debido a los nervios vividos y al cansancio que arrastraban en medio de la madrugada.

Los adultos estaban alertas a bordo del vehículo por lo que pudiera suceder. El primer destino era un poblado a cierta distancia de Gurs. La elección de aquel lugar no solo se debía a que había hogares para acogerlos, sino también a la falta de controles en el camino hasta arribar allí.

Se habían distribuido en tres lugares; dos ubicados dentro del poblado y el otro, más en las afueras. Allí habían alojado a Léa, a partir de ahora ese sería el nombre, aunque para Gabrielle seguiría siendo su adorada Lena.

—¿No te quedarás conmigo?

—No puedo, mi amor. Aquí estarás bien. Vendré a verte.

Gabrielle había permanecido allí el tiempo suficiente para ayudar a la dueña de casa con los niños. Lo primero que habían hecho era darles algo caliente con unos panes tostados. Verles los rostros de alegría ante el festín que les habían servido le había estrujado el corazón. Más tarde hablaría con ellos para decirles que no debían llevarse la

lonja de pan para esconderla, porque allí no había roedores.

Creía que con el tiempo los chicos se darían cuenta y se aclimatarían a su nueva realidad. Ella comprendía que la vida de aquellos pequeños había cambiado en un tris y que más adelante alcanzarían la paz que necesitaban. Más tarde habían salido hacia el parque de la casona; lo recorrieron sin dejar de admirar todo cuanto había alrededor. Todo eso conmovió a Gabrielle hasta lo más profundo de su ser.

—¿No vas a abandonarme?

Gabrielle abrazó a la niña para darle la seguridad de que no la dejaría; sin embargo, sabía que en algún momento debería hacerlo. Aunque la angustiaba, no quería trasladarle el pesar a la niña. Léa debería aclimatarse al nuevo lugar hasta que tuviera que mudarse a otro, aunque esperaba que faltase para eso.

—Déjala tranquila —dijo un chico que se les había acercado—. Si no fuera por ella, no estaríamos aquí. No la canses.

—No lo hago —dijo con ojos vidriosos Lena.

—Si se cansa, nos va a dejar a todos.

—Tú eres Alex, ¿verdad?

—A partir de ahora, sí.

Atrás quedaría el nombre Ariel, que lo había identificado diez años. Gabrielle veía la entereza de ese niño cuya madre le había implorado quitar a su hijo de la maldita lista a cambio de ella.

—Léa, ve a buscar a Margot. —Quería mantener unas palabras a solas con el niño.

La niña no dudó en hacerle caso, ya que Gabrielle se había trasformado en la única persona con la que hablaba y en quien confiaba.

—Ella está todo el tiempo contigo, y debe saber que estamos todos nosotros también. No puede recibir atención única.

—Tienes razón. —Le sonrió mientras le acariciaba los mechones rubios—. Sucede que Léa ha perdido a su madre.

—Yo a mi padre, y mi madre me rogó que la abandonase

—dijo con la mirada nublada de tristeza y pesar—. Por más que me dijo que volveríamos a vernos, no sé si lo lograremos.

Escuchar esa afirmación en boca de un niño le rompía el corazón a Gabrielle.

—Debes saber que ella hizo lo mejor para ti.

—Tal vez —replicó con pesadumbre—, pero todo empeora al estar con esta niña llorona que se aparta del resto solo para llamar la atención de ustedes.

—Alex, puedo asegurarte que estás equivocado. ¿Sabes?

Tengo un pedido que hacerte.

—¿Cuál?

Mostró el ceño fruncido en el rostro plagado de pecas. Los ojos verdes le destellaban de curiosidad.

—Quisiera que te acerque a ella y la cuides.

—¿Por qué yo?

—Porque eres un gran chico, lo sé porque me lo ha dicho tu madre. Léa también lo es, pero es más pequeña y nos necesita. Nunca pudo entablar un vínculo de amistad con el resto de niños que había en su barracón. Estoy segura de que tú eres especial y lograrás acercarte a ella.

Él la miró con cierto aire de suficiencia que a Gabrielle la conmovió. Era importante darle alguna misión que lograse ocuparlo para quitarle de la cabeza el desasosiego y el pesar que llevaba a cuestas.

—¿Al menos lo intentarás?

—Está bien —replicó sin demasiadas ganas.

—Puedes empezar ahora, mientras yo hablo con Margot.

Ella vio cómo Alex se acercaba a Léa sin decirle nada.

Solo se sentó a su lado y se quedó mirando hacia el mismo sitio que la niña. Esperaba que esa atmósfera de silencio los

uniera en algún momento y ayudara a Léa a salir del hermetismo en que estaba encerrada.

Cuando Gabrielle se retiró, la embargaba la culpa de dejar sola a la niña de la que se había hecho cargo desde que la había visto por primera vez en aquel escondrijo húmedo y mugriento. Aunque Margot le había sugerido que se quedase con ellos, ella prefirió no hacerlo, en especial, por el bien de la niña, que debería interactuar con el resto de los compañeros y con la dueña de casa, que se desvivía por atenderlos. Acababa de irse con un compañero de la organización, quien la llevaría al lugar en que se alojaría al menos las primeras noches, hasta que las aguas se calmasen.

—¿Cómo los has dejado?

—Bien —respondió Gabrielle.

—Los niños que acabo de dejar no se han quedado muy tranquilos, pero es normal que eso suceda porque…

—Disculpa, pero ¿sabes algo de lo acontecido en el campo? —lo interrumpió.

La inquietud por lo ocurrido la madrugada pasada no dejaba de hostigarla. La incertidumbre la estaba matando.

La presión en el pecho que sentía Gabrielle se incrementaba a medida que pasaban las horas sin saber de Brandon.

—No, solo los rumores que llegan respecto de que ha sido una fuerte emboscada. Esperemos que todos hayan podido salir bien de allí.

A pocas cuadras de caminar, arribaron a una parroquia muy antigua ubicada en las afueras del poblado. Los muros tapizados de una enredadera que trepaba sin tregua y una puerta de madera desteñida les daban la bienvenida.

Ingresaron por la nave central hasta alcanzar una sala que servía de sacristía.

—Bienvenidos.

—Gracias por su ayuda —dijo el compañero de Gabrielle.

—Quiero que sepan que estoy a su disposición para lo que necesiten. Sé que hasta ahora han alojado a los niños en otros hogares, pero este puede servir si lo necesitan.

—Por ahora nos hemos arreglado bien. Quizás la próxima vez que rescatemos a otro grupo numeroso de niños.

—Esta es su casa. ¿Cómo ha salido todo?

—Hasta ahora muy bien. Esperemos que podamos quedarnos tranquilos un tiempo aquí, sin que caiga alguna redada que complique todo.

Gabrielle había escuchado de boca de Madeleine cómo habían sido las otras batidas: irrumpían en el hogar que fuera y, en medio de llantos y gritos, se los llevaban. Para evitarlas, cuando había oportunidad de hacer correr la voz, los miembros de la organización se aprestaban a sacarlos para trasladarlos a otro hogar que formaba parte de la red de evacuación. Lamentablemente, no siempre se llegaba a tiempo.

—Sabemos

de

su

colaboración

y

volvemos

a

agradecérselo.

—Si alguno de ustedes quiere quedarse en una de las habitaciones que hay aquí, está invitado. ¿Por eso vinieron?

—indagó con una tibia sonrisa.

Hubo un cruce de miradas entre Gabrielle y su compañero, quien había decidido alojarse en otro lugar.

—Gabrielle, creo que este lugar es ideal si quieres estar cerca de la casa de Margot.

—Por supuesto, igual me quedaré poco tiempo. Hay bastante trabajo por hacer.

—Puedo asegurarle que aquí nadie la molestará —agregó el religioso.

—Muchas gracias.

—Si me disculpan, yo debo cumplir con unos compromisos en el pueblo. Este cuerpo debe alimentarse y me han invitado a cenar. Por supuesto, Gabrielle, eres

bienvenida.

—Muchas gracias, pero estoy muy cansada. Además, he comido en la casa de Margot. Por lo que nos sirvió, debe haber imaginado que éramos un batallón muy hambriento.

—Si lo deseas, puedo cubrirte mañana —le ofreció el compañero.

—Gracias.

—Por el pasillo hay dos puertas. Cualquiera de esas habitaciones está en condiciones para que se aloje. Si necesita algo, yo estoy al otro lado del pasillo. ¿La acompaño?

—No es necesario, muchas gracias.

—Gabrielle, yo me iré.

—Nos veremos mañana.

Ella los acompañó hasta la salida, minutos después caminó hasta un banco de madera, se arrodilló y rogó por Brandon, para que todo hubiera salido bien y nada le hubiera ocurrido. Necesitaba rezar para exorcizar esa angustia y la culpa que tenía desde el mismo instante en que había abandonado Gurs. Con lágrimas en los ojos, enfiló hacia una de las habitaciones, luego de buscar su pequeño bolso con enseres, que había dejado en la salita donde los habían recibido. De lo único de lo que no se había desprendido, era de su Baby, que le colgaba sobre el pecho.

No importaba no haberla usado ese día, no la llevaba por ese motivo, sino para aferrarse más a él, si eso era posible.

Con el agua de la tina, logró distender los músculos agarrotados por lo vivido en los últimos días. Nunca hubiera imaginado que ella acabaría en el sur del país asistiendo a esos niños indefensos. Sin embargo, no se había olvidado de Marie ni de su adorada Isabel, a quienes extrañaba mucho. Qué distinto sería todo de haber podido compartir con ellas lo que estaba viviendo. El destino la había separado de sus afectos y esperaba que fuera la misma

estrella la que volviera a unirlas. Ansiaba que Isabel hubiera recompuesto su vida de la mano del italiano, aunque entendía que no sería fácil deshacerse del compromiso que la unía a aquel alemán que no le daba buena espina.

También pensaba en sus padres y en cómo se sentirían de saber hasta dónde había llegado. Recordar cómo habían actuado sus padres en la Gran Guerra la conducía a pensar en la familia Dubois. Una vez más la sobrecogía el temor por Brandon, porque sabía que Aaron era despiadado y actuaría del mismo modo que con su esposa y con la madre de Gabrielle.

Con el cuerpo relajado, salió del baño para intentar descansar. Por más que las preocupaciones le rondasen por la mente, el cansancio se le había apoderado del cuerpo y, minutos después, cayó en un sueño profundo.

La penumbra se recortaba con los fogonazos de las armas. El sordo sonido de los disparos retumbaba en mi cabeza a medida que corría y corría, desesperada por alcanzar el lugar en que se había desatado la contienda. Mis pies se enterraban en el fango con la nieve esparcida por todo el terreno. Mi corazón latía sin control porque sabía que él estaba en medio de todo aquello. A medida que me acercaba, la estampida de detonaciones era mayor y el ruido, ensordecedor. En el

instante mismo en que llegué a un claro, me sorprendí por lo que veía. Los combatientes con sus armas sobre los hombros se alejaban por un sendero entre sombras; solo quedaba como vestigio de aquella disputa un cuerpo tirado, manchado con sangre que le brotaba del pecho. Mis pies no lograban avanzar, como si estuvieran clavados en el terreno. En ese preciso momento, una fuerza extraña tiró de mí hacia el lado opuesto al que yo deseaba ir. No pensaba irme de allí, no podía dejarlo tirado, debía alcanzarlo. El rugido de mi voz al llamarlo hizo eco en el descampado y una sombra se agazapó sobre mí.

Gabrielle se incorporó de inmediato con el corazón descontrolado ante las imágenes vividas, sin poder ubicarse en el lugar en que estaba. Fijó la mirada en la tenue luz de las velas que alumbraban el recinto. Sin embargo, la llama flameante de uno de los pabilos de los candelabros titiló.

Esta vez, en aquella tenue penumbra, no sintió temor ni miedo porque sabía que no estaba sola. Él había vuelto.

—Mi amor, regresé.

El susurro de Brandon entibió el cuerpo helado de Gabrielle. Debía convencerse de que no era un sueño, sino que los brazos de él la rodeaban y sus labios la besaban por todo el rostro mientras le decía cuánto la amaba. La conmoción por saber que estaba a su lado no impidió que un sordo sollozo prorrumpiera.

—Perdóname —pidió Gabrielle.

Desde que había abandonado Gurs, la culpa por haberse ido intuyendo que él podía estar allí no se la había logrado quitar del cuerpo.

—Mi amor, cálmate, por favor.

Esa mirada grisácea volvía a recorrerla como solo él podía hacerlo.

—Aquella noche en Gurs, te sentí. Sabía que estabas cerca, pero debía abandonar el campo, aunque ese no fuera mi deseo.

—Lo sé, mi amor. Deberías saber que siempre regresaré por ti.

Las manos de ella recorrieron el amplio torso de él y notó que una venda le atravesaba el pecho.

—¿Te han herido? ¿Eras tú el herido?

—Sí, y lo único que necesitaba era a ti. Me sentiré vivo cuando vuelva amarte y a saber que eres real, porque estuviste conmigo en todo momento. Cuando me hirieron, la única imagen que inundó mi mente fuiste tú.

Los dedos de ella se posaron sobre los labios de él.

—Te amo.

Ambos se entregaron en un beso desesperado y sin control. Él volvió a saborear esa boca que había extrañado durante el tiempo que habían estado separados. Con los dedos, recorrió cada pulgada de esa piel que se erizaba al sucumbir a sus caricias. Los gemidos de ella se acrecentaban a medida que él deslizaba la boca a lo largo del cuerpo hasta alcanzar su lugar para que Gabrielle comenzase a temblar. Solo bastaron unos pocos minutos para que todo explotase a su alrededor. Brandon se incorporó y la tomó de las manos por encima de la cabellera de ella para estar dentro y sentirla. Ambos se entregaban con ferocidad con cada embestida. A pesar de la titilante luz de las velas, podía vislumbrar más allá en aquella mirada grisácea de Brandon. El profundo amor que sentía por ella se fundía en algo más, quizás miedo por haberla perdido o la desesperación por que eso no ocurriera.

—Siempre juntos —dijo Gabrielle sin dejar de leer lo que le decían esos ojos grises.

—Por siempre, mi amor.

—Como el sol y la luna.

La última acometida reverberó en los cuerpos de ambos sin control. Con la agitación del encuentro y las respiraciones aceleradas, se fundieron en un abrazo sin poder separarse un centímetro. Gabrielle apoyó la cabeza sobre el pecho de él y desplazó la mano hacia la herida.

—Sabía que no te quedarías en Lyon.

—Yo…

—Te conozco demasiado e intuía que por esa cabecita pasaba algo más que no me estabas diciendo. “Solo te pido que no me juzgues y que entiendas el motivo por el que lo hice”, me decías en esa carta que recito de memoria desde que la leí por primera vez.

—Esperaba que me entendieras.

—A pesar de haber engañado a Ivo, un hombre que no sabía qué hacer cuando se dio cuenta de que te habías ido con Madeleine.

—¿Cómo te enteraste?

—No bien pude desentenderme de los asuntos en París, volví a Lyon. Me desesperé al saber dónde estabas y justo en ese momento nos llegó la información de lo que iba a suceder en Gurs. Debí pergeñar cómo íbamos a atacar dejando a un lado los fuertes deseos de ir y sacarte de allí.

Hacerlo hubiese sido una locura, porque no habrías podido cumplir con tu misión. En las noches pensaba en cómo estarías y esperaba que todo saliera bien.

—Yo rogaba por ti para que nada te sucediera. Mi amor,

¿qué ocurrió?

—Tomamos por sorpresa el depósito de armas. No nos esperaban porque estaban muy preocupados por cumplir con el contingente de internos que debían enviar rumbo a Auschwitz. Aguardaban a las autoridades que arribarían allí para llevarlos. Debíamos llegar antes que ellos.

—Entonces, ¿qué te sucedió?

Él tardó unos minutos en responder.

—Por favor, amor, dime la verdad.

—Las armas estaban ubicadas cerca del barracón donde ustedes se alojaban.

—Eso lo supe cuando comenzaron los estallidos; uno de los asistentes lo confirmó.

—La operación de sacar el botín estaba casi finalizada, pero no era eso lo que me preocupaba, sino intentar sacarte si aún no habías logrado huir con los niños. Una vez que logramos hacernos del armamento, cargarlo y sacarlo de allí, di la orden de evacuar el lugar. Todos esperaban que yo también lo hiciera, pero no podía emprender la retirada sin saber de ti.

—¿Estabas allí cuando sacábamos a los niños?

—Me cercioré a la distancia de que te fueras sin que nada sucediera.

Apareció un gendarme por detrás, me volteé para disparar, pero fue más rápido que yo.

—Te sentí, supe que estabas allí, por eso no quise salir de ahí. Me obligaron a subir al vehículo, ya que los niños esperaban y no podía desarticular lo que tan bien habían planeado. Yo formaba parte de eso, pero tú estabas y estarás por encima de todo.

Los brazos de él la estrecharon aún más a él para fundir sus cuerpos en uno solo.

—¿Cómo hiciste para salir?

—Hubo uno de los míos que no cumplió mi orden y me esperó. Entonces vislumbró al gendarme que me disparó.

Podría haber sido peor, pero no lo fue.

—Te hirieron por mi culpa —esgrimió con la vista húmeda por lo que podría haber sucedido.

—No, fue mi descuido.

—No me perdono haberme ido de allí. —Se inclinó para besar la herida.

—Te juré que siempre sabría de ti.

—¿Y después? ¿Cómo huiste?

—Luego de reducir al gendarme, huimos de Gurs.

Debimos hacer una parada antes de llegar aquí para que me vieran la herida.

—Y sabías que estaría aquí.

—A esa altura ya sabía hacia dónde se habían dirigido, restaba llegar a ti. Ahora quiero que me cuentes lo que significó estar allí dentro.

—Algo imposible de imaginar. Cada noche que pasaba no dejaba de pensar en ti sabiendo que venías luchando por lo mismo. No te imaginas cuánto te necesité.

—Sería mejor que me lo demostraras, ¿no?

El cuerpo de Gabrielle respondió con todos sus sentidos a esa pregunta

y lo amó más allá de las palabras que pudieran decirse, en una comunión que estaba por encima de todo, inclusive de ellos mismos. Una unión que había atravesado ausencias, desencuentros, sinsabores, aunque enlazados por un amor único. La madrugada los alcanzó con los cuerpos extasiados de haberse amado con pasión y frenesí. El cuerpo de ella estaba cubierto por el de él, que no había dejado de acariciarla durante la noche.

—Quisiera quedarme así para siempre —confesó somnolienta.

—Ya llegará el momento de que podamos estar así.

—¿Te quedarás conmigo esta vez?

Gabrielle se incorporó para contemplarlo de frente y leer esa mirada más allá de lo que pudiera decirle. Cuanto más lo observaba, mayor era la preocupación le que atravesaba el rostro.

—Quiero que me digas la verdad.

—Gurs fue un éxito, porque logramos hacernos de las armas y ustedes lograron sacar a los niños, pero la situación para la Resistencia será más compleja.

—¿A qué te refieres?

—A que pondrán mayor esmero en encontrarnos.

Un frío helado atravesó el cuerpo de Gabrielle; una vez más la sensación de incertidumbre la arropaba.

—Daría lo que fuese por quedarme contigo, pero para tu seguridad deberé irme.

—No me importa mi seguridad, me importas tú.

—Mi amor, hay cuestiones que debo cerrar. Hasta tanto no lo haga, no podremos estar como soñamos.

Gabrielle no quería mencionarla, pero en ese momento debía traerla a la conversación. Era tanta la repulsión que sentía por esa joven alemana que ni siquiera podía mencionarla.

—La vi en Lyon frente a un hotel, rodeada de unos hombres.

—Lo sé.

—Ella es capaz de todo, y eso me da miedo.

—Debes estar tranquila. Creo que lo mejor será que te vayas a París.

—¿Por qué no regresar a Lyon?

—Porque ahora dejó de ser seguro: saben que muchos de nosotros estamos allí.

—Entonces, ¿tú tampoco irás?

—Debo ir para acompañar a algunos de los nuestros, para luego reubicarnos y seguir adelante.

—Me iré contigo.

—No lo harás. No puedes dejar a esos niños.

—Deberé hacerlo en algún momento.

—Entonces, me esperarás en París.

Con lágrimas en los ojos, intentaba descubrir aquello que él se callaba.

—¿Y tu padre?

—Otra cuestión que deberé resolver también. Aunque no quiero pensar en eso, hay algo que debo decirte.

—Dime.

—Estuve con Marie, ha venido a verme porque quería saber de ti y, además, quería darte la noticia de que Pierre regresó malherido.

Un suspiro de emoción salió de Gabrielle, una mezcla de alivio, porque su amigo estaba con vida, y preocupación, porque no había vuelto ileso.

—No bien llegó al hospital inconsciente, estuvo bajo el cuidado de Marie. Él no dejaba de pedir por ti —dijo molesto

—. No pretendas que no me ponga de este modo si un hombre en su peor momento repite tu nombre.

—Brandon, sé razonable. Sabes lo que siento por ti y que a él lo quiero como el amigo que es.

—Sí, ya sé. Por eso, antes de abandonar París, fui a verlo para saber cómo seguía y me puse a disposición por si necesitaba algo, medicinas u otra consulta médica.

—No creí que pudiera amarte más.

Hizo una mueca, como restando importancia a los dichos.

—Además, lo hice porque su padre no parece muy diligente. Hablé con Marie y ella está haciendo todo lo posible para que Pierre salga adelante. Espero que, cuando se recupere, no deje de mencionar su nombre, porque ella lo está dando todo por él.

—Así será, mi amor.

Ella lo besó sin premura y con dedicación. No sabía cómo demostrarle cuánto lo amaba.

—No me has dicho hasta cuándo te quedas.

—Solo esta noche. Ojalá pudiera quedarme contigo, pero te juro que no puedo.

Tampoco le diría que ese tiempo se lo robaba a la causa.

La situación contra la Resistencia había empeorado, aunque ella no tenía por qué saberlo.

—Me gustaría que conocieras a alguien especial.

—Me pondré celoso cuando lo vea.

—Estoy segura de que ella te conquistará como lo ha hecho conmigo.

—Está bien —dijo antes de besarla y emprender el día.

Había mucho por hacer y las horas eran valiosas en ese último día que compartirían juntos. Las nubes corrían presurosas por el cielo encapotado de un gris ceniciento. Ni siquiera el frío impedía que los niños vagaran por el parque de la propiedad. Hasta allí había ido Gabrielle junto a Brandon. Ella dudaba de cómo presentárselo a Margot, pero bastó decir que era un amigo. Desde que se había unido a la causa, ella notaba que el vínculo entre los integrantes de la

organización subyacía más allá de las palabras. Parecía que entre ellos se reconocían, y era eso lo que había sucedido con Brandon.

—Aprovecharé a hacer unas cosas, mientras ustedes se quedan aquí.

—Ve tranquila.

A Brandon le bastaron unos pocos segundos para identificar a la niña que desvelaba a Gabrielle. Unos ojos negros no habían dejado de seguirlos desde que habían salido al parque. Eso parecía importarle al niño, en apariencia mayor que ella, que los observaba en un silencio cómplice.

—Acompáñame.

Ambos enfilaron hacia el lugar en que estaban sentados los niños. Brandon notó cómo la niña se abalanzó hacia Gabrielle, que se acuclilló para saludarla.

—Léa, déjala, que se quedará un rato más con todos nosotros. —Levantó la vista y preguntó—: ¿Y tú quién eres?

—Un amigo de Gabrielle.

El niño asintió al saber que ese hombre que observaba todo con absoluta cautela era parte de la comitiva.

—No te he visto antes.

—No, porque he llegado hace poco.

A Brandon le causó gracia el cuidado que ponía ese niño para saber de él y qué hacía allí.

—¿Cómo te llamas?

—Alex y ella es Léa.

Brandon asintió ante la formalidad de esa presentación.

No era la primera vez que veía a niños evacuados de un campo, pero no había tenido tiempo de poder interactuar.

Ese sería un problema para Gabrielle cuando debiera alejarse de ahí.

—Hola, Léa.

Con una dulce vocecita, ella le contestó; observó con qué cariño miraba a Gabrielle, en eso podía entenderla.

Comprendía también el compromiso de Gabrielle con la organización, aunque esta relación nacida a partir de su colaboración iba más allá.

Aquellas horas compartidas serían atesoradas por ambos, hasta que llegase el momento de volver a verse. De regreso a la parroquia, ninguno quiso hablar sobre el desenlace que tendría volver a decirse adiós. Sin embargo, la angustia y el desconcierto por lo que fuese a suceder los corroía por dentro.

—Mi amor, debemos hablar.

—No quiero una despedida —dijo ella con la mirada húmeda por saber que lo que se avecinaba—, no soportaría una nueva despedida.

—Está bien. Esta última etapa no será fácil y solo podré lograrlo si cuento con tu confianza sabiendo que harás lo que te pida.

—La tienes.

—Es importante que, cuando estén las condiciones dadas, te vayas a París y no te quedes por aquí. Allá te necesita Marie, además, mantienes tu lugar en la agencia.

—¿Y tú cuándo regresarás?

—En verdad no lo sé, pero lo único que me mantendrá vivo será saber que volveremos a estar juntos, y esta vez definitivamente.

Gabrielle tenía el corazón en un puño y la garganta cerrada debido al ahogo que no le permitía pronunciar sonido, a pesar de tener una gran cantidad de palabras atoradas.

—Léa es más fuerte de lo que crees. Hasta que todo esto no termine, no podrás hacer mucho con ella. Acá, con Margot, estará segura. En el caso de que caiga alguna

redada, será trasladada con los otros niños que atravesaron lo mismo. Ella sabe que no la abandonarás, porque no lo harás, ¿verdad?

—No podría.

—Habla con ella y díselo. Es momento de esperar hasta que todo termine.

Gabrielle se aferró fundiéndose en él. La tenue luz de la vela reflejaba la sombra formada por el contorno de ambas figuras desdibujadas en una. Seguirían así entrelazados, a pesar de la distancia, de lo que

pudiera suceder, con el fuerte anhelo de volver a verse.

CAPÍTULO 23

Rota

Los aciagos días de Isabel en Suiza estaban llegando a su fin. Auguraba la presencia de Mateo de un momento a otro.

La huida de Berlín había sido menos complicada de lo que hubiera creído. En compañía del conocido alemán de De Luca, había atravesado la frontera sin mayores problemas.

Estaba claro que era un hombre influyente, porque nadie se había molestado en exigir la documentación, a pesar de que sus papeles estaban en orden. Temía que Hans hubiera pedido elevar la búsqueda de ella, pero en principio todo parecía estar en orden. En el trayecto que duró la travesía, no habían hablado mucho. Mejor así; eran tantas las complicaciones en la vida de Isabel que no hubiera sabido por dónde comenzar. Tiempo atrás creía contar con una familia de la cual enorgullecerse. La larga estadía de sus padres en Italia terminaba. No quería pensar en la fuerte reacción que tendrían cuando supieran, de boca de Hans o de Sonia, lo acontecido. Sus padres nunca le perdonarían haber abandonado todo e irse con un desconocido, sobre todo haber dejado el puesto que con tanto ahínco y esfuerzo le habían conseguido su padre y Hans. Recordaba los comentarios en las reuniones sociales en las que don Emilio alardeaba con el nuevo trabajo de su dilecta, porque los logros obtenidos por ella y el cumplimiento de las expectativas paternas la habían transformado en eso. Ella

estaba convencida de que era feliz, aunque en el fondo del corazón sabía que estaba haciendo demasiadas concesiones sin evaluar las consecuencias. Su madre había construido una vida basada en la importancia de lo que dijera el resto.

Sin dudas, no soportaría el murmullo ni los comentarios sobre una hija que había escapado dejando a su prometido por otro. La condenarían por haber arrastrado al fango el apellido Quevedo. Nadie la escucharía ni creería lo que en verdad había sucedido, porque significaría aceptar que esa familia de la que se jactaban se había derrumbado de golpe sin posibilidad de recomponerse. La traición de su hermana le dolía, aunque estaba convencida de que pagaría con él lo que le había hecho a ella. El prometido que le juraba amor eterno la utilizaba como medio para obtener lo que quisiera.

Nunca se había dado cuenta de que jamás había sido importante para él. Aún le costaba perdonarse por haberse equivocado tanto con ese

energúmeno. Los hechos se habían precipitado; todo se había ido al garete, incluido el trabajo en la embajada, que había comenzado a disfrutar. Lo más llamativo era que nada de eso le importaba, salvo De Luca, a quien le había confiado su vida. Y allí estaba sola, en un país que le era ajeno, esperándolo. Se había instalado en un cantón cercano a la frontera.

Miró por el cristal de la ventana, empañada por la leve llovizna que había comenzado a caer en la madrugada, las laderas nevadas que se extendían con majestuosidad. La hostería donde se había alojado había sido sugerencia de Karl Schütz. Según le había comentado, estaba regenteada por unos conocidos. Eso le daría cierta seguridad de contar con alguien en la soledad de aquellos días. Aún no se había podido quitar el miedo de encima. Nunca le perdonaría a Hans haberle destrozado la vida y la culpa volvía a cubrirla al pensar que ella no se había dado cuenta del monstruo que tenía a su lado. Por las noches la asaltaba la pesadilla

vivida aquella noche en que Isabel se rompió por dentro.

Desde que había abandonado Berlín las noches eran largas, ya que las pasaba en vela en la espera de que todo acabase, aunque no sabía cómo pondría fin a todo lo que sucedía. Le reverberaban en la mente los dichos de Mateo respecto a que Hans la buscaría y que habría que poner un punto final a todo para poder comenzar una nueva vida, pero ¿a qué costo? Necesitaba tener noticias de Mateo, porque aún temía por la ferocidad de Hans y por lo que pudiera hacer con De Luca, el hombre al que le debía todo y del que se había enamorado, a pesar de negarlo una y otra vez. Todo había comenzado en aquella gala en Roma. En cada palabra y con cada gesto, demostraba lo que significaba para él.

Una vez más la madrugada la había alcanzado en plena vigilia. Atenta a todo lo que podía suceder, escuchó el crujir de las maderas del pasillo que daba a su habitación. Con sigilo y temor, se acercó a la puerta para poder escuchar mejor. Notó cómo el picaporte se movía. De inmediato, se aferró a un cuchillo que había guardado luego del almuerzo, desconocía si serviría para una buena defensa. Con los nudillos blancos por la fuerza, tomó envión antes de que la puerta se abriera. Se detuvo en el minuto preciso en que con pericia De Luca la tomó por las muñecas para impedir que el filo lo dañase.

—Tranquila, que soy yo —susurró y le soltó las manos para evitar lastimarla—. Creía que dormirías y no quería despertarte.

Ella se derrumbó, se acuclilló en un rincón y rompió en un sordo sollozo.

—Mi amor, ¿no te alegras de verme? —preguntó al agacharse junto a ella.

—Claro que sí —replicó hipando—. No he hecho otra cosa que esperarte.

—Entonces…

—Es que no lo entiendes; estoy rota.

—Shh, no digas eso.

—No fui capaz de darme cuenta de quién estaba a mi lado y ahora casi hiero a la persona más importante de mi vida.

De Luca deslizó el pulgar por la mejilla húmeda de Isabel.

—Amor, déjame ayudarte.

—No sé hasta cuando tendrás paciencia conmigo.

Una mueca de comprensión atravesó el rostro de De Luca. Ella no entendía que él entregaría su vida hasta que ella recompusiera la suya.

—Aunque no lo creas, esperé a alguien como tú hace tiempo y, desde que llegaste, no he podido separarme de ti.

Ven.

Él la ayudó a incorporarse hasta alcanzar la cama. Se tendió con ella envuelta en los brazos. Cuánto había ansiado poder sentirla y estar a su lado. Aún no había logrado arreglar el tema que más lo acuciaba, aunque esa sería una cuestión que se compondría a la brevedad y no la mencionaría esa noche.

—¿Más tranquila?

—Sí.

Él podía sentir los fuertes latidos del corazón, odiaba que aún la rondase el miedo, y eso se lo debía solo a una persona. Por más que Isabel lo negara y buscase mostrarse diferente con él, podía percibir el temor que la envolvía.

—Te extrañé —le susurró ella al oído.

Cuánto necesitaba escucharlo. Creía que de a poco Isabel se recompondría, aunque no sabía cuándo. Ella precisaba que él comprendiera lo que sentía. Él la besó con ternura sin dejar de demostrarle cuánto la amaba; sin embargo, no buscaba abrumarla con sus sentimientos. No podía olvidarse de que, minutos antes, había estado agazapada

para atacar a quien entrara. Por mucho esfuerzo que pusiera en negarlo, Isabel estaba llena de temor por lo que había vivido. Daba gracias por que ella confiase en él, porque había perdido la capacidad de entregarse por completo a alguien. Sin embargo, él no se amilanaría en intentar, una y otra vez, hasta que ella estuviera con él en cuerpo y alma. Ansiaba con todo su ser sentirla, aunque sabía que estaba rota por dentro y que debería actuar de un modo distinto hasta que Isabel pudiera juntar todas sus piezas y comenzar de nuevo.

—Yo…

No soportaba que ella temiera decirle algo; no era así como quería que fueran las cosas entre ambos.

—No te guardes nada, dime qué sucede.

—Que estamos aquí en la cama, y no sé… No quiero perderte.

Mateo le tomó la barbilla para tenerla de frente y verla a los ojos. El tiempo había sanado los golpes en el rostro. Los otros golpes le escocían en su interior y le impedían seguir adelante. A Mateo lo enceguecía saber quién había sido el autor de aquellas heridas invisibles que aún no cicatrizaban.

—Y crees que me perderás si esta noche no estamos como a mí me gustaría.

—Sí —asintió mirando hacia abajo.

—Por favor, mírame.

Ella lo hizo y se perdió en la mirada de Mateo. Sin rozarla, la acariciaba con cada palabra que pronunciaba y en el modo en que la comprendía.

—Cuando estemos juntos, deseo que no tengas miedo ni que se cruce alguna imagen que pudiera enturbiar nuestro momento, y espero tener

muchos de ellos, ¿comprendes?

—Sí, y me gustaría que así fuera. Te prometo que voy a esforzarme.

—No, mi amor, no va a ser necesario que te esfuerces, porque tendrás tanto deseo por que estemos juntos que solo pensarás en eso y el mundo quedará afuera.

Las mejillas de Isabel estaban de un tinte carmesí, y eso era lo que a él lo enloquecía, porque ese energúmeno le había robado la ingenuidad que la hacía especial para los demás, aunque para De Luca ella seguiría siéndolo por siempre.

—¿Confías en mí?

—Claro que sí —afirmó con convicción.

—Cierra los ojos.

Ella lo miró antes de cerrarlos y acomodarse sobre su pecho. Podía sentir el tenue roce de los dedos de él al deslizarse por el costado de su cuerpo.

—Quiero que sepas cuánto te deseo y el modo en que te amaré cuando estemos juntos como ahora —resopló en el oído acariciando con su lengua el lóbulo—. Primero me saciaré de besarte hasta que nuestros labios estén enrojecidos. Luego mi boca va a deslizarse por tu clavícula para saborear cada parte de tu piel.

Mateo no dejaba de susurrarle con esa entonación tan característica que le erizaba la piel.

—Seguiré vagando por tu cuerpo sin dejar de acariciar tus pechos enhiestos mientras me reclamas más y más. Puedo escuchar tus gemidos de placer en cada caricia que nos damos. Tu cuerpo va a exigirme que avance más. Mis dedos recorren tu abdomen sintiendo el modo en que te estremeces hasta alcanzarte. Allí, en tu lugar, masajeo tu centro mientras me gritas que continúe por el profundo placer que sientes. Puedo sentir que estás húmeda y que deseas tanto como yo que nos unamos y esté dentro de ti.

Isabel estaba extasiada y envuelta en una marea de ensoñación absoluta; nada se filtraba en su mente solo esa voz susurrada que le decía todo lo que haría para brindarle

gozo fundiéndose con los sordos quejidos que ella misma emitía.

—Tu cuerpo reclama el mío; puedo sentirte a medida que ingreso en tu interior. Los dos nos acoplamos de manera perfecta. Es ahí cuando ambos perdemos la cordura y nos amamos sin control, con locura. No hay nada entre nosotros que nos separe, solo tú y yo. Y una vez que nos hayamos amado, volveremos hacerlo porque sentirás, como yo ahora, que es lo mejor que pasó en la vida.

Isabel abrió los ojos y lo miró. Esa mirada hablaba de todo lo que sentía por él, pero que aún no se animaba a confesarle.

—Como verás, cuento con todo el tiempo del mundo —

aseguró al deslizar el pulgar por el rostro para limpiarle una lágrima que le vagaba por la mejilla.

Isabel lo tomó del cuello y lo besó con desesperación. De Luca dejaba que ella hiciera lo que quisiera con él, estaba poniendo a prueba su voluntad en el punto más álgido, pero necesitaba que fuera ella quien lo buscase, lo necesitase y quisiera entregarse por completo a él. Mateo lo había hecho hacía tiempo con Isabel.

—Eres lo más importante que tengo en la vida —confesó al besarlo por todo el rostro.

—Y ansío que siempre sea así.

Isabel se arrebujó contra él, sintiendo los besos que le daba y las caricias que le prodigaba sin ir más allá del deseo.

*

Los días en Berlín corrían de manera vertiginosa para Fischer. No había abandonado la búsqueda de Isabel. Claro que había puesto sobre aviso a la familia Quevedo de lo

acontecido. Emilio Quevedo se había excusado con él por el díscolo comportamiento de su hija. Ellos no salían del estupor por lo acaecido. Sin embargo, había hecho oídos sordos a las disculpas vertidas por parte de don Emilio.

Fischer le había pedido a Sonia que hablase con la madre, quizás entre mujeres se confiaban otras cuestiones; tal vez Isabel se había puesto en contacto con doña Luisa para pedirle ayuda. Hans contaba con la desesperación de Isabel para que diera un paso en falso, y allí él

estaría aguardándola.

En medio del fragor de las actividades y de las visitas a la embajada, hubo un llamado que lo alertó. Al fin una buena noticia luego de tanta búsqueda. Schütz se había vuelto a poner en contacto con él. Esta vez había cambiado el lugar de encuentro, no sería en el bar, sino en un parque camino al trabajo de Karl. Hans había llegado antes al encuentro, ya que se encontraba ansioso por tener noticias de De Luca.

Una vez que lograse ubicarlo a él, el resto sería más fácil.

Estaba convencido de que ella regresaría con la cabeza gacha y pidiéndole disculpas por la manera que había obrado. Sin dudas, él se encargaría de que ella comprendiese el tremendo error cometido.

—Llegué a horario —confirmó Karl al ubicarse en el asiento de madera junto a su compañero.

—Fui yo quien se anticipó.

—¿Cómo estás?

—Esperando a tener noticias de De Luca.

—Mira, desconozco si se ha metido en algo raro, pero sé que ha estado en Berlín un tiempo hasta que abandonó la ciudad para irse hasta Suiza.

—Suiza —repitió con suficiencia.

Claro que había pensado en ese destino, pero no lo creía tan audaz para hacerlo con Isabel a cuestas. Imaginaba que aún estaba escondido en algún lugar de la ciudad.

—Aquí tienes.

Karl sacó un papel con el nombre de la localidad en donde podría encontrar a De Luca.

—No te imaginas lo que te agradezco esto.

—Hay una única manera.

—¿Cuál?

—El silencio. Me juego mucho con esto.

Schütz podía vislumbrar las implicancias que ello acarrearía. No quería que nada lo vinculase a Fischer ni a lo que fuese a suceder después.

—No te preocupes, Karl, esto quedará entre nosotros.

—A partir de ahora, lo que hagas corre solo por cuenta tuya, y este encuentro no ha existido —dijo al mirar alrededor y prender un cigarro.

Fischer asintió, se levantó sin siquiera saludarlo para alejarse y emprender la búsqueda final del italiano que lo llevaría a encontrar a Isabel. Schütz se quedó sentado envuelto en el humo del cigarro que acababa de encender.

En la guerra todo valía, aunque siempre había vencedores y vencidos. La traición no era algo que lo definía, pero en ese momento había tomado partido. Sin dudas los designios del destino lo estaban poniendo a prueba. Confesarle a Fischer que sabía dónde estaba Mateo había sido su elección, sin olvidarse de lo que De Luca había hecho por su amante, la mujer que aún él amaba y que había logrado sacar de Alemania.

Hans dejaría a un lado todo lo que tenía pendiente y emprendería el camino hacia el nuevo destino. Atrás quedaría Berlín junto a todas las personas que lo rodeaban.

Antes regresó hasta el Hotel Savoy.

—Mi amor, ¿adónde vas?

—Sonia, sabes que no me gusta que pregunten qué hago.

—Lo digo porque me importas.

—También sabes lo que hago cuando me desobedecen, ¿o quieres que te recuerde lo que le hice tu hermana?

—Tienes razón, discúlpame.

—No me esperes por unos días. Debo cumplir con unos compromisos.

—¿Aquí en Alemania?

—Por supuesto; si no, ¿dónde?

Puso punto final a ese intercambio con Sonia para hacer lo que tanto

lo urgía. No le gustaba contar a nadie sus cosas, menos a la hermana de Isabel. Aún desconocía qué haría con Sonia una vez que todo volviese a su cauce natural. Con premura se alistó para enfilar hacia el lugar que pondría punto final a su búsqueda. Abordó el tren que lo llevaría a Suiza, país que participaba de esa guerra desde la neutralidad. Eso significaba que no había sido ocupado y que el juego de intereses en ese territorio se inclinaba hacia ambos bandos. Sin embargo, mantenerse en esa postura no evitó que su cielo fuera violado por ambas fuerzas, tampoco logró erradicar el miedo de sus pobladores por lo que pudiera suceder cuando las sirenas sonaban ante un peligro inminente, ni borrar la perplejidad de sus habitantes al ver ingresar por la frontera a quienes huían de los horrores de esa guerra. Durante el trayecto, a medida que la formación avanzaba, Hans no dejaba de pensar en las complicaciones que le había acarreado Isabel, una joven que simuló ser una mosquita muerta y que se había transformado en la mujer que lo había puesto en ridículo al burlarse de él. Nunca nadie había sido capaz de hacerlo; ella sería la primera y la última.

La tarde pincelaba el horizonte con vetas rojizas como telón de fondo de las construcciones de madera que formaban ese pintoresco lugar. A esa hora el poblado se apagaba y los habitantes se encerraban en sus hogares hasta el nuevo día. Desde que había llegado, había

encontrado tres diferentes hospedajes. Imaginaba que en alguno de ellos estarían. Con pericia y determinación, no tardó mucho en dar con el indicado.

—Buenas tardes, ¿busca alojamiento?

—En verdad busco a un amigo que se aloja aquí.

—¿Quién es?

—Mateo De Luca. Arribó aquí con mi prima hace unos días.

—¿Hace unos días?

—Quizás lo hayan hecho hoy. En estos tiempos es difícil tener certeza de algo.

—Tiene razón, aquí está. —Miró el panel de madera que estaba detrás del mostrador con las llaves de las distintas habitaciones—. Tiene el cuarto veintiuno, pero lamento decirle que no está aquí.

—Qué lástima.

—Puede esperarlo acá, en la sala comedor, y tomar una bebida caliente. No creo que tarde tanto de la excursión que deseaba hacer.

—¿Adónde ha ido?

—Puede ser que haya ido hacia el parque, es un lugar…

La empleada no siguió hablándole a ese extraño, que se había presentado con el rostro enfundado en una bufanda y que acababa de salir raudo sin siquiera agradecerle la información ofrecida.

En el trayecto hasta arribar a esa localidad, Fischer había estudiado el lugar y observó en un mapa los recovecos que había. Había anotado en su memoria ese parque que se había utilizado como centro turístico. Enfiló hacia allí sabiendo hacia dónde se dirigía.

El ocaso del día era un momento que De Luca sabía apreciar y allí se contemplaba en toda su magnitud. El follaje de la vegetación se fundía bajo un verdor intenso. Las ramas de los árboles se entretejían y desviaban los haces

de luz que ingresaban desde el exterior. El lago formado por las aguas de deshielo bordeaba el terreno para brindar un espejo en medio de la espesura reinante. En aquel instante el discurrir del agua era el único sonido que se escuchaba.

Sin embargo, se oyó el tenue ruido de unas ramas secas al quebrarse. Ese fue el indicio de que él no estaba solo.

—¿Creías que no te encontraría?

De Luca se volteó para enfrentarse a Fischer, que se mantenía con el gesto de satisfacción por haberlo hallado.

—¿De verdad lo crees? —acotó con seguridad Mateo—. Al menos, descúbrete el rostro para destrozártelo como lo hiciste con ella.

—Sabía que te encontraría para matarte —sentenció con frialdad—, pero antes vas a decirme dónde está la perra de Isabel.

—Repite porque no escuché bien.

—Busco saber dónde está la golfa de Isabel.

De Luca se lanzó sobre Fischer sin darle tiempo a que reaccionara, así que cayó sobre el terreno. La fiereza de los golpes desgarraba la piel del rostro de Hans, quien no dejaba de lanzarle trompadas al cuerpo a

Mateo.

—Hijo de puta —gritaba De Luca en cada trompada que le estampaba en el rostro a Fischer—. ¿Así disfrutaste al pegarle a Isabel?

Fischer no dejaba propinarle golpes a De Luca para intentar reducirlo. Ante la dureza de la lucha, rodaron hacia un lado. En ese minuto, alcanzó a sacar su arma y el frío metal rozó el pecho de De Luca, que luchó por asirse de la suya.

—Vine a matarte, pero antes me dirás dónde mierda está ella —resopló con la respiración agitada.

—Te equivocas. Viniste hasta acá porque yo estaba esperándote.

—¡Dime dónde está!

—Antes deberás apretar el gatillo y matarme, hijo de puta.

Un disparo resonó en el bosque y ahuyentó a las aves, que volaron de las ramas de los árboles hacia otra parte del parque. Otra detonación sucumbió para quebrar la quietud imperante del lugar.

*

La estación de tren era un tumulto de pasajeros que se aprestaba a abordar las formaciones que llegaban y salían de sus plataformas. Allí estaba Isabel con su tique y el de Mateo para abandonar Suiza. Eso le había pedido De Luca antes de dejar la habitación del alojamiento. Hacía un rato que Mateo la había dejado para cumplir con unos trámites.

Le retumbaba en la mente la conversación mantenida a bordo del automóvil los minutos previos a descender:

—Mi amor, debo hacer una diligencia antes de irnos.

—Te puedo acompañar y luego venimos juntos.

—Es mejor que no.

Un silencio aciago recayó dentro del habitáculo. Él recorrió con la mirada cada parte de ese rostro que amaba.

Con el pulgar rozó el contorno de los labios.

—Dime, por favor, qué sucede.

—Que te amo; nunca lo olvides.

—No podría, porque estarás a mi lado para recordármelo.

—Así será.

—Te noto distinto.

—Solo preocupado de que hayas entendido lo que hablamos ayer.

—Que te espere, por eso tengo los dos tiques.

—Así es. Si me llego a retrasar por algo, ve tú, que yo después te seguiré.

—Ya te dije que…

—Mi amor, es mejor así. París, de momento, será el destino más conveniente.

Él no quería someterla a una situación complicada si la llevaba a Italia, ante la posibilidad cierta de que sus padres, a pesar de haber finalizado la temporada de entrenamiento militar por la que habían arribado a Roma, hubieran decido quedarse allí. Tampoco viajarían hasta Berlín, destino que por obvias razones él había desechado. Claro que había analizado todas las alternativas por si él no llegaba a alcanzarla y ella debía deambular sola por esos lugares.

Quería asegurarse de que nada le sucediera.

—Podrás verte con tus amigas, que estarán allí.

Ella le había contado sobre la existencia de Marie y, en especial, le había hablado de Gabrielle, a la que ansiaba ver porque hacía tiempo ya que no sabía nada de ella. En la situación política en que vivían, era normal la dificultad para las comunicaciones.

—Claro que sí, pero lo haré contigo.

—No quiero retrasarme. Si me amas como yo a ti, sigue las instrucciones que te di.

Ella se lanzó para besarlo con desesperación. Antes de descender, pronunció con mímica en los labios lo que él deseaba escuchar desde hacía tiempo. Con el “te amo” de Isabel, él la dejó en la estación y

partió para darle un punto final a lo único que le preocupaba.

Ella volvió a mirar el reloj ubicado sobre el sector central, donde estaban las boleterías, para constatar que la hora de partida sería en breve. Los pasajeros que tomarían ese tren se alistaban en el andén para abordarlo. Continuaba sentaba en un banco junto a un pequeño bolso a los pies, miraba hacia el ingreso de la terminal para ver si él llegaba.

Minutos después, por el megáfono la línea ferroviaria invitaba a los pasajeros a ingresar a la formación, que en

breve partiría. Sus pies no querían moverse, pero debía cumplir con lo que Mateo le había pedido. Tomó el pequeño equipaje y caminó hacia el vagón al que debía subir. Buscó los asientos correspondientes, aunque una sensación extraña le corría por dentro. Los pasajeros se aprestaban a partir de ahí en medio del murmullo permanente de la gente.

A pesar de la promesa, ella no podía irse, no sin él. Se levantó del asiento para dejar todo atrás, tomó su bolso a pesar de que la gente ya ubicada le decía que se sentase, que el convoy acababa de ponerse en movimiento. Isabel no habría dudado en lanzarse y desobedecer el pedido que Mateo le había hecho, si no hubiera sido porque él apareció corriendo por el andén con los cabellos alborotados y un aspecto que daba pavor. El movimiento del traqueteo no impidió, luego de que saltara para subir al tren, que ambos se fundiesen en un abrazo desesperado.

—Los tiques, por favor —pidió el guarda—. Vayan a sus asientos.

Con solo verlo, Isabel se percató de qué tipo de cuestiones acababa de resolver. Las manos que solían acariciarla tenían los nudillos sangrantes. Debajo del ojo, se apreciaba una zona rojiza, en unos días se tornaría morada, en apariencia nada grave. Ella buscó de inmediato un pañuelo y, con lágrimas en los ojos, comenzó a limpiar la tierra y la sangre de las manos de Mateo, quien no dejaba de mirarla.

—¿Tienes alguna otra herida? —esgrimió preocupada.

—Golpes nada más.

—No sé cómo podré agradecerte lo que has hecho.

—Aún no me has preguntado qué he hecho.

—Me liberaste del monstruo —confesó con la vista nublada—. Lo único que me importa es que eso no acarree alguna consecuencia para ti.

—Me aseguré de que nada me involucrara con lo sucedido.

—Gracias, Dios mío.

—Y también de que él nunca más te moleste.

Ella clavó la mirada en ese hombre al que no creía poder amar más aún; sin embargo, estaba equivocada.

—Isabel, debes saber lo que fui capaz de hacer.

A él solo le bastaba una mirada para comprender que ella no le temía, porque, cuando Isabel recordase a aquel hombre, evocaría también que él se había manchado las manos con sangre. No quería que creyera que él podría desmadrarse con ella en algún momento. Mateo nunca antes había matado a alguien y tampoco se imaginaba capaz de hacerlo, pero se había equivocado. Creía que así podría quitarse la inquina que sentía por ese desgraciado; sin embargo, ese sentimiento nunca se iría y solo lo embargó la paz por saber que nunca más Fischer volvería por ella.

—¿Crees que eso cambiaría algo en mí?

—Espero que no. Hay algo más.

—Dime.

—No me arrepiento; lo volvería a hacer.

—Mi amor, lo único que hiciste fue salvarme. Ojalá yo hubiera tenido las agallas de matarlo —dijo con un temblor en el cuerpo.

—Mi vida, eso no fue necesario.

No había modo de que Isabel pudiera demostrarle en ese momento lo que él significaba para ella, por lo que había sido capaz de hacer por ella. De Luca la envolvió en sus brazos. Con el rostro apoyado en su pecho, aún percibía las lágrimas de ella sobre su abrigo. Desvió la mirada hacia el cristal de la ventana. Los pensamientos de él iban a la velocidad del paisaje que recorría el ferrocarril.

Desde que se había enterado de que Fischer estaba detrás de Isabel, había puesto en accionar toda la maquinaria para despistarlo hasta

que pudiera enfrentarse a él. No creía que fuera a necesitar una nueva colaboración de Karl Schütz, no buscaba comprometerlo, ya bastante había hecho al facilitar el ingreso de Isabel a Suiza. Y no fue difícil saber que Fischer lo estaba buscando. Schütz se lo había informado. Hubo una última petición a Karl: que citara a Fischer y le dijera en qué localidad suiza él lo estaba esperando. Así pudo encontrarlo para enfrentarlo y matarlo.

A pesar del juego de traiciones que se daban en la guerra, esta vez, la lealtad había estado por encima de todo. Ya no quedaban deudas pendientes entre ellos.

Besó la coronilla de Isabel, que acababa de dormirse, a la espera de emprender una vida juntos con la mujer que tenía entre los brazos.

*

A orillas del lago, yacía el cuerpo de un hombre con una bufanda que cubría parte del rostro desfigurado. Los brutales golpes habían deformado la cara bañada en sangre. Nadie podría identificar ese cuerpo si no fuera por la documentación que llevaba: Hans Fischer, un alemán leal al régimen que acababa de ser asesinado con su propia arma.

Esa muerte llamaría la atención cuando llegase a oídos de las autoridades alemanas. Quienes revisaran el cuerpo encontrarían dentro del abrigo la documentación de una familia judía que buscaba un salvoconducto para alcanzar la frontera suiza y liberarse de la persecución nazi. Solo unos pocos minutos les llevaría saber que un camarada había vendido su alma al diablo y había traicionado al Reich. Justo

cuando el exterminio masivo a judíos había sido la orden impartida a todos los alemanes, transgredirla era la peor condena y la muerte, el precio justo.

Poco importaría quién había sido cometido del hecho. Las autoridades se encargarían de hacer desaparecer el cuerpo de ese traidor; el apellido Fischer acababa de caer en desgracia. La traición se pagaba con un alto costo y los allegados serían los destinatarios de las consecuencias.

Tampoco les sería fácil a las autoridades dar con el apellido de aquellos por los que Fischer los había traicionado. De Luca había

procurado que esos documentos pertenecieran a una familia judía que ya no estaba en Europa, sino en un destino seguro, donde nadie pudiera alcanzarlos. Tiempo atrás él los había ayudado a escapar del infierno nazi.

CAPÍTULO 24

En el abismo

Gabrielle había extendido la estadía con los niños el mayor tiempo posible. Siempre supo que aquel período llegaría a su fin, y ese día sería el último. Había que cumplir con otras tareas y el contingente de la organización debía dispersarse para continuar con la actividad. Ella, como el resto del grupo, se había asegurado de que la situación de los niños allí fuese estable. Sin embargo, antes de abandonar el lugar, debía hablar con Léa, como le había sugerido Brandon. Aquella tarde no sabía cómo abordarla ni cómo reaccionaría. No bien había ingresado a la propiedad y luego de un rápido intercambio con la dueña de casa, salió a buscarla. La condujo hasta un recodo del amplio parque para poder hablar tranquilas y sin interferencias.

—¿Te vas?

Esa dulce vocecita ahora temblaba al pronunciar la pregunta. A Gabrielle se le estrujaba el corazón, pero no dejaba de pensar en las palabras de Brandon sobre la pequeña: era más fuerte de lo que ella creía, aunque su apariencia y la historia que cargaba sobre los hombros la hicieran ver vulnerable. Gabrielle sabía que tenía que ser muy clara para evitar una desilusión que marcara aún más su vida.

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

—Sí, pero te vas a ir.

—Así es, pero no porque quiera abandonarte, solo porque es lo mejor que puedo hacer ahora hasta tanto todo esto se resuelva.

—¿Por qué?

—Porque ahora estarás más segura aquí que en París, al menos hasta que este conflicto termine.

Gabrielle notó cómo la niña asentía sin convicción porque intuía que ella no era del todo sincera.

—¿Alguna vez te he mentido?

—No.

—Nunca lo haría. Te prometo que, cuando todo esto acabe, vendré a buscarte.

Los ojos negros de Léa se habían enturbiado. Verla así a Gabrielle le

partía el corazón.

—¿No vas a olvidarte de mí? —susurró.

—Nunca y supongo que tú tampoco.

—Jamás, aunque no sé qué pasará si me llevan de aquí a otro lugar.

—No debes preocuparte porque sabré dónde estás, te lo prometo.

De hecho, había hablado también con los miembros de la organización sobre eso: había que tener en cuenta si, al finalizar el conflicto, había algún otro familiar que la buscase. Hasta tanto las cuestiones no estuvieran resueltas, no pensaba hacerla sufrir más con otro desarraigo.

—Espera.

Gabrielle la vio partir como una saeta bajo la atenta mirada de Alex, que observaba en otro rincón del terreno y a la distancia lo que sucedía entre ambas. A los pocos minutos la vio salir de la casona con algo entre las manos.

—Es para el viaje.

Gabrielle no necesitó desenvolver el trozo de pan que la niña le acababa de dar. Cada día había entregado a su madre una lonja de pan mientras agonizaba en el barracón.

Ese gesto hablaba más que otra palabra que pudiera decirse. De inmediato la estrechó en un abrazo al comprender el significado que eso tenía para la niña. Ambas se fundieron en un sollozo silencioso que replicaba el profundo sentimiento que las unía. Gabrielle hubiese querido quedarse así, para brindarle la seguridad que Léa no tenía, pero debía irse.

—Yo… —comenzó a la niña al separarse, mientras se secaba con la palma de la mano las lágrimas—. Yo…

No pudo terminar la frase porque se fue corriendo de su lado. Buscaría un lugar alejado y solitario para encerrase en su dolor.

—Ella estará bien.

Gabrielle levantó la vista al tener a Alex a su lado. Ese muchachito daba muestras de una entereza poco común para su edad.

—Estoy convencida de que sí, porque tú la acompañas.

—Sí —replicó con certeza.

Se despidió de cada uno de los niños, ya no podía estar un minuto más ahí. Larga había sido la conversación mantenida con Margot para explicarle sus razones. Gabrielle tenía claro que, hasta tanto no tuviera resuelta su vida, no podía solucionar la de Léa, menos aún ponerla en riesgo.

Ese pensamiento le permitió alejarse de la casona y dejar atrás el poblado que la había cobijado durante ese tiempo, hasta que el aparente peligro pasara. En el mismo lugar había vivido el reencuentro con Brandon, se había despedido una vez más bajo la promesa, pero sin la certeza, de volver a verse.

A primera hora de la mañana, el contingente se puso en marcha para partir. Unos pocos regresaron a Gurs con un cargamento de medicinas que habían conseguido. Bajo esa excusa buscarían colaborar con los internados, sabiendo que a partir de ese momento todo sería más complejo. Los

otros miembros regresaban a París para organizar desde allí cómo seguir. Ninguno de ellos pensaba en la posibilidad de instalarse en Lyon. No era momento para hacerlo. Gabrielle debió evocar una y otra vez el juramento hecho a Brandon por el que le había prometido que regresaría a París con el contingente sin pensar en la loca idea de pisar tierra lionesa. Debió frenar el fuerte impulso por ir hacia allí, aún recordaba el modo en que se lo había pedido. Nunca antes lo había visto casi implorarle que cumpliera un pedido.

Recorrió el largo camino de regreso con el corazón en un puño. No tenía en quién apoyarse, salvo en la ilusión del reencuentro con su gente querida. El trayecto hasta el edificio de Brandon la embargaba de una nostalgia difícil de comprender. Al cerrar la puerta del apartamento y encender el interruptor, comprendió el significado de la soledad. Cada objeto le recordaba a él; las paredes blancas, que ella adoró la primera vez que él la había llevado allí, estaban impresas de conversaciones y promesas de amor. Sin quererlo, derramó unas cuantas lágrimas por él, por ella y por lo que la guerra les estaba quitando.

En la mañana siguiente, antes de presentarse en la agencia, debía cumplir con cuestiones personales que la habían mantenido en vela esa noche. Se vistió rápido y salió. Camino al elevador, desvió la

mirada en la puerta de al lado, aquella por la que había visto ingresar a la joven Fischer. Pensar en ella le removía las entrañas; nunca le había gustado no solo porque estuviera enamorada de Brandon, sino porque veía en ella un resquicio de envidia, celos y maldad que la asustaba. Volvió a centrarse en caminar hasta el ascensor para salir de allí, montar la bicicleta y enfilar hacia el hospital. Le resultaba extraño transitar las calles de París. La última vez quedaba tan lejana que parecía que había sido en otra vida, una en la

que creía que nada podía desmoronarse. Ingresó al hospital envuelta en una gran emoción por el encuentro que se concretaba.

—Buenos días. Busco a Pierre Leroy.

—Déjeme ver, por favor.

A la empleada le tomó un largo tiempo constatar qué había sucedido con el paciente. Gabrielle estuvo paralizada durante esos minutos que le llevó aclarar la consulta.

—Lo asiste la señorita Marie… —agregó la visitante.

—Vaya por el pasillo hasta alcanzar el patio trasero. Doy por sentado que podrá encontrarlos allí.

A pesar del movimiento constante de enfermos, camilleros, médicos y personal sanitario, Gabrielle se lanzó a la carrera, esquivando a todos, hasta alcanzar el amplio lugar por el que deambulaban algunos pacientes en vías de recuperación. En un rincón y con dos muletas bajo los brazos, estaba Pierre en compañía de Marie, que no dejaba de darle indicaciones. Clavó la mirada en ella y perdió el equilibrio, pero Marie lo sostuvo. Pierre comenzó a sollozar al tiempo que Gabrielle se apresuró a abrazarlo. Cuánto tiempo había trascurrido desde la última vez que se habían visto, justamente la noche previa a que él se alistara para ir al frente. Después, las elucubraciones le habían ganado a la falta de noticias, y cuando las había recibido de boca de Gérard Leroy la incertidumbre sobre el paradero del joven Leroy estaba por encima de aquellas antiguas noticias.

Luego de compartir aquel fraternal abrazo, se separó para verlos juntos.

—¡Qué felicidad me da encontrarlos!

Minutos después estaba abrazada a Marie, quien había sido parte de lo que le había tocado vivir. Gracias a ella, Gabrielle había conocido a

gente maravillosa en la organización de la que formaba parte.

—Al fin estás de regreso —se alivió Marie—. Si quieren, podemos sentarnos allí. —Señaló un banco de madera.

Marie ayudó a Pierre a que se ubicase bien en el asiento.

—De a poco lo iré logrando.

—Estás vivo y eso es lo importante.

—Yo debo ocuparme de algunas cuestiones —dijo Marie al levantarse —. Es mejor que me vaya, supongo que necesitan conversar.

—No —dijeron Gabrielle y Pierre al unísono. Él le extendió la mano para que sentara a su lado.

—No hay nada que no debas escuchar —retrucó Pierre mirándola.

—Yo he venido a visitarlos a los dos, y estoy feliz de verlos así.

—No ha sido fácil para mí, esta es una lucha diaria, pero el principio fue muy duro —confesó Pierre aferrado a la mano de la joven de la Cruz Roja—. Más para ella, que debió luchar con tu fantasma.

—Yo…

—No, Gabrielle, ya he hablado todo con ella y le confesé lo que sentía por ti. En aquel momento era otro cuando creía estar enamorado. Ahora puedo asegurarte que me cuesta encontrarme en lo que fui.

—Te entiendo.

Cómo no comprender que cada uno de ellos había transitado por momentos que los había cambiado de por vida; ninguno volvería a ser el mismo. Ya no.

—Marie me dijo que mi padre fue a verte a la agencia.

—Sí, estaba preocupado por saber de ti.

Una sorda sonrisa apareció por el rostro del joven y una catarata de recuerdos replicó en su mente.

—Nunca cumplí con las expectativas de él. Buscando encontrar su aprobación, tomé la decisión de alistarme. Lo único que me importaba era lo que él veía en mí. Mi regreso

no fue como él esperaba. Si no hubiera sido por la fortaleza de Marie, yo habría quedado tullido y postrado en una cama. De a poco me voy recuperando.

»Si bien mi padre viene cada tanto a verme, no hay orgullo en sus ojos y su actitud sigue igual; quizás creía que yo debería haber regresado del campo de batalla con honores. Pero eso ya dejó de molestarme porque no necesito su aceptación. Lo único que espero es recuperarme del todo para que esta maldita guerra se acabe. Luego, buscaré un futuro en algo que no tenga que ver con el negocio familiar para poder brindarle a Marie lo mejor. Es eso lo único que me desvela.

Marie los miraba en silencio con la emoción anudada en la garganta. El tiempo transcurrido, la constancia de cada día y el fuerte amor que por él sentía le habían dado la oportunidad de comenzar con Pierre una nueva historia que dejara atrás los gritos de dolor de él en las largas noches de convalecencia en las que con pesadumbre había escuchado que llamaba a Gabrielle, la joven de la creía estar enamorado. Desde hacía un tiempo, el único nombre que él pronunciaba era el de Marie.

—Espero que él te cuide como corresponde.

Una vez que Leroy desnudó sus sentimientos, pensaba hablar sobre los de Gabrielle.

—Sí —respondió con una tibia sonrisa.

Daba gracias de que Pierre no hubiera pronunciado el nombre de su amor. Le dolía el corazón escuchar “Brandon”

sin saber cuándo lo vería.

—Sé por Marie que ha estado aquí y se ha puesto a disposición para lo que yo necesitara.

—Así es —agregó con orgullo, entendía que para Brandon no había sido fácil hacerlo.

—Agradécelo. Saber que estuvo aquí me dio una idea de lo que significas para él.

Gabrielle evitó lagrimear con ellos, quería compartir la alegría de aquel encuentro y de que al fin sus amigos estuviesen unidos comenzando una nueva etapa de sus vidas, a pesar de todo y en medio de aquella maldita guerra. Verlos le hizo recordar a sus padres,

quienes por circunstancias similares se conocieron en el Hospital Buffon, allí mismo donde había sido el comienzo de todo. Les auguraba a ellos la felicidad que sus padres habían sabido encontrar en momentos tan duros durante la Gran Guerra.

Con la promesa de volver a verse, se despidieron. De a poco Gabrielle comenzaba a sentirse en casa, aunque un fuerte vacío la atravesaba de punta a punta ante la ausencia de Brandon.

A pesar de la situación política que se vivía, existía una convicción por parte de los habitantes y de los líderes mundiales de que había que ponerle un final al conflicto que había arrasado con Europa. La noticia sobre la conferencia en Casablanca llenaba de esperanza e ilusión a quienes estaban en el bando aliado. El conflicto armado había pasado por distintas etapas y, para muchos, esta sería la fase final para lograr una victoria. Los periódicos y las agencias periodísticas se hacían eco del hecho que significaba que los líderes de los países aliados se reuniesen en Marruecos, protectorado francés, para diagramar las decisiones claves del desenlace del conflicto. El Hotel Anfa albergó las sesiones a cargo de Winston Churchill, por el Reino Unido; Franklin Roosevelt, por Estados Unidos; Henri Giraud y Charles de Gaulle, por la Francia Libre. Iósif Stalin se había excusado de no estar presente atento a que la batalla de Leningrado, iniciada hacía un año, requería de su presencia. Durante varios días se tejieron las prioridades para combatir a los submarinos alemanes en el Atlántico, reforzar los bombardeos contra el ejército nazi e invadir Sicilia e Italia como punto estratégico para el avance aliado.

Sin embargo, los largos días de negociación, las cenas para armar alianzas y convencer a quien no estaba del todo de acuerdo con ciertas cuestiones se vieron eclipsados por una declaración, realizada ante la atenta mirada de Churchill, en una rueda de prensa. Nadie imaginaba que Roosevelt exigiría sin más la rendición incondicional del Eje. Eso desechaba la posibilidad de realizar acuerdos de paz con Alemania, Japón o Italia. De inmediato, ante su propia incomodidad, Winston salió a avalar los dichos de su colega: esperaban derrotar al Eje en el campo de batalla. Así se mostraban como un frente sólido y unido, más allá de las diferencias confesadas dentro de los muros de los despachos en donde se llevaron a cabo las reuniones. Había comenzado el tiempo de descuento.

En la agencia, los empleados iban y venían ante las buenas nuevas. Sin lugar a dudas, preparar el viaje hasta el norte africano y cubrir esa noticia como fotorreportera habría sido una gran oportunidad para Gabrielle, que recién acababa de arribar a la Ciudad Luz. El regreso no

había sido fácil. Nada lo era, últimamente.

—Me da mucha felicidad tenerte aquí.

A Bernard la alegría se le dibujaba en el rostro. Volver a ver a Gabrielle y que estuviera en la agencia le había cambiado el humor de esa mañana.

—Gracias, Bernard, igual estaré aquí algunas horas, porque no quiero dejar mi actividad en la organización en la que he estado trabajando.

Más allá de la loable actividad de la organización, él entendía que la huida de París y el abandono la agencia se habían debido al conflicto con su socio. Eso ya era agua pasada; no pensaba excavar en algo que ya no le competía.

—No importa cuánto tiempo estés; con que te quedes unas horas, a mí me basta —aseguró con una tibia sonrisa

—. No me mires así. Ahora no tengo otra intención que no

sea verte trabajar para que tengamos las mejores imágenes en esta agencia. Tu ausencia ha sido notoria. Brandon ya se encargó de aclararme cómo son las cosas entre ustedes. Ya que me estoy sincerando, debo reconocer que sabía que no tenía la más mínima posibilidad contigo.

Antes de que se marchara de la ciudad, había mantenido una última conversación con Brandon, quien por segunda vez le había pedido que retuviera allí a Gabrielle sin importar lo que sucediera. Fue la primera vez que notó que Dubois se sinceraba con él y se mostraba tal cual era. De todas formas, sabía que había otra cara que no mostraba, pero no pensaba indagar. Restaba solo esperar que todo volviese a la normalidad.

—Bernard, te agradezco tu sinceridad. Me va a permitir trabajar tranquila aquí.

—Lo que necesites no tienes más pedirlo.

—Gracias.

—Ahora es momento de ponerse a trabajar.

Gabrielle se levantó y salió de allí sin desviar su camino hacia el otro despacho que había unos metros más atrás. No volvería a pisarlo si no

era en presencia de Brandon, su dueño. Enfiló hacia el cuarto de revelado, donde pasaría sus horas de trabajo. Tenía suficiente material para mantenerse ocupada. Allí dentro, en soledad y en penumbras, se perdió en los recuerdos que latían sin control.

*

Las largas jornadas de trabajo en la agencia y para la organización la dejaban tan cansada que ni tiempo de pensar tenía. Gabrielle buscaba ocupar la mente para no dejarse llevar por el fuerte dolor que la acuciaba debido a la

falta de noticias. Esa noche cenaría una sopa antes de caer rendida en la cama. Unos golpes la sobresaltaron y creyó que al fin Marie y Pierre se habían animado a ir a visitarla.

—¡Isabel!

Emocionadas, con un silencioso sollozo, se abrazaron fuertemente.

—¡No te imaginas cuánto necesitaba verte! —le confesó Isabel.

—¡Y yo a ti! Hay tantas cosas que tengo que contarte.

—Yo también. Toma.

Isabel había conseguido unos quesos, un lujo difícil de obtener, y pan para acompañar la cena.

—Gracias. ¿Cuándo viniste? ¿Con quién estás? ¿Cómo me encontraste?

—Tengo mucho por contarte, pero antes quiero que me digas qué ha sido de tu vida. No me has dicho mucho en las pocas cartas que nos enviamos.

—Antes dime cómo sabías que estaba aquí.

—Marie. Me resultó más fácil contactarme con ella. Me contó dónde estabas y me prometió que no te diría nada.

Quería sorprenderte.

—Y lo has hecho.

—Tenemos toda la noche para hablar, porque pienso quedarme contigo.

—Es el mejor programa que he tenido desde que arribé a París.

La comida fue la mera excusa de ese encuentro. Ninguna quería perderse detalles del relato de la otra. Isabel estaba interesada en saber cuál había sido el derrotero de Gabrielle durante el largo tiempo que habían estado separadas.

—Me di cuenta de la importancia de Brandon en tu vida, aunque me lo hayas negado descaradamente aquel día en que encontré su fotografía detrás de un mueble en tu casa

—comentó con nostalgia—. Aún no te conocía lo suficiente como para pedirte que me hablaras con la verdad, aunque noté el dolor que te generaba esa imagen.

—Negarlo creía que me ayudaría a olvidarlo, a sacarlo de aquí dentro —comentó con la mano sobre el corazón—, pero está claro que nunca quise hacerlo porque jamás dejaré de amarlo. En aquel momento lo negaba, ahora quisiera gritar a los cuatro vientos cuánto lo amo.

—¿Tan complicado es como para que no puedas hacerlo?

—Sí. Ahora estoy en un compás de espera hasta que él resuelva algunos temas importantes. No te imaginas la profunda angustia que tengo y la desazón que me provoca todo esto.

—Debes estar tranquila; estoy convencida de que él sabe lo que hace. De algo estoy segura: hasta tanto no resuelva los asuntos pendientes, es muy difícil comenzar una vida con alguien. Te lo digo porque es lo que me ocurrió a mí.

—Ahora te toca contarme qué sucedió con tu prometido.

Yo sabía que el italiano había calado fuerte en ti, pero

¿cómo se lo tomó tu familia? ¿Y Hans? ¿Así se llamaba?

El rostro de Isabel mutó de la algarabía a la aflicción más absoluta.

—Isa, puedes decirme lo que sea —comentó tomándola de las manos.

Con la mirada enturbiada en lágrimas, Isabel revivió todo, se permitió liberar tanto dolor. No debía cuidarse de decir algo que pudiera lastimar más aún a De Luca, porque sabía que, cada vez que le

hablaba de su pesar, clavaba una daga en el pecho de Mateo. Ella se tomó el tiempo suficiente para abrir aquella herida que aún escocía en lo más profundo de su ser y le confesó lo ocurrido con Fischer.

—No puedo creer lo que me dices.

—Nunca imaginé que pudiera vivir algo así, pero a veces uno no es consciente de a quién tiene a su lado.

Gabrielle la estrechó en un abrazo para que Isabel liberara el resto de angustia que guardaba en su interior.

—Ahora debes pensar que ya no están juntos.

—Lo sé.

—Luego de lo sucedido, no creo que le hayan quedado ganas de volver a cruzarte. Ya no estás sola, ¿verdad?

—Estoy convencida de que ya no me molestará.

La convicción de sus palabras sorprendió a Gabrielle, por ese motivo, no pensaba indagar más. Su amiga le había contado lo importante, y que ella estuviera bien libre de aquel canalla y en compañía del nuevo amor era lo único que merecía la pena saber. Isabel confiaba plenamente en Gabrielle, no obstante, evitó avanzar más sobre el destino de Fischer. Con De Luca había sellado un pacto secreto que los involucraba solo a ellos dos. Aquel secreto quedaría sepultado junto al cadáver de aquel energúmeno que no merecía ni siquiera que lo mencionara.

—No deseo volver a pisar Berlín ni volver a ver a su familia nunca más. Debería haber seguido mis instintos cuando los conocí. No te imaginas lo mal que lo pasé con ellos.

Un fuerte escozor le atravesó el cuerpo con solo recordarlo.

—Ya no pienses más en eso. Todo quedó en el pasado.

—Así es.

—Ojalá que, en mi caso, se pueda resolver todo lo que hasta ahora nos separa a Brandon y a mí. No solo el fuerte enfrentamiento que mantiene con su padre, sino la aparición de una mujer que nunca me gustó porque hay algo perverso dentro de ella.

—No te angusties más.

—No te imaginas lo que fue tener soportar la presencia de Heidi aquí al lado, en el apartamento contiguo.

—¿Heidi?

Ese nombre le causaba a Isabel escalofríos, en verdad toda la familia de Hans le causaba pavor.

—Heidi Fischer —aclaró Gabrielle.

Ambas se miraron sin dar crédito al mismo pensamiento que les cruzó la cabeza. Aquel nombre era común en la comunidad alemana, así como el apellido, pero la sensación de que hablaban de la misma persona era elocuente.

—Una joven con una belleza tan…

—Fría como el témpano, ¿verdad? —completó Isabel—.

Desconozco qué hacía en París.

Poco sabía de la vida de la familia Fischer; Hans había sido una caja de sorpresas.

—Hasta donde sé, estaba involucrada con unos negocios familiares del padre de Brandon.

—Lo único que puedo asegurarte es que nada proveniente de la familia Fischer es bueno.

—No me caben dudas.

En ese instante, un fuerte estremecimiento le atravesó todo el cuerpo. No era la primera vez que le sucedía. Le pasaba cuando Brandon se encontraba al borde del abismo.

*

Lyon se presentaba en un estado de aparente tranquilidad; sin embargo, fluía por sus calles y entre sus habitantes un estado de ebullición que se intentaba aplacar para evitar mayores complicaciones. Una ciudad rebelada frente a la potestad nazi que cobijaba a quienes resistían en contra del dominio alemán: se había transformado en el centro de la Resistencia. Desde allí se comandaban muchas de las operaciones que se llevaban a cabo en el resto de país

en conjunto con otros centros situados en ciudades de la Francia Libre. Algunos de los cabecillas pernoctaban un

tiempo allí sabiendo que los cubría un manto de protección que no tenían en otro lugar. Los traboules, pasajes que atravesaban los patios internos de las propiedades, permitían traspasar una calle a la otra por el interior de la manzana sin ser visto y evadiendo alguna persecución. Los túneles, construidos en el pasado debido a la falta de agua y al mal funcionamiento de los acueductos, eran también parte de la mística de la ciudad que colaboraba con la Resistencia, desde el inicio de la guerra, en especial cuando Francia se acogió al armisticio firmado con Alemania que dividió el país en una zona ocupada y otra libre. La influencia alemana se hizo presente cada vez con mayor fuerza en la ciudad de Vichy, donde se había instalado el Gobierno francés, que había abandonado París como sede política. Sin embargo, ya nada era como antes, el tiempo había complicado todo y la llegada de la Gestapo a la ciudad estaba minando a la Resistencia. Se habían llevado a cabo varios arrestos para dar con los cabecillas, aquellos que estaban echando por tierra varios de los operativos alemanes.

En Lyon se hallaba Brandon tratando de reordenar parte de la organización. La pensión Coeur Brave brindaba el mismo servicio, pero las personas no eran las mismas. Ivo ya no estaba a cargo del lugar, ni quienes pernoctaban allí pertenecían a la organización. Ninguna autoridad alemana que fuera ahí en busca de información o de personas vinculadas a la Resistencia encontraría algo. A pesar de las extremas medidas que se tomaban, estaba claro que no eran suficientes. Menos aún con Klaus Barbie a cargo de la Gestapo, establecida en el Hotel Terminus de la ciudad. Ese alto funcionario de la SS, que había hecho una carrera dentro del gobierno nazi, se había posicionado como alguien efectivo, conocido por la fiereza con la que conducía los interrogatorios, además de por la saña y la brutalidad para

acabar con quien conspirara contra el régimen nazi. En ese contexto, la Resistencia debía acomodarse sin replegarse, aunque cada vez era más complicado. Las redadas habían comenzado y en ellas caían más miembros de la organización.

Brandon había llegado a la ciudad y estaba empapado de todo cuanto sucedía con algunos de los compañeros de la Resistencia. Las aguas estaban turbulentas y habría que poner un punto final a todo. Aquella tarde iba camino a encontrarse con alguien especial para cerrar una parte de su historia. Él había accedido a ir a un café situado dentro de uno de los hoteles de Lyon. Una joven alemana con ondas rubias que

le caían sobre los hombros aguardaba en una de las mesas.

—Heidi, no imaginaba encontrarte aquí.

—Hola, Brandon, para mí también ha sido una sorpresa saber que estabas en esta ciudad.

El camarero interrumpió los saludos. Luego de pedir una bebida, ambos se centraron en saber del otro.

—Parece que los negocios nos vuelven a unir.

—Es una lástima que solo sea eso, ¿no te parece?

—No hay chance para nada más y lo sabes.

—Por ella.

—No, por mí.

—Con el tiempo te darás cuenta de tu equivocación. No supiste valorar a quien tenías a tu lado.

—Heidi, no creo que me hayas citado para hablar sobre algo que estaba claro desde antes de abandonar París.

—Es que nunca dejaré de insistir, porque siempre fui yo y no ella— dijo con la voz quebrada y los ojos húmedos.

Un pesado silencio recayó sobre ambos, ya no había mucho por decir. Ella retomó la postura para continuar con el motivo de esa charla.

—Si quieres ir a los negocios, pues iremos. Sabes que se desarticularon varias operaciones y las dudas sobre nuestro accionar comenzaron a correr.

—No estamos solos en esto. Estamos en una guerra.

—Sí, pero tu padre piensa, como yo, que las filtraciones son inadmisibles y hay que hacer algo al respecto.

—¿Entonces?

—Que no podemos quedarnos con los brazos cruzados.

Por eso estoy aquí.

—Esta es la segunda vez que vengo acá y no pude encontrar nada.

—Hubiese sido importante que nos los dijeras para saber que aquí nada se cocinaba.

—¿Desde cuándo debo informarte mis pasos?

—Desde el momento en que las dudas están sobre nosotros. Es por eso que necesitaba verte.

—¿Qué sucede?

—Conoces a mis contactos alemanes. Bien, se han levantado sospechas sobre nosotros. Estamos en momentos muy difíciles para confiar en el otro.

—Entre nosotros nunca hubo dudas.

—¿Quizás tu padre las tenga?

—Él será fiel al régimen en la medida en que le reditúe, si le llena las arcas de su negocio.

—Confío en ti. —Heidi colocó la mano sobre la de él.

—Lo sé —replicó él con una tibia sonrisa.

—Mira, esos contactos de los que te hablé me han dicho que te han visto cerca de algunos de la Resistencia —

confesó al inclinársele sobre la mesa para evitar que algún indiscreto pudiera oírla.

—Yo también tengo mis contactos y he buscado información para saber de dónde pudieron venir las filtraciones —susurró imitando el tono íntimo que ella le había dado a esa parte de la conversación.

—Tu padre está muy preocupado, por eso me ha pedido que venga hasta aquí, pero me iré con las manos vacías.

—Ambos nos iremos del mismo modo.

—¿Es lo que crees?

Él asintió cansado de esa mendaz reunión. Observó que Heidi miraba por encima de los hombros de él. Con una sórdida sonrisa, asintió y se tiró hacia atrás.

—Juro que lo intenté.

Minutos después dos oficiales alemanes lo arrestaban bajo el beneplácito de la joven. Lo que acababa de hacer Heidi no era por fidelidad al régimen nazi ni para posicionarse mejor en los negocios de Aaron Dubois.

Siempre había sabido que era ella y no otra la mujer para Brandon, y bajo ese concepto había obrado. Le había dado la oportunidad a él de que le dijera lo que ella tanto ansiaba escuchar, pero una vez más, él había excluido de la conversación a Gabrielle no porque no le interesase, sino por la necesidad de protegerla. Nunca antes había experimentado algo por un hombre como el fuerte sentimiento que la atravesaba por dentro. Si él no era de ella, no sería de nadie. Ni siquiera le había dado la posibilidad de volver a contemplarlo, porque cuando lo arrestaron Brandon no se había volteado para mirarla. Heidi se levantó de la mesa y enfiló hacia el baño para quitarse el micrófono que tenía pegado en el pecho. Brandon no había confesado nada, así que tampoco le había dado la posibilidad de que ella escalara para ubicarse mejor con las autoridades nazis.

Él no dejaba de recordar la última conversación mantenida en el escritorio de la casa de su padre con Heidi y un alemán de grandes influencias, pero que no conocía.

Odiaba entrevistarse con otros contactos, para eso estaba su padre. Ese había sido el comienzo del fin. Pudo vislumbrar la duda en aquel momento, quizás la certeza de

Aaron de que él podía estar en el otro bando. Evocaba también que Heidi había hablado sobre el inminente viaje a Berlín ante la llegada de un familiar, un buen modo de cubrir su estadía en la ciudad de Lyon. Podría decirse que aquella reunión había sido premonitoria de lo que le sucedía, hasta hicieron mención de la llegada de Barbie a la ciudad. Una vez más Aaron se comportaba como un cobarde sin escrúpulos, igual que con Annette y con su esposa, ahora con su propio hijo. No había tenido la valentía de enfrentarlo, pero sí la decisión de manipular a Heidi para que se encargara del trabajo sucio. Lo había vendido al mejor postor: los alemanes.

Brandon desvió la mirada al ver que ingresaba al Hotel Terminus, donde estaba la Gestapo. El único pensamiento que tuvo en su mente fue Gabrielle. Sería esa la imagen que lo acompañaría mientras latiera un minuto de esperanza.

CAPÍTULO 25

El infierno

Las suntuosas habitaciones del Hotel Terminus habían quedado a un lado para aquellos huéspedes que habían disfrutado, tiempo atrás, de una grata estadía. En ese momento había pasado a ser la sede de la Gestapo en la ciudad de Lyon. El cuarto donde habían instalado a Brandon poco tenía de elegante. A los pocos minutos de ingresar, había comenzado el interrogatorio.

—¿Nombre y apellido?

—Brandon Dubois.

—¿Qué lo une a Heidi Fischer y a Aaron Dubois?

—Cuestiones comerciales. Aaron es mi padre.

—¿Desde cuándo se unió a la Resistencia?

—Nunca lo he hecho.

—¿A quiénes les ha vendido los cargamentos de armas?

—A nadie.

El chasquido de la puerta interrumpió el inicio del interrogatorio.

—¿Cómo viene?

—Niega todo.

—Déjame a mí.

Klaus Barbie se presentó frente a él. El rostro de ese sujeto no delataba algo que pudiese inquietar, salvo la saña que llevaba dentro y que lo había hecho conocido como el Carnicero de Lyon.

—¿Desde cuándo está unido a la Resistencia?

Brandon contestó negando con la cabeza, lo que hizo que le propinara una trompada que le volteó la cabeza y le desgarró la piel del rostro.

—Quiero saber los nombres de los cabecillas de esa organización.

—No los conozco.

Los golpes le siguieron a cada respuesta. Del rostro manaban hilos de

sangre que aumentaban el caudal a medida que los golpes se incrementaban.

—Sé que ha estado reunido con algunos de ellos,

¿quiénes son?

La negativa iba en consonancia con los golpes que recibía. Ni siquiera la sal arrojada a las heridas, horas después, lo había hecho decir lo que no estaba dispuesto a confesar, al menos hasta ese momento. Creía que podía continuar resistiendo. Lo único que no podía hilar era en qué día estaba. La oscuridad del lugar se extendía a lo largo de la jornada, salvo cuando escuchaba el chasquido de la puerta, que le indicaba que otra vez iban a intentar que hablase. Ya no importaba qué medio de tortura utilizaban.

La última vez, unas tenazas aplicadas en los dedos habían servido de apriete para que hablara, y cuanto más tiempo pasaba, menos era la paciencia que ellos tenían. Brandon ya había perdido la noción del tiempo. Las horas allí dentro tenían la finitud que conllevaba soportar el dolor. Cuando la tortura se hacía intolerable, caía en un estado de inconsciencia. En el momento en que creía recuperar la razón, escuchaba el chasquido de la puerta y otra vez comenzaban con las preguntas y su consabido silencio.

Esperaba que su detención no fuese en vano y que obrase como distracción para la reunión que la organización celebraba esa semana. No se había imaginado que no iba a poder concurrir a la junta que se llevaría a cabo en esos

días, no podía especificar en qué fecha porque había perdido la noción del tiempo. La Resistencia no estaba ajena a que podía caer en alguna redada, ya que la Gestapo estaba tras sus pasos. Para no levantar sospechas, los miembros de la organización habían decidido hacerla de día y en la consulta del doctor Frederic Degoujon, simulando ser pacientes. Ansiaba que hubieran logrado reunirse sin mayores inconvenientes.

Ante la sorpresa de Brandon, el sonido de la puerta al abrirse no trajo la presencia de uno de los torturadores para continuar con la acostumbrada sesión de golpes. Esa vez lo sacaron y lo obligaron a caminar; parecía tener las piernas tullidas, debido a la posición encogidas durante las largas horas sometido a las torturas. A lo largo del pasillo vio a unos hombres acercarse. Barbie acompañaba a uno que Brandon conocía muy bien. Jean Moulin encabezaba la cúpula de

la Resistencia y caminaba detenido a un lado de Barbie. Verlo allí arrestado no hacía más que confirmar que el encuentro había sido un fiasco y que cada uno de los integrantes de la Resistencia estaba a la buena de Dios.

Brandon evitó mirar a su compañero, aunque con el aspecto que él llevaba daba muestras de lo que le esperaba a Moulin si no colaboraba, y estaba convencido de que no lo haría. Dejaron a Brandon en otra habitación esposado y a la espera de que alguien ingresara para comenzar con la rueda de preguntas seguida del suplicio que significaba mantener su silencio. Durante lo que creía que era una tregua, intentaba recomponer su presente, porque por cómo se daban las cosas dudaba de contar con un futuro inmediato. Poco después, ingresó otro discípulo de Barbie con una lista en la mano.

—Parece que alguien ha colaborado con nosotros.

Brandon desconocía de qué le hablaban, estaba convencido de que Moulin no delataría a ninguno de ellos.

—¿Conoces a alguno de estos?

Brandon intentó, con el ojo que no tenía hinchado, hacer foco sobre el papel que le habían acercado. Era tanto el dolor del rostro que no pudo largar la carcajada al ver que los nombres de la lista referían a compañeros que ya estaban muertos. El único de la nómina que estaba con vida era Jaques Martel, poeta francés, el alias que Moulin utilizaba dentro de la organización; sin dudas hasta último momento conservaba el humor.

—No.

Sin embargo, en medio de la pesadumbre que tenía encima, podía vislumbrar que una mínima cuota de mesura se colaba en aquel interrogatorio. Los golpes no habían comenzado y ese era, de momento, un inicio alentador.

Desconocía si se debía a que habían arrestado a alguien más o si había sucedido algo que, por supuesto, él ignoraba.

—Vamos a empezar de nuevo. ¿Cómo llegaste a conocer a Heidi Fischer?

¿Qué necesidad de regresar al inicio de todo cuando Heidi ya había quedado a un lado y había obrado como una gran colaboradora de ellos al traicionarlo sin más?

—Era un contacto de mi padre para realizar las operaciones comerciales con las autoridades alemanas.

—¿Cuándo comenzaron las filtraciones para el desvío del armamento?

—No lo recuerdo, creo que hace un tiempo. Fueron tres los envíos que no salieron como esperábamos.

—Pero viniste aquí.

—Sí, quería averiguar qué sucedía y si la Resistencia operaba con nuestros encargos.

—¿Con quién te reuniste acá?

—Yo no formo parte de ellos.

Un golpe fuerte le hizo darse cuenta de que la sesión comenzaba una vez más.

—Si dices que no eres de la organización, ¿para qué has estado aquí en otras oportunidades?

La misma pregunta se repetía para ver si el agotamiento lograba cambiar la respuesta.

—Para ver si podía localizar dónde estaba el cargamento o quién era el enlace aquí.

—Si no quieres transformarte en una masa de huesos, dime a quién viste.

En ese instante, un acto de lucidez le hizo jugar su última carta.

—No pude reunirme, pero había logrado localizar a alguien que creía que podía saber algo.

—Parece que las largas sesiones de tortura te aclararon la memoria. ¿A quién viste?

—No pude verlo, aunque iba a reunirme con él.

—¿A quién?

—A La Sombra.

—¿Quién es?

—Dicen que es uno de los cabecillas; supe que así lo apodaban.

—¿Por qué querría verte si no eres nadie?

—No lo sé, se había echado a correr la voz de que yo estaba buscando respuestas. Quizás accedía a verme para matarme y que no complicara a la organización.

—¿Dónde está él ahora?

—No lo sé.

Uno de los oficiales se acercó y resopló con olor a ginebra y mala gana la siguiente y fundamental pregunta:

—¿Y dónde crees que puede estar?

—Cuando fui a su escondite, ya no estaba. Ese mismo día debía reunirme con Heidi Fischer.

—¿Dónde es su guarida?

—No recuerdo bien. Creo que era un callejón en el que había una factoría, pero no soy de aquí. Son muchos los recovecos de las calles y…

En ese mismo instante ingresó otro soldado y hablaron algo sin que Brandon pudiera escuchar. Notaba la manera en que lo miraban, sabía que había algo más que él no lograba captar.

—Vas a llevarnos hasta allí y no se te ocurra hacer alguna estupidez, porque para nosotros ya eres hombre muerto.

Brandon debería acopiar todas sus fuerzas para aprovechar esa única oportunidad que tendría para salir de allí, desconocía cómo. Estaba claro que sabían que tenían entre sus manos a uno de los cabecillas más importantes de la Resistencia dentro de una de las salas de interrogatorio; Barbie tendría trabajo torturándolo. Atrapar a La Sombra era lo que les faltaba para comenzar a desarticular la organización. Una pequeña duda de que él podía estar diciéndoles la verdad hizo que le dieran esa ínfima posibilidad de escapar. En ese momento no podía pensar en nada más que no fuera encontrar la manera de huir.

Brandon debió acostumbrarse de inmediato a la luz exterior, un fuerte impacto al salir del encierro. El viento soplaba y le escocía las heridas

abiertas del rostro. Sin embargo, valoraba esos instantes de libertad para respirar, sabía que esos minutos valían oro porque, cuando descubrieran que todo había sido una farsa, sería un hombre muerto. Del mismo modo que si hubiese contado la verdad. Durante el trayecto sirvió de guía a los oficiales hasta llegar a destino. La opacidad de las calles se condecía con el silencio que flotaba en el ambiente. Solo el rugir del motor del vehículo que los trasladaba quebraba aquella supuesta tranquilidad.

—Creo que es por allí.

A los trompicones lo hicieron descender del automóvil junto a dos oficiales, mientras que los otros dos se quedaban dentro del vehículo para tener una mejor perspectiva de lo que sucedería en breve. Con el ojo que no estaba hinchado, Brandon observaba todo cuanto acontecía a su alrededor.

—¡Aquí! —exclamó uno de ellos.

Frente a ellos se erigía un portón negro que servía de fachada de la fábrica que antes funcionaba allí. Con fuerza intentaron abrirlo, pero no pudieron.

—Si nos has mentido, te mataremos. Preferirás que seamos nosotros, en vez de Klaus Barbie.

El otro oficial encontró una puerta más pequeña camuflada y por ahí ingresaron. Brandon contaba con esos segundos para hacer algo. Sin embargo, una ráfaga de disparos se desató dentro.

—¡Viva La Resistencia!

Ese grito se escuchó antes de que los disparos sincronizados comenzaran la balacera que se desencadenó junto a una explosión. Las llamas comenzaron a arder por doquier y el infierno se inició. Los otros dos oficiales no llegaron a tiempo para evitar el incendio que se provocó segundos después del estallido de una bomba. Los cuerpos que yacían allí daban cuenta de la fiereza del hecho. Pocas horas tardó la campaña propagandista alemana para ponerse en marcha. Las publicaciones de los periódicos así lo reflejaban:

En la noche de ayer, se dio un fuerte golpe a la Resistencia en la ciudad que la cobijó. No solo se logró apresar al cabecilla de la organización, Jean Moulin, apodado Jaques Martel, sino también se dio muerte a otro integrante apodado La Sombra. Su cuerpo se halló

carbonizado junto a otros tres más. Este es el comienzo del fin de la organización que ha batallado contra la supremacía y el poder alemán en el territorio francés. Nada ni nadie podrá contra el Tercer Reich.

No se podía negar la velocidad con la que las noticias corrían. Justamente de eso se valía la propaganda para debilitar el poder aliado y acrecentar el dominio alemán. Sin embargo, la información suministrada a los medios no daba cuenta de que dos de los cadáveres irreconocibles pertenecían a los oficiales alemanes, ni de que Brandon Dubois, que los había llevado hasta su guarida, sería otro de ellos. Tampoco se hizo mención de lo que efectivamente había sucedido, porque los otros oficiales que estaban en el vehículo y a cierta distancia del lugar del hecho se habían visto sorprendidos ante el sonido de los disparos y la consiguiente explosión. En verdad, lo que había ocurrido quedaría silenciado junto a los cuatro cuerpos chamuscados en aquel callejón oscuro y maloliente de Lyon.

*

Gabrielle había mantenido una rutina que le permitiese conservar la cordura ante la falta de noticias de Brandon. El transcurso de tiempo sin ellas no era un buen augurio.

Aquella mañana se levantó temprano para concurrir a la agencia. Quería terminar antes de lo estimado la jornada de trabajo porque esa noche Isabel iría con De Luca a verla.

Una vez lista se colocó el sombrero y montó la bicicleta para comenzar con el día. Ya en la agencia, el trajinar del trabajo hacía que cada uno de los compañeros estuviera en sus funciones.

—Parece que no soy la única que ha venido temprano.

—Eso parece, y las noticias no tardan en llegar.

Por el pasillo vio asomar a Bernard con unos papeles en la mano y el cansancio dibujado en el rostro.

—Dime que no has tomado un café, así me acompañas con uno fuerte.

—Ya lo tomé, pero te acompañaré de igual modo.

—Tráenos unos cafés bien fuertes y unas copias de estos documentos. Es importante.

—Por supuesto —contestó la empleada.

Gabrielle caminó por detrás de Bernard hasta ingresar al despacho.

—Creía que tendríamos un día tranquilo.

—Yo también, pero desde hace un tiempo los hechos políticos se recrudecen de un bando y del otro.

—Ojalá que se llegue al final de esta guerra.

—Los alemanes han dado un fuerte golpe en el día de ayer.

El chasquido de la puerta interrumpió la alocución. La asistente ubicó la bandeja con dos cafés a un lado de unos cables que acababa de recibir.

—¿Por qué lo dices?

—La Resistencia —respondió concentrado en el papel que tenía en las manos—. Ha sufrido un fuerte golpe en Lyon, la ciudad que la apañó y la vio nacer. Han encontrado a dos de los cabecillas. A uno llamado Jean Moulin lo tiene apresado la Gestapo y han dado muerte a otro apodado La Sombra en su guarida.

El fuerte golpe del pocillo al caer fue el anticipo del ataque de desesperación de Gabrielle.

—¡No! ¡No puede ser! —rugió.

Un grito desgarrador le salió de las entrañas; ni Bernard ni la secretaria que ingresó segundos después pudieron calmarla. Nadie pudo frenarla en la carrera por salir de allí

en busca de aire para los pulmones, porque no podía respirar debido a lo que había escuchado. Antes de tomar la bicicleta para huir en busca de una repuesta, un fuerte vahído la arrolló y una sombra se apoderó de ella, esta vez no la que ella ansiaba ver. Sucumbió a una penumbra de la que no querría despertar. Ya no.

El estado de conmoción se había extendido más de la cuenta. En ese momento se encontraba bajo el cuidado de Isabel, que se había apersonado luego de que le avisaran la situación que se encontraba. Marie acababa de retirarse sabiendo que el tiempo obraría milagros. La medicación que le había dado el doctor que la había atendido era fuerte, pues había caído en una profunda somnolencia de la que se

despertaría en breve. La desdibujada imagen de Isabel cobraba sentido a medida que Gabrielle centraba la mirada en el borde la cama. El martilleo de la cabeza comenzaba a remitir, aunque el nombre de Brandon no dejaba de retumbarle en el corazón.

—Gabrielle, nos has dado un gran susto.

Ella intentó hablar, pero tenía empastada la boca. Los deseos por saber de él la atormentaban.

—Dime que todo ha sido una pesadilla.

—Al fin te has despertado.

Intentó levantarse de golpe, pero un fuerte vahído se lo impidió.

—Por favor, quédate quieta, aún no estás listas para levantarte.

—Quiero irme de aquí.

—No irás a ningún lado.

Unos golpes a la puerta suspendieron ese breve diálogo.

Bernard acababa de ingresar al apartamento. Isabel no logró evitar que Gabrielle se mantuviese recostada al verlo.

—¿Qué sabes?

—He estado buscando información.

A él le hubiera gustado saber desde el principio cómo eran las cosas. Estaba claro que no era momento de preguntas; sin embargo, varias cuestiones le acababan de cerrar a Bernard. Los largos silencios de Brandon cuando tocaban ciertas cuestiones políticas, sus ausencias sin mayores explicaciones y fundamentalmente la ríspida pero cercana relación con Aaron Dubois. Nunca había comprendido cómo y por qué mantenía aquella sociedad en el negocio familiar, más habiendo fundado la agencia que lo llenaba de orgullo. No le costó demasiado unir cada una de las piezas del rompecabezas que había sido Brandon Dubois y, como no podía ser de otra manera, Gabrielle era la única que conocía su verdadera identidad y los secretos que lo habían acompañado durante ese último tiempo.

—Bernard, no creo que sea el momento para hablar; ella aún no está repuesta.

—Aquí importa solo Brandon y quiero saber qué novedades hay de él.

—Gabrielle, no son muchas las noticias que te traigo.

Parece que lo sucedido ha sido muy confuso.

—Dime qué ha ocurrido.

Ella buscaba incorporarse como si eso le permitiese escuchar mejor lo que fueran a decirle.

—Lyon se ha vuelto una locura. Sabemos que la Resistencia ha tenido allí su centro, pues han dado con algunos integrantes.

—Sé de la Resistencia. Brandon estaba allí; fue el motivo por el que yo regresé acá y él viajó hasta Lyon.

—Puse a mi gente en contacto para contar con mayor información.

—Dispondré todo para irme a Lyon —aseguró Gabrielle al incorporarse y caer sentada en la cama ante un fuerte mareo.

—Tú no iras a ninguna parte —dijo Isabel, que la sostenía.

—Iré, porque no voy a tolerar que alguien más me diga que Brandon ha…

El sordo sollozo quebró el angustiante ambiente que se vivía en aquel apartamento.

—Veré qué puedo hacer y te aseguro que no tendrás necesidad de irte hasta allá. Quería saber cómo estabas.

Ahora debo regresar a la agencia, pero volveré más tarde para ver cómo sigues.

—Si quieres ayudarme, por favor, consígueme noticias antes de que me vaya a Lyon.

Isabel miró a Bernard; comprendieron que sería muy difícil hacerla cambiar de opinión. Poco después, llegó De Luca. La inmensa alegría de Isabel por verlo se contradecía por el estado de su amiga.

Mateo acababa de regresar de un viaje a su tierra que lo había tenido ocupado un tiempo. La cuestión política estaba dando un fuerte giro desde el inicio del conflicto bélico. La postura italiana había cambiado drásticamente en cuanto al apoyo alemán. La invasión aliada en Sicilia

había contribuido al derrocamiento de Mussolini. Sin embargo, los alemanes buscaban recuperar parte de lo perdido e ingresaron por el norte y el centro de Italia no solo para sacar al Il Duce de la prisión, sino también para implementar la deportación de judíos que estaban en esa zona hacia los campos de concentración. Ya nada era como antes en tierra italiana; las autoridades políticas y diplomáticas obstruían aquellas deportaciones. De Luca había estado centrado en ese tema disponiendo cuanto fuera necesario para evitar el envío a los campos de concentración. Eso lo había mantenido alejado de Isabel durante ese tiempo. No bien ingresó, besó a Isabel y le dijo que la había extrañado más allá de lo posible.

—Amor, ¿cómo sigue todo?

—Muy complicado.

Lo poco que se había enterado no era muy favorecedor, aunque había una novedad que en ese momento cobraba relevancia.

—Mateo, si no fuera imprescindible, no te lo pediría.

Necesito saber de Brandon, porque estoy segura de que él aún está con vida —imploró Gabrielle.

Isabel la miraba convencida de que, si ella hubiera estado en ese lugar, también hubiera luchado con todas las armas hasta saber de él, sin dejarse vencer. En el corazón de Gabrielle, Brandon seguiría vivo por siempre.

—Me enteré de algo. No de él, pero sí de Heidi Fischer.

Ese apellido traía escozor a cada uno de los presentes por distintos motivos, aunque los unía una fuerte aversión hacia esa mujer. De Luca se había mantenido alerta y atento acerca del destino de esa familia luego de la muerte de Hans, por más que había cubierto cada detalle para evitar que alguien lo asociase a aquel hecho.

—¿Qué ha hecho?

Gabrielle sabía que cualquier noticia proveniente de esa mujer no sería prometedora, muy por el contrario.

—Sé que la han detenido en Lyon, donde estaba, y la traerán hacia París.

—Quiero verla —exigió Gabrielle.

—¡Estás loca! —estalló Isabel.

—Por favor, Mateo.

—Esta vez no podré conseguirte mucho, solo sé cuándo la traen y a dónde la llevarán. Tendrás los minutos que tarden hasta ingresarla al lugar de detención.

Para él estaba claro el motivo por el que la habían detenido, pero que hubiera estado en Lyon la hacía una persona de interés para saber qué había sucedido con Brandon.

Para Gabrielle el tiempo había quedado suspendido desde que había escuchado aquella maldita noticia que no pensaba creer. Había aguardado ese día con especial interés, porque en breve tendría frente a sí a Heidi Fischer.

Junto a Mateo e Isabel, iría hasta el lugar donde la trasladarían.

Atrás había quedado la joven de cabellera rubia con ondas sobre los hombros, que caminaba de modo altanero como si el mundo cayera a sus pies. A Gabrielle no le costó reconocerla a pesar de la lamentable imagen que lucía en aquel momento. Lo único que mantenía inalterable era la mirada gélida, que se acentuó cuando clavó los ojos en Gabrielle al descender del camión. Varios detenidos aguardaban ser ingresados al lugar de detención.

—¿Qué hiciste?

—Lo entregué —replicó con una sórdida sonrisa—. Si no era mío, no sería de nadie.

—¡Te equivocas! ¡Nunca lo tuviste! —gritó, mientras De Luca la sostenía del brazo para que no se acercara más—.

Ruego que te pudras encerrada por lo que hayas hecho.

—Tal vez, pero eso no hará que él reviva de sus cenizas.

Un empujón sobre Heidi hizo que caminara para ingresar con el resto al lugar de detención hasta saber cuál sería el destino que le habían asignado. Sin lugar a dudas, la familia Fischer había caído en desgracia.

Gabrielle había quedado temblando. Isabel la ayudó a ingresar al automóvil sin pronunciar palabra, entendía que el silencio operaba, en

varias oportunidades, como antídoto frente al dolor.

—Ya nada me retiene aquí, necesito ir a Lyon.

El cruce de miradas entre Mateo e Isabel fue elocuente.

Sabían que ese momento llegaría y que nadie podría detenerla.

—Irás, pero con nosotros.

Gabrielle no estaba en situación de discutir ni luchar más.

Lo único que le importaba era estar allí con la compañía que fuera.

A pesar de que Lyon había dejado de ser el fortín de la Resistencia, se podía respirar en sus calles el aire de rebeldía que la había hecho crecer a la sombra del poderío alemán. Sus habitantes caminaban como espectros envueltos en la bruma del desconsuelo y el pesar por lo sucedido. Sin embargo, el germen rebelde que latía dentro de cada uno de ellos continuaba resistiendo en silencio, sigiloso, contra el dominio nazi.

La sensación que embargaba a Gabrielle al arribar a la ciudad poco tenía que ver con lo vivido la última vez, cuando había estado en compañía de Brandon. Las promesas de amor le retumbaban en su interior. Las lecciones que Brandon le había dado para saber cómo conducirse en la ciudad habían dado sus frutos: a pesar de los recovecos, vueltas y atajos, Gabrielle había llegado al lugar en que había estado con él, su guarida. El frente de la factoría había quedado reducido a cenizas. La negrura del hollín se había impregnado por doquier. Gabrielle se lanzó a la carrera hacia lo poco que se conservaba en pie de aquella construcción para sentirlo, para asegurarse de que él aún estaba con ella. Un fuerte llanto emergió desde sus entrañas en medio del desolado lugar.

Isabel, que estaba con Mateo a cierta distancia para darle privacidad, sufría al ver el dolor que atravesaba a su amiga.

Daría lo que fuera por ayudarla, pero en ese instante lo único que podía hacer era dejarla sola. Gabrielle había perdido la noción del tiempo que había estado allí arrodillada buscando lo que aún no había encontrado.

El derrotero en la ciudad continuó con la visita a la pensión Coeur Brave. No importaba que no estuvieran las personas que ella había conocido; necesita saber si podía

encontrar algún dato para dar con Brandon. Ingresó y se sentó a esperar que quien la atendiera lograra decirle algo más; sin embargo, no obtuvo respuesta a sus preguntas.

Quizás fue la larga estadía en aquella mesa que solía ocupar tiempo atrás o el gesto de preocupación que tenía lo que hizo que alguien se acercara hasta ella.

—No creo que encuentres lo que has venido a buscar.

—Debo obtener respuestas.

—Aquí no las hallarás. —Le retiró el frío pocillo de café, que ni siquiera había probado—. Deberías saber también que puede traerte problemas andar indagando sobre ciertas personas.

—Solo quiero saber de Ivo.

Ese era el verdadero lazo que Gabrielle tenía para encontrar a Brandon, o a su homónimo, La Sombra.

—Él ha muerto. —Dirigió la mirada hacia afuera—. Te pido que no regreses; la situación sigue complicada por aquí.

Gabrielle se retiró con lágrimas en los ojos y una pesadumbre difícil de explicar. Por mucho que buscase, allí no encontraría nada. La estadía llegaba a su fin, pero no abandonó la ciudad sin antes pasar por la catedral Saint Jean. La fachada gótica se erigía con todo su esplendor.

Tanto impacto le provocaron los recuerdos de haber estado junto a Brandon frente aquel reloj que no tuvo las fuerzas para ingresar. Los pies le pesaban sin siquiera poder arrastrarlos hasta llegar a la nave central y orar por él como había hecho tiempo atrás.

Regresaron a París con el más absoluto pesar. Lo que más les dolía a quienes querían a Gabrielle era el silencio en que se encontraba. Se había encerrado en ella y no permitía el acceso a nadie. Más allá de los fuertes intentos de Marie e Isabel, que la habían acompañado en el tiempo trascurrido desde que se había conocido la trágica noticia de Brandon en Lyon, poco habían conseguido. Ninguno se atrevía a decir

algo inconveniente para evitarle a Gabrielle mayor malestar.

Bernard había intentado averiguar algo de Brandon a través de Aaron. No había logrado localizarlo ni en las oficinas de París, que estaban

cerradas, ni en la propiedad familiar.

Según se había enterado, se encontraba en Alemania. No pudo saber en qué situación había llegado hasta allí. Debido al avance de las fuerzas aliadas y la cambiante situación política, la tierra germana se había trasformado en un lugar más seguro que la Ciudad Luz. Bernard tenía algo muy claro: Aaron no se había apersonado hasta la agencia para saber de Brandon. El fuerte vínculo que lo unía a Heidi Fischer y la falta de interés sobre Brandon no hacía más que confirmar que él había sido parte de todo aquello.

Lo único que sostenía a Gabrielle era estar inmersa en sus fotografías. Varias había revelado y cada una de ellas reflejaba los momentos más felices vividos con Brandon.

Nadie en la agencia se oponía a que pasara horas trabajando con su cámara. Ella había esbozado la idea de hacer una muestra no por regodeo personal ni porque buscase un rédito con las fotografías. Lejos del olvido, necesitaba revivir cada instancia con él, porque él seguía vivo en su corazón. Varias semanas había trabajado sin descanso para tener todo listo cuanto antes. Durante ese tiempo, había permanecido en un estado de ensoñación del que no quería salir. El cuarto oscuro se había vuelto su hogar. Cada instante compartido con él cobraba vida al revelarlo, vibraba en cada imagen que asomaba en la cubeta.

Las horas allí dentro pasaban sin que le pesara el cansancio. Ese día, como tantos otros, se había dejado llevar y perdió la noción de qué hora era, aunque suponía que era entrada la noche. Allí dentro las luces del día se fundían en una eterna penumbra. La única señal que le permitió saber que el resto del personal se había retirado

fueron unos golpes a la puerta. Aún le quedaban unas horas más por delante; no quería salir de esa atmósfera que permitía estar cerca de él. Sin embargo, en un instante todo cambió. Percibió una sensación que hacía tiempo que no tenía y un fuerte escalofrío se apoderó de todo su cuerpo.

No había escuchado el chasquido de la puerta ni se habían filtrado haces de luz del exterior que evidenciaran que alguien más estaba allí adentro, pero podía sentir que estaba equivocada. Alguien más estaba a su lado.

—Gabrielle.

Ella giró y creyó que había enloquecido. De repente una sombra se apoderó del lugar y en medio de la penumbra de la habitación

confirmó que no estaba sola, que no estaba envuelta en una ensoñación y que el ansiado regreso se había hecho palpable. Pudo percibir que la mirada grisácea volvía a desnudarla como solo él podía hacerlo.

—Siempre te dije que sabría de ti —susurró Brandon al aferrarse a ella para no soltarla más—. No te imaginas lo que debí pasar hasta llegar aquí. Lo único que me motivaba era saber que me esperarías.

—Siempre —replicó con el rostro bañado en lágrimas, ya no por la tristeza de no saber de él, sino por la alegría de volver a tenerlo entre sus brazos.

EPÍLOGO

Hasta llegar a ti

Brandon

Horas antes de mi encuentro con Heidi, le había dado instrucciones a Ivo de que se quedase agazapado, de que no concurriese a la reunión programada para más adelante.

La latente amenaza que caía sobre la Resistencia se acrecentaba a diario y era importante que algunos de los miembros se mantuviesen a la espera de lo que pudiera suceder. El día en que iba a encontrarme con Heidi sabía que algo podía acontecer, pero verla era la única manera de poner fin a la velada provocación que ella representaba, porque sabía que estaba tras mis pasos. Verla era un modo de desarticular su accionar, más allá del riesgo que eso implicaba. La unión que mantenía con mi padre no era la mejor y la duda que ambos tenían sobre mí comenzó a flotar en la última reunión que habíamos mantenido en el despacho de la casa familiar. Me bastaron unos pocos minutos con ella para saber que tramaba algo y mi arresto le dio la justa revancha que buscaba porque yo había decidido no estar con ella.

Mientras era torturado entendí que debía valerme de la mínima oportunidad que tuviera para lograr salir del arresto antes de que me mataran o me deportaran a algún campo.

Pude ver la duda de ellos respecto a que yo podía estar

diciéndoles la verdad. Ahora me doy cuenta de que tenía que ver con la sospecha surgida sobre Heidi a partir del accionar de la familia Fischer, que acababa de caer en desgracia. Entonces, creí que regresar a mi lugar sería la única salvación. Estaba claro que no lo pensé solo; Ivo era el único que tenía acceso allí y aguardaba con alguien más, escondidos por si algo sucedía.

Cuando entramos, no dio tiempo a nada porque ambos dispararon a mansalva gritando por la Resistencia, mientras los oficiales intentaban reducirlos. Traté de sacar a Ivo, ya que nuestro compañero había caído en cuanto comenzó la balacera ante la respuesta de los oficiales alemanes. A pesar del fuego que se esparció en segundos, procuré reanimar a Ivo, pero era tarde. Él estaba convencido de que no solo era un honor morir por la causa, sino también en mis brazos por lo que yo había hecho por él tiempo atrás, aunque, para mí, eso no valía nada si perdía a mi amigo.

Para escapar, contaba con unos pocos minutos antes de que todo comenzara a arder. Logré alcanzar la escalera que me llevaba al

subsuelo y así huir por los túneles que conectaban con parte de la ciudad. Los túneles, recovecos y pasajes interiores que forman los traboules me permitieron escabullirme; sin embargo, las heridas que tenía y el cansancio acumulado no me dejaron continuar. A pesar del esfuerzo, no lo logré y, cuando estaba a punto de cruzar un pasaje, caí en una profunda oscuridad.

Me desperté aturdido en medio de la negrura de un recinto. Todo me era ajeno. Había intentado incorporarme, pero no lo había logrado. Lo único que tenía claro era que me habían vuelto a apresar. Sentí que no movía bien mis manos porque estaban vendadas, igual que mi rostro, y tuve un destello de esperanza: tal vez no estaba donde yo creía. Poco después apareció un hombre en compañía de su esposa; traían una vasija con un ungüento que me

colocaban para sanar las heridas infectadas de mi cuerpo.

No podía creer el tiempo que llevaba allí en su casa ni la manera como me habían rescatado. Según ellos suponían, yo había estado tirado, desmayado unas largas horas hasta que se corrió la voz de alerta entre quienes apoyaban a la organización. Entonces me encontraron y me llevaron hasta su casa en las afueras de la ciudad.

Lo único que me mantenía en vilo y expectante era la imagen de Gabrielle; mi obsesión era poder llegar a ella.

Debí esperar no solo por el estado en que me encontraba, sino por la seguridad de la familia que me había alojado, aunque a ellos no les importaba el castigo que podría recaerles si eran descubiertos. Fue un largo camino poder llegar hasta ella. Cuando lo conseguí, tuve la certeza de que ya nada nos separaría. No había mucho que decirnos, solo amarnos hasta el cansancio.

El tiempo nos había dado la tregua que tanto necesitábamos. La guerra estaba llegando a su fin con el triunfo aliado y las consabidas consecuencias que ello acarreaba. Poco supe de mi padre, salvo que había huido a Berlín. Ya nada quedaba del legado familiar por el que mi abuelo había luchado, pero ya no me importaba. Sí cumplí con las últimas palabras que le juré a mi madre.

A pesar de las pérdidas humanas provocadas por la guerra, del dolor que cada uno había atravesado y de las huellas invisibles y profundas que quedarían estampadas en los que fuimos parte de ella, tuvimos una gran alegría. Yo me había prometido hacer todo lo posible para que Léa estuviera junto a nosotros. No podía borrar la imagen de ella

con Gabrielle. Me sorprendía que, habiendo nacido en hogares tan distintos, fuesen tan parecidas. Léa había sabido aguardar y nunca perdió la esperanza de volver a reunirse con Gabrielle. Aún quedaban pendientes los papeles que permitiesen que ella fuera nuestra hija, aunque

eran solo papeles. A pesar de la inmensa felicidad que eso acarreaba, Léa estaba atravesando un momento triste y esperaba que lo zanjara cuanto antes.

Levanté la vista y vi a Léa en un recodo del jardín de la finca ubicada en las afueras de París que aún conservaban los padres de Gabrielle. En su ausencia había quedado devastada. De a poco se iría reconstruyendo ese lugar que había sido el refugio de la familia. Me incorporé para sentarme al lado de Léa. Ya me había acostumbrado a verla sola y callada cuando algo la aquejaba. No era fácil ingresar en el ensimismamiento en que estaba, solo Gabrielle lo lograba y yo estaba en vías de conseguirlo.

—¿Crees que Gabrielle lo conseguirá?

Yo me había acomodado a su lado y compartía la mirada hacia el mismo lugar en que la niña tenía enfocados sus ojos. Gabrielle estaba luchando con una larga tabla de madera con la que insistía en recomponer parte del techo.

—Deberíamos ayudarla.

—Pero nos ha dicho que no quiere. En eso, es igual a ti.

Léa me miró con esos ojos negros que destellaban cuando una emoción asomaba, que hablaban más que cualquier otra palabra que pudiera pronunciar. Yo sabía que ella entendía el significado de lo que quería decirle, porque comprendía el motivo por el que Léa estaba así.

—¿Crees que la distancia hará que Alex me olvide?

Yo lo había visto tan solo una vez, en la casa de Margot en Lyon. Al verlos juntos entendí que ellos estrecharían un fuerte vínculo de amistad, ya que en aquellos tiempos se tenían uno al otro. No fue el único hogar que compartieron, porque ante la posibilidad de una redada los habían llevado a otra ciudad bajo el amparo de otra familia que los cobijó hasta que la guerra llegó a su fin y nosotros pudimos ir tras Léa.

Ahora Alex ya no estaba, se había ido para recomponer su vida de la

mano de unos parientes lejanos que lo habían reclamado para ofrecerle una familia y la posibilidad de empezar de nuevo lejos del dolor.

—Claro que no. Si no, fíjate lo que me sucedió con Gabrielle.

—¿La dejaste?

—Solo un tiempo. Estoy convencido de que Alex no olvidará la amistad que tiene contigo. Es importante que él pueda estar con su familia. No interesa que se haya ido a otro país, o esté en otro continente. Cuando ustedes crezcan, volverán a verse.

—¿Sí?

—Claro que sí.

La abracé y le besé la coronilla. Desvié la mirada y contemplé a la mujer a la que amaba por encima de todo con su Baby en las manos. Registró aquel momento que quedaría retratado en una de las tantas fotografías que decoraban la casa que habitábamos. Esas imágenes nos mantendrían lejos del olvido.

Gabrielle

La vida me había mostrado que daba segundas oportunidades. Estar allí junto a Brandon y mi querida Léa evidenciaba que, a pesar del dolor que debí atravesar, a pesar de la angustia que significó la distancia, las piezas volvían a su lugar, y el mío estaba con ellos. Me llenaba de felicidad saber que Léa era tan importante para Brandon como lo era para mí. De a poco él se iba ganando su corazón no para congraciarse conmigo, sino porque mi chiquita había calado muy hondo en Brandon. Los días de

campo nos ayudaban a distraeremos del infierno vivido. Y

muy pronto la casa se completaría con la llegada de mis amigos.

Marie y Pierre no se habían separado desde que ella lo encontró tullido en aquella cama de hospital. Él no permitió que su familia volviese a interponerse en lo que él deseaba, y formar una familia con ella era lo que más ansiaba.

Mi querida Isabel había viajado hacia el sur de Italia junto a Mateo para pasar una temporada con el padre de De Luca en el poblado en el que residía aún. Para Mateo, que su padre hubiera resistido la guerra era un motivo para reencontrarse y para que conociera a su amor. Isabel no había tenido esa suerte con sus padres, quienes se habían trasladado a la Argentina, donde la situación política también había virado con un golpe de Estado del que Emilio Quevedo formó parte. Las apariencias bajo las que vivía la familia Quevedo hicieron que no intentaran siquiera escuchar a Isabel. Sin embargo, habían sido muy condescendientes con su hija mayor, que había acudido a ellos ante la debacle que había significado el estrecho vínculo que había mantenido con Hans, aunque de eso se dejó de hablar cuando el apellido Fischer cayó en desgracia.

Isabel había transitado por una profunda oscuridad hasta encontrar en Mateo la luz que le permitió dar un vuelco a su vida. Y según parecía, grandes cambios se avecinaban en la familia De Luca. Isabel me había enviado un telegrama para avisarme que pronto estarían de regreso para vernos con una feliz noticia, que no era una boda, ya que acababan de celebrarla junto a la familia De Luca. Auguraba que un bebé era la buena nueva y lo que les daría la mayor felicidad que pudieran tener.

Entendía lo que podía estar sintiendo porque intuía que dentro de mí se estaba gestando un bebé, aunque aún no se lo había comentado a

Brandon. Levanté la vista y vi a

mis dos amores viniendo hacia mí. Él, con esa mirada grisácea que me contemplaba como si pudiera leer mi pequeño secreto.

BIBLIOGRAFÍA

Gildea, Robert, Combatientes en la sombra, Buenos Aires, Penguin Random House, 2016.

Goñi, Uki, La auténtica Odessa, Buenos Aires, Ariel, 2015.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, desde el lugar de luz en el que se encuentren.

A mi esposo, por colaborar con las inquietudes que me surgieron durante la documentación histórica de esta novela.

A mi querida Luisa Delfino, amiga, por estar siempre.

A mi adorado grupo de amigas, por acompañarme: Analía Degirolmo, Mariela Farinelli, María José Grillo, Karina Pane, Teresa Piasentini y Alejandra Schafft. A Adriana Calvelo, la fotógrafa del grupo, que hace magia con sus imágenes como la protagonista de esta historia.

A cada uno de los lectores que, con amor y cariño, me impulsan a continuar adelante. Sin ustedes, nada de lo que escribo tendría sentido; gracias.

A aquellas tres cosas que los Antiguos consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)